

de caballería, pero es bueno tener presente que afinidad de gente sabe quién fue don Quijote sin haber leído a Cervantes. Hay pues varias interpretaciones y los investigadores no se han puesto de acuerdo todavía.(*)

(*) Fuente: Crónica de la Patagonia y tierras australes. Desde el descubrimiento hasta la colonización, compilado por Antonio Alvarez., de Zagier&Urruty. Publications.

LAS LLANURAS DE LA PATAGONIA

Por William H. Hudson



El valle de Esquel, en la Patagonia Argentina (foto gentileza Raúl Pantin).

El texto que presentamos a continuación nació de la singular pluma del naturalista y artista argentino, de origen norteamericano, Guillermo Enrique Hudson. Hudson realizó un viaje a la región de Río Negro, en la Patagonia Argentina. Allí atravesaría una experiencia donde percibió con notable profundidad el impacto de la geografía patagónica. Una experiencia donde la fusión con lo telúrico y la solitaria naturaleza esteparia de la Patagonia conduce la sensibilidad a otra forma de comprensión y percepción de la realidad.

E.I

En Temakel, sobre Hudson y el efecto de la geografía pampena y patagónica pueden consultar:

[Las potencias trascendentes del paisaje en las literaturas de Hudson y Sarmiento](#), por Esteban Ierardo

LAS LLANURAS DE LA PATAGONIA

Por William H. Hudson

Cerca del final de la famosa narración de Darwin sobre el viaje del Beagle, hay un pasaje que para mí tiene un significado y un interés especiales. Dice así, y el subrayado es mío: “Evocando imágenes del pasado, veo que las llanuras de la Patagonia pasan frecuentemente ante mis ojos; sin embargo, todos dicen que son las más pobres e inútiles. Se caracterizan sólo por sus posesiones negativas, sin viviendas, sin agua, sin árboles, sin montañas; no tienen más que algunas plantas enanas. ¿Por qué entonces- y el caso no me ha sucedido sólo a mí- estos áridos desiertos se han posesionado de tal modo de mi mente? ¿Por qué no producen igual impresión las pampas, que son más

fértiles, más verdes y más útiles al hombre? Apenas puedo analizar estos sentimientos, pero ello ha de ser debido en parte a la libertad dada a la imaginación. Las llanuras de la Patagonia son ilimitadas, apenas accesibles y, por lo tanto, desconocidas; dan la sensación de haber sido así por muchos siglos y no se vislumbra un límite a su duración en el futuro. Si, como suponían los antiguos, la tierra chata estaba rodeada por una extensión de agua infranqueable, o por desiertos calientes hasta ser intolerables, ¿quién no miraría con emoción profunda, aunque indefinida, hacia estos confines del saber humano?” Estoy completamente convencido de que Darwin no ha explicado acertadamente en ese pasaje las sensaciones que experimentó en la Patagonia, ni ha descrito con fidelidad las impresiones que ella causó en su mente, porque la cosa es tan real ahora como en 1836, cuando dijo que el caso no se refería a él exclusivamente. Sin embargo, desde esa época, que gracias a Darwin parece ahora tan remota al naturalista, estas desoladas regiones han dejado de ser inaccesibles, y, aunque todavía son inhabitables, excepto para algunos nómadas, por lo menos ya no son desconocidas. Durante los últimos veinte años el país ha sido cruzado en varias direcciones, desde el Atlántico hasta los Andes, y desde el Río Negro hasta el Estrecho de Magallanes; todo era estéril. La misteriosa ciudad poblada por habitantes blancos, cuya existencia se supuso por tanto tiempo en el interior desconocido, en un valle llamado Trapalanda es un mito para los modernos, un espejismo de la mente, como la esplendorosa capital de Manoa, que no pudieron descubrir Alonso Pizarro y su falso amigo Orellana. El turista de hoy espera ver apenas un guanaco solitario vigilando en lo alto de una loma, algunos avestruces de plumas grises, y probablemente, también, un grupo de indios errantes de largos cabellos con sus rostros pintados de rojo y negro. Pero, a pesar de saber todo esto, el viejo encanto persiste todavía con toda su frescura, y después de las incomodidades y sufrimientos soportados en un desierto condenado a una esterilidad eterna, el viajero descubre que a través de los años lo recuerda con intensidad, que brilla con más luz en su memoria, siendo más agradable para él ese recuerdo que el de cualquier otra región que pudiera haber conocido. Sabemos que cuanto más nos impresiona alguna escena, su recuerdo se grabará con más nitidez y duración en la memoria; esto sucede con el carácter relativamente imborrable de las impresiones que datan del período de la niñez, época en que somos más emotivos. Juzgando por mi propio caso, creo que aquí reside el secreto de la persistencia de las imágenes de la Patagonia y su aparición frecuente en el espíritu de los muchos que han visitado esa región gris, monótona y, en cierto sentido, de una falta absoluta de imaginación; es que la Naturaleza, en estos parajes desolados, por una razón que luego se verá, nos emociona más profundamente que en otros. Al describir sus excursiones por uno de los más tristes lugares de la Patagonia, Darwin dice: “Sin embargo, en medio de estas soledades, sin que exista cerca ningún objeto atrayente, se experimenta una indefinida pero poderosa sensación de placer”. Cuando recuerdo alguna escena de la Patagonia se me presenta tan completa, en toda su vasta extensión y con todos sus detalles tan nítidamente delineados, que si la estuviera contemplando realmente no la vería con más claridad; mientras tanto, otras, aun aquellas que fueron hermosas y hasta sublimes, con bosques, océano o montañas, y sobre todo el cielo azul profundo y el crepúsculo brillante de los trópicos, no aparecen ya tan precisas en la memoria, haciéndose más brumosas cada vez que se intenta mirarlas con mayor atención. Aquí y allá veo una montaña cubierta de árboles, un bosque de palmeras, un árbol florido, verdes olas rompiendo sobre una costa rocosa, nada más que manchas aisladas de bello color, como si fueran las partes de un cuadro que no se han borrado, como el resto, ya despintado. Estas imágenes corresponden a escenas que una vez fueron contempladas con asombro y admiración- sentimientos que no puede inspirar el desierto de la Patagonia-, pero la soledad gris y monótona despierta otras más profundas, y en ese estado de ánimo la escena se imprime en la mente con caracteres indelebles.

Pasé la mayor parte de un invierno en cierto lugar de Río Negro, a sesenta u ochenta millas del mar, donde el valle tenía más de nueve mil metros de anchura. El valle era habitable solamente en el lugar en que existía agua para el hombre y los animales, y donde la tierra producía algunos pastos y granos. Era perfectamente nivelado y terminaba abruptamente al pie del barranco en forma de terraza de la meseta. Yo acostumbraba salir todas las mañanas a caballo, llevando la escopeta y seguido de un perro, alejándome del valle; tan pronto como llegaba a lo alto me internaba en la espesura gris, y allí me sentía tan solo y alejado de toda mirada humana que parecíame

estar a mil kilómetros, en vez de sólo diez que me separaban del río y del verde valle escondido. Ese desierto que se extendía hasta el infinito, nunca cruzado por el hombre y donde los animales salvajes eran tan escasos que ni siquiera habían dejado algún sendero visible, se me presentaba tan primitivo, solitario y lejano que de morir allí, como los pájaros devorarían mi cuerpo y mis huesos se blanquearían por el sol y el aire, nadie hubiera hallado ni los restos, olvidándose, tal vez, de que alguien salió a caballo una mañana y no volvió jamás. De haberme sido posible vivir sin agua, como los pocos animales que allí había: pumas, guanacos, liebres patagónicas, avestruces de Darwin y la martineta copetona, entre los pájaros, me hubiera convertido en un ermitaño, viviendo entre los matorrales, o en alguna cueva abierta en la roca, llegando algún día yo también a ser gris como las piedras y los árboles que me rodeaban, bien seguro por cierto de que ningún pie humano habría llegado hasta mi escondite. Volví allí, no una, ni dos, ni tres veces, sino día tras día. Visitaba ese lugar como si asistiera a una fiesta y sólo lo abandonaba cuando el hambre, la sed y el sol me obligaban a ello. En realidad, no tenía ningún motivo para ir, ninguna razón explicable; no había allí nada que cazar, pues esto no podía hacerse sino en el valle. A veces, un *Dolichotis*, sobresaltado por mis pasos, cruzaba ante mis ojos, para desaparecer de inmediato en la espesura; o una bandada de martinetas se esparcía por el aire, dejando oír sus notas lastimeras y produciendo fuertes ruidos con sus alas; de pronto veía un venado que me observaba inmóvil durante dos o tres minutos, desde una loma lejana. Pero los animales eran pocos y a veces transcurría un día entero sin que viera un mamífero o no más de una docena de pájaros. En ese entonces el tiempo era más bien triste, con nubes grises en el cielo y vientos tan fríos que a veces se me helaba completamente la mano con que sostenía las riendas. Además, resultaba imposible andar al galope; los arbustos estaban tan juntos que costaba pasar entre ellos sin rasguñarse. Y a paso lento, que en otras oportunidades habría resultado intolerable, recorría durante horas aquella extensión. Allí no había nada que alegrara la vista. Una cantidad inmensa de guijarros pulidos de color rojo, gris, verde o amarillo aparecían sobre la arena que se veía a través de la fina capa de tierra gris (formada por la ceniza de millares de generaciones de árboles muertos), donde el viento había removido el suelo o la lluvia había barrido la superficie. Al llegar a una loma cabalgaba lentamente hasta la cima, y allí permanecía observando la perspectiva. A cada lado se extendía el terreno en grandes ondulaciones, pero éstas eran irregulares; se veían las lomas, ya redondas, ya cónicas, solas o en grupos, formando hileras; algunas descendían suavemente y otras, como arrecifes, se extendían a lo lejos en largas terrazas. Y todas por igual estaban revestidas por esa eterna vegetación de espinos. ¡Qué gris era todo aquello! A veces divisaba, a la distancia, al gavilán de gran tamaño, de pecho blanco y semejante al águila, posado en lo más alto de un arbusto; y durante todo el tiempo en que permaneció estacionado delante de mí, mis ojos se fijaban involuntariamente en él, lo mismo que uno mantiene la vista sobre una línea brillante en medio de la oscuridad, porque la blancura del pájaro parecía ejercitar un poder fascinador sobre la visión, ya que resaltaba tan intensamente, por contraste entre esa universal monotonía gris. Abandonando mi punto de observación, reanudaba el paseo y subía de nuevo a otras elevaciones, para contemplar el mismo panorama desde otro lugar. Y así continuaba por horas enteras, desmontando al mediodía para sentarme sobre mi poncho doblado. Un día en estas excursiones descubrí un montecito compuesto de veinte o treinta árboles de tres metros de alto más o menos, siendo los de mayor tamaño en los alrededores. Crecían convenientemente apartados entre sí y era evidente que ese lugar había sido frecuentado durante largo tiempo por los venados o algunos otros animales salvajes, porque los troncos estaban suaves y pulidos debido al continuo rozamiento; el terreno había sido pisado hasta quedar convertido en un suelo limpio de arena fina y amarilla. Esta arboleda se hallaba en una loma que era de distinta forma que las demás, por lo que me era fácil encontrarla en cualquier momento; después de un tiempo la convertí en un sitio de descanso, al que iba siempre al mediodía. No me preguntaba por qué había elegido este lugar, alejándome a muchas leguas de mi camino para ir a sentarme allí, en vez de hacerlo bajo cualquiera de los millones de árboles y arbustos que cubren el campo inmenso, o en cualquier otra lomada. No pensaba en ello, sino que actuaba inconscientemente; sólo más tarde, cavilando sobre esto, me pareció que después de haber descansado allí, cada vez que quería hacerlo de nuevo, el deseo llegaba asociado con la imagen de ese grupo de árboles de troncos lisos, sobre el blanco lecho de arena, y en poco tiempo el reposar en ese mismo punto se hizo un

hábito en mí, como en cualquier animal. Tal vez fue un error decir que me sentaba a reposar, puesto que nunca me sentía cansado; y, sin embargo, sin experimentar ninguna fatiga, esa pausa de la tarde, durante la cual permanecía inmóvil y como olvidado del mundo, me resultaba en extremo grata. El silencio, tan profundo, tan perfecto, era siempre muy agradable. Allí no había insectos; el único ruido era un débil gorjeo de alarma emitido por un pajarillo de una especie semejante a la ratona, el que se oía muy de vez en cuando. Y mientras cabalgaba, sólo el golpe sordo de los cascos del caballo, el choque de alguna rama contra mis botas y el jadeo del perro, interrumpían la tranquilidad. Cuando por fin llegaba y me sentaba, me parecía un alivio librarme también de esos ruidos, porque a los pocos minutos el perro se echaba a dormir y ya no se oía nada, ni una hoja que se moviera. Porque, a menos que el viento sople fuerte, las pequeñas hojas rígidas no se agitan ni susurran y los arbustos están tan quietos que parecen esculpidos en piedra. Un día, mientras escuchaba el silencio, se me ocurrió preguntarme qué efecto produciría un grito fuerte. Lo juzgué en ese momento una ridícula sugestión de la fantasía, “un pensamiento desordenado” que casi me hizo estremecer, y traté de desecharlo en seguida de mi mente. Pero durante esos días solitarios eran muy raras las ideas que cruzaban por mi espíritu; cada vez veía menos animales y eran más escasos los cantos de los pájaros que llegaban a mi oído. En ese nuevo estado de ánimo era imposible pensar. Además, siempre lo había hecho más libremente sobre el caballo; en las pampas, aun en los lugares más solitarios, mi mente se activaba mucho más cuando avanzaba al galope. Es indudable que esto llegó a convertirse en una costumbre; pero ahora, montado en un caballo, me sentía incapaz de reflexionar: mi mente, que era antes una máquina de pensar, se había transformado repentinamente en una máquina para un fin desconocido. Para pensar, me parecía que necesitaba poner en movimiento todo un ruidoso engranaje en mi cerebro, y había algo allí que me ordenaba no moverlo, por lo que me veía obligado a permanecer inactivo. Sólo estaba en suspenso y atendía; sin embargo, no esperaba encontrar ninguna aventura y me sentía tan libre de temores como me siento ahora, en una habitación de Londres. El cambio producido en mí era tan grande y maravilloso que me parecía haber convertido mi identidad en la de otro hombre o animal; pero en aquellos momentos no me hallaba capacitado para meditar sobre él. Ese estado no me resultaba extraño, sino más bien familiar, y aunque se encontraba acompañado por un poderoso sentimiento de júbilo, no lo advertí; no me di cuenta de que algo se había interpuesto entre mi persona y mi inteligencia, hasta que lo perdí, volviendo a mi primitivo yo pensante y a la antigua e insípida existencia. (...) En casi todos los casos, exceptuando aquellos en que se ha enfrentado el peligro o se ha sentido la ira, el retorno de la mente a un estado instintivo o primitivo está acompañado por un sentimiento de júbilo, que en los muy jóvenes se manifiesta con un regocijo intenso, haciéndolos enloquecer de alegría, como animales recién escapados del cautiverio. Y por una razón similar, la vida civilizada es de continua represión, aunque pueda no parecer así hasta que, al entrever el salvajismo de la Naturaleza o al tomarle el gusto a la aventura, un incidente cualquiera nos hace bruscamente sentir su insipidez. Y en ese estado de ánimo sentimos que, al separarnos de la Naturaleza, es más interesante lo que perdemos que las ventajas de que gozamos. Era alegría de esta clase la que yo tuve en el desierto patagónico, el sentimiento experimentado al volver a un estado mental que hemos sobrepasado; porque, indudablemente, yo había retrocedido. Y ese estado de vigilancia, de alerta en el que se suspenden las más altas facultades intelectuales, representaba la condición mental del verdadero salvaje. Éste piensa poco, razona escasamente, siendo su instinto un guía seguro; está en armonía perfecta con la Naturaleza e intelectualmente al mismo nivel que las bestias que caza, y las que, a su turno, lo hacen a él objeto de su persecución. Si las llanuras de la Patagonia afectan a una persona de esta manera o aún mucho menos que a mí, no es raro que se graben en la mente con tal nitidez y que permanezcan frescas en la memoria, volviendo a ella con frecuencia, mientras otras escenas, sin embargo, grandes y hermosas, se van borrando gradualmente hasta que se olvidan. En pequeño, en la mayoría de los casos probablemente en muy pequeño grado, todos los sonidos y vistas naturales nos afectan de la misma manera; pero el efecto es a menudo transitorio y desaparece con el primer placer, siguiéndole en algunos casos una melancolía profunda y misteriosa. El verdor de la tierra, los bosques, ríos y montañas; la bruma azul y el horizonte distante; las sombras de las nubes sobre el panorama lleno de sol...ver

todo esto es como retornar a un hogar, que es en realidad más hogar para nosotros que cualquier vivienda. (*)

(*) Fuente: *Días de ocio en la Patagonia*, de William H. Hudson, Ed. Elefante Blanco, Ciudad de Buenos Aires.

ANTE LA NOCHE DE PATAGONIA
Frag. de Viaje a la Patagonia Austral

Por Francisco. P. Moreno



Imagen del Lago Argetino, uno de los sitios de Patagonia explorados por Francisco P. Moreno (Foto gentileza Raúl Pantin).

En el gran explorador de la Patagonia Francisco Moreno confluyen, en rara armonía, el ímpetu por la exploración, una erudita formación científica y un espíritu poético, tal como se manifiesta en su arrobamiento ante la estrellada y límpida noche patagónica en el texto que presentamos a continuación. Francisco Moreno también manifestó una actitud comprensiva y abierta hacia los pueblos indígenas, los ancestrales pobladores de las vastedades patagónicas. Su máximo testimonio como viajero pionero es su *Viaje a la Patagonia Austral*, obra que, en su versión castellana puede ser leída hoy a través de la reciente reedición realizada por la editorial argentina Elefante Blanco.

En Temakel, sobre el gran explorador Francisco P. Moreno pueden consultar también: [Viajeros de la Patagonia: Francisco Moreno](#)

ANTE LA NOCHE DE PATAGONIA
Frag. de Viaje a la Patagonia Austral
Por Francisco. P. Moreno

El espectáculo es espléndidamente bello, pero triste; predispone a la contemplación de la naturaleza y arrastra hacia ella el pensamiento. Éste se siente libre aquí; la noche al extender su velo sobre esta porción de tierra, ha rasgado el que ocultaba; durante el día, la vida animal lo ha absorbido todo, el bullicio del trabajo lo ha contenido, en estas horas de soledad, cuando creemos que la naturaleza terrestre duerme, cuando parece que sólo los cuerpos celestes son los que velan siguiendo su inmutable carrera, el espíritu despierta, se diría que se desprende y se siente conmovido. Ante las sublimes

manifestaciones de la creación, que el hombre mira en lo alto, créense escuchar voces que le revelan vida en esas otras tierras, y los recuerdos que ese espectáculo desarrolla en su alma se agolpan y llegan a ser tan innumerables como los puntos luminosos que irradian alrededor de los grandes grupos estelares, núcleos de mundos. Aquí los sentidos se desligan de las impresiones materiales que causa un ser definido cuyo límites conoce. Al dirigirme a este cerro, sólo llevaba la idea del análisis de mi año concluido; pero nosotros ignoramos casi siempre lo que buscamos, nada rige nuestra mente caprichosa y, a la primera intención de examen de mi vida, se sucede aquí ante este panorama, la admiración por lo infinito. Abandono mi revista humana para contemplar el espectáculo del universo que lo hace olvidar todo. El sentimiento del infinito es el mayor don que la naturaleza ha podido hacer a su mejor obra.

Al principio todo me confunde; reina el caos en mi ser, la violenta transición que he experimentado desde mí mismo, y de los míos, hasta el Todo modestamente evolucionamos. No encuentro palabras con qué expresar lo que pasa en mi interior; esa sensación ha abatido mi espíritu, que fluctúa. Hay gran vaguedad en las sensaciones de este momento y en él las ideas se chocan, se anonadan, pero ni siquiera se bosquejan. No dejan impresión en el cerebro, se borran con la misma facilidad que se estampan y no dan tiempo a transformarlas en palabras. No me permiten decir lo que pienso.

Es necesario descansar y esperar que de las tinieblas intelectuales brote siquiera vaga luz y que la calma suceda a la exaltación mental que produce a esta hora la soledad de la meseta patagónica. La intensidad luminosa de los astros llega por fin al espíritu, que despierta, y el infinito del pensamiento trata de igualarse al infinito del tiempo y del espacio, que en un principio lo abruma.

Lo mismo que ciertas nebulosas son embriones de mundos, esta situación del alma que ha pasado es la sustancia caótica del espíritu, es el embrión del pensamiento.

Sin esos puntos casi indefinidos no habría armonía en el espacio sideral; sin ellos el equilibrio universal se resentiría; lo mismo sucede con las ideas: sin las irreductibles que flotan sin fijarse en el cerebro no se llegaría a las que se graban en él y se comprenden. Todo necesita comprenderse, eslabonarse; las nebulosas son la base de los mundos, la ameba preparó el camino al hombre. Las mismas leyes que rigen los cuerpos celestes y los animales que en ellos viven, rigen el espíritu humano; todo responde a la sublime ley de la armonía. El mismo génesis, la misma evolución que rige la materia, rige la inteligencia. Sin el desarrollo gradual del cerebro no se explica el desarrollo gradual del pensamiento, ni puede negarse la influencia de éste sobre aquél. La fuerza que lo engendra condensa todas las de la naturaleza; éstas, múltiples en sus manifestaciones, se unifican en el genio...

¡Fantaseo sugerido por el espectáculo que tengo presente! El brillo de los astros del cielo que en la gigante faja celeste se aglomeran, no al capricho, sino donde deben estar, es tal que parece que sus luces chispeantes se reflejan y hacen inclinar la imaginación ante esos soles incontables, y entre los cuales el que nos da la vida es como un simple átomo de los que existen. Las enormes manchas magallánicas resaltan en el fondo del firmamento; parecen alborotadas por las tempestades y traen el recuerdo del gran navegante cuyo nombre inmortalizan, cruzando los tenebrosos mares del sur.

Es imposible dejar de pagar tributo a la belleza y variedad de este cielo, donde esas nubes, que se reúnen para formar mundos, recuerdan las nebulosas del espíritu humano afanándose por alcanzar la ciencia que debe darle aliento. La espléndida Vía Láctea parece ronda gigante de agradecidos genios que veneran la fecunda creación. Nosotros, aquí abajo, pagamos también humilde tributo a la naturaleza cuya esencia no nos explicamos, que nos es desconocida y que, sin embargo, presentimos en todas las manifestaciones de lo que vemos.(*).

(*) Fuente: Francisco P. Moreno, Viaje a la Patagonia Austral, Buenos Aires, Ed. Elefante Blanco.

LA RELIGIÓN DE LOS ONAS
Por Ricardo Rojas



Ricardo Rojas en Ushuaia en 1934.

En 1934, por razones políticas, el escritor argentino Ricardo Rojas es desterrado por unos meses a la Isla Grande de Tierra del Fuego, en la Patagonia Argentina. Allí escribe la obra Archipiélago, un diamante literario en la valoración de la religión y el mundo mágico de los onas y yaganes, antiguos dueños de la gran isla patagónica. Ahora, en Temakel, le presentamos un momento de Archipiélago, obra muy poco leída o recordada en la actualidad, donde Rojas fustiga la incomprensión de Darwin respecto a los yaganes y donde experimenta la palpitación trascendente del reino de Onaisín, el mágico, mítico y perdido mundo de los onas.

Además de los links en copete, en Temakel pueden consultar una galería fotográfica y un texto introductorio sobre el Hain, el fundamental rito de los onas:

[La desaparecida magia del Hain](#) Y también el mito de Kenos: [Kenos, el héroe de los onas](#)

LA RELIGIÓN DE LOS ONAS

Por Ricardo Rojas

Aunque la colonización blanca llegó al Archipiélago en pleno siglo XIX, no se comprendió lo que significaban para la ciencia estos pueblos virginales y arcaicos, como un misterio del planeta, en su aislamiento insular. Los blancos rompieron este misterio, sin descifrarlo, y sin sospechar siquiera el mal que perpetraban.

Cuando Fitz-Roy volvió de su primer viaje, llevó del Beagle a Inglaterra tres indios yaganes: los bautizaron con los nombres de Mathews, Jimmy y Fueguia, una mujer. Como habían aprendido el inglés, Fitz-Roy los trajo de intérpretes en su segundo viaje. Darwin, que entonces los trató a bordo, los encontró bondadosos e inteligentes. De Jimmy dice: "No parecía pertenecer a la misma raza de salvajes innobles e infectos que habíamos visto en Tierra del Fuego".

Descúbrese aquí una contradicción que necesita ser explicada.

No es posible pensar que Jimmy habíase tornado inteligente y bondadoso por haber estado en Inglaterra, sino que, por haber aprendido el inglés, Darwin pudo comunicarse con él y conocerlo. En cambio, los demás permanecían en un misterio hermético para el extranjero. Sorprende, por eso mismo, que el joven naturalista juzgue a esa raza, apenas entrevista al pasar, como si la conociera. Vio las canoas y las chozas, pero no las almas. Aseguró, sin fundamento alguno, que eran caníbales; dato que pasó a las cartas geográficas del siglo anterior. Los yaganes aparecieron a sus ojos como los seres más degradados de la especie humana.

Darwin juzgó el idioma de los yaganes como algo tan pobre que no merecía el nombre de lenguaje articulado; pero el joven sabio inglés ignoraba ese idioma en absoluto. Otro inglés, el pastor Bridges, con más conocimiento y autoridad en ese punto, ha dado elementos para rectificarlo. La cantidad de palabras yaganas recogidas por Bridges es superior a las que Shakespeare y Darwin emplearon, y a las de muchas lenguas modernas de ilustre literatura, y desde luego extraordinariamente mayor al poco caudal que suele contar el léxico de los pueblos primitivos. Abunda el yamana en nombres y verbos, por el matiz con que representaban las diversas acciones y por la precisión con que denominan las cosas individualizadas en una minuciosa observación de la naturaleza. Las que nosotros expresamos por adjetivos y adverbios, ellos las incluyen en nombres y verbos de sutiles distinciones. La gramática de los yaganes me parece tan admirable como su abundante léxico, que da testimonio de una extraordinaria vida mental no desprovista de belleza poética en sus expresiones.

Darwin dice de estos indios antárticos: "Las diferentes tribus no tienen gobierno". Así es, en efecto; y no lo necesitaban, porque tenían maestros. Maestro fue Kuanip(también llamado Kenos), el héroe mítico, el instructor que les trajo el fuego y que hoy está en una estrella a la cual se fue después de haber enseñado a los hombres la ciencia del vivir su economía, su moral. El rito del Hain mantuvo después para los jóvenes las tradiciones de esa antigua ciencia que los patriarcas enseñaban y practicaban. No es que no tenían gobierno; carecían de "Estado", en el sentido europeo o militar de esta palabra, pero poseían un gobierno moral en el clan, que regía y conservaba la raza.

Un día, los mapas dejaron de mencionar a los imaginarios antropófagos, sin duda porque se averiguó que más bien lo eran quienes vinieron a civilizarlos. Sabemos hoy cuán rico fue el idioma de los yaganes, cuán admirable la moral varonil de los onas, cuán profunda la concepción religiosa de ambos pueblos. Los misioneros, así protestantes como católicos, rectificaron los viejos errores, después de haber vivido largos años en la intimidad de las tribus hasta haber aprendido sus lenguas y penetrado en el secreto de sus almas. Lástima que la verdad vino a saberse cuando ya esas estructuras sociales habían sido rotas por los civilizadores y la raza autóctona llegaba a su extinción.

Difícil es penetrar en la conciencia del hombre primitivo, captar sus secretos. Los datos sueltos de los etnógrafos, por más exactos que sean en la verdad externa, son insuficientes. Las interpretaciones tendenciosas de los hombres de ciencia y de los misioneros religiosos, también suelen ser ocasionadas por errores. Sólo despojándonos de nuestra mentalidad de hombres civilizados y captando por intuición la mentalidad primitiva, podemos acercarnos a aquel secreto y contemplar su cultura desde adentro de ella. Así debemos proceder con la cultura autóctona del Onaisín (de los onas), que por ser insular y tan antigua se distingue de la de otros pueblos indígenas, con caracteres propios.

La religiosidad del Onaisín presenta caracteres muy originales y profundos. No se parece al monoteísmo hebreo, ni al politeísmo helénico, ni al panteísmo hindú y aunque ofrece algunos leves puntos de contacto con otras religiones primitivas, nada es más diferente del fetichismo de Oceanía, o de la heliolatría incaica o de la aparatosa magia africana. Acaso la religión del Archipiélago Austral sea la más antigua del planeta, y habriase conservado gracias al aislamiento insular. De ahí que no haya sido fácil comprenderla.

Asomémonos ahora al secreto religioso del Onaisín, buscando comprender los aspectos exteriores de su cultura.

Algunos de los primeros exploradores de la región fueguina afirmaron que sus indios eran ateos. Esto fue un error, que ha de atribuirse a interpretaciones tendenciosas, a lo que siempre hay de accidental o superficial en la visión de un viajero, y a la ignorancia de la lengua autóctona. Tal afirmación de ateísmo serviría a los materialistas para demostrar que la noción de Dios no es innata en todos los hombres, y a los deístas para decir que los fueguinos, puesto que no conciben a Dios, marcan un grado casi bestial en la especie humana.

Dicho error provino de que estos indios no practicaban el culto de los muertos, ni tenían fetiches, y carecían de rito externo; pero hoy sabemos que no eran ateos. Lo sabemos por el testimonio de los etnógrafos y de los misioneros cristianos. Las noticias de éstos sobre los idiomas, leyendas y costumbres de los fueguinos rectifican el viejo error.

Los yaganes llamaban Vatainueva a un Ser Supremo, y Timaukel lo llamaban los onas; para ambos, aquel ser inefable, invisible, era la más antigua "persona", anterior al hombre y a la montaña, el poderoso en quien nacen y perecen las formas. Dentro de este ser viven los otros seres visibles del Universo. Todas las cosas de la tierra, del cielo y del mar son también "personas"; lo mismo el hombre que la roca, el lobo, el árbol, la nube, la nieve, el viento, la estrella. Cada forma tiene un doble espiritual llamado mehn que la moldea, sostiene y anima.

... Llamaban Omeling al espíritu del cielo y Jalpen al de la nube, cuyo vestido es blanco y vuela sin ruido, como ciertas aves. Uno es él "mehn" del árbol verde, otro el del árbol seco, otro el del árbol quemado, y otro, impalpable y diáfano, llamado Josha, el del aire que vive entre los árboles, y éste es el verdadero espíritu del bosque. La montaña, Huepen, y el lago, Cahme, son hombre y mujer; espiritualmente, sus "mehnes" procrean.

Los onas dieron asimismo el nombre de "mehn" al "doble" o espíritu de los que han muerto. Algunos "mehnes" (manes, decían los latinos), son ahora estrellas y constelaciones. Los héroes, por su condición divina como entre los griegos, son hijos del Cielo y se transformaron en los más lucientes astros de la noche fueguina. Aquel campo de fuego que veo allá arriba, es el "mehn" de Kuanip (o Kenos), el héroe civilizador de los onas.

Así, la leyenda indígena se infunde en el cielo, en el mar, en la tierra, en el bosque, en la nieve, y es como el alma del paisaje, porque cada ser es una persona y tiene un "mehn" diferente.

El Universo era para ellos una esencia en que no distinguían lo natural de lo sobrenatural, acaso porque todo es sobrenatural. La realidad se les presentaba como un escenario de fuerzas espirituales. El pensamiento se transfería al mundo externo, tanto como las imágenes del contorno se proyectan por los sentidos en la mente. La visión onírica era tan corpórea como la experiencia sensible. Todo era mágico en estos pueblos y su ambiente. Su religión estaba implícita en la vida porque ella misma era la vida, quizá no imaginada como algo diferente de la muerte. Careció de artes ornamentales porque el paisaje era el mejor ornamento. Careció de culto idolátrico porque su liturgia era cosmogónica. Careció también, por eso mismo, de ritos mortuorios. La muerte y la vida, como el sueño y vigilia, eran un solo fluir espiritual en las formas del tiempo y del espacio.

Condenaban el homicidio voluntario, para salvar la integridad biológica de la familia y la concordia entre los clanes. La muerte natural no tenía mayor importancia porque el "mehn" del difunto sobrevivía y su cadáver se desintegraba lentamente, acaso sin putrefacción, cremado o depositado en la nieve, pero sin tumba. Los hijos no nombraban a sus padres fallecidos para no evocarlos, porque se creía en una transmigración de los espíritus; idea análoga a la de Egipto, aunque sin sarcófagos ni momias. La muerte era una perfecta desmaterealización, pero no un perecer.

...Dentro de esas raras concepciones, que no son metafísica panteísta, ni politeísmo antropomorfo, sino magia primordial y biología del espíritu, concibieron ese Dios Supremo al que dieron nombre, aunque sin darle forma y sin rendirle cultos ceremoniales, puesto que los hombres vivían en Él y Él en ellos. Poblaron el universo de tantas "personas" como seres existen; en lo esencial, no diferentes de la persona humana. Lo divino y lo humano y lo natural carecieron de distinciones. Semejante cosmovisión formó la religión, la ciencia, el arte, y una moral formulada en sabias normas y hermosos mitos que dramatizaban la vida y exaltaban el heroísmo, para la subsistencia de la raza que así venció al medio hostil, en una selección milenaria.

Y ahora, yo, aquí, sumido en el paisaje de Onaisín mágico, veo que todo eso era verdad, y que lo es todavía. (*)

(*) Fuente: Ricardo Rojas, Archipiélago, Buenos Aires, Ed. Losada.

EL NGILLATÚN, FIESTA POPULAR DE LOS MAPUCHES

Por Rodolfo Casamiquela



El pueblo exuda alegría. Y expectativa. Todos desplazan su fervor hacia el réwe, el poste sagrado. Hombres y mujeres, de pie o a caballo, acompañan a la machi, la sacerdotisa con su kultrún (tambor). Y entonces parpadean los primeros latidos de la fiesta, del ngillatún, acto sagrado, rito ancestral de los mapuches, llamados araucanos por los conquistadores. Mediante el ngillatún se busca rogar bienestar a Nguenechén, el Padre de todas las cosas. En esta primera palpitación de Fiestas populares en Temakel, nos asiste una doble satisfacción: primero, recordar en su riqueza simbólica y dignidad una festividad de una comunidad indígena que sobrevive en el desencantado mundo blanco; y, en segundo término, nos causa beneplácito poder presentarles un artículo de Rodolfo Casamiquela, gran investigador de los pueblos indígenas de la Pampa y la Patagonias argentinas. Durante décadas, un sostenido acto de amor lo impulsó a estudiar y difundir la lengua, los símbolos y la imagen del mundo de los tehuelches y mapuches, onas y querandíes. Un pequeño acto de reconocimiento a su labor le tributamos desde aquí a Don Rodolfo, uno de los pocos hombres blancos conocedores de las amplitudes poéticas de la lengua mapuche.

Ahora le ofrecemos un artículo originalmente publicado por una revista cultural de la Provincia de Río Negro, en la Patagonia Argentina, donde Casamiquela recrea, a través de su investigaciones de campo, el rito festivo por excelencia de la orgullosa nación mapuche.

EL NGILLATÚN O KAMARIKUN ARAUCANO

Por Rodolfo Casamiquela

Ngillatún significa en araucano "rogar", "pedir" y rogativa". Sinónimos son Kamarikún, amarikún, marikún.

Con estos nombres los araucanos nominan a su fiesta religiosa por excelencia, todavía viva en numerosos lugares de Chile y Argentina....El ngillatún tiene en la actualidad, por lo menos en nuestro país, carácter ceremonial anual, y se realiza en fechas que, variables según los lugares, muestran siempre relación con las siembras o las cosechas. Queda así señalado desde ya el aspecto agrario, innegable en las versiones modernas de la fiesta. Antiguamente -y al parecer todavía hoy ocasionalmente en Chile- no era así. El Ngillatún se celebraba en cualquier momento, provocado por visiones, sucesos extraños, y con motivos diferentes. Era convocado y dirigido por un encargado especial, por lo general un anciano prestigioso de la comunidad, el Ngenpín o "dueño de la palabra", distinto del cacique (con el que se ha identificado en la Argentina), encarnado otrora en el machi, o hechicero cuyo papel fue fundamental en la antigüedad. En nuestros días, con las casi desaparición de la institución del machicazgo (shamanismo), aquél se ha visto reducido muchísimo; subsiste en la anciana tamborera que dirige el canto totémico y el baile de las mujeres. El Ngenpín está ayudado por un numero variable de individuos, entre los cuales figuran los llamados "sargentos"(Sarkento).

El escenario para la ceremonia es una llanura o pampa, suficientemente pareja como para permitir la libre evolución de la partida de jinetes que constituye una de sus piezas claves. Ella consiste en un amplio círculo que, sujeto a la estrictas reglas del ritual, describen aquéllos, formados de a cuatro, en fondo, en torno al centro del espectáculo, en donde están erigidos el réwe y el "campamento" y se desarrollan la rogativa propiamente dicha y la danza.

Réwe puede traducirse en este caso como "sitio sagrado", o conceptos semejantes. Se lo suele denominar en castellano "altar", por su semejanza externa con este elemento de la liturgia cristiana, pero en realidad una analogía mayor con el altar tiene el llamado

llagni-llagni, o llagnil, inexistente en nuestro país, especie de plataforma en que se deposita la sangre del sacrificio y otras ofrendas destinadas a la divinidad.

El réwe, (imagen de la derecha abjo) consistente allende los Andes en un árbol sagrado (canelo) y escala (prawe) o variantes de esos elementos, aparece en Argentina remplazado por retoños de araucarios, otros árboles, y más generalmente cañas colihue. Siempre enfrenta al naciente, y así la concurrencia, al amparo de los carros, o mamparas especiales, dispuestos en semicírculo, se ubica al poniente. La rogativa frente al réwe y el canto totémico se realizan igualmente de este lado. El otro está reservado para los piwichén wentrú o kallfü wentrú, pareja mágica de jóvenes, con sus caballos (un alazán y un blanco por lo general) y el fuego sagrado (pillán kütrál), cuando existe.

En el réwe figuran las banderas (azules, amarillas, blancas y argentinas, según los lugares), y a su pie o en alguna plataforma especial, los jarros para la chicha y otros elementos del ajuar sagrado de la fiesta. A ambos lados, hacia el oeste -al menos en nuestro país- sendas horquetas destinadas a recibir el cuerno en que remata el extremo de las trutrukas, clásico instrumento gigante de viento de los araucanos.

Para integrar el cuerpo completo del Ngillatún falta todavía mencionar tres aspectos fundamentales, a saber la rogativa propiamente dicha, inseparable del sacrificio, y la danza. El desarrollo de la fiesta no es sino el juego alternado de estas piezas principales. Su duración es variable: dos o cuatro días, incluido el de la "junta" o reunión de la gente parecen ser lo más frecuente.

En la faz cultural está presidida por ngenechén ("Dominador de los hombres"), dios-diosa central del panteón araucano actual, que es invocado con apelativos diversos tales como ngenemapún ("Dominador de la Tierra"), Chao ("Padre"), Kallfü Rei Chao-Kallfü Rei Ñuké ("Padre Rey Azul-Madre ReinaAzul"), Fechá Wentrú-Kushé Zomó ("Anciano-Anciana"), y otros menos frecuentes, como "Aplastador del Río", "Dos Caras", etc. Las preces se elevan al cielo, en cuyo centro habita en una casa de oro y rodeado de muebles y utensilios de ese mismo metal. Hasta él llegan el vaho de la carne y la sangre que se depositan en el llagni-llagni, el humo del fuego sagrado, en que se queman ciertas víctimas, animales enteros, o sus despojos -según las prácticas y las regiones- y en el fin del humo de las pipas y las aspersiones de chicha que rubrican las rogativas, sobra fórmulas de este tenor: "Favoréceme Padre! Por ti vivimos; por ti hay siembras que nosotros estamos cuidando. Tú nos das bueyes. Creados por ti existen las ovejas. Creados por ti, Dios, Padre, existen los caballos. Favoréceme, Padre, Dios, favoréceme pues: Que yo esté bueno. Que viva mi hijo, dirás", etc. O bien: "Dame otra vez mi lluvia, Cara Negra, Hombre Viejo. Dame otra vez mi estero, Alma vieja de cara negra", etc. O: "Dame mi buen cielo, mi gran sol caliente. Dame mi blanca nube, Alma vieja de cabeza blanca. Hoy pues te ruego, favoréceme, pues. Dame mi buena hacienda, mi cosechas. Tú, pues, cerca estás, favoréceme, pues, Rey del centro del cielo.

...La rogativa, como he dicho, se realiza, en conjunto o alternadamente con hombre y mujeres, en dos filas, frente a la cara oeste del réwe. En algunos lugares participan de ella los jinetes del awun, que circulan al efecto lentamente ante el altar.

En cuanto a los sacrificios de animales -que reemplazan ciertamente a otros humanos-, tienden a desaparecer en la actualidad, y así en algunos sitios se saca sangre de las orejas a las víctimas sin matarlas; por el contrario, se las incorpora a las majadas con presumibles finalidades mágicas.

Donde existen, juegan un papel fundamental los corazones de las víctimas, objeto de ritos especiales que incluyen su aseguramiento por medio de cordeles al réwe o las banderas, desfiles, y por fin sepultación bajo tierra o agua, o comida ritual, todo variable de acuerdo con las regiones y las épocas.

Palavecino ha señalado igualmente la importancia de los sacrificios de vegetales, en cuya categoría incluye a las oblaciones de chicha (mazái) y otros elementos de origen vegetal, y la cremación ritual de productos de la huerta. Pueden agregarse las "tortillas" que en Chile se depositan, con la sangre, en el llagni-llagni, etc. En cambio, es peligrosa la inclusión en la categoría, de los gajos de plantas que empuñan distintos colaboradores de la ceremonia, y elementos de esa naturaleza, que tendrían otra significación, en conexión quizá con las prácticas shamanísticas (del machi).

Las rogativas y el sacrificio alternan con la danza, que incluye un número variable de bailes, para ambos sexos (incluso en algunas partes parejas de hombres y mujeres), a saber por lo común los que se distingue con los nombres de amuperrúm,

enegilituperrún, shaf-shafperrún y rinku-rinkuperrún. El lonkomeo, de hombres solos, ocupa un lugar aparte, como veremos.

Las danzas mencionadas, en las que participan también los niños, se ejecutan por parejas tomadas de la mano, que bailan en grupos de a dos en fondo, encabezados los hombres por los piwichén wentrú (que llevan en bandolera fajas con cascabeles) y las mujeres por las piwichén zomó y la tambor era, en torno al réwe, o bien, siempre de la mano, en grandes rondas. Hombres y mujeres giran en sentido inverso, al compás del tambor (kultrún), los cascabeles que agitan los "punteros", numerosas pifullkas (pitos de madera) tocadas por los danzarines, y las trutrukas, que en ciertas danzas abandonan su inmovilidad -colaborando con el ejecutante otro individuo- para acompañar a aquellos en sus giros.

Para el lonkomeo se ha reservado un lugar aparte. Y que le corresponde por su extracción, evidentemente extra-araucana. Lonkomeo (de lonkó, "cabeza" y meu, preposición que en este caso da idea de "vaivén") parece ser un nombre genérico bajo el que se agrupan diferentes danzas, la principal de las cuales sería el choiké-perrún o "baile del avestruz". En Chile -en donde se baila ilimitadamente- se lo conoce por puelperrún, "baile oriental", nombre que ha sido también trasladado a la Argentina. Si a esta denominación agregamos sus características de danza pantomímica e imitativa de carácter exclusivamente masculino, y la circunstancia especial de ser ejecutada en el kultrún-puesto en el suelo- con dos palos (a diferencia del tambor del machi, que se empuña con una mano y se toca con un solo palo) y por un hombre, creo que su procedencia no araucana es clara. Si recordamos que los tehuelches de la Patagonia (que ocuparon Neuquén hasta época muy reciente) -en cuya cultura de cazadores encaja perfectamente- conocían una danza idéntica, su origen en estos pueblos se acredita de manera muy sólida.

El lonkomeo es ejecutado por cinco bailarines, semidesnudos y descalzos, pintados de plumas en la cabeza y otro a manera de cola, como remate de la punta del poncho hecho chiripá. Bailan cósmicamente serios, sin perder jamás el compás a pesar de los violentos movimientos de cabeza que justifican el nombre de la danza, la mano izquierda puesta en la cintura y en la derecha el extremo de la faja con cascabeles que les cruza el pecho en bandolera. Se trata de un baile festivo y sus participantes (cuadrilla que representan distintas regiones) se permiten ciertas libertades, licenciosas a veces, que no existen de ningún modo en las restantes.

Superponiéndose parcialmente con la danza tiene lugar el awun o ronda externa de los jinetes, ya mencionada. Es encabezada por los piwichén wentrú -quienes reciben de manos de los piwichén zomó las banderas que enarbolan-, y está sujeta a una serie de reglas estrictas, que también varían según los lugares. Incluyen la formación de a cuatro en fondo, el número de vueltas y las paradas.

...La significación del awun no es del todo clara, aunque de acuerdo con las observaciones de varios autores y aun la opinión expresa de algunos indígenas, parece probada su finalidad de "espantar a los malos espíritus". Sin rechazar la veracidad de esta interpretación, pienso que quizá ella no explique sino uno de los aspectos, el más externo del awün.

Para cerrar esta descripción del ngillatún araucano debo referirme todavía al canto totémico de las piezas fundamentales de la fiesta, y curiosamente inadvertida hasta hace poco tiempo. Es función exclusiva de las mujeres -ancianas- que secundan a la tamborera y que aparecen ubicadas, en todos los ngillatunes que he podido ver, personalmente o por fotografías, al oeste del réwe.

Como es sabido, todos los apellidos araucanos significan algo, y se relacionan, o relacionaban, con objetos o criaturas provenientes de los tres reinos de la naturaleza: kurá, "piedra"; millá, "oro", etc., por ejemplo. Combinados en Namunkurá ("Pie de piedra"), Millaleo (Millalleufü, "río de oro"), al par que ejemplifican lo que quiero decir, aclaran precisamente la idea de totem. Cada familia -aun en los casos en que el apellido se ha deformado o ha sido remplazado por otro no araucano- tiene un totem de esta clase, denominado kempeñ modernamente en esa lengua.

Y bien, cada kempeñ a su vez tiene una canción particular dedicada (taiel), que es la que entonan las mujeres encargadas del canto sagrado en el ngillatún. La elección de los taiel que han de cantarse la realiza la tamborera u otra anciana especialmente elegida por su edad o sus conocimientos, y se relacionan con los kempeñ de los organizadores

de la fiesta, de los bailarines de lonkomeo, de las víctimas, y aun de los caballos sagrados.

Ciertamente faltan en esta descripción otros puntos interesantísimos, como todo lo referente al mareupull (ceremonias relacionadas con los cántaros de ese nombre por un lado y con una figura divina oscura por el otro), al konchotún (reafirmación sagrada de la amistad), etc., pero la ausencia de una correcta interpretación en algún caso y de universalidad en todos, hacen que los deje de lado en este trabajo.

Para terminar, debo apuntar que el ngillatún se celebra todavía, de este lado de los Andes, en varios lugares del Neuquén; en Colonia Cushamen y Boquete Nahuelpán, y tal vez en otros lugares del Chubut. En Río Negro se ha extinguido en todo el centro, norte y este de la provincia; según algunos datos, se realiza todavía en la región de Epuyén y algún otro punto del ángulo suroeste. (*)

(*) Fuente: Versión abreviada del artículo "El ngillatún o Kamarikun (Kamaruco) Araucano", de Rodolfo Casamiquela, publicado en Revista Misiones culturales, N 4 (sep. 1960), de la Dirección General y Cultura de la provincia de Río Negro, Patagonia Argentina.

Las investigaciones de Rodolfo Casamiquela pueden ser consultadas en la Biblioteca del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

EL CHAMÁN Y LA LLUVIA

Por

Hugo

Covaro

(*)



Hugo Covaro es uno de los vientos poéticos de Patagonia. En Temakel, de su autoría hemos editado ya Memorias del Viento. Ahora nos complace ofrecerles este nuevo caldero de poesía y espíritu patagónico cuya principal inspiración es el chamanismo ancestral de la Patagonia indígena. A continuación las palabras del propio poeta para invitarnos a los paisajes de frescuras y colores de su obra...

En los fogones se sabe escuchar ese nombre que luego el miedo esconde en los rincones más secretos de los ranchos. Alguien lo suelta en la noche y en el fuego se queman esas sílabas con el chisporroteo de leña de ciprés.

Tintica

Cuando el invierno espesa el aire y el lago se vuelve hielo, Payún* sale de la caverna. Arroja su magra figura con cueros, apaga la fogata, carga sus secretos y cruza el lago que lo ve marcar el centro de su médula con el rastro de sus tranus*, que a cada paso parte en dos el silencio de las cumbres. Dicen que detrás del volcán, tan lejos que apenas se imagina, está el mar.

Que hay que bajar por desfiladeros tortuosos, viendo a la piedra en carne viva alimentar el frío de los ventisqueros, tapándole el ojo a las tormentas y velando de la montaña para que no se pierda.

A la distancia los picos de la cordillera prolongan en sombras sus aristas filosas, cortando en finas lonjas de silbidos la carnadura del viento del oeste. Entre un aire celeste se esfuman las últimas vértebras del espinazo del continente, antes de hundirse en el océano.

Todavía el verde muestra un tono tímido frente a la nieve eterna. Más abajo, renovado y vigoroso, cierra fila entre batallones de árboles quietos, para ser al final de la pendiente, el límite exacto entre el monte y un mar sereno.

Luego el paisaje se torna menos duro. El corazón amaina sus latidos. Se respira una brisa clara, cargada de fragancias nuevas que cuentan de fogones familiares, árboles aserrados, rumor de pueblo.

El pueblo es, desde la altura, al principio sólo una mancha que a medida que se desciende va tomando forma: casas de madera alineadas al borde de la calle angosta; la iglesia blanca frente a la plazuela de una cuadra por lado y los manchones de bosques entre los claros que deja la labranza.

Entre perros que salen a su encuentro y gente pobre que lo ver pasar como un sueño, Payún camina con los ojos cargados de mar.

El pequeño caserío se llama Tintica*, uno de los pocos nombres que los conquistadores españoles respetaron entre El Carmen y Nuestra Señora de Atocha. Tintica quedó prendido en la memoria como un delirio antiguo. Algunos viejos cuentan cómo murió allí la abuela de Payún quemada viva por hereje. La trajeron arrastrando – dicen- hasta el centro de la plaza. La crucificaron y le prendieron fuego. Dicen que ardió nueve días sin que el cuerpo perdiera su forma; se gastaron toda la leña seca y la vieja seguía entera, echando fuego por el hueco de los ojos.

Recién al décimo día, cuando una llovizna fina cubrió el caserío tapando sus celajes mortecinos, el cadáver comenzó a disolverse. Un agua negra corría desde las cenizas en dirección al mar, resumiendo el torrente en las arenas de la playa. La marea en cada ola se la tragaba en rítmicas bocanadas, hasta que sólo una mancha oscura, como de aceite, separaba el azul del mar y el horizonte. A ese sitio sabe llegar Payún para no olvidar lo que es.

Alguien vendrá del este

Payún sintió la luz de la mañana en la cara. Los rayos se filtraban por los intersticios de la roca hiriendo la oscura atmósfera de la caverna. En el centro aún boqueaba el fuego de la noche con un débil latido entre la ceniza. Arrimó leña nueva y pronto el frío de la piedra se replegó mansamente dando lugar a las llamas con sus serpientes inquietas.

Como cada amanecer, se quedó mirando esa lumbre con las pupilas encendidas por los misterios del humo y sus designios, buscando la secreta escritura de los antepasados, descifrando el mensaje que el fuego reflejaba desde lo más hondo del tiempo.

- *Alguien vendrá del este...* memorizó en silencio. Afuera el canto de la diuca* se humedecía en el rocío de la cascada. El arroyo rompía su preñez de hielo en minúsculas partículas, fundiendo su canto melodioso monte abajo, despialando su acerado brillo.

Apenas los lengales* encendieron sus perfiles con destellos dorados, Payún marchó cauce abajo con un sol estrujándole sus amarillos en el rostro curtido.

Con recelo de puma descendía lentamente el sendero conocido sólo por sus pisadas, yendo al encuentro del legado que los antiguos le anunciaron como un destino inexorable.

En la otra orilla del arroyo, justo donde termina el camino que conocen los viajeros, estaba el hombre: Con el asombro asomado a los ojos, contemplaba la imponente silueta del Pillanhue, absorto por tanta maravilla.

- *Vengo desde Cañadón Largo... mi mujer está muy mal... se me muere, lahuentufé*!*

- *Vamos...*- dijo Payún secamente.

El rancho estaba al pie de una lomada. Todo era silencio. Adentro, entre unos jergones mugrientos se adivinaba a la enferma por los quejidos. Un olor agrio le golpeó la cara cuando traspasó la puerta y se encontró con su mirada baldía.

- *Dejame solo...*- le ordenó mientras se quitaba su tosco abrigo de cuero. Debajo del catre, como destilando la muerte, los orines de la enferma goteaban, cayendo como una lluvia monótona desde los tientos al suelo.

Payún tomó un cuenco y los juntó gota a gota. Suavemente sentó a la mujer y trago a trago se los hizo beber. Después le acomodó los cueros y le sacó con la mano el sudor que le caía de la frente. Un silencio denso, sólo quebrado por la respiración desapareja de la enferma, cubría aquel ámbito de dura miseria.

El hombre regresó de desensillar el caballo que a un tiro de piedra ramoneaba los escasos coirones. En la cocina ningún sonido delataba la vida, como si el alma de esa gente se hubiera ido con el último humo que la chimenea soplabá hacia un cielo pálido y lejano.

Le costó prender el fuego. La leña verde le sahumaba la cara y ponía una neblina olorosa por el estrecho ambiente.

No bien las llamas vencieron la resistencia del humo, la claridad vacilante se trepó a las paredes devolviendo su forma a cada cosa.

Cuando se pudo ver, Payún ya no estaba.

Lejos, donde la tierra confunde su lomo alazán con las primeras estribaciones, se desleía su espalda untada de infinito.

Al amanecer desde la pieza de la mujer llegaban cortos reclamos.

- *Demetrio,...Demetrio...*

Entre sueños al hombre le parecía escuchar esa voz lo llamaba. Se había dormido sentado, cansado y triste, mirando las brasas agonizar en la cocina

Se incorporó de un salto y fue al encuentro de su mujer que lo esperaba parada cerca del catre.

La sostuvo entre sus brazos fuertes y la miró largamente. Como saliendo del fondo de esa cabellera desgreñada, la vida mostraba de nuevo su pujanza, en un agua limpia desbordada de los ojos.

Payún

Laifil*, la abuela de Payún muerta en Tintica, había vivido largos años en un paraje al norte de Cruz Negra, en los primeros médanos del desierto.

Desterrada por los comentarios acerbos de un obispo, terminó confinada con su oficio de machi al sur, donde el mar lavaba su terrosa memoria.

Payún, sexto retoño de su hija soltera y de padre desconocido, vino al mundo con una barba tupida que le cubría todo el rostro uniéndosele a un pelo lacio como enjambre de avispas negras.

Para Laifil fue la señal. Ese niño endeble, contrahecho, era el elegido por los dioses para ser depositario del legado ancestral. Le costó caminar y adolescente, recién pudo pronunciar el nombre de su abuela, que desde que nació se apoderó de él y lo llevó a su choza solitaria.

Para ser chamán, se nace chamán.

Ella, que había viajado las cien leguas hasta Almejuelas para hacer llover luego de treinta años de sequía; que le pudo decir a Manuela Chávez, con sólo "leer" en la clara de un huevo de gallina que su hombre estaba vivo y andaba cuatreciendo por Miraflores y no muerto como dijeron los de la partida; fue ella que al cuarto mes de nacido le abrió al niño el tercer ojo, con el que Payún podría escrutar más allá de las cosas.

En su mollera, antes que el hueso crezca y cierre su cráneo pequeño. le puso el sagrado anillo de plata, puerta por donde pasará esa luz que sólo pueden recibir "los que no tienen sombra", "los que sólo vieron sus rostros en los espejos de agua", "los

que caminan por el fuego”, “los que se lastiman y no sangran”, “los que saben encontrar la flor azul que hacer ver a los ciegos”, “los que ven más allá de los ojos”, “los que están siempre despiertos”...

Con el pasar de los días el duro aprendizaje: uno a uno los nombres de las plantas curadoras; juntar el melincolahuén*, esa agua sanadora que en neblina transpira la cascada; largos ruegos penitentes; el ayuno doloroso, con la lengua clavada al canelo* patriarcal, para ver entre lágrimas las primeras visiones.

Hasta que un día, en el mismo sitio donde los dioses antiguos saben bajar transformados en hualas*, el iniciado enfrenta su prueba definitiva.

Acostado sobre un matrón, los brazos pegados al cuerpo, los ojos cerrados, los pies juntos y orientados al naciente. Ningún músculo se mueve. A su lado la vieja machi* golpea el pequeño tambor acompañando un canto monocorde y misterioso.

Nada de lo que dice es palabra conocida.

A medida que se acelera el ritmo, su voz aguda aumenta el volumen de ese canto lastimero hasta que, como en un estertor eléctrico, se desploma como fulminada por un rayo.

En ese instante, al cuerpo de Payún le acomete un temblor hondo y una resolana brumosa desdibuja su figura dormida.

Poco a poco el cuerpo se volatiliza y un viento luminoso se lo lleva por encima de los árboles.

A esa misma hora en la playa de Tintica, otro Payún arrodillado, de cara al oeste – donde moran los difuntos- mira como el mar le devuelve a Laifil, su abuela muerta.

Como el caer de una estrella

Luego de la trágica muerte de Laifil, nada fue igual en Tintica. Era como si Dios, desde entonces, transitara tan pobre y necesitado como los paisanos y mestizos que comparten sus vidas y esos designios ineludibles.

A todos aquellos que arrimaron leña a la hoguera, la machi muerta les recordó la crueldad con lúgubres señales.

A Primitiva Huenchocoy en días que el viento del oeste parecía dormido sobre un mar aceitoso, un aire repentino le cerraba puertas y se prolongada en quejido ronco que sólo ella oía. Un frío de tumbas se instalaba en sus huesos a pesar del sol quemante del verano. Le buscaron remedio pero nada le curó ese temor al fantasma que cerraba puertas y ponía hielo en su sangre. Enloquecida, en una marejada grande, nadie la oyó perderse entre el estruendo de las olas. Apareció ahogada, con los ojos arrancados, en la playa donde Payún suele regresar a encontrarse con su abuela.

A Secundino Gamín, por las noches, manos huesudas y heladas le recorren la espalda para robarle el sueño y alejarse luego con pasos que no dejan rastros a la luz del día.

El sabe esperar despierto... y nada. Es cuando lo vence el sueño que la difunta lo despierta y se aleja de repente dejándolo estaqueado por un miedo torturante.

A la Vicenta Ainol la locura le fue llegando despacio, como una agonía perezosa y cruel. Veía como un ñamco* posaba sus redondas pupilas en la ventana y luego le daba el lomo como señal de desgracia antes de marcharse. Ella lo miraba y gritaba su angustia, sin que nadie pudiera jamás ver al aguilucho pecho blanco. Así una y otra vez ... meses, años.

Una noche se levantó y fue al encuentro del ave. Al aclarar la encontraron colgada de la cumbra con un tiento al cuello y los pies a una cuarta de la pila de leña que amontonó para subir y ahorcarse.

Otros cuentan que ven una luz que baja de los montes y recorre la calle principal hasta llegar al centro de la plazuela. Ahí se detiene algunos instantes para iniciar luego una frenética danza, hasta convertirse en remolino de fuego. Lentamente va perdiendo fuerza y, ya débil, enfila hacia el mar donde la noche se la traga. Un penetrante olor azufra las sombras del pueblo quieto. En cada casa, un soplo húmedo apaga velas y candiles, mientras que afuera, no lejos de los cercos, los perros toread extrañas figuras que más tarde se repliegan arrastrándose con ruido de cadenas.

Hace un tiempo marcharon en busca del cura de El Carmen. El cura vino casi de mala gana y luego de un largo sermón que culpaba a demonios y pecadores por las penurias del pueblo se llegó, hasta el centro de la plaza y bendijo el sitio con agua santa. Todos

se santiguaron a un tiempo y con gestos de recogimiento lo acompañaron de regreso a la iglesia. Después de la partida del padre Ovalle, una calma pesada envolvió al caserío.

Sin embargo, algunos dicen que vieron sobre el mar, como el caer de una estrella, aunque muy cerca de la playa y con un brillo extraño.

Dicen que suele aparecer cada vez que muere alguno de los que crucificaron y quemaron viva a Laifil, la abuela del mago Payún.

Laifil

Arrodillado, juntando las palmas de las manos como guardando en un cofre las cruces que entre las líneas de la vida y de la muerte, marcaban a sangre su destino, Payún entró en trance para ver llegar a Laifil en su canoa desde algún lejano laberinto. Se le aparecía brumosa, ajada la piel por tantas intemperies, las manos sarmentosas de tejer interminables matrones, por hablarle desde su boca pequeña, arrugada, hundida, como una puñalada dada en un cuero..

- Nada de lo que vez, es como lo vez...- le decía. Hay que entender lo que dicen los que habitan el misterio para no errar el camino. Nada de lo que se ve es eso en realidad – repetía. La mente no puede distinguir qué es realidad y qué es fantasía. Por eso debes usar tu instinto, esa parte animal que tienes para entender a la madre tierra. Cuando no se usa el instinto sólo se ve lo que se desea ver, no lo que hay que ver en realidad.

Recuerda que para tener todo, primero debes quedarte sin nada. Nada de lo que la gente cree que es suyo le pertenece; el hombre sabio, Payún, es aquel que poco o nada tiene. Que cuando marcha, todo lo esencial lo lleva puesto.

Las mariposas son en verdad ilusiones de jóvenes vírgenes desaparecidas; los sapos, espíritus de gente quemada y no sepultada; las víboras, hembras adúlteras que se cruzaron con machos de otras especie; los pájaros sólo son pensamientos: negros, blancos, de colores. Verás pasar a la gente dormida caminando feliz hacia su despeñadero. Están dormidos, por eso no te ven ni pueden sentir el fuego, o la piedra, o la nieve, o el cuchillo, o el lazo, o la peste que los matará.

Te llamarán mago Payún–le decía- porque dormidos, creerán ver lo que tú quieras que vean o sientan y será tu voluntad medir en ellos el bien y el mal, la noche y el día, como la vida y la muerte.

Antes de lograr abrir los ojos, vio como la anciana subía a la canoa y remando parsimoniosamente se alejaba rumbo a Mocha*, la isla que según los antiguos, es el lugar donde residen los espíritus.

Con la boca reseca por sales y vientos, cargándose el crepúsculo como un poncho, marchaba caviloso por la calle entre caminantes que lo atravesaban como a una transparencia , sin imaginar su presencia entre las voces y ruidos de la aldea.

Con el último rayo de sol colgado de su rostro indio, dejaba atrás las casas grises que al final del caserío se fundían con las primeras manchas de monte, antes que la montaña se apoderara del valle con su mole imponente.

Arriba, del otro lado de la cordillera, luego de cruzar el costado sur del Pillanhue y reconocerse en el espejo esmeralda de sus aguas, le aguardará la caverna y su abrigo de minerales antiguos y los mensajes que el fuego le develará en luz cuando la fogata abra su cerrado párpado de cenizas.

Rinconada

Todo era viejo, desgastando por ese viento arenoso puliendo los perfiles de casas abandonadas hace tanto tiempo.

La iglesia sin cura, amontonaba un médano bajo frente a sus gruesas puertas cerradas, en un silencio macizo sólo roto por alguna campanada fuera de hora, cada vez que una ráfaga de viento norte movía y golpeaba el negro badajo, colgante como testículo de toro.

Por el callejón principal de Rinconada suele pasar la historia como una anciana ciega sin detenerse. Fue obligado descanso de las tropas revolucionarias en su tránsito al norte y parada de mercaderes, bandoleros y contrabandistas de frontera.

Algunos aseguran que el mismísimo Brigadier General Don Estanislao Lezcano, hizo noche en la víspera de la batalla de El Quemado, velando las armas antes de aquel

sangriento combate que sembrara de muertos el valle y signara para siempre la suerte de la gesta emancipadora.

Y hasta se dijo que el Coronel Robustiano Campos, caído en esa pelea, fue enterrado por sus soldados en el cementerio, pero no se sabe dónde, pues nunca se conoció el lugar de su tumba. Pero eso fue hace un siglo!

De aquellas cincuenta familias, hoy quedan algunos viejos con los ojos grises de ver por siempre tanto desamparo. Y la Cándida Moraga con su hijo enfermo, en esa casona blanca delataba por un humo sin forma que reptaba un cielo ceniciento, como el último pulso de la vida en aquellas desolaciones.

En horas que el viento para, en el erial que cobija a los muertos entre picas bajas, las cruces tapadas ocultan el nombre de alguna historia familiar ajada de olvidos largos. Pero el mismo viento sabe escarbar los arenales y entonces las cruces muestran los apellidos de aquellos huesos tristes: Amaranta Solís (q.e.p.d.), Alejandrino Quenao (q.e.p.d.), Domitila Soca (q.e.p.d.), Porfidio Curinao (q.e.p.d.)...

Por la entrada desapareja, seguida por la mula que sin esfuerzo cargaba al pequeño jinete, Laifil caminaba con la vista fija en ese humito parado en el aire, que le señalaba el final de aquel largo viaje.

Un zaguán estrecho terminaba en el patio de baldosones rústicos desde donde una galería espaciosa daba sombra a las habitaciones que en hileras, conformaban aquella construcción que fuera almacén y fonda en tiempos mejores.

Cuando sus anteriores ocupantes la abandonaron, Cándida escondió la peste de su hijo entre esos muros de tres jemes de anchura. En esa penumbra de socavón, un niño con rostro de viejo miraba deslumbrado el chorro de luz que le acuchillaba los sentidos, iluminando esa carcoma oscura que le masticaba las entrañas.

Laifil lo contemplaba callada, como quien se asoma luego de un derrumbe. Al fin dijo:
- *Me llamaron tarde. Esta criatura no tiene remedio...ya huele a podrido el pensamiento* – murmuró la machi como un rezo – *No creo que pase de esta noche...*

Unas manos piadosas le cerraron los ojitos para devolverlo a las tinieblas.

Al otro día, con el sol pintando de fuego las crestas de las serranías, la machi seguida de la mula y el pequeño Payún montado, le daban la espalda al caserío, mientras un viento nuevo, recién venido, amontonaba arena junto a la cruz del angelito.

Pirquinero

Agachado como estaba sobre las aguas, apenas si pudo ver la figura reflejada que se deformaba llevada por la corriente. Al levantar la vista, se encontró de golpe con Payún que lo observaba desde la orilla.

Lentamente el buscador de oro se enderezó. Desde la batea, una breve catarata rubia de agua y arena cayó para perderse entre el rumor de cauce andando.

-*Buenas...*- alcanzó a decir, aún metido hasta las rodillas en el arroyo.

Payún levantó un brazo en mudo saludo y se quedó inmóvil, como quien no termina de entender lo que está viendo.

El hombre caminó el trecho que lo separaba de la orilla con los ojos fijos en la silueta morena, aparecida de la nada.

Cuando estuvo cerca, la mirada del indio se había puesto hacia.

-*Hace tres días que lavo... y ni una chispita! Parece prometedor el sitio pero, hasta ahora... Vengo de Farellones y comentan los mineros que en la naciente de este arroyo hay oro. Y usted, ¿qué anda haciendo por aquí?*

- *Vine a oír el ruido de la lluvia* –dijo Payún para volver a adentrarse en un mutismo prolongado.

- *Me llamo Joaquín Meneses* –comentó el pirquinero* acucillado junto al fogón de piedras bochas que encerraban un fuego de leñas menudas.

-*¿Ha encontrado oro, aquí?*

- *No busco oro, no lo necesito...* respondió el mago.

Meneses lo escuchó como a una voz lejana y sin sentido. Antes que pudiera ordenar sus pensamientos, Payún agregó:

- *Nada se puede conseguir con oro. El oro es el sudor sagrado del volcán y quien le roba al Pillanhue sólo puede esperar desgracias!*

El hombre contuvo una risa que pudo ocultar gracias al pretexto de ir por leña para el fuego agonizante. Cuando regresó, el moverse de algunas ramas le señalaron el rumbo por donde se había marchado aquella extraña aparición.

Un sol nuevo entibiaba el aire fresco. Meneses se desperezaba fuera de los cueros. El vapor de la respiración le mojaba la barba hirsuta con una neblina tornasolada, mientras las frías aguas del chorrillo, entrechocaban sus perlas líquidas como una música venida de los sueños.

En jornadas largas, repetidas, de sol a sol, con voluntad obsesiva, fue sacándole el lecho sus lágrimas doradas. Una a una las guardaba en aquella bolsita de cuero sobado, hasta que el tiento que la cerraba apenas podía atarse.

Ese mediodía, cansado de lavar en vano toda la montaña, decidió, que ya estaba bueno, que era tiempo de descansar, de festejar por todo esa quincena metido en el agua sin más cielo que ése, que se reflejaba siempre yéndose.

- *Si le doy tranco sin parar, antes que se ponga oscuro puedo estar en Cañadón Huemul* –meditaba mientras terminaba de acomodar los trastos, pregustando ese aguardiente fuerte que sirve en el boliche del vasco.

Mientras rumiaba estos pensamientos, desde el oeste un nublado plomizo, como de pólvora, tapaba las formas de la montaña. Un silencio hondo, pesado, preanunciaba la nevada. Los animales del monte mostraron temprano esa ansiedad que los intranquiliza en cada cambio de clima. Meneses no sabía que cuando los pilquines* se alborotan no siendo época de celo, es seguro que nevará. Con los pies arrimó tierra al fuego hasta sofocarlo. Orinó cerca del agua y se puso a caminar feliz, sintiendo la bolsita con el oro apretada entre la ropa y las costillas. A poco de andar la tarde mostraba un cielo sucio y los primeros copos le caían sin ruido por la espalda. Lo que fue apenas una llovizna gruesa, se transformó de pronto en un desierto blanco sin orillas, por donde caminó sin rumbo hasta que el más profundo, lo puso a un paso del delirio. Lo último que vio fue una enorme víbora, que abarcaba hasta donde la nieve le dejaba ver, que lo atrapaba y hundía en una negra y fría oquedad sin límite. Cuando lo hallaron, Meneses estaba desnudo. Dicen que cuando se ahogó en el Arroyo de las Vueltas en aquella nevada grande, la correntada le fue quitando a puro golpe de agua y risco todo lo que llevaba. Que todo se lo llevó el agua, menos a Meneses que parecía dormido, no muerto.

Esa

flor

azul

Javier Etchemaitchea le pasaba un trapo al mostrador tratando de limpiarle esa pátina oscura que el uso y los años le untaron a su hosco maderamen.

En Cañadón Huemul –parada de carros y chatas- su boliche reunía a los pocos pobladores de la zona y viajeros que desde septiembre a marzo, se animaban a transitar aquellos huellones marcados a puro invierno en la piel nativa del páramo.

Javier miraba la lluvia empañar la mañana fría, con esa garúa obstinada que llevaba cuatro días seguidos sin parar, como quien acepta resignando un veredicto irrefutable. Esa llovizna tenaz, que apenas le permitía ver hasta el palenque solitario, parecía mojarle la única región a salvo de aquella tempestad obcecada: los recuerdos.

Se veía joven, recién llegado, con esa desmesurada vastedad extendiéndose antes sus ojos azorados. Sus primeros trabajos, largos arreos, los primeros pesos, duros inviernos esperando a la vida en estrechos fogones de dilatadas estancias inglesas, privaciones, algún amor pasajero que sólo dura la plata de un mensual cuando baja a los pueblos de las costa. Esquila, baños, señalada, desierto, soledad...

Hasta que llegó el día en que un paisano suyo le ofreció el boliche y juntando los ahorros de años a las ganas de quedarse por algún tiempo en un solo sitio, se le animó al oficio de bolichero.

Y aquí lleva treinta años viendo pasar todos los días entre arrieros quemados de intemperie, troperos tallados de vientos, indios melancólicos, oportunos mercachifles, puesteros llenos de olvidos.

- *Una grapa, don Javier...qué va a tomar Ud.?*

- *Pa' mí una caña dulce y un vino pa' mi compañero.*

- *Traigo cuero e' zorro... once traigo...*

- *Vasco... una ginebra doble!*

Un ruido que venía de esa lluvia mansa le devolvió la conciencia. Vio entonces al bulto que trataba de encontrar el hueco de la puerta, soltando briznas de agua su harapos

ropaje. El recién llegado tanteaba el piso con una vara corta que hacía de bastón y se guiaba tocando los objetos que encontraba a su paso o los sonidos que le indicaban la presencia humana en ese rumbo. Cuando logró entrar, cerró la puerta tras de sí y se quedó inmóvil por unos segundos esperando percibir nuevos mensajes. Caminó hasta el mostrador al mismo tiempo que se quitaba la boina negra y preguntaba... –Hay alguien aquí?

- *Qué día para salir de recorrida, don Hilario!* –espetó el vasco sólo por decir algo; luego agregó –*Desde que se le dio por llover finito, no he visto gente; debe estar mala la huella.. Suerte que vino Ud. para conversar y no estar solo, aburrido de ver garuar!*

- *Me han dicho que Ud. sabe donde se le puede encontrar al curandero, que sabe venir por aquí...que Ud. sabe...* –dijo el ciego secándose las últimas gotas de la cara con el dorso de la mano.

- *Ah! Payún!... hace como un año que no baja. La vez pasada lo fueron a buscar cuando la mujer de Demetrio Magariño estuvo tan enferma. El la curó sólo con verla... de palabra. Pero hay que ir hasta donde termina el camino que lleva al volcán, justo donde el Arroyo las Vueltas nace de los chorrillos. Ahí hay que prender fuego y esperar que baje. Eso dicen...*

- *Gracias, don Javier* –dijo el ciego enfilando hacia la puerta, con la vara adelantándose a su paso vacilante. Salió del boliche para desaparecer tapado por la cerrazón.

Payún miró el humo subir recto, sostenido en la quietud de la mañana como un pabito blanco sobre los árboles. Tapó con ramas la boca de la caverna y marchó aguas abajo.

El ciego sentado junto al fuego, adivinaba ese sol joven salido de la tierra que le calentaba la cara y le ponía un reverbero lila en sus pupilas opacas.

Sintió de golpe la mano del indio apoyarse en su hombro. Ningún ruido había denunciado su llegada. Giró la cabeza preguntando...

- *Quién anda ahí?*

- *Payún* –contestó el chamán con voz apenas audible.

- *He venido a verlo porque quiero que me cure. Soy ciego.*

- *Ya lo sé... sé también por qué perdiste la vista. Si encuentro esa flor azul que Elchén* guarda para dar luz a los ciegos, volverás a ver. Si no la encuentro, nunca más verás.*

Ahora vuelve por donde viniste y por ninguna causa regreses a este sitio –le sugirió para quedar en silencio.

- *Gracias, gracias Payún!* –expresó el ciego extendiendo los brazos en busca del chamán, pero nada encontró. Nadie respondió a sus palabras.

Lenta, dolorosamente avanzaba el ciego, tropezando, cayendo y levantándose para caer de nuevo sobre el áspero suelo.

Días enteros de penosa marcha regreso a Cañadón Huemul, con la esperanza abrigándole su corazón fatigado, sobreviviendo a lo más hondo de su noche.

Primero fue como un lejano deseo de llorar que se derrumbaba de sus ojos dormidos. En el cristal líquido de la lágrima, un arco iris difuso le iluminó los sentidos con minúsculo relámpago, tornándose de a poco en una visión acuosa, estremecida por flechas luminosas que fueron dando color a cada cosa: al principio, el camino, luego las casa y por último la gente.

Hilario lloraba. Era esa la forma más rotunda de lavar tanta oscuridad.

En la caverna el chamán miraba el fuego, perdido en lejanos territorios, mientras la flor azul que Elchén guarda para dar luz a los ciegos, le azulaba la negra obsidiana de sus ojos.

El

último

viaje

Mientras caminaba hacia el mar, Payún presentía que éste sería el último encuentro con su venerada abuela. Algo muy íntimo, visceral, asomado de los confines de la sangre, le avisaba de aquella pérdida, signada por un atavismo milenario.

Laifil, que después de muerta parecía seguir envejeciendo, se le apareció armada de la postrera hechura humana. Esa que en cien años de existencia terrena la maceraba enjuta y macilenta, como una grotesca crisálida detenida en el tiempo de otra esfera.

La canoa parecía no tocar el agua, apoyada sobre un vapor brumoso. Se detuvo próxima a la playa, empujada por el flujo del mar sin que la anciana realizara esfuerzo alguno.

Una fuerza invisible a los ojos movía silente al pequeño navío, donde navegaba esa capitana decrepita, haciendo puerto en su último viaje por este mundo. Regresaba par entregar los restos de aquella antigua magia de chamanes a su nieto, a que los mortales nombran mago Payún.

Volvía para borrar sus rastros terrestres, antes de convertirse definitivamente en susurro de caracolas marinas.

Payún anhelante, sumido en el trance más profundo, iba al encuentro de Laifil. Sin que abriera la boca, la voz de la vieja machi salía clara, aumentada por un eco metálico, escapado luego de pasar por tortuosos meandros subterráneos.

-Los antiguos chamanes, fueron peregrinos venidos del norte, tan al norte donde la tierra se estrecha en una lonja angosta, en la frontera con los hielos eternos. Mi abuela Paineco contaba esta historia, Payún.*

Que cuando los viajeros llegaron, los días eran largos y tibios y los inviernos cortos y templados; que abundaban animales y plantas; que había buenas pariciones cada año: las hembras parían hijos sanos. Nadie peleaba con su hermano; nadie le quitaba la tierra o su alimento al otro. No había enfermos y la gente moría muy anciana.

Pero en medio de tanta riqueza fueron olvidando a sus dioses, y fue entonces que el sol perdió ese brillo que fecundaba a la madre tierra con hasta dos cosechas anuales. El aire se puso frío y llegaron las lluvias interminables, que arrasaban poblados enteros, emplazados en las márgenes de los ríos. Cuando cesaron las lluvias, el sol, ya frío, las convertía en nieve, en hielo que al no derretir el sol, secaba los ríos y esa sequía extendía luego su sed a comarcas enteras.

Entonces el hombre por hombre mataba; uno, para quitar, mataba!, el otro, mataba para no dejarse quitar!.

La gente enfermó y poco a poco la tierra generosa se transformó en desierto. Tarde llegaron las rogativas y sacrificios humanos!.

Sólo quedaron las enseñanzas que trajeron aquellos peregrinos para salvar a los últimos náufragos!.

Y tú Payún serás el que cierre para siempre ese ciclo de muerte.

Por algún tiempo pareció callar y desaparecer entre la bruma. Sin embargo su voz llegaba nítida, como si la vieja machi le estuviera hablando al oído, tan cercana que podía tocarla si quisiera.

Desde su cuiminquelén* le oyó decir...

-Pronto vendrán forasteros para adueñarse de la tierra. Cortarán los árboles para usar madera y envenenarán las aguas de lagos, ríos y arroyos y llenarán de humo y pestilencias el aire de los campos. Vendrán para matar por el gusto de matar los animales del monte. Ellos serán los adelantados del más poderoso huecufú que se conozca, que extenderá su poder maligno desde los hielos del norte hasta los hielos del sur.*

Entre esa gente deberás vivir, Payún!.

Hasta que el volcán, origen de todas las anunciaciones, explote la furia contenida de los dioses, arrasando con las herejías de los hombres.

Cuando abrió los ojos, el mar se había retirado. Las aves marinas surcaban un cielo rosa, garabateando en las alturas sus letras minúsculas. Una mancha oscura, como de aceite, se fundía con el horizonte.

El

grito

Siguiendo los repliegues escabrosos por donde la cordillera declina su mole india en quebradas profundas, el caminante se dejaba llevar por sendas casi borradas que cabras salvajes y huemules labraban a fuerza de pezuñas en los riscales de las cumbres.

Venía de Zaino Cahuel*, con ese rumbo que según los dichos de un trashumante lo llevaría al encuentro del curandero que habitaba algún remoto paraje andino.

Sólo con lo puesto marchaba animado por una energía escondida, recóndita, que le calentaba la sangre y lo empujaba desde lo hondo de su instinto mestizo.

Lorenzo Ñelay era bajo, de cara ancha y oscura, sombreada por una cabellera negra y dura que, indócil, le caía hasta sus hombros fuertes. Hijo de la montaña, era capaz de

caminar días enteros sin mostrar fatiga, alimentándose con lo que cazaba, algunos piñones y frutos silvestres. Había perdido la cuenta de las jornadas que llevaba caminando, decidido a encontrar a ese mago que llaman Payún, quizás la última esperanza para hallar remedio al daño que diezma a su gente.

Esa noche mientras dormía, a Lorenzo Ñelay se le apareció el chamán. Soñó que le anunciaba su presencia. Que lo esperaba a la sombra de ese mismo coihue* - le decía- donde el mestizo, cansado después de una larga marcha, se había dormido. Entumecido por el frío de la noche, abrió los ojos sobresaltado para ver a Payún que lo contemplaba en silencio. Se incorporó al tiempo con ambas manos se sacudía el polvo de sus ropas, intentando coordinar alguna frase para comunicarse con aquella aparición que lo aturdiría y desorientaba. Al fin dijo...

-Soy de Zaino Cahuel... me llamo Lorenzo Ñelay y hace días que camino... lo andaba buscando...

Payún parecía no escucharlo. Con la mirada neblinosa escrutaba la distancia como quien más que mirar, estuviera recordando. Por su memoria se sucedían imágenes de lugares y gentes de aquellas historias que él conocía en detalle y que ahora revivía para verlas de cerca, para entrar en ellas como protagonista de esos dramas acaecidos a más de cien leguas de su escondida caverna.

En esas visiones, aparecía la hondonada donde Lorenzo Ñelay levantó su rancho, con piedras desiguales hasta la altura de un hombre y que techó con coirón y barro. Su mujer y las cuatro criaturas que velaban en la más dolorosa de las miserias, las muertes de abuelos y tíos enterrados en la falda sur de la lomada, donde el sol de los indios les calentaba los huesos cada mañana. Todo era cristalino de tan pobre!

El arroyo arrastrando su sombra líquida por el cauce de piedras duras. El campo de pastos altos estirando su verdor a lo largo del valle hasta tocar el cielo. Cabras como pintadas trepando los ijares de las lomas. Perros pastores. Voces que un viento distraído arrea sin apuro por el silencio de la tarde.

Pero cuando el atardecer cierra el párpado cansado del día, algo transforma esa calma en una inquietud antigua, un escalofrío que las sombras de la noche acentúan en cada sonido, en los latidos que regresan de un miedo encerrado en la memoria, hasta cuajarle la sangre de espanto. ¡Siempre en noches sin luna!

¡Ese grito que todos oyen estaqueados de terror!. Este reclamo que se fue llevando uno a uno a los varones de la casa para regresarlos muertos, sin ninguna herida, enteros, tirados por los campos. Se pueden ver los túmulos asomando como senos grotescos en el pecho de la lomada.

Ese grito llamando en la noche y el hombre, sacando coraje hasta de sus muertos, contestaba... Entonces se adentraba en la oscuridad como absorbidos por ese llamado irresistible, que lo maniató en su maraña alucinante, hasta alejarlo definitivamente de la vida.

Si nadie salía, el grito se repetía, cada vez más débil, más espaciado, hasta que las primeras luces del alba acuchillaban a las tinieblas en retirada.

Todo comenzó -hace años- con el abuelo Lindor.

El fue el primero y pensaron que alguna enfermedad le fue minando la salud, hasta volverlo viento. Después el tío Desiderio desapareció y lo encontraron muerto cerca de Mallín* Grande. Era joven el tío Desiderio!

Al año siguiente se fue el tío Fermín y ya no quedaron dudas que "alguien" se llevaba a los varones de los Ñelay luego que se oyera ese grito en noches sin luna!. El último, Celso, hermano de Lorenzo, lo hallaron muerto de sed, después de deambular tres días con sus noches en círculos, andando y desandando una y otra vez el mismo camino a sólo metros del arroyo.

-Llévame a Zaino Cahuel -dijo el chamán al mestizo que se había mantenido callado observando con curiosidad y respeto las cavilaciones del mago.

Tras varias jornadas de marcha, sin cruzar siquiera una palabra, divisaron el rancho al pie de la lomada. Los perros olfatearon la presencia de Lorenzo en la brisa que bajaba de la cordillera lejano y salieron a su encuentro con ladridos cortos de júbilo. En el patio, una mujer con cuatro niños agarrados a su pollera, lo aguardaba como quien espera el último de los milagros!

Pasaban los días con sus noches sin que el grito azotara su látigo de miedo. Todo sucedía lacio, repetido, anunciado desde el mismo comienzo del tiempo. Nada parecía

Hacia el naciente un mar de cenizas disipaba la marca del horizonte, extendiendo su neblina plomiza hasta el infinito.

Nada parecía tener vida. Sólo el agua, como una víbora ciega, hurgaba en su memoria de limo buscando una salida por aquella tierra todavía quemante. Entre vapores sulfurosos, esa tinta negra se abría cauce ladera abajo. Paraba en diques de lava endurecida, para vencer con su húmedo instinto cada uno de los obstáculos que encontraba en su camino.

Cuando llegó a la angostura del Choroi, su pupila mostraba una lejía de cielo limpio, hasta reconocerse cristalina en el lecho del arroyo.

Una paz de muerte envolvía al paisaje desolado. Mantos de cenizas escaldaban las heridas de la montaña, mientras el viento golpeaba su sonaja contra los riscales, repitiendo como en sueños el murmullo helado de las cumbres.

En algún lugar cercano al viejo Pillanhue, la vida leudaba en secreto su eterna maravilla.

El moderno edificio donde funciona el Instituto Nacional de Investigaciones Antropológicas destaca su imponente estructura entre edificaciones más bajas. Luego de ascender los trece peldaños de su escalinata de entrada, se arriba al amplio hall central, desde donde se tiene acceso a espaciosas salas perfectamente iluminadas. Armarios, vitrinas y anaqueles albergan al legado cultural de nuestros antepasados.

Científicos, profesores, estudiantes y turistas, abarrotan a menudo sus dependencias, en un incesante ir y venir entre las 10 y 18 hs., de lunes a viernes.

En el cuarto piso está la sala dedicada a Culturas Andinas. Un mueble de madera lustrada con vidrios corredizos exhibe, entre vasijas incaicas, cerámica Chavín y artesanías rituales, una estatuilla de arcilla cocida, que casi escondida, escapa al interés de los visitantes, no obstante su llamativo color que va desde el amarillo tenue al rojo intenso, protegida por un barniz extraño que le otorga un brillo indeleble.

En los registros del Instituto consta que fue hallada por un arriero al pie de un volcán extinguido de los andes patagónicos. Expuesta con el N° 27.123, la descripción reza: ... “ figura antropomorfa de 120 mm de altura y 35 mm de espesor, hecha en arcilla cocida. La pieza parece representar a un sacerdote en actitud ritual. Tiene boca grande, barba, nariz ancha y chata, ojos ovalados. Sobre el pecho carga un pectoral que sugiere la representación estilizada de un felino. Una túnica que nace de los hombros lo envuelve dejando ver al final sus pies descalzados. Una vincha de metal ciñe la frente y un tocado de plumas adorna su cabeza, prolongándose en largas orejeras. Los brazos, que terminan en grotescas manos con cuatro dedos y uñas afiladas, cuelgan a los costados del cuerpo”.

“Se desconoce su verdadero origen y significado”... (*)

(*) Fuente: Hugo Covaro, El chaman y la lluvia, obra que se terminó de imprimir en noviembre de 1996 en los talleres gráficos de Servicop, Editorial Universitaria de La Plata (ISBN: 987-9160-08-8).

VOCABULARIO

Canelo: (*Drymis winteri*) Árbol sagrado del pueblo mapuche.

Ciprés: (*Austrocedrus chilensis*) Planta conífera de madera incorruptible.

Coihue: (*Nothofagus dombeyi*) Gran árbol de la cordillera andina de hoja perenne, pariente del roble.

Coirón: (*Poa sp.*) Tipo de pajonal muy difundido por la región patagónica, que sirve de alimento al ganado.

Chamán o shamán: Sacerdote, adivino, curandero. Personaje místico dotado de poderes superiores. Su sabiduría tiene origen en las tribus siberianas uralo-altaicas.

Chispita: Término con que los mineros llaman a las pepitas de oro.

Choroi: (*Cyanoliseus patagonus*) Palabra mapuche que significa loro. Loro cordillerano de vistosos colores.

Cuiminquelén: Del mapuche, el estado de trance del chamán o de la machi.

Diuca: (*Diuca diuca*) Hermosa ave canora de los bosques cordilleranos. Es gris con el pecho blanco.

Elchén: Uno de los nombres de Dios, entre los mapuches.

Huala: Cisne de plumaje gris que anida en los lagos patagónicos. Su nido es flotante y pone 2 o 3 huevos de color celeste claro. Ente mitológico mapuche. Algunos autores llaman huala al macá zambullidor. (Colymbus rolland).

Huecuvú o huecufú: Espíritu del mal; significa "opera desde afuera". Vocablo mapuche.

Huemul: (Hippocamellus bisulcus) Ciervo de las cordilleras andinas, en peligro de extinción.

Lahuentufé: El que cura o da remedios.

Laifil: Palabra compuesta por lai= muerte y fil, apócope de filú= víbora. Significa víbora muerta.

Lenga: (Nothofagus pumilio) Árbol de los bosques cordilleranos de madera noble muy usada en carpintería.

Machi: Pitonisa, curandera, oficiante principal en las rogativas del pueblo mapuche.

Mallín: Terreno llano y húmedo con buena pastura.

Melincolahuén: Término compuesto por meli= cuatro, co= agua y lahuén= remedio. Agua sagrada que el chamán obtiene de la neblina que producen algunas cascadas. Significa: "remedio de las cuatro aguas".

Mocha: Isla del Pacífico, ubicada frente a la provincia chilena de Arauco, descubierta por Juan Bautista Pastene en 1544. Según la mitología mapuche, es residencia del espíritu de los muertos.

Ñamco u ñancu: (Elanus Leucurus) Aguilucho pecho blanco. Ave considerada présaga por el mapuche: si da el pecho buen augurio; si da el lomo mal presagio.

Ñire: (Nothofagus antártica) Árbol cordillerano de porte mediano o bajo, según las regiones.

Paineco: Palabra compuesta por paine= celeste y co= agua. Voz mapuche que significa agua celeste.

Payún: Término mapuche. Significa "barba".

Pilquín o chinchillón: (Lagidium viscacia) Pequeña ardilla de la cordillera patagónica de color gris claro con manchas de tonos amarillentos.

Pillanhue: Palabra compuesta por pillán= antiguo dios del trueno que habitaba los volcanes (por extensión en la actualidad es sinónimo de volcán), y hue= lugar. Significa "lugar donde hay volcanes" o "donde mora Pillán".

Pirca: Muro hecho con piedras, generalmente de poca altura.

Pirquinero: Americanismo. Dícese del buscador de oro en ríos y arroyos o minas abandonadas.

Tintica: Pajarito trepador que habita los bosques cordilleranos. Es de color pardo, con pico y patas oscuras.

Tranu: Calzado rústico de cuero con el pelo hacia afuera. Es voz mapuche.

Zaino Cahuel: Caballo zaino. Cahuel es una deformación mapuche de caballo.

CON LOS OJOS DEL PUMA

Por Hugo Covaro (*)



Ilustración de tapa de "Con los ojos del puma", de Hugo Covaro. Dibujo de Orlie Mayorga.

Son numerosos los torrentes de frescura patagónica en la literatura de Hugo Covaro. En Temakel ya hemos editado Memorias del viento y El chamán y la lluvia. Respecto a esta nueva ágata de imaginación y sabidurías patagónicas, Angel Uranga asegura:

"El autor de El chamán y la lluvia, vuelve en esta nueva novela al tema del que es cuidadoso y solitario traductor.

Con los ojos del puma es el relato de una iniciación chamánica. Perdida la continuidad de un saber milenario debido a la aculturación, la machi María Reumay transfiere a un blanco sus poderes; pero el traspaso no es ni al azar ni libre de dificultades. Una cultura enterrada por el ruido moderno es evocada en esta novela, y en una prosa colorida y deslumbrante, convoca arcanos y permanentes deseos del hombre: el volar, regresar de la transvida, desmaterializarse, transmigrar; en tantas formas de la infinitud y el Retorno.

Una novela que abre las puertas a otros plano de lo Real, a otras dimensiones de los sentidos, a los umbrales de un saber terrestre y total que accede a lo Abierto.

Modelando antiguos mitos y leyendas patagónicas, Hugo Covaro produce una literatura inédita.

Estoy convencido que sus novelas son el inicio de una nueva tradición y me atrevería a augurar un nuevo género en la literatura patagónica".

Angel Uranga

(*) La vasta trayectoria literaria de Hugo se compone de las siguientes publicaciones: "Canto joven" -poemas- 1970; "Rastro moreno" -poemas- 1972; "Inquilino de la soledad"-relatos 1975; "Memorias del viento" -relatos- 1983; 2° edición 1984; "Luna de los salares" -relatos- 1985; "El chamán y la lluvia" -novela breve- 1996; "Trampa para duendes"-relatos- 1998; "Con los ojos del puma" -novela" 2000; Inéditos: "La tierra lastimada" -poemas; "El oro del Deseado" -novela; "Mi Land Rover azul" -relatos patagónicos.

EL ÁGUILA

Inmóvil, la mujer miraba el vuelo del águila. Como una flecha de sombras surcaba las distancias azules, tan alto que a veces sólo era, una muesca pequeña en el lienzo infinito del cielo.

En sus ojos se repetía esa silueta bruna, como un dardo lanzado desde algún sitio de ese inmenso territorio, para herir en pleno rostro al asombrado mediodía. Siguió mirando hasta que el ave, remontando invisibles pendientes, desapareció tras los blancos penachos de la cordillera. Lentamente volvió hasta la casa y la oscura boca de la puerta se tragó entera su encorvada figura.

Dentro de la estrecha cocina, Ramón, un muchacho huérfano que la anciana tenía como única compañía, le acercaba de vez en cuando un mate que la vieja tomaba casi sin prestarle atención, sumida en profundos laberintos.

-Ha vuelto -dijo al fin la machi, mientras se acomodaba el pañuelo que le cubría la cabeza.

-Quién? -preguntó Ramón sorprendido.

-El águila...

-No será un águila mora*? Hace unos días andaba una por los corrales...

-No. Ayer encontré una pluma cerca del menuco*. Esa es una señal que ella da cuando regresa.

-Cómo es que yo no puedo verla? -inquirió el muchacho-

-Ya te lo he dicho... porque no puedes "ver".

-Podré verla alguna vez, doña María?

-No. Lo que ha regresado no es un águila en realidad. Es mi espíritu guardián que viene a ponerme a salvo de algún peligro. Por eso mañana, antes que el sol alumbre estos parajes, estaré esperándola al pie del árbol sagrado, donde ella arma su nido con los huesos de los paisanos muertos.

Y si fuera un águila verdadera la que vuela sobre la casa?

No m'hijo... ella viene porque yo la llamo en los sueños -habló la chamana* con la mirada perdida en ignotas regiones.

Me asusta que ella traiga malas noticias -balbuceó sin disimular su miedo Ramón.

-No siempre son peligros... a veces son anuncios de cosas que sucederán. Ya lo sabremos mañana.

Se quedó pensativa, atrapada por el antiguo embrujo del fuego, regresada a un tiempo de lejanos camarucos*, desbocados awines*, por marzos llenos de rogativas y purrunes. Se veía niña, única heredera de su abuela machi en ese remoto conocimiento que viaja en la memoria de los indios desde los albores de la vida, sostenido por la magia y los sortilegios.

Era todavía noche cuando la vieja curandera emprendió la marcha. En la penumbra, apenas imaginaba la forma del sendero y los montes que aquí y allá, se agrupaban en oscuros manchones.

Casi de memoria, recorría el trayecto tantas veces transitado, a la espera que las cosas recobraran sus formas reales, cuando un sol redondo, asomando su cósmica lumbre, se trepara al cielo diáfano.

En una rama del árbol sagrado, de pecho al astro recién nacido, estaba el águila. Se la veía enorme, como suspendida del aire rumoroso, asperjando brillos fugaces en diminutas esquirlas de cobre. Sólo el duro cuarzo de sus ojos, ponía algo de oscuridad en aquella criatura luminosa.

La anciana se quitó el pañuelo que le cubría la cabeza y de cara al naciente, fijó en el águila sus pupilas neblinosas. Un silencio hondo, denso, aquietó los latidos del día hasta ponerlos de piedra.

Entonces el águila habló. La voz le llegaba a la machi por todos sus sentidos.

"Ya no tienes tiempo para esperar. No demores más la tarea que los espíritus te han ordenado. No encontrarás entre los tuyos quién reciba el poder de viajar al mundo de los muertos y regresar con los mensajes de los Padres Azules. Alguien llegará de lejos -tal vez un extranjero- para que lo tomes como propio y le hables de la vieja enseñanza, para que no se pierda el conocimiento de los primeros pobladores de estas tierras. Ese viajero ya está en marcha, debes estar preparada para recibirlo. El llegará primero a tus sueños y cuando llame a tu puerta, recuerda que será u última oportunidad".*

La anciana, como petrificada, permaneció quieta, hasta que el ave, sacudiendo sus poderosas alas, agitó el follaje al levantar vuelo. Lentamente fue cobrando altura, hasta que las altas cumbres esfumaron de lejanías su perfecta trayectoria.

Cuando la machi inició el regreso, los sonidos del paisaje habían recobrado sus definidas cadencias.

Abajo, en el pequeño valle que forman dos cordones de montañas, un humo celeste se alzaba recto, partiendo en dos mitades al macizo bosque. Debajo del humo, como salido de la tierra, aparecían de a poco las viejas maderas de su casa pobre.

-Desde el último recodo del camino, pudo ver a Ramón apoyado en el cerco de cantoneras*, esperándola. En el mirar de la abuela paisana, aún persistía un escondido fulgor dorado.

EN MARCHA

El sonido monótono del motor de la vieja camioneta, le producía cierta somnolencia, acentuada por esa larga ruta sin demasiadas curvas que con rumbo S.O., lo llevaba al encuentro con el paisaje cordillerano.

Había manejado desde muy temprano y su estómago le avisaba que era hora de hacer un alto, con esa languidez cada vez más acentuada.

Esperó encontrar un lugar adecuado a la vera del camino y detuvo la marcha. Una mata de molle* le abrigó la espalda del viento. Con leña menuda encendió un pequeño fuego y calentó agua para el mate.

Cortó en rodajas el resto de fiambre y el poco queso que, desde la antevíspera, era su menú fijo, junto al pan casero de corta existencia, con relación con los otros dos elementos.

Para cuando terminó con el último bocado, la pava le avisaba con tímidos silbos que estaba lista para la mateada.

El viento del oeste acamaba la rubia melena de los coirones*, doblando las curtidas ramas del viejo molle, que mostraba al mediodía las pulidas cuentas de sus frutos perfectos. Caminó un trecho para "estirar las piernas" y orinar largamente al reparo de una malaespina*.

Cuando regresaba hacia la camioneta, una bandada de corraleras* levantó un vuelo bajo, casi rozando el monte dormido. Un sol desteñido se sostenía en lo alto de un cielo anaranjado.

Otra vez en marcha. De nuevo la negra lonja estirando sus kilómetros incontables ante los ojos del viajero, en ese tránsito obcecado por los límites más extremos del desierto.

Poco a poco la vegetación cambiaba su rústica vestimenta, para dar paso a pastizales altos que trepaban hasta el vientre astroso de las ovejas, con manchones de montes de ñires* enanos, agazapando su verdor en las laderas de dilatados valles.

Al fondo, las primeras estribaciones de la cordillera, elevaban sus imponentes siluetas, azuladas de lejanías.

Al atardecer, el ruido del motor rebotaba contra la pared rocosa, prolongado en un eco metálico por la estrecha senda calada en la piedra, al filo del precipicio. Para entonces, bosques compactos, como subidos a la espalda escabrosa de la montaña, inundaban de un verde intenso, la increíble serenidad del paisaje.

Antes que las sombras esfumaran los perfiles afilados de las cumbres, a orillas de un pequeño arroyo, detuvo la marcha del fatigado motor y armó la carpa.

Pronto la noche untó su hollín umbroso en cada criatura, como si la vida escondiera de la oscuridad, su germen prodigioso.

Se durmió pronto, acunado por el memorioso canto del agua.

LA CASA

La casa era pequeña, hecha con troncos de ciprés*puestos uno encima del otro, dando forma a las paredes de rústica fortaleza.

El techo estaba construido de tejuelas, obra del chileno Paredes -que, como ironía, era especialista en techos-.

De su paciencia infinita, como hojas de un árbol misterioso, fueron saliendo las diminutas tejuelas de lenga*, con las que se fue tapando, de a minúsculas porciones, el cielo con las manos.

Nadie sabe cuándo llegaron los Reumay a Piedras Blancas. Sólo se sabe que habitan ese paraje desde siempre, desde que los abuelos tienen memoria.

Pero a la casa la hicieron entre todos.

Limpieron el lugar, hacharon los árboles y los desgajaron, y a golpes de hachuela* fueron armando el sólido esqueleto de madera, cerca del arroyo que alguien le puso "

del coipo",* porque por aquella época esos animales lo habitaban, hasta que la presencia humana los alejó hacia otros destinos.

En ella nacieron los hijos, sin partera, sin ayuda, a cielo limpio, y velaron entre paisanos tristes, la muerte de su marido, don Nicolás Millaqueo, en un marzo llovedor lleno de presagios.

Ella sabía que su compañero había mirado el rastro que deja "la piedra que camina"* y que no podría escapar de esa muerte lenta, que lo secaba con la persistencia de la sal, hasta volverlo viento machacado.

Lo enterraron al fondo de la casa, justo donde las blancas piedras de cuarzo, acidulan en los ojos apagados del muerto, sus soles mutilados.

A veces el recuerdo le tuerce la cabeza y le hace mirar hacia la tumba.

Y es cuando, desde una resolana turbia, la figura de Nicolás Millaqueo sale de la tierra para hablarle desde su mundo inescrutable. Ella le sonríe desde su rostro ajado, mientras por sus ojos gastados, algo dorado, como el vuelo de un águila, le abrillanta la mirada. Pero es un centelleo, una chispa fugaz, un menudo relámpago.

Después todo vuelve a tener el repetido pulso de los días campesinos, ese renovado destello desde donde la vida resucita su invencible portento.

Esa ruca* de maderos apilados, era como el maderamen de un viejo barco varado en medio de la tarde, anclado en el breve mar de un arroyo andino, que a contra mano de los peces, derramaba en el horizonte sus aguas puras.

Desde ese sitio partieron de a uno los hijos. Primero la Elvira con su guagua* recién nacida. Luego se fue Jacinto con un arreo que pasó rumbo a Mata Guanaco*. A Julián lo llamaron para el servicio militar y no supo cuál fue su destino.

Y María Reumay se quedó sola, aprisionada entre el Arroyo del Coipo y la lomada de piedras blancas que esconde la sombra penitente de Nicolás Millaqueo, su marido muerto.

LA PIEDRA QUE CAMINA

Se bajó del caballo apenas el animal pisó el lecho pedregoso del río seco.

De la barranca asomaban raíces oscuras de arbustos achaparrados que mostraban su subterránea existencia al impiadoso sol del desierto. Orinó contra la barda* gredosa y un hilo de espuma estiró su salmuera hasta casi mojar las suelas de sus botas.

Acomodó el cuero del recaó,* le ajustó la cincha al alazán* que, como vieja maña, hinchaba su vientre lustroso, y, cuando estaba por montar, con el pie zurdo apoyado en el estribo, fue que vio el rastro.

Era una huella pareja, una marca que atravesaba las arenas del río muerto, trepando en suave viboreo su tatuaje uniforme, más allá de la barranca carcomida por las lluvias de los inviernos.

Él la siguió paso a paso, como pisándose la sombra, desandando callado ese misterioso derrotero que como a un ciego, lo conducía sin regreso hacia un final trágico. El rastro se perdía entre las raíces y ramas de una gran mata de algarrobillo*, que resguardaba de las cabras los colgantes rulos de sus vainas oscuras.

Desde Pampa del Pedrero hasta Piedras Blancas, eran tres días de andar parejo, paso y trote.

Al atardecer, al fondo del cañadón, la blanca silueta del puesto le anunciaba el final de la primera jornada de marcha. Una jauría de ovejeros flacos le salió al encuentro, apenas traspuso la tranquera, encabritando al alazán con aullidos y ladridos cortos. Del negro rectángulo de la puerta, apareció el criollo Manuel Morales.

-Pase adelante don Nicolás, qué sorpresa! -atinó a decir el mestizo mientras le ofrecía asiento junto a la tiznada cocina-

-Cómo anda don Manuel, tanto tiempo! -contestó el indio, al tiempo que se sacaba el sombrero y ocupaba un banco bajo, hecho con madera y cuero.

-Qué anda haciendo por estos lados...qué alegría hombre! -se admiraba sin disimulo Morales.

-Vengo de Pampa del Pedrero, de lo de Fernández, de la estancia "La Porfía". Anduve domando unos potros que el gallego tenía para amansar.

Ahora estoy pegando la vuelta para la cordillera.

-Sírvese un mate amigo, que pronto estará el asadito de capón que tengo en el horno - anunció mientras le arrimaba al fuego leña nueva.

Después de comer, hablaron de las cosas del campo.

De inviernos nevadores, del zorro, de la sarna, de esquila y señalada, de largas soledades. Antes que el viento cerrara los párpados del ocaso, el indio Nicolás aserraba un pesado sueño entre cueros grasientos.

Muy temprano se despidió del amigo, ensilló y con un aire dormido en el ala del sombrero, partió empujando a puro caballo las últimas sombras del crepúsculo.

Cuando Manuel Morales entró en la cocina, el paisano Millaqueo era apenas una lejana marca en el pecho cetrino de las mesetas.

Ella lo ayudó a bajar. A la cabalgadura, un salitre manso le coronaba los ijares mustios, cuando la liberaron del jinete. Algo parecido a un temblor, le erizaba el pelaje oscurecido de sudores y ponía tenues lejías en sus pupilas tristes.

-Ya estoy viejo para domar chúcaros... -dijo casi sin voz, mientras su compañera, escondiendo la pena, lo acostaba en el catre. Le frotó el cuerpo con untura de cumtre*. Fue cuando vio su cuerpo desnudo que comprendió que en los ojos de Nicolás Millaqueo, la muerte había empollado sus criaturas funestas.

RAMON

Era media mañana cuando los tres hermanos, que jugaban cerca del arroyo, lo vieron aparecer. Jacinto y Julián se quedaron quietos, presos de la curiosidad por saber quién era ese hombre que saltaba de piedra en piedra cruzando el cauce en dirección a ellos.

Elvira corrió hacia la casa para avisar de aquella inesperada visita.

-Mamá, ahí viene un hombre!...

Cuando María Reumay salió al patio, el recién llegado la miraba con una expresión extraña, como quién regresa desde una honda tribulación.

-Ando buscando a la curandera, -alcanzó a decir con voz apenas audible- vengo desde Las Taguas*... mi mujer está por parir y tiene mucha fiebre... está muy mal, señora...

Con un gesto lo invitó a pasar. Cuando estuvieron adentro, le dijo.

-Debe tener hambre, descanse, coma algo. Cuando recobre el aliento saldremos para su casa -se apresuró a decir la machi,* al tiempo que le pedía a Jacinto que ensillara los caballos para el viaje.

Las Taguas estaba a tres leguas con rumbo norte, entre los repliegues de la precordillera, con una senda por camino, como dibujada entre la vegetación tupida y peligrosos riscalos.

En los últimos tramos, casi a tientas, avanzaban llevados por el instinto de las cabalgaduras, acechados de insondables abismos. Marcharon callados, maniatados por un mutismo torturante que les llenaba de arena las gargantas.

Cuando llegaron, ningún sonido denunciaba a la vida. Un candil de luz vacilante esfumó las tercas sombras del rostro de la enferma. Su mirada, hundida en el cieno obsesivo de la muerte, luchaba por mostrar de a ratos su debilitada lumbré, aferrándose a la esperanza como un animal trapeado.

A los pies, entre sábanas sucias, anclado aún por el cordón a su madre, el recién nacido parecía dormir. Un río de tinta azulaba su cuerpito inerte, ajeno al fatalismo que agostaba la savia de esos senos vacíos, que ya no imaginaba su sed.

La machi se inclinó sobre el recién nacido y con la boca le cortó el tibio lazo. Lo subió hasta sus brazos y salió con él a la hondura de la noche para adentrarse en sus misterios.

El llanto quebró el silencio nocturno, acallando los ruidos de sus criaturas invisibles. De atrás de la casa, apareció María Reumay con el niño, destilando aún su piel arrugada, las últimas gotas de las heladas aguas de la vertiente.

Abrigado con una manta de lana, lo puso cerca de la cocina. Al calor de los leños, lentamente fue recobrando vitalidad, despertando de su pesadilla, regresado al duro mundo de los mortales.

Cuando volvieron junto a la madre, la encontraron sin vida, con los ojos abiertos, mirando sin ver las ennegrecidas vigas del techo.

Ruperto Martínez contemplaba a la curandera mientras alimentaba al pequeño con leche de cabra. Sumergido en profundas cavilaciones, parecía no estar en aquel sitio, hasta que la voz de la mujer lo trajo desde alejados confines.

-Ahora que se ha quedado solo, cómo hará para criar al niño en esta soledad? -preguntó la machi sin mirarlo.

-No sé, señora... lo primero es bajar con la finadita a dar parte al destacamento -susurró con el rostro escondido tras las ásperas manos.

Por aquí no tenemos parientes... toda la familia de ella está en Chile, -agregó afligido.

Con la criatura en su regazo, sintiendo en el pecho la tibieza de ese ángel silvestre caído desde un cielo impío, la machi dijo...

-Yo me puedo encargar de la guagua* hasta que encuentre quién se la cuide. En casa somos muchos para atenderla... ya conoce dónde buscarla...

Desde los ojos del hombre, una llovizna breve caía hasta humedecerle la manga de la camisa.

Envuelta en cueros, resumida en su propia sustancia, como una crisálida* grotesca, viajaba la muerta hacia lejanos silencios atravesada sobre el lomo del caballo. La machi la seguía a media rienda, con el niño dormido apretado a su vientre, en callado cortejo.

Así marcharon hasta Bajada del Chuncho*, donde cada jinete tomó un rumbo diferente. Hacia el sur, la tarde desleía entre dormidas acuarelas, la difusa estampa de un caballo yéndose...

EL ENCUENTRO

La camioneta detuvo su marcha, en volviéndola con el polvo fino que parecía empujar desde atrás el pesado andar del antiguo vehículo. Apostada a la orilla del camino, ella esperaba el paso de algún viajero que la llevara hasta el pueblo. Había caminado casi la legua que separa Piedras Blancas de la ruta provincial 146 y hacía un par de horas que aguardaba, atisbando con el oído atento el mínimo sonido que perturbara la prístina calma. De a ratos, el rumor del viento entre los árboles remedaba el ronroneo metálico de un motor en marcha, que de a de a poco, era tapado por el oculto trinar de algún pájaro.

Abrió la puerta del acompañante mientras preguntaba...

-Va para el pueblo?

Con un ademán de su mano derecha, Emiliano Villaverde le indicó que subiera.

Durante el trayecto, apenas si cruzaron alguna pregunta, seguida de un monosílabo como respuesta.

-Vive por aquí?

-Sí.

-Cómo se llama este lugar ?

-Piedras Blancas.

-Hacia mucho que esperaba ?

-No mucho...

-Cuántos kilómetros faltan para llegar al pueblo ?

-Cuarenta.

Apenas aparecieron las primeras casas del pueblo, la machi dijo.

-Por aquí nomás... muchas gracias! -mientras abría la puerta y se apartaba rápidamente del vehículo.

En el pueblo, Emiliano compró algunos comestibles, cargó nafta y luego de un corto descanso, se preparó para continuar el viaje.

A lo lejos, la figura de aquella mujer parecía llamarlo desde esa quietud de estatua. Pasó al lado de la anciana que espera a la vera del camino, pero un impulso ingobernable le hizo frenar bruscamente y poner marcha atrás, hasta llegar de nuevo junto a ella.

Cuando pudo ver su rostro, algo parecido a una sonrisa le juntaba arrugas en las comisuras de su boca pequeña, disimulando un gesto de picardía. Esta vez no esperó que la invitara. Se subió y sentada junto al conductor, le dijo.

-Me llamo María Reumay... si va para allá, voy de regreso a Piedras Blancas -le indicó señalando con el mentón en dirección al camino.

-Mucho gusto... Emiliano -contestó mientras le estrechaba la huesuda mano a la curandera.

-Qué anda haciendo por aquí? -quiso saber la machi.

-Busco plantas medicinales. Soy profesor en la universidad y necesito muestras para realizar un trabajo -respondió sin sacar la vista del sinuoso camino.

-En esta región están casi todas las yerbas que curan. Hay algunas que poco se las conoce porque crecen muy arriba, montaña adentro, lejos de los lugares que camina la gente -comentó la abuela mapuche* mostrando de pronto una desacostumbrada cordialidad.

-Qué bien! -exclamó Villaverde sin disimular su entusiasmo.

Una gran peña volcánica indicaba el comienzo del sendero hasta Piedras Blancas. Antes de llegar, la anciana le avisó que ahí terminaba su viaje en vehículo. Como último comentario dijo...

-Hasta aquí se puede llegar con la camioneta. Si gusta, mi casa no está lejos, es pequeña pero le puede servir de campamento. Sin tener que moverse mucho, ahí puede cosechar todos los yuyos que quiera para su trabajo. Deje escondida la chata* detrás de aquel peñasco, que es muy raro que pase alguien por ahí.

Para cuando Emiliano Villaverde decidió seguirla, la curandera caminaba encorvada, trepando con agilidad la empinada senda.

POR LOS OJOS DEL AVE

Aquella noche, María Reumay había soñado con el águila. Y en el sueño pudo ver, los escondidos territorios del puma.

Desde lo alto, sostenida del vasto océano celeste, escrutó la cueva donde el puma hembra parió tres cachorros.

Maniatados por la ceguera, pasarán lentos días antes de sentir la luz del sol arponear con dardos de colores sus deslumbradas pupilas.

En lo profundo de la oquedad, apretujados buscan a tientas el alimento, guiados por el hambre y los instintos. Gimotean con chillidos breves sus reclamos, aguardando el regreso de la madre que los abrigue del frío de la piedra, a pesar que afuera, la primavera expone al clima su perenne policromía.

Son dos hembras y un macho, camuflados con rayas oscuras en el pelaje aleonado, que desaparecerán a medida que crezcan y den paso al definitivo tono, tal vez copiado del coironal andino.

La madre puma ha salido de cacería. Hace tres días que no come y el hambre, es como una espina de molle atravesando sus entrañas. Ha esperado la caída de la tarde para salir del escondite y recorrer parte de su ilimitado reino, estirado a los pies de la cordillera. Se la ve flaca, como si la piel le quedara grande. Largas arrugas le caen desde los flancos hasta la panza lacia, de donde cuelgan diminutos pezones rosados.

Aún así, puede llegar a pesar cincuenta kilos y ser capaz de transitar días enteros sus dilatados dominios.

Desde el aire, el águila la ve marchar cautelosa, husmeando en el viento los olores que reconoce desde una antigua y perdurable memoria, atávico legado de su índole felina.

Después de abandonar la madriguera, olisqueó largamente un mogote de lava endurecida, antes de rociarlo de orín, asperjado desde algún sitio oculto de su sexo. Descendió luego al lecho seco de un arroyo, marcando con el molde de su rastro repetidas flores de cinco pétalos en los suaves repliegues del arenal asoleado.

De un solo salto trepó la barranca de la orilla, para desaparecer entre una tupida maraña de zarzales.

Pero no sólo pudo ver por los ojos del espíritu guardián. También escuchó la voz del águila que le llegaba de lejanos espacios, de un ámbito remoto, pero al mismo tiempo tan cercano que parecía venir de su propia garganta, como un eco que reproduce extraños sonidos al chocar con sus huesos, y luego saltar intacto por el aire callado. Era como saber lo que iba a escuchar y asombrarse de que en realidad sucediera.

No siempre el guardián hablaba. En ocasiones eran apenas indicios lo que encontraba la vieja machi para descifrar luego el sagrado mensaje: un sueño, avistar el vuelo altísimo del ave, una pluma caída, eran la evidencia rotunda que la chamana debía interpretar adecuadamente.

Lanzada en veloz picada, el ave detuvo el brusco descenso a centímetros del suelo, iniciando un suave planeo hasta las ramas desnudas de un árbol muerto. Una vez posada, dijo...

" Cuando abandonen a la madre, las dos hembras se mudarán pronto a nuevos campos. El macho marchará solitario hacia escondidos parajes, buscando marcar y defender su terreno. Comerá carne de animales extraños y lo matarán una noche sin luna. El que lo mate le sacará de su mano izquierda la garra más grande y con ella se hará un amuleto. Eso pasará dentro de siete veranos, a contar de este instante. Y el débil cachorro que ves, crecerá hasta tener casi dos brazadas del hocico a la cola y pesará tanto como el hombre que tomará su espíritu".

Cuando abrió los ojos, sintió que una brisa helada caía de los altos picachos, tiritaba en las copas de las lengas, doradas en ese minuto por el fulgor de un sol que presentía trepado a la espalda del bosque impenetrable. De los apretados maderos del techo, un aire amarillo colgaba sahumando de luz su figura de arcilla.

RUPERTO MARTINEZ DEVUELTO A LA MONTAÑA

Como untados de una luz aceitosa, pintados gauchos jugaban al truco en aquel viejo boliche cordillerano, entre cañas fuertes y palabras gruesas. Acodado en el mostrador, el bolichero movía sus ojos cansados entre los jugadores y la cuadrada pupila de la ventana, por donde veía a la nieve extender su fina sal, molida entre las rocosas mandíbulas de la montaña. Una bruma espesa opacaba los relieves del paisaje dormido, acentuando los grises de la piedra lastimada de intemperie, huérfana de todo amparo de ese sol atrapado en su exilio.

Era media tarde cuando la puerta se abrió y dejó pasar a Ruperto Martínez. Empujado por un aire frío que a los paisanos les movió el ala del sombrero como en un parpadeo, les entregó sin aviso su figura de aparecido, mojado hasta los huesos. Como un estremecimiento fugaz, les recorrió la espalda a los arrieros.

Dio un par de tacazos para sacarse la nieve de las botas, se quitó el sombrero con barbijo* y con paso lento se aproximó hasta el mostrador.

-Buenas, don Pardo, una cañita por favor...

-Qué te trae por acá, muchacho ? -inquirió el bolichero para luego continuar- Con esta nevada ni las cabras abandonan los corrales!

-Ando a la siga de unos yeguarizos que le robaron al patrón los Valenzuela... si no doy con los animales los pasarán nomás para Chile- dijo el criollo mientras se sacaba con la palma de la mano los restos de nieve de sus ropas- Luego de un pequeño silencio, preguntó:

-Habrá algo para comer...como para calentar el cuerpo...

-Acomodate por ahí que ahora te preparo algo para que pongas debajo del bigote - le respondió el viejo en tono jovial.

Mientras lo miraba comer se animó a decirle.

-Por qué no esperás hasta mañana...pasá la noche y descansado, de día se ven mejor las cosas...

-No, don Pardo...si sigue la nevada se taparán los rastros... es mejor que siga... si no por ahí los pierdo.

La estampa del jinete se fue empequeñeciendo hasta que la pertinaz ventisca se la tragó con su boca de hielo. Sólo sus huellas -como una estirada cadena- sostenía su marcha hacia lo profundo del clima, atada fuertemente a uno de sus extremos al enterrado palenque del boliche.

En la alta montaña, la tempestad fermenta su limo portentoso, poniendo cargas de piedra en el cañón del trueno. Despeñada en avalanchas, desmorona su fragor adormecido por las laceradas aristas que mueren mansamente en el embrión potente de los ríos, en sitios donde sólo el viento de las cumbres pisa descalzo la virgen geología.

Abajo, la formidable mole prolonga su volcánica musculatura encerrando en abrazos gigantescos abrigadas depresiones, para que la nieve deposite su polen silente, en la resignada corola de los árboles.

Y como escapados de ese colosal vientre ígneo, pasan los torrentes despialando el estruendo de su propio cataclismo, respondiendo, como un ciego animal, al llamado irresistible del mar lejano.

Ruperto Martínez conoce como nadie esos caminos. Mientras cabalga, regresan a su memoria campesina, erguidos cipreses en los límites del arroyo rumoroso. La leñosa espesura del chapel,* escondiendo el claro verdor de los mallines* andinos. Ejércitos de colihues* alzando sus bayonetas al cielo en cañaverales inexpugnables. El monte de ñires, espeso como niebla. La mutisia*, anaranjada o lila, como una cucarda* colgada al pecho umbroso del bosque, salpicando en el verde sus luciérnagas.

Hombre de la montaña, se recuerda buscándole la hebra a los faldeos pedregosos, acompañado por el resoplar acompasado del caballo y el duro cencerro de los guijarros al caer hacia hondos despeñaderos.

Reconoce el seco sonido de la bandurria,* perforando con su pico curvo el aire dormido de los valles. Y el parloteo interminable del choroi,* mostrando a la mañana abigarrados

colores. O cuando la diuca* cincela en la cascada su espina de agua, saturada de espuma su líquida garganta.

Pero todo eso ocurre en otras estaciones. No con esta nieve que todo lo transforma, que todo lo transfigura, que lo barre con su ramalazo helado.

El rastro de los cuatrereros era apenas una tenue muesca en la senda escarchada. Aquí y allá aparecía, para dejar largos espacios en la piel resbaladiza de las laderas, antes de mostrar de nuevo su difusa impronta. Una cerrazón densa, apretaba la cabeza del caballo contra el aire oscuro del desfiladero, aprisionando al jinete entre las angostas paredes de áspera carnadura y las abiertas fauces de sus precipicios.

Ruperto Martínez no mira. Sólo presiente esos peligros con la mirada fija en sus piñeras* de cuero de chivo, como el límite más lejano que reconoce su cuerpo entumecido.

Desde la grupa, un viento cortajeado por los cuchillos de las cumbres, le sopla sus lamentos, mezclando relinchos viejos, gritos de arrieros, ladridos de ovejeros, con funestos resposos sacados de la boca hundida de los muertos.

Casi por instinto buscó un hueco en la arenisca desnuda. Un alero excavado por la persistente carcoma de vientos y lluvias por siglos, le sirvió de guarida. Con un poco de lana sacada del recaó* y excrementos de animales que ocuparon alguna vez su misma morada, pudo encender un pequeño fuego, alimentado por ramas que fue encontrando escondidas bajo el hielo. Afuera, el caballo soltaba un vapor que lo cubría entero, una resolana menuda que lo envolvía en su espejismo y lo transportaba más allá de los ojos entristecidos de su amo.

PLANTAS QUE CURAN

Atardecía cuando desde el angosto sendero, apareció Emiliano cargando su cosecha de yuyos. Depositó la carga casi a los pies de la anciana al tiempo que intentaba algo parecido a un saludo. Ella lo miró fingiendo desinterés, atizando con el meñique el fuego de su pipa.

-Qué le parece mi primera recorrida? Preguntó mientras separaba y colocaba entre papeles de diarios los vegetales recién cortados.

-No está mal por ser la primera vez, pero se me ocurre que no servirán como medicina. Las plantas que son remedios deben estar maduras para que sirvan para curar -dijo la machi con la mirada puesta en las montañas, coronadas por el oro de un sol moribundo.

-Cómo que deben estar maduras, doña María? -Qué quiere decir con eso?

-Una planta está madura luego que florece. Como te dije, si una planta no florece no tiene propiedades medicinales -aseguró la paisana.

-Y de éstas, cuáles han florecido?

-Por la altura del año en que estamos, yo diría que ninguna -contestó la curandera mientras se alejaba en dirección a la cocina.

Apenas anocheció, cenaron en silencio esperando ambos que el otro iniciara alguna conversación. Fue la machi la que casi al descuido dijo...

-No me hagas caso, Emiliano...si querés secar y llevarte esos yuyos, no hay problema. A veces me olvido que la gente de ahora usa otro tipo de medicina para curar sus males. La mía sirve para mejorar a los paisanos y paisanos vamos quedando pocos...

-No, doña María, no es eso. Lo que pasa es que nuestros tiempos son diferentes. Yo no puedo esperar hasta que las plantas florezcan para cosecharlas... no puedo, debo regresar a la universidad, me entiende?

La anciana no contestó. Un prolongado silencio los separó hasta que Emiliano Villaverde levantándose dijo...

-Buenas noches señora, hasta mañana.

-Hasta mañana...

Ella se quedó quieta, hasta que la luz del candil empezara a parpadear su sueño. Algo como un ruego, salía de sus labios arrugados empujando un susurro breve. Su sombra, reflejada por la tenue lumbre, se fue estirando, cambiando de forma, hasta alcanzar la figura de un águila que al levantar vuelo se llevó su hechura humana.

Cuando despertó, los ruidos que llegaban desde la cocina le anunciaban que la anciana había rato que estaba levantada. Mientras se preparaba unos mates, le pareció oportuno interrogar a la curandera.

-Dígame doña María, cómo sabe usted que una planta tiene propiedades medicinales?

-Porque las conozco una por una. Es la primera cosa que enseña una machi cuando elige a la que será con el tiempo su sucesora. Después viene la forma de preparar el remedio y el modo de dárselo al enfermo.

-Pero existen algunas que son tóxicas... digamos... venenosas... cómo las distingue?

-Entre un veneno y un remedio lo único que cambia es la cantidad. Todo remedio, en el fondo, es veneno.

-Digamos, la dosis...

-Eso... todo remedio cuando empieza tiene efecto de veneno. Al principio el enfermo se siente peor... luego viene la mejoría y finalmente la cura.

-Por qué me habla a mí sobre las plantas que cura y no a algún miembro de su familia? -inquirió de pronto, para continuar con otra pregunta..-Quién será el aprendiz que seguirá con su tarea?

La anciana pareció pensar la respuesta. Al final dijo...

-Yo le enseño de plantas que curan a los que saben de plantas. Nadie le enseñaría a uno que nada entiende... eso sería como perder el tiempo. En lo que queda de mi familia, por desgracia, ninguno nació para chamán -sentenció la paisana con un dejo de resignación.

-Y cómo hará para encontrar a su sucesora, sabiendo que dentro de su propia familia nadie nació con ese don?

-Y ese es el problema! Antiguamente todo era natural. Con la llegada del blanco se fueron perdiendo los viejos conocimientos y los chamanes se volvieron cada vez más escasos. Antes, si se podía elegir, era preferible un nieto a un hijo... era mejor, más seguro. Pero si no se consigue entre la gente paisana, se debe recurrir a un extraño.

-Cualquier extraño?

-No Emiliano, no cualquiera...debe tener ciertas condiciones naturales. Pero de eso hablaremos en otro momento- dijo la machi mientras salía al patio con un brillo distinto en sus ojos.

En los días que siguieron luego de aquella charla, apenas si pudo ver a la anciana. Cada vez que Emiliano intentaba un acercamiento, ella, como si supiera de antemano, encontraba motivos para evitar el encuentro. Preocupado por ese repentino cambio en la conducta de la curandera, decidió enfrentarla para averiguar las razones de su actuar distante.

-Por fin la encuentro! -alcanzó a decir antes que la machi lo viera llegar. -Necesito hablar con usted, doña María!

-Te escucho -respondió ella sin dejar de lavar la lana de oveja que limpiaba antes de hilar.

-No se cómo decirlo... quisiera saber si está enojada conmigo. Tal vez hice o dije algo que la ofendió, señora, yo...

-Nada de eso pasa -lo interrumpió con tono severo, mientras terminaba de secarse las manos en la falda. -Cada cosa ocupa un sitio y tarde o temprano lo que está fuera de su sitio regresa a su lugar....

-No entiendo lo que me quiere decir -protestó tímidamente. De todos modos, mañana pienso salir temprano...y no quería partir sin despedirme, señora...

Una infinita tristeza le nubló la mirada. Algo muy oculto, como el nacimiento de una premonición largamente demorada, le anudó en la garganta sus nudosas raíces. Apenas podía ver a la vieja paisana atrapada en una leña temblorosa, hablarle sin mover los labios, con la cabeza puesta de costado, como suelen mirar las aves a su presa.

Desde esa bruma, la voz de la machi le decía...

-Ya sabía de tu viaje... te pude "ver" dándome la espalda y eso significa partir, Emiliano. También sé que regresarás... pero deberás volver despojado de toda tu vida pasada, dispuesto a recibir las antiguas enseñanzas de mis antepasados, hasta convertirte en un chamán. Por ser un extraño, sólo podrás ser un chamán blanco, un medio chamán, porque hay cosas que nunca podrás conseguir. Tienes un tiempo para despedirte de tu mundo anterior, pero no demores más de lo debido que esta puede ser mi última lucha, antes que el espíritu guardián se lleve mis huesos a su nido.

Cuando arrancó el motor de la camioneta, Emiliano miró por última vez la frágil figura de la anciana, que parecía deshacerse arrastrada por un viento repentino.

RAICES

Hasta los doce años, Ramón pasaba sus vacaciones en Piedras Blancas, luego de permanecer en el Internado del pueblo durante el ciclo escolar. Cuando terminó la

escuela primaria, pasó a ser la única compañía de la abuela paisana, que escondía su misteriosa presencia en ese ignoto paraje, a orillas del Arroyo del Coipo.

Y fue creciendo, mimetizado entre las cosas simples con las que la vida campesina amasa su barro memorioso, amamantando desde la soledad sus trágicas criaturas.

Y le fueron naciendo preguntas que la anciana dejó de responder hasta que la estatura del muchacho, andaba cercana a los límites del hombre.

Una tarde, mientras miraban saltar a los peces intentando atrapar insectos al vuelo, quebrando el frágil cristal del oscuro remanso, la voz de Ramón, como salida de enterradas angustias, preguntó...

-Abuela... cuánto me vas a contar sobre mis padres ?

-Ya te lo dije... cuando seas grande -le respondió sin demostrar demasiado interés-

-Y bueno, ya casi tengo dieciocho... soy grande, no?

La machi, con la mirada ausente, parecía regresar con el pensamiento a recuerdos guardados en los hondos repliegues de la memoria, para sacar a la luz del día, como resucitados, esos restos de historias, salvados de la muerte.

-Tu madre murió cuando te tuvo... ni siquiera supe cómo se llamaba -recordó la anciana con un hilo de voz - Tu padre me vino a buscar y fuimos... pero ya nada se podía hacer... la fiebre la había consumido...

-Y dónde está enterrada, abuela...?

-No lo sé... tu padre se la llevó en el pilchero*... él bajó hasta el destacamento y nosotros nos volvimos para acá... Ellos vivían en Las Taguas... supongo que cerca de ahí puede estar sepultada...

-Y mi padre ? -inquirió después de un corto silencio-

-Según cuentan... se perdió en una nevada... andaba a la siga de unos animales... y nunca más se supo de él... dicen que unos arrieros lo encontraron mucho tiempo después al fondo de un precipicio... estaba entero, como dormido... y parecía sonreír... dijeron.

Ramón Martínez permaneció callado, con los ojos fijos en el salto de los peces que llenaban de círculos ondulantes la piel del agua. Luego, mirando el perfil aguileño de la curandera, dijo casi en un susurro...

-Quiero que "veas" los sitios donde descansan mis padres, abuela ! Necesito saber dónde están... quiero ir a verlos !...

La anciana movió la cabeza, como aceptando un designio insoslayable. Sin pronunciar palabra, tomó la senda que la llevaba de regreso a la casa. A mitad de camino, sintió que Ramón le apoyaba la mano en el hombro, diciéndole...

-Abuela María... necesito que me ayudes !...

-Hijo... si de mí dependiera hace cuánto que lo sabrías! -se animó a decir la machi- Pero debemos esperar a que el águila dé su señal... si el espíritu guardián lo dispone, pronto me hará llegar ese mensaje. Puede que en sueños me hable. O tal vez me llame al pie del árbol sagrado para hacerme conocer su voluntad. La llamaré en sueños para que me haga "ver" dónde descansan tus padres... todo dependerá de cuál sea tu destino, Ramón...

-Y si el águila no responde? -preguntó angustiado.

-Entonces será que tu destino quiere que las cosas queden tal cuál están... no todo lo que uno quiere logra en la vida... no todo. Debes ir comprendiendo eso...

Esa noche, en sueños, María Reumay "vio" los sitios donde los padres muertos de Ramón esperaban que los zumos de la tierra, arrastraran la savia de sus huesos, hasta el oscuro limo de enterradas raíces.

En reiteradas ocasiones Ramón le reclamó a la anciana. Ella, con diferentes excusas fue postergando la decisión de guiar al muchacho hasta los lugares donde estaban sepultados sus progenitores. Sabía la machi de lo doloroso de aquel viaje, pero al mismo tiempo entendía que era el único modo de quitarle a su criado, esa torturante congoja.

Una mañana, mientras Ramón la saludaba besando su ajada frente, acariciándole las mejillas, le dijo...

-Dejá todo acomodado que mañana haremos un viaje... andá preparando los caballos que saldremos no bien despunte el alba... tenemos... calculo, tres leguas y media hasta el cañadón donde descansa tu madre. Esa será la primera jornada. Después nos llegaremos hasta los riscales que llevan al despeñadero por donde cayó tu finado padre - se animó a decirle mientras lo miraba con infinita ternura.

Cuando llegaron a la hondonada, el mediodía caía como un hachazo de luz sobre el monte callado. Apenas un cúmulo de piedras redondas delataba a la solitaria tumba, como apretando contra la tierra resignada, la porfía del alma de la muerta por escapar de su regazo de tinieblas.

Ramón Martínez se quedó largo rato montado, hasta que la anciana le estiró la mano invitándolo a apearse. Un aire bajado de las montañas nevadas, le arrugaba con su soplo helado, el bruñido cuarzo de su mirada.

Después de un lastimoso silencio, incorporándose la vieja paisana dijo...

-Vamos... m'hijo... vamos...

Marcharon hasta Las Taguas, cargando la tristeza como una niebla oscura trepada a las grupas de las cabalgaduras, desandando la poco transitada huella, mirando de tanto en tanto por sobre el hombro, temerosos de ser tocados por la muerte.

No fue tarea fácil llegar hasta la última morada de Ruperto Martínez, el padre de Ramón. Con rumbo N. O., dejaron atrás Las Taguas y desafiando insondables peligros, se internaron en el hondo misterio de la montaña, animados por un atávico reclamo, venido desde lo más remoto de la sangre.

Atardecía cuando al fondo de una profunda quebrada, apareció la rústica cruz hecha de palos, que anónimos trashumantes clavaron en el escarpado lecho, como la más lejana y escondidas de las misericordias.

Antes de subirse al caballo, la abuela paisana dijo...

-Ahora que sabés donde duermen tus padres, es bueno que los vengas a ver de vez en cuando... no los olvides... ellos saben avisar si descansan en paz, o si el espíritu vaga sin consuelo por el modo en que murieron -aseguró la machi mientras con agilidad se trepaba a la montura. Luego de un breve mutismo, continuó...

-Ellos murieron muy jóvenes... y sus muertes no fueron naturales, como se mueren los demás paisanos... por decir... de viejos o por enfermedades. No dejes de elevar un rezo de cuando en cuando, m'hijo...

De la sepultura de la madre, nunca se dijo nada. Sí dicen algunos arrieros que pasaron por la quebrada de la cruz de palos, que de noche una luz recorre el erial, como buscando en las grietas, la boca del muerto para encender la yesca de sus huesos descarnados.

SEGUNDO ENCUENTRO

Más de un año tardó Emiliano Villaverde en regresar a Piedras Blancas.

Abrumado por encontradas sensaciones, volvía a los mágicos territorios de la chamana, desprovisto de todo su pasado, guiado por un oculto llamado que le trepanaba las sienes con una vibración salida de sus propios huesos.

Un relámpago que le ponía de fuego la garganta con su fósforo breve y subía como lava por su sangre hasta fundirle la memoria.

Algo parecido al miedo y al olvido, un aire doloroso y sin embargo placentero detenido en algún recodo de la mente, liberaba de pronto su fuerza desconocida. Y él se dejaba llevar, aletargado por un sopor atrapante que en su traslúcida atmósfera, alineaba los imprecisos límites de inalcanzables mundos.

Ella le había dicho que cuando fuera tiempo de regresar, un sentimiento parecido a la melancolía lo envolvería con su resolana untosa y el vuelo de un águila en sus sueños sería la señal para su partida.

Y ahora que trepaba el angosto sendero que lo llevaba hasta la casa de la machi, aún podía ver el vuelo del ave atravesar con reflejos dorados el alto cielo de sus sueños.

María Reumay parecía estar esperando su llegada. Sentada junto a la pequeña ventana, hilaba lana retorciéndola contra el escondido muslo que se presentía tras la pollera larga y rústica. El huso*, esa diminuta rueda de roca volcánica adherida al extremo de la vara, garabateaba una escritura indescifrable sobre el piso desparejo, amontonando en su vientre hinchado, la redonda madeja.

Cuando se abrió la puerta, los ojos de la anciana se achicaron hasta ser apenas dos hendiduras por donde la luz entraba, para salir luego transformada en un resplandor brillante, coronando con destellos dorados su cabeza.

Se miraron largamente, hasta que Emiliano decidió ir a su encuentro y abrazarla.

Pasaron algunos días antes que la chamana le hablara de comenzar con las enseñanzas. Fue una noche después de comer que le dijo de salir a dar un paseo por las montañas.

Irían -según ella- hacia el oeste, hasta un paraje defendido por sólidas paredes de roca viva, lo que hacía penoso el tránsito por aquellas inhóspitas regiones.

Cuando emprendieron la marcha, el día tibio desperezaba los brunos celajes de las cumbres, mostrando a los ojos del caminante la majestuosa acuarela de la cordillera nevada.

Recién al mediodía hicieron un alto para descansar y comer unos trozos de charqui* que la curandera sacó de su mochila.

-Comé... es carne de caballo salada y secada al sol... comer carne de caballo da energía -dijo al notar un dejo de desconfianza en la cara de Emiliano-

-Masticala despacio...hasta que se vuelva tierna en la boca antes de tragarla. Este alimento es sagrado... es la carne de una yegua sacrificada en las rogativas y se la charquea de un modo diferente porque es para dar fuerza al espíritu más que al cuerpo. Luego que la comas no sentirás cansancio ni hambre y podrás caminar por horas sin que te venza la fatiga.

No tomes agua hasta que yo te lo diga... no falta mucho para llegar, hagamos el último esfuerzo.

Al reiniciar la caminata, el muchacho experimentó una sensación de bienestar y vigor que le llenaba el pecho con una alegría hasta entonces desconocida. Nada quedaba de aquella agitación que parecía ahogarlo a cada tramo de la empinada senda, ni la transpiración que lo humedecía entero hasta traspasar sus ropas, cuando sus músculos soportaban el desacostumbrado ejercicio. Una brisa intermitente le soplaba su frescor en la cara y hasta tuvo ganas de preguntar, luego de marchar callado desde que partieron con el amanecer recién pintado de nuevo.

-Qué venimos a buscar, doña María?

-Hongos -respondió la machi sin dejar de caminar señalando el rumbo-

-Qué clase de hongos -quiso saber Emiliano-

-Unos que necesitarás para poder cruzar el límite que separa a los vivos de los muertos-

-No entiendo qué quiere decir con eso -se apresuró a preguntar, mientras un temblor se apoderaba de su cuerpo.

-No te apures... ya hablaremos sobre ese asunto -dijo la chamana tranquilizándolo.

Un crepúsculo pálido agonizaba detrás del acerado filo de los altos picachos, inclinándose hacia el naciente las sombras de los árboles. Poco a poco la tarde se hundía en solapadas oquedades, presintiendo el frío de la noche cercana. Al este, como contenidos por un horizonte líquido, los restos del día extendían sobre la distancia sus quillangos*, armados con retazos de cobre.

Señalando un lugar resguardado del viento andino, María Reumay anunciaba el final del camino.

-Aquí haremos noche -dijo mientras descargaba la pesada mochila. Bajo este árbol podremos descansar sin que los dueños del monte se molesten con nuestra presencia. Hay que pedir permiso al dios de los árboles para caminar sus senderos y tomar del suelo algunas de sus cosas. Andá buscando un buen sitio para dormir, un lugar que te sea propicio, así podrás tener buenos sueños -le recomendó la chamana, escondiendo un gesto de malicia.

Al poco rato, Emiliano Villaverde dormía profundamente.

SUEÑO CON FELINOS

Primero fue como el rumor del viento bajando desde las altas copas de los árboles. Después de minúsculos silencios, algo, como el crujir de ramas quebradas le llegaba desde algún sitio cercano, pero inubicable. Hasta que las pupilas luminosas del puma alumbraron su miedo. Y lo vio saltar, arquear en el aire su robusta musculatura y caer sobre su cuerpo inerte como una avalancha de sombras oscuras.

Sintió cómo las poderosas mandíbulas apretaban su cuello hasta asfixiarlo, destrozando vértebras, mientras las garras tajaban la carne en hondos surcos. El intentó una vana defensa. Un zarpazo, luego otro y otro, fueron desmembrando su cuerpo hasta convertirlo en un guiñapo sanguinolento.

Como si el cuerpo no le perteneciera, veía a la fiera comerles las entrañas desgarrando a tirones sus vísceras, acezando un aliento fétido. Sin poder moverse, sentía cómo el puma roía sus huesos sacudiendo de a ratos su hocico ensangrentado. Todo parecía ocurrir fuera de su cuerpo, pero a la vez tan entrañablemente cercano que hasta creyó

ver, cómo el animal lo arrastraba hasta un zarzal tupido para esconder lo que quedaba de él. Sintió la tierra que el felino amontonaba con sus patas traseras, antes que una larga quietud le hiciera comprender que se había marchado.

Entonces trató de incorporarse para huir de aquella prisión, escapar de esa muerte ominosa que no sentía como propia y que lo anclaba en la quietud de un mundo extraño. Pero ni un solo músculo obedeció la orden salida de su cerebro obnubilado. Un antiguo temblor, un sismo desnudando su subterránea furia, emergió de pronto reventando su tormenta de alaridos.

Cuando Emiliano abrió los ojos, la cara de la anciana era una máscara grotesca que lo contemplaba deformándose.

-He tenido un sueño terrible -atinó a decir, mientras se secaba el sudor del rostro con el dorso de la mano.

-Seguro que ha sido una pesadilla, muchacho -se adelantó a predecir la machi.

Mientras él le contaba lo que había soñado, la chamana lo contemplaba fingiendo interés. Luego de escuchar atenta, dijo...

-Es un lindo sueño! Deberías estar contento... soñar que el espíritu guardián come tu carne y entierra tus huesos es el anuncio... ahora empieza tu verdadero camino, Emiliano.

-Cómo puede ser un lindo sueño si un puma me comía vivo! Qué clase de espíritu guardián mata a su protegido? -Protestó.

-Es que no era tu espíritu guardián quién te visitó anoche.

-Entonces quién fue? -quiso saber.

-Fui yo... -contestó al tiempo que le acariciaba la cabeza.

Luego de permanecer callado largo rato, Emiliano se animó a preguntar.

-Cómo puede ser un anuncio si usted misma reconoce haber provocado esa pesadilla?

-No te apures, muchacho... todo vendrá cuándo tenga que venir!. Es parte de tu aprendizaje "soñar" que el puma te mata y despedaza, para luego enterrar tus huesos. La verdadera señal vendrá cuando sueñes que tu espíritu guardián los desentierra.

-Y será de nuevo usted, doña María ...

-No Emiliano -contestó en tono serio - serán los chamanes muertos. De ellos recibirás los poderes.

-No entiendo cómo podrán darme poder los chamanes muertos!

-Por decirlo de algún modo...-trató de explicar la paisana- si llegas a ser un hombre con poder, un nuevo chamán, los poderes te los dará Nguenechén* a través de los chamanes muertos. Pero no te preocupes en entender... ya llegará ese tiempo -dijo la machi mientras apagaba el fuego con tierra y le indicaba con un ademán que era tiempo de reiniciar la marcha.

Caminaron hasta el medio día, bajando y subiendo cuestas, entre lengas achaparradas que estiraban sus carnaduras de saurio sobre la roca viva y desnudos murallones calcinados de intemperie. Al naciente, una planicie lacia, extendía su pelambre rubia hasta confundirse con la oscura curvatura del horizonte, límite incierto de un mar azul y distante.

María Reumay se detuvo de pronto. Contempló la fornida mole de piedra oscura que aprisionaba entre sus dos mitades un angosto desfiladero y estirando su brazo en dirección al paso, dijo...! Hemos llegado!

EL SITIO SAGRADO

La enorme roca, partida en dos mitades, parecía descansar posada sobre el rastro que dejó su propia caída desde la filosa cresta basáltica, en algún remoto cataclismo. Paradas al borde del abismo, sus duras aristas verticales, formaban el perfecto pasadizo por donde la luz prístina de la montaña, alumbraba con destellos tornasoles los contornos afilados de las cumbres andinas. Saturada de sombras, la piedra esperaba cada medio día un sol caído a plomo desde el centro exacto de un cielo desflorado, para iluminar ese altar de los dioses paisanos, cuando bajan a encontrarse con sus criaturas terrestres.

El pasaje está orientado de sur a norte, escondido entre peñascos desnudos que ocultan del ojo humano su secreta existencia. Sólo un viento menudo sabe pasar a veces acamando con su silbo, la soledad del musgo entre los riscales*.

-Es aquí donde encontraremos los hongos que buscamos? -quiso saber Emiliano, mientras trata de obtener una respuesta por sí mismo, mirando con atención el paisaje circundante-.

-No –respondió secamente la anciana que parecía distraída siguiendo el vuelo de un águila, que remontaba las corrientes vigorosas del aire, como un dardo de obsidiana lanzado en ese espacio ilimitado por una mano portentosa-

Después de ver que el ave desaparecía sobrepasando en su vuelo las cercanas estribaciones, María Reumay depositó en el suelo su carga. Con gesto serio le señaló una piedra laja para que la usara de asiento, mientras se ubicaba frente del sorprendido acompañante.

De la mochila extrajo un trapo rojo que al extenderlo sobre su falda, dejó ver una pulida pipa de arcilla cocida. De entre sus ropas sacó algo parecido al tabaco y luego de cargarla, la encendió. Se la alcanzó al muchacho ordenándole...

-Fuma!

Emiliano Villaverde la tomó entre sus manos y preguntó receloso...

-Yo no fumo... señora! Qué es lo que me está dando?

-No tengas miedo –trató de tranquilizarlo la machi- Ese humito te ayudará en tu primer viaje al país de los espíritus. Cuando puedas "viajar" por tu cuenta, ya no lo precisarás... fuma despacio... despacio... eso, así!

A medida que aspiraba el humo, sentía un insoportable ardor en el pecho, una sensación de ahogo que lo asfixiaba y le producía un inaguantable deseo de vomitar. Todo comenzó a girar a su alrededor y una niebla espesa lo fue envolviendo hasta hacerle perder la conciencia.

Poco a poco esa cerrazón opresiva fue pasando sobre su cuerpo inerte, dejando espacio a un espectro de colores brillantes que herían sus pupilas dilatadas. Todo parecía estar suspendido de un cielo dado vuelta, sin tamaño ni formas, sujeto al aire enrarecido por una fuerza extraña y poderosa. En los bordes de esas imágenes difusas, flecos de luz ondeaban disipando la naturaleza de las cosas que estaban más allá de ese caos deslumbrante.

Sentía, más que ver, estrechos laberintos por donde avanzaba a tientas, en medio de un silencio que le dolía, más en los ojos que en la memoria, tropezando con sólidos muros que desaparecían al contacto de sus manos temblorosas. Así anduvo por inubicables regiones, hasta que una gigantesca ola de sombras, lo sepultó en un mar de tinieblas.

Cuando abrió los ojos, nubes bajas cruzaban el firmamento diáfano llevadas por los vientos helados de la cordillera. Por un instante sintió que era él quien se movía arrastrado por el peñasco que se precipitaba a insondables honduras, bajo ese cielo inmóvil.

LA SENDA DEL CHAMAN

Cuando despertó, ya la anciana había abandonado la casa. Mientras mateaba, fue ordenando las preguntas que pensaba hacerle cuando regresara. Recién al medio día la vio aparecer, tan silenciosa como se había ausentado. Al verlo, la curandera dijo...

-Buenas, dormilón, cómo has amanecido?

-Mal, doña María! Casi no pude pegar los ojos! –respondió sin convicción-

-Menos mal! Qué hubiera pasado si los pegabas! –se burló ella, al tiempo que depositaba sobre la mesa gajos de una hierba olorosa-

-Qué es? –quiso saber Emiliano, cortando una hoja y llevándosela a la boca para probarla. Apenas la mordió, hizo un gesto de desagrado.

-Qué cosa amarga! Cómo se llama este yuyo?

-No sé cómo se llamará en tu libro de nombres raros... aquí los paisanos la conocemos como cachuhuecu,* o yerba del diablo. Se usa para el dolor del costado... es muy buena, aunque escasa. Hay que caminar mucho para encontrarla.

-Pero es tan amarga!

-Toda planta amarga es casi siempre remedio. Nada dulce cura... recuérdalo!

-Es que aquí existen vegetales que no figuran en los libros! Es imposible acordarse de todos!

-El aprendiz debe tener memoria... paciencia, terquedad y memoria! –monologó, antes de desaparecer tragada por la boca cuadrada de la pieza.

Sin verla, siguió escuchando su voz...

-El que quiera dedicarse a este oficio, no debiera tener otra ocupación. Tendría que ofrecer todo su tiempo, su vida... todo! Por eso ya es hora que te olvides de tus libros, de tu tonta existencia y te decidas de una buena vez a caminar la larga senda del chamán! – dijo saliendo de la oscuridad con una expresión extraña- En su rostro, las arrugas

habían desaparecido barridas por la tensión de los músculos faciales y en la mirada, la dorada figura de un águila amagaba soltar vuelo.

Pero sólo fue un instante. Cuando giró la cabeza hacia Emiliano, su cara había retomado su habitual compostura y una mirada llena de lejanías la regresaba de nuevo a este mundo. Mirándolo, preguntó...

-Qué otra cosa quieres saber?

El brusco cambio en el comportamiento de la curandera lo tenía desconcertado. Eran cada vez más frecuentes y hasta le parecía que ella los provocaba adrede para incomodarlo. Algo molesto se animó a preguntar...

-Por qué algunos males no tienen cura, señora?

-Las enfermedades de los blancos, las trajeron los blancos, por eso nuestra medicina no sabe curarlas... por eso los paisanos mueren. De otra manera vivirían hasta llegar a viejos. Como pasaba antes...

-Pero antes también la gente moría! –retrucó sin vacilar-

-La gente común se muere pronto porque busca a la muerte; no hay que andar buscando a la muerte. Ella nos encuentra cuando ha llegado nuestra hora... ella solita nos encuentra. Viaja detrás de cada hombre pisándole la sombra, sin hacer ruido. Por eso los chamanes no tenemos sombra, porque nos hicimos amigos de la muerte; ella viaja "adentro" acompañando nuestro camino, hasta que al final el espíritu guardián recoja esos huesos tristes y arme con ellos su nido en el árbol sagrado -sentenció María Reumay como quien en vez de hablar, pensara-

-Cómo se puede saber si una persona no tiene sombra? Todos hacemos sombras, seamos chamanes o no!

-No es tan simple como lo imaginas. Yo "veo" los que otros no ven, aunque estemos mirando la misma cosa, entiendes?

Emiliano meneó la cabeza y se quedó mirando el suelo, como si quisiera ver su propia sombra. Luego de un breve silencio dijo...

- Entiendo... doña María...

Esa noche la machi anunció que partirían al amanecer. Que irían –dijo- al sitio sagrado para realizar el rito de iniciación que tanto había esperado. Que se preparara para quedarse tres días solo en ese apartado lugar de donde regresaría transformado. Quiso seguir con las preguntas, pero ella lo interrumpió ordenándole...

-Ahora no preguntes más... todo lo que tengas que saber "lo sentirás" en tu cuerpo, en tu espíritu! No hables... hasta que yo te lo pida... entiendes? Hasta mañana, se despidió. Aún con los últimos restos de la noche colgados de los árboles, iniciaron la marcha. Al naciente, lentas desolaciones salpicaban las nubes con la sangre de un sol recién degollado por el horizonte. Una dilatada llanura estiraba su manto silvestre, hasta juntar sus bordes con los meandros de los ríos cordilleranos que desenrollaban sus lonja deplata, poniéndose herrumbrosos de distancias.

Al oeste, la cordillera elevaba su colosal muralla, empequeñeciendo la naturaleza de sus criaturas terrenas. Lentamente treparon sus escarpadas laderas hacia el altar de piedra, sahumados por los inciensos de un viento lacio, que se repartía en virutas de música al cortarse en las agudas agujas de cuarzo.

Cuando llegaron, la machi sacó de su mochila unas ramas, con las que barrió el lugar de la ceremonia y "limpió" el aire abanicando rítmicamente el manojito de hierbas. Por algunos instantes se quedó inmóvil, contemplando ese cielo azul y hondo, como quien espera la llegada inexorable de una certeza. De pronto se volvió hacia Emiliano que la miraba inquieto y dijo...

-Desnudate!

El muchacho vaciló un segundo. Luego preguntó.

-Desnudarme?

-Sí, sacate la ropa!

-Toda?

-Sí, toda!

Con un ademán le indicó que se sentara y luego que se acostara sobre la fría roca . Ella tendió una pequeña manta a su lado y también se acostó. Permaneció quieto en esa postura que ya empezaba a resultarle incómoda, cuando sintió la áspera mano de la vieja posarse sobre la frente y de un solo golpe de viento, llenarle los ojos de tinieblas. Sentía en el rostro el peso de un águila aleteándole sombras, abismándolo en un remolino que se llevaba toda su energía hacia un inasible territorio, lejano y desconocido.

Prisionero de un vértigo ominoso, se veía caer hacia hondos precipicios, para trepar luego hasta inmedibles alturas, empujado por una fuerza extraña que no parecía tener origen en su conciencia. Lentamente fue perdiendo poder, tornándose al final una placentera marea que lo llevaba y lo traía en un acompasado flujo y reflujo.

Se vio tendido sobre un lecho de río muerto escuchando la voz de María Reumay que le llegaba como desde un sueño...

"Cada chamán tiene su propia canción, que sólo él puede cantar. Yo te enseñaré esa canción para que te acompañe en cada cosa que hagas en tu vida y será tu contraseña para poder entrar en el mundo de los chamanes muertos. Nadie más puede repetirla, porque si eso pasa, perderás tus poderes. La aprenderás y cuando regreses de este viaje podrás cantarla, y serán palabras incomprensibles para los demás."

Quiso responderle pero ni un sonido escapó de su boca. Como si esa arena de cauce dormido, se le hubiera metido debajo de la lengua y le tapara con piedras diminutas la garganta. Desde su inubicable morada, la voz de la machi se oía clara...

"Cuando regreses al mundo de los vivos, deberás sobrevivir tres días con sus noches a los ataques de los malos espíritus. Sólo tu canción te protegerá de esos enemigos. También deberás vencer al frío de la noche, al viento helado de las cumbres, al hambre, al sueño... y al puma! que será tu espíritu guardián recién cuando puedas arrancarle la garra con la que harás tu amuleto."

Cuando parecía que la voz de su maestra lo abandonaba en aquel extraño paisaje, una canción nunca escuchada resonó en sus oídos, con palabras que su memoria guardaría en el rincón más oculto de su corazón.

LA PARTIDA

Ramón Martínez subía por el camino que lleva a la casa.

Sentada frente a la ventana, desde donde se podía contemplar los valles que sirven de cauce al arroyo, la anciana lo divisó apenas dobló el recodo que sigue el dibujo de la orilla y se estrecha contra los palos acostados en hileras de los corrales.

Vio su estampa de hombre fuerte, moldeado a golpes de intemperie en los rigores de esa tierra cruel y hermosa, que engendra sus criaturas con la salvaje génesis de su designio insondable.

Ese niño desvalido, huérfano de toda ternura, desterrado de la vida, que un día llegó a sus manos, es el hombre que encamina sus pasos hacia lo que intuye, será su último encuentro. En su índole de madre, un desasosiego antiguo le pone cerrazón en la mirada; algo parecido al desamparo le llena de vientos su corazón paisano, y siente que una pequeña muerte suelta sus culebras de humo en la garganta.

Se abrazaron en silencio. Cuando pudo verle la cara, se dio cuenta que el hombre lloraba. Apartándose, dijo...

-Abuela María, vengo a despedirme. Me voy de puestero a lo de Galarraga... el otro día hablamos en el boliche de Pardo y nos pusimos de acuerdo. No me quería ir sin avisarle...

Ella lo miraba sin responder. Parecía sorprendida. Aprovechando una pausa, al fin habló...

-Ya lo sabía... te soñé y me dabas la espalda la otra noche... Pero ya sos un hombre y es bueno que elijas tu camino. Igual me pone triste que te vayas, mç hijo!

-No me voy para siempre, abuela! Es por un tiempo... aquí ya somos muchos ahora con Emiliano...

María Reumay se acercó, le acarició el rostro curtido y como quién suspira, susurró... – Que Elchén* te proteja!

Y lo vio vadear el arroyo seguido de sus perros y perderse tras los peñascos oscuros. El caballo le pedía rienda levantando el testuz girando levemente la cabeza, como queriendo mirar por última vez ese paisaje y despedirse de la querencia donde había nacido. El jinete aparecía de a trechos, como salido de la piedra y fue empequeñeciendo su figura hasta volverse un punto oscuro que trepaba los faldeos para desaparecer tragado por el perfil brumoso de las serranías.

Ella se quedó mirando la distancia. Poco a poco sus ojos indios se fueron achicando y buscaron un sitio en sus sienas plateadas. Su nariz aguileña se fue afinando hasta tomar la forma de un pico poderoso y cubierta de plumas negras, elevó su cuerpo transformado en águila hasta sobrepasar en su vuelo, las doradas crestas de las lengas.

Ramón marchaba al paso, eligiendo por donde intentaría hacer pasar a su caballo, en esa pendiente llena de abismos. El recuerdo de la muerte de su padre le echaba ají en la memoria y un miedo dormido, parecía despertar de pronto hasta ponerle sabor a desierto en la boca reseca. Sabía que si cruzaba sin novedad esos cordones, una estirada llanura lo esperaba para repecharla con el aire puro de la cordillera tiritando su frío en el ala del sombrero, pisando matas olorosas que subirían su perfume hasta los ijares* sudorosos, sahumando la sombra cansada del viajero.

Todavía le quedaba cruzar el río pedregoso en donde se angosta, ante de doblar con sus aguas claras rumbo al sur. Una vez vadeado, al pisar la otra orilla, estaría en las tierras del vasco Galarraga, su nuevo patrón.

En la lejanía, el puesto apenas destacaba su presencia contra el gris oscuro de la montaña. Levantado a puro barro y piedras, sus desiguales paredes sostenían los rústicos maderos de las vigas, donde descansaba la hechura de un techo pobre. Al llegar ese forastero, el rancho pareció dejar su máscara de tapera* y una brisa de vida jugueteaba en el ladrar breve de los perros. Cuando desensillaba, el vuelo rasante de un águila le obligó a agacharse para no ser investido por el ave. La vio sobrevolar los corrales abandonados y elevarse hasta desaparecer tras de los cerros. –Esa es mi abuela María ¡ –se dijo a sí mismo, antes de entrar a su nueva morada.

Atinó a tirar unos cueros en el suelo, antes que el cansancio del largo viaje lo maniatara con un sueño profundo.

Despertó de madrugada. Los perros soltaban en la penumbra pequeños aullidos de lobo reclamando por su amo. Cuando abrió la puerta, entraron atropelladamente, demostrando su alegría con saltos y lengüetazos. Entonces recordó que no habían comido y que ese puesto de la estancia "La Comarca" no tenía hacienda. El también tenía hambre y la poca galleta dura que quedaba, la compartió con sus fieles compañeros. Por lo menos una quincena tardaría en llegar el arreo y hasta entonces se las arreglaría con lo que pudiera cazar o pescar en el río. Ya había pasado por situaciones parecidas y a pesar de su juventud, se consideraba un criollo baquiano, hombre nacido y criado en esa región de inviernos nevadores, bosques impenetrables, vientos inclementes, que modelan el alma de sus hijos con la sabiduría de nodriza campesina.

Apenas el sol entibió el aire de la mañana, ensilló y salió seguido por el trote cansino de los perros. Un pajonal alto, levantaba su pelambre cobriza hasta rozar la panza del caballo, como un mar dorado, dormido luego de una tempestad misteriosa. En los claros de la llanura aparecían los perros, cada vez más inquietos, hasta que de nuevo el coironal los tapaba con su maraña rubia. De vez en cuando alguna perdiz soltaba su pequeña catapulta de plumas, lanzada en un vuelo breve por encima de los pastos.

Era casi mediodía cuando vio a los perros perseguir a un avestruz, que con ágiles cabriolas, intentaba alejarlos del resto de la cuadrilla. Animó al zaino* con un taloneo suave. El animal parecía estar esperando esa señal. Con un galope armonioso siguió a los ladridos de los cazadores que arrinconaban al ave contra un peñón de rocas oscuras, robusta formación volcánica atravesada en la desesperada huida del choique.

Por unos instantes desaparecieron atrapados por las sombras azabache del enorme peñasco. Cuando creía que había perdido la presa, el avestruz apareció justo en frente de su cabalgadura. Parecía agotado, pero aún mantenía a una buena distancia la alocada carrera de los valientes ovejeros. Desató las boleadoras y las lanzó cortando en lonjas redondas el azul de un cielo distraído. Cuando se apeó, el ojo abierto del muerto, repetía la maravilla de la cordillera, en ese espejo de agua caída.

EL REGRESO

Cuando entró en la casa, una oscuridad obstinada porfiaba por cubrir de sombras las siluetas de las cosas, deslumbradas por esa catarata de luz, que desbordaba el marco de la puerta. Desde un rincón, los ojos de la anciana parecían brasas suspendidas en el aire espeso. Sólo esos ojos con destellos extraños que lo miraban sin un parpadeo, delataban la presencia de la machi, amparada en un halo saturado de tinieblas.

Permaneció callado contemplando como hipnotizado esos diminutos fuegos, hasta que la voz de la curandera lo sacó de trance.

-Te estaba esperando -dijo – mientras recuperaba su forma humana a medida que la claridad tocaba su cuerpo esmirriado. Parecía otra. La encontró distinta, como aquellos seres que vemos después de una larga ausencia. Ella pudo leerle el pensamiento.

-No muchacho, el que está cambiado sos vos! - lo sorprendió, antes de agacharse a buscar un trozo de leña para la cocina. Sin apuro, puso un plato con comida en la mesa y con tono suave le pidió...

-Come... debes estar muerto de hambre.

Emiliano Villaverde masticaba lentamente, con la mirada perdida en algún lejano espejismo. Sentía como si todo lo que sucedía a su alrededor le era ajeno. Que era sólo un testigo circunstancial de esos acontecimientos y que cuando dejara atrás ese cansancio que lo obnubilaba, nada de todo aquello recordaría. Un debilitamiento crónico lo empujaba hacia un sueño cada vez más pesado, acercándolo al hondo pozo que lo llamaba desde su sima tenebrosa. Apenas hilachas de conciencia lo anclaban a la realidad que estaba y desaparecía en un oleaje torturante, presintiendo en todas las regiones de su cuerpo lo inexorable de esa capitulación.

Lo último que alcanzó a escuchar, fue la voz de la chamana que lo llamaba, antes de caer en la trampa del sueño, después de tres noches sin dormir.

Era casi de noche cuando Emiliano despertó. Lo supo por la tenue luz que se filtraba por debajo de la puerta, un tajo perfecto en la oscuridad que lo envolvía. Se incorporó sintiendo aún sus músculos anquilosados. En la cocina la machi hilaba una lana astrosa,* que subía hasta su muslo magro, como un humo delgado y sucio.

-Has dormido un día entero, muchacho! -se admiró la paisana, mientras dejaba a un costado el huso preñado de urdimbre-

-Tanto! abuela? -preguntó incrédulo-

-Es que tenías muchas cosas para contarme... -respondió ella con ironía- Por eso tardaste tanto en despertar... -concluyó-

Aturdido, trató en vano de ordenar sus pensamientos. Al fin, algo molesto inquirió:

-Usted me quiere hacer creer que dormido le conté todo lo que me pasó en la montaña?

-Yo no te quiero hacer creer nada! Nada tienes que creer de lo que yo te diga... deberás comprobarlo por vos mismo... haber si de una buena vez me entiendes!

-Bueno... señora... -balbuceó, antes que la anciana lo interrumpiera:

-No me digas señora! Así me llamas cuando te enojas por algo... pero esta vez no tienes motivo, Emiliano!

Con la mirada puesta en la hondura de la noche, María Reumay comenzó a relatar uno a uno los sucesos que Emiliano Villaverde había protagonizado en el sitio sagrado. Habló de los ruidos que le ponían de piedra la garganta; las sombras que lo perseguían arañándole con las espinas del miedo la espalda; su voz llamándolo desde distintos rumbos sin poder encontrarla; la canción que aprendió en sueños y que lo salvó de las garras del puma cebado que quería su carne de alimento; el frío, el viento aullando presagios, el hambre, el temor a dejarse vencer por el sueño y ser presa de esos enemigos invisibles que lo acosaban desde inubicables escondrijos. Hizo una pausa y girando su cabeza hacia Emiliano, pregunto: - Qué más quieres saber?

Cada vez que respondía sus preguntas, tenía la sensación que la anciana se estaba burlando de él. Por respeto nunca pudo exteriorizar ese sentimiento que lo ponía al borde del rencor. Admiraba la sabiduría de la vieja paisana, su poder para vencer las dificultades que el hombre común encontraría insoluble; el "ver" las cosas de este mundo donde la criatura humana muestra a cada paso su ceguera.

Era su maestra. Un atávico mandato, venido desde algún perdido rincón de su cerebro, le ordenaba ser tolerante, entrar al conocimiento despojado de toda importancia, renunciando a cualquier vínculo que lo atara a su pasado. Como en otras oportunidades, la machi pareció leer sus pensamientos...

-Ay, ay... Emiliano! tantas dudas! hasta cuándo piensas seguir con tus leceras? Ya no te queda tiempo para andar dudando... pronto tendrás que enfrentar el gran desafío -sentenció- Si quieres abandonar este camino, será bueno que te marches ahora... después del encuentro con el que será tu espíritu guardián, ya no habrá regreso ni arrepentimiento, entiendes?

-Es que a veces dudo... siento que no estoy preparado... que aún pertenezco al mundo donde fui formado; que hay cosas que no alcanzo a comprender, que nunca podré superar mis miedos -se sinceró, sintiendo que se despojaba de un gran peso-

-A los miedos hay que dominarlos, sentir que andan con uno, pero que uno es el patrón que manda y ellos obedecen -se apresuró a decir, antes que una sonora carcajada le juntara todas las arrugas de la cara en los extremos de la boca-

Antes que el desconcertado aprendiz de brujo pudiera interponer alguna protesta, la curandera continuó...

-En cuanto a las cosas que no entiendes... ya entenderás! ya entenderás! –concluyó, observándolo de costado, como suelen mirar a su presa las aves cetreras-*

EL PUESTO DE MARQUEZ

Así le llamaban al sitio donde fue a parar Ramón Martínez con sus perros. Era la última "población" hacia el poniente que tenía "La Comarca," esas leguas de campos quebrados que heredó el vasco Javier Galarraga, de su padre, el finado don Francisco, poblador de aquellos parajes desde principio de siglo. El puesto de Marquez estaba habitado sólo para las veranadas,* cuando con la primavera, la hacienda trepaba hasta los primeros contrafuertes cordilleranos, en busca de valles con pastos nuevos, abandonando los abrigados cañadones del invierno, exhaustos de tanta pezuña y pastoreo.

Zona de interminables llanuras, encontraba repentino límite en escabrosos territorios sembrados de rocas volcánicas, con lenguas tortuosas que mantenían en su memoria de árbol, el violento tatuaje de pretéritos sismos. Altos murallones sostenían un cielo pálido, garabateado por el vuelo altísimo de los cóndores, marcando con su carbonilla el mapa indeleble de sinuosos desfiladeros.

Dicen que el puesto tiene ese nombre por un chileno que murió de frío mientras campeaba* unos animales por esas laderas traicioneras. Cuentan que una nevazón lo sorprendió mientras lidiaba por hacer bajar un piño* extraviado. Ya resignado a su suerte, buscó abrigo en una cueva, guarida de pumas y gatos salvajes, hasta que se durmió vencido por el cansancio y la muerte lo tocó con su mano de escarcha. Salieron a buscarlo y alguien dijo que el puestero pensaba cruzar la cordillera, tal vez llamado por un amor lejano.

-Lo hubiera dicho antes! –carajeó uno de la partida- y regresaron...

Lo encontraron después de medio año, comido por las alimañas. Las aves de rapiña despielaron esos huesos llenos de olvido, hasta blanquear con una sonrisa macabra, la oscura boca de la caverna.

Pero aquello había ocurrido hacía más de treinta años, demasiado tiempo para Ramón Martínez, el joven puestero que ahora se ocupaba de cuidar esa parte del campo de Javier Galarraga. Estaba contento con su trabajo, a pesar de esa soledad obstinada, que de tarde en tarde, le soplaba su mínimo viento, avivando las brasas de la melancolía.

Salía a recorrer su territorio, apenas el crepúsculo abría su enorme párpado rojo, para regresar a media tarde, al paso del caballo, como arrastrando sombras que bajo del estribo pisoteaban los perros. Desensillaba.

Unos mates, mientras en la cocina la carne asada soltaba su aroma campesino. Darle de comer a los cansados ovejeros y, a dormir temprano, que mañana se repetirá la historia, en una rutina interminable.

Pero no pudo dormir. A pesar de la fatiga, una preocupación se interponía entre su mente y el sueño. Había encontrado una oveja muerta y ya era la tercera en una semana!

-Debe ser el zorro –se dijo a si mismo intentando tranquilizarse- Mañana voy a poner unas trampas... cuando el "colorao" le enseña a matar a sus cachorros, sabe dejar el tendal, el maldito!... no creo que sea el puma... he visto rastros, pero arriba, cerca de las cuevas... por ahí le hago una llegada para ver qué encuentro en esas madrigueras. Es difícil verlo... como buen gato duerme casi todo el día... sale recién a la tardecita... de noche caza y toma agua en el arroyo... sé ver las marcas que dejan sus patas en la arena... Ese también sabe hacer mucho daño cuando tiene cría!... pero debe ser el zorro –quiso convencerse – cerrando los ojos en un desesperado esfuerzo por llamar al sueño esquivo.

Y se durmió de madrugada, arropado con los cueros de ovejas que le sirven de cobijas... Pasaron los días sin que ningún acontecimiento modificara su tranquila existencia, entretenido en repuntar la hacienda, arreglar algún alambrado, buscar leña para el puesto, o recorrer las trampas.

Sólo a veces, el recuerdo de un nombre querido le clavaba sus espuelas invisibles en el bajo vientre y todo su cuerpo se caldeaba como atrapado por las lenguas de fuego de esos incendios, que devoran lejanas poblaciones de nubes tras el horizonte. Entonces la soledad hacía sonar su moscardón de viento desmemoriado, hasta ser una dolorosa espina de sal en los oídos.

En alguna ocasión, cabalgó las once leguas que lo separaban del pueblo, para encontrar en las caricias de una mujer desconocida, el efímero cántaro donde calmar tanta sed.

Cuando volvía, el perfume de ese amor furtivo lo acompañaba por el largo camino, como el trino cautivo que de pronto se escapa entre los alambres de la pajarera. Era una música pequeña, un aire fresco aromado por todas las esencias del monte dormido, elevando por sobre el jinete su bálsamo silvestre. Y su corazón mestizo, sentía ese mínimo gozo, una fina llovizna que le entraba por los ojos hasta mojarlo entero. Pero eso ocurría sólo de vez en cuando!

Esa noche, ladridos y relinchos fueron la señal que algún peligro inquietaba a los animales. Se vistió en la oscuridad y buscó a tientas la carabina que de un clavo colgaba en la pared de la pieza. Cuando salió, una luna pálida alumbraba derramando su fría leche por los corrales. Las ovejas se amontonaban intentando huir de un enemigo poderoso, que las atemorizaba con su hedor carnicero y las paralizaba con el duro diamante de sus pupilas asesinas. El estampido trizó el aire quieto. Un remolino de pezuñas soltó su viento redondo estacionando en la penumbra su escoria de estiércol y balidos. Algo parecido a una sombra saltó la cerca del corral y desapareció seguida por los perros que aullaban impotentes persiguiéndola. Luego de una larga carrera, regresaron. Uno se lamía la herida que tenía en la pata. El otro lo miraba inquieto, como buscando compañero para reiniciar la cacería.

Cuando el silencio juntó de nuevo todos sus pedazos, tres ovejas muertas esperaban que Ramón Martínez volviera del rancho con el cuchillo para cuerearlas. En los charcos de sangre, la luna se pintaba la cara.

EL ESPIRITU GUARDIAN

Emiliano Villaverde volvía con dos truchas que había pescado en el remanso que forma el Arroyo del Coipo cuando tuerce su rumbo, estirando su ribera sur hasta dejar una estrecha lonja de tierra entre sus aguas rumorosas y los corrales. Lo había intentado una y otra vez sin resultado, hasta que Ramón le reveló el secreto.

-Tenés que hacer un señuelo como los bichos que comen las truchas-le había dicho. - Esas moscas o avispas que cazan al vuelo cuando saltan del agua... como ésas...

En la cocina, María Reumay fumaba su pipa. Ensimismada en lejanos recuerdos, algo más que el humo envolvía su rostro de cera, cercado por una aureola celeste que parecía salir de su propia cabeza. Sin moverse, como si la voz no saliera de su boca, Emiliano le oyó decir...

-Anoche soñé con tu espíritu guardián... lo he visto!

-Con qué ha soñado? -preguntó fingiendo no comprender, mientras depositaba las truchas sobre la mesa.

La machi no respondió enseguida. Le dio largas pitadas a su pipa de arcilla, antes de continuar...

-He visto al león* "cebarse"* con las ovejas... anoche anduvo carneando! Hasta ahora mataba por hambre... para comer... pero anoche degolló a tres animales por gusto... por hacer daño nomás! Esa era la señal que esperaba...

-Qué señal, doña María?

-Hace tiempo, antes que aparecieras, el águila me "hizo ver" a tu espíritu guardián. Me habló de tu llegada y cuál sería la señal cuando fuera tiempo para que encontraras a tu protector. Ví la cueva donde la puma parió sus cachorros; dos eran hembritas y un machito que iba a crecer hasta alcanzar el peso del que sería su cazador. Dijo también que comería carne de animales extraños y lo matarían una noche sin luna.

-Quién lo matará?- quiso saber.

-Vos, Emiliano, quién más! -respondió con firmeza.

El soplo helado de un escalofrío le recorrió la espalda. Un temblor creciente se apoderó de su cuerpo, como si dos manos descomunales lo sacudieran aferrándolo de los hombros, hasta ponerlo al filo de la inconciencia. Aunque quiso gritar su miedo, ni una sola palabra pudo dejar de su boca de estatua. Intentó caminar hacia ella pero sus músculos parecían no reconocer el mensaje de su cerebro turbado.

Sintió la mano huesuda de la anciana posarse en su brazo. El se dejó llevar entregado al poder de esa tiniebla que lo inmovilizaba, maniatado por los hilos de saliva de esa araña tenebrosa. Como desde un recuerdo, la machi le hablaba...

-Nadie podrá ayudarte... tendrás que hacerlo solo... a cuchillo! Será una noche sin luna... tendrás que aprender a mirar con los ojos del puma si querés salir vivo de ese encuentro

en la oscuridad. Si tenés el suficiente poder para matarlo, le sacarás la uña del medio, la más grande, de la pata delantera izquierda y harás con ella tu amuleto... si puedes matarlo, también será tuyo el espíritu del animal! El puma será tu espíritu guardián, Emiliano!

De a poco, todo volvió a tener sentido. Pálido, con las rastros del trance vivido aún surcando su rostro demacrado, la miró esperando algún comentario. Ella fumaba su pipa con la mirada azulada por el humo que la envolvía en su torbellino color cielo. En esa penumbra, un destello dorado derretía su bronce sobre su figura espectral, que parecía sostenerse del aire embalsamado donde los dioses paisanos guardan sus secretas artesanías.

Todavía presa de un debilitamiento que sentía extenderse por todo su cuerpo, al ver que la curandera dejaba el sitio desde donde había hablado, con las pocas energías que le quedaban, se animó a vencer el desgano que lo adormecía y pudo preguntarle...

-Es necesario que tenga mi amuleto para ser chamán, abuela?

-Sí mç hijo... es necesario, esa es tu fuente de poder! –aseveró la machi-.

-Acaso usted necesitó matar al águila para tener su espíritu guardián? –inquirió-.

-No hizo falta... yo vengo de antepasados chamanes... mi abuela fue la que me pasó su conocimiento. Vos serás, si pasás la prueba del puma, un chamán blanco... por eso debés conseguir tu protector de ese modo, muchacho... no hay chamanes en tu historia, Emiliano! Has comprendido?

-Sí, abuela... –contestó resignado-.

Pero él tenía más preguntas que hacer y una vez más la vieja paisana le adivinó el pensamiento. Antes de abandonar la cocina, inquirió...

-Que más necesitas saber?

-Cuándo será, doña María?

-Yo te avisaré cuándo... no te preocupes... mientras tanto repite tantas veces como puedas la canción sagrada, hasta que se grabe en tu memoria! Que la puedas cantar a pesar del miedo... aunque te quedes mudo! Debes poder cantarla con los sentidos! estoy segura que la necesitarás cuando te enfrentes a tu destino. Por ahora es lo único que te hace diferente de los demás mortales... después tendrás tu amuleto y la protección de tu espíritu guardián!... entonces todos te llamarán uámenk*!

-Por qué me llamarán así? Qué significa esa palabra? –la interrogó lleno de curiosidad-.

-Así le llamaban los tehuelches del sur al curandero. Es una palabra vieja, casi olvidada que sabía decir mi abuela, cuando me enseñaba el oficio.

-A su abuela le llamaban uámenk, doña María?

-No. Uámenk se le decía a los hombres... ella era uámenkshon*... chamana!

-Entonces también es usted una uámenkshon, doña María!

-Ay! Emiliano, qué inteligente eres!! –se mofó la anciana antes de desaparecer tras de la puerta-.

Y la vio bajar costeano el arroyo, perderse tragada por la arboladura de los corrales dormidos, reaparecer trepando la ladera de los cuarzos blancos, hasta encontrar el borrado camino que lleva a la tumba de Nicolás Millaqueo, su marido y sentarse junto al muerto a esperar que cuente la repetida historia de la piedra que camina.

Ella, como siempre, le sonríe con tristeza. Sabe quedarse pensativa mirando esas rocas violetas de intemperie, hasta que el difunto se exilia en su mutismo y ella regresa, como un aire negro, en el vuelo de las águilas.

SEGUNDO SUEÑO CON FELINOS

El sueño se repetía casi todas las noches. Esa pesadilla parecía perseguirlo con su anunciado estigma, persistente como la gota que golpea y golpea, hasta horadar la dura coraza de la piedra. El sabía que el sueño lo transportaba hasta donde el felino lo destrozaba a zarpazos, comía su carne palpitante y bebía la sangre que abandonaba su cuerpo inerte. Hasta sentía cómo el puma lo arrastraba hasta las ramas del zarzal y lo escondía cubriéndolo con tierra!

Pero anoche el sueño ha sido diferente. El puma ha regresado a desenterrar sus huesos! Ha sacado lo que quedaba de su comida y la trasladaba a otro escondrijo. El podía ver las poderosas mandíbulas levantar sin esfuerzo la carga y trepar con ella hasta la rama más alta y robusta del árbol que le servía de escondite. Un vértigo oscuro hundía sus pinzas de cangrejo en el vientre, al ver desde lo alto, un manchón de tierra umbría, húmeda y oscura, que imaginaba sería el final de su caída. Se sentía golpeado por la

respiración acelerada del puma, que jadeaba su aliento agrio de carnicero, apenas a un jeme* de su cara. De pronto se sintió liberado. Lo vio saltar y caer sin ruido en ese claro del monte y desaparecer en la espesura. Entonces comprendió que ya no le asustaba la presencia del felino. Que su miedo era caer desde esa altura desconocida y terminar muerto al chocar contra el suelo. No sentía las piernas ni los brazos. Sin ellos, era imposible intentar el descenso. De a poco, comenzó a sentir que su cuerpo se movía. Primero fueron pequeños corrimientos de su piel contra la rugosa corteza del árbol. Después, entrecortados deslizamientos que precedieron a la caída definitiva. Un alarido lacerante acompañó a su cuerpo, o lo que quedaba de él, hasta que cayó con horrible estrépito. Como rescatándolo de esa muerte absurda, la voz de María Reumay le llegaba desde subterráneas latitudes. Cuando despertó, la chamana le secaba el sudor de la frente con su pañuelo y le demostraba alegría con una sonrisa salida como de milagro de esa boca baldía.

-He soñado con el puma, abuela! –alcanzó a decir, antes que la machi lo interrumpiera-

-Sí, Emiliano, ya lo sé...siempre sueñas con el león!

-No...pero esta vez soñé que desenterraba mis huesos... que los llevaba a otro sitio...

-Sí mç hijo... esa es la señal que estaba esperando! –exclamó la anciana sin ocultar su júbilo-

Al ver que ella parecía no entender, intentó explicarle lo que le ocurría.

-Este sueño fue diferente... no sentí miedo, doña María! Ni cuándo cargaba con mis huesos! Veía al puma tan de cerca que su aliento lo sentía en la cara! Pero no tenía miedo... no fue como la primera vez que se me apareció... ahora parecía protegerme... sólo sentí temor cuando se subió al árbol!

-Todo está saliendo bien, Emiliano! –se regocijó - Es bueno que el puma no te haya rechazado... él no hubiera aparecido en tus sueños si no quisiera ser tu espíritu guardián! Ahora todo depende de vos, de tu coraje para vencer las dudas, del empeño que pongas para alejar de tu mente las cosas de tu mundo anterior... del modo que intentes dominar a tus miedos!

-Sólo sentí miedo cuando él se trepó al árbol! –insistió--

-Justamente... esa parte del sueño significa que aún dudas!... ese miedo no es ya por el puma... no le temes a él... ese miedo viene de vos mismo, de tus debilidades! Te falta el último tramo del camino... el más dificultoso! No queda tiempo para andar dudando... ya te lo he dicho!...estoy segura que podrás lograrlo, mç hijo –aseguró con tono firme la chamana-

Emiliano no respondió. La contemplaba con la resignación de quién acaba de escuchar una sentencia ineludible. Contrariamente a lo que le había pasado en otras ocasiones, se sentía sereno, animado por una energía extraña que no parecía pertenecerle. Y en un relámpago, fueron pasando como recuerdos, esas imágenes fantásticas del puma arqueando en el salto su figura perfecta, para luego caer sobre la presa con la plasticidad única que le da su índole felina; las garras destructoras, asegurando el cuerpo inerte de la víctima, para que las poderosas mandíbulas trituraran huesos y girones de carne , antes de ser engullido por su enorme boca.

Lo veía, lamerse los remos ensangrentados, acicalando su pelambre con la prolijidad de un gato doméstico, satisfecho después de una buena comida. Con la última visión, lo miró saltar del árbol y desaparecer escondiendo en la maleza su magnífica estampa.

Desapercibido de la presencia de la machi, regresado de hondas cavilaciones, el aprendiz de chamán preguntó casi en un murmullo...

-Cuánto falta para el encuentro con el espíritu guardián? –

-No mucho... no mucho! No te preocupes... como ya te dije... yo te avisaré cuando llegue el momento –lo tranquilizó la curandera- aprovecharé este tiempo de espera en memorizar tu canción sagrada... es tu único poder, recuerda! Y se alejó rumbo al arroyo, para no escuchar el canto que Emiliano Villaverde iba a entonar con los ojos cerrados.

Cuando regresó, él dormía apoyado sobre la mesa. Esas horas entonando el monótono canto lo habían vencido. Recién cuando tuvo preparado el mate, lo despertó con un leve zamarreo en el brazo.

Restregándose los ojos, medio dormido aún, preguntó...

-Qué hora es?

-Es hora que te dejes de preguntar leseras*! –replicó la anciana simulando enojo- aquí las horas las marcan el sol o la luna... el día o la noche... todos sabemos cuándo es hora de dormir o cuándo es hora de comer, o de hacer cualquier otra cosa, sin necesidad de

reloj... ese amigo tuyo no te avisará cuándo sea hora de tu encuentro con el puma, o cuándo los Padres Azules te reclamen, cuándo mueras!

-Estoy muy cansado, abuela, no sé bien lo que digo... –se disculpó mientras se sacaba el reloj de la muñeca-

-Hombre flojo! Cómo podés estar cansado... cómo se nota que no sos mujer! Las paisanas no sólo teníamos que cantar, sino tocar el cultrúm* días enteros, hasta que la música nos adormeciera y nos llevara en vuelo con los chamanes muertos. Había canciones en las dos lenguas que se hablaban aparte de la "castilla"... la de mi abuela materna era de los tehuelches del sur; por el lado de la familia de mi padre, se cantaba en mapuche los taeles* de las rogativas.

-Y cuándo terminaba el aprendizaje, abuela?

- Pasado un año, debíamos demostrar nuestro poder en un machitún* o cualquier otro rito parecido. Si pasábamos la prueba, había una nueva chamana. Si fracasábamos, la vieja machi nos abandonaba para siempre! Pero éso nunca ocurría... siempre había una señal que marcaba al que nacía con destino de chamán.

Porque lo elegía el espíritu guardián... por que tenía algún defecto físico... porque estuvo al borde de la muerte y se salvó... por ser varón con apariencia de mujer... o por ser medio tonto, como vos! –se burló, con una carcajada que parecía desarmar el pecho- La miró alejarse presa de las sacudidas involuntarias que le provocaba esa risa repentina, seguida por el humo oloroso que como un fantasma deshilachado, salía de su pipa. No estaba enojado. Se sentía abandonado en el más estéril de los desiertos.

EMILIANO Y RAMON

Una llovizna pertinaz mimetizaba en su urdimbre líquida, los definidos relieves del paisaje cordillerano. Ese estambre de lluvia menuda, parecía caer de un cielo pequeño, que apenas alcanzaba la estatura de los árboles. Acotada hasta un tiro de piedra, la claridad dejaba ver la difusa silueta de los corrales cercanos. Había llovido toda la noche y esa cerrazón saturada de grises, presagiaba el reinado del agua, más allá de los límites del día. Detrás de esa pátina cenicienta, el verano maduraba en silencio su vino fragante. La vio aparecer de la lluvia y trepar el último tramo de la pendiente, flotando en una resolana que por momentos deformaba su rostro enjuto, con hechura de alfarería. Destilando desde sus trapos oscuros restos de lluvia, dijo...

-Traigo buenas noticias, Emiliano! En sueños, el águila me pidió que fuera hoy al pie del árbol sagrado. De ahí vengo. No podía verla, pero escuchaba su voz claramente.

-Qué fue lo que dijo? –preguntó sin poder disimular cierta inquietud-

-Habló sobre tu espíritu guardián... dijo que tenés que marchar lo más pronto posible a su encuentro... que él te está esperando... que no debés demorar, muchacho!

-Qué más dijo, abuela?

-Muchas cosas... pero no preguntés más porque no puedo decir más de lo que ya te dije... preparate para cuando deje de llover... entonces te diré qué rumbo tomar... andá eligiendo caballo, recaos y los vicios* para un viaje largo, Emiliano!

Para cuando quiso intentar un reclamo, la anciana lo había dejado solo en la cocina. Se arrimó a la ventana y entre las lágrimas que derramaba el cristal, pudo ver cómo la llovizna seguía agujereando el aire puro de las montañas con las espinas del agua. Sin pensarlo, murmuró entre dientes...

-Ojalá no pare nunca de garuar!

Y comprendió que tiritaba en aquel templado atardecer de febrero.

Como había pasado un tiempo atrás con Ramón, lo vio vadear el Arroyo del Coipo y perderse tragados -jinete y caballo- por las fauces descomunales del peñascal andino. Y como en aquella ocasión, a la machi se le escapó el mismo ruego...

-Qué Elchén te proteja!

Con el rumbo que le había fijado su maestra, Emiliano Villaverde cruzó esos cordones que atravesaban sus espinazos recios a su paso, estirando hacia el naciente filosas crestas de saurios. Imaginaba esa planicie desplegada hasta el límite azul del río pedregoso, alfombrando el lomo achatado de la meseta con su pastura rubia. Pero primero había que sortear con ánimo sereno, las trampas que le tendía el sinuoso camino.

Recién para el mediodía dejó atrás las estribaciones y comenzó un trote liviano por la vasta llanura, guarnecida aquí y allá por fortalezas de roca volcánica, que contrastaban su negra mole, contra el dorado fondo del coironal dormido. El aire traía lejanos rumores

de montañas altas y nieves eternas, que esperaban la pupila cansada del trashumante para asombrarla con su maravilla. Manchones de montes se aferraban a las pendientes rocosas, como pequeños líquenes azulados por tanta lejanía. Y en medio de esa quietud sobrecogedora, la figura del puesto mostraba al día moribundo su rústico encanto.

Los ovejeros salieron a su encuentro con ladridos que mezclaban alegría y recelo, hasta que Ramón Martínez apareció en la puerta del rancho para llamarlos a sosiego. Evidenciando el cansancio por la larga travesía, Emiliano se apeó y llevando al caballo de las riendas, fue al encuentro del puestero. Por distintas razones, no había amistad entre ellos. Tal vez por ser tan diferentes. O, como les decía la vieja paisana... "de puros celosos que son, nomás!".

Pero en esa despiadada soledad, los dos hombres entremezclaron sus tribulaciones en un apretado abrazo. El primero en reaccionar fue Ramón, que a modo de saludo inquirió...

-Que sorpresa! Qué anda haciendo por acá, don Emiliano?

-Vengo por un encargo de la abuela María –respondió el viajero, como no queriendo dar más detalles, para agregar luego...

-La pucha que se vino lejos... no es fácil venir a visitarlo!

Pasaron a la angosta cocina. Sobre la mesa quedaban restos de la cena tempranera del puestero, interrumpida por esa visita inesperada. Después de invitarlo a sentarse, dijo...

-Ahora le caliento unas "tumbas"* de capón que quedan en la olla... debe venir con hambre!

Con la pobre luz del candil deformando sus figuras en sombras grotescas contra el desperezo revoque de las paredes, hablaron largamente. Ramón Martínez pudo sacar a puro recuerdo, las palabras amontonadas en su memoria, aletargadas por el peso de la ausencia. Había encontrado con quién conversar después de tanto silencio!

-Cómo está mi abuela? –se animó a preguntar luego de muchos rodeos-

-Guapa como siempre, esperando tu regreso. Siempre se acuerda... que sos medio ingrato, que no la vas a visitar, sabe decir...

-Ella tampoco se llega por aquí... una sola vez vino desde que estoy en el puesto! Y no sé si fue por verme o para conocer el lugar y orientarlo a usted, don Emiliano!

-Cuándo vino? -preguntó el recién llegado como sorprendido-

-Bueno... cómo decirlo... ella vino... hecha un águila que voló sobre el puesto y los corrales y desapareció detrás de esas lomadas– le contestó señalando con la punta del mentón los lejanos promontorios que imaginaba iluminados por la luna-

En la pequeña pieza contigua a la cocina, armaron cama con cueros de ovejas. No importa qué época del año sea, siempre son frías las noches de la cordillera. Por unos instantes se quedaron callados, hasta que la voz de Ramón, como salida de esa minúscula pupila roja prendida de la punta de su cigarro, preguntara...

-A qué vino al puesto de Márquez, Emiliano?

Emiliano Villaverde se tomó algún tiempo en contestar. Parecía elegir las palabras adecuadas para responder a la pregunta del puestero. Pausadamente dijo...

-Vengo a buscar a mi espíritu guardián... vengo a ver si puedo con el puma que está matando animales... ese es el encargo que me hizo tu abuela, para ver si de una buena vez, termino de ser lo que ella quiere que sea.

Ramón esperó en vano que el viajero continuara hablando. Hasta que unos suaves ronquidos fueron la señal inequívoca que el cansado jinete se había dormido.

Con las primeras luces, ensillaron los caballos y partieron. Iban callados, sintiendo en la cara el sople helado del viento, que movía con diminutos temblores al pajonal dormido. Los ovejeros marchaba animosos, deteniéndose de vez en cuando a oliscar viejas marcas de orines que amojonaban sus invisibles territorios. Atravesaron la llanura cercada por serranías. Inmóvil un guanaco vigilaba desde la altura esa presencia extraña. Cuando los perros comenzaron a ladrar, lanzó un relincho de alerta y galopó hasta reunirse con la manada que pastaba segura al fondo de la vega y desaparecer detrás de las lomadas.

De a poco el andar se hizo más lento. La estirada planicie dio paso a terrenos menos accesibles con sendas que no permitían el sobrepaso. En fila india recorrieron ese tramo, hasta que un barranco profundo les cerró el camino. Dejaron los caballos y descendieron dificultosamente. Una pared vertical con cuevas estrechas levantaba su bastión infranqueable.

-Vamos a tener que buscarle por el costado –recomendó Ramón mientras observaba el alto murallón haciéndose visera con la mano-

-No se... no creo que se pueda -reflexionó Emiliano con un dejo de pesimismo-

-En estas cuevas tiene seguro el león su guarida .

-Cómo sabés?

-Porque le anduve "cortando el rastro"* al trapial* y me trajo hasta aquí-

Dando un rodeo, Emiliano Villaverde pudo, con cierto trabajo, trepar hasta la cima. Desde esa superficie plana, tirado boca abajo al borde de la cornisa, intentó llegar hasta la primera de las aberturas que horadaban ese muro de lava moldeado por los siglos. Con esfuerzo logró penetrar en ese agujero angosto que apenas le permitía moverse. Un olor fuerte, como a carne podrida y saturada de orines, lo dejó sin aliento. Se arrastró por ese pasadizo opresivo sintiendo el oleaje de la sangre hincharle las sienas. A medida que avanzaba, vio con alivio que el túnel se ensanchaba, hasta convertirse en una galería donde pudo incorporarse. Cuando se acostumbró a la oscuridad, comprobó que la caverna tenía otros corredores por donde la luz del día iluminaba delatando la existencia de otras oquedades. Al fondo, sobre un pequeño alero formado por la propia piedra, los ojos del puma eran dos soles misteriosos que él miraba deslumbrado.

Por algún meandro de ese ominoso laberinto, la voz de Ramón llegaba llamándolo...

LA ULTIMA BATALLA

Después de la partida de Emiliano, María Reumay había envejecido. Parecía achicarse devorada por las llamas de su propia hoguera, transmutando su forma humana en esa apariencia de gallinazo carroñero, que encorvado, caminaba sin regreso hacia una extraña metempsicosis*. Se había soñado desandando sus rastros terrenales, regresada a cada uno de los sitios donde el legado de los antiguos la llevara para ser la mensajera de los padres azules.

Hoy ha visitado por última vez la tumba de Nicolás Millaqueo. Y a medida que escuchaba de la boca del muerto repetidas historias, las flacas piernas se contraían hasta tomar las formas de las garras costrosas de un águila. Lentamente, como una sombra líquida, el plumaje oscuro la cubrió entera, dejando sólo espacio para las pupilas vivaces y el pico recio. Permaneció inmóvil algún tiempo, hasta que batiendo las alas, voló libre por el cielo cordillerano.

Desde lo alto, la vieja casa, esqueleto de barco hundido, parecía zarpar de su larga penitencia rumbo a su naufragio definitivo. Entre la bruma que soltaba la cascada después de moler contra las piedras sus cristales de hielo, el Arroyo del Coipo se llevaba aguas abajo los últimos fantasmas de Piedras Blancas.

Ahora el ave navega las corrientes heladas de las alturas, sostenida a la luminosa bóveda por invisibles ataduras. Surcará la inmensidad en un planeo sin esfuerzo hasta depositar su flechazo de viento y plumas en las nudosas ramas del árbol sagrado. Allí esperará a su espíritu guardián para ir juntos en busca de la piedra aguilera donde armarán su nido.

Pero antes de aparearse, la vieja paisana marchará en soledad hasta el sitio sagrado y esperará que la muerte le toque el hombro con su mano huesuda. Verá llegar a su compañero y sentirá su pico despielarla, comenzando por los ojos, para que la luz traspase su cráneo y salga por el anillo de plata de la coronilla, apagando todo resto de vida pasada en esa osamenta sin memoria; seguirá por su boca, para que sólo pueda pronunciar palabras de sabiduría y terminará por los oídos, para que sólo pueda escuchar la voz de los chamanes muertos. Aún sin su carne, sabrá cuándo el espíritu guardián comenzará con la tarea de llevar uno a uno sus huesos hasta el árbol sagrado. Ese será su final. Tal vez, con la llegada de los nuevos tiempos, María Reumay, convertida en águila, regrese a esos desconocidos parajes para ser el espíritu guardián de los chamanes venideros.

Pero ahora debe volver a cada lugar visitado en vida a "borrar" sus rastros. A despedirse de los seres que ha conocido y viajar a los sueños de su discípulo, el chamán blanco.

Guiada por el misterioso instinto que orienta a las aves, salvará en un solo vuelo las tres jornadas de marcha que separan a Pampa del Pedrero de Piedras Blancas, para barrer "con un viento de alas" el rastro maligno de "la piedra que camina" y liberar de su atadura al enterrado sueño de Nicolás Millaqueo.

Después, la Bajada del Chunchu la verá rastrear los sitios por donde pasó el caballo cargado con la finada mujer de Ruperto Martínez, para apagar de una vez y para siempre, la luz mala que alumbra por las noches el ciego deambular de su alma en pena.

Luego el destino de su vuelo estará en la hondonada, que en la alta montaña, ampara del hombre y de los bichos, el desbarrancado sueño del padre de Ramón, desriscado en una nevazón mientras le seguía el rastro a unos cuatreros chilenos.

Desde el aire, Las Taguas se mostraba sitiada por ejércitos de montes compactos, que dejaban ver entre sombras, la abigarrada textura de su piel volcánica, erosionada por soles y vientos de siglos. Todavía le quedaba por delante ese escabroso paisaje, que estira hasta las cumbres su inhollado horizonte.

Un planeo bajo, la llevó hasta posar su estilizada forma sobre la cruz de madera.

Inmóvil, el águila esperó que un pequeño reptil asomara su cabeza, saliendo de la tierra suelta que tapaba la tumba. El lagarto se arrastró un trecho y luego se detuvo, como presintiendo el peligro. Un salto breve, sorpresivo, le permitió al ave asir con sus garras a la desprevenida alma del difunto y partir con ella hacia los altos laberintos que la esperan, más allá de la muerte.

En el alto cielo, el águila agitaba sus alas sin avanzar, como atrapada por el líquido estanque del aire. De pronto, liberada de esa trampa invisible, se lanzó en picada hasta casi chocar contra la dura esfera de la tierra, que se agigantaba velozmente yendo a su encuentro. Un golpe de timón la elevó de nuevo hasta encontrarse con su compañera que regresaba de un largo viaje, y juntas volaron hasta la piedra aguileña donde armarán nido la próxima primavera.

Ella sabe que su vida está unida a la de su compañero. Que juntos surcarán los cielos limpios y delimitarán sus dominios, desde donde la llanura remeda en el coironal la naturaleza del puma, hasta donde el rastro geológico de los glaciares dormidos, marcaron en la piedra su tatuaje de frío.

Sólo abandonará al macho, cuándo deba proteger al chamán blanco y viaje a sus sueños para indicarle el camino. Sólo entonces...

EL AMULETO

Emiliano Villaverde despertó sobresaltado. Algo, venido de la oscuridad impenetrable pugnaba por entrar, asomado a ese cuadrado ojo de buey desde donde se podía imaginar el oleaje siniestro de la noche. Era un aleteo, un rayo lejano que pestañaba su dorada vislumbre, calcando en el vidrio la figura de un águila en vuelo.

Sentado en el jergón* de cueros, miraba al ave picotear y arañar la ventana, impasible ante esa barrera infranqueable. Cuando la quietud se adueñó nuevamente del puesto, se incorporó sin hacer ruido, para no despertar a Ramón que a una brazada,* dormía el hondo sueño del peón de campo. Se vistió y a tientas buscó el verijero* que siempre dormía escondido entre los pliegues de la manta que le servía de almohada. Cuando abrió la puerta, un aire oscuro le llenó los ojos de sombras. Poco a poco, como si mínimas luciérnagas untaran luz en el contorno de las cosas, pudo "ver" por donde caminaba. Los caballos dormitaban dando grupas al rumbo desde donde el viento de la cordillera, acama al coironal andino, justo en el límite donde termina el largo travesaño del palenque y comienzan los corrales. Un resplandor cobrizo , una resolana luminosa envolvía la masa informe de los animales apretujados, en esa resignada actitud, propia de su mansedumbre. Aislados balidos lanzaron su alerta desde ese confuso conjunto, apenas percibieron la extraña presencia.

Con todos los músculos tensos, la respiración agitada por un miedo desconocido, anhelaba la llegada de algún indicio que confirmara la peligrosa aparición del puma, en esa espera ominosa que deseaba con fervor que acabara, al unísono con un recelo torturante que pretendía extender indefinidamente. En cuclillas, apoyado en los alambres del corral, esperó pacientemente. A veces el viento despreocupado parecía traer en el rumor nocturno de la montaña, los secretos sonidos de sus ocultos habitantes. Por largos momentos, una calma dolorosa, aquietaba los latidos de la vida, como si todo fuera parte de ese silencio rotundo. Desparramados en el pequeño guardapatio, los perros dormían echados al reparo de las paredes del rancho. Nada parecía perturbar el liviano sueño de los ovejeros. Era como si los pasos del chamán blanco no alcanzaran a tocar el suelo, en esa sigilosa marcha del cazador yendo al definitivo encuentro con el puma.

Pero en esa vigilia, ajena a todas las bestias que el hombre domestica, un recóndito miedo le ponía la sangre en guardia. Un súbito presentimiento venido desde la memoria del instinto, anunciaba la inminencia de ese alumbramiento proceloso. Y comprendió que ya no había regreso ni claudicación posible. Que ese temblor en el aire estancado, despertaba al remoto lobo que aulla todavía en los perros, que agachaba con un pavor antiguo las orejas de los yeguarizos y desorbitaba el terror dormido en los ojos de las ovejas.

Como obedeciendo un mandato irresistible, su mano buscó el cuchillo. Ahí estaba, entre la cintura y el bajo vientre, ocultando a la noche el hiriente brillo de su acero.

Y como salidos de la nada, los ojos del felino surgieron amenazantes, desde la niebla espesa que escondía en su negrura, esa masa poderosa de músculos tensados y al acecho. Por un instante sus miradas se encontraron en la calma precaria, que presagiaba la inminente tormenta. Entonces el chamán blanco comprendió lo que María Reumay le quiso decir con..."cuando puedas ver con los ojos del puma"!

Lentamente, sin dejar de mirar esas pupilas de fuego, se fue quitando el poncho y lo arrolló en su mano zurda; en la diestra, el verijero probaba su punta contra el cuero de la noche cerrada, esperando el salto del león agazapado. Mirando sólo esas pupilas encendidas, pudo "ver" la boca abierta del gran gato con sus colmillos desenvainados y las uñas corvas y agudas que escondían sus ágiles garras. El golpear de la cola contra el pisoteado suelo fue último aviso antes del salto. Apenas tuvo tiempo de adelantar la mano izquierda para protegerse del ataque, para sentir cómo la hoja del cuchillo chocaba contra el pecho del puma. Rodaron entre rugidos sordos por la tierra suelta saturada de estiércol, hasta que de nuevo el silencio regresó de entre las sombras.

Cuando Ramón salió del rancho ante el alboroto de los animales, una enorme piel de puma colgaba de los hilos del alambre. Un poco más lejos, cerca de los corrales, el cuerpo descuerado del león yacía de costado con los ojos abiertos, mostrando el despellejado hocico armado con afilados puñales carniceros. A una de sus manos le faltaba la uña mayor, que el chamán blanco le había sacado para tener su amuleto de poder.

-Bueno, por fin le llegó la hora al trapial -exclamó con alegría Ramón para luego continuar... – Demasiado daño había causado el maldito!

Emiliano parecía no escucharlo mientras limpiaba en una mata la daga ensangrentada. Sin pronunciar palabra se encaminó al rancho, como si un cansancio viejo le encorvara la espalda con su pesada carga.

Cuando volvió de enterrar al puma sacrificado, el peón lo encontró dormido, tirado entre los jergones.

Despertó al sentir ladrar a los perros del puestero, que desensillaba y soltaba el caballo, luego de una larga jornada, recorriendo despobladas extensiones. Trataba de recordar cada imagen de ese intrincado sueño, desde donde una decrepita María Reumay, le hablaba con las últimas briznas de esa hechura carcomida por el tiempo. Por las cuencas de sus ojos hueros, desplumados pichones de águila pugnaban por abandonar el nido hecho en el centro de su cerebro, alimentándose con la resina fósil de los sesos. De esa boca sin dientes ni lengua, salía la voz cavernosa, como venida de ese vientre estéril de toda existencia. Apenas podía reconocer a la chamana en esas miserables sobras, salvadas por algún designio inexplicable. A medida que la escuchaba, veía cómo esa máscara espectral se desmoronaba en lentos estertores, hasta sólo ser un pequeño puñado de cenizas devueltas a la tierra. Pero la voz parecía no necesitar de esos huesos transidos para llegar hasta el chamán blanco con su póstumo mensaje. Desde ese largo sueño, la vieja paisana le había dicho...

"Vengo a despedirme. Hacerte chamán fue mi última batalla en este mundo. He partido para existir al lado de los chamanes muertos. Ya no podrás verme como me conociste. Recibirás alguna señal cuando te visite en los sueños. Sólo en sueños escucharás mi voz. De todo lo demás se encargará tu espíritu guardian; él acudirá en tu ayuda. Para convocarlo, debes usar tu canción sagrada. Con sólo pensarla, el espíritu guardian vendrá a tu encuentro cada vez que lo necesites. Tu amuleto no debe abandonarte nunca!. Donde vayas, deberá acompañarte y nadie puede verlo y menos tocarlo!. He borrado todos mis rastros sobre la tierra que pisas. Sólo he dejado la vieja casa que vos destruirás prendiéndole fuego. Que nada quede que recuerde mi nombre. Debes deshacerte de todo lo demás. Lo primordial lo llevarás puesto. Que todos crean que mi desaparición se debió al incendio y que todo lo que había de mí lo devoró el fuego. Una

catán currá te estará esperando por el camino. Esa piedra sagrada para "soplar daños," la encontrarás porque el águila la puso en el sitio por donde deberás pasar cuando regreses a Piedras Blancas. Tendrás que construir tu propia morada en algún sitio alejado del mundo de los hombres. Desde donde decidas vivir, irás en ayuda de todo hermano que te necesite, sea blanco, mestizo o indio, sin aceptar pago alguno por tu trabajo. Recuerda que el conocimiento que has recibido, sólo lo usarás para hacer el bien y que deberás dar cuenta de cuánto hagas a los padres azules, cuando te enfrentes al laberinto de los muertos".*

"Antes tu lucha era contra vos mismo. Ahora tus enemigos serán otros, más poderosos, pero vos también sos otro y tienes tu propio poder y el de tus protectores. No vuelvas a tu mundo anterior; no pierdas lo que con tanto sacrificio has conseguido. Debes renunciar definitivamente a tu pasado!. Pronto se desatará una guerra entre los habitantes de esas grandes poblaciones y nadie podrá escapar de sus asesinos. Entre el desierto y la cordillera estará tu residencia, y la de los que te sigan. Hasta que un lejano día, cansada que maten sus animales y mutilen sus árboles, envenenen el aire y contaminen sus ríos, la madre tierra se arranque sus propias entrañas y vomite el gran cataclismo. Entonces los volcanes expulsarán negras cenizas oscurecerán los anchos cielos por años, y sin el calor del sol, todo signo de vida perecerá. Sólo se salvarán de esa tragedia, los huesos de los chamanes muertos. Y de ellos nacerá un nuevo hombre, para iniciar otra vez el camino"...

EL DUEÑO DEL FUEGO

Todo le resultaba diferente. Hasta su propia sombra viajaba golpeando contra las piedras del camino su charco de niebla, caída del caballo como un colgajo oscuro. Empujado por ese viento terco del oeste, desandaba el camino tapado a trechos por la ríspida costra de la escoria volcánica, deteniéndose de cuando en cuando para girar la cabeza y mirar cómo la figura del puesto, parecía hundirse en el légamo umbroso de las montañas lejanas.

Atrás quedaba Ramón Martínez con la soledad empozada en su mirada mansa, resignado inmigrante en ese territorio de olvido, despiadado y hermoso. Se había despedido del criado de María Reumay con la íntima certeza que nunca más volverían a encontrarse.

Sentía que todo ese tiempo compartido con el puestero, pertenecía a su pasado, que formaba parte de esa historia que su maestra le había ordenado olvidar, para hacerle sitio al chamán blanco y los diseños que los chamanes muertos grabaron en su memoria legándole la propiedad del fuego. Ese remoto privilegio que viene desde los comienzos de la vida, cuando entre los primeros habitantes del planeta, uno, el más despierto, se hizo dueño de su poder. Desde entonces, esa llama prodigiosa pasa de mano en mano entre los elegidos, sobreviviendo clandestina, subterránea y eterna, entre la soberbia que emborracha de egoísmo, la mediocre y decadente existencia del hombre. Pero ahora su destino lo lleva rumbo a ese mar distante, que imagina contenido por el frágil festón de espuma blanca, reflejando en su esmeralda, el libre vuelo de las aves marineras. Ese mar que sólo conoce por haberlo visto en los ojos tempestuosos de la machi y que algún día tocará descalzo en la playa pedregosa. Ese mar que marca el comienzo del desierto inconquistable, que extiende su maternidad de páramo hasta donde el lomo desenterrado de la cordillera, lo acorralla con las garras del frío.

Anduvo un tiempo llevado por el paso lerd del tobiano,* sobre esa llanura que inunda como una marea rubia las vegas dormidas. Lacio silencio donde anidan los caiques,* salpicando de blanco y negro el sexo potente del verano.

Luego el río cordillerano, acompañando el dibujo caprichoso del alambre, que marca con su trazo celeste, el principio o el final del campo de los Galarraga. Hombre y caballo bebieron del mismo cauce. Cuando el agua del remanso aquietó los círculos que surgían de su centro, el rostro de Emiliano Villaverde comenzó a deformarse, hasta que la recia cabeza de un puma pareció emerger desde ese espejo turbulento.

Agachado, casi podía tocar esa imagen soberbia. Las orejas romas, el morro poblado de gruesos bigotes, donde se adivinaba la existencia de su dentadura predatoria; la cabeza redonda y robusta, perforada por el fulgor de esas pupilas dominantes. Por un instante, hasta creyó respirar el olor del felino, entremezclado con el aroma silvestre del torrente. No había violencia en esa criatura que más que mirar, parecía ofrecer sus ojos para que el chamán blanco pudiera ver por ellos, desconocidas dimensiones. Así permaneció,

hasta que una fuerza oculta, surgida del caudal impetuoso, se la llevó río abajo entre espuma y remolinos.

Sobre el testuz lustroso de la cabalgadura, apretadas serranías ponían a secar sobre la tarde sus ponchos de alfarerías, amontonando sombras en las ondulaciones de los valles. Por esas estribaciones viboreaba la senda, antigua cicatriz marcada a golpe de pezuña. Así era el camino, abismando la soledad del viajero desde la altísima comarca de los cóndores, en esa geografía desde donde la montaña revela sus senderos de hormigas.

El conoce esos parajes por haberlos visto con ojos antiguos. Son los mismos que el caballo reconoce en el instinto y desanda a rienda corta, reclamado por olores de sitios que esperan detrás de esos escarpados rincones. Sólo que todo lo que ve parece viejo, desleído, vuelto a desgano por difusos recuerdos y que ahora desfilan a cada lado del camino, desterrados para siempre apenas abandonan sus ojos de puma. Los cascotes del tobiano sacando chispas en el pedernal de los riscales, era apenas un rumor que le llegaba desde ese silencio deslumbrante.

Despacio, como si al andar fuera marcando el pulso de su propio reloj de arena, las imágenes del paisaje se fueron opacando, esfumadas por misteriosas reverberancias, en una transparencia agujoneada por brillos tornasoles. En algún momento comprendió que no veía. Que una desmedida claridad destruía todo vestigio de formas y colores. Se imaginaba con los ojos abiertos, sin pupilas, azotados por un salitre quemante exudado desde los delgados huesos de su calavera, en ese éxodo definitivo que lo llevaba hasta la vieja casa que los Reumay levantarán en la costa del arroyo que llaman del coipo.

Ciego de luz, poseído por esa visión incomprensible, se veía arrastrado hacia esa puerta que esperaba al final del túnel, para develarle en un pestañeo, el origen de aquellos sortilegios. Y fue un destello, un breve refucilo alumbrando la escena donde la vieja casa de la chamana, reflejaba su precaria marinería en las aguas dulces del arroyo. Un pequeño humo izando su blanca bandera en la tarde quieta. Luego el fuego.

El incendio parecía nacer de la quilla* y alzar sus ropas en llamas hasta las cuadernas* de estribor,* alumbrado por el chisporroteo incesante del ciprés malherido. La crecida ígnea asolaba las sólidas paredes con su hambruna crepidante, alcanzando con lengüetazos ardientes las tejuelas del techo. En pocos minutos la casa ardía entera.

De a ratos, algún madero desprendido del esqueleto ennegrecido, golpeaba sus muñones oscuros contra el suelo caldeado, echando a volar tiznadas mariposas. Hasta que sólo una humareda lánguida, como después de una batalla, elevaba su agrio saherio desde esa tierra arrasada.

Otra vez en los ojos del chamán blanco apareció esa luz enceguedora.

Otra vez el camino tortuoso, flagelante, devolviéndolo transformado a los antiguos dominios de María Reumay, su entrañable maestra. (*)

(*) La edición original de *Con los ojos del puma* de Hugo Covaro se terminó de imprimir en diciembre del 2000 en los talleres de la Editorial Universita de la Plata, República Argentina. I.S.B.N: 487-9160-49-5

VOCABULARIO DE TERMINOS POCO USADOS O CONOCIDOS

Aguila mora: (*Geranoaetus melanoleucus*) Es el ave rapaz de mayor tamaño en la región y se la puede encontrar hasta los 3 mil metros de altitud. Anida en árboles o formaciones rocosas y pone de 2 a 3 huevos blancos con manchas marrones.

Alazán: Dícese del caballo de color parecido al de la canela.

Algarrobillo: (*Prosopis denudata*) Arbusto con ramas cortas, duras y grises. Espinas punzantes, de raíz leñosa, profunda y gruesa, mide entre 1 y 2 metros. Sus frutos son vainas comestibles de olor y sabor agradable. Buena leña.

Astrosa: Desarrapado, roto o sucio.

Awines: Vientas que se dan de a caballo en torno al altar en las rogativas, en sentido contrario a las agujas del reloj.

Bandurria: (*Theristicus caudatus*, cicónida) Ave zancuda, muy difundida en los valles andinos del sur. Se alimenta de insectos y gusanos, por lo que el poblador la considera amiga. Emite un graznido destemplado que retumba sonoramente. Su porte es el de una garza mora o algo mayor.

Barbijo: Tiene varios significados. En este caso, dícese de el hilo, cinta o correa que sujeta el sombrero en climas ventosos como el patagónico.

Barda: Altura que bordean los valles desde la precordillera hacia el mar.

Brazada: Medida antigua que equivale a aproximadamente a 1 metro con 80 centímetros.
Cachuhucú: Palabra compuesta por cachu=hierba, pasto y huecú=diablo, demonio. Voz mapuche que significa yerba del diablo.

Caiquén, Cauquén o Avutarda: (*Chloephaga picta*) Se la encuentra desde Neuquén hasta la Tierra del Fuego, en vegas o valles fértiles. El macho tiene la cabeza, cuello y partes inferiores blancas, mientras que el resto es blanco con pintas negras. La hembra es de un tono herrumbroso, con anchas barras negras. En el otoño migran hasta la pampa húmeda. Nidifican entre septiembre y noviembre, poniendo de 5 a 6 huevos de color blanco crema.

Camaruco: Ceremonia religiosa del pueblo mapuche.

Campear: Salir al campo en busca de personas o animales.

Cantonera: Tabla exterior, imperfecta, sacada del rollizo.

Catán currá: Voz mapuche. Catán=agujero, currá o curá=piedra. Sig. Piedra agujereada. Instrumento que la Machi usa para "soplar el daño" del enfermo.

Cebado: Nombre que recibe el puma, que se acostumbra a matar en las majadas.

Cetrera: (cetrería) Arte de criar aves de caza. Caza con águilas y halcones.

Ciprés: (*Austrocedrus chilensis*) Planta conífera de madera incorruptible.

Coipo: (*Myocastor coypus*) Roedor acuático de piel estimada, mal llamado nutria por algunos autores. En la Patagonia se lo encuentra en la región oeste de las provincias de Chubut y Santa Cruz.

Coirón: (*Poa* sp) Tipo de pajonal muy difundido por la región patagónica, que sorve de alimento al ganado.

Colihue: (*Chusquea culeou*) Caña perenne, flexible, de hojas lineales y largos tallos leñosos y macizos, usados en mueblería. Tiene la particularidad de florecer una sola vez, para luego secarse y morir.

Cortar el rastro: Técnica del rastreador que consiste en "cortar" a los costados, sobre el rumbo de los rastros encontrados.

Corraleras: (*T. Rumicivorus*) Pertenece al grupo de las agachonas, de unos 20 centímetros, y se la suele encontrar en vegas, estepas y lugares lacustres de la Patagonia.

Crisálida: Estado larval de los insectos.

Cuaderna: Pieza curva que encaja en la quilla de la embarcación, formando como costilla del casco.

Cucarda: Escarapela. Pieza de adorno en la cabeza de los animales de exposición.

Cultrún: Instrumento sagrado de percusión del pueblo mapuche, usado en las rogativas. Consiste en un plato hondo de madera, cubierto por un parche de cuero.

Cumtre: (*Zaedyus pichi*) Voz mapuche. Significa piche, armadillo, mulita.

Chamán: Sacerdote, adivino, curandero. Personaje místico dotado de poderes superiores. Su sabiduría tiene origen en las tribus siberianas uralo-altaicas.

Chapel: (*Escallonia virgata*) Arbusto leñoso de los mallines andinos, de madera apreciada.

Charqui o charque: Voz quechua. Tasajo. Carne salada y secada al sol.

Chata: Modo de nombrar a cualquier tipo de camioneta en el campo patagónico.

Choroi: (*Cyanoliseus patagonus*) Voz Mapuche. Loro cordillerano de vistosos colores.

Chuncho: (*Glalucidium nanum*) Especie de caburé grande, de lomo pardo acanelado y pecho blanco con motas ocres. De hábito solitario, habita los bosques y montes patagónicos, migrando hacia el norte en otoño. Anida en huecos de los árboles y barrancas, y pone de 4 a 5 huevos de color blanco.

Diuca: (*Diuca diuca*) Hermosa ave canora de los bosques cordilleranos. Es gris con el pecho blanco.

Elchén: Uno de los nombres de Dios, entre los mapuches.

Estribor: Costado derecho de la nave mirando desde popa.

Guagua: Voz quechua. Niño de pecho.

Hachuela: Hacha pequeña, de cabo corto.

Huso: Instrumento para hilar, torciendo la hebra y devanando en él lo hilado.

Ijares: Cavidad situada simétricamente entre las costillas falsas y las caderas.

Jeme: Distancia existente entre la extremidad del dedo pulgar y el índice, separando uno de otro todo lo posible.

Jergón: Colchón campesino hecho con cueros de ovejas.

Lenga: (*Nothofagus pumilio*) Arbol de los bosques cordilleranos de madera noble muy usada en carpintería.

León o lión: (*Puma concolor*) Puma, león americano, llamado "león o lión" por el paisano patagónico. Se lo caza generalmente en invierno pues es más fácil encontrar sus huellas en la nieve; en terreno llano es más vulnerable que en sitios quebrados. Para evitar al hombre, sabe remontar ríos o arroyos "escondiendo el rastro". Es tímido y sólo ataca si se ve acorralado o cuando tiene cría. La hembra sabe parir entre 2 y 4 cachorros.

Lesera: Americanismo que significa tontería, necedad, torpeza, estupidez, calidad de lesa. Se dice también lesura.

Machi: Pitonisa, curandera, oficiante principal en las rogativas del pueblo mapuche.

Machitún: Rito curativo que realiza la machi.

Malaespina: (*Trevoa patagónica*) Arbusto patagónico, de hasta 2 metros de altura, flores blancas, hojas pequeñas, con ramas llenas de espinas, que el lugareño emplea como leña.

Mallín: Terreno llano y húmedo con buena pastura que suele anegarse temporariamente.

Mataguanaco: (*Anarthrophyllum rigidum*) Arbusto patagónico de corteza rojiza, que recuerda el pelaje del guanaco.

Menuco: Voz mapuche. Palabra compuesta por minú=adentro y co=agua. Agua subterránea. Pantano peligroso para el hombre y la hacienda. Es creencia que el menuco no tiene fondo.

Metempsicosis: Doctrina religiosa y filosófica de la transmigración de las almas.

Molle: (*Schinus molle*) Arbusto resinoso que da buena leña.

Mutisia: (*Mutisia decurrens*) Hermosa flor anaranjada y lilácea, de los los faldeos andinos.

Nguenechén: Uno de los nombre de Dios, entre los mapuches.

Ñire: (*Nothofagus antarctica*) Arbol cordillerano de porte mediano o bajo, según las regiones.

Padres Azules: En algunas comunidades suelen invocar al Calfú Chao=Padre Azul o a Calfú Ñuque=Madre Azul. Representa la bisexualidad de los dioses en la cosmovisión mapuche.

Piedra que camina: Mito del pueblo mapuche.

Pierneras: Piezas confeccionadas con cuero de chivo, con el pelo para adentro, que usa el hombre de los bosques para protegerse del monte espinudo.

Pilchero: Dícese del caballo auxiliar que sirve para llevar el equipaje (pilchas).

Piño: Pequeño rebaño de ovejas.

Purrunes: Vocablo mapuche. Bailes en las rogativas.

Quilla: Pieza que va de proa a popa, por la parte inferior de una embarcación, y en que se asienta toda su armazón.

Quillango: Manta de pieles cosidas.

Recao: Montura campesina, armada con cueros de ovejas.

Riscales: Pedreros. Peñascos altos y escarpados.

Ruca: Voz mapuche. Sig. Casa.

Taiel: Voz mapuche. Sig. Canto sagrado.

Tagua: (*Fulica atra*). Especie de gallareta de plumaje negro y pico amarillo.

Tapera: Voz guaraní. Ruinas de una población –casa o habitación ruinosa.

Tobiano: Dícese del caballo o yegua que tiene el pelaje de dos colores en grandes manchas.

Trapial: Voz mapuche. Sig. Puma.

Tumbas: Trozos de carne de capón o vacuno que en guiso o puchero, forma parte del menú del hombre de campo.

Uámenk: Chamán entre los tehuelches meridionales.

Uámekshon: Chamana entre los tehuelches meridionales.

Veranada: Campo de pastoreo que por estar ubicado en zonas altas, se utilizan sólo en verano. En invierno los cubre la nieve.

Verijero: Cuchillo de porte mediano que el criollo lleva en la cintura, sostenido por la faja o el cinto, a la altura de la ingle.

Vicios: Vituallas del gaucho. Nombre que en la campaña se le da a lo estrictamente necesario: harina, yerba, tabaco, etc.

Zaino: Animal equino de pelaje castaño oscuro, sin otro color.

SOMBRAS NOMADAS

por la meseta
Por Angel Uranga(*)



Imagen de la estepa patagónica, trasfondo geográfico de la obra de Uranga. Foto de Darío Granato

Angel Uranga es uno de los talentos que merecen brillar más allá de la solitaria llama de la estepa y el viento de la ancestral Patagonia. En esta ficción, se confunde el pasado de las exploraciones hispanas de las tierras del sur y un hecho del mundo presente. Fusión de planos temporales donde destella parte del sentido del encuentro la vida y la muerte y el hombre y la tierra. En Temakel también pueden encontrarse con otra exhalación narrativa de este autor patagónico: Hilario. Una epopeya

(*) Angel URANGA, entre otros trabajos inéditos aún, ha publicado los siguientes textos dentro del género ensayo: "Cinco siglos de Derechos Humanos y Leyendas Negras" (1992); "Fragmentos de un texto inconcluso" Poemas de Omar Terraza (1997); "Desde la diferencia"(1997); "Vencedores y Vencidos" Cronología del movimiento huelguístico de Santa Cruz de 1920-1921 (1998); "Ampliando nuestra memoria" Breve ensayo en el cincuentenario de la publicación de "El Complejo Tehuelche" de Federico Escalada (1999); "Memorial de la Tribu" Reseña histórica de Comodoro Rivadavia y cronología (2001); "El Eco de la Letra" Una genealogía patagónica (2001)

Domicilio: Vázquez 3030 B° Isidro Quiroga (9000) Comodoro Rivadavia, Chubut, República Argentina; o Biblioteca Pública y Popular Comodoro Rivadavia, Av.Yrigoyen 555, TE (0297) 4473024

"Todo lo que nos rodea parece eterno, y el desierto nos hace oír voces misteriosas"
Charles Darwin

Con el motor a pleno, la camioneta modelo treinta y ocho enfrenta la interminable recta que se extiende de sur a norte hacia un confín reverberante donde tierra y cielo se diluyen.

Bajo la seca luz transparente, la pampa aguarda como agazapada al viajero que se atreve a cruzarla a esa hora.

Al calor del sol, en medio de la ruta, una liebre alerta levanta sus largas orejas para captar el ronco sonido del motor lejano que surge de la misma tierra. Luego, en lentos saltos se interna en el monte que crece enmarañado al borde del camino.

Tras largas horas de recorrer la picada polvorienta de la ruta tres, el vehículo ingresa en la huella que lleva a la zona de río Chico.

Atento a los zigzagueantes y hondos huellones –trabajados más por la erosión del viento que por el tráfico- maneja esquivando piedras y matas que el camino pone como bruscas sorpresas al conductor. Así atraviesa cursos secos, encara con marcha firme las pequeñas dunas que el permanente viento del oeste ha depositado; y si bien maneja atento a los impredecibles obstáculos del camino, aunque tal vez un poco rápido, teniendo en cuenta el estado del terreno, pero no tanto para su deseo de llegar a las estancias; no alcanza a esquivar un sólido mogote en medio de la huella.

El fuerte golpe lo sorprende quitándole el volante de las manos. El vehículo salta con violencia del lado del conductor y vuelve a caer en fracciones de segundos en medio de una nube de polvo ocre, se arrastra todavía unos metros para terminar clavándose en la tierra al costado de la huella.

Tras el escándalo de chirridos y golpes de fierros rotos que irrumpiera la serenidad del paisaje, el silencio se impone casi solemne, y lentamente, como un pájaro cansado, vuelve el polvo a posarse en el suelo.

En la tarde quieta, el vehículo resulta una extraña osamenta ferrosa que se cobró el desierto.

Repuesto de la conmoción, el conductor sale gateando por la puerta del lado izquierdo que se encuentra ahora en un nivel más alto.

Ya afuera, el aire cálido de la media tarde le resulta sin embargo más fresco que en la cabina. Aturdido e incrédulo observa con detenimiento los daños: el para golpe ha perdido sus formas curvas y arrugado como papel yace enterrado en el suelo; la rueda delantera derecha está caída debajo de la puerta del conductor, y el farol derecho, ubicado entre el guardabarro y el capó de doble tapa, ha sembrado innumerables fragmentos que lanzan destellos desde las piedras.

Era el final del viaje. Maldice el camino, su suerte, el calor y la idea de salir al campo sin acompañante pese a que le habían sugerido: "cuando salgas por ahí llevá agua y comida y nunca te largués solo".

Antes de abandonar la camioneta saca de los bultos un poncho nuevo aún sin usar; da una última mirada a los fierros destrozados y emprende resignado el retorno buscando la ruta a la espera que alguien lo acerque a Garayalde o al mismo Comodoro.

Volviendo por el camino recorrido, calcula por lo andado en la camioneta que no llegaría a la ruta hasta bien entrada la noche. Esta idea lo desanima pero no tiene otra opción dado que ignora a cuánto está la estancia más cercana, y la posibilidad de perderse siguiendo otras huellas puede resultarle fatal.

Anda bajo un sol polvoriento. Mira el suelo que pisa y se abstrae en los pies que se suceden el uno al otro en una cadencia imparable, irresistible, como si esos extremos que parecen y desaparecen no le pertenecieran; uno y otro, el izquierdo y el derecho, el izquierdo, el derecho; la punta negra y cubierta de polvo del zapato izquierdo que asoma de la manga del pantalón y desaparece, cuando surge de la manga del pantalón la punta negra del zapato derecho cubierta de polvo y desaparece, cuando surge la punta negra del zapato a un ritmo ajeno a su voluntad. Las mangas del pantalón flamean, son retazos de banderas vencidas cubriendo las interminables hileras de soldados prisioneros, rendidos, viniendo hacia él, miran la cámara en las dramáticas imágenes de los noticieros que vio en el cine de Comodoro

Pensándolo bien, lo que a él le pasa no es nada, no debería entonces desesperar.

Aquello, en cambio; tantos sufrimientos que la guerra infligía a gente inocente; ciudades envueltas en llamas, ruinas y desesperación, el ulular de aviones en picada y bajo las hélices pintadas las fauces de un tiburón para infundir más terror aún. Matar gratuitamente, eso es pura maldad, eso hace la guerra, mata y destruye lo que no debe matar ni destruir. La muerte gratuita, el terror gratuito; en cambio él, va protegido por un silencio inhóspito, por una paz horizontal pero sin muertes.

La tarde se encoge en un silencio que interrumpe su respiración sofocada.

De improviso, surgida de la nada, una ráfaga insolente le vuela el sombrero refrescándole la incipiente calvicie. El caminante sólo atina a lanzar una sorprendida queja mientras lo observa rodar por el polvo. Parecía que el sombrero, ahora desprendido de él, corría libre, se diría que alegre, como invitando a seguirlo. Lo sigue, pero con la vista y sólo para saber dónde se

detendrá. Lo ve girar sobre el alero, cubriéndose de polvo, desaparecer y aparecer por las caprichosas sinuosidades de la huella, mimetizándose travieso en el terreno. Por unos instantes lo buscó entre las matas y, al no encontrarlo, sin mayor empeño desistió, desganado, de su búsqueda.

Ahogado de desamparo y polvo la sed le fue llegando. Algo en él se contrae y se pregunta por qué capricho no trajo agua como le habían aconsejado: "cuando salgas al campo llevá agua y que alguien te acompañe. No te largués solo". *Qué cabeza dura que soy.*

La calma agreste lo acompaña. *¿a cuánto estará la ruta?* La tarde alarga su sombra por el camino, *recién hacia la noche, espero que alguien...*

Trata de no pensar en su mala suerte, por eso se entretiene en medir en pasos la dimensión exagerada de la sombra que le precede: uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve diez once doce trece catorce quince, hasta el matorral más alto, se acerca al molle y le quita un breve racimo de frutos redondos y violáceos, se lleva uno a la boca pero rápidamente lo escupe, esperaba un jugo con un cierto sabor dulce y encuentra una pulpa seca llena de semillas. Después, y más allá, serán treinta pasos la distancia entre los pies y la cabeza de su sombra.

Por la huella polvorienta y declinando ya la luz, los pies cansados levantan un polvillo dorado que lo persigue. En el último parpadeo del día los colores iluminan brevemente el ocre dominante del paisaje y enciende los verdes graves y apagados de las matas.

Se ha detenido. Sentado en el suelo desata los cordones de los zapatos para quitar la tierra y sacudir las medias mientras observa el cielo en su gratuita danza de colores; sus ojos se deslumbran ante los majestuosos espacios que poco a poco van apagándose en tonos púrpuras hacia el azulnoche.

Siguiendo en la huella, el caminante se interna en las sombras que vienen a cubrirlo desde el poniente; y es como si ingresara a un familiar y lejano pasado.

Después la noche.

Noche sin luna en el desierto.

Es una sombra envuelta en sombras, y en el poncho.

Una corriente fría le recorre los miembros agotados, mientras del estómago le llega insistente y agria una ausencia.

Palpa en el bolsillo del saco el atado de cigarrillos y extrae uno, busca en el otro bolsillo la caja de fósforos. Se detiene, enciende el cigarrillo haciendo un hueco con las manos para proteger la llama naranja. Aspira el humo aromático que le llena los pulmones y engaña el hambre.

Parado en la noche del desierto escucha los sonidos inéditos del lugar. Bajo la tenue claridad de las estrellas, distingue, al costado de la huella, las espesas siluetas de los matorrales que parecieran embozar innumerables fantasmas.

Prosigue la marcha, pero ahora con paso cansino, atento a los susurros de la oscuridad donde la luciérnaga fugaz del cigarrillo se enciende como un tímido faro para perderse en el pozo de sombras.

Las sombras se hacen eco del tiempo:

Transitamos por tierras tan recias y salvajes, atentos a resonancias traídas en el viento allende lo abierto, ecos que daban pavor. Ecos, o sombras de ecos que emanan de la árida inmensidad sin fin.

Y piedras habían, talladas por la mano de irascibles edades inmemoriales que observan nuestro paso y perseguíanos más allá de la vista haciéndonos sentir culpables pues eran, o parecían, estatuas de dioses terrenales reprochando nuestro viandar intruso.

Es un extraño sentimiento, como si este caminar a través de las horas del silencio lo hubiera vivido, repitiendo un antiguo e interminable peregrinar, un volver al lugar donde alguna vez pasara.

Escucha el silencio lleno de ecos que no son los de las cosas sino del ambiente; un vacío que suena a voces, a ruidos conocidos; un tropel de pasos, de gente conversando. Se detiene, pero solo escucha la respiración entrecortada y el palpitar del corazón contra su pecho.

Parado en la noche del desierto, escucha atento. Teme mirar hacia atrás y, sin embargo, se da vuelta y mira y nada mira porque nada ve; por lo menos no lo que el creería ver. Sólo mira sombras en la oscuridad.

Un lugar de ausencias. Nada.

Debe llegar pronto a la ruta, como si la encrucijada fuese un destino, el término de su odisea.

Apurado retoma el paso tropezando y rezongando en las tinieblas.

Es como que hablasen un idioma conocido de extrañas y arcaicas entonaciones, y hasta tiene la rara sensación de haberlo hablado alguna vez en este insólito y mismo lugar.

¿Serán las ánimas en pena que dice la gente de campo, aquellos que muertos quedaron sin cruces ni rezos?

En la oscura soledad burbujeando voces.

Vuelven

en pequeños grupos regresan *de cinco en cinco y de seys en seys*

Son una suerte de derrotados sin haber librado batalla alguna con fuerza antagónica en ningún lugar del inconmensurable territorio recorrido.

Los primeros que vuelven regresan siguiendo a su jefe, quejoso de enfermo y de años. Hambrientos, *pues que no avía q'comer ny aún hierbas sino raíces* sufriendo la sequedad del vastísimo vacío de la meseta. Y en el atardecer, cuando el sol ilumina oblicuamente la tierra, los hombres y sus sombras, al caminar agotados, arrastrando sus pesados y dolidos pies, levantan un polvillo de oro que resplandece al sol. Y ése, no otro es todo el oro que fueron a buscar; pero ellos no ven lo que dejan sus pasos.

Lentamente, pesándole el sueño, caminará arrastrando con dificultad su propio peso, andará hasta el instante en que sus pies llagados le obliguen detenerse. Busca con las manos el suelo del descanso dejándose caer, y se recuesta en la tierra como en un regazo con un suspiro de alivio. Entonces, a través de la niebla de su cansancio los ve pasar siguiendo su propio rumbo. Pasan casi sobre él, es imposible no verlos. Sombras sólidas, tan reales e intangibles como el humo, el viento, las tinieblas; no podría no verlos. Surgen como materialización del tiempo que los vastos espacios se encargaron de proteger por siglos.

No son más de cinco, quizá seis los que cruzan en harapos; oscuras figuras recostadas contra el ocaso malva. Espectros de otras épocas siguiendo en fila india al primero, tan ciego de vida como los otros. Lanzan cada tanto una maldición o dicen algo entre ellos en un idioma familiar que sin embargo no termina de entender.

Los ve pasar y les grita que esperen, a dónde van. Pero esa suerte de mendicantes nómadas no lo escuchan, siguen, cabizbajos, tropezando el desierto.

Por el desierto austral, una insólita procesión de desarrapados que encabeza el Adelantado.

El Adelantado: este tropel, qué digo, esta manada de enfermos y fracasados que siguen mis pasos buscando quizá el momento propicio, la oportunidad calculada para hacerme finado por haberlos embarcado en esto que hoy resulta un calvario para todos y que hace sólo unos días era el ilusionado y quimérico viaje hacia la ventura. Pero ¿quién podría con este hato de pícaros y malandrines, muchos de ellos optando por la Indias antes que la cárcel; quién con esta chusma podría jamás conquistar un palmo de tierra o fundar algo perpetuo?

Partimos desde el real, los caballeros sin caballos, pedestres todos, y todos llenos de ánimo y de quimeras, y regresamos vencidos, sin que nadie nos presentara batalla, desanimados y aletargados; es cuestión de vernos, que si parecemos una procesión de penitentes. Vencidos, sí, pero por esta tierra de severa y desnuda grandiosidad como una virgen amazona. Y henos aquí volviendo, patandariegos, hambrientos y andagónicos, sin aquella voluntad férrea y bestial que bien conoce Europa.

Volvemos sombras de lo que fuimos. Y volviendo nos sentimos como retenidos por un vago deseo que no alcanzo a comprender ni precisar.

Vuelve enfermo, doliéndome el cuerpo por la cintura, doliéndome por las rodillas, los pies, los dedos de las manos que se me hinchan; y doliente el ánimo que es lo peor, que es lo peor.

Han vagado por planicies áridas.

Vagamos por esta áridas planicies, siendo conducido en parihuela por estos follones. ¿Y cuál ha de ser la suerte de aquel gentilhomme, aquel don Pedro de Mendoza con quien firmamos en Toledo y frente a su cesárea majestad las Capitulaciones? ¿cómo le habrá ido en su adelantazgo?

Allí lo vide, vestido con garbo y severo negro, con la herreruela que le ensanchaba los hombros y le afinaba las piernas rematadas con calzas acuchilladas en negro y amarillo, un verdadero domine de corte imperial, con golillas que le enmarcaban el rostro pálido

de enfermo llevado en parihuela. Sospecho que debido a su fortuna de cuna y de trabajos al servicios del rey ha tenido mejor suerte que nosotros. Decíanme su gente que traerían caballadas para poder conquistar mejor estas Yndias, como lo hiciera Cortés, eso mismo debí fazer, hubiéramos llegado ya al Pacífico y repetir lo de Balboa, pero hube de salir de apuro, que es un decir, pues tras cinco años recorriendo pasillos y salas en esperas palaciegas, soportando a inútiles, a ociosos cortesanos, soberbios afeminados, amigos o parientes de sus majestades. Ya estaba harto de aguardar, harto y furioso de promesas y postergaciones, amén de quedar empeñado de por vida, mientras tanto, otros más rústicos que yo se enriquecían y colmaban de gloria y títulos como esos puerqueros de Pizarros, desvergonzados ladrones del oro de los incas.

Quando lo despertó el sol en los ojos, pudo notar que estaba sobre una huella apenas marcad. Desconoció el camino por el que había andado la tarde anterior. Se levanta dolorido para proseguir el rumbo que la luz de la mañana le marca.

Debe seguir por estos parajes del viento y de la piedra, anhelando llegar a algún cañadón donde pueda encontrar agua. Debe recorrer, ahora casi con desesperación el seco y mudo entorno, donde cada tanto, en el aire transparente de la mañana, el silvo de un pájaro, en una armónica combinación de notas breves y largas, suena como un llamado burlón.

Ha caminado en la noche y agotado se durmió al amparo de las matas, En algún momento cruzó sin darse cuenta la anhelada ruta tres. Ahora sí está seguro de estar perdido, de otra manera *¿hacia dónde puede llevar esta huella cubierta de pastos? ¿a un puesto de veranada? ¿a algún lugar donde se junta leña? –cavila- Y si son campos de veranada son campos de la costa: entonces -razona- el mar no puede estar tan lejos.*

Mientras sigue por la huella apenas dibujada medita y duda:

¿y si me desvié durante la noche y no voy directamente hacia la costa? Pero no, la dirección es ésta, hacia el este.

Duda el náufrago en un océano de tierra seca que más extravía a quien ya está extraviado.

Arriba, el sol marca al mínimo su sombra.

He caminado toda la noche y todo este medio día y la picada no aparece. ¿habré andado como sonámbulo? Pero ¿cuándo entonces crucé la ruta?, porque seguro que la crucé... tampoco veo los postes telegráficos que la bordean, ni un alambrado...

Era caminar por un lugar perdido –como él- en la mudez del paisaje, cerrado, oscuro a todo signo reconocible. Un naufragar en medio del calor, el cansancio, la soledad que lo aplasta, haciéndole arrastrar los pies ahora ampollados, que dejan sobre el polvo milenario sus propias huellas sin aire.

Mira la brevedad de su sombra. *Han de ser las doce, hora del almuerzo, del pan crocante, la mesa, los platos, el sonar cantarino de los cubiertos. Música de la casa. Las doce. En la vidriera de la relojería observa admirado el reloj pulsera suizo con los números y las agujas doradas desatándose nítidas sobre el fondo negro. Le parece un poco caro, pero viéndolo bien, vale la pena.*

En la indigencia total por la que transcurre, el reloj representábasele rodeado de un especial encantamiento, de perfumes nocturnos y noches alegres.

Al pasar me miro de reojo en el espejo del club social que refleja cómo luce la peinada brillante y engominada, en la muñeca asoma el reloj de manecillas y números romanos dorados sobre un fondo negro noche perfumada de agua colonia. Ese que pasa en el espejo fuma rubios con la boquilla roja que compró no se acuerda dónde, tal vez en el almacén de ramos generales de la calle pellegrini; el traje azul oscuro cruzado, los zapatos tan impecablemente lustrosos que parecen de charol y la camisa de cuello almidonado me dan una pinta bacana; le hago una seña sutil con la cabeza a la de pelo castaño y vestido azul floreado y ... salimos a bailar la música que suena irresistible, invitando a, invitando...a...

Vuelven repartidos en pequeños grupos.

De cinco en cinco y de seys en seys de vuelta hacia las naos.

Andariegos adustos y complotados, traen a sus jefes como prisioneros o rehenes. Regresa en grupos confusos, cuidándose y sospechándose el uno del otro, porque con la rebelión ha cundido también la desconfianza mutua.

Rodrigo de Isla, que de jefe de la avanzada expedicionaria pasa a ser el primer y principal rehén de los alzados, le recita la compartida suerte a Juan de Mori:

-Pensar que partimos protegidos de petos, yelmos y rodela, luciendo calzas acuchilladas, polainas de cuero, llevando los arcabuceros delante e luego los ballesteros...

-Y en la retaguardia –agrega Juan- el Comendador con estandartes y blasones de Adelantado, y yo como jefe de su guardia personal, que debió volverse pues tiene mala cara su merced, que ya estoy un poco viejo Juan para estas travesías. Y se lo veía que cojeaba y se quejaba y que al fin debió ser llevado en parihuela.

-Portando lanzar y hondas –sigue Rodrigo- y ansí dimos caza e podimos comer esas sabrosas gallinetas.

-¿Gallinetas?, ¡Perdices, dirás!

-Sí hombre, esas grises y copetudas

-y avestruces como las del Africa.

-Y como os decía; que habiendo salido del real con los corazones henchidos, animosas las ánimas en pos de la Fuente de la Juvencia, en pos de oros y pedrerías, a la búsqueda también de los legendarios gigantes de Magallanes para que nos guíen dónde el refulgente país, en qué lugar la Ciudad Dorada de tantísimos comentarios en las largas noches sobre los puentes de las naos.

-Y de aquel ánimo que como tu dices Rodrigo traíamos al salir ya nada queda, ni la ropa ni el garbo. Es cuestión de ver estas calzas tan coloridas entonces, ahora desgarradas, las camisolas hechas jirones, y quienes llevaban el abrigado tabardo, sólo tienen retazos para cubrirse del frío.

Paso a paso el cansancio lo consume hundiéndolo al camino.

Lo invade insistentes y fuertes imágenes de la guerra. No recuerda bien la película que daban, tal vez era una policial, en cambio tiene presente los rostros cansados y victoriosos de soldados y los otros rostros, aquellos aterrados de mujeres y chicos huyendo del horror.

El sudor es un olor rancio que asciende junto al ardor de ampollas que se formaron en los dedos y en el talón. Su guerra es este suplicio que lo devora, lo fagocita, como el espacio que recorre. No hay otra cosa que importe ahora, sólo el vacío habitándole el estómago.

La lengua recorre los labios secos y cuarteados para recibir de la brisa un breve alivio. Invoca el recuerdo sedante del agua cantarina en los arroyos de Esquel, la alegre música de juegos y mañanas radiantes con los otros pibes. Dale gordo tirate que está linda el agua. El agua de las vacaciones, las risas despreocupadas en las caras felices, el agua transparente como esos días radiantes, como esa vida azul.

Rodrigo de Isla: *Anduvimos a través de ariscos campos que poblamos de seres fantásticos, temerosos de ver en cualquier recodo del terreno dragones y esfinges, mujeres-pájaros, polifemos, lebrele parlantes y brujas lúbricas cotorreando entre las sombras. Y ahora regresamos vacíos de oro y llenos de fatiga, apenas si con nuestros cuerpos famélicos, mas no vencidos, como cuadra a un infante hispano.*

Juan de Arias: *Arrastramos los pies sobre esta tierra frígida, hartos fatigados, dejando tras nuestro un murmullo de polvo seco. Vamos como condenados, el sayo cubriendo nuestras caras, pareciendo lo que somos, una tenebrosa apandilla de rebeldes complotados, y a eso vamos, ha fazer nuestra implacable justicia.*

Treinta días ha que encaramos estos lugares muy relucientes, honorables y soberbios, y ovieron capitanes que iban pa lucirse no se ante quién, llevaban esos sombreros bajos y anchos de terciopelo negro, y guantes y polainas de cuero y la herrehuela que hasta la cintura, como los hijosdalgos que vide en Sevilla, y estoque llevaban como que fueran a concurrir a un baile de palacio, aquí, en medio de esta ausencia, de esta vasta monotonía pardusca donde sólo nos observan los ojos de fieras y alimañas.

Estas latitudes terminarán por vencer nuestro empaque y arrogancia, y henos aquí que volviendo, sombras nómades sobre la meseta, eco de lo que fuimos, es decir un viento. Nada.

Los recuerdos se evaporan, ya no se reconoce en aquel que caminaba alguna vez las calles deseando ropas elegantes, relojes caros, mujeres. ¿Existió ese yo de costumbres urbanas, comidas a horario, cama con sábanas, luz eléctrica, gas para calentar comida, casa; aquel de negocios, vehículos, de radio y cine, vidrieras, bares y amigos, o sólo fue un sueño, un cuento rosa leído en revistas de moda? Pero ahora, dependiendo de sus propias fuerzas comprende que lo único cierto es el dolor espeso y agudo en que se ha

convertido este cuerpo que lo fija a la tierra. Lo cierto y real es esta luz que licua las cosas y lo confunde con ellas hasta hacerlo olvidarse de sí, de lo que alguna vez fue.

Que si salgo de ésta con vida Rodrigo, relataré lo que vivimos –dice Juan de Mori quien suple al Adelantado en la entrada a tierra firme y que ahora es el primer y principal prisionero-rehén de los alzados. Dice:

... ya lejos de las naos, topamos con una tierra desierta y despoblada adonde no hallamos ni hierbas algunas de que pudiéramos aprovechar para comer, que ni leña para quemar ni agua que beber hasta que llegamos a un ryo que yba por entre dos sierras y parecía el agua como la del Guadalquivir y del mismo color y muy rezio y hondo y algo angosto y encontramos gente yndia y muy bestias que no tenían que comer sino unos granos tostados y que eran molidos con unos guijarros e lo comían así en polvo.

Luego preguntamos por señas a la yndias que dónde había población y comenzaron a señalar ryo arriba.

...hicimos balsa con unos sauces mymbres que había en la orilla y pasamos con harto trabajos tardando un día en cruzarlo.

Guiados por la yndias y por el piloto con el astrolabio subimos por unas peñas muy altas dadas a la yra de Dios y pasamos dos días sin hallar agua ninguna.

Bajamos por unas peñas muy agrias y damos en un ryo muy hermoso que yba entre aquellas peñas todo cercado de árboles destos mymbres... y a este ryo lo topamos otras veces, que iba dando vueltas y pescamos sin carnada ninguna y sacábamos muy grandes pescados que parecían salmones los mejores del mundo.

Anduvimos por aquel ryo más de diez o doze días sin hallar cosa ninguna y en este tiempo acabose el pan de las mochilas y la gente y los capitanes comenzaron a no querer ir más adelante, aunque las yndias que llevábamos nos daban señas que más adelante había poblado y señalaban que traían oro en las orejas y en los pechos en mucha cantidad y señalaban andadura de no sabemos si dezían años o meses o días, siempre señalando cinco.

Y los capitanes iban de muy mala gana y amotinan la gente... y habíamos de volver noventa o cien leguas a las naos.

Y yo que les digo que mejor sería seguir el río y ellos no, que no, que ahora se hace lo que nosotros decidamos. Y persistieron con su ruin propósito y ahora nos llevan prisioneros y de mil talante por el hambre y la fatiga, la desconfianza y el temor entre nosotros mesmo.

Arrebujado en el poncho los oye discutir, son como ecos de una presencia tenaz.

el estruendo de bombas cayendo sobre aldeas indefensas

no hace falta matarlo, que no es bueno ensañarse con un viejo

que sí hombre, que por su culpa estamos pasando tantas penurias

rápidas, veloces formaciones de tanques avanzan sobre el desierto dejando tras sí espesas nubes de polvo

os digo que no es de él la culpa ni el mismísimo Dios sabía qué coño era esto, si un desierto seco o un nuevo Perú, si el infierno o un paraíso de Mahoma.

paracaidistas cubriendo el cielo y la pantalla

no interesa, lo mesmo haremos nuestra justicia

vamos hombre, así desafías al mismísimo rey

pues me cago en el Rey y en toda su corte flamenca. No tendremos piedad por nada ni por nadie

aferrado al volante de la camioneta enfrenta la recta larguísima que acaba abruptamente en altos acantilados donde comienza el mar y, más allá, fondeados frente a la isla, dos siluetas de carabelas esperan

La noche protege las sombras instrumentales de la muerte

Patagoniantes sombras cruzan la meseta.

Regresan en pequeños grupos de cinco, de no más de seis las siluetas recortándose contra el ocaso magenta.

Avanzan callados en la dirección calculada y conocida. Sólo una determinación los guía.

Juan Arias: *Sólo una decisión nos guía, vamos por el gobernador a quien ejecutaremos para cobrarnos tantas penalidades, vamos con determinación, vamos para librarnos de toda autoridad impuesta desde arriba, seremos así dueños y señores de nosotros mismos, como decían los comuneros, y entonces saldremos a los mares ha fazer el pirata.*

Sotelo: Arias pretende irse por la mar a robar de toda ropa a castellanos, portugueses, e irse a Levante o a la Francia, pero yo prefiero encontrar a la gente de don Pedro de Mendoza y correr mejor suerte.

Vuelven, rabiosos y vengativos, tan malolientes como famélicos.

Julio Ortiz: Rabiosos y vengativos volvemos, los cabellos ya por los hombros, oliendo a puercos, mesmo que los indios que vimos con sus indias, tres de ellas paridas y como no llevábamos lengua no pudimos entender lo que decían en ese río tan dulce como el Guadalquivir que falta nos hace ahora, y ellas señalando cinco, preguntándonos si nos hallábamos a cinco o a cincuenta jornadas del oro que, decían, pendía de orejas, narices y pechos, pero ahora nos parece que era agorería de indias, que los cinco eran por diez, por los cincuenta que morirían en estas secas y hambrientas distancias.

Juan Arias: Tras nuestros pasos sólo la muerte tomando posesión en algún lugar de esta angustiosa monotonía parda, perdidos en el vacío de olvido han quedado cuerpos cristianos blanqueando sus huesos en pedreros implacables, confundándose con el suelo, depositados en parajes donde sólo las alimañas podrán encontrarlos. Perdimos cincuenta hombres dejando sus fantasías, convertidos en sombras en pena recorriendo sin consuelo el páramo, sombras de nuestros delirios.

Es su tercer día en el desierto y lo atraviesa ya sin pensamientos, aletargado por el cansancio de horizontes monótonos que nunca podrá abarcar ni conocer como se abarca una piedra con la mano, como se conoce la propia mano.

Su cuerpo, agotado y pesado se aplasta a la huella polvorienta, la boca hinchada, sufriendo lacerantes dolores musculares y la sensación de extravío y abandono ante la apabullante presencia del entorno, lo lleva a hundirse anonadado en una confusión de imágenes y sentimientos. Siente que camina dentro de una inmensa placenta de la que no podría evadirse ya que esa atmósfera que lo cubre sin protegerlo, ese sutil e impalpable tejido irá desintegrándolo hasta convertirlo en una emanación más del paisaje, en esos intempestivos remolinos que se forman y se disuelven en el espacio.

En la costa, en el improvisado campamento, refugio, sede, asiento de la gobernación virtual; a la espera de la avanzada que sigue adentrándose en el territorio agreste y a fines del verano, simón de Alcazaba aguarda; no puede saber que los de la entrada ya están regresando amotinados y en rebelión contra él, su persona y sus sueños. Pero Simón no lo sabe, no podría saberlo.

Simón de Alcazaba y Sotomayor, Adelantado, Capitán General y Gobernador de la utópica Provincia de Nueva León, espera en la costa y escribe su relación:

"Y habiendo llegado al paso magallánico que une ambas mar oceanas", ¿qué día sería? Debo fijarme en el libro de bitácora. Busca. Fue hacia los primeros días de este año. Sí aquí está. Embocamos la entrada el 17 de enero del año treinta y cinco de mil y quinientos. Escribe: "Nos azotaron muy fieros vientos de mil demonios". No, no va tal cosa. Tacha "de mil demonios" y escribe: "tan recios como si soplasen desde el mismo Averno" (y sigo con el infierno), que casi convierte las naos en pájaros, y lanzándonos mar dentro debimos volver y reparar ambas naos en un puerto donde hallamos indios que cazaban aves y ciervos y venados, e habiendo comenzado el tiempo rezió, y a nevar y mucho frío estobimos allí unos veynte o veynte y cynco días. Y entonces el capitán de la nao San Pedro y los maestros y capitanes me requieren que salgamos ya de allí y fuéramos a invernar a aquel puerto de lobos..."

La entrada de la tienda se pliega y asoma el rostro del capitán de la San Pedro:

-Dispense gobernador.

-Pasa Rodrigo, pasa y siéntate.

-Escribe don Simón, ¿acaso sobre nuestras penurias?

-Algo de eso, capitán, algo de eso.

-Ya hemos terminado de reparar la San Pedro y he mandado a reponer el batel que ayer encallara.

-¿Sabes si el maestro de Madre de Dios ha hecho coser las velas?, tenían éstas una sarta de rajaduras.

-Juan está en eso. Es extraño porque han estado amarradas y sin desplegar todo este tiempo. Y para mañana, don Simón, habrá que disponer de una partida de hombres que traiga agua y otra que salga a cazar tierra adentro, así variamos de peces y lobos, de mejillones y cangrejos.

-Bien Rodrigo, bien, dispone tú nomás.

Rodrigo Martínez, capitán de la San Pedro se queda observando distraído la mesa con papeles.

-Sí –dice el gobernador interpretando la mirada del otro-, escribo sobre nuestras cosas. – Y tras una pausa agrega; sí, escribo pero me embarga la duda, *escribo porque dudo, no de esta indudable y absorbente realidad de silencios y tiempos eternos, sino de cómo se contará ésta, nuestra experiencia.* Escribo esta crónica, pues si llegáramos a salir airoso –plugiera al cielo y a todos los santos que así sea- quedarán estos hechos por siglos en la memoria y la palabra de los hombres, pero si llegase a fracasar, mejor dicho, si fracasamos, entonces estos trabajos y estos días serán para nadie Rodrigo, para estas gaviotas y cormoranes que revolotean y chillan como marranos que no dejan a uno pensar tranquilo.

-Todo dependerá de cómo le vaya a la avanzada en su entrada –dice el capitán.

-Hay tanto para contar y tanto para callar, que el silencio acaba pesando más que aquello que se dice o se escribe. Pero te repito; si triunfamos, los poetas del porvenir me nombrarán enfáticos en sus metros, la grande historia detallará cada día de mis días, y los venideros tiempos sabrán de mí más que yo mismo, y hasta el mismísimo pontífice me incluirá entre los benefactores de la Santa Fe por haber ingresado a pueblos enteros a la grey del Salvador.

-Y en la noche heladas –se entusiasma el capitán continuando el pensamiento del gobernador-, cuando la gente simple cuente a sus nietos alrededor del fuego aldeano nuestras aventuras, o desventuras, como entretenidas leyendas que escucharán admirados.

-Tal vez la crónica de este soldado no llegue a ser tan atractiva ni entretenida como la de Amadís, o Lanzarote, pero alborotará la imaginación de los que vendrán tras nuestro.

-¿Y si saliéramos airoso de esta empresa, como Cortés?

-Entonces no sería yo quien escribiese nuestra leyenda; contrataría amanuenses desocupados y hambrientos de Salamanca, ocupándolos en dictarles día y noche estos estoicos trabajos de lealtad y valentía. No necesitarían escribir probanzas a otros de menor rango que yo. Blanquearía mis pecados capitán, compraría indulgencias, aunque renieguen esos clérigos renegados de Alemania. *Vestiría como un gentilhomme, como caballero que soy.* Y tendríamos en encomienda una innumerable turba de indios que, según dicen los doctos escolásticos, no son hombres sino bestias. *Dómine sería de estos dominios.*

Y el capitán de la nao San Pedro, quien volviera de la entrada en tierra adentro junto con el adelantado, permanece dubitativo.

¿Si? –pregunta y apura el gobernador que lee la indecisión en el gesto del otro.

-Que unos marineros de la San Pedro riñeron entre ellos y rompieron algunas cosillas...

-No debéis minimizar eso capitán –interrumpe con tono enérgico y gesto severo el comendador-, dadles cincuenta azotes a cada uno para que escarmienten.¡Con lo que cuesta mantener las cosas!

-¿Ejecutamos el castigo en tierra?

-No, ahí mismo en la nao, ante toda la tripulación, de cualquier manera, todos se enterarán del caso.

Juan de Moris: y luego vienen a nuestras tiendas los capitanes Arias y Sotelo y tienen con nosotros fuertes palabras y luego venyeron alferes y cabos de escuadras con toda la gente revuelta con sus arcabuces harmados y ballestas y lanzas y des que nos vieron dijeron que nos diésemos presos y nos obieron muerto si Dios y nuestra Señora no nos guardara.

Prenden a Rodrigo de Isla teniente gobernador y a my, y dan pregones que iban a tomar las naos y a matar a Simón de Alcaçaba y concertaban que nos matarían, y no nos dexaron cosa ninguna ny aún para comer y queríanos dexar ally atados otros queraían desarmar los arcabuces y ballestas en nosotros.Y luego dos capitanes se concertan que el capitán Sotelo fuese adelante con una parte de la gente a las naos y las tomase y matase al dicho gobernador, y el otro capitán, Juan Arias con la otra parte de la gente viniese con nosotros y nos truxese presos.

Julio Ortiz: *Y ahora se me recomienda a mí la misión de acabar con el Adelantado pero sospecho que Sotelo se cagó de miedo. ¿Por qué siempre debe ser uno el que se encarga de estos sucios menesteres?*

¿Y si vuelven? Y si, como dice el contra maestre, se perdieron para siempre en este inmensurable lugar sin tiempo, sin nombre? ¿Y si fueron comidos por los salvajes gigantes?

¿Y si regresan con el fracaso en sus cuerpos, y el odio en sus corazones, en la punta de sus dagas?

*¿Y qué si encuentran ¡alabado sea el Señor!
el ansiado Eldorado?*

Ya son varias, casi treinta las jornadas que espero noticias de nuestra avanzada.

Mientras aguarda y duda, el gobernador escribe:

"A la espera de albricias de quienes han hecho la entrada, escribo la crónica de mi viaje al sur del mundo"

Escribe en el castillete de popa de la nave capitana. Escribe.

"Y habiendo firmado las Capitulaciones por las que se me concede a mi entera costa y riesgo las tierras que continúan a las otorgadas al Capitán Dn. Pedro de Mendoza hasta el Estrecho Las Molucas *me complacería que se lo denominara Estrecho Patagón como bien expresara el veneciano Pigafetta, si bien ahora comienza a llamársele Magalhaes, que bien puesto está hacia el sur, y de mar a mar hacia el ocaso.*

Tomamos posesión erigiendo campamento y cumpliendo las formalidades del caso: leño, mis, juramento de lealtad, y a partir de entonces, todo este vasto territorio pasa a llamarse Provincia de Nueva León de la cual soy ¿soy? Adelantado, Capitán General, Gobernador y Justicia Mayor.

Partimos de Sanlúcar de Barrameda llevando en dos naos, la Sam Pedro y la nao capitana Madre de Dios el bastimento necesario y 250 hombres" *¿Y qué si vuelven con la suerte de los conquistadores de México y del Perú, si regresan como dueños y señores, dispuestos a destruirme? Porque el corazón humano también está hecho, y por sobre todo, de vilezas, codicias, resentimientos, odios, ambiciones y traiciones.*

En su tienda que da a la costa pedregosa y rompiente, el gobernador detalla con letra elegante la experiencia de su entrada a tierra firme.

"Muchas leguas caminamos hasta el lugar en que decidí emprender el regreso, unas catorce o quince leguas (y muchas más caminarán los de la entrada, la avanzada a las órdenes de los capitanes Rodrigo de Isla y Juan Arias).

Mucho caminamos y nada vimos que atrajera el interés y colmara nuestros deseos. Nada en la monotonía de los días, sólo murmullos asemejando ecos que recorren desenfundados esos espacios vastos y abiertos.

Transitamos bajo un cielo amplio y compasivo y dentramos a lugar tan infinito que alguien, no recuerdo quién, comentó: que tengo la sensación Comendador que de aquí no saldremos nunca. Quedando con los párpados absortos y azoradas las pupilas contemplando todo aquello y no por el espectáculo: un vastísimo paisaje overo manchado por sombras azules de nubes peregrinas, sino por las fatigas y trabajos que estaban delante nuestro al tener que atravesar todo ese páramo ya sin agua, ya sin fuerzas. Y alcanzamos unos cerros de cierta altura que rematan en planicies infinitas donde toda mirada se alucina.

Y así días y días y más días, un ir cambiando horizontes que al pasar las horas y los días parecen siempre los mismos, como si fuere un suplicio tantálico, porque esa repetición de lo igual es lo que más destruye cualquier ánimo"

El Adelantado, esa figura que camina por la costa pedregosa junto a Juan de Escarkuaga.

-¿Y si todos estos empeños no fuesen más que nuestra calenturienta imaginación de cruzados, el bravo proceder sin más reflexión que el coraje, verdadero espíritu de estos tiempos codiciosos de oro y poderío?

-Será así don Simón? ¿Duda usted de que esta tierras no estén habitadas por gigantes?

-Ah, los gigantes que viera mi honorable paisano ¡que Dios lo tenga en su santa gloria!, el muy admirable Hernando de Magalhaes. Y ellos, me refiero a los indios, ¿cómo nombrarán estas tierras, sus tierra?.

-¿Y qué clase de seres han de ser para habitar estos yermos ¡por todos los santos! - exclama el contra maestre abrumado ante la majestad del lugar costero, ventoso, solitario.

-Cierto, cierto –murmura pensativo el adelantado. Y sólo se escuchan los pasos de los hombres sobre la grava, el rumor acompasado de las olas rompiendo en la playa y el

grito áspero de las gaviotas. De cualquier manera, esta tierra se conocerá por el nombre que nosotros, cristianos, dueños de la Vera Fe y de la palabra, le demos.

-¿Y cómo la nombraremos Comendador, qué nombre pueden tener estos parajes al fondo del mundo? ¿Tierra de Alcaçaba acaso?

Prueba el gobernador el sabor de las palabras henchidas de tiempo y prestigio inmortal, dichas por el contra maestre.

-No suena mal, pero también podría llamarsele: ¡Magallánica!

-Sería un homenaje muy justo; ¿y por qué no, Patagonia?

El ritmo austral del oleaje enmarca la pregunta

-Sabe Dios con qué nombre se conocerán estos parajes venturientos, helados, tan lejos del oro y la especiería. Quién sabe...

En la madrugada de abril, sale del castillejo de popa y aspira a fondo el fresco aire marino.

El Adelantado, esa figura de gestos breves y hablar ceremonioso, quien tiene por títulos y experiencia el haber sido Proveedor y Capitán General de la Armada, cosmógrafo, hombre allegado a la corte de Don Manuel de Portugal y a las grandes influencias.

Estas vasta soledades salobres, esta abundante desolación ¿elegí acaso este páramo? ¿es éste mi destino?

Apoyado en la baranda, naufraga en sus pensamientos: *sobre un mapa con caprichosas líneas inconclusas, los cartógrafos oficiales, dibujan a partir de la relación de nautas que ni siquiera pisaron tierra firme, dibujan ríos donde no los hay, caletas, penínsulas, deltas y bahía a leguas del lugar real. Con letra firme y artística estamparon los nombres de provincias y gobernaciones allí donde sólo el viento vive. Sobre el suelo inestable de nuestras ambiciones nos hemos posesionados del vacío.*

Simón de Alcaçaba vuelve a entrar a su refugio de popa, a sus papeles y libros, a los folios y mapas, cuadrantes, astrolabio, compases:

Arte es lo que ha puesto el vizcaíno Juan de la Cosa, piloto de Colón, de Ojeda, de Vesputio, tan buen cartógrafo como marino que deja estampadas sus experiencias en ese admirable mapa en verde agua y cepia de mil y quinientos, lucido de estandartes, rosa de los vientos, naos, ciudades y figuras como las de la reina de Saba, la Torre de Babel o san Cristóbal al costado izquierdo en el lugar que ocupa el país de los aztecas, y donde la tierra nova parece una gran boca dispuesta a engullirse las islas del mar antillano y la misma Europa...

Y artístico también el mapa de mi paisano, que Dios lo tenga en su santísima gloria dos años ha, Diego de Ribeiro con quien discutimos largamente de distancias, grados, latitudes y longitudes, que en 1529 dibuja el nuevo orbe, "Mundus Novus" lo denomina y lo realiza con grata elegancia, con finura y precisión matemática, superando al fin a Ptolomeo. Describe hasta el mismo confín del mundo ¿o su comienzo? Y del que hice debida y exacta copia y donde figura el pasaje de Magallanes y la Tierra de Patagones donde hoy estamos despliega el mapa de 180 x 96 centímetros y lee: Pº. De San Julián, R. De la Cruz, R. de S. Ilifonso, c. De XI Vírgenes, P. de la Vitoria, canal de Todos los Santos; Yº de los Patos, aquí estuvimos varios días Ysla de Sanson, estrecho del Ferno de Magallanes, Tierra de los Humos, Lago de los estrechos, Tierra de los Fuegos, Sierras nevadas, C. Deseado. Todos lugares recorridos por no.

¡Cuántos trabajos y cuántas fatigas oculta una línea, un signo en una carta geográfica; cuánto terreno y cuánto cansancio; qué inmensa variedad de plantas, de suelos, de animales; y cuánta dolencia soportada las lluvias benefactoras, y las lluvias heladas, cuánto alimento cazado y tantos miedos y cantos de pájaros y los calores y vientos cubriendo cielos, y los infinitos aromas, los cíclicos amaneceres, y los silencios largos, las noches misteriosas las travesías hambrientas, tantas lunas alucinadas, tormentas, derivas. Qué de cosas y cuántas puede decir un mapa en su despliegue, tanta vida oculta una palabra escrita en una lengua tan ajena al lugar que pretende describir; ¡cuánta!

Qué soberbios ignorantes fuimos cuando sobre un papel donde el artista trabajó concienzuda y amorosamente, establecimos, dioses omnipotentes: de esta línea continua hacia allá, "Juan será el Señor", de este signo, hasta esta línea-río, "dominará Pedro"; y de éstos puntos que indican un desierto a estos pequeños círculos que interpretamos como bosque o selva, "corresponderá a Diego", y se llamarán: Nueva Valencia, Nueva Aragón, Nueva Córdoba.

Tiempo llegará en que algún letrado, nada manco con la pluma, tendrá la ocurrencia de escribir sarcasmos e ironías de nuestros vicios de ver la realidad con las anteojeeras de lo escrito.

No hay más carta terrestre que aquella que marcamos con los pies, esa cartografía corpórea, el mapamundi que mi cuerpo teje sobre el cuerpo del mundo, todo lo demás son patrañas, nuestros delirios de abarcar y conquistar lo inconquistable, porque; ¿conquistamos acaso este mundo nuevo? ¿no será que es este mundo novo, esta tierra la que nos está conquistando de a poco con su silencio de edades bíblicas? Tal vez habría que darle razón a los indios que hablan de la Tierra como Madre, como diosa, la cual, como toda hembra es ella la que conquista a los hombres, pues lo contrario no es cierto. ¿Acaso hemos encontrado, descubierto, hallado, desvelado nosotros, descubridores, adelantados, conquistadores esta bárbara inmensidad, o es ella la que descubre en nosotros los bestiales abismos que llevamos dentro?

El Adelantado, el Gobernador, el Justicia, aquella figura que ahora, en la playa rocosa observa el horizonte donde un cielomar se confunden en la abierta distancia. Simón de Alcazaba espera y duda. No es bueno para un hombre de acción estar tanto tiempo inactivo porque se vuelve filósofo, hombre dudante y crítico, y eso es malo para un soldado, don Simón.

Vuelven:

Adivinamos el mar en ese cielo tan hondamente azul que cubre un espacio cóncavo por el que se intuye la esfera terráquea, esa nueva imagen de la tierra. Sospechamos el mar en este gusto húmedo que cubre la piel y empapa las cosas, que da un respiro a estas ansias amenazantes, estos deseos vengativos.

Vuelven, en pequeños grupos regresan.

La barba plateada enmarca los arrogantes rasgos del rostro cansado, quemado de mar y esperas que se corona en una canosa y frágil cabellera. Esa figura, ese hombre aguarda y se llena de preguntas. Mira desde la abertura de la tienda, seda para siempre provisoria de la gobernación de la Provincia de Nueva León, mira el azul gris de la costa y de sus sueños que le ingresa por los poros reflejándosele en los ojos. Mira la costa bravía de ese mar océano Atlántico por el que llegó y en algún momento volverá –sólo Dios sabe cuándo y cómo, se cabalgando con gloria o llevando cargada la cruz del fracaso.

Mira y mira la larga y desolada y ventosa la gris y pedregosa y también fría costa patagónica donde habitan gigantes, y, tierra adentro, Eldorado, ese lugar mitológico, leyenda o delirio de conquistadores hispanos.

Apoiado en la borda de la nao capitana junto al maestre, observa, con la mirada perdida, dejándose aturdir por la cadencia de las olas contra el maderamen del casco, ensimismado en ese paisaje de aves cielo, de azulsal, de terra incógnita, de esperanzada espera, de Ultima Thule; observa sobre él la nube que se desliza sin obstáculos por los confines.

-Peregrinos –dice como para sí-, como esa nube Juan, peregrinamos. Como los de Santiago, pero movidos más que por la fe, por la ambición y el poder, por los azares del destino, por aquellas que tejen y destejen la trama de nuestras vidas. *Ahora estamos varados en esta playa de pájaros y de olas sucediéndose en tropel, que el frío viento ágil hace flamear sus largas y albas cabelleras.* Peregrinos dejados a la mano de Dios.

¿Cuántos días lleva caminando?, ¿cuántas noches?, ¿cuánto desde que abandonó el vehículo, desde que el vehículo lo abandonó?.

Su mente está tan débil como los pies que ya no soportan su propio peso. Respira agitado y con dificultad el aire seco de la tierra seca de la que afloran esas sombras o ecos de sombras de los tiempos.

Sombras que comentan: "subimos a los bateles y abordamos la nao capitana".

Su mente ahora obnubilada escucha: "que en ellas hay gente que está con nosotros".

Los pies se hunden y se doblan en las dunas dejándose caer hacia la playa de pedregullo fresco ahogándose sus pasos en chasquidos salobres y apagados.

Lentamente deslizase el poncho hacia la piedras. Con un gesto imperceptible se deshace del saco, y mientras avanza a los tropiezos se libra de un zapato y, sin detenerse, del otro. Corre entonces gozoso, desesperado corre, con lágrimas en los ojos busca las olas que ríen espumosas, tropieza o se zambulle, pero sin duda se hunde en el frío marino para reaparecer del agua vomitando cuando los ve, o los vuelve a ver. ¿Son las sombras de los tiempos que retornan? ¿despertará alguna vez de esta pesadilla del paisaje?

Ve las dos figuras oscuras que en la playa se alzan con su poncho y los zapatos. Los ve pero las arcadas no le permiten gritar. Les hace señas, ellos seguro que tienen agua, deberían tener agua dulce.

Ya llegan

sublevados, amotinados, perturbados, levantiscos y renegados de todo como de todos, del prójimo y del mundo. Llegan así al final del viaje, con el agrio vacío del resentimiento sustituyendo cualquier deseo, con los cuerpos sacrificados, hundidos en el esfuerzo de leguas de leguas de leguas.

A la vista de la costa, esperarán la noche.

Desde la meseta se divisa el mar entre los cerros; una musical y pura línea azul que se esfuma en el confín.

Los grupos se reúnen para definir el complot.

"...y avanzada la noche, los primeros ocuparán el campamento en tierra, otro grupo sube a los bateles con sigilo y silencio y van hacia la nao capitana dando muerte al gobernador y a todos aquellos que se opongan. En ambos barcos hay gente que está con nosotros y que ayudará" –dice en las sombras algún capitán rebelde.

Figuras en la playa.

Rostros cetrinos de mirada brillante lo enfrentan. Intenta sonreír pero no puede. El que está con su poncho y tiene puesto un sombrero oscuro queda unos pasos atrás mientras que el de boina vasca se acerca. En una mano tiene sus zapatos y en la otra algo que aunque no ve, cree presentir, porque esa cara grasienta y sucia que lo observa con mirada provocadora y perversa le ocupa la visión, cuando escucha, en el instante anterior a la punzada quemante en el estómago que el otro, al que no ve, dice: "el poncho lo vale", mientras la hoja encuentra el hígado y la sorpresa y el dolor y en el rostro una mueca grotesca y como que el dolor le alivia el cansancio y la sed abriéndole a lo absurdo y el mismo dolor vuelve a entrar con un ruido, un chasquido apagado de ropa y piel perforada que se convierte en un quejido lastimero, desolado, oscuro, oscuro, apagado y negro, y en medio del día el negro pozo de la noche.

Llegan en la noche sombras calladas cubiertas por el rumor de las olas, sombras que avanzan como implacables instrumentos de la muerte convocada.

Asaltan, sigilosos y rápidos el campamento en tierra ocupados por media docena de durmientes, mientras otro grupo con espadas, puñales y ballestas suben a los bateles y abordan el Madre de Dios sorprendiendo al gobernador dormido ultimándolo a puñaladas.

Y les echaron luego al mar mientras otros complotados fueran a la cámara en que dormía el piloto de la nao y mántanle y los echaron también abaxo en el agua

Y cuando llegué con la última tanda de levantiscos que me tenían prisionero, pude entrar a la cámara del Comendador y vide un loco revoltijo de cosas y entre otros papeles manuscritos levante una hoja y leí:

"Llegamos el 24 de febrero a una bahía al norte de un golfo muy amplio y bravío, y dos días después desembarcamos frente a la isla que llamamos de los Lobos, porque habiendo en grandes cantidades estas fieras que matándolas nos mató el hambre. Lugar reparado que será punto de partida de nuestra entrada a Tierra Firme donde...". Pero no pude seguir la lectura porque los revoltosos se repartieron entre ellos toda cosa y pertenencia y todo recuerdo del gobernador tirando otras a las aguas. Eso fue lo que vide Su Señoría, amén de manchas de sangre y un gran desorden.

Ante el Tribunal, uno de los complotados dirá:

Y abordamos la nao capitana, tal como habíamos convenido con los capitanes Arias y Sotelo, y fuimos a la cámara donde yacía el Adelantado y le sorprendimos en sus sueños, y él que intenta defenderse pero ya le cubrimos de estoques certeros y él que atina a proferir ah ralea infame y siento en mi puño el sordo crujido de la hoja puntiaguda del puñal que le dentra en la piel blanca y madura al viejo comendador y él que se queja ...

-¿Y qué día sucedió eso?

-¿Qué día?

-Sí, infelize, qué día y mes cometieron tan atroz bellaquería, ese crimen que nos avergüenza?

-Que fue hacia el 15 de abril.

Y otro de los amotinados el juez escucha:

---y dimos de cuchilladas a él y a su gente y echémosle al agua...

Y el juez que vuelve a interrogar:

-¿Y qué día sucedió, en qué fecha y mes y si es posible en que preciso momento cometieron tan atroz bellaquería, ese crimen que nos avergüenza?

-Fue el 14 de abril. *Y afuera seguían gritos y juramentos de definitiva sorpresa y en un revoltijo de cosas, los cuerpos empapados de muerte los tiramos al mar para que se libren de este mundo, para que nos limpiemos de culpas y cargos*

En el destacamento policial, la voz estentórea del sargento:

-Y vos desgraciado, ¿qué podés decirme, por qué mataste a ese hombre? -El trueno aguardentoso rebota en las paredes de adobe descascarado de cal. Y no me digas como tu compinche que vos no fuiste porque te sableamos hasta que reventés.

El sujeto, de rostro cetrino y mirada brillante, parado ante la breve y cicatrizada mesa que oficia de escritorio, mira el piso de tierra donde yace una colilla aplastada que le provoca deseos de fumar, su mirada va a la punta de las alpargatas desflecadas; viéndolas con bigotes pensó que también los zapatos le hacían falta; las manos adelante y juntas, como extrañando (las manos) las esposas que le rasparon las muñecas todo el día de ayer y toda la noche de anoche.

-¿Y? -apura la autoridad policial-, me vas a decir quién cometió esa muerte y por qué?

Ahora sabe que lo que él diga será crucial para su existencia de aquí en más. La cárcel: comida y cama aseguradas.

El hombre que está parado ante la mesa frente al policía, levanta la vista, rehuye la mirada represora y observa en la pared, de espaldas al uniformado un oscuro crucifijo.

-Yo lo despené señor, fue por el poncho.

-Te das cuenta. -Dice el que está sentado al milico que aguarda parado en la entrada, lo dice en tono de incredulidad pese a su experiencia, lo dice como para que el otro que está en la puerta sepa, tal vez adivine que la muerte es un hecho tan azaroso como la vida.

La azul inmensidad del agua y el monótono pardo de la tierra se confunden en un viento que desdibuja manchas de nubes sobre el mar y sombras nómadas por la meseta, sobre la tierra seca.

Angel Uranga, enero-marzo de 2000

HILARIO

Una epopeya

Por Angel Uranga



Imagen de San Julián, en la Patagonia argentina, lugar relacionado con el personaje Hilario Tapary, un indio guaraní, que inspira el relato de Angel Uranga.

La historia puede renacer y ser nuevo frescor de vida. Así, renace el indio guaraní Hilario Tapary en este relato de Angel Uranga.

Hilario Tapary fue preservado del ácido del olvido a través de la mención de su nombre por Pedro De Angelis en su *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. 1836/37.*

Se teje allí una historia según la cual, en 1753, Domingo Basavilbaso, dueño de saladeros, envía a San Julián una tartana con el propósito de extraer sal y eregir una factoría. Tres personajes palpitaron en torno a la creación de aquel establecimiento circundado por la soledad y los labios de la tierra patagónica: un gallego de nombre Santiago, un "natural de las Indias Occidentales" y un indio guaraní, Hilario Tapary.

De esta manera aflora en lejanas agua del recuerdo Hilario Tapary. Ese Hilario que, gracias al hechizo de escritor de Uranga, se acerca renacido, de nuevo jadeante, en las playas de nuestro tiempo. Retorno, entre barcos de palabras e imágenes de narrador de ese Hilario, de, según el decir de Uranga: "esa figura patagónica que escupe las pequeñas semillas que le dejan la boca hambrienta teñida de un violeta rojizo".

El

(*) Angel URANGA, entre otros trabajos inéditos aún, ha publicado los siguientes textos dentro del género ensayo: "Cinco siglos de Derechos Humanos y Leyendas Negras" (1992); "Fragmentos de un texto inconcluso" Poemas de Omar Terraza (1997); "Desde la diferencia"(1997); "Vencedores y Vencidos" Cronología del movimiento huelguístico de Santa Cruz de 1920-1921 (1998); "Ampliando nuestra memoria" Breve ensayo en el cincuentenario de la publicación de "El Complejo Tehuelche" de Federico Escalada (1999); "Memorial de la Tribu" Reseña histórica de Comodoro Rivadavia y cronología (2001); "El Eco de la Letra" Una genealogía patagónica (2001)

En Temakel también hemos editado la obra de Angel Uranga: Sombras nomadas en la meseta

Domicilio: Vázquez 3030 B° Isidro Quiroga (9000) Comodoro Rivadavia, Chubut, República Argentina; o Biblioteca Pública y Popular Comodoro Rivadavia, Av.Yrigoyen 555, TE (0297) 4473024

"En el gran vacío silencioso"
Omar Khayyami

Aquella tarde de verano, un grupo montado de pampas amigos conmovía la tranquilidad del saladero. Figuras mal entrazadas, melenas greñosas atadas con vinchas, desnudos algunos hasta la cintura, cubriéndoles un pudoroso chiripá, vestidos con bayeta unos y en chamarra otros, o sólo un leve poncho sobre la piel bronceada. Con la montonera venía un criollo distinguible más por la apariencia física que por lo que podríamos llamar vestimenta. Un hombre de barba y bigotes no muy tupidos que enmarcaban un rostro joven de rasgos firmes.

La comitiva fue rodeada por el mujeriego de mulatas y negras de la servidumbre y un ruidoso coro de chiquillos que correteaban en pata, desnudos, semidesnudos y desarrapados.

Cuando el patrón del saladero, alertado por el tumulto de perros, mujeres y chicos, salió de las casas, quedó estático frente al criollo del grupo, como si mirara un fantasma; veía en realidad un aparecido.

-¿Hilario? -más que preguntarle se preguntó a sí mismo-, ¿Hilario Tapary?, ¡coño, sí hombre, por todos los diablos! sabía yo que tú llegarías algún día. -Y sin darle tiempo al otro a contestar, continúa entusiasmado:

-¿Y qué de los otros perdidos en San Julián?. ¡Hombre, qué flaco y cambiado que estás!. De esto hace ¿cuánto, como dos años?. ¿Y qué del gallego Santiago, y del Chino?, pero ¿me vas a decir que has hecho todo el inmenso trayecto tú solo y a pié?

Recién entonces pudo oírse la voz de ese hombre delgado, de mediana estatura, levemente más alto que sus acompañantes nativos. El llamado Hilario dice lacónico:

-Acompañado de mi perro Chamigo que quedó en las tolderías.

-¿Y estás dispuesto a volver al sur?

-Por eso estoy aquí don Domingo -contesta el paraguayo al final de su inmenso viaje de casi dos años por el incógnito territorio patagón.

1

Desde que no se embarca más, es decir, desde que no vuelve al sur, el hombre del viaje se demora todas las tardes después del trabajo, comentando con sus compañeros, en rondas de mate y churrascada los hechos del día. Entonces, no siempre, cada vez que le preguntan contará su peregrinar a los mozos criollos, aquellos hijos de la tierra, esos gauderios, que construían sin saber una nueva raza ecuestre y sufrida.

-Debimos irnos y apurados -cuenta Hilario y contará tantas veces cuanto quiera contar. Yo acá no me quedo, le dije al Chino, los pampas van a volver y si una vez nos llevaron todo, la próxima seguro terminarán con nosotros.

-¿No eran tres los que quedaron en tierra?

La pregunta llega como dudando del testimonio. En algún lugar de la memoria, la imagen de los tres hombres despidiendo desde la costa a la tartana que se aleja rumbo a Buenos Aires con su cargamento de sal.

Finaliza marzo en San Julián. La avanzada colonial ha construido un par de casuchas que usan como habitación y resguardo de provisiones, enseres y herramientas. Levantan corrales para las mulas, las cabras, ovejas y cerdos traídos expresamente para establecerse como factoría estable. Pero a poco estar, la nueva y reducida población recibe la inquietante visita de aonikens, quienes, haciendo caso omiso al derecho de propiedad y desconociendo toda idea de robo, les llevan sin ningún pudor: ropa, aperos, arrean con los animales, vuelcan los barriles de carne salada, les tiran el tocino, el charque, los toneles de agua, la yerba, se llevan el azúcar, el aguardiente y el vino, desparramando el aceite, las semillas, mezclando todo en una confusión violenta, como dueños desalojando intrusos

Desamparados y temerosos, deciden irse cuanto antes de ese lugar ahora latente de peligros.

-Sí, éramos tres los que quedamos en tierra, pero cuando llegaron los patagones, el gallego Santiago disparó al desierto y se lo tragó la tierra, entonces nosotros...

-¿Quiénes?

-Yo, el Chino y Chamigo cargamos con lo más necesario y ahí nomás le pegamos pal norte, siempre pal norte. Perdernos no podíamos perdernos, sólo había que seguir la

costa del mar de donde sale el sol, así, si veíamos alguna vela le haríamos señales de humo.

-¿Y es cierto que los pampas de allá son gigantes? -pregunta el gurí.

-Que yo sepa, nunca vi pampa más alto que yo.

-Pero, dicen que los patagones son gigantes don Hilario -insiste el chico.

-No sé, puede ser -comenta el veterano caminante sin contradecir pero dejando abierta la leyenda. Serían de otra tribu los que dicen que vieron, pero no los que yo conocí.

Aspira la larga pipa semi apagada y dice como para sí:

-Sí, así es, así es...¡ajá!

2

-Contá paraguay, contanos cómo saliste del desierto.

Pero los recuerdos no necesitan ser convocados, vienen solos al llamado, son fieles y seguidores, como Chamigo, los recuerdos.

-¡Llegamos! -exclama Hilario al divisar de pronto desde una colina la línea sinuosa y brillante del río todavía lejano.

Hace un par de días, hace unas cuatro o cinco leguas que viene cargando con tozudez el cuerpo sutil del Chino, pese a los rezongos de éste:

-Deje paraguai, deje Chino morir en paz.. Pero Hilario no podría, no sabría dejar a ese hombre sediento y moribundo en medio del desierto.

-El río Chino, ¿cómo es su nombre?. Fue a nombrarlo de acuerdo a lo que había oído cuando pasaban frente a la desembocadura rumbo al sur a bordo de la tartana San Antonio.

-¿Cómo lo nombraban en el barco?; ¿el desalado? -la palabra sonó rebelde al oído.

-No era el desalado. -Y mientras apoya en las rocas el cuerpo exhausto, delirante de sed del compañero, va armando como un rompecabezas las sílabas sonándoles iguales:

-De-sa-la-do, de-se-a-do; -el asombro y descubrimiento:

¡el río Deseado! -exclama, mas bien grita mirando la línea de plata que zigzaguea entre la estepa abriéndose arborescente hacia el mar.

El Deseado. Y el nombre nunca fue más justo para esos cuerpos cansados, esas bocas sedientas, esas visiones sin referencias, esas mentes perdidas.

-Llegamos Chino -repite cansado y eufórico el hombre guaraní-, tenemos agua y comida seguro. Como si la visión del curso de agua fuese de por sí el fin del viaje, un signo natural de civilización, un anticipo de calor de semejantes, de gente, de casas, de gestos conocidos.

Pero el Chino ya no sabe responder; su cuerpo y su mente se han negado a continuar. Hilario lo observa y entonces comprende todo, y como para ahuyentar lo que sabe, trata de animarlo:

- No me afloje Chino que estamos cerca -y mirando la serpiente de agua aún lejana: Aguante un poco más, lo dejo aquí y voy a traerle agua. Espéreme ¿sí? ¿Qué tardaré para hacer -trata de persuadir mientras calcula la distancia- unas dos leguas? Aguante Chino que ya vengo con agüita ¿sí?, aguante chamigo.

Hilario se aleja veloz, la sed y la muerte lo apuran.

Al regresar reprochará al desolado silencio:

-Pero Chino, no me afloje ahora.

Sin embargo, ese hombre sobre las piedras es ya un sueño que se aleja, tal vez con el corazón alegre, sabiendo en ese definitivo instante, que su compañero le traería el agua anhelada.

3

Hilario mira atribulado la línea malva de los cerros y el lejano horizonte del mar de un azul fatal. Mira esos ojos oblicuos ya sin luz, mira al compañero que se durmió para siempre. Hilario mira y respira la muerte. "No se vaya chino, no se vaya", se escucha a sí mismo decir junto al silbo patagón entre el ramaje espinoso. Un nudo amargo le sube del abandono a la garganta. Sentado en las rocas deja que un tiempo interminable lo anonade y la soledad encorve su voluntad.

Antes del atardecer toca con el reverso de la mano el cuello frío del muerto: Te fuiste nomás Chino, -le brota resignado. Y otra vez ingresa en el silencio

Pasará largo rato extasiado y apático contemplando el espectáculo de luces australes, de graduales modulaciones, de colores sonando a bronce rojos y naranjas; golpes

púrpura de timbales precipitándose a los violetas que se funden en un azulnoche, y, ya oscuro, dice: "Mejor así".

Aún le queda algo de tabaco para llenar la pipa que le dejó el capitán de la tartana al gallego y que éste abandonó en su huída. El humo y la quietud de la hora en que todo parece tomarse un descanso lo tranquiliza. Mira el cuerpo yerto y luego observa al perro que más allá en el bajo se entretiene corriendo liebres. "Buena hora pa morir", balbucea ante el policromado cielo que también se muere. Y tuvo lástima de sí.

En ese cuerpo ahora inmóvil encontraba la gratuidad de las cosas. Quien lo abandonaba no era ese oriental anodino y paciente, era el mundo, la gente del barco que lo había dejado desamparado, eran igualmente aquellos rostros que vivían más allá, en el saladero. Todo su conocido mundo lo abandonaba en ese cuerpo andrajoso, ausente, leve y ahora lívido. "Y aquí estoy: dejado, olvidado, abandonado", entregado a ese vasto e implacable todo que era nada. Y fue como un signo de salud que la nada le ganó la mente. Luego se acostó junto al cadáver, tal vez para darle calor en su último viaje o para no estar él, sobreviviente, tan solo. Y así durmió sin culpas la noche.

Al amanecer hizo una pequeña cueva entre las rocas donde depositó al muerto y lo cubrió de piedras. Levantó un pequeño montículo y se alejó sin mirar atrás.

Ahora carga el cuchillo del Chino y en la alforja algo más de yerba, algunas lonjas de tasajo y otro chifle para el agua que cuelga del hombro.

4

en soledad.

solo y en adánica soledad,

sin nadie, sólo sin alguien. huérfano de todo mundo.

en el silencio, en el inmenso silencio arcaico virgen de hombres.

pero en el silencio de los vuelos y sus sombras, en la soledad del lagarto de dibujos caprichosos y del peludo cuis, seres de la tierra profunda. en el silencioso rumor del agua orillando la laguna; en la soledad marina de la playa habitada por innumerables seres ágiles, volátiles, soberanos de la luz; en el gallardo desierto de pastos atardecidos o en el silencio nocturno de las piedras, de los ojos de lechuza; en el silencio orquestal de la mañana cristalina y en el sonido del viento que agita las plumas del cauquén, del tero, la gaviota, sopro que juega con los pelos rojizos de la mara, del zorrino blanquinegro.

caminó en el silencio abierto y resplandeciente de ocultas flores amarillas.

Y ahí va, a la intemperie, protegido por sus breves recuerdos de hombre joven, desterrado y enterrado en la profundidad del espacio inexorable.

Es alguien, un ser elemental, descarnado; una voluntad tenaz, inquebrantable, una decisión obstinada y trashumante en la inagotable inmensidad austral. No más que eso, un hombre, es decir, un punto, una minúscula figura del paisaje, un imperceptible movimiento listo a ser confundido con algún animal en la monótona escenografía patagónica.

Anduvo sin tiempo sin un antes y un después, sin mañana, sin ayer. No contabiliza los días y no porque no supiera sino porque no importa, porque este día no es más que la continuación del anterior, sabiendo además que el de mañana será como el de hoy: un eterno cambio de lo igual. Cada despertar será la primer mañana de su vida, inaugurando el mundo con sus pupilas vírgenes de nuevos horizontes. Nómada de los tiempos, él es el viaje y es el camino, el movimiento en la quietud, aquello que fluye sin causa, inasible, el que cruza sobre un fondo permanente, la insólita novedad en el arcano mutismo de las cosas.

En la geografía inalterable y quieta, su cuerpo andante es la insólita novedad del tiempo humano confundiendo con los lugares, un ser que se expande y se contrae, se oscurece de cansancio con las sombras y se activa nuevamente cuando llega, del este, la luz, su vida, su oriente.

Caminó por sinlugares donde cualquier pensamiento se ahogaría apabullado por el silencio inmemorial del peso de las edades. Traspuso horizontes sin saber que los cruzaba. Caminó por extensiones que se dilatan como una huidiza melodía pánica; por cerros repitiéndose intermitentes, mesetas y bajos iguales a otras mesetas y a otros bajos, paisajes recreando variaciones sobre sí mismos.

Más allá del horizonte, otros horizontes.

5

Lejanías de lejanías de otras lejanías vuelven y surgen del nuevo horizonte que sin embargo es el mismo de ayer, igual al de mañana. Horizontes de eternidades, líneas simulando límites, falsos finales, términos inconclusos, sombras melódicas obsesivas que día a día hay que traspasar. Sinlugares callados del transcurrir sin tiempo.

Más allá del horizonte, el horizonte.

Recorrió aquello inabarcable, paso a paso, hora a hora y ésa fue su iniciación el comenzar a sentirse parte íntima del paisaje ancestral; participaba con su presencia efímera y real, entrando a lo que siempre estuvo y estará por los siglos de los siglos amén.

Más allá del horizonte, los horizontes.

Ya no se sintió ni estuvo solo. Dejaba de respirar como un extraño, se supo idéntico a cada cosa que percibían sus sentidos, de la misma materia del mensaje terrenal.

El era todo Aquello.

Aquello era él

Inmerso en el silencio solitario, sintióse cuidado, como protegido por el cuenco de la mano maternal de lo absoluto.

Se habituó poco a poco a un andar rápido y sostenido; la alforja cruzada al hombro que cada tanto cambia para distribuir el peso, las boleadoras atadas a la cintura cuyo golpeteo contra la alforja amortigua con la mano.

Primero será un caminar a ritmo entrecortado debido al abigarrado monte de matas que impide andar libremente; luego, adivinará senderos entre matorrales que sólo él percibe, De esta manera pasó a un andar casi insensible, liviano, deslizante. De a poco irá viajando más rápido hasta que, sin darse cuenta, su cuerpo trotó.

Y entonces trotó.

Todo su andar fue un continuo trotar, trotar y trotar. Todo su cuerpo trotó.

La sangre le anduvo disparada, trotó, fluyendo y precipitándose, los pulmones golpeándole el pecho, trotó, con las fibras de los músculos, con los nervios en tensión y distensión, así trotó, con sus piernas y sus ojos, al unísono su cuerpo trotó y él fue un solo trotar y trotar, un solo de trotar y trotar, trotar... trotar...Y con él, la tierra trotó.

Se irá acostumbrando al ritmo corporal de su sangre y la respiración, a esa forma económica de desplazarse; ni tan rápido que pudiera llevarlo al cansancio velozmente, ni tan lento que pudiera confundirse con un caminar apurado; más que trote fue un deslizamiento, el desplazarse sin ruido, igual que Chamigo, que el zorro gris, el puma o cualquier otro habitante nómada del desierto.

Aprendió ese cómodo y suelto andar natural, igual al zaino brillante y alegre que trotaba en el saladero. El suave andar sin asentar los talones que conmueve la columna, un transcurrir alado que permite pasar los pantanos sin hundirse, leve, ingravido, que lleva a trepar los cerros sin esfuerzos.

6

Su físico, y también su mente se acostumbraron al ritmo, y recién entonces fue dueño del espacio de su cuerpo y éste una emanación de la tierra que camina. Eran sus piernas nervudas las que sabían, ellas tenían memoria de un territorio nunca recorrido. Era la disposición especial del cuerpo que lo llevaba con una leve inclinación no hacia el suelo, sino hacia delante, como buscando los horizontes que se suceden.

El no sabe, sólo su cuerpo sabe; esa máquina orgánica que aprende más rápido que la mente, asimilándose a una geografía nada piadosa, más bien cruel.

El no tiene conciencia, no mide la vastedad del esfuerzo. El es sus piernas y es sus ojos. Todas sus fibras acostumbráronse al terreno sorpresivo y abrupto, al nuevo ritmo que agudiza los reflejos siempre alertas a cualquier movimiento del campo camuflado de peligros.

Cada día aprenderá a trotar con menor desgaste de energía. Sabrá vagar sin tropiezos, eludir obstáculos imprevistos, como salir airoso de alguna cueva de tucu tucu; aprende a respirar de otra manera, sin abrir la boca que daña la garganta y los pulmones. Sus sentidos elaboran una sutil percepción primigenia para captar el alimento, el agua, la caída; como esa tuna que aparentan no ver sus ojos pero que las piernas esquivan, y luego vuelve para arrancarla con el cuchillo, pelarla y comérsela con cuidado.

Y así trotó, para olvidarse y sobrevivir. Anduvo, con la sangre viajándole urgente.

Ahora sólo entiende y escucha la sabiduría profunda del cuerpo, ahora sólo sabe viajar de esa forma, es su manera de adherirse a lo ausente. De esa manera acorta la distancia, reduce el tiempo y se acerca a los asados de novillo, a los mates y al aguardiente; pero sólo trotando, trotando, trotando, trotando solo.

"Hay que seguir, no puedo quedarme aquí, sería morir en ningún lado, como morir en el mar, desaparecer en el aire"

-Hilario no puede quedarse aquí, no, no puede, no puedo.

Su voz sonó en la diáfana mudez del sinlugar, como queriendo borrar la amenazante eternidad geológica con las vibraciones del sonido humano. Su voz repercutiendo en seres inmemorialmente callados de todo verbo, voz que se sorprende a sí misma, sin eco. Su voz sonando llena la soledad:

- Aquí viene Hilario. ¡Heeeyy, aquí viene, aquí viene Hilario con su fiel compañero Chamigo! ¡Aquívooyy! -grita exorcizando el silencio inefable que lo envuelve perturbándolo.

-¡Aquíiiiiiii, Hi-la-riooooooooo -ahuyentando el caos inconmensurable de lo mismo destinado a guardar para siempre sus secretos. Grita, para que sus rastros no los borre ni el tiempo, ni el viento, las distancias. Grita, inaugurando inocente un nuevo caos.

7

Sabiendo que su dirección es siempre el norte, teniendo a su derecha el mar, comprendió que no debía desesperar, que tenía todo el tiempo del mundo para él. Supo, sin saber, se lo dijo el instinto, que si no se detenía, si no se tomaba su tiempo no llegaría a ninguna parte. Tiempo para descansar, tiempo para caminar, tiempo para comer y cazar, tiempo para cada cosa: ¿dónde escuchó eso?.

También aprendió que demorarse era avanzar, y que no siempre el que va más rápido llega antes. Llegar llegaría, un día más un día menos llegaría, pero si no apaciguaba las ansias, si no tranquilizaba su andar nunca llegaría.

Entonces dejó de sentir el apuro por rebasar horizontes. Y como siguiendo un oscuro mensaje, adoptó el ritmo oculto de las cosas, sabiendo que igual superaría los más lejanos confines pero sin el anhelo angustioso de rebasarlos. Así le fue creciendo la paciencia del cazador primitivo, capaz de esperar horas y perseguir por días al animal buscado y darle alcance, compartiendo luego con el perro amigo: picanas, caracú, alitas, costillares.

Ahora lo vemos cruzando una pampa al trote, trepa cerros sin esfuerzo afirmándose en los dedos de los pies; asciende por la ladera, avanza sobre la meseta, cruza el otoño al trote, llega al fondo de un cañadón, se mueve sobre la piel del silencio.

Se detiene. Sólo escucha su respiración y el acelerado jadeo del perro, ronco, cavernoso. Nada más se escucha, ni siquiera el canto delgado y solitario del chorlito sobre la rama, nada. Cubierto por el silencio continúa atento y cansado, cruza el cañadón siempre trotando, salta una zanja seca y se aleja, se aleja.

Desaparece.

Anda andariego, y andando, a cada paso se distancia y en cada paso se acerca a la memoria y lo alejará del olvido.

La figura, desdibujada y perdida vuelve a emerger nítida y constante. Hilario va, sin ideas, sin hogar, sin mujer, sin más país que el país que pisa. Sólo tiene ciertas imágenes que cada tanto vuelven, recurrentes, ciertos sueños y pesadillas. Vuelven los recuerdos verdes de su tiempo verde, de ríos soleados y pájaros multicolores mientras sigue indetenible por la pampa parda.

Lo vemos desplazarse por un faldeo, pero ahora desaparece tras esos matorrales gris verdosos o en aquella hondonada semioculta. Pasa cerca de un calafate que se demoró en sus frutos y que recoge como una ofrenda del paisaje. Hilario, esa figura patagónica que escupe las pequeñas semillas que le dejan la boca hambrienta teñida de un violeta rojizo. Un fantasma escurridizo, una nube terrestre, un breve viento corporal el que rodea un monte de molle, el que ocupa el vacío silencioso de presencia humana.

8

No está perdido, pero es un naufrago de silencios, de frío, de distancias. El sabe que todo lo que debe hacer es persistir en el ritmo conquistado.

-Trotando livianito llegaré, si, llegaré, sí que llegaremos Chamigo, sólo hay que aguantar, aguantar como los patagones.

Y andando comenzó a sentirse gente del sur.

Haciendo del andar su destino, adquirió imperceptible el aliento del lugar, integrándose a cada paso a la atmósfera ilimitada que lo envolvía, Han dejado de serle extraños esos lugares de mesetas ventosas y cañadones, de playas pedregosas y acantilados. Intuye ser parte consustancial del suelo que recorre, se sabe y se siente tierra que anda, es decir, hombre del sur.

Y en medio de la tarde interminable grita:

-¡Hilario patagón!. Grita bajo la bóveda serena, grita más allá del horizonte, grita:

-¡Hilario patagón! ¡pa-ta-gón!, ¡aquí va un guaraní patagón!

Y por vez primera se escucha en plena estepa austral el hondo y feroz sapucay, grito sagitario perforando el vacío y el silencio atribulado de las cosas.

Anduvo. Continuó por delgados senderos rastrillados pacientemente por ¿manadas de guanacos?, ¿zorros persiguiendo liebres? ¿baguales, pumas?.

Anduvo por líneas ocultas y perdidas. Por esos mismos rastros sigue el nómada para no demorarse en los sorprendivos obstáculos del territorio inédito.

En el instante que pisaba la sombra de un aguilucho planeando sobre él, lo escuchó chillar, como si al pisar la tierra sombreada hubiera aplastado parte del cuerpo del ave. Alzó la vista: "Seguro hay algo muerto cerca". Se detuvo, olfateó el aire pero no sintió ni vio nada fuera de lo normal. Tanto la vista como el olfato no habían percibido nada, pero el silencio insólito con el que se encontró de pronto le hizo sospechar que algo o alguien había, tal vez un puma o varios pares de ojos de tehuelches.

Chamigo huele a otros hombres, ese olor agrio de cuerpos humanos, pero es un olor que viene enredado con la grasa de foca, de cuero de guanaco; es un aire turbio que no puede distinguir bien aunque sabe que es de otros hombres, por eso rezonga y mira al solitario y después lo sigue.

De improviso, de la vertical tranquilidad del campo, se alza un remolino que dibuja un frenético solo de danza evanescente y veloz en insólitos y caprichosos desplazamientos, para luego desaparecer, tan intempestivo y fugaz como surgió.

Asimiló el viento sin resistirlo. Aprendió andar en él y aprendiendo con él se dejó ir como pez en mar de fondo. Que cuando el duende de la inmensidad ondea coirones y pastos y ramajes y sacude amenazante al calafate, cuando provoca inmensas polvaredas amontonando colchones de médanos entre las matas; cuando fluye indetenible por el páramo y trepa lejanías: todo un mundo se pone en movimiento. Son las entrañas abismales que al hacerse escuchar, callan y se refugian temerosos los demás seres.

9

Vagó por días, empujado o detenido por el fantasma de la vastedad. Anduvo a su merced, en medio de densas polvaredas que recorrían todo el día, de la mañana a la tarde púrpura, calmando sólo con la noche para continuar otra vez al otro día, insistente, incansable, abrumador en su danza de abismos.

Así cruzó el país del viento, como una ráfaga más en el territorio intemporal de su aventura

En una pequeña pampa pedregosa y pelada (visitada y trabajada por el aire frío y seco, por el sol, la nieve y los siglos, los veranos, el viento, por las lluvias y las noches heladas, por el granizo, el tránsito de las fieras, las estaciones), dieron caza (hombre y perro) al chulengo perseguido desde la tarde anterior, la pasada noche y todo el día completo hasta esta tarde. Ahí mismo lo carneó, después de degollarlo y beberles (perro y hombre) la sangre. El hombre se puso la res al hombro y así caminó buscando en una hondonada cercana un lugar protegido para disfrutar (cazadores hambrientos, cansados y flacos) una carne fresca y tierna y un cuerito de lana rubio canela y blanca para abrigar.

Al calor de fuego y con la modorra que deja el alimento, asoma el deseo. Como una brisa lo invade la imagen turbadora de la mujer, la renegrada selva de su cabellera enmarañada sobre los pechos donde canta el placer, la confusión carnal, las urgencias y el sorprendido estallido del fundirse en ella.

Memoró mulatas y negras de amores frenéticos, de cuerpos cimbrantes sobre el pasto fresco, en un paraíso de juegos sensuales bajo el sol, cuerpos oscuros, exigentes, fulgurantes de sudor y saliva. Sólo me falta ella. Dice, y se ensueña.

-Hemos andado tanto que se acabó el mundo.

Desde una altura dominante comprobó que se encontraba en el centro de una vasta curva que formaba el mar entrando en el continente.

-¿Habremos hecho la mitad del camino Chamigo?.

El perro que avanza unos metros por delante se detiene y lo mira, las orejas levantadas con atención, expectante, escucha que el hombre dice:

-¿En qué lugar del reino estaremos?

La línea de la costa se repite interminable. Hacia el norte, una eminencia puntiaguda y nevada en su cima rompe la línea horizontal y trapezoide de la meseta. La amplia visión resulta sedante y permanece un largo rato mirando extasiado la vasta y azul y límpida y abierta superficie marina. Luego desciende el cerro de arenisca, de cantos rodados, recorre una extensa playa de arena, y al final de la misma y al borde de altos acantilados encuentra la desembocadura de un arroyo. En el zanjón, provocado por el curso de agua y protegido por altas y tupidas matas de un sólido verde, pasará un par de días a cholgas, cangrejos, pulpos, mejillones, lapas recogidas en la restinga que descubre la bajamar.

¿Quién pudo haber visto a Hilario?

¿quién pudo haber observado al mimético, al móvil, al infatigable errante guaraní?

Imagino las asombradas miradas de alguna tribu de tchonekas; pero más aún lo vieron saberbias, interminables manadas de guanacos rubios y pardos cubriendo laderas,

10

hondonadas y veloces distancias; y también, curiosos charitos grisáceos, los cuellos alargados de sorpresa; y avestruces patudos, confundido su plumaje plumizo entre el gris parduzco de las mesetas; lo siguió la vista macroscópica del cóndor, cuando aún planeaba de la cordillera al mar; los vieron tantos y tantos atemporales seres atravesando migrante, inocente como ellos, el otoño austral.

¿Quién pudo haber visto a Hilario?; quiénes sino el pululante mundo de seres vivos poblando la virginal estepa patagónica.

-¡Chamigo! -llama el andante, sin saber que el perro ha olido al piche, por eso escarba intensamente y al oír el grito levanta la cabeza, el hocico lleno de tierra, las orejas tiesas, atentas, y vuelve otra vez a mirar y escuchar con detenida y nerviosa atención la cueva.

El hombre vuelve a silvar llamándolo, y el animal, inquieto, levanta la cabeza para mirarlo, pero ahora la indecisión se apodera de él, no sabría si seguir la caza o volver al hombre; entonces lanza un par de ladridos rápidos, cortados, nerviosos hacia el bípedo y hacia la cueva, pero fiel y obediente retorna al trote donde se encuentra Hilario.

En sus días habrán noches en las que, cubierto por los cueros, y Chamigo a sus pies (seres pedestres abrigándose mutuamente) sabrá espiar cómo brota desde los confines del mar, el astro de la noche, descubriendo con su luz plata la negra línea horizontal que separa el cielo del mar y proyectando sobre la superficie tenebrosa un sendero dorado que llega en oleadas centellantes hasta la costa. Luego, ya elevada, la esfera naranja y oro reverbera lentejuelas marinas, y momentos después, definitivamente alta, la plenilúnica claridad ilumina la noche oscura, indescifrable y helada.

Hilario observa admirado, sin pensamientos el fantasmal paisaje nocturno. Abrumado y supersticioso ante Aquello le invade un antiguo temor pánico que le viene de su orfandad ante la inmensurable presencia del Todo; es entonces cuando un estremecimiento de fragilidad humana le recorre el cuerpo y se acurruca bajo los cueros resguardado en el olor cálido de su cuerpo, el cuerpo que es todo su hogar. Acurrucado, más cerca del fogón, ahora de brasas rosada y grises ya casi apagadas.

Otras noches, no será la luna sino un vértigo de negro cielo transparente lo que sus ojos y corazón admirarán: un jolgorio titilante, una miríada de luces inalcanzables que emiten desde la nada señales misteriosas, un revuelo de nebulosas, una frondosidad de estrellas de donde se descuelgan veloces algunas viajeras dejando surcos inefables sobre el telón de la noche. Absorto en las espléndidas constelaciones que dibujan figuras mitológicas, sabrá -se lo dirán los tehuelches- que esas formas alargadas allá arriba conocidas como Cruz del Sur, la nombran -y eso es lo que parece- Las Patas del Avestruz; porque son dos, ahí están, yendo al sur: ¿vos Chamigo viste un avestruz con una sola pata? La pata en el cielo, en el suelo del cielo del avestruz. El cielo de todos.

Y en ese estarse quieto contemplando tanta gloria, sintió que él también y con él Chamigo y con él todo el campo y todo el mundo: el viento, el agua, la noche, moviase siguiendo el oculto ritmo que cada ser comparte y cumple y lleva dentro de sí; el inefable

ciclo que provoca el aparecer y desaparecer de todas las cosas sin causa y sin objeto. Siente en silencio el unísono de las cosas. El también es Eso.

11

Y contemplando arrobado el firmamento, con la cabeza que descansa en las palmas de las manos, se dormirá inocente, callado, cansadamente solo, cubriéndose en sus sueños y cobijado por la noche.

Y una mañana, al abrir los ojos, se le presentó en una suerte de pelusa de cristales blancos, de aire áspero y cortante, de tierra endurecida y cuerpo entumecido el esperado y temido frío.

Se estiró bajo los cueros y el rezongo del perro le respondió a sus espaldas. Se despezaron.

Volvió a encender el fuego con las cenizas y brasas cubiertas con piedras durante la noche. Cortó un pedazo de carne asada tirándosela como al descuido al animal que, atento, la caza en el aire y de un bocado se la traga. Calienta en las brazas otro trozo para él, y mirando el campo helado comenta:

"Habrà que darle pata Chamigo que se nos viene el invierno".

Después de churrasquear, acomoda las pocas cosas en la alforja y se pone nuevamente en camino. El aire severo y fresco del amanecer le hizo lagrimear. Con las manos bajo los sobacos adopta el ritmo adquirido, ese andar incansable, llevador, reemprendiendo el viaje alucinante que bajo el frío de la helada se asemeja a una disimulada huída.

Un vagamundo famélico, huesudo, con su mata de pelo hirsuto que le cae sobre los hombros y le oculta casi el rostro barbudo, seco, cuarteado por el frío. Errabunda figura cubierta de cueros de chulengo, el cuerpo embadurnado con grasa de foca, maloliendo; con la piel de foca cubiertos los pies protegiéndolos del hielo que el viento vuelve más penetrante.

Ese hombre, asediado por el inmenso páramo retorna a sus mejores recuerdos:

-¿Cómo era Chamigo esa música que cantábamos en la Misión?

Haciendo un descanso trata de recordar.

-No la de la iglesia sino la otra, ésa que el maestro tocaba en el violín? -mira absorto la lejanía-, suavcita era, suavcita y finita como la cintura de la moza de ojos negros.

De sus interiores le llega como oleadas la melodía barroca, rítmica, alada, inverosímil en ese entorno, pero conciliadora y alegre. La melodía contrapuntística y, como él, en fuga, lo mantuvo de buen ánimo todo el día y otros días acompañando su pedestre soledad que danzarines aires lo hacían sentirse un ser distinto en ese mundo de severa indiferencia.

-Cuando el coro cantaba parecía una bandada de pájaros levantando vuelo. Volando, como aquella punta de flecha allá en el cielo Vandurrias migrantes cruzan al norte llenando el aire con un sonido seco de madera hueca mientras se alejan leves, airosas, libres de espinas y de piedras.

-¿Se cansarán de volar los pájaros como nosotros de andar?.

La respuesta viene del agitado aliento del animal que lo observa desde un promontorio, se pasa la lengua por el hocico guardándola con un veloz movimiento de tragar saliva, se queda inmóvil sin respirar, escucha atento y vuelve otra vez a abrir las fauces para tomar aliento y respirar, la lengua colgada, rosada, babosa y refrescante.

12

Son dos días caminando en la nieve y en su cuerpo se ha instalado el frío como una enfermedad perversa. El cielo límpido y celeste contrasta con las sombras violáceas de las laderas sur de los cerros de donde proviene un aire lacerante que le talla un rostro de distancias y de hielo.

Pero el cielo azul de la mañana se irá tornando gris metal a media tarde. Y otra vez, oleadas y oleadas de infinitos copos interrumpidas por remolinos de viento blanco le cubre la visión, lo desorienta. Un deslumbramiento sutil y callado se desploma gélido e implacable sobre el mundo. Blanco plata en la gris tormenta. Frío blanco en la desolación helada.

Con la nieve hasta las rodillas, los pies son plomos dolientes de humedad. Caminar es hacer crecer el cansancio, sin embargo debe superar la meseta donde transita y llegar a un bajo protegido de la tormenta pese a que no puede ver más allá de unos pocos metros, espiondo entre las pestañas que se cubren de hielo la blancura enceguecedora.

Con la barba blanqueada de hielo su figura adquiere un aspecto fantasmal de anciano al que le cuelgan de bigotes y cejas, estalactitas; es la viva imagen del tiempo irreparable. Las pestañas cubiertas de hielo le impiden abrir los ojos mientras avanza en la ciega cerrazón como empujando el frío compacto, denso, material. Así y todo camina sobre la nieve que es leve, evanescente y continua, parecida a un ácido dolor blando mientras el sudor se congela en el magro cuerpo que se hunde entre espesas nubes plumizas. Vaga al azar, en una fría y dura y cegadora luz que lo torna invisible, cubierto del profundo blanco, una liviana blancura que se hunde a sus pasos; sólo alcanza a percibir las huellas hambrientas y alegres de las liebres, huellas de zorro, del puma marcando los pelos de su panza en la nieve crecida.

La fatiga lo doblega. Los cueros que lo cubren, empapados de nieve pesan como una pena eterna. Hilario escucha al perro que tras él se queja de cansancio, para el animal cada paso es un salto en la hondura de la nieve.

-Vamos Chamigo, vamos. Dicen que si en la nieve te quedás quieto y te gana el sueño seguro que te morís.

El cansancio como un perverso y constante dolor de herida blanca.

-Si te dormís te morís dicen, eso dicen: si te dormís te morís. -Dice.

Largas, pausadas, espesas bocanadas de vapor escapan de su boca. En un acto de maligna magia desaparecían las cosas, borrándose toda distinción de cielo y tierra, todo el mundo era un páramo de nubes.

Camina en una niebla que lo cierne como mortaja. Camina sobre la pura nada blanca que lo enegece. Vaga por un espacio amorfo, indiferenciado, en una luz sin fondo ni perspectiva, donde el arriba y el abajo se han disuelto, y alrededor sólo la turbia nada, un espacio sin referencia, sin contraste ni matiz, un cuerpo sin sombra.

Busca algo que permita un descanso, que apacigue tanto deslumbramiento, tanta disonancia incolora, aplastante, violenta y fría, sin más apoyo que el peso cansado de sus pies.

"Hay que seguir, hay que seguir nomás, seguir y seguir... seguir" - repite para animarse la joven figura anciana.

El vaho cristalizándose en el aire espeso. No es más que un fantasma producto de la desmesura, transido de un dolor de hielo, impulsado por su tenacidad salvaje.

13

La tormenta hace un claro por el que se observa, al fin, la interminable extensión vacía del mar.

"El mar, donde sale el sol". -ya no está perdido, sabe la dirección que debe seguir.

"Hacia el norte, siempre al norte, siempre al norte..."

La sombra cubierta de cueros resulta un punto gris y móvil en el desierto nevado. El sol asoma entre las nubes rápidas que el viento despeja; y entonces es testigo gratuito de una apoteosis áurea sobre el páramo helado. Una luz dorada cubre de esplendor el paisaje blanco. La sombra azul camina su orfandad sobre ese mundo de oro sin entender tanta frío fulgor. Pero fue solo un rato, un paréntesis brillante, un único golpe de luz en que el oro alumbró sobre las cosas y se apagó.

La tarde cruzó rápida seguida de tinieblas, y en el umbral de un silencio inmenso y sagrado, el solitario nómada apenas es una sombra difusa bajo el sudario tenebroso y helado.

Las piernas se resisten a seguir. En una mata alta y frondosa y con las pocas fuerzas que aún le quedan, escarba con el cuchillo buscando la tierra seca para refugiarse exhausto, definitivo, cayéndose en el cansancio.

Un ser de la inmensidad cubriéndose y en posición fetal murmura junto a su perro: "Hay que seguir Chamigo, descansamos un poco y seguimos... porque si te dormís Chamigo te morís".

Pero el agudo, el quemante frío le desgarró no ya la carne, también la voluntad, y siente que resbala hacia un sueño dulce que lo guarda que lo cuida y lo apaña, es una nube blanda y bondadosa, una canción maternal. Un piadoso sopor lo invade y se adormece.

se está estamos bien Chamigo estoy bien está

ya no hacen falta los mates ni el charqui ni el agua ya no hay que caminar más

los ojos se apagan bajo la lengua tibia del sueño con la imagen de ella y su mirar de brasas que llaman lo llaman regresan esos ojos del verde soleado llegan al blanco austral gruñe chamigo en la tormenta ahora regresan no me dejen en sanjulián sus ojos

negros destellos amables bajo las cálidas sombras la sonrisa carmín relinchos de baguales en el saladero cánticos del coro ¿dónde? más allá del viento gris canto misional sobre blanco difusas siluetas del grupo patagón emergen verde tropical blanco hieloazul se escuchan ladridos familiares apagados si te dormís viento afiebrado figuras figuras en un fondo de oscura selva donde juegan relámpagos nocturnos te morís junto al inalcanzable verde vegetal contra el blanco hielo si dormís la noche verde claro te morís callejón de sueños alegres del dulce sueño cristalino si dor más si dor ssi

14

Página en blanco

15

-¿Se durmió don Hilario?-¿He? -vuelve el viejo abriendo los pequeños ojos en ese rostro oculto en la semipenumbra que el rescoldo proyecta sobre la breve estancia de adobes ahumados- no gurí, miraba pa dentro nomás.-Casi se le cae la pipa, don. La pipa hecha por las manos callosas del hombre sentado sobre una cabeza de vacuno. El fuego remolonea su calor en tonos naranjas y en ocultos azules. Sobre las brasas, una negra pava comienza a cuchichiar su tibieza para los últimos mates del día.-Recordaba nomás. Dice ese hombre de barba gris que ya no espera nada, dice en un decir pausado como la tarde tranquila de la pampa.¿Y qué recordaba don Hilario?-Tiempos menos tranquilos. Aquel viaje volvía cada vez con más insistencia a su memoria. La vida vivida se presentaba más actual y fuerte que este presente tan remoto como insulso. Durante la travesía había vivido como en un estado de continua excitación, en permanente alerta, predispuesto al peligro, a lo imprevisto. Era, recordaba, como cuando vivía arrebatado por aquellos ojos de la cálida muchacha guaraní, así de transido, parecía un amor que regresaba, insistente, provocador. Sobre el camastro sueña sin sueño; no es aquel de los párpados pesados y el agobio del cuerpo que lo desplomaba en la nieve, es un ensueño que viene como imágenes de su vida, esas que fueron construyendo su única e intransferible experiencia, esa vida que añora como si no hubiera sido de él, pero en cambio su cuerpo memora las vivencias. Igual de desesperado se aferraba al embeleso de aquellos ojos renegridos, aquella cabellera esponjosa, cálida, oscura, cuando verla era provocar un volcán dentro del pecho, un dolor de puñalada amorosa. ¿Es el cuerpo que se siente viejo y convoca los recuerdos para aplacarse? ¿Le anuncian sus sentidos una experiencia nueva y definitiva?Vuelven las imágenes en visiones superpuestas: niña donosa de ojos selváticos, figuras de tehuelches ecuestres recortados en la nieve, la proa del barco hundiéndose y saliendo airosa de las olas frías del mar del sur, instantáneas de su fiel Chamigo "mi viejo perro, hace tanto, hace ya tanto...".La vida ¿o el recuerdo de la vida entrándole por los sentimientos? ¡Ah su vida, su vieja vida!, y este cuerpo que pesa y cuesta levantarlo.Sale la sombra del rancho, va en busca del oscuro, viejo y manso como él, atado al palenque. Monta y se aleja sin ruido, sin perros, sin testigos, como un fantasma, un olvido, iniciando un viaje del que nadie sabrá decir nada. Y él, habiendo navegado el mar tantas veces, habiendo surcado los cálidos ríos de su niñez, pero que sólo una única vez cruzara aquel inconmensurable país del sur, sólo esa vez sería suficiente para marcarlo tan hondo durante toda su existencia, hasta esta tarde encaminada hacia la noche de su día.

16

Volver, retornar a esa tierra de un payé tan especial y misterioso. Ahora va, cabalga hacia la boca de la noche, con la misma decisión con que salió de San Julián y era joven y llevaba en su mirada una embriaguez de horizontes inalcanzables. Va hacia el oscuro enigma de aquellos ojos negros que siempre lo acompañaron y ahora lo llaman, lo llaman "Hilario". Te llaman Hilario. Ya noche, la mujer que se demoró charlando con la vecina entra al rancho a oscuras:-Hilario ¿te preparo unos mates?Separa el cuero de potrillo que divide la cocina de la pieza y pregunta:-¿Hilario?

Angel Uranga. C.Riv. marzo/julio/1998.

17

Noticias acerca de Hilario Tapary

"Hilario" es ese personaje brotado del trasfondo de la historia patagónica.

Nó; mejor corrijo: "Hilario" es el personaje que fue creciendo desde los pies de corredor pedestre, como una suerte de obsesión telúrica y deportiva.

Desde otro lugar, Hilario Tapary fue ese personaje de quien el polígrafo Pedro De Angelis rescata del olvido en su monumental *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. 1836/37.*

En suma, "Hilario" es una narración que surge a partir de la lectura de la primer recopilación histórica argentina, la cual retoma el relato manuscrito asentado en el Cabildo de Buenos Aires por alguien que, a su vez, lo toma de declaraciones de un iletrado guaraní.

La Historia:

Estamos en 1753, el empresario bonaerense Domingo Basavilbaso, dueño de saladeros, remite a San Julián una tartana para extraer sal y establecer una factoría.

En el sur y habiendo llenado la bodega de la pequeña embarcación, ésta parte el 14 de marzo, rumbo al río de la plata quedando en el lugar, junto con animales, armas y todo tipo de provisiones para instalar la factoría, tres personas: un gallego de nombre Santiago, un "natural de las Indias Occidentales" y un indio guaraní, Hilario Tapary.

Cuando meses después vuelve la tartana a recalar en San Julián por un nuevo embarque de sal, encuentran el lugar desierto, sin rastros de la avanzada civilizadora, mejor dicho, con los restos de ésta. ¿Qué había pasado?.

Sucedió que los nuevos habitantes del lugar recibieron visitas de los nativos quienes, desconocedores de los derechos y bondades de la propiedad privada, arriaron con cuanto cosa les interesaba y hasta con lo que no les servía. Frente a esta situación de desamparo y temor, el gallego huyó tierra adentro perdiéndose para siempre, mientras que el guaraní y el "chino" decidieron volverse a los Buenos Aires: ¡a pié!.

En la terrible travesía, en el invierno patagón, el chino muere de sed y agotamiento, mientras Hilario será rescatado por los nómades con quienes retorna (enero de 1755) al saladero de Basavilbaso tras pasar una temporada en las tolдерías.

Hasta aquí la historia.

La escritura es un palimpsesto donde se vuelve a escribir lo escrito alguna vez en torno a una experiencia que en otro momento fuera contada. Relato sobre relato, texto superponiéndose al mismo texto que narra lo mismo. Puente semántico sobre el tiempo. Porque, es cierto, escribimos para no olvidar, ya que el olvido es el otro nombre de la muerte.

Entonces, se escribe para no morir.

N.B.

(este relato lleva por firma HUENCHULEF, no Angel Uranga).

LOS YÁMANAS



Yámana, canoeros marinos de Tierra del Fuego, por Luis Abel Orquera y Ernesto Luis Piana

La mortandad de los yámanas, por Martín Gusinde
Entrevista a Anne Chapman sobre los yámanas

Los yámanas fueron un pueblo que habitaron en lo que hoy es la Isla Grande de Tierra del Fuego en el sur de la Patagonia. Eran canoeros, de hábitos nómadas, pacíficos, con un rico lenguaje. En este momento de textos sobre Patagonia de Temakel intentaremos acercarnos algunos aportes que nos ilustren sobre esta especial comunidad humana hoy tristemente desaparecida lo mismo que que sus vecinos los onas. Para consumar este propósito, les presentamos primero un texto introductorio muy completo sobre la vida y costumbres de los yámanas. Luego un fragmento de la obra sobre los indios fueguinos del célebre antropólogo austríaco Martín Gusinde, quien participó en un hain ona. Aquí, Gusinde analiza la inquietante mortandad de los yámanas. Y, por último, una entrevista a la también famoso antropóloga francesa Anne Chapman, autora de un clásico libro sobre los onas. En este caso, su vocación antropológica se refleja en una labor de recuperación del olvidado legado de los yámanas, los primeros marinos de Chile y Argentina.

El

Sobre los yámanas en Temakel también pueden consultar:

. El informe de Schapenham .*El documento más antiguo sobre los yámanas*

YÁMANA, CANOEROS DE TIERRA DEL FUEGO

Por Luis Abel Orquera (1) y Ernesto Luis Piana (2)

Los indígenas canoeros, o nómades marinos, que vivían en el sur de Tierra del Fuego se llamaban a sí mismos *Yámana*, palabra que significaba primordialmente humanidad, humano, vivo, no muerto, con buena salud. Con ese término el grupo se individualizaba respecto de otros indígenas que hablaban un lenguaje diferente, así como de todos los pueblos distintos a ellos mismos. Como nombre auténtico de esos indígenas se debe respetar esa autodenominación del ser grupal. En otros escritos se los denominó de

otros modos, como por ejemplo Tekinika, nombre que nunca tuvieron y que en realidad se originó en un malentendido del capitán R. Fitz -Roy. Más comúnmente utilizado es Yahgan (en la literatura en inglés) o yaganes (en castellano), pero este término no identificaba al grupo sino que fue creado por el Rvdo. Thomas Bridges en referencia a los aborígenes que ocupaban el *Yagashaga*, hoy canal Murray, y luego fue generalizado. Ya creada la Misión Anglicana en Ushuaia, algunos fueron bautizados con el término Yahgan como apellido, nombre que por esta vía llegó a tener un cierto y tardío valor de autorreconocimiento.

El país de los Yámana se extendía desde bahía Sloggett al este (en la margen norte del canal Beagle) hasta la península Brecknock al oeste y el Cabo de Hornos por el sur, es decir un triángulo cuya base era la margen norte del canal Beagle y su vértice el Cabo de Hornos. El islarío que se extiende al oeste hasta la desembocadura occidental del Estrecho de Magallanes estaba ocupado por otros nómades de mar conocidos como alacalufes, que tenían pocas diferencias culturales con los Yámana. Hacia el este entraban en contacto con los Haush. En grupos se producían algunos casamientos mixtos con yámanas y había algunos individuos con capacidad bilingüe que eventualmente oficiaban de traductores. Por el norte, detrás de las montañas, habitaban los Selk'nam.

Los Yámana llamaban a su lenguaje *yamaníhasha*. Se caracterizaba por ser sonoro y abundante en vocales. A pesar de su riqueza en vocablos, los yámanas eran poco conceptuales: no entendían ideas abstractas separadas de un contexto de aplicación inmediata. Muchas de sus palabras servían para indicar matices sutiles o diferencias de situación; la estructura gramatical utilizada era sencilla.

Interpretaciones ligeras crearon una desfavorable descripción del carácter de los yámanas. Los europeos que establecieron los primeros contactos les crearon una suerte de leyenda negra que incluyó apreciaciones tales como feroces, antropófagos y gran cantidad de términos peyorativos cuya sola base era la incomprensión. Quienes posteriormente tuvieron convivencia prolongada con estos indígenas acometieron una ardua tarea para cambiar tan denigrante fama, pero lo lograron. Se debe destacar la acción de misioneros anglicanos como Thomas Bridges y John Lawrence, de científicos como Paul D. Hyades y de colonos como Lucas Bridges.

De baja estatura y piernas aparentemente débiles y tórax muy desarrollado, no daban la impresión de desarrollo y fuerza. Sin embargo eran muy resistentes y en más de una oportunidad resultaron más fuertes que los marinos europeos. Tenían facciones regulares, pómulos pronunciados, frente baja, nariz de base deprimida arriba y ancha abajo y labios gruesos. Tenían cabellos negros, gruesos y lacios; eran casi lampiños, no usaban barba ni bigote y solían depilarse las cejas.

Los Yámanas eran laboriosos sólo cuando lo juzgaban necesario; en tales circunstancias podían efectuar grandes esfuerzos físicos. Sin embargo, su concepción del trabajo no era la de los europeos: no lo consideraban un fin en sí mismo ni una obligación permanente. Por lo tanto, no solían mantener el esfuerzo durante mucho tiempo y, de no estar acosados por alguna urgencia, alternaban la labor física con frecuentes y prolongados períodos de descanso. De la reiteración en crónicas y fuentes etnográficas surge que los yámana habrían sido emocionales y fácilmente excitables, pero al mismo tiempo poco efusivos en la manifestación exterior de sus afectos, muy susceptibles y suspicaces, hospitalarios y dadivosos pero fríos, y tan pronto taciturnos y reservados (sobre todo en presencia de extraños) como conversadores y propensos a la risa fácil.

El relieve accidentado, los suelos muchas veces saturados de agua, la cerrazón del bosque y la maraña de troncos caídos no impedían las marchas a pie de los fueguinos. Aunque preferían desplazarse en canoas, los yámanas solían caminar mucho. Lo hacían con agilidad, pero encorvados, y tenían una forma de apoyar los pies sobre el suelo que daba a su marcha un aspecto algo bamboleante. Se describió que cuando estaban de pie, daban cierta impresión de desgarbados e inestables debido a la torsión de los pies hacia adentro, a la flexión de las rodillas y a la inclinación del tórax hacia adelante. Sin embargo, en las fotografías que de ellos quedaron esta es la posición de la minoría. Su postura de descanso más habitual era estar en cuclillas.

Todas las mujeres yámanas nadaban; los varones rara vez o nunca.

El borde occidental y meridional de Tierra del Fuego es montañoso, boscoso y lluvioso. En el interior del bosque los recursos comestibles eran muy escasos y para obtener los

de otro orden -por ejemplo, leña o corteza- no era necesario adentrarse mucho. En cambio, en las costas existía la posibilidad de encontrar lobos marinos, aves, peces, mariscos y, eventualmente, hasta ballenas varadas. Salvo estas últimas, las otras especies presentaban para los cazadores y recolectores una ventaja muy importante: lo que se llama "previsibilidad de encuentro", pues su abundancia permitía confiar en que todos los días o con mucha frecuencia se hallarían ejemplares de ellas. Pese a lo cambiante del clima y a los riesgos de la navegación, los desplazamientos en canoa eran mucho más cómodos que las caminatas y brindaban posibilidades mucho mayores de acceso a alimentos sustanciosos. Es natural, por lo tanto, que la vida de los indígenas haya sido esencialmente costera y marítima.

Obtenían todo su sustento a través de la caza, la pesca y la recolección. Hasta que los primeros europeos se instalaron en la región, nunca habían practicado el cultivo de vegetales.

Los lobos marinos cazados por los yámanas pertenecían a dos especies: "lobos marinos de dos pelos" o focas peleteras (*Arctocephalus australis*) y "lobos marinos de un pelo" o "leones marinos" (*Otaria flavescens*); estos últimos tienen el doble del tamaño de los primeros. No hay datos etnográficos sobre la frecuencia de captura de una y otra especie, pero los datos arqueológicos indican para tiempos anteriores a la explotación de europeos y criollos que los *Arctocephalus australis* eran cazados mucho más a menudo que los otros. Sólo gracias al consumo intensivo de esos lobos marinos -ya que el rendimiento calórico de la grasa y el aceite es muy superior al de la carne o el de los alimentos vegetales- los yámanas podían contrarrestar las elevadas exigencias que el clima frío, húmedo y ventoso imponía a su metabolismo (poseyendo, como poseían, una vestimenta muy escasa). Pero no sólo calorías obtenían de los lobos marinos: sus cueros eran rígidos pero aprovechables para confeccionar capas y correas; esófagos, estómagos, intestinos y vejigas servían como bolsitas o pequeños recipientes impermeables. En el siglo XIX las poblaciones de lobos marinos que recorrían aguas fueguinas sufrieron tremenda reducción debido a las cacerías indiscriminadas practicadas con finalidad comercial principalmente por estadounidenses e ingleses y en las últimas décadas del siglo por criollos.

Ocasionalmente los yámanas capturaban delfines pero a los cetáceos de tamaño mayor sólo los aprovechaban cuando los encontraban varados en alguna playa o, quizá, cuando se acercaban moribundos a la costa. Esas situaciones no eran previsibles, pero parecería que en tiempos antiguos ocurrían con relativa frecuencia. En tales casos, obtenían cantidades enormes de carne y grasa que les aseguraban sustento por largo tiempo; incluso daban lugar a una de las pocas instancias de conservación de alimentos que practicaban los yámanas: depositaban pedazos de carne y grasa en turberas o en el lecho de arroyos (donde se conservaba apta para consumo al parecer durante muchos meses). Por lo tanto, la incidencia en la dieta de este recurso no debería ser menospreciada. Los nativos también aprovechaban los huesos de las ballenas - apropiados para confeccionar puntas de arpón y otros utensilios- y las barbas, que convertían en filamentos para cantidad de usos como costuras de canoas y baldes de corteza o lazos de trampas para aves.

Los guanacos tienen carne abundante y menos dura que la de lobo marino, pero muy poca grasa. Su captura era más difícil que la de los lobos marinos desde canoas, pues los guanacos son animales muy ágiles, veloces y asustadizos, a los que costaba sorprender. En contraposición, el cuero de los guanacos es flexible y muy abrigado, algunos huesos son muy aptos para la confección de ciertos utensilios y los tendones de cuello y patas son largos y eran útiles para muchos usos.

Sólo en la mitad oriental del canal Beagle y en la isla era posible encontrar guanacos, en el resto del país yámana no los había. Estos eran los únicos animales terrestres de consideración cazados por los yámanas, y su caza se realizaba primordialmente en invierno cuando las tropillas bajaban a la costa.

Los yámanas solían cazar nutrias, pero la distribución y la densidad de estos animales no parece haber sido muy amplia en el oeste y en el sur. Ponían mucho empeño en apoderarse de pingüinos, cormoranes, cauquenes, patos-vapor y otras aves. También hay que recordar el consumo estacional de huevos. Aparte de su consumo como alimento, de las aves se guardaban ciertos huesos para confeccionar utensilios y adornos, las plumas para adornos y otros fines, el plumón como sucedáneo de la yesca y los bucheros como bolsitas para conservar aceite y embutidos.

La pesca no era muy variada, pero sí practicada cotidianamente. En el canal Beagle los peces son en general chicos y no gregarios, pero las migraciones que ingresan en verano y otoño hacían que la pesca resultara remunerativa. Entre esas migraciones suelen ingresar grandes cardúmenes de sardinas perseguidas por peces mayores y otros predadores. Esto proporcionaba a los indígenas comida en abundancia.

La recolección de mejillones era fácil y permanente, pero los mejillones tienen cada uno poco valor nutricional. Los mariscos ofrecen otras ventajas para la subsistencia humana. Forman densas colonias fácilmente localizables y que se encuentran casi a todo lo largo de las costas. Obtenerlos no dependía del azar o de factores climáticos y, salvo en marea alta, podían ser recogidos en casi todo momento. Eran un componente de obtención segura que incrementaban lo producido por otros recursos. Eran una "válvula de seguridad" para superar momentos de crisis. Salvo bayas, hongos y algunos mariscos, que eran consumidos crudos, los demás alimentos eran cocinados por al fuego o apoyados sobre brasas pero en general la cocción no era completa. No mostraban remilgos ante el consumo de carne o grasa en etapas iniciales de putrefacción.

Lo principal de la subsistencia yámana era obtenido de los lobos marinos; pero para capturarlos con regularidad no se podía confiar en sorprenderlos sobre la costa. Estos animales se reúnen durante un par de meses al año en colonias de apareamiento y reproducción, pero no necesariamente al alcance de las canoas aborígenes. Durante el resto del año, esos animales pasan más tiempo en el agua que en tierra y aquí son asustadizos. Por lo tanto, su caza en tierra no era suficientemente regular en el ciclo anual como para fundar sobre ellos la subsistencia. Era necesario algún método que permitiera apoderarse de ellos con frecuencia confiable y así fue que la colonización exitosa de la región por los indígenas durante más de 6000 años residió en el uso de canoas y de arpones de punta ósea separable.

La obtención del alimento estaba repartida entre ambos sexos. La cacería de lobos marinos era labor masculina cuando se practicaba en tierra, pero la mayoría de las veces ocurría en el agua y entonces era tarea compartida: la mujer aproximaba a remo la canoa mientras el varón acechaba en la proa y arrojaba el arpón contra la presa. Los hombres se encargaban también de cazar guanacos y aves y, cuando la ocasión se presentaba, arponeaban los peces de mayor tamaño. Las mujeres pescaban con línea y recolectaban toda clase de mariscos. La recolección de hongos, bayas y huevos era cumplida por uno u otro sexo según fueran las circunstancias.

Pese a las frecuentes tormentas, las canoas permitían el desplazamiento por los canales, hacían factible pasar de una isla a otra y posibilitaban de acercarse a los lobos marinos en el mar. Aún así quedaba el tema del arma a emplear. La que utilizaron primordialmente estaba diseñada para la cacería en el agua y complementaba a la canoa. Se trataba de arpones en los que la punta se insertaba en el mango en forma que se desprendiera de él en el momento de herir pero quedara unida por una correa flexible. De ese modo se reducía considerablemente el riesgo de rotura de la punta de hueso y la presa, al huir, debía luchar además contra la resistencia que oponía el mango de madera contra el agua al ser arrastrado. Si el lobo marino se refugiaba entre las espesas matas de algas próximas a la costa, el mango se enredaba en ellas o, si al llenársele de agua los pulmones el animal se hundía, el mango funcionaba como boya que indicaba la localización de la presa.

Los yámanas contaban también con otro tipo de arpón, cuya punta de hueso estaba fijamente atada al extremo del mango y en uno de sus lados mostraba muchos dientes pequeños prolijamente recortados. Esos arpones multidentados eran usados cuando no había temor de que el peso de la presa rompiera esas puntas (para capturar pingüinos, peces de cierto tamaño, etc.) o cuando, por estar firmemente parado en tierra y no sobre una bamboleante canoa, se podía confiar en retener el arma en la mano para asestar nuevos golpes. Cuando se los usaba contra peces, era frecuente que se ataran dos o más de estas puntas de arpón a un mismo mango. En general los mangos de estos arpones eran de menor tamaño que los que se usaban para encastrar las puntas separables y cazar lobos marinos.

Los yámanas eran hábiles en el uso de hondas, empleadas principalmente para apoderarse de aves; conocían los arcos y flechas, con los que cazaban guanacos donde los había, pero esas armas no estaban tan bien confeccionadas como los producidos por los Selk'nam. También preparaban (pero no muy asiduamente) trampas de

lazo. Siendo la pesca una actividad casi constante, llama la atención la precariedad de las líneas de pesca usadas por los yámanas, que no tenían anzuelo. Consistían en un cordón hecho con los resistentes tallos de los cachiyuyos o con tendones trenzados, un guijarro poco o nada trabajado que servía como plomada y un lazo hecho con rajas de canutos de plumas con el que se retenía el cebo.

La pescadora, inclinada sobre la borda de su canoa, esperaba que algún pez engullera el cebo; una vez que lo tragaba atraía al pez hacia sí tirando suavemente de la línea y lo capturaba a mano antes que saliese a superficie. Para capturar peces pequeños durante los grandes cardúmenes de las migraciones, simplemente usaban cestos a modo de redes que introducían a mano en el agua desde las Canoas. En otras ocasiones los peces simplemente se recolectaban. Esto ocurría especialmente durante los varamientos de sardinas y merluzas de cola.

Para recolectar lapas, quitones y mejillones del fondo de aguas someras, usaban espátulas bífidas de madera, para capturar centollas y erizos de mar se servían de otras horquillas que terminaban en tres o cuatro puntas de madera. Estas puntas eran en realidad una rama hendida longitudinalmente con dos tajos transversales entre sí que luego eran aguzadas y mantenidas separadas colocando maderitas entre ellas. A estas horquillas se las podía atar a uno o dos mangos de arpón (los más grandes rondaban los 3 m de largo) y en días calmos y con la transparencia del mar local podían ensartar erizos o centollas a cierta profundidad. También usaban este artilugio para recoger racimos de cholgas grandes de fondos de mar con substrato poco firme.

Los utensilios de piedra tallada que no fueran puntas de flecha eran poco elaborados. Con huesos de distintos animales confeccionaban cuñas para partir madera, objetos para extraer la corteza de los árboles, punzones, tubos sorbedores, peines, etc. Las conchillas de algunos mejillones eran usadas como cuchillos, siendo más eficaces en esa función de lo que se podría suponer. A veces eran enmangadas, atándolas a un guijarro de playa en cuyo caso funcionaban más como un cincel que como un cuchillo. Se confeccionaban baldes y jarros de cuero o de corteza. Los canastos de junco eran inseparables de las mujeres. Había multitud de otras aplicaciones para la madera, la corteza, el cuero, el pellejo de aves y sus plumas, ciertas vísceras, los tendones, las fibras vegetales y unos pocos elementos tomados del reino mineral.

El uso principal de la corteza de árboles era indudablemente la confección de canoas. Las canoas eran el elemento más elaborado de la artesanía de los yámanas y su propiedad más valiosa, como que su vida dependía de poseerlas. Placas de corteza cosidas entre sí eran mantenidas abiertas con una armazón de varillas de madera hendidas al medio y retenidas en posición arqueada por travesaños y por bordas de madera longitudinales. El piso era reforzado con más placas de corteza y en el centro se confeccionaba una plataforma de tierra o guijarros, sobre la que se mantenía fuego siempre encendido. Aunque las había más grandes, en general esas canoas medían entre 3 y 5,5 m de largo y podían transportar seis o siete personas. No tenían quilla ni timón. Eran de fondo plano lentas, se bamboleaban mucho y era necesario desagotar continuamente el agua que se filtraba por las costuras, pero se mantenían bien a flote aunque el agua estuviera agitada. Podían navegar bien sobre las frondas de algas, capacidad muy importante para poder acercarse a las costas pues éstas estaban en su mayor parte bordeadas por densas frondas de cachiyuyos. Los propios remos, de pala muy larga y mango muy corto, permitían impulsarse sobre las frondas de cachiyuyos sin enredar el remo en las mismas. Las encargadas de remar eran habitualmente las mujeres, pero cuando era necesario también lo hacían los varones. Salvo accidentes, solían durar seis meses a un año; la época habitual de confección era octubre a febrero, cuando la corteza podía ser desprendida de los árboles con facilidad.

En el ámbito ocupado por los yámanas se construían dos clases de chozas: una en forma de cúpula, hecha con ramas delgadas entrelazadas y cubiertas de follaje y cueros, la otra de forma cónica formada por troncos de mediano grosor con igual cobertura. Ambas tenían planta circular y diámetro entre 3 y 3,5 m. En el centro ardía siempre un fogón, junto al cual se apretujaban en cuclillas los ocupantes en búsqueda de calor. El espacio para cada individuo era mínimo. El uso de estas chozas no deber ser comparado con el de casas, sino más bien con el de tiendas de campaña. Servían para repararse de la inclemencia climática o para pasar la noche, pero la vida diaria se desarrollaba a cielo abierto. Pese a su apariencia endeble, la estructura de esas chozas podía durar varios años con sólo reparaciones menores.

En general no se las destruía (salvo que alguien hubiera muerto en ellas) sino que quedaban a disposición de la familia que las había construido o de terceros para ser reocupadas a placer. En cada cabaña acostumbraban vivir una o dos familias, pero a veces dormían en ella veinte o más personas. Había además, aunque raras, viviendas multifamiliares algo más grandes y chozas de dimensiones mucho mayores que se levantaban sólo en ocasión de ceremonias colectivas. Alrededor de las chozas se formaban los montones de desperdicios que dieron lugar a los conchales hoy estudiados por los arqueólogos.

Ambos sexos gustaban adornarse con pinturas, collares, muñequeras y tobilleras. Las pinturas podían cubrir el rostro, el cuerpo y a veces también los miembros. Los colores que se usaban eran el rojo, el blanco y el negro, formando diseños simples basados en rayas y puntos pero muy variados. La pintura facial y corporal formaba parte de muchos rituales y normas de cortesía. Además se utilizaba para comunicar estados de ánimo o las circunstancias en las que se hallaba su portador. Los collares podían estar confeccionados con conchillas o segmentos de huesos huecos de ave usados a manera de cuentas, o simplemente consistir en tendones o tripas trenzados. En ocasiones especiales se usaban binchas adornadas con plumas de aves y en las colecciones etnográficas hay algunos notables ejemplares de éstas.

Prendían fuego golpeando un trozo de piritita de hierro con otro de alguna roca silíceo y recogiendo las chispas en plumón de aves, hongos secos, musgo para obtener la primera brasita. Prender el fuego no era fácil y procuraban por todos los medios que el fuego no se apagara: lo conservaban en forma de brasas o tizones, e incluso lo transportaban consigo adondequiera que fueran, sea en canoa, o a pie. La leña era llevada por los varones al campamento. Además de servir como calefacción, el fuego era utilizado para cocinar los alimentos, para algunas actividades tecnológicas y para hacer señales de humo a distancia.

Las familias yámanas podían estar formadas por padre, madre e hijos, o agregarse algunos parientes. El parentesco era reconocido entre consanguíneos, tanto por vía paterna como materna. Algunas mujeres llegaban a tener muchos hijos, pero el promedio era cuatro o cinco; de ellos, muy pocos llegaban a la vida adulta debido a la muy alta mortalidad infantil. Los nacimientos no daban lugar a ceremonias, sino sólo al cumplimiento de ciertas prescripciones rituales. La madre retomaba muy pronto sus tareas habituales. No se daba nombre a los niños hasta casi los dos años de vida y por lo general era el del lugar del nacimiento con el agregado de un sufijo especial para cada sexo. Sin embargo, también había nombres recibidos por herencia y apodos que aludían a alguna particularidad física o del carácter.

La primera menstruación de las muchachas daba lugar a algunas ceremonias y comportamientos rituales. Más importante era el *chiejaus*, al que asistían los adolescentes de ambos sexos como paso necesario para adquirir el status de adultos. No era una celebración estrictamente periódica, en realidad se efectuaba cuando en un grupo de familias se alcanzaba cantidad suficiente de candidatos y si se cumplían con las condiciones materiales suficientes para sustentar a los numerosos participantes durante las semanas o meses que duraba la ceremonia. Decidida la realización, se construía una gran choza en la que se instalaban los adolescentes, sus padres, madres y padrinos, y todos los adultos que desearan participar. De entre ellos se elegían los oficiantes de la ceremonia. Los aspirantes eran sometidos a ayuno, inamovilidad, sueño insuficiente y trabajos duros. Eran además adiestrados en las tareas propias de cada sexo y se les inculcaban normas de comportamiento tanto pragmáticas como altruistas. Estas últimas tenían elevado valor moral, aunque en la práctica posterior solían ser poco respetadas. El *chiejaus* incluía además narraciones de mitos y tradiciones, así como momentos de esparcimiento (cantos, danzas y juegos colectivos). Una vez cumplida la celebración por parte de los aspirantes, las mujeres quedaban en condiciones de contraer matrimonio pero los varones debían asistir a un segundo *chiejaus* antes de ser reconocidos plenamente como adultos.

Los adolescentes vivían con sus padres hasta contraer matrimonio. Hasta ese momento existía para varones y mujeres libertad sexual y no se otorgaba valor a la virginidad femenina, pero luego de casarse las mujeres debían fidelidad a sus maridos. De todos modos, los yámanas solían casarse jóvenes. Era frecuente que los contrayentes tuvieran edades muy dispares: mujeres mayores con varones muy jóvenes y viceversa. La razón que aducían era que el más joven de ellos se beneficiara con la experiencia y

responsabilidad del otro, y éste con la diligencia y actividad del primero. Los primos no podían casarse entre sí y esta prohibición parece que también se aplicaba a parientes más lejanos pero consanguíneos. Las mujeres se resistían a unirse con personas cuya localidad de residencia fuera lejana. La concertación del matrimonio no era acompañada por ceremonias especiales; cuanto más, se convocaba a una fiesta que incluía banquete, juegos y danzas.

Entre los yámanas el matrimonio era muy inestable: se deshacía con gran facilidad si el marido maltrataba a la mujer, si surgían aversiones o antipatías entre ellos, si se producían adulterios o simplemente si alguna de las partes deseaba poner fin a la relación. Las mujeres tenían bienes propios, de los que sus esposos no podían disponer. También podían emitir opinión en los debates comunitarios. Es probable que este alto grado de independencia -muy diferente al de las mujeres Selk'nam- haya estado relacionado con el importante papel económico que las mujeres cumplían en la sociedad yámana.

La poligamia era frecuente pero no general. Había varones casados hasta con cuatro mujeres. Todas éstas tenían el status de esposas, no de concubinas. A menudo era la mujer la que solicitaba al marido que tomara una segunda esposa para que la ayudara en los quehaceres domésticos. No era infrecuente que dos esposas de un único marido fuesen hermanas entre sí, sea por solicitud de la primera esposa, sea porque cuando un varón moría la viuda podía pasar al núcleo familiar de su cuñado.

Las personas de edad eran habitualmente tratadas con respeto. Los enfermos eran cuidados, pero si no ofrecían esperanzas de recuperación o si entraban en agonía se les daba muerte para evitarles sufrimientos. El duelo se manifestaba con estentóreas lamentaciones y cantos lúgubres; los deudos se laceraban el rostro y el cuerpo, se tonsuraban el pelo y se pintaban de una manera especial. El cadáver era amortajado con cueros y atado con correas; luego se lo enterraba o se lo cremaba. No había herencia: las pertenencias del difunto eran destruidas o repartidas entre los asistentes a la ceremonia fúnebre. El lugar donde había ocurrido la muerte era abandonado y durante largo tiempo no se retornaba a él; el nombre del difunto no debía ser pronunciado, al menos en presencia de los parientes, y si existían personas o lugares que tuvieran el mismo nombre debían recibir uno nuevo.

El núcleo de la sociedad yámana era la familia: no había organización superior que las coordinara o que tuviera poder de coacción sobre ellas. Entre las familias que recorrían un mismo sector de costa se reconocía un vínculo muy laxo, pero no había clanes ni tribus. No había gobierno, ni jefes ni estratificación social. Los adultos no aceptaban recibir órdenes de nadie.

Los yekamushes gozaban de cierto prestigio e influencia, pero no poseían autoridad efectiva. Eran curanderos, hechiceros y oficiaban de shamanes (es decir, intermediarios con lo que nosotros -no los yámanas- llamamos mundo sobrenatural). Llegar a ser *yekamush* era bastante accesible para los varones y de hecho casi todos los adultos de este sexo lo eran o decían que lo eran.

La moral de los yámanas era utilitaria: se abstenían de determinados comportamientos negativos sólo por temor a las represalias, no porque la abstención fuera buena o recomendable por sí misma. Cuando ese temor no existía, mentían y hurtaban a placer y sin ningún remordimiento. Las habladurías maliciosas eran constantes, no necesariamente se basaban en realidades y podían llegar a generar acciones violentas.

Muchas veces se dijo que los yámanas practicaban comunidad de bienes. Sin embargo, hay muchas pruebas de propiedad individual o familiar sobre bienes concretos: canoas, armas, líneas de pesca, perros, adornos, etc. La propia destrucción de los bienes de un muerto implica un concepto de pertenencia. La propiedad individual se extendía a los elementos naturales cuando alguien se apropiaba de ellos. Habiendo propiedad, había hurto y robo. Aquella primera apreciación de comunidad de bienes en realidad se basó en malinterpretar el aprecio que los yámanas tenían por las actitudes generosas y la reciprocidad a que se obligaba quien aceptaba un bien o dádiva. Los productos de la caza, la pesca o la recolección solían ser compartidos entre las personas -emparentadas o no- que circunstancialmente estuvieran acampadas en proximidad. Se esperaba reciprocidad y existían los trueques, pero no había sistema organizado de comercio ni se conoce de intercambios a gran distancia. Los pocos casos concretos que pueden ser catalogados como auténtico comercio son tardíos.

Las riñas eran muy frecuentes y originadas en causas reales o imaginarias. Muy comunes, y permitidas, eran también las venganzas de sangre, en las que los parientes de una persona que hubiera sido muerta por otra tomaban desquite con el homicida. Sin embargo, a veces concluían en un combate ritual o en una compensación económica.

No había guerras ni conflictos territoriales mayores, pero los yámanas se quejaban de padecer correrías de sus vecinos del este y el oeste con fines de rapiña. Sin embargo, como ya se dijo, en la zonas de contacto había algunos matrimonios mixtos y cierta convivencia entre grupos.

Los yámanas respetaban cierta cantidad de prescripciones rituales en algún momento especial de sus vidas, pero no tenían culto ni sacerdotes. Los observadores del siglo XIX estuvieron de acuerdo en que los yámanas no tenían nociones de Dios, alma o cielo, ni creencia en recompensas o castigos post-mortem. Por el opuesto los padres Gusinde y Koppers afirmaron que creían en un dios único, omnipresente y omnipotente. El debate no está cerrado y ambas posiciones pueden recibir críticas. Sí hay consenso en que temían a los *kíshpix*, espíritus del mar, de las rocas, de los árboles, etc. Se los imaginaba malévolos y de aspecto horripilante. Creían que en los bosques habitaban los *hanush*, que podían ser espíritus u hombres salvajes. Los Yoalox -dos hermanos y una hermana- eran una suerte de héroes civilizadores, seres sobrehumanos (pero no deidades) que habían enseñado a los antepasados de los yámanas cantidad de cosas útiles (cómo encender fuego, cómo cazar aves, cómo confeccionar arpones, etc.).

De los Yámana, quedan hoy unas pocas personas que se autorreconocen como tales, radicadas en Puerto Williams (isla Navarino Chile). Algunas de ellas mantienen ciertos conocimientos de cómo era la vida tradicional y, lo más importante, capacidad de hablar el *yamaníhasha*. Es prometedor es que estén agrupados y lleven a cabo un interesante esfuerzo de transmitir lengua y recuerdos a sus descendientes. Sin embargo el estilo de vida tradicional ya casi no se practicaba a comienzos del siglo XX. En su tercera década el número de yámanas ya estaba tremendamente reducido; los sobrevivientes llevaban vida rural, en general como empleados en establecimientos agroganaderos. (*)

(*) Fuente: Trabajo editado en Biblioteca virtual de Página web de Museo del Fin del Mundo en Ushuaia, Tierra del Fuego, República Argentina.

1) Luis Abel Orquera es Antropólogo, Investigador del CONICET y Director de la Asociación de Investigaciones Antropológicas.

(2) Ernesto Luis Piana es Antropólogo, Investigador y Subdirector del Centro Austral de Investigaciones Científicas - CONICET.

Desarrollan investigaciones arqueológicas en la región del Canal Beagle, realizando en ese lapso más de 20 campañas de excavación arqueológica.

LA MORTANDAD DE LOS YÁMANAS

Por Martín Gusinde

La mortandad en masa de los yámanas empezó poco después de la fundación de la estación misional anglicana. Como en ella se reunían muchos indígenas durante casi todo el año y anclaban allí muchos buques argentinos, se explica porqué estalló precisamente en ese lugar la epidemia que alcanzó a todos los que se hallaban presentes en la estación. Las colonias misionales, Ushuaia más que ninguna otra, se convirtieron en escenarios de desolación. Los misioneros se dieron cuenta de la amenazadora situación en la que se hallaban envueltos ellos y los indígenas. Estos últimos abandonaron temerosos las estaciones infectadas y contaminaron desgraciadamente las regiones de sus compatriotas, que hasta entonces habían permanecido inmunes. Y mientras éste y aquel grupo yacían bajo los enigmáticos síntomas de la enfermedad, traía otro nuevo buque una nueva infección. Los más duros estragos se desarrollaron hacia el año 80 del pasado siglo. Los misioneros se vieron impotentes ante la incontenible mortandad de los indígenas. Estos calificaban a Ushuaia como el "cementerio de su tribu", y desde entonces no frecuentan aquel lugar en donde la burocracia argentina originó también no pocas molestias. Los aislados gérmenes patógenos se propagaron con extraordinaria rapidez. Para los contagios los pueblos primitivos se mostraban mucho más sensibles que los civilizados, en la que la sucesión de generaciones produce cierta inmunidad. Nada se exagera cuando se atribuye a la tuberculosis la mayor parte de las muertes entre los yámanas desde el establecimiento de los europeos. Con esta plaga competía en voracidad el sarampión, presentado por primera vez a fines de 1884. En comparación con las terribles pérdidas de vidas

humanas que hay que atribuir a estas dos enfermedades infecciosas, significan bien poco los casos de fallecimiento por otras epidemias; nos referimos a la viruela, tos ferina, tifus, gripe, sífilis y algunos otros males. ¡Tristes presentes con los que el europeísmo obsequió a los yámanas! Las familias que por permanecer en el bosque no habían tenido contacto con los europeos se mantuvieron sanas por algún tiempo, hasta que el fin siguieron la misma suerte de sus compañeros de tribu. Con la más extraordinaria rapidez se despobló el archipiélago meridional. Por los efectos de las graves epidemias y sospechosas innovaciones que, como secuela de los blancos, tomaron carta de naturaleza en la región de Cabo de Hornos, la primitiva población de cerca de 2.500 miembros de la tribu habían descendido a fines de 1945 a poco menos de cincuenta. Así se expresaban las últimas noticias que pude recibir con referencia a este punto. Desde esa fecha ha seguido disminuyendo dicha cifra. Dentro de poco no habrá ningún yámana. (*)

Nota: hace algunos años falleció Rosa Milic, la última yámana.

(*) Fuente: Martín Gusinde, Hombres Primitivos de la Tierra del Fuego.

ENTREVISTA. ANNE CHAPMAN Y LOS YÁMANAS:
Historias del fin del mundo
Por Marcelo Somarriva Q.

En 1960, Anne Chapman se encontraba en París trabajando en el Centro de Investigaciones Históricas del Museo del Hombre cuando conoció a la arqueóloga Annette Laming-Emperaire, que había hecho trabajos arqueológicos en la Patagonia y necesitaba gente para completar su equipo de arqueología. Fue Annette Laming quien primero le habló a Anne Chapman de Lola Kiepja, la última selk'nam que había vivido como indígena y la única chamán viviente. Hasta ese momento Anne Chapman había estado trabajando principalmente en Honduras; pero desde que decidió unirse al equipo de la arqueóloga sus investigaciones tomaron rumbo hacia el fin del mundo. A comienzos de 1965 Anne Chapman conoció a Lola Kiepja, en su casa de la reserva, cerca del lago Fagnano, en la Isla Grande de Tierra del Fuego. Ella acabaría siendo su principal informante y la matriz de una larga investigación en la que procuraría reconstruir el mundo material y principalmente ideológico de los selk'nam a partir de los testimonios de sus informantes y los relatos del etnólogo austríaco Martín Gusinde. Estudios que recogió luego en su libro fundamental "Los Selk' nam. La vida de los Onas" (Emecé 1986). Fueron precisamente todos estos años de trabajo de campo en Tierra del Fuego, financiados en parte por el Centre National de la Recherche Scientifique de Francia, los que le han permitido a Anne Chapman desarrollar sucesivas investigaciones etnográficas e históricas.

A pesar de sus años, la señora Anne Chapman tiene una energía sorprendente y una cantidad de proyectos que abrumarían a un estudiante entusiasta. Se encuentra instalada en Chile desde hace algún tiempo ligada a un equipo de investigación histórica que se formó a partir del trabajo de los "Cuerpos Pintados" del fotógrafo Roberto Edwards, compuesto por Carolina Odonie, Cristián Báez, Pablo Honorato y Marisol Palma. Con su ayuda, Anne Chapman ha escrito una serie de libros dedicados a los nativos del extremo sur del mundo que planea publicar próximamente. En este momento se encuentran terminando un nuevo libro, que será publicado a fines de este año, "The Native People of Cape Horn Before and after Darwin", que tentativamente podría traducirse como "Los nativos del Cabo de Hornos antes y después de Darwin". Anne Chapman señala que su trabajo abarca cuatro siglos de historia enfocados en los yaganes. "Un panorama muy amplio - continúa la autora- , ya que no se trata de etnohistoria sino que de la historia de la región y de los encuentros entre los yaganes y los navegantes europeos, las grandes expediciones de Fitzroy y Darwin, los cazadores de focas, la expedición francesa de 1882 y los misioneros anglicanos". El eje del libro son los yaganes, y también los kawésqar o los selk' nam, en cuanto a sus relaciones con los yaganes.

Según advierte Anne Chapman, el libro comprende tres grandes temas, que podrían ser tres libros en sí mismos. El primero de ellos gira en torno al viaje de Darwin, experiencia que según la autora habría en cierto sentido determinado su segundo gran libro, "The Descent of Men (...)", publicado en 1871; un trabajo muy influyente en su manera de pensar y clave para el desarrollo de los conceptos que se tenían entonces y ahora sobre

los llamados hombres primitivos. El segundo gran tema del libro es Jemmy Button - que ocupa 5 capítulos de un total de 14- ; y, por último, el tercer tema son los misioneros, realmente la última época de los yaganes.

- Usted se ha hecho célebre con su trabajo sobre los selk'nam. ¿En qué momento inició el estudio de los yaganes o yámanas?

"En 1964 visité la isla Navarino y tomé contacto con los yámanas, pero fue nada más que una visita. Entonces yo estaba dedicada a trabajar con los testimonios de Lola Kiepjá y mi trabajo se orientó hacia los selk' nam, principalmente porque sentí que era más importante trabajar con los sobrevivientes selk' nam que quedaban ya que ellos habían estado más cerca de la cultura de sus ancestros. Eso sucedió hasta 1985 cuando mis principales informantes comenzaron a morir. Fue entonces cuando empecé a estudiar a los yámanas. Mis principales informantes fueron cuatro mujeres que alcanzaron cierto renombre, las hermanas Cristina y Ursula Calderón, Hermenilda Acuña y Rosa Yagán, esta última fallecida hace algunos años. En 1987 y 1988 hice una película sobre los yámanas. Seguí haciendo investigaciones de campo hasta hace algún tiempo".

- A diferencia de su trabajo con los selk'nam, su propósito con este libro es incluir a los nativos de la región del Cabo de Hornos en procesos históricos globales.

"Sí, se trata de incluir a los indígenas en un contexto histórico mayor. No se trata de una etnohistoria porque precisamente abarca contextos históricos globales. A modo de ejemplo, puedo señalar el caso de James Cook a quien sigo en su viaje desde Australia a Magallanes, para luego acompañarlo hasta su regreso a Inglaterra. De esta manera sus experiencias en el Cabo de Hornos se ligan con sus aventuras preliminares en Oceanía y luego con las conclusiones que él sacó a su regreso. Igual cosa hago con Drake, que es el primer viajero mencionado en el libro. Por esa misma razón me voy involucrando en temas que no tienen propiamente una relación directa con el indígena".

"La idea es hacer una historia del enfrentamiento entre dos culturas en la cual la mirada vaya en una dirección de ida y vuelta, y que no sea sólo la mirada del extranjero sobre el yámana, sino que también la manera como el propio yámana lo vio. El problema que tuve con este libro fue que no tenía modelo. Nunca había visto un libro de historia que tratara este tema en la forma como yo lo hago. Creo que en cierta medida estoy abriendo un nuevo espacio en cuanto a la manera de ver a los indígenas formando parte de todo un proceso histórico, no sólo como una cultura aislada. Todo esto lo escribí de tal manera que pueda ser leído por cualquiera y no sólo por especialistas. En alguna medida esto encierra una crítica a cierta manera de hacer historia. La historia no es sólo la de un grupo o de una nación y menos la de una sola persona. La idea es utilizar un método de estudio que abarque una multitud de acontecimientos y enfocarlos hacia cierto concepto de la historia".

- En este enfrentamiento de culturas debe surgir un aspecto que usted plantea en su libro sobre los selk'nam según el cual ellos demostraban una vida material muy simple, pero tenían al mismo tiempo una dimensión ceremonial o ideológica altamente desarrollada que no se hacía evidente.

"Eso sucede generalmente con los cazadores recolectores. Yo pongo como ejemplo el caso de la canoa yámana. Casi todas las descripciones o las referencias a ésta dicen que era muy frágil y que se arriesgaba mucho internándose con ella hacia alta mar. Pero yo no soy la única en decirlo: la canoa era un instrumento muy perfeccionado que implicaba un importante desarrollo tecnológico, de acuerdo con las posibilidades y las necesidades que tenían".

"Nosotros tenemos la costumbre de ver los orígenes de nuestra cultura occidental en la antigüedad clásica de los griegos, pero sabemos demasiado bien que no es así, que la occidental, como todas las culturas humanas, se remonta al paleolítico. La idea es abrir un poco la brecha y abarcar a aquellas culturas que se consideran prehistóricas en un proceso histórico continuo, y no aislarlas o clausurarlas. Considero que ese concepto que divide la historia y lo que se conoce como prehistoria en razón de la escritura no es un criterio válido. De esta forma toda cultura que no tiene escritura se sitúa necesariamente en un régimen distinto y se habla ya sea de etnografía o de oralidad, etc. Siguiendo este concepto habría que enfocar el estudio de estas culturas cazadoras nómades hacia un pasado remotísimo sin ninguna conexión con la historia, algo que no me parece correcto desde que la experiencia humana es un proceso continuo. Hay que considerar, por lo demás, que las culturas de esta clase no tenían la menor necesidad de escribir".

Jemmy Button

- ¿En este enfrentamiento cultural entre yámanas y extranjeros el caso de Jemmy Button es emblemático?

"Claro, y por la misma razón le doy mucha importancia".

"Para mí Jemmy Button es el antihéroe. No se puede decir que haya sido una encarnación de esa ideología del hombre que resistió a la fuerza exterior o al imperialismo inglés o a la influencia de los misioneros. Jemmy Button era un hombre de su época, un buen padre de familia y un hombre de gran generosidad, que en cierta medida tuvo plena conciencia de vivir entre dos épocas o mundos diferentes y que estuvo en posición de poder escoger. Incluso, después de su viaje, se le propuso muchas veces establecerse definitivamente en Inglaterra, pero Button siempre prefirió quedarse en su lugar de origen".

"No pretendo idealizar a Jimmy Button sino que comprenderlo mejor y entrar en su historia, entender sus contradicciones, las particularidades de su carácter y sus esfuerzos para sobrellevar la adversidad. Me interesa acercarme con la mayor fidelidad posible a lo que realmente pudo haber sucedido. Por lo demás, es un tema que no concluyó con su muerte en 1863, sino que continuó con sus descendientes hasta principios del siglo pasado".

- ¿Existen mitos o falsedades respecto de la historia establecida de Jemmy Button?

"Sí, para empezar lo del "button" (botón). No es cierto que él haya sido vendido por un botón, sino que fue secuestrado. Pudo haber estado de acuerdo en subir al barco pero no tenía idea adónde iba. Decir que se trata de un secuestro a medias es una manera de entenderlo. Jemmy Button y los tres yámanas que lo acompañaban fueron llevados a Inglaterra sin el consentimiento de sus padres o de la comunidad en la que vivían. Ellos vieron alejarse a los barcos, pero no sabían dónde se dirigían y menos aún si algún día iban a volver".

"Tampoco es cierto que Jimmy Button haya instado el exterminio de los misioneros anglicanos. No tenía el temperamento para proponer algo así. No hubiera podido enfrentar una situación como ésta. No tenía eso que se conoce como liderazgo para mover a otros y menos para matar. Era un hombre muy pacífico".

- ¿Cómo se originó esta creencia de que Jemmy Button instigó la matanza de los misioneros, algo que de paso se convirtió en desenlace trágico que da cuenta de todo un mito de desadaptación y conflicto cultural?

"Creo que fue a partir del relato del cocinero que estaba en el barco preparando la comida. El vio a los yámanas salir de sus tiendas y dirigirse hacia los misioneros y atestiguó contra Jemmy Button, a pesar de que no lo había visto involucrado entre los yámanas que atacaron a los misioneros. Más tarde Lucas Bridges en su popular libro "El último confín de la tierra" culpa a Jemmy Button recogiendo el testimonio de su padre Thomas Bridges, quien había conocido a Button, pero lo despreciaba y lo consideraba un mal agradecido por no haber regresado a Inglaterra para disfrutar los beneficios de la civilización. No deja de llamar la atención que los propios misioneros y las autoridades de Falkland consideraron que Jemmy Button era inocente".

- ¿En un trabajo de esta clase cómo se enfrenta el problema de las fuentes históricas?

"No hice un trabajo de archivo propiamente. No utilicé nada que no estuviera publicado, a excepción de mis propias notas. Existen testimonios yámanas recogidos por misioneros, que si bien son pocos, son muy significativos porque los yámanas no escribían y su tradición terminó - sólo quedan tres mujeres vivas- . Están también las impresiones que recogió Darwin, así como sus propias opiniones, y las de Fitzroy. Incluso Wendell, que era un gran cazador de focas, se interesó por los yámanas y también anotó sus impresiones".

"Me propuse también trabajar evitando cualquier concesión a la historia novelada. Estoy segura de que la historia puede ser fascinante sin necesidad de traicionar su veracidad. En esta historia hay momentos que son de un dramatismo sobresaliente y otros que no lo son tanto, pero no los dejo fuera. Por ejemplo, está la historia terriblemente dramática de los misioneros anglicanos y la historia de la desaparición de los yámanas víctimas de las enfermedades traídas por los blancos. En Tierra del Fuego no había enfermedades contagiosas, sólo había malestares y dolencias físicas. Siempre se dice que fallecieron por no tener defensas ante las enfermedades europeas, pero nunca se ahonda en el tema. Bueno, yo entro en los detalles de este drama a menudo soslayado. Investigué,

hasta donde mis conocimientos lo permitían, la forma como estas enfermedades los atacaron y lo que hicieron ellos para luchar contra ellas. Entro en estos detalles para lograr comprender cómo se vivió este drama que numéricamente fue mucho mayor que el genocidio perpetrado contra los selk'nam".

Los males

- ¿Cuál fue el drama de los misioneros anglicanos?

"Es uno de los dramas más grandes. Son los siete misioneros ingleses pioneros que estuvieron con Alen F. Gardiner en 1851. Éste, que no era exactamente un misionero, sino que era un oficial de marina inglés convertido en misionero, se había establecido en Sudáfrica y luego de intentar sin éxito vencer a los zulúes, trató de instalarse en Nueva Guinea y Sudamérica. Finalmente llegó hasta donde estaban los yámanas, entre otras razones, porque estaba buscando paganos para convertir que no hubiesen sido evangelizados por los misioneros cristianos. No quería competencia. Gardiner y sus hombres murieron de hambre, escorbuto y reumatismo en una agonía de varios meses. Encontraron los cadáveres en la playa de Puerto Español, cinco meses después de muertos junto a un diario donde Gardiner y el médico de la expedición fueron anotando su agonía hasta el día antes de morir".

- ¿Existe el caso de algún viajero que se haya formado una opinión general de los nativos a partir de sus observaciones en distintas partes de los mares del sur? Usted, por ejemplo, compara en su libro el caso de los selk'nam con el de los nativos de Australia.

"Yo me sorprendí con Cook, y tal vez esto en parte responda a su pregunta. Él encontró a los yámanas en una condición miserable y sintió piedad hacia ellos.

No se puede considerar racista, pero sintió mucho desprecio por esta gente que no era capaz de coser una piel de guanaco y ponerla sobre sus hombros. Pero, sin embargo, sintió una gran admiración por los maoríes de Nueva Zelandia - los encontró simpáticos e inteligentes- a pesar de que terminaron matando e incluso devorando a algunos de los miembros de la tripulación del Adventure.

En épocas más recientes, a mi modo de ver, la situación es más equilibrada. Por ejemplo, es destacable la actitud de la expedición francesa de 1882 - 83, particularmente del doctor Haydes."

- ¿En esta expedición fue cuando se llevaron yámanas a Europa para la Exposición Universal de París?

"No. En otra oportunidad se llevaron yámanas a Europa. Este es un tema que ha estudiado con detención Peter Mason. Para la exposición de 1881 se llevaron 11 kawésqar, de los cuales sobrevivieron 4 y en 1889 para la gran exposición Universal de París se llevaron 11 selk'nam, de los cuales también regresaron cuatro. Fueron exhibidos a los pies de la torre Eiffel, como curiosidades exóticas".

"Los espectadores elegantes de la Belle Epoque les tiraban pedazos de carne para ver cómo reaccionaban ". (*)

(*)Fuente: Entrevista editada originalmente en el Mercurio, de Santiago de Chile.

EL INFORME DE SCHAPENHAM

EL DOCUMENTO MAS ANTIGUO SOBRE LOS YAMANAS

Por Pablo J. Gallez



Mujer yámana con su niño

1. El informe de Schapenham
Los Yámana (vulgo Yaghanes) vivían en los canales situados entre la isla Grande de Tierra del Fuego y el Cabo de Hornos. Eran los indígenas más australes del mundo. La mayoría de los antropólogos que los conocieron antes de su extinción (1), y de los arqueólogos e historiadores que los estudiaron después, coinciden en afirmar que la primera descripción de esta etnia y de sus costumbres, es la de Robert Fitz-Roy, en 1830. Estos científicos no han tenido conocimiento del informe que presentamos aquí, debido al vicealmirante holandés Geen Huygen Schapenham, y anterior en 206 años al relato de Fitz-Roy. El informe Schapenham ha pasado casi desapercibido, quizás porque no ha sido publicado independientemente, sino como parte del diario de a bordo de la Amsterdam, nave capitana de la Flota Nasávica, editado en 1626 en Amsterdam. (2) Dos versiones francesas del siglo XVIII tampoco parecen haber merecido la atención de los etnólogos. (3) El único autor moderno que se acordó del informe de Schapenham es Martín Gusinde. En la introducción histórica de su obra maestra Die Yamana, copia sin comentarios (4) la traducción alemana publicada en el libro atribuido erróneamente a Adolph Decker. (5) En el presente trabajo, nos guiamos por el texto original en holandés arcaico, reeditado por el historiador Voorbeijtel Cannenburg en su excelente estudio sobre la Flota Nasávica. (6)

2. Descubrimiento de los Yámana Desde la formación de la Unión de Utrecht en 1579 hasta el Tratado de Múnster en 1648, los Países Bajos han luchado para liberarse de la dominación española. Como los gastos de los ejércitos peninsulares se pagaban con el oro y la plata del Perú, los holandeses decidieron apoderarse de esta colonia, y armaron con este fin la Flota Nasávica, compuesta de once naves de guerra. Esta Flota salió de Holanda en 1623 al mando del almirante Jacques L'Hermite, y llegó al Cabo de Hornos en febrero de 1624. Para protegerse de las tormentas, buscaron refugio en la Bahía Nassau, entonces desconocida. El vicealmirante Schapenham exploró la bahía con el patache Windhond y descubrió las islas Navarino y Lennox. (7) Entró en contacto con los Yámana en la costa sur de Navarino. La descripción de esta tribu y de sus costumbres, que traducimos a continuación, es parte del informe de Schapenham al almirante L'Hermite, según lo refiere el presunto autor del diario de la expedición, el cosmógrafo Jan van Walbeek.

3. Color de la piel de los Yámana Empieza Schapenham afirmando que: "los habitantes de la Tierra del Fuego son, por naturaleza, blancos como los de Europa; tal es la apariencia de un niño que hemos visto." El vicealmirante dice "Tierra del Fuego", pero se trata de la costa sur de Navarino, el único lugar donde ha visto a indígenas en su exploración de la Bahía Nassau. Schapenham cree que Navarino es parte de la Isla Grande de Tierra del Fuego, pues el Canal Beagle no había sido descubierto todavía. Considera a los Yámana como de piel blanca, pero basa su opinión en el aspecto de un niño; los niños tienen siempre la piel más clara que los adultos. Sin embargo, Fitz-Roy, el primer observador que describió a los Yámana después de Schapenham, da una información diferente "Su tez es caoba muy viejo, o más bien algo entre cobre oscuro y bronce". (8) Gusinde dice que la piel de los Yámana es "blanca tirando a pardo o amarillo". (9)

4. Pintura corporal
"Se embadurnan el cuerpo y lo pintan de muchas maneras: unos se adornan con pintura roja la cara, las piernas, los brazos, las manos otros llevan una mitad del cuerpo en rojo y la otra en blanco, de manera que cada uno está pintado de una manera particular." La descripción de Fitz-Roy es más sencilla: "Los individuos de ambos sexos se enaceitan o embadurnan con grasas y se estucan cara y cuerpo de rojo, negro o blanco." En opinión de Joseph Empeaire, que ha pasado varios años con los fueguinos (10), "la pintura corporal... era más ritual que ornamental. Pero la significación de los colores, la disposición de los motivos, líneas y puntos, negros, blancos o rojos, las circunstancias en las cuales se pintaban el cuerpo, serán para siempre desconocidas." Gusinde dice que cada manera de pintarse la cara y el cuerpo tiene un significado particular y se utiliza con fines determinados. Ejemplifica e ilustra con dibujos estos usos en múltiples circunstancias. (11) Mircille Guyot expone también el sentido de la pintura corporal de los Yámana. (12)

5. Figura y estatura
"Su figura es apuesta, sus miembros bien proporcionados, y su altura parecida a la de los europeos." Tampoco está de acuerdo Fitz-Roy sobre su figura, pues dice que los Yámana "son bajos de estatura, de aspecto desagradable y mal proporcionados... Su talla varía de 1m65 a 1m45, pero sus torsos corresponden a hombres de 1m80... El pasar tanto tiempo en wigwams bajos, o acurrucados en canoas pequeñas, perjudica el desarrollo de sus piernas y les hace moverse agachados, con las rodillas muy dobladas. Con todo, son ágiles y más bien robustos". Gusinde escribe que "su figura es irregular y su aspecto miserable causa lástima". (13) En el mismo sentido opinan otros observadores. Ricardo Latcham escribe (14) que la talla media de los varones era de 1m58 y la de las mujeres 1m47; Rau los ve más pequeños aún: 1m40 y 1m20 respectivamente, y "con piernas torcidas"; (15) Lucas Bridges les asigna 1m62 y 1m40. (16) Estas estaturas son netamente inferiores a lo que un holandés podía considerar como una "altura parecida a la de los europeos".

6. Cabellos y dientes
"Tienen el cabello negro; lo llevan largo y tieso para parecer más terribles; sus dientes son filosos como cuchillos." Fitz - Roy da mayores detalles: "El pajizo recubrimiento de sus feas cabezas es ralo y mugriento y les cuelga por las orejas y por casi todo el semblante. Por encima mismo de los ojos lo recortan con una concha quebrada... Las mujeres tienen un cabello más largo, menos áspero y por cierto más limpio que los hombres. Se lo peinan con una quijada de tonina, pero no se lo atan ni trenzan; tampoco se lo cortan, salvo por encima de los ojos." Los dientes bien filosos son una característica común a todos los pueblos que comen carne cruda, como lo hacían los Yámana con la carne de ballena. (17)

7. Vestimenta
"Los hombres andan completamente desnudos, sin cubrir sus vergüenzas, pero las mujeres se tapan con un pedacito de cuero, se pintan como los hombres, y se adornan el cuello con un collar de conchas. Algunos indígenas, pero pocos, se cubren los hombros con una piel de foca, que les da poca protección contra el frío, tan extremo en esta región, que es maravilla que puedan aguantar el invierno." Fitz - Roy coincide con esta descripción: "A veces estos remedos de seres humanos llevan una piel de guanaco o de lobo marino echada a la espalda, y acaso cuelga al frente una de pingüino o un trozo de cuero; pero con frecuencia nada llevan para conservar el calor ni ocultar su desnudez,

excepto un parche de cuero alrededor de la cintura, atado al costado y por atrás... Las mujeres van algo más vestidas; se envuelven en una piel casi entera de guanaco o de foca y llevan generalmente un diminuto delantal." Es original la interpretación de Gusinde: "No llevan ropa ninguna para que el fuego pueda calentar directamente sus cuerpos." (18) En cuanto al frío, los holandeses están más de acuerdo con los españoles que con los exploradores ingleses del siglo XIX, que dijeron repetidas veces que el clima del archipiélago sud-fueguino es similar al de Escocia. (19) La mínima absoluta registrada es de 12° C bajo cero, a nivel del mar.

8. Chozas cónicas "Construyen sus chozas o casitas con troncos de árboles; redondas abajo, terminan en forma de punta, a manera de las tiendas de campaña, con una apertura en la parte más alta para dejar escapar el humo." Fitz - Roy coincide con esta descripción: "El wigwam tekeenica (es decir la choza yámana) es de forma cónica, hecho de una cantidad de lar,,os postes, árboles jóvenes colocados uno junto a otro, formando círculo, y unidos por la extremidad delgada." Altieri agrega "un grueso palo plantado en el medio"; (20) la foto de la choza Yámana publicada en Argentina Austral XV N° 155, p. 16, muestra una vivienda netamente cónica. Annette Laming Empeaire ve las chozas "generalmente cónicas en vez de tener la forma de cúpula" porque las compara con las chozas más o menos hemisféricas de los Alak'aluf. (21) Gusinde hace la distinción entre los Yámana orientales que usan la choza cónica, y los occidentales que construyen la misma choza en cúpula que los Alak'aluf. (22) Los de Navarino pertenecen, por supuesto, a los orientales. Hyades describe la choza yámana como "ramas clavadas en tierra y unidas en su parte superior". (23) El grabado adjunto, que adornó la edición del diario de a bordo, da a las chozas la forma troncocónica en la parte inferior y cónica en la superior. Es la interpretación, por el dibujante (que no participó del viaje), de la expresión "a manera de las tiendas de campaña". En Europa occidental, las tiendas más simples tenían la forma cónica, mientras las más lujosas correspondían a las del grabado.

9.

Chozas

semienterradas

"Estas chozas están asentadas en un pozo de dos a tres pies, cavado en el suelo, y recubiertas de tierra en su parte exterior." La excavación que sirve de asentamiento a las chozas ha sido muy bien descrita por Bird, (24) que se basó principalmente en los restos actuales de pequeños pozos rodeados de conchales (kiökken mödding anulares). Lucas Bridges confirma que estos conchales "con el correr del tiempo forman un cerco protector de más de dos metros de alto alrededor de la hondonada ... ; groselleras silvestres, calafates y otros arbustos arraigaban en ese montón de basuras y florecían profusamente". (25) Al lado de una fotografía tomada en Navarino, Annette Empeaire escribe: "Las depresiones circulares han suscitado la hipótesis de chozas con base cavada" y anota: "Para Bird, estas chozas semienterradas tendrían por fin proteger el fuego del viento, y serían originarias de la pampa"; advierte que algunas observaciones de Bird "nos dejan escéptica, como la choza cavada del segundo período, que quizás es una mera ilusión." (26) El concepto de semienterrada admite tres interpretaciones distintas: 1° la excavación en el suelo; 2° el recubrimiento de tierra sobre la pared exterior de la choza; 3° el pozo formado por la acumulación del kiökken, mödding anular alrededor de la choza. El relato de Schapenham confirma los dos primeros conceptos. Fitz - Roy dice: "Se recubre con matas de pasto o con corteza el costado expuesto a los vientos. Los Tekeenicas (Yámana) son los únicos fueguinos que construyen sus viviendas en esta forma." Si Schapenham ha visto tales chozas, nos parece muy improbable que se deban a la influencia pampeana: en primer lugar porque en 1624 no podía ejercerse ninguna influencia pampeana en Navarino, y en segundo lugar porque no consta que las chozas semienterradas sean típicas de la pampa. Creemos que la "hipótesis" de Bird queda probada con el documento holandés, y que el "segundo período", en la medida en que se caracteriza por la choza semienterrada, ha empezado antes de la visita de la Flota Nasávica.

10. Cestería "No se encuentran en ellas sino unas pocas canastillas de junco..." Hasta su extinción en nuestro siglo, los Yámana no tuvieron otros "muebles" que las canastillas de junco trenzado que fabricaban las mujeres durante las largas jornadas de inacción, es decir cuando el mal tiempo no permitía pescar. Ellas usaban unas canastillas para guardar sus aperos de pesca, otras para sus objetos personales. Entre los Alak'aluf, (27) que doblaban los juncos acercándolos al fuego; los Yámana deben haber utilizado una técnica parecida; según Altieri, ablandaban los juncos por

masticación. (28) Gusinde presenta hermosos dibujos de estas canastas hechas preferentemente con el junco *Marsippospermum grandiflorum*. (29)

11. Aperos de pesca "... en las cuales guardan sus aperos de pesca: unas líneas con anzuelos de piedra ingeniosamente tallada, en los cuales cuelgan mejillones; pescan así tantos peces como quieren." La pesca desde la playa estaba generalmente a cargo de los hombres armados de arpones, mientras las mujeres pescaban con líneas desde las canoas. Thomas Bridges describe líneas hechas con nervios de ballena (30) mientras su hijo Lucas habla de los sedales que las mujeres hacían con sus propios cabellos trenzados. (31) Los autores más recientes destacan la pesca con el arpón de punta de hueso, simple o doble, manejado por los hombres. (32)

12. **Armas**
"Tienen varios tipos de armas. Unos llevan arcos y flechas con punta de piedra en forma de arpón, hechas con mucho arte. Otros se arman de largas lanzas cuya punta es un hueso filoso provisto de dientes para clavarse mejor en las carnes. Utilizan también garrotes y hondas que manejan con mucha eficacia, así como cuchillos de piedra bien afilados." La lanza y el arpón son elementos comunes a los Yámana y a los Alak'aluf. Se cree generalmente que el arco y las flechas fueron tomados de los Selk'nam, si bien el arco yámana era más pequeño. El informe de Schapenham prueba que este préstamo es anterior al siglo XVII. Varios autores modernos consideran que la lanza y el arpón se usaban para matar peces, nutrias y focas, el arco y las hondas para cazar pájaros (33) y los garrotes para las peleas individuales o intertribales. Según Weddell, la honda era el arma, de tiro más utilizada. (34) Fitz-Roy escribe que "el hombre, donde vaya, lleva siempre la honda suspendida del cuello o de la cintura". Agrega que un hondanazo tiene mayor alcance que un tiro de mosquete. En febrero de 1624. los Yámana mataron a 17 holandeses "con palos, hondas y picas", (35) y Allen Gardiner, en 1851, fue amenazado por Yámana armados de hondas, (36) lo que indica que las hondas y lanzas eran también armas de guerra.

13. **Luchas internas**
"Llevan permanentemente sus armas consigo, porque, según entendimos, están siempre en guerra con otro clan que vive unas millas al este, en el Paso Goree y cerca de la Isla Terhalten; éstos se pintan de negro, mientras los de las bahías Windhond y Schapenham se pintan de colorado." En nuestro trabajo El descubrimiento de la Bahía Nassau, hemos demostrado que la Isla Terhalten del informe de Schapenham es la actual Isla Lennox, y que su Bahía Windhond es el actual Seno Grandi. La Bahía Schapenham, que ha conservado su nombre, está situada en la Península Hardy. Los Yámana eran "nómades del mar", pero cada clan tenía un territorio más o menos reservado, en base a un derecho reconocido o a meras pretensiones o a relaciones de fuerza, por lo que los Clanes vecinos estaban perpetuamente en estado de guerra latente. Thomas Bridges describió las hostilidades del clan Yámana de Puerto Hueso con el de Ushuaia: "Un grupo se distinguía del otro por la peculiar pintura de la cara; (los de Puerto Hueso) la tenían cubierta de puntos blancos sobre un fondo negro; los otros, cruzada por rayas blancas sobre un fondo rojo." (37) Braun Menéndez resume así sus luchas: "A la tribu enemiga se la persigue y destruye a pedradas." (38)

14. **Canoas**
"Sus canoas son dignas de admiración. Para construir las, toman la corteza entera de un árbol grueso; la modelan, recortando ciertas partes y volviendo a coserlas, de manera que adquiera la forma de una góndola de Venecia. La trabajan con mucho arte, colocando la corteza sobre maderos, como se hace con los barcos en los astilleros de Holanda. Una vez obtenida la forma de góndola, refuerzan la canoa cubriendo el fondo de punta a punta con palos transversales, que recubren a su vez de corteza; luego cosen el conjunto. En estas canoas, que miden 10, 12, 14 ó 16 pies de largo por dos de ancho, se sientan cómodamente siete u ocho hombres, y navegan tan eficazmente como lo harían en una chalupa de remos." Esta es quizás la mejor descripción de la construcción de las canoas yámana, después de la de Gusinde. (39) Fitz - Roy se limita a escribir que "la canoa se construye con largos trozos de corteza, cosidos entre sí". La corteza utilizada era la del coihue, llamado en yámana shushche (haya perenne = nothofagus betuloides). Las canoas, en forma de "media luna", estaban cosidas con tiras de cuero de focas o con barbas de ballena.(40) La canoa de corteza es propia de los Yámana. Los Alak'aluf usaban canoas de tablas, y los Selk'nam no usaban ninguna. Schapenham dice

que los hombres remaban, mientras muchos autores reservan este papel a las mujeres, tanto para la pesca (41) como en las migraciones. (42) El grabado holandés ilustra muy bien la construcción de canoas y su manejo con remos sueltos (pagayas). Ni Schapenham ni Fitz - Roy mencionan la costumbre de llevar el fuego a bordo, confirmado por muchos autores. (43)

15. Inteligencia y salvajismo "Por su naturaleza y su carácter, estos indígenas se parecen más los animales irracionales que a los seres humanos." Schapenham había conocido a los indígenas de India y de Indonesia, cuyas culturas y civilizaciones estaban muy desarrolladas. En comparación con ellos, los Yámana merecían el calificativo de salvajes. Que con el intenso frío de la Bahía Nassau anduviesen desnudos, fue para los holandeses la prueba de su falta de inteligencia. Los viajeros de los siglos XVI y XVII confundían bajo el nombre de Patagones a los Tewelche, Selk'nam, Yámana y Alak'aluf. Cavendish los consideraba "completamente salvajes, como animales salvajes". (44) Van Noort los menciona siempre bajo el nombre de "los salvajes". (45) Fitz - Roy también fue severo en su apreciación de los Yámana. Escribió que "el cabello... extremadamente sucio... exagera aún la expresión repelente de unas facciones salvajes de la peor especie Thomas Bridges, que ha vivido muchos años con los Yámana, estima que "la tribu Yahgan es la más miserable agrupación de hombres sobre la tierra", (46) y Armando Braun Menéndez opina que "sepa preciso poseer un enorme caudal de amor al prójimo - Para sentirse atraído a corregir o mejorar la vida miserable de los indios de canoa". (47) Joseph Empeaire, que ha vivido dos años con los Alak'aluf, dice que "los fueguinos, tanto yaganes como alacalufes, merecían ciertamente el título de salvajes que se les atribuía, no sólo por su aspecto, sino también por su conducta". (48) Lucas Bridges dice: "En el transcurso de veinte años, unos pocos misioneros transformaron a estos salvajes irresponsables en una comunidad respetuosa de la ley" porque consideraron "al indio como a un amigo inteligente y a un camarada de trabajo". (49)

16. Antropofagia "Aparte de que se alimentan de carne humana cruda..." Juan Hilarión Lenzi (50) atribuye el origen de la fama de antropofagia de los Yámana a Jemmy Button, (51) quien habría hecho "tragarse un grueso anzuelo" a Carlos Darwin, que acompañaba la segunda expedición de Fitz - Roy. "Bastó eso para que la inexactitud, la calumnia, el absurdo, dieran entonces la vuelta al mundo con su libro y otros que recogieron la falsa noticia". E. Lucas Bridges, que se ha criado con los Yámana, en la misión de su padre, asegura que aún en casos de hambruna, ningún Yámana hubiese jamás comido carne humana, ni siquiera carne de animales, como el zorro o el buitre, que podían haber comido carne humana. (52) Su padre afirma que "el canibalismo es absolutamente imposible entre los Yámana". (53) Sin embargo, Empeaire ha descubierto, en unos kiökken mödding, señales que considera inconfundibles de antropofagia entre los antiguos Alak'aluf, primos hermanos de los Yámana. (54) Bien antes de Darwin, los fueguinos y patagones están acusados de antropofagia por casi todos los viajeros de los siglos XVI y XVII, incluso por el P. Sánchez Labrador (55) en el siglo XVIII. Esta creencia proviene originariamente de la muerte de Solís, devorado por los Charrúa según afirman que se trataba de una antropofagia ritual, destinada a adquirir la fuerza y la habilidad de la víctima, y que, salvo en esta ceremonia, no era costumbre de los Charrúa comer carne humana. Los Charrúa entraban en el grupo "Patagones" lato sensu, y su fama se extendió incluso a los fueguinos. Cuando, en 1600, dos holandeses de la flota de Van Noort fueron asesinados por los Alak'aluf en el Estrecho de Magallanes, los indígenas se llevaron sus cuerpos, y Van Noort no dudó que los iban a comer. (56) Joseph Empeaire opina que "los dos marineros de Van Noort fueron probablemente comidos". (57)

Para colmo, mientras Schapenham exploraba con el patache la Bahía Nassau, 17 marineros del barco Arend de la Flota Nasávica fueron asesinados en la Península Hardy por los Yámana que se llevaron doce de los cadáveres. Los holandeses quedaron convencidos que los indígenas los habían comido. (58) Tal fue el relato que oyó Schapenham a su vuelta de la exploración por la bahía, y estos acontecimientos no podían dejar de influir en la apreciación que da de los Yámana en su informe. Fitz - Roy, a quien los Yámana no comieron ningún marinero, ha sido mucho más severo en su apreciación de los indígenas.

17. Religión "... y de que no hemos notado en ellos el menor rasgo de religión..." En

realidad, los Yámana tenían una vida espiritual rica y variada, pero no todos los autores la califican de la misma manera. Thomas Bridges afirma que "no reconocen un creador". (59) Para su hijo Lucas, "los Yaganes tenían gran respeto por la magia y la brujería y esas criaturas salvajes de los bosques llamadas Hanush y Cushpij los 'aterrorizaban". (60) Según Paulotti, "la vida mental de los Yámana se caracterizaba por el sorprendente desarrollo y complejidad de sus concepciones religiosas, tanto más inesperado cuando se pone en parangón con la simpleza ejemplar de su cultura material". (61) Martín Gusinde, apóstol de los Yámana, define su religión como monoteísta. Su dios Hidabuan es la fuente primera de todas las cosas y de todas las normas éticas que rigen la vida diaria de las familias. (62)

18. Cultura y organización "... ni de cultura, carecen totalmente de pudor." Hemos traducido por cultura la palabra holandesa politie, que el comentarista explica en nota por beschaving, (63), lo que corresponde al francés civilisation y al alemán Kultur. (64) La palabra politie tenía en el siglo XVII un sentido muy amplio; evocaba tanto los rasgos culturales de la polis griega por oposición a los bárbaroj, como las moeurs policées de los estados civilizados. Puede interpretarse como cultura, civilización, organización social, y hasta sistema político. Testigo de la cultura y amplitud de los medios de expresión de los Yámana es el diccionario yámana-inglés de Thomas Bridges (65) pues sus 32.000 palabras constituyen un vocabulario más amplio, según los lexicólogos, que el que usaba Shakespeare. Lucas Bridges, que, hablaba el yámana desde su primera infancia, dice que esta lengua es "infinitamente más expresiva que el inglés o el español", habla de la "elocuencia característica de las largas arengas de los Yaganes" y relata unas leyendas yámana que demuestran imaginación y sensibilidad. (66) El Padre Gusinde llega a proponer que los pedagogos cristianos tomen ejemplo de los Yámana en sus métodos de educación; pero, después de vivir con ellos tantos años, reconoce que "carecen totalmente de cualquier especie de organización política". (67) Thomas Bridges afirma que "no tienen ningún jefe" y que "no pueden aguantar que se les dé órdenes". (68)

19. Ignorancia de las armas europeas "Entienden muy poco de las armas europeas; no conciben que se pueda herir con una espada, y mucho menos con un mosquete; toman la espada con sus manos tan pronto por la hoja como por la empuñadura." Es esta la actitud normal de toda persona que no conoce el tipo de arma que se les muestra.

20. Mentalidad y conducta "Son a la vez malvados y engañadores..." Paulotti describe a los Yámana como "generosos y hospitalarios". (69)

Gusinde insiste en su sentimiento del deber hacia la comunidad y hace el elogio de la conciencia social de los Yámana. (70) Schapenham no ha convivido con los indígenas, y los juzga por su comportamiento en su primer contacto con los blancos.

21. Xenofobia

"... Mostrando al principio mucha amistad para con el extranjero, con la intención de atacarlo y asesinarle cuando se le presentará la oportunidad, como ocurrió con los 17 hombres de la nave Arend." Esta apreciación se basa evidentemente en la trágica experiencia de los días anteriores. Por supuesto, es imposible saber si alguno de los marineros asesinados había tenido con los Yámana una actitud que éstos han podido interpretar como lesiva o amenazadora, o si los indígenas actuaron por el simple y quizás natural afán de robar o matar al extranjero, por pacífico que éste pareciera. En este mundo de conjeturas, recordemos que los marineros no iban armados, (71) lo que hace improbable una provocación deliberada de su parte. Pero un malentendido es siempre posible. Por otra parte, el asesinato de los misioneros de Wulaia en 1859 da toda la razón a Schapenham, y Thomas Bridges, que siempre toma la defensa de los Yámana, reconoce que "eran pendeñeros, mostrándose a la vez de carácter artero y traidor". (72)

22. Conclusión Es una suerte para la ciencia que el primer observador de los Yámana, en 1624, sin ser un etnólogo, haya sido una persona muy culta y meticulosa, capaz de hacer de su breve visita un informe conciso y meduloso. La gira de Schapenham por la Bahía Nassau duró solamente cinco días, del 21 al 25 de febrero de 1624. Vio a los Yámana en la costa sur de Navarino. Su relato trae un panorama de casi todos los aspectos de la vida de los indígenas. Hubo que esperar -dos siglos, hasta la vigila de Filtz - Roy en 1830, para tener confirmación de una parte de estos datos, y otro siglo más, hasta

Gusinde, para, disponer de informaciones detalladas sobre la vida y las costumbres de este pueblo. (*)

(*) Fuente: Este estudio se publicó originalmente en francés en el Journal de la Société des Américanistes (edición digital previa en Biblioteca virtual de página web de Museo del Fin del Mundo en Ushuaia, Tierra del Fuego, República Argentina).

NOTAS

- (1) Los pocos sobrevivientes de Mejillones (Isla Navarino) no son considerados como de sangre pura.
- (2) Iovrnael Vande Nassausche Vloot Ofte Beschriivingh vande Voyagie om den gantschen Aerdt-Cloot ghedaen met elf Schepen: Onder 't beleydt vanden Admirael laques L'Hermite ende Vice-Admirael Geen Huygen Schapenham inde laeren 1623, 1624, 1625 en 1626. Amsterdam, Gerritsz & Wachter, 1626.
- (3) René Augustin de RENNEVILLE: Recueil des voyages qui ont servi á l'établissement et aux progrès de la Compagnie des Indes Orientales formée dans les Provinces Unies des Pays-Bas. Amsterdam, J. P. Bernard 1702-1706, Tomo IV. La misma versión está reproducida en gran parte en la obra del Abbé PREVOST: Histoire générale des voyages, 25 tomos, La Haya, 1747-1780.
- (4) Martín GUSINDE: Die Feuerland Indianer, 3 tomos in-49; Vol. 11: "Die Yámana: von Leben und Denken der Wassernomaden am Kap Hoorn", Wien-Mödling 1937 (1.500 páginas), pp. 52-53.
- (5) Adolph DECKER era un militar alemán, "capitán de armas" en la nave Mauritius de la Flota Nasávica. Ha publicado la versión alemana del diario: Diurnal der Nassawischen Flotta oder Tagregister und historische ordentliche Beschreibung einer gewaltigen mächtigen Schiffahrt vmb die gantze Erdkugel rund vmher in den Jahren 1623 - 1624 - 1625 1626-1627, von Adolph Decker ausz flammischer Spraach vbersetzt. Strassburg, Eberhard Zetzners, 1629. El mismo título dice claramente que Decker es el traductor, pero los alemanes lo suelen considerar como autor, porque el diario de la expedición es anónimo (véase infra).
- (6) W. VOORBEIJTEL CANNENBURG: De reis om de wereld van de Nassausche Vloot 1623 -1626. Colección Linschoten, tomo LXV. La Haya, Martinus Nijhoff 1964, pp. 49 - 51.
- (7) Ver nuestro estudio "El descubrimiento de la Bahía Nassau" in Boletín del Centro Naval N? 698, pp. 15 - 35 (Buenos Aires 1974) y en Karukinká N? 1 1, pp. 2 - 21 (Buenos Aires 1975).
- (8) Robert FITZ - ROY: Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S. M. Adventure y Beagle en los años 1826 a 1836. Buenos Aires, Centro Naval 1933, Tomo III, pp. 160 y ss. Es traducción por Teodoro Caillet-Bois de Narrative of the surveying voyages of His Majesty's ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836. London, H. Colburn 1839.
- (9) Martín GUSINDE, o. c., p. 221.
- (10) Joseph EMPERAIRE: Los nómades del mar, Santiago de Chile, Ed. Universidad de Chile 1963, p. 141. Es traducción de Les nomades de la mer, Paris, Gallimard 1957.
- (11) Martín GUSINDE, o. c., pp. 431, 655, 656, 757, 763, 860, 997, 1013, 1116, 1117, 1129, 1360 y 1470.
- (12) Mircille GUYOT: Les mythes chez les Selk'nam et les Yamana de la Terre de Feu, Paris, Institut d'Ethnologie 1968, pp. 58-59.
- (13) Martín GUSINDE, o. c., p. 221.
- (14) Ricardo Eduardo LATCHAM: La prehistoria chilena, Santiago de Chile, Ed. Universo 1928.
- (15) Según Félix F. OUTES: "Datos sobre la ergología y el idioma de los Yámana de Wulaia reunidos por el misionero R. R. Rau con anterioridad a 1866 y anotados por don Jorge Claraz" in Revista del Museo de La Plata, La Plata, tomo XXX (1927), p. 52.
- (16) E. Lucas BRIDGES: El último confín de la tierra, Buenos Aires, Emecé 1952, p. 56. Es traducción de Uttermost part of the earth, London 1947.
- (17) Félix F. OUTES, o. c. 1. c.
- (18) Martín Gusinde, o. c., p. 400.
- (19) Opinión referida por Rae Natalie P. de Goodall: Tierra del Fuego, Buenos Aires 1970, p. 11.
- (20) Andrés R. ALTIERI: "Los indios Yámana de la Tierra del Fuego" in Revista de

- Geografía Americana, Año V n° 55 (abril 1938), p. 234.
- (21) Annette LAMING EMPERAIRE: "Pêcheurs des archipels et chasseurs des pampas" in Objets et mondes, Revue du Musée de l'Homme, Tome XII N° 2, Paris 1972, p. 173.
- (22) Martín GUSINDE, o. c., pp. 367 - 378.
- (23) Paul Daniel HYADES: Mission scientifique du Cap Horn 1882-1883, tomo VII "Anthropologie et ethnographie", p. 342. Paris, Gauthier-Villars 1887.
- (24) Junius BIRD: "The Archaeology of Patagonia" in Handbook of South American Indians, Washington, Smithsonian Institution 1946, Vol. 1, pp. 17-24.
- (25) E. Lucas BRIDGES, o. c., p. 67.
- (26) Annette LAMING - EMPERAIRE: "Sites préhistoriques en Patagonie chilienne" in Objets et Mondes, XII N° 2 (o. c.), pp. 207 y 210.
- (27) Joseph EMPERAIRE, o. c., p. 156.
- (28) Andrés R. ALTIERI, o. c., p. 235.
- (29) Martín GUSINDE, o. c., pp. 502-507.
- (30) Thomas BRIDGES: "Datos sobre Tierra del Fuego" in Revista del Museo de La Plata, tomo III (1892), p. 314.
- (31) E. Lucas BRIDGES, o. c., p. 95.
- (32) Andrés R. ALTIERI, o. c., p. 234, y dibujos pp. 236 y 237.
- (33) Félix F. OUTES, o. c., p. 53.
- (34) James WEDDELL: A Voyage towards the South Pole, performed in the years 1822-1884. London, Longmans & Green 1825.
- (35) Linschoten LXV, o. c., p. 47.
- (36) Cf. E. Lucas BRIDGES, o. c., p. 31.
- (37) Idem, p. 71.
- (38) Armando BRAUN MENENDEZ: Pequeña historia fueguina, Buenos Aires, Emecé 1959, p. 38.
- (39) Martín GUSINDE, o. c. p., 439-448.
- (40) Tomás BRIDGES, o. c., 1. 1.
- (41) Tomás BRIDGES: "Fireland and its people" in The South American Missionary Magazine, tomo III (London 1869), p. 115.
- (42) Armando BRAUN MENENDEZ, o. c., p. 38: "Durante el éxodo por los canales, (la mujer yámana) maneja el remo y desagua la canoa".
- (43) Así Félix F. OUTES, o. c., p. 52; Andrés R. ALTIERI, o. c., pp. 234 - 236; E. Lucas BRIDGES, o. c., p. 58; en esta última obra, una foto de canoa yámana se halla en la p. 401.
- (44) Richard HAKLUYT: The principal navigations, voyages, traffiques & discoveries of the Englisht nation made by sea or over-land to the remote and farthest distant quarters of the earth, Glasgow, MacLehose 1904, tomo XI.
- (45) J. W. IJZERMAN: De reis om de wereld door Olivier van Noort 1598 - 1601, colección Linschoten, tomo XXVII, La Haya, Martinus Nijhoff 1926, pp. 27, 32, 34, 35, 46.
- (46) Tomás BRIDGES: "El confín de la República" in Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo VII (1886), p. 204.
- (47) Armando BRAUN MENENDEZ, o. c., p. 37.
- (48) Joseph EMPERAIRE, o. c., p. 195.
- (49) E. Lucas BRIDGES, o. c., pp. 134 y 281.
- (50) Juan Hilarión LENZI: Tierra del Fuego, Buenos Aires, Progreso 1967, p. 93.
- (51) Hombre yámana llevado a Inglaterra por Fitz-Roy en 1830 y traído de vuelta su isla en 1833.
- (52) E. Lucas BRIDGES, o. c., p. 28.
- (53) Tomás BRIDGES: "El confín.. o. c., p. 205.
- (54) Joseph EMPERAIRE, o. c., pp. 203 - 204.
- (55) Joseph SANCHEZ LABRADOR, S. J.: Los indios pampas, puelches, patagones, edición presentada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff S. J., Buenos Aires, Viau v Zona 1936, p. 20.

ENSAYO SOBRE ALGUNOS MITOS Y RITOS SELK' NAMS

Por Anne M. Chapman



Tenenés, chamán y sabio que dirigió el hain selk'nam de 1923.

Anne Chapman es autora de célebres investigaciones sobre los selk' nams u onas. En Los onas, editorial Emecé, ha estudiado profusamente el ritual ona del hain. Aquí, la antropóloga francesa bucea en diversos aspectos simbólicos de algunos mitos del desaparecido pueblo de la Isla Grande de Tierra del Fuego, pueblo creador de una de las más ricas mitologías de la historia.

En Temakel también: [Galería sobre hain ona](#)

"¿A dónde se fueron las mujeres que cantaban como los tamtam (canarios)? Había muchas mujeres. ¿A dónde se fueron?", me preguntó un día Lola Kiepja, la última selk'nam de Tierra del Fuego que vivió como indígena. Eso fue en mayo de 1966 cuando estuve viviendo con ella cerca del Lago Fagnano en lo que era entonces la reserva indígena. Lola falleció pocos meses más tarde a la edad aproximada de 90 años. Desde su muerte el 9 de octubre de 1966 hasta la fecha, 15 de agosto de 1973 han muerto cuatro hombres de ascendencia selk'nam. En la Isla Grande, Tierra del Fuego, quedan en vida cinco personas de madre indígena y cuatro más que hablan aún el idioma de sus padres, o sea Angela Loij, una mujer dulce y sonriente; Luis Garibaldi Honte, el mayor de todos; Federico Echelaite, trabajador de estancia y Agustín Clemente, de madre selk'nam (1) y padre yámana (yahgan). Y aún vive Leticia Ferrando cuyo padre era selk'nam y la madre alakaluf. Hay varias personas en la Patagonia y aún en Buenos Aires de ascendencia selk'nam. Son los que quedan de un grupo que se estimó en 3.500 o 4.000 individuos antes de la llegada de los blancos a la Isla Grande por el año 1880 (2). Pese a los esfuerzos bien intencionados de los misioneros salesianos y otros blancos como los hijos del misionero T. Bridges, los selk'nam desaparecieron a raíz del encuentro con los blancos. Fueron asesinados, murieron de enfermedades aportadas por los blancos y fueron deportados fuera de la zona. Otros sucumbieron en luchas fratricidas de los últimos veinte años del siglo pasado y principio de éste. Los selk'nam eran un pueblo de tipo paleolítico. Fabricaban herramientas de piedra, hueso y madera y vivían de la naturaleza, sin cultivar la tierra. Una actividad capital para ellos era la caza, pues comían sobretodo guanacos y varias especies de roedores, se vestían con pieles de estos dos animales, además de la del zorro. Hacían sus toldos de pieles de guanaco. Recogían moluscos, huevos, bayas, ciertas raíces, semillas y hongos. Cazaban pájaros y focas; pescaban en las lagunas y por las playas y aprovechaban ballenas encalladas. A menudo cambiaban de campamento: el

hombre iba adelante, sosteniendo el arco con el brazo y el carcaj con las flechas sobre el hombro. Lo seguía su mujer cargada de todos los objetos domésticos y a menudo de un bebé atado a la espalda en una tabla-cuna. Detrás iban los niños y los viejos. Las marchas se hacían por terrenos conocidos. Las paradas estaban previstas según la caza o la pesca que se esperaba encontrar. Conocían a fondo su isla y dieron nombres a todos los relieves topográficos. Familias extendidas (de tres o cuatro generaciones) patrilineales y patrilocales, ocupaban un terreno específico llamado haruwenh, cuyos límites eran respetados (generalmente) por los vecinos (3). Los que habitaban terrenos muy apartados unos de otros, se conocían por lo menos de vista o de oídas, Pues tenían muchas oportunidades de reunirse. Cuando encallaba una ballena los primeros en llegar encendían dos fuegos como señal para que todos los que alcanzaran a verlos acudiesen a participar del despedazamiento del animal. Se reunían para celebrar competencias: largas carreras a pie, luchas cuerpo a cuerpo o para probar su destreza contra un voluntario que saltaba sin cesar tratando de esquivar las flechas, despuntadas para esa ocasión. Cuando moría una persona renombrada, la gente se dirigía a su haruwenh al ver la tierra quemándose en señal de luto, para expresar su pesar por medio de cantos y otros ritos. El trueque atraía también a gentes que vivían a veces muy lejos unos de otros: se intercambiaban piedras para encender el fuego, para hacer herramientas, maderas para fabricar arcos, flechas, soportes de toldos, plumas decorativas para tocados, grandes caracoles para extraer agua, caracolitos que se arreglaban en forma de collares, etc. Otro tipo de "encuentro" eran los combates que duraban uno o dos días o solamente algunas horas pero que, a pesar de su brevedad, eran a veces mortíferos para los hombres. Los vencedores solían llevar las mujeres de los vencidos para incorporarlas a su grupo aunque a menudo las mujeres así raptadas lograban escapar y volver con los suyos. Los chamanes, llamados xo'on hacían reuniones públicas para discutir las tradiciones místicas y realizar competencias de poder espiritual y cantaban y recitaban las tradiciones místicas en estado de trance. Una de las pruebas culminantes y más promágico. Los xo'on más renombrados digiosas de los xo'on consistía en introducir una flecha con punta de madera bajo la piel, justo debajo de la clavícula y, arrastrándola paulatinamente a través del pecho, hacerla salir a la altura de la cintura, sin sangrar. Otra ocasión de reunión de aún mayor significación cultural era la ceremonia conocida como el hain. Muchas familias de distintos haruwenh se dirigían a un lugar predeterminado para iniciar a los varones púberes y hacerlos pasar a la categoría de adultos mediante la ceremonia del hain, que, normalmente, duraba de dos a tres meses. Y si el hain era una ceremonia de iniciación, era a la vez el eje cultural y psicológico de la sociedad: simbolizaba en una compleja síntesis, el razonamiento y la razón de ser de la existencia comunal e individual. Entre los símbolos la Luna se sitúa en el centro del eje lógico de ese pensamiento. No es simplemente el símbolo de la mujer como tampoco el Sol lo es el del hombre. Su "función" en el esquema conceptual es compleja. Es "ella" que crea el drama de los orígenes, del pasado mitológico, y es a través de su transfiguración de mujer terrestre en mujer celeste que los selk'nam se explican el porqué de su existencia presente y aprehenden la amenaza del futuro: amenaza de muerte por el individuo, amenaza de desequilibrio por la sociedad. Más adelante volveremos sobre este aspecto de nuestro análisis. Luna es la esposa cuyo marido (Sol) no logra alcanzar. El símbolo de la sociedad es Sol, así el día es luminoso. Aunque Luna aclara parcialmente la noche, de ella emana un peligro intangible. Ella se pone en eclipse para mostrarse amenazante. Y durante estos momentos los chamanes (xo'on), los demás hombres y las mujeres se reúnen para rendirle homenaje, para apaciguar su rencor y asegurarse que mañana será igual que hoy, que Sol reinará en todo su esplendor y que la Luna cambiante e iracunda, se conformará con huir en la noche.

Mitos: Cuando los dioses habitaban la tierra

Luna es Sho',On Tam, la hija del Cielo, su hermana es Nieve. Su esposo, Sol, es hermano de Viento. Nieve, el hermano de la Luna, se casó con la hermana de Lluvia. Luna (Kre) y Nieve (Xoshé) pertenecen al Sud. Sol (Kren) y Viento (Shenu) son del Oeste. Lluvia (Chalu), Mar (Ko'oh) y su hermana Tempestad (O'oké) son del Norte. Este, lugar de la cordillera resbaladiza era el "centro" del universo y la sede del poder chamánico. Allí está Temukel, Palabra, el más poderoso de todos. En la era mítica que se llama hówenli, todas estas fuerzas, lo mismo que algunas estrellas, habitaron la tierra y fueron poderosos chamanes. Y esa "gente" de la era de hówenh se llaman los hówenh. Cuando se originó el mundo actual y la sociedad humana, la mayor parte de los hombres y de las mujeres howenh fueron transformados en los animales, cordilleras, corros y acantilados, pampas y valles, lagos y lagunas de la tierra, o sea en lo que se conoce hoy en día como la Isla Grande, Tierra

del Fuego. Uno de los hówenh se convirtió en arco iris. Tanto antes como después de la metamorfosis, todos pertenecían a uno de los cuatro cielos (sho'on), como pertenecían también todos los humanos, los selk'nam, por transmisión patrilínea. Al igual que los selk'nam después, los hówenh tuvieron sus territorios bien delimitados, sus har wenh. Toda la isla estaba dividida entre ellos. El har wenh de Luna, por ejemplo, se llama Apen y se encuentra al sud de la isla, a los pies de una cordillera de nieves eternas donde, desde luego, habitaba también su hermano Nieve.

En la era de hówenh Luna era el chamán más poderoso, con excepción de Palabra. Ella y las demás mujeres dominaron a los hombres. La sociedad hówenh era pues un Matriarcado. Los grandes chamanes hombres: Sol, Viento, Lluvia y Nieve, así como todos los hombres, se ocuparon de las tareas humildes: de llevar las cargas cuando las familias se desplazaban, de cocinar, de vigilar a los bebés y a los hijos pequeños, de traer el agua para el uso doméstico, etc. Las jóvenes hówenh accedían a la posición social de mujer adulta por medio del rito a lo cual aludimos, llamado haj . A la choza ceremonial, una gran construcción cónica hecha de troncos, también se le decía hain. En preparación a la ceremonia ciertas mujeres hówenh, ya iniciadas, se disfrazaban de espíritus, usando altas máscaras hechas de corteza de árbol o cuero de guanaco que les llegaban hasta los hombros o hasta las rodillas. Otros espíritus eran representados por mujeres cuyos cuerpos se pintaban con arcilla roja y blanca y cenizas sobre lo cual se trazaba dibujos geométricos, símbolos de su identidad. Un espíritu se cubría de plumones blancos pegados al cuerpo desnudo y su máscara. Los maquillajes, las máscaras y los movimientos del cuerpo traducían con tal exactitud la imagen de los espíritus que los hombres, hówenh, espectadores pasivos, confundían a los actores con los personajes representados. Los hombres creían que los espíritus surgían de las entrañas de la tierra y descendían de los cielos para participar de la iniciación de las mujeres jóvenes en el recinto del hain donde ningún hombre podía penetrar y ni siquiera aproximarse. Así cada vez que se celebraba el rito los hombres vieron a los espíritus manifestar su solidaridad con las mujeres y su aprobación por el dominio que ellas ejercían sobre la sociedad hówenh. Así era el orden inquebrantable del universo.

Por lo menos así parecía desde "siempre", hasta que un día unos hombres hówenh, los que después fueron transformados en Sít, (un ostrero), en Kehke (borotero) y en Chechu (chingolo), todos asociados al cielo del Oeste (el de Sol), se acercaron al hain para espiar (4). Y lograron sorprenderlo a uno de los „espíritus" en el acto de disfrazarse. Era uno llamado Mata. Se dieron cuenta enseguida que todos los "espíritus" no eran sino mujeres disfrazadas. Descubierta la verdad, Sít silbó para alertar a los demás hombres. La mujer que iba a representar Mata fue aniquilada allí mismo transformándose en cisne de cuello negro y rostro mitad negro y mitad blanco como ella se estaba pintando para hacer el papel de Matan. Del interior del hain, las demás mujeres oyeron el silbido y enseguida apagaron el fuego sagrado (5). Los tres compañeros se transformaron luego en los pájaros mencionados arriba. Como espías que eran, ahora caminan sin hacer ruido, mirando hacia todos lados y confundiéndose con su medio ambiente. Sít conserva siempre el mismo canto, un silbido de alerta.

El marido de Luna, exasperado por esta revelación, empujó a su mujer al fuego del hogar. Ella logró escaparse al cielo pero no sin que antes su cuñado, Viento, también la arrojara al fuego. Con el rostro seriamente quemado y sintiendo una cólera sin límites, jamás ha dejado de odiar a los hombres. Cuando abandonó la tierra para siempre, convirtiéndose en la Luna, su marido se transformó en el Sol y desde entonces la persigue por el cielo intentando atraparla, sin que hasta ahora lo consiga.

Todos los meses la Luna revive este suceso. Aparece llena como en la época de su antiguo poderío aunque desfigurada por las cicatrices ("manchas" lunares) que recuerdan la ofensa irreparable. Entonces disminuye hasta desaparecer para iniciar su nuevo ciclo. Entonces fue Sol el que enseñó a los hombres a castigar a sus mujeres. Aunque no pudo o no quiso matar a la suya. Luna fue la única mujer hówenh del hain femenino que logró salvarse, Sol hizo matar a su hija Tamtam la hermosa, transformada después en Canario. Y en la sociedad humana las mujeres selk'nam ocuparon el lugar de los hombres hówenh como espectadoras pasivas del hain masculino, ellas entonaban el canto de Tamtam todas las auroras mientras duraba la ceremonia. Hubo hombres hówenh que trataron de salvar a sus hijas. Cuando Sít alertó a los demás hombres hówenh y reveló que el hain no era sino una farsa de mujeres, los hombres se encolerizaron y tomaron el hain por asalto y masacraron a todas las mujeres. Pero un hombre hówenh Tari (Pato Vapor) quiso defender a su hija que en el momento del asalto se acurrucó entre las piernas de su padre, pero su padre no pudo contra los demás y ella también cayó flechada. Keysaishk (Comorán) luchó contra Karkai (Carancho) para salvar su hija, pero fue en vano. Los hombres hówenh mataron a todas las mujeres y también a las jóvenes iniciadas pues éstas

conocían ya el secreto del hain. El secreto que había sido tan celosamente guardado de los hombres era que los espíritus no eran divinidades sino simples mujeres disfrazadas. Del sexo femenino sólo quedaron las niñas pequeñas, que eran inocentes de la "perfidia" de sus madres y hermanas mayores.

Después de la matanza de las mujeres hówenh, los hombres, niños y niñas partieron -a los confines del mundo, al Este más allá de los mares. Allí permanecieron mucho tiempo llorando a sus mujeres y madres. Cuando las niñas a su vez se convirtieron en mujeres, los hówenh retornaron haciendo un larguísimo viaje. Caminaron durante "siglos". Pasaron por las cordilleras más allá de los mares, por las del Norte, luego las del Oeste y finalmente volvieron a la tierra por las del Sud. Los hówenh fundaron entonces el hain masculino. Y en este mismo tiempo vino un hówenh del cielo del Norte trayendo consigo la Muerte. Los hówenh no podían "convivir" con la Muerte puesto que eran ellos los inmortales. Así fue que los más poderosos abandonaron la tierra y se transformaron en astros: las Pléyades, Orión, Venus, etc. Otros de los más poderosos se convirtieron en el Viento, la Lluvia, la Nieve, el Mar, etc. Y el mayor de todos hizo o se hizo la Palabra. Otros los más humildes, se hicieron pájaros, animales, peces, cerros y lagunas, etc. Fue por aquel "entonces" que el primer ser humano, el primer selk'nam, fue creado de un terrón de tierra. Y a partir de entonces los hombres selk'nam guardaban el secreto del hain para dominar a las mujeres. Así que se originó la sociedad humana, la sociedad selk'nam, el Patriarcado.

Ritos: Cuando los selk'nam habitaban la tierra

Desde, probablemente, millares de años atrás y hasta fines del siglo pasado, los jóvenes selk'nam eran iniciados en el hain donde les revelaban que los espíritus del hain eran sólo hombres disfrazados para engañar a las mujeres. A lo largo de los meses que duraba la ceremonia, los kic,keten, o sea los jóvenes iniciantes, debían dejar de ser niños para convertirse en hombres. Esto es el sentido que daban a las duras pruebas físicas y morales que los jóvenes tenían que soportar, como también a la educación que allí les impartían los viejos. Les instruían en las tradiciones de hówenh, a propósito de los orígenes y las transformaciones de todas las cosas del universo. Les enseñaban el comportamiento que debían seguir y las obligaciones familiares y sociales que debían cumplir. Y tenían que confesarse si habían cometido falta contra ese código, durante su niñez.

Para el "espectáculo" que se presentaba a las mujeres durante el transcurso de toda la ceremonia, hombres escogidos especialmente por sus diferentes dones interpretaron los espíritus del hain, unos quince, veinte o más según el número de participantes en el evento. Sin embargo dos espíritus del hain no eran representados por "actores". Aquí nos ocuparemos solamente de uno, cuyo nombre era Xalpen, un espíritu subterráneo que la tradición describía como hembra caníbal, voraz y colérica. Esta no era representada por nadie debido a razones que se verán a continuación. En la era hówenh, y del hain femenino, fue sobretodo Xalpen quien estremecía de terror a los hombres. Era mitad roca y mitad carne. Cuando emergía de su recinto subterráneo al interior de la choza ceremonial y durante todos los meses que duraba el rito, no cesaba de reclamar carne de guanaco y toda clase de alimentos. Los hombres hówenh fueron obligados a buscarlos y ofrecérselos, tratando así de calmar su apetito insaciable esperando que así ella no exigiría carne "humana". Ella metía todo lo que los hombres le traían, en un gran bolso que, según se decía, estaba hecho de piel de guanaco y adornado con rayas rojas. En los momentos culminantes de la ceremonia, se desesperaba por comer carne "humana". En otro artículo esperamos tratar más a fondo este y otros aspectos del rito, pues su descripción merece una atención detenida. Cuando los hombres hówenh hubieron arrancado el secreto del poder a las mujeres, los recuerdos de éstas se volvieron incomunicables pues ellas fueron transformadas en elementos del cosmos y de la naturaleza o en animales y por lo tanto privadas de la palabra. Y lógicamente Xalpen fue obligada a servir a sus antiguas víctimas, es decir a los hombres, en perjuicio de sus anteriores amas, las mujeres. En el tiempo "humano", (pasado el mitológico) al preparar la ceremonia, ciertas veces los hombres fabricaron un Xalpen con una armazón hecha de arcos que rellenaban con hierbas para darle volumen y solidez. Forraban el armazón con cueros de guanaco cosidos y pintados con rayas de arcilla roja. En ciertos momentos del rito, lo asomaban un poco a la entrada del hain para mostrarla a las mujeres esperando así atemorizarlas. Las mujeres la percibían pero de lejos, pues les estaba prohibido acercarse al hain.

En el interior del hain los hombres golpeaban el suelo con pieles de guanaco enrolladas para fingir la cólera de Xalpen y recordar a las mujeres su hambre implacable. Los kloketen entonces salieron a cazar para aportarle comida, mientras las madres de los kloketen, a unos cientos de metros del hain, entonaban súplicas a Xalpen:

"Ahora (los kloketen) están lejos, Las tobillos cansados. Corazón bueno. Los hombres se empeñan (porque Ud. es) buena."

La caza duraba días y días. Los kloketen salían y desplomándose bajo el peso de los guanacos, volvían al hain. Pero aún la avidez de Xalpen no disminuía; por el contrario, se excitaba con cada llegada de los kloketen. Hasta que su furia por la carne humana se desencadenaba Y arrojándose sobre ellos los despedazaba uno por uno, desde el cuello hasta el vientre, usando la larguísima uña de su índice. Cuando acababa con uno, sacudía el suelo con un gran golpe. Los hombres aullaban en el interior del hain procurando dominarla a la vez que atontados por la terrible muerte de sus hijos. Esta escena de horrores era pues la farsa más completa imaginable En realidad los hombres en el interior del hain no se ocupaban sino en hacer los efectos de sonido. Gritaban y golpeaban el suelo representando así el drama para el público (las mujeres). Durante la bulla los kloketen estaban sentados tranquilos unos y quizás preocupados otros, pensando en la angustia de sus madres que les creían devorados por el monstruo femenino.

Las mujeres, afuera, oyendo los gritos de sus maridos, los gemidos de sus hijos y los golpazos de Xalpen se desesperaban y sollozando, cantaban para implorar a Xalpen que tuviera piedad de sus hijos. Y a veces agobiadas por su impotencia, las madres cantaban blasfemias

"Cabeza a Xalpen:
de piedra.
Cara enfurecida."

Y la tierra también temblaba con el furor de Xalpen.

Hasta la aniquilación de esta cultura, hacia fines del siglo pasado, el secreto del hain fue rigurosamente ocultado a las mujeres de todas las edades y a los varones aun no iniciados. Si, por casualidad, una mujer, descubría el secreto, encontraba pronto la muerte, supuestamente embrujada por un chamán, a menos que, sabiendo la verdad, no la dejara entrever.

Si el "personaje" de Xalpen es el símbolo de la mujer que traicione su propio sexo al destrozarse y comer los hijos de las mujeres, Luna permanece siempre fiel al suyo, pero tan excesiva es su fidelidad que las mismas mujeres la repudian porque, aunque movida por pasiones diametralmente opuestas a las de Xalpen, comete la misma atrocidad, esto es, ella también "come" a los varones. Así, nos parece, que entre la mística del hain y la de Luna, la sociedad selk'nam resolvía el conflicto que simbólicamente amenazaba su equilibrio: conflicto entre los sexos por el dominio traducido como la derrota del matriarcado mitológico frente al patriarcado real.

Pasemos rápidamente por algunos aspectos del rito lunar. Desde que el mundo es lo que es, la Luna se pone en eclipse para mostrar que mantiene su cólera en contra de los hombres, como en el primer instante de su humillación. Su rostro entonces se enrojece de la sangre de los hombres muertos sangrándose y de los que morirán así y la tierra aparece como si estuviera empapada en sangre: la Luna está comiendo a los hombres.

Por sus sueños los xo'on (chamanos) sabían cuando la Luna entraría en este estado. Se reunían entonces de dos, tres o más xo'on con gentes de sus haruwenh respectivos. Las mujeres aparecían pintadas con arcilla roja, sus rostros rayados de arcilla blanca, de la nariz a las orejas. Golpeando el suelo con pieles de guanaco enrolladas, cantaban en coro para apaciguar el furor de la Luna:

"Corazón bueno... Mujer de Apen. Luna a cara ancha."

Los xo'on pintados de una marca redonda y roja en cada mejilla, lucían un tocado, un po'or, de plumas muy finas además de su larga capa de piel de guanaco y miraban la Luna mientras la cantaban:

"Vámonos a la Hija del Cielo."

Durante el eclipse el xo'on debía visitar a Luna, en espíritu desde luego. Para eso tenía que estar en estado de trance pues solamente así podría liberar su espíritu (waiyuwen) de su cuerpo. Concentrándose en ella, saltaba y cantaba hasta que sentía que su waiyuwen partía al cielo como un Kehe (un halcón). En ese momento entonaba el grito del halcón que es el pájaro que penetra más profundamente en el cielo.

Luna se sentaba en el ángulo Sud (su sho'on, "cielo") de un espacio delimitado por cuatro troncos de árboles en representación del espacio del universo, los cuatro cuartos del cielo. Cuando el waiyuwen de un xo'on llegaba junto a Luna, ella le hacía saber si tenía o no, derecho a sentarse. Los que tenían permiso de hacerlo debían colocarse en el lugar que les correspondían por su afiliación a uno de los cuatro cielos, exactamente como en la tierra, en el interior de la choza ceremonial, el hain. Los favorecidos por Luna, los que tenían permiso para sentarse, no morirían en un futuro próximo Pero el xo'on a quien le era negado permiso para sentarse se encontraba colocado en la sombra de Luna, bajo sus rodillas o detrás de ella. Comprendía entonces que estaba condenado. Luna no lo miraba.

En la tierra, el chamán que veía su toca de plumas en la sombra de Luna y las plumas mojadas de sangre, sentía que moriría pronto, que Luna lo había "agarrado", que lo había embrujado. Su cuerpo temblando, él cantaba:

"Estoy Allá. Mi cabeza está en la sombra.

Estoy agarrado por la Hija del Cielo. Estoy debajo de sus rodillas. Alguien me matará. Estoy agarrado por la Luna."

Entonces las mujeres elevaban sus voces en coro, insultándola:
"Luna - cara quemada.

Cara enfurecida."

Aquel que Luna "comerá", ella le mostraba una cosa ensangrentada, sea un puñado de hierbas, una punta de flecha, un desgarrón de su capa (6). Ese sería matado en un combate o aniquilado solo. Los que van a sucumbir por una enfermedad, se ven en la sombra de Luna como un halcón sin plumas.

A sus favorecidos Luna les daba una cosa redonda, de piedra, madera o cuero de guanaco. Y cuando su espíritu descendía a la tierra, otro xo'on se acercaba a él y tomaba con la boca, la cosa redonda que la Luna le había dado. Pero el sentenciado por Luna, descendía sin nada.

Creencias

En el tiempo de hówenh, Lechuza era una mujer. Su nombre era K'uumits en tanto que la palabra que significa al ave lechuza es sank'on. Estaba asociada al Sud, como Luna y era originaria de Apen, el territorio de Luna. Su marido Cheip, Gorrión, pertenecía al Oeste, como Sol. El cazaba guanacos pero a ella no le agradaba esa carne. Un día K'uumits mató a su cuñado armada de un arpón (o una lanza), cortó el cuerpo en pedazos y lo asó; pero cuando empezaba a comerlo oyó llegar a su marido. -¿"Dónde está mi hermano?" Le preguntó a su mujer. -"No lo sé." Fue la respuesta.

Buscando a su hermano, el hombre levantó unas mantas (de piel de guanaco) y allí vio una cadera de su hermano. En este instante K'uumits se transformó en Lechuza y voló hacia la noche riendo. Y se ríe siempre por haber podido comer a su cuñado. Los selk'nam del territorio de Apen (ubicado al sur de río Grande, en la zona de Lago Blanco) fueron llamados kre-unka, "originarios de Luna". En el siglo pasado antes de la llegada de los blancos a la Isla Grande, allí vivía una mujer llamada Waa-an. Ella no fue xo'on pero en cada eclipse cantaba sola a la Luna. Adoraba a Luna. El marido de Waa-an la golpeaba mucho. Abrumada por estos abusos, se armó de un arpón. En ese momento llegó su cuñado que le arrancó el arpón y luego de golpearla le dijo:

"¡Ibas a atacar a mi hermano! Eras como tu hówenh, K'uumits. Quieres comer carne humana. Tú descienes de Luna y por eso eres tan colérica."

Y la mató. Luego cuando llegó su hermano le dijo:

"Tu mujer iba a matarte para comerte. Era del hówenh peligroso de comedores de gente."

No obstante su mitología y creencias, los selk'nam no eran antropófagos como tampoco lo eran los demás grupos indígenas de Tierra del Fuego (7).

Como símbolo de un poder nefasto femenino Luna a veces "comía" a sus eternos enemigos, los hombres. Uno de sus últimos "víctimas" fue un xo'on llamado Kau-opr del haruwh llamado Kamshkin (por un cerro así nombrado que se sitúa cerca de río Moneta en la región fronteriza, Argentina-Chile). Allí en la década del noventa del siglo pasado todavía vivían unos ocho o diez familias. Kau-opr, sea Kamshkinuxo'on había heredado su poder chamánico de su padre quien había sido muerto por los blancos unos años atrás. El vivía con su mujer y seis hijos varones además de sus seis hermanos, dos de los cuales también tenían hijos, con sus tíos, y demás familia. Un día unos blancos llegaron a caballo al campamento, armados y de improviso, con la intención de llevar las familias a la misión salesiana establecida entonces en la Isla Dawson. No se sabe como ocurrió el primer encuentro pero mataron a varios hombres, Kamshkinu - xo'on entre ellos. Algunos adultos y niños fueron llevados a la misión en tanto que los demás se escaparon. Kamshkinuxo'on se había convencido que iba a ser matado, fuera por un blanco, fuera por otro indio. Durante un eclipse de Luna que ocurrió algún tiempo atrás su espíritu había hecho el "viaje" a Luna. Ella le habría mostrado un puñado de pasto ensangrentado: estaba kre chinen, agarrado de Luna. Comprendió entonces que ella lo iba a "comer" (8). (*)

(*) Fuente: Este artículo fue publicado originalmente en francés en la revista *Objects et Mondes*, bajo el título *Lune en Terre de Feu. Mythes et rites des Selk'nam*, Tomo XII, 1972, pp. 145-158. El texto aquí presentado aquí difiere en algo del original. (A su vez, este texto ha sido previamente editado, en edición digital en Biblioteca virtual de página web de Museo del Fin del Mundo en Ushuaia, Tierra del Fuego, República Argentina.

NOTAS

(1) Aquí no hacemos la distinción entre los selk'nam y los haush. Aunque sus idiomas diferían sus modos de vida eran muy parecidos. (cf. Karukinká, N° 3, 1973, pp. 5-7).

(2) Esta estimación es del Padre Martín Gusinde el etnólogo que más ha estudiado los pueblos indígenas de Tierra del Fuego y quien visitó la zona cuatro veces entre 1918 y 1922. Es el autor de una obra de 1176 páginas, dedicada a una descripción de la cultura selk'nam publicado en Modling bei Wien en 1931, de otra obra de la misma magnitud tratando la cultura vámana (de los Yahganes), de un libro de divulgación "Hombres Primitivos de Tierra del Fuego", Sevilla, 1951 v de numerosos artículos sobre estos grupos, publicados en revistas científicas alemanes. (3) El idioma selk'nam tiene una serie de fonemas que no existen en los idiomas indo-europeos. En este artículo transcribimos las palabras en selk'nam sin emplear signos especiales y por ende su ortografía es solo una aproximación al verdadero sonido de las palabras.

(4) Todos los hówenh tenían nombres propio diferentes de las palabras comunes con que se designan las cosas en las cuales fueron transformados. Sin embargo aquí se nombra a lo hówen por las palabras comunes v no por su nombres, porque no me ha sido posible, hasta ahora, conocer todos los que son mencionado en este texto.

(5) Otra versión de este mito dice que fue So quien se dio cuenta. Al comienzo de la ceremonia encontró a una mujer que se estaba pegando plumones para representar al espíritu Keténnen. Al darse cuenta que Sol le había visto ella se arrojó a una cascada para ocultarse. Se convirtió entonces en el pájaro Ko'oklol (pinzón que vive aún cerca de las cascadas).

(6) Después de la llegada de los blancos a la isla, Luna a veces mostraba un pedazo de uniforme de policía ensangrentado o de cuero de botas para significar que el hombre sería matado por un blanco.

(7) Cf. por ejemplo pp. 25-28 de *El Último Confín de la Tierra*, E. Lucas Bridges, Buenos Aires, 1952.

(8) Los datos presentados en este artículo fueron recogidos directamente de "informantes" indios. Representan parte del estudio etnológico que la autora lleva a

cabo desde 1965 en Tierra del Fuego, Argentina. El trabajo se inició con Lola Kiepja (fallecida en 1966) y se prosigue principalmente con Angela Loij. Federico Echelaite y Luis Garibaldi Honte también han aportado datos importantes. Este estudio se realiza sobretodo gracias al concurso del Centre National de la Recherche Sientifique (París) y en el último año también del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (Buénos Aires).

LA INTERMINABLE FUGA DE ASCENCIO BRUNEL

Por Angel Uranga



Un camino en tierras patagónicas sobre las que, acaso, se proyectó el calor y la sombra de Ascencio Brunel (foto Matilde Gironelli).

Nuevamente tenemos la satisfacción de editar en Textos sobre la Patagonia de Temakel un agraciado relato del que nos hecho participes el narrador patagónico Angel Uranga. En este caso su pluma, que funde plasticidad literaria con nevadura histórica, nos guiará hacia el nebuloso destino de los gauchos perseguidos en la amplitud patagónica. Así, según las palabras del propio Uranga, este es "un relato acerca de un 'bandido rural' que inquietó durante quince años a los representantes del orden terrateniente patagónico. Lo que se sabe de este gaucho vago y mal entretenido, o sea Ascencio Brunel, es brumoso y contradictorio; por ello, mi relato optó por tener esa característica".

Otras obras de Uranga en Temakel:

Hilario. Una epopeya

Sombras nomadas en la meseta

LA INTERMINABLE FUGA DE A.B

-Hasta dicen que lo han visto cubierto sólo con un cuero de puma.
-¿Habla en serio paisano?
-¿Y a usted que le parece?. Si ese hombre es el mismo Gualicho. Lo ha visto este gringo que tiene estancia por el Viedma...¿cómo es que se llama?; ése gringo flaco y alto como una lanza... Bueno, ese hombre no habla al cuete.
-Con la sola piel del león puma. No cualquiera ¿he?.
-No, no cualquiera.
-Hay que ser muy paisano para andar a puro cuero.
-Por eso le digo que es un Gualicho. Como que dicen que aparece aquí y ya no está más y que al otro día nomás vuelve a aparecer como a treinta y hasta cuarenta leguas de lejos, como que lo han visto.
-¡Qué le parece!.
-Será porque es medio animal, ¿no dicen que a los caballos que arrea no más les come la lengua?.
-A de ser para que no hablen los pingos...
-Potro matrero ha de ser.
-Será.

*

"sólo una vez, a los sumo un par de veces me habrán visto cubierto con un cuero de puma"

*

En Rawson, capital del Territorio del Chubut 1900

-Buscamos a un fugitivo que ya es parte del paisaje.
-¿Del paisaje?
El subordinado hace un esfuerzo mental y también físico al acomodarse en la silla para entender al letrado.
-Un ser mimetizado con el lugar, sargento. Alguien, como un fantasma que deja rastros pero él sigue siendo invisible, impalpable; como el viento, ¿comprende?.
El uniformado, cubriendo con su volumen la silla, usa bigotes con las puntas erizadas, tal es la moda viril que él acepta orgulloso, cruza los brazos, escucha y asiente lo que dice su señoría.
-El viento –continúa el magistrado que se ha levantado del escritorio, que mira por la ventana; las manos en la levita y de espaldas al sargento-. El viento –repite-, uno sabe por dónde va, porque ve cómo se mueven las hojas de los árboles, cómo flamea el pasto...
-O se levanta polvareda. –Colabora, de piernas abiertas el policía obeso, infatuado y satisfecho al participar en el razonamiento del juez.
-...pero, por supuesto, que no se lo ve. Está y no está –Piensa en voz alta el juez sin escuchar al uniformado.
-Usted quiere decir; huidizo como animal matrero.
-Así es sargento, huidizo, fugitivo e invisible el matrero; como el viento.

*

-Anoche me despertaron los perros, ¿no los escuchaste viejo?.
-No, no escuché nada.
-Claro, si roncabas como un tronco.
Luego, mate en mano, el puestero salió a tirar la yerba del día anterior notando en seguida algo raro en el lugar: el nochero, que había quedado atado con la soga larga no estaba, no se lo vía por ningún lado.
-Que raro –comenta al entrar.
-¿Qué pasa viejo? –pregunta la mujer.
-Que se haya desatado el oscuro, es raro.
-¿No habrá sido...
-Y...a lo mejor nomás.

*

Comento a mis amigos que estoy tratando de escribir acerca de la mítica figura de un gaucho que es perseguido, que se lo captura y que siempre se le escabulle a la policía.
-No se si te acordás –rememora Julio-, pero hace un par de años ya me hablaste de él.

-Es posible, sí. Se trata de un personaje que le sacó canas verdes a los canas de la época. Un gaucho errante...

-Matrero, decían –puntualiza Julio.

-...matrero y huidizo. Y si bien hay múltiples voces y testigos que hablan de él o que lo vieron, incluso que llegaron a conocerlo, sobre todo aquellos que fueron víctimas de sus correrías, es decir, de las correrías de este gaucho cimarrón, muy poco se sabe a ciencia cierta; más son las contradicciones que las aseveraciones. Como buen personaje de la estirpe de Fierro, o de Moreira, siempre anda fugado, primero de las autoridades de su tiempo, y luego de nosotros que lo rastreamos en los libros y expedientes. En suma, resulta una figura tan esquiva e inaprensible como..

-Como el viento –Interrumpe Pablo con cierta socarronería.

*

Colonia 16 de Octubre: noviembre de 1895

No alcanzó a encender la pipa que hace más llevadera las horas de trabajo, porque cuando alzó la vista, no para ver algo sino por el simple y natural reflejo de mirar sin ver, lo que vio atrajo de inmediato su atención. Así estuvo unos minutos con el cachimbo apagado colgándole del labio en una actitud concentrada y estática.

Durante un buen rato Zacarías Jones observó el movimiento de animales, o de jinetes que asomaban por el lado sur en el filo de la última ladera que corta el horizonte. Luego, cuando entraron en el bosque los perdió de vista volviendo a aparecer ya mucho más cerca, pero todavía del otro lado del Corintos, al que cruzaron con lentitud debido a la fuerte correntada y las piedras sueltas que conforman el lecho del río. Entonces pudo distinguir el pelaje de los caballos del grupo que se acercaba.

Al pasar cerca del colono, éste los pudo observar con más detenimiento, reconociéndolos. Era el cacique Kankel con quince de sus paisanos y traían a un detenido que venía sobre una mula con las manos atadas con tientos.

El detenido era un gaucho sin sombrero, en cabeza, el pelo largo, enmarañado y sujeto con una vincha, de tupida y renegrada barba, llevando por toda ropa un chiripa y una piel de león puma que lo cubría. Sin embargo, lo que más le llamó la atención, fue la mirada cimarrona del personaje: profunda, inteligente, agazapada, como si aguardara un ataque o espiera algo.

Al pasar el grupo cerca de Zacarías, el cacique lo saludó y él a su vez a Kankel. Después se detuvieron en lo de Martín Underwood, el comisario, quien salió a recibirlos. Para entonces varios colonos se habían congregado frente a lo de don Martín para conocer la novedad que quebrantaba los hábitos coloniales.

Ahí pudieron observar mejor al detenido que traían los hijos del desierto.

El hombre miraba debajo de sus oscuras cejas, y en el pelo fosco colgaban hebras de pasto seco como si hubiera andado por el suelo. Sin embargo, y pese a su lamentable traza y situación de capturado por algún delito, mostraba una dignidad que desconcertaba. Ese gaucho detenido tenía una presencia que resultaba inquietante.

Ahora, Zacarías Jones no recuerda si alguien dijo o sólo él pudo pensarlo: que pese a lo mal entrazado, ese hombre detenido o prisionero tenía un porte que trasuntaba cierta arrogancia, Zacarías diría incluso señorial; extraño en un gaucho vagabundo, según pudo saber después. Pero ese parecer, esa imagen paradójica, como igualmente contradictoria percepción de la idiosincracia de ese hombre (el cual y según luego lo sabrá, era un fugitivo, un mal entretenido, un proscripto de la justicia territorial), no resultaba de la actitud prepotente ni grosera propia de cuatrerros, de bandoleros o matones; era más bien una presencia que reflejaba una especial como natural gallardía. Esa figura zaparrastrosa tenía, sin embargo, un hábito familiar con la cual uno en seguida se solidariza; una personalidad que, por más que anduviera montado sobre una mula, por más que lo condujeran atado (un acto de humillación para alguien que pertenece a una raza de centauros, la que hace de su libertad la razón de su existencia), mantenía, pese a su aspecto y situación, una actitud y un porte distintivos. Eso es lo que parecía – Dice ahora, confusamente, Zacarías-, por lo menos, eso me parecía a mí. Un, cómo le diría... alguien con autoridad.

-¿Autoridad? -se escandaliza la autoridad.

-Digo yo; por su prestancia –insiste Zacarías Jones-, la cual, pese a ir sobre una mula y atado, pese a su apariencia zaparrastrosa, pese a parecer un bandido, a un vulgar

facineroso, no se lo veía ni bandido ni vulgar facineroso. Era dignidad lo que yo palpaba viendo a ese hombre.

Cuando Zacarías Jones terminó de comunicar al Martín Underwood la impresión que le causara la presencia del gaucho cuatrero, el comisario se mostró más que sorprendido, estupefacto, contestándole en tono de haber recibido una ofensa personal.

- No es que ese gaucho "parecía" –le espeta el comisario-, en realidad "es" un facineroso, un simple cuatrero. ¿No vio la traza que traía? ¡Un troglodita parecía!. Y usted me habla de autoridad, ¡por favor!.

-No, claro, pero parecía, bueno a mí me parecía la figura de un jefe prisionero. ¿Me hago entender don Martín?

-Algo como un gaucho sublevado: ¡doble delito Zacarías, peor aún que el abigeato! – Agrega con fastidio el comisario de la Colonia.

Fue sin duda esa presencia inquietante la que nos dejó a todos sorprendidos y hasta desconcertados (contará después, bastante después Zacarías Jones, pionero de la Colonia galesa *Cwm Hyffryd*, o Valle Encantador, nombre dado por los galeses y oficialmente denominada "Colonia 16 de Octubre" y, más adelante, Trevelin), sin saber resolver en nosotros esa dificultad, ese nudo en la percepción y en la interpretación de los signos que emanaban del gaucho fugitivo y que sólo entonces llegué a saber de quién se trataba; pero fue sólo después de la declaración o comentario que hiciera el cacique. Insisto (dirá más tarde acerca de esa experiencia el colono aún como impresionado ante la figura de aquel detenido); más que un vulgar bandolero cazado in fraganti en un descuido, parecía un jefe vencido en una batalla y hecho prisionero por las fuerzas adversarias. Sin embargo –remata el colono Zacarías Jones-, caballero o palafrenero, igual el comisario lo puso en el cepo.

*

El cacique Kankel (que habla galés, que habla castilla, que habla la Lengua), dará su versión:

-Lo vimos merodeando los toldos (la tribu está asentada en la costa del río Mayo), y sin que el robacaballos se de cuenta, lo fuimos de a poco rodeando y en cuanto lo tuvimos a tiro de bola y que intentó una escapada, ay nomá le echamos el lazo. Y acá se lo traigo don Martín, para que no ande cuatreciendo más caballos de Chejuelchos.

-¿Se resistió el proscripto? –indaga el comisario de la Colonia mirando fijamente al detenido.

-Noo, para nada, no. –responde Kanquel que habla galés, castilla y naturalmente, la Lengua.

*

-...ni rastros deja ese hombre.

-¿No? ¡sí que no!. Sí que deja rastros. Pero eso sí, hay que encontrarlo. Deja rastros sí señor, cómo no. Con el compadre Feliciano y don Avelino lo seguimos como por dos días.¿Y a que no sabe qué rastros, que huellas dejaba?

-Y...

-...caballos cansados, alguno que otro degollado y sin la lengua; el fogoncito apagado con tierra, alguna prueba de sus intestinos y los rastros de bota de potro por donde anduvo o se subió al caballo.

-¿Y lo pescaron?

-¡Qué vamos a pescar hombre!. Ese matrero es el mismo diablo. Le perdimos el rastro en un pedrero. Ahí se nos hizo humo.

*

en Comodoro Rivadavia,2002

-¿Y quién es ese Asencio Brunel?

Es Pablo quien se interesa observándome sobre sus lentes y suspendiendo la lectura vespertina del diario de la mañana.

Entonces comento acerca del marginal fantasma el cual resulta ser la personificación de la misma fuga; alguien que huye de su tiempo y de nosotros. Les hablo de esa figura proscripta que muere varias muertes porque muchos quisieron ser, sin duda, sus victimarios. Indios y policías lo apresan y así como lo capturan así se les escapa. Lo cierto es que muere varias veces –comento a mis amigos- quizá porque sus captores no

quisieron dejar rastros de su humillación por haber sido burlados ante sus propias narices. Quién fue y quien es Ascenio Brunel. Se trata de un gaucho oriental cuyo delito mayor era el de abigeato, en un territorio donde, como él mismo decía: "*es más delito agenciarse de unos tungos que matar un indio*". Este gaucho tiene, podríamos decir, extraños vicios. El primero, consiste en agenciarse de tropillas ajenas, y el otro deseo que lo atrae es el de comerle únicamente la lengua a los caballos que mata.

-¡Vaya maña! –exclama Julio.

-¿Qué extraño que es eso, verdad? – Pablo, pensativo se sorprende.

-Si, muy extraño –continúo-, aunque...si bien en un primer momento yo también creí que eso de matar un yeguarizo para comerle únicamente la lengua era un raro vicio de gaucho perseguido, sin embargo, investigando, encontré en dos o tres obras escritas en distintas épocas y que resultan testimonios incuestionables y objetivos de las costumbres del gauchaje argentino, párrafos donde demuestran que el tal vicio era una costumbre vernácula entre los hombres de las pampas rioplatenses. Les leo lo que dicen estos testimonios:

"...cada uno de los peones que vaqueaban, y eran muchísimos, o de los viandantes, mataban por su antojo la vaca que mejor les parecía, por sólo sacarle ya la lengua, ya otro bocado de su gusto, abandonando todo lo restante para sustento de las fieras y de las aves de rapiña"

-Esto que les leí pertenece al jesuita Pedro Lozano, y la obra se llama como pueden comprobar, "Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y del Tucumán" y fue escrita en la primera mitad del siglo XVIII. Pero hay más todavía.

*

1896, en Rawson, despacho del Gobernador

JUEZ: ¡Cómo no va a escaparse un hombre así, si ni cárcel tenemos, ni siquiera celdas.

GOBERNADOR: Quisiera estar seguro que estaba engrillado, porque conociendo a ese bandido fue que ordené que debía llevar grillos.

COMISARIO: Sí, pero...

GOBERNADOR: ¿Pero?. Acá no hay peros que valgan Comisario. Ese hombre, si tenía puesto los grillos y se escapó, entonces es un mago, porque los grillos aparecieron a orillas del río y no cantando precisamente; y si no los tenía puesto, entonces usted, Comisario, por ser el responsable, usted y quienes estaban de custodia, tendrán un sumario administrativo.

(El gobernador está parado en posición de firme, las manos en la espalda, el mentón elevado mirando con mirada de autoridad al subordinado).

COMISARIO: Sí señor Gobernador, pero la custodia de los presos no nos corresponde a nosotros sino al alcalde.

GOBERNADOR: ¡Déjese de excusas, Martínez! (vocifera); lo cierto es que la Policía estaba de facto en la custodia del preso. (Hace una pausa y hablando con cierto tono de complicidad) Salvo que haya habido algún secuaz entre ustedes.¿Qué me dice?

El comisario Martínez no puede creer lo que acaba de escuchar del gobernador Tello; pero antes de fabricar una defensa ante la sospecha de la máxima autoridad, éste le ordena secamente:

GOBERNADOR: Y ahora, retírese.

Ni bien el comisario Martínez cierra la puerta del despacho dice el :

JUEZ: (Hablando como para sí) Un fugitivo de la justicia, un cuatrero un mal entretenido.

GOBERNADOR: un gaucho presuntuoso.¿Vio usted cómo se comportaba, cómo contestaba las preguntas de la policía? Un cuatrero, un vagabundo que desafía y se burla de nuestro orden...

JUEZ: y de todo el mundo.

GOBERNADOR:...de todo aquello en que ponemos nuestro empeño.

JUEZ: Sí, del sistema.

GOBERNADOR: Como usted bien acaba de decir: de todos. Se ha burlado de Underwood, de los colonos, de las autoridades territoriales, de pacíficos y honrados y laboriosos pobladores que engrandecen la patria y traen el progreso a estos desiertos. De Kankel, ¡De la vaquía de los tehuelches! Es inaudito.

JUEZ: Un matrero insolente.

*

-Pero no se vayan que ahora viene lo mejor, dije, y les leí:

"Muchas veces se juntan de éstos mozos (se refiere a los guaderios, aclaro) cuatro o cinco, y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, las bolas y un cuchillo. Se conviene un día para comer la picada de una vaca o novillo: lo enlazan, derriban y bien trincado de pies y manos le sacan, casi vivo, toda la rabadilla con su cuero, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan mal, y medio cruda se la comen, sin más aderezo que un poco de sal si la llevan por contingencia. Otras veces matan sólo una vaca o novillo para comer el matambre que es la carne que tiene la res entre las costillas y el pellejo. Otras veces matan solamente por comer una lengua, que asan en el rescoldo. Otras se les antojan caracuces, que son los huesos que tiene tuétano, que revuelven con un palito, y se alimentan de aquella admirable sustancia..."

-Esto lo escribe Concolocorvo en su famoso "Lazarillo de Ciegos Caminantes" de 1773.

Pero hay más aún. Les leo lo que escribió el capitán Fitz Roy, conocido por todos los presentes.

"Hablando un día a Simón de la torpe matanza de ganado que había oído decir se realizaba en ocasiones, me manifestó que los gauchos solían matar los animales con el sólo fin de extraerles la lengua, y acaso un bife o dos "para el asado" (al asador) sin tomarse el trabajo de cuerearlos; siendo demasiado epicúreos a su modo para banquetear más de una vez del mismo animal"

-¡Qué me contás!, epicúreos y delicados los gauderios esos –se sorprende Pablo.

-Esto se encuentra en el capítulo dedicado a las Falklands, en el viaje que Fitz Roy hace con la "Beagle" y la "Adventure" entre marzo y noviembre de 1833.

-En ese viaje también iba Darwin –interviene Julio.

-Así es.

*

Al despertar lo primero que sintió fue el verde olor a alfalfa, pero de inmediato un agudo dolor en las piernas lo descolocó, sin poder situarse. ¿Dónde podría estar? ¿qué había pasado?. El fresco olor del alfalfar seguía ahí, por lo que imaginó que estaba cerca de algún potrero, y por ello cerca de algunas casas. Entonces recordó lo último que había visto: el indio apuntándole...

No; lo último fue ese estallido, el relámpago en la noche cuando en una estancia burlaba una tropilla. No, tampoco. Lo último era...

Se ve a sí mismo alejándose, fugitivo, sin rostro, huidizo, opacado, tornándose invisible a la partida que lo persigue en ¿Güer Aike? ¿en el Coyle? ¿en el Genoa? ¿dónde?...

*

-Sin embargo, este matrero –digo dirigiéndome a Julio-, me resulta una figura difícil de captar, tal vez por ser un nombre escurridizo.

-¿Un nombre o un hombre? –Julio duda de lo que escucha.

-El hombre ya no está, nos queda un nombre invisible casi por lo huidizo...

-Como el viento –insiste Julio.

-...por lo que me ha costado acercarme a él y más aún, apresarlo.

-Echarle el lazo, como se decía –apunta Julio.

-Deberé emplear otra técnica de acercamiento –Dije.

-A mí me parece –opina Pablo que seguía con atención la charla-, que más que una técnica se trataría de componer una estructura literaria.

Con Julio miramos a Pablo esperando que sea más explícito.

-Claro –explica entonces Pablo-, porque fijate que el relato debe tener una estructura acorde con el objeto de la enunciación. Creo, me parece, que por ahí iría la cosa.

-Se trata de personajes casi míticos que nos llegan borrosos y al margen de toda historia –comenta Julio.

-Personajes de la trastienda del oficializado gran relato patagónico –dice Pablo pensativo mirando fijo a Julio.

-Ellos mismos recrean su propia historia. –Digo; y pienso: (un personaje veloz, ubicuo, un perseguido que aún nosotros, un siglo después seguimos buscándolo)-. Lo que nos llega de Brunel es como un juego de rompecabezas. El relato lo imagino enfocando el objeto desde distintas miriadas...es...como un espejo que se quiebra por el paso del tiempo y en el que todos los pedazos reflejan lo mismo.

*

Hay momentos en que su memoria cae en un pozo, en un blanco sol que oscurece y confunde toda relación de un antes y un después, una nube opaca, un silencio sin imagen. Puede ser uno de esos momentos que la gente menciona como otros tantos relatos de sus muertes; y uno de esos pozos resulta el momento en que aquel tehuelche viejo hace pie a tierra del otro lado del Guenguel, apuntándole con el Winchester y él, que está saliendo de ese río helado hacia la pequeña barranca donde ya se está sacudiendo el rosillo y un arco iris se forma alrededor del caballo.

Había nevado y una montonera de indios lo perseguían desde el Senguer donde se encuentra la tribu de Kankel.

Me acerqué despacito para no espantar los animales que estaban cerca de los toldos; con estos indios hay que andar con cuidado porque son muy zorros, muy bichos son, por eso me les fui acercando en cuatro patas, tapado con un cuero de oveja para arriarme la tropillita que los indios tenían no muy lejos. En eso estaba cuando los teros empezaron a chillar y revolotear enloquecidos y entonces vi unos movimientos raros de los chiquitos y de las chinas, por las dudas me fui a buscar al oscuro que había dejado en un bajo, maneado y atado con una estaca pampa y acollarado al rosillo, porque siempre hay que andar con caballo de repuesto y el que no se monta y va de ladero tiene que llevar puesto también el bocado. Para disparar nunca hay que confiarse en un solo pingo.

En cuanto llegué al oscuro, ay nomás monté y disparé maliciándome la trampa. Me lancé a uña de caballo para hacerles distancia. Y así fue. En cuanto comencé a galopar noto que por los costados aparecen jinetes queriéndome rodear.

¡Esa sí que fue una galopada inolvidable!

Rumbeo primero hacia el poniente y en cuanto desaparecí tras un cerrito, ay nomás enfilo hacia el sur a rienda suelta sobre el oscuro y el rosillo de ladero.

Fue una carrera entre caballos pampas, porque los que yo montaba se los había hecho a una tribu más al norte (¿qué distancia habrá de la costa del Senguer a la costa del Guenguel?).

Había enfilado hacia el poniente hacia la última luz del sol que podría encandilar a mis perseguidores, si es que eso ayudaba en algo. Antes que llegue la noche, el cielo se había puesto muy negro, eso me ayudó a confundirme en un gran bajo que se perdía en la nada hacia el sur. Así fui sacándoles algo de ventaja a esa jauría angurriente.

¡Qué carrera! Agazapado, pegado, mordiendo casi las crines del oscuro dejaba que éste corriera libremente. Las babas y el sudor agrio y vegetal salpicándome la frente y la cara, iba prendido a la tuse, afirmado con las rodillas, a campo traviesa volaba pal sur.

La tarde se cubre de presagios púrpuras pero la noche llegó rápida y ella me ayudó a alejarme, aunque no los pude perder.

En algún momento de esa noche empecinada sentí en la cara y en las manos, en las rodillas también, los alfilerazos de una furiosa manga de aguanieve, aunque el sudor del animal me daba el calor que fortalecía la determinación de alejarme de eso zorros implacables. Pero al indio si sos diablo lo vas a joder.

En esa carrera nocturna, cada tanto cambiaba de monta siempre al galope; eso aliviaba el andar de mis parejeros. El animal sabe que uno no es algo extraño a él; que uno es parte suya y uno siente que el flete es una parte más del propio pellejo. Pasa que uno es medio potro y el potro medio hombre.

Y así, cruzando sin tiempo la noche fue como pude hacer una buena distancia a esa jauría.

Como un viento urgente atravieso esos parajes. Noche entera sin descanso. Leguas y más leguas para que se olviden de mi.

Cada tanto escuchaba a mis fieles perseguidores, sombras reales empeñadas en seguirme el rastro que dejo en el viento. Por momentos parece que se opacan y dejan de oírse y por momentos parecieran surgir de la propia tierra ni bien acababa de pasar por algún lugar; y en la tierra quedaban ocultos los ecos como el polvo levantado que vuelve a posarse en el suelo. Y otra vez creo que han dejado de perseguirme, eso pensé que pensaban; pero en cuanto afinaba el oído los podía sentir, escuchaba el retumbar de los cascós allá, bastante atrás, entre las sombras. Sombras persiguiendo a otra sombra en la vasta noche cabalgada.

Una obstinación exaltada corriendo al sur.

Noche sin tregua, noche ancha y eterna como la misma bóveda del cielo, y yo que más vivo cuanto más ando. La noche extensa, la noche, la tierra, extensas como una vida. Un trapal de cascos golpeando la oscuridad helada, consumiendo distancias sin tregua.

No, no fue el galope desenfrenado del miedo, nunca huí con desesperación, nunca con miedo, porque a nadie temo; era, en cambio, como atravesar sin parar el túnel de la oscuridad que se alarga y se alarga para cubrirme y poder desaparecer; la oscuridad es mi poncho.

Una carrera cuadrera voraz, interminable, donde todos corren para echarme el lazo. Cuando la mama nos llamaba a comer, con mis hermanos jugábamos una carrera "a ver quién llega primero" y yo, casi siempre, era el primero. Entonces madre decía "no mires para atrás porque te vas a caer" y el tata agregaba "porque el que te sigue te va a agarrar" y yo en esa carrera frenética, escuchaba las voces de mis viejos porque soy el jinete a alcanzar.

Cruzo la noche sin tregua y sin aliento. Una ola cuadrúpeda incontenible me lanza más allá.

Viajo en la cresta de una ola de viento. Voy afirmado a las negras clines que vuelan y se deshilachan, donde las tinieblas se llenan de un vértigo de cascos y resoplidos. La yunta bufando al unísono las distancias en un jadeo rítmico y prolongado y yo hablándoles como en secreto, animando con mis palabras, arrimado a las orejas. Ellos dan el ritmo y yo los acompaño y los animo: y vamos vamos vamos, y vamos, empujándolos; vamos vamos y vamos, arriándolos; y vamos vamos vamos, y vamos vamos y vamos; los aliento y me arrear, los llevo y me llevan.

Y así voy trenzado al ritmo redomón de los pampas; es un contrapunto de fuerzas, un vibrante latido confuso de músculos y distancias, de incansable, de sostenido aliento.

Llenamos el páramo de silencios con nuestro propio viento, es un redoble acompasado del centauro que atraviesa el espacio de la noche.

Como escondiéndome, más del aire helado que de los que me sigue, acompaño a los fieles con mi respiración agitada sin estar agitado, un respirar no asustado, no frenético, es sólo acompañar el ritmo de los que vuelan por mi volando yo con ellos. Me agito y me canso como ellos, somos los que corren las horas oscuras buscando horizontes que se alejan y se alejan, y en este remontar voy poniendo mi suerte y mi destino en las patas de los fieles tungos.

Inclinado, refugiado mas bien en la testuz, espío por debajo del brazo a los que me siguen, implacables; pero no alcanzo a percibirlos.

Antes que amanezca paso un río. El oscuro se mancó y comenzó a aplastarse, entonces dejo libre al flete que me acompañó tanto trecho y continuó con el rosillo, pero el oscuro nos seguirá todavía un rato, sólo que cada vez más lejos.

A comenzado a clarear y sigo sin distinguir a mis perseguidores. Creo haberles sacado una buen ventaja con el rosillo que viene menos baqueteado. Cuando llego a la costa del Guenguel ya la madrugada pinta sus luces rosadas.

Había nevado fuerte por esos campos y la claridad llegaba rápida, fría y refulgente.

Al llegar al río lo encuentro helado y por ello difícil de pasarlo. Anduve bordeándolo un buen rato y al fin me decidí cruzarlo en la parte donde erraban lentos trozos de hielo. Pensé que los indios no se animarían a cruzar las aguas heladas. No se por qué pensé eso; supersticiones supongo. Antes de lanzarme miré hacia atrás y alcancé a ver ahora a unos pocos que todavía me seguían, pero aún venían lejos. No serían más de tres o cuatro a lo sumo: y me largué nomás a las aguas.

Si estaba cansado y si tenía un poco de sueño, el agua helada me sacó hasta las ganas de comer. Buena estaba pa'amansar locos. A gatas llegamos con el rosillo a la otra orilla. Me bajé, no, en realidad me caí acalambrado del caballo. Tenía las piernas y manos agarrotadas, ya ni podía sujetarme al pescuezo del animal.

En la orilla me fue casi imposible caminar. Gateo y miro hacia arriba, veo el animal que se sacude de la noche y del hielo formándose a su alrededor un efímero arco iris. Noto que tengo la barba y los bigotes blancos de hielo. Vuelvo a echar una ojeada a mis perseguidores, compruebo que ya están en la otra orilla observando qué es lo que hago sin atreverse a lanzarse al agua; supongo que por superstición. No, definitivamente no se meten al agua; y ese viejo indio que me apunta con un Winchester y que dispara. No escucho el tiro pero lo veo estremecerse y sufro un dolor de puñalada, un dolor que no podría distinguir si es el frío o la bala que me aplasta en el barro de la orilla y me arrastro

entre los matorrales donde dicen que me mataron y que después me quemaron. Busco el rosado día que me encandila, y nada percibo...nada, es decir, el blanco cielo, es decir, un gran blanco que lo cubre todo que me ciega me enfría y me calienta también.

*

Gallegos, 1903

El holandés, flaco y alto como un mástil –por eso lo llaman Long Jack-, recostado contra el mostrador, charla con otros lugareños que lo acompañan interesados en otra vuelta de ginebra.

-No, ese hombre no murió –asegura el holandés Jack van der Hayden, alias Long Jack, recostado en el mostrador lustroso por el uso en ese hotel de Río Gallegos.

-Bueno, yo digo. –Dice un parroquiano-. Como había desaparecido tanto tiempo y nada se sabía de él.

-Hacia tres años que no se hablaba de ese matrero. –Agrega otro de la rueda.

-Como no se comentaba por ningún lado ningún robo de caballos ni que apareciese alguno muerto y sin la lengua, yo creía que Brunel era finado.¿No dicen que lo mataron los tehuelches?.

El otro parroquiano asiente lo que dice su compañero.

-Mi se lo puedo garantizar –asegura Long Jack con su cara colorada y sus ojos azules, grises o celestes.- Lo vi con mis propios ojos, y de esto no hace mucho; hará unos tres meses. Mi estaba esperando a unos amigos en el destacamento Tres Pasos...

-Cerca de Ultima Esperanza –aclara un parroquiano.

-Si, claro -confirma el holandés-; para ir a Lago Viedma y de ahí al San Martín, cuando cayeron bien tempranito unos peones chilenos de la estancia vecina con un hombre doblado en la grupa de un zaino y muy mal herido; venía más muerto que vivo ese cristiano, estaba manchado de sangre, medio desnudo lo traían, lo cubría un cuero de oveja y una bombacha ensangrentada era todo lo que traía puesto. Los peones dijeron que ese hombre les había robado y degollado una vaquillona y también que les había matado un compañero, que lo rastrearon y anduvieron siguiéndolo durante un día hasta donde hizo campamento; lo rodearon y ahí nomás le dieron bala, lo trajeron en anca y lo dejaron tirado en el piso del destacamento con más de cinco balazos puestos. Si ustedes lo hubieran visto como estaba ese bandido seguro que decían: "éste, si no muere hoy, de mañana no pasa"

-¿Y todavía estaba vivo?

-No estaba del todo muerto, por lo visto el frío bajo cero le congeló la sangre y no alcanzó a desangrarse. Eso fue lo que lo salvó, el frío, ¿qué les parece?.

-Vea usted ¿no? –exclama un parroquiano antes de empinar el remanente de ginebra.

-Y así se fue recuperando –continúa Long Jack-. Después me enteré que salió en libertad porque pagaron la fianza.

-¿Y quién pudo pagarle, no dicen que mató a un hombre? –pregunta el parroquiano.

-Mi entiendo que bandido no mató a ese paisano.

-Capaz que algún amigo o pariente pagó la fianza –supone el otro parroquiano.

-¿Tendrá amigo o tendrá compinche el cuatrero?

-Por eso les digo que ese hombre no está muerto -insiste el holandés.

-Y, "yerba mala ...-comienza a decir un parroquiano.

-..."nunca muere" –concluye el otro.

*

el frío el sueño del frío estoy churrasqueando el matambre de la vaquillona protegido por las bardas a mis espaldas y unos matorrales altos que crecen enfrente a orillas del arroyo correntoso después de comer creo haberme dormido y tuve o me pareció tener un sueño y siento una puntada en el hombro entonces pienso me están cagando a tiro intento ir hacia donde tengo el caballo y un dolor muy agudo en la cadera y otro más que no sabría ubicar porque voy atravesado sobre el caballo mirando la nieve y el frío que no me deja pensar no entiendo por qué voy así sobre el zaino me extraño a mí mismo me siento como un animal muerto soy una piel que se balancea tirado en las ancas por el sueño de la nieve el sueño del frío...

*

Nos mató un compadre este bandido. Anduvo robando unas vacas de la estancia y entonces lo seguimos rastreándolo durante todo el santo día, y al llegar a un arroyo ¿no va y le perdemos el rastro?, pero nos maliciamos donde podría haberse escondido, seguro que bajo unas bardas que dan buen refugio, que eso haríamos si estuviésemos en su lugar. Esperamos hasta la tardecita, rodeamos el lugar y en cuanto le vimos de lejos, lo adivinamos más que verlo, los caballos le vimos, entonces dijimos, este está ahí cerca, lo rodeamos como le dije, nos acercamos despacito, parecía que se había dormido y ay nomá cargamos a tiro limpio no fuera que se escurra ese endiablado; se le había escapado a tanta gente por eso cargamos a pura bala, duro le dimos, y él que amaga escaparse pero le dimos pa' que tenga. Aquí lo traímos, pero no ha muerto todavía este crestiano porque cada tanto se quejaba y eso que perdió sangre a lo loco. (No si a zorros este gaucho no nos iba a ganar compadre, se lo dije).

*

los chilenos me acusaban de haber matado a un compañero de ellos pero no era así yo nunca maté a nadie bueno salvo a ese en punta arenas por andar encamotado pero fue en duelo criollo algo legal claro que tuve que tomar debida distancia a ese chileno lo mató la policía eso fue lo que me dieron a entender y me echaron la culpa a mí por eso pude salir pagando una fianza no muy grande tampoco voy a decir quien la pagó y de lo que pasó en el cañadón al borde del arroyo cerca de tres pasos de eso tengo como una cerrazón en mi memoria

*

en Comodoro Rivadavia

-Por las noticias que se tiene, casi todos los testigos o pseudos testigos insisten que andaba vestido únicamente con una piel de puma. Sin embargo, no creo que siempre anduviera semidesnudo y menos aún en invierno. ¿Te lo imaginás en esas mesetas con nieve y viento, con un frío de padre y señor mío de veinte o treinta grados bajo cero? Pablo trata de que compartamos su imaginar.

*

A lo sumo, no fue más que un par de veces que me habrán visto con un cuero de puma. Hubo un tiempo sí, al comienzo de mis andadas, al dispararme de Punta Arenas cuando me desgracié; entonces siempre andaba con recado y con todas las pilchas. Después me di cuenta que si tenía que desaparecer rapidito tenía que andar en pelo, sin ningún peso, a lo sumo una encimera o un cojinillo para el frío; el poncho de grupa, y abrigado con el facón a la cintura y otro cuchillo en la bota de potro; nunca con un solo fierro. Los inviernos trataba de arrimarme a algún puesto en la cordillera abandonado después de la veranada y donde siempre hay buena caza y mucho agua. Aunque...una vez sí que la pasé bastante fea. Fue para una nevazón machaza, cuando tuve que matar una vaca de las que arreaba, vaciarle las entrañas y refugiarme dentro de la osamente todavía caliente. Ahí dentro pasé la noche del temporal. Esa vez tomé sangre y comí carne cruda igual que un indio, al otro día caminé en la nieve todo el día hasta que llegué a un puesto. Esa vez sí que la pasé fea.

*

Trelew, 1920

En el bar que se encuentra frente a la estación de tren sobre la avenida 9 de Julio, y en la mesa al lado de la ventana, el jubilado de la policía, en el que aún persisten los típicos rasgos del hijo de la tierra, si bien ahora suavizados por el corte de pelo cano ("ahora ya estoy todillo", dice con orgullosa nostalgia), por la ropa y los años de modales urbanos, me sigue contando:

-Esa vez matamos dos pájaros de un tiro. Bueno, es una forma de decir ¿no?, porque uno de los pájaros en realidad se voló.

El veterano amaga una risa que apaga vaciando de un taco el remanente de caña que quedaba en el vaso.

-¿Otra? –insistí para que la historia continúe.

-Sí, cómo no. –Dice, y hago una seña al mozo para que sirva otra vuelta.

-Permiso –dice el veterano levantándose mientras lo miro sorprendido- ya vuelvo –se excusa y enfila hacia la puerta que dice "baño".

Al regresar, se acomodó en la silla de madera liviana con respaldo curvo y, tras un cuidadoso sorbo cuenta, ahora, más relajado.

-Y bueno, como le decía; fuimos a ayudar al entonces gobernador Tello. Se formó una comitiva como de unos treinta; no, miento, veinticinco éramos juntados de Rawson, de Trelew y de Gaiman y la comandaba el señor Murray Thomas. Íbamos bien pertrechados. También había salido gente de la Colonia 16 de Octubre, que ahora le dicen Trevelin, a parar y detener a los paisanos revoltosos. (Dice quien no puede negar su autoctonía patagónica). Y entonces, cuando llegamos al Genoa ya el Gobernador tenía bajo arresto a los rebeldes: al brujo Cayupul que fue el que inició toda esa batahola y al cacique Salpú que aprovechó la ocasión para hacerse más fuerte. Pero Cayupul era el lonko de ese movimiento, él decía que era un enviado de Dios. Algunos decían que habían revuelto a la paisanada para matar cristianos, pero eso fue una bolada para joder a la gente. Lo cierto es que reclamaban por tierras que los colonos habían ocupado y que el gobierno les prometiera, y como éste daba largas al asunto y los gringos avanzaban, se revelaron para defender sus derechos, ¿no?. Me parece, ¿no le parece?. Y ahí fue que aprovechó la bolada este Cayupul para decir que lo mandaba Tata Dios. Ahí fue que el Gobernador le dijo que si lo enviaba Dios que entonces haga un milagro; y ahí lo jodió al brujo.

-¿Y eso cuándo fue?.

-Eso fue para la navidad del 95, en el Genoa, y de ahí los llevamos a Rawson. Y bueno, lo cierto es que con los detenidos estaba también un cuatrero, que es lo que usted quiere saber. Parece que era un gaucho oriental.

-Un detenido...

-Sí, un detenido.

-¿Y cuál era su delito? –pregunté con el vaso ante la boca y dispuesto a volver a sentir la suavidad comestible de la caña quemada. Entonces mi informante se sorprende ante la pregunta y él, que también había gustado con deliberada delicadeza un sorbo breve, dejó el vaso con inusitada rudeza mientras una arruga de contrariedad marcaba su entrecejo cobrizo.

-¿He? –Se sorprende extrañado como si le hubiera dejado sin referencias en sus recuerdos, sin la confianza en la veracidad de su historia, como si le hubiera depositado una nube de sospecha acerca de lo justo y legal de aquello sucedido y que ahora me contaba; agregando en tono de reproche-. Ese hombre tiene (dijo en presente) muchas denuncias por delitos que no fueron...¿cómo se dice?

-¿Juzgados?.

-Eso es, juzgados.

Y aunque conocía la historia, de igual manera insistí:

-¿Y qué delitos don Nahuelquir?.

-Y; asuntos de polleras que le dicen. Parece que había despenado a un hombre por una hembra. Eso fue en Punta Arenas, pero otras versiones decían que esa muerte y por iguales motivos había sucedido por sus pagos.

-En el Uruguay.

-Ahá.

-¿Y por qué dice que uno se voló? –Volví a insistir mientras empinábamos la caña reponedora. La pregunta lo volvió a sorprender.

-¿Cómo que se voló? –me enfrenta despistado.

-Usted dijo que en esa comisión que fue en auxilio del Gobernador, mataron dos pájaros de un tiro, pero que uno...

-Ah sí, sí –se recupera el veterano-. Sí claro –y explica-; porque, como le decía, el cacique Salpú había capturado a este bandido oriental ¿no? y lo trajeron acá, a Rawson (explica el agente jubilado Nahuelquir en el bar frente a la estación de tren, ahora, en 1920, en Trelew). Aquí se le tomó los datos y quedó en un pieza guardado. En ese tiempo en la comisaría no había celdas, nada que asegurara nada, y menos a un zorro como Brunel.

-No había entonces comisaría.

-Comisaría sí; lo que no había era un lugar para tener presos peligrosos (si comisaría podía llamarse ese mísero galpón de adobe y chapa, por el que se filtraba el frío, el viento, la tierra, los rectos y finos rayos de sol que iluminaban las tinieblas del lugar, una simple covacha donde hacían sus necesidades y que sólo podía retener entre sus paredes y bajo su herrumbroso techo a algún torpe paisano, torpe de mente y de gestos en su borrachera, o a un pobre diablo con veinte kilos de hierro en las patas para que

tenga presente que de ahí no podría salir corriendo, ni siquiera caminando), peligrosos como ése.

Dice Nahuelqu岸, ex agente de la policia territorial del Chubut, mirándome fijamente. Sus ojos ahora brillan al igual que su cara grasosa, donde resaltan los pómulos de viejo tehuelche. Y como yo sigo sin entender, agrega.

-No había ninguna seguridad para retener a esa clase de hombre, a un cuatrero de esa calaña. Se lo dejó ahí para ser remitido después a los Buenos Aires, donde iba a ser juzgado.

Tras una pausa continúa

-Y bueno, todos estábamos contentos porque la rebelión paisana estaba acabada sin haber tirado un solo tiro.

-Pero –inquirí buscando saber más-; aparte de esa muerte en Chile o donde haya sido. ¿Qué otro delito cometió ese Brunel?

-¡Cómo!, ¿no se da cuenta? ¡delito de abigeato, señor!.

Había escuchado tantas veces al juez nombrar el término abigeato, que ahora lo repetía normalmente, aclarándomelo por las dudas que yo no conociera el significado.

-Robaba caballo.

Lo dijo en tono de confidencia, inclinando su pecho hacia mí y haciéndome percibir su aliento alcoholizado.

-Robaba caballos –acompañé el juicio del veterano jubilado de la policia territorial. Y como si yo dudara, no de la veracidad de su aseveración sino de la ilegalidad de esos actos que a él le parecían horribles, me arrinconó con un:

-¿Le parece poco?.

Entonces me excusé.

-Quiero decir; no peleaba, no lastimó a nadie...

-No, no, bueno, que yo sepa nada de eso.

-Y quedó preso entonces en Gaiman.

-No, eso fue después, esto que le cuento fue acá, en Rawson.

Pero no lo dice en Rawson el ex agente Nahuelqu岸, jubilado de la repartición, lo dice en el bar que da frente a la estación de tren de Trelew, lo dice a 20 kilómetros de la capital del Territorio.

-Acá quedaron presos, los caciques revoltosos y ése desacatado; sí.

-¿Y festejaron?

-Nos habíamos anotado un poroto...y...bueno, hicimos sí un asadito y eso ¿vió? –Los ojos vidriosos que se le achican en una sonrisa cómplice- Y...este....como al otro día a la madrugada nomás, la guardia que nos despierta con la novedad que el Oriental se había fugado.

-¿Otra vez? –exclamé espontáneamente.

-Eso dijo el Comisario.

Y el ex agente Nahuelqu岸, limpiamente, rió.

*

en Esquel, también en 1920

-Y es así como llegamos y rescatamos al gobernador Tello.

-¿Cómo que rescataron?

-Claro –el informante galés se sorprende por mi pregunta-. ¿No sabe que el Gobernador había quedado con esa gente sublevada y casi solo? Nosotros fuimos a rescatarlo de los indios de la tribu de Salpú en el Genoa. Casi solo digo, ya que había ido a solucionar el asunto con un par de ayudantes, nada más. Nosotros salimos con el señor Murray Thomas a darle una mano junto con treinta colonos bien armados. –Y tras una pausa-. Pero por suerte todo se solucionó sin problemas.

-¿Cuál fue el motivo por el que se había sublevado la indiada?

-Ellos exigían la entrega de las tierras prometidas por el gobierno cuando se fundó la colonia Pastoril, ahí por el Genoa, pero como el gobierno no cumplía, esa gente se revolucionó. "Reclamamos la tierra como se reclama un alimento", argumentaba Cayupul queriendo resucitar los libres y gloriosos tiempos en que el blanco era sólo un esporádico viajero, una lejana amenaza a ese holgar irresponsable y sin límites.

"No olvidemos hermanos que recorríamos esta tierra, a la que pertenecemos como el pasto o el ave, de la Gran Agua a los altos cerros cubiertos de nieve; que cruzábamos

las planicies, los ríos y cañadones para intercambiar lo conseguido en la caza con los hermanos Mapuches, con los huincas del Carmen, y también con los amigos galeses del Chupat, que ahora están en los bosques y en los verdes espacios entre cerros, mientras que nosotros estamos en ningún lugar. Hermanos, nosotros que somos de la Tierra, no somos nadie aquí: nadie"

-Así hablaba Cayupul. Aprovechándose de una situación de manifiesta injusticia, de despojo y miseria, Cayupul supo atraer a esos pobre seres humillados con un discurso redentor, mezclado con mesianismo cristiano. Él mismo se decía un emisario de Dios en las desoladas mesetas chubutanas. Tenía pasta de jefe ese brujo, pudo haber sido un buen Lonko al ser dueño de una palabra categórica y enervante de la turba. La idea era movilizar la indiada contra los blancos y presionar al gobierno para exigir la tierra; aunque también se hablaba de posibles asesinatos.

Y como le decía, llevamos a Rawson a los dos cabecillas, Cayupul y Salpú, y en esa partida iba también ese gaucho vagabundo y cuatrero, un tal Brunel.

-Ascencio Brunel –confirmé.

-Así es, usted lo ha dicho, Ascencio Brunel –repetió mi testimonio galés-. Parecía un hombre joven

-¿Cuántos años calcula que tendría?

-Y, no sé, yo calculo unos 25 a 30 años, no más; pero por su traza parecía más viejo. Llevaba un cuero de oveja puesto así, sobre el hombro. Ahora bien. ¿Sabe qué me llamó la atención de ese personaje? –Y sin esperar respuesta a su pregunta contestó-. La mirada. Aunque usted no lo crea, la mirada. Tenía una mirada muy penetrante ese criollo. Ojos negros chiquitos y vivaces, un mirar inteligente, un mirar que desarmaba y que, sin que uno lo sepa cómo y por qué, te hacían sentir culpable de una oscura y desconocida culpa celosamente guardada. Sí, de esa manera miraba. No se si...

-Sí, sí, está claro, entiendo.

-Fíjese que ese Brunel –continuó el colono-, era un gaucho que fue perseguido por toda la Patagonia, de arriba abajo. Eso sí, un gaucho muy de a caballo, como pocos; si hasta a los indios se les escapaba. Escurridizo el hombre, robaba tropillas y desaparecía como si se lo hubiese tragado la tierra y aparecía dos días después como a 20 o 30 leguas del lugar. Un fantasma ese gaucho. Tenga en cuenta que se le había escapado a la policía de Río Gallegos, a la de San Julián, de Deseado, y después se les escapó de Rawson, de Gaiman. Un zorro, nadie podía echarle el lazo, como dicen los criollos, pero la gente de Salpú lo rodeó y ahí lo capturaron.

Y en ese viaje a Rawson llevando a los caciquejos y al cuatrero; eso fue para diciembre del 95, recuerdo que este hombre, este Brunel, en Paso de Indios tiene unas palabras con un paisanito que andaba uniformado de policía.

El viaje se hacía lento y el calor reseca la garganta y nos partía la boca. Cuando llegamos a Paso de Indios pudimos sacarnos las ganas de tomar agua fresca y levantamos campamento a la sombra de los sauces que crecen a orillas del río Chubut. Ahí, este agente, si mal no recuerdo creo que se llamaba Nahuelquier provocaba al preso que iba engrillado.

-Y –lo prepotaba- ¿no le da vergüenza andar robando caballos para comerle nada más que la lengua?

Lo dijo en tono sobrador ese paisanito bruto, para colmo uniformado y llevando una lata que era más grande que él.

-¿Y sabés una cosa? –lo encara el Oriental tuteándolo-; lo peor que puede pasarle a un paisano es hacerse milico -Eso desconcertó y enfureció al policía, y el preso agregó-. Hay que ser bastante maula para hacerse policía; o estar cagado de hambre

Eso dijo el Oriental sin mirarlo siquiera, lo dijo como si estuviera reprochando a un chico malcriado. Muy seguro de sí ese hombre.

El uniformado, con una bronca que le salía por los ojos, desenvaina y amenaza con torpeza de novato descargarle un sablazo a ese hombre zaparrastroso pero a ojos vistas más digno que el paisanito disfrazado de policía; entonces el sargento, tomándolo del brazo lo ataja.

-No se le pega a un hombre atado, agente, –Y agregó en un tono confidencial- No acá, hay muchos testigos –Dijo señalando con la vista el grupo de galeses que componíamos la comitiva del Gobernador.

Eso lo escuché y lo ví porque yo estaba cerca haciéndome el distraído, como que no veía ni escuchaba nada. Y el sargento que amenazaba.

-Vamos a ver si te retobás cuando llegemos a Rawson –y el Oriental que le retruca:
-Ahí tiene, se hace el valiente con un hombre atado de yapa y desarmado.
-¡Cállate gaucho piojoso! –Grita entonces el sargento. Pero Brunel no era de achicarse.
-Ustedes son un par de sotretas. Suéltenme y denme una daga y vamos a ver quién es quien.
Dijo ese hombre con un desprecio total hacia sus custodios.
-Esperá que llegemos y ya vas a ver cuántos pares son tres botas gaucho cuatrero –Le escupe el sargento.
Lo cierto es que cuando llegamos a Gaiman ese gaucho cerril fue guardado en la comisaría y al otro día ya no estaba. Se les había escapado de nuevo a las autoridades.

*

-Por lo que se comenta, a ese hombre lo han matado un par de veces. Sin ir más lejos, el cacique Kankel dijo que un tío suyo lo mató en la costa del Guenguel, y esto lo vuelve a afirmar un explorador.
-El Guenguel; ¿y eso dónde queda?
-Que yo sepa... y, más abajo de río Mayo.
-Ah, ya sé, por el Buenosaires.
-Nooo, bastante más p´arriba. Y...estee, eso que le contaba fue en el noventa y seis y que después de finado, los indios quemaron la osamenta de ese cristiano.
-Y no fue así.
-Pareciera que no, porque más después dicen que lo vieron por la Ultima Esperanza.
-Una estancia.
-Puede ser, pero eso queda ya en Chile, más al sur.

*

Estamos a comienzos del siglo XX, el explorador Clemente Onelli llega a los toldos del cacique Quilchamal a orillas del Chaliá, donde escucha por boca del jefe tehuelche los últimos momentos en la vida del afamado gaucho cerril.
Onelli contará lo que ahora le cuenta Quilchamal: que ese "malhechor" –escribe Onelli que le cuenta Quilchamal- andaba con intenciones de robarse la caballada de la gente de Kankel por el lado del Senguer pero que éstos le adivinan la intención, o ya lo estaban esperando, porque el año anterior lo habían apresado y conducido a la Colonia 16 de Octubre y de ahí a Rawson, sin embargo se les escapó a las autoridades; y así es como disimulados salen a perseguirlo para apresarlos.
-Y, supongo que a esa gente, como usted dice, le resultó fácil alcanzar al malhechor – supone el explorador italiano en el toldo de Quilchamal.
-No, no fue tan así don Onelli. Ese hombre andaba en buenos caballos, caballos de chejuelchos. –Aclara el cacique con recatado orgullo-. Y buen jinete que era también ¡Qué si parecía un paisano ese gaucho!. Si, paisano el hombre, y mucho zorro.
-¿Y porqué Quilchamal?
-Por lo pampa pal caballo. Y meta disparar ese Brunel, y paisanos que lo siguen y no le pierden pisada. –El cacique se toma su tiempo mientras toma el mate que le ceba su mujer-. No, si no fue fácil. Mire que de Senguer a la costa del Guenguel todo el tiempo sin parar, meta galopar y hasta la noche también, y eso que la noche... Y a la mañana llegan al Guenguel que estaba cubierto de hielo. Los paisanos, maliciando que el Brunel rumbeaba pal lado del río, le cortan campo, sino no lo alcanzan, no. Porque llevaba dos parejeros ese diablo. Y ahí es cuando lo pescan porque ese gaucho se demoró en cruzar.
-¿Era pleno invierno, entonces...? –pregunta la visita de Quilchamal.
-¿Pleno invierno?, no; era pal deshielo. Fue...a ver...
-Si estaba deshielando habrá sido hacia setiembre, octubre lo más. –Interviene un ayudante del explorador italiano.
-¿Y entonces? –insiste Onelli.
-Y; que ese hombre se tiró al río helado. Un diablo el huinca. Se tiró nomás. Ahí es cuando lo alcanzan, porque se demoró en cruzar el Guenguel y pasianos le cortaron campo. Y cuando cruza el río, dicen que un tío de Kankel le hace un disparo desde esta orilla y que lo mata. Después quemaron el cuerpo del rabacaballos. Así contaron, si. Cuenta el cacique Quilchamal a Onelli a orillas del Chaliá a dos años de distancia de los últimos momentos del afamado matrero patagón.

*

en Comodoro Rivadavia, un siglo después.

-Para mí, ese Onelli macanea. Dice que descubrió el cadáver de Brunel por casualidad. Ahora bien, si no lo conoció ¿cómo podría saber que esos despojos, que ya tenían dos años de intemperie, eran del gaucho perseguido? ¿porque se lo dijeron en lo de Quilchamal?, y eso no es todo, a su vez, Onelli toma por errada la versión que dan los gendarmes de Última Esperanza cuando en 1902 capturan a Brunel; dice que el capturado no es Ascencio Brunel sino que se trata de otro malhechor.

-O sea que el tano se da un protagonismo que nunca tuvo –comenta Pablo.

-Sucede que todo "recién venido", como diría Abeijón, el otro Ascencio, se quiere dar aires de conocer el sur. Lo cierto es que de charlatanes y caretas estamos hartos los patagónicos –afirma Julio.

-Pero fíjate vos –insiste Pablo-que también Quilchamal se hace eco de lo que dicen sus paisanos, la gente de Kankel

-Y bueno, usted ya sabe: "entre bomberos..."-Julio deja colgada la frase.

-Les comento que sigo tras la pesquisa de ese gaucho huidizo, fugaz, intangible...

-.... el inhallable, el escurridizo, Ascencio Brunel –adivina Julio

-... desaparecido y vuelto a aparecer, muerto y resucitado; y en esa búsqueda, me crucé con la investigación de un periodista que anduvo en lo mismo sólo que en otro tiempo.

-¿Y ahora a quién descubriste?

-Un tal Juvenal Antonio Urruti. Este señor, trabajó en el diario "Neuquén" de los Chaneton. Su director y propietario se hizo célebre por denunciar desde sus páginas la matanza de Zainuco

-Ah sí, creo haber leído ese caso –comenta Julio. Fue a causa de una fuga de presos de la cárcel de Neuquén .

-Eso sucedió en mayo del 16, y al año siguiente, en enero, Chaneton será asesinado por esbirros del gobierno. Pero volviendo a nuestro periodista.

-A Urruti.

-Juvenal Urruti; él también anduvo, como dije, tras las huellas del evasivo oriental. Ahora bien; sucede que sus apuntes sobre Brunel nunca se publicaron. De acuerdo a estos apuntes, el periodista pudo acceder a algunos testigos del matrero y mal entretenido...

-El gaucho comelenguas

-...por ejemplo; el testimonio de un retirado de la policía territorial, que, por lo que parece, era un muchacho tehuelche convertido en milico. También le dieron su testimonio colonos de Trevelin y de Esquel...

-Cuando aquello sería todavía la llamada Colonia 16 de Octubre.

-Si usted lo dice. Y también testimonios de un poblador del sur de Santa Cruz, un gringo, así como de una veterana prostituta que en su juventud conoció...

-En la cama, imagino...

-...imagina bien, a nuestro guacho mal entretenido.

*

Ludmila:

Gallegos 1919

-¿Y usted cuándo lo conoció, fue aquí en Gallegos?

-Acá sí, en Gallegos. Y... eso habrá sido por el año uno o dos.

-Antes que lo capturasen en Última Esperanza.

-Creo que sí, antes. Si, estuvo aquí un par de veces.

-¿Y cómo era él?

-¿Cómo era?

La veterana mira hacia la ventana, su blanca cara, retocada de maquillaje parece un Toulouse Lautrec, rellena, suave, de gestos parsimoniosos y lánguidos.

-Y –dice en un tono tímido mirando por la ventana que permite la vista de una calle de tierra, vacía y polvorienta, recorrida por un viento que nace de las entrañas del sur-: un muchacho interesante –atina a comentar.

-Un muchacho, es decir que no era una persona... mayor o veterana.

-No, no era un viejo, la última vez, creo que fue en el año dos, no tendría todavía cuarenta años.

-Pero usted lo conoció antes.

-Sí, ¿no te digo que vino un par de veces?.

Sonrió con picardía el rostro del pintor. Su boca era una rosa dibujada en el blanco papel de su cara, tenía el pelo rojizo y sombras azules en los ojos grises.

-¿Y qué aspecto tenía?

-Y, era delgado, ágil, desconfiado eso sí, muy desconfiado. Con decirte que al acostarse ponía el facón bajo la almohada. Era receloso.

La madama hace una pausa, y ante la ambigüedad del término y aprovechado la confesión y el momento pregunté: ¿Tenía celos de usted?

-¿Celos? –se sorprende Ludmila.

-Digo, como usted dice que era muy celoso...

-No, no, quiero decir que era desconfiado; y callado, si bien conmigo se destapaba y charlaba bastante, sería porque en su vida de fugitivo no tenía con quien compartir, ¿no te parece?.

Aspira el cigarrillo que consume en una boquilla dorada y continúa.

-Lo que nos llamaba la atención era su mirada, esa mirada que desnuda a las mujeres.

-¿Y cómo es eso? –Pregunté (Escribe el periodista Juvenal Urruti).

-Y...una mujer eso lo sabe. Cuando él llegaba... porque estuvo un par de veces, las suficiente para tenerlo en cuenta.

-¿Por qué?

-Por su forma de ser, por su...personalidad que le dicen ¿me entendés?. Siempre me buscó a mí. No sé, sería porque yo le caía bien, o le gustaba, ¡qué se yo!, y eso que había otras chicas, algunas más lindas que yo, pero él me buscaba a mí, si no me veía preguntaba: "¿Y la Lumi?". Quería estar sólo conmigo. Cuando llegaba, algo distinto se estacionaba en el local, parecía como si la música de la victrola se detuviese y un viento fresco de donde él venía entrase al boliche tapado de humo, de perfumes, de alcohol y olores de cuerpos traspirados, y él, en la penumbra, desconfiado, con ese mirar torvo, recorría el local y todas sabían que buscaba a la Lumi. La verdad que todas las chicas lo querían por más que fuera tan cimarrón y callado. Parecía un animal salvaje, pero bueno; él siempre decía que no quería ser amansado. Yo era jovencita entonces, ¿te imaginás?

Y yo pienso que es casi imposible no imaginársela. –Escribe el periodista.

-Sí que lo recuerdo bien al "hombre en fuga", como lo llamábamos acá.

-Porque siempre huía y se le escapaba a la policía.

-Siempre, era infalible: lo agarraban y se les escapaba.

Y la risa de Ludmila hace salir el sol y chocar las copas. Ella se arregla, coqueta, el cuidado peinado mientras una de las pupilas, más joven, más moderna, peinada a la garzón y con breves faldas nos sirve un té de agradable aroma, haciéndonos olvidar que estamos donde estamos.

-Sí –dice Ludmila mirando nada-, a él le gustaba ser libre (a quién no, pienso), totalmente libre: vagar por ahí sin compromiso, sólo, como guanaco macho decían las chicas y nosotras festejábamos la ocurrencia. Qué vida ¿no te parece?.

Pregunta con sus ojos claros color cielo y aún pueden percibirse rasgos de frescura de la joven polaca o rusa, quien conociera al mítico gaucho matrero, aquel que burlaba cuanta policía había en todo el inconmensurable territorio durante los últimos quince años del siglo diecinueve.

-Cuando venía no se hacía ver en el pueblo. Llegaba de noche y se iba de madrugada. La vez que se demoró en el almacén que está a una cuadra de acá lo pescó la policía, y fue esa vez que escapó con el caballo del comisario.

La mujer vuelve a reír echando la cabeza hacia atrás y me alegra con su frescura y su desparpajo fiestero.

-Tenía cada ideas....-Entonces parece que busca en sus recuerdos-. Cuando yo le preguntaba si siempre iba a vivir disparando me decía que él no huía, que sólo escapaba de que lo encierren, de tener que vivir como todo el mundo. Decía que todos estamos presos y amansados, que parecemos ovejas y a lo sumo, perros amaestrados. Para él, lo importante era que no lo metan preso, no podía habituarse a una vida monótona, haciendo todos los días lo mismo, viendo siempre el mismo horizonte, repitiendo siempre lo repetido, de la mañana a la noche, mes a mes, todo el año, todos los años. Esa vida no se hizo para mí, decía. Entonces, yo le decía, nada de asentarse en un lugar, nada de trabajo, tampoco casorio por supuesto. "No, eso sí que no gringuita", me decía. Pero estoy yo, le decía. "Pero a vos hay que pagarte", me decía. Ah, por supuesto le decía yo (y me tiraba encima y otra vez lo hacíamos con alegría). Y yo le preguntaba,

contame cuántas veces te escapaste de la policía y él me contaba cómo lo capturaban y cómo volvía a escaparse.

"Una vez -contó- en el Genoa -que no se dónde queda-, cuando me pialaron los tehuelches, con el gobernador andaba un cura para bendecir no se si las tierras que daba el gobierno o a los que iban a fusilar; el cura se llamaba Bajina"

-¿Cómo?, pregunté sorprendida; ¿era un hombre con ese nombre? (cuenta con una sonrisa pícara).

"Ah, eso no lo sé -me respondió-, yo por las dudas a esa gente de negro no le doy nunca la espalda. Y a ese Bajina, estando preso le dije que me dejara rezar padre que estoy arrepentido de los pecados cometidos y ponía cara de chupacirio y el cura convenció al comisario para que me saquen los grillos"

-¿Y?, pregunté.

"Y en cuanto se descuidaron me les hice perdiz"

*

...relajados, después de habernos acollarados con la gringuita churrasca, alazana de ojos claros, tan blanquita a mi lado, apoyada en el codo, la palma de la mano en la mejilla pregunta por qué siempre andás disparando y yo muy orondo fumo con las manos en la nuca, es algo que no puedo dejar de hacer, digo, mirando una mancha de humedad en un rincón del techo en aquella cálida pieza de Gallegos, no puedo estarme quieto en ningún lugar y tampoco de que me amansen, sigo redomón nomás, estarme en un lugar sería como para un pájaro vivir enjaulado, me pongo nervioso gringuita , ¿y trabajar? pregunta la Lumi, la de los ojos de humo ¿trabajar, para qué? con lo que se le paga a la peonada mejor vivir de arriba; acá, el trabajo mejor pago es andar matando indios a tiro limpio, los estancieros que te contratan piden que tenés que llevar o las dos orejas o la guasca del indio. Ludmila hace un gesto de asco, entonces cambia de posición, se arrodilla en la cama y se sienta sobre sus piernas nubes plegadas, con las manos en la falda; eso sí que es delito, no lo que yo hago, lo mío es mas bien como un juego, un juego repite la rubita; un juego a ver quien me alcanza y ella que ríe y en plena noche me abriga el alma, me gusta ser libre digo, pasado de hambre a veces pero sin que nadie me grite ni me mande, pero como no se puede vivir del aire siempre hay que conseguir algo para sobrevivir y la gringa de pelo alazán tirando a bayo me mira como si yo estuviese en el horizonte o fuese un bichito, entonces le cuento que una vez en Gaiman, donde viven los galeses, y eso donde queda, entonces le explico; y como te decía, me encontraba detenido y un pastor aconsejándome que mi salvación estaba en trabajar la tierra, pero eso de andar arañando el suelo como un piche y juntando pasto para los animales no es para mí, que me dejen de joder, a mí me sacás del caballo y soy hombre muerto. la policía anda diciendo que sos un vago y un mal entretenido dice con una sonrisa que parece una liviana mañana de enero cordilllerana, que yo sepa con vos sí que estoy bien entretenido y ella que descansa su cabeza alazada en mi pecho, pero eso de vago depende para qué, si es trabajo que no conozco o no me interesa o pagan mal, no trabajo, como hice en las Malvinas y cuando me cansé me fui y sanseacabó ¿y el oro? pregunta la Lumi y me sorprendió ¿y cómo sabés que saqué oro?, pregunto, y ella, si acá pagaste con pepitas de oro ¿no te acordás o estabas en pedo?, bueno, estuve asociado un par de meses con unos gringos, pero no valía la pena, demasiado trabajo y no se sacaba nada. ellos decían y repetían algo que me quedó porque yo siempre pensé igual, decían que la tierra no tiene dueños y los hombres no tienen amos ¿y a los indios por qué le sacabas las tropillas?, mirá rubita, para mí aunque tengan marca, todo animal que anda por el campo es orejano...

*

zona de Río Pico, 1896

Juan Rastrupp, de la Comisión de Límites, observa detenidamente por el teodolito los accidentes del terreno y, sin quitar los ojos del visor que acerca las distancias, dice a Julio Koslowsky, su compañero de trabajos: "Sobre el faldeo hay una tropilla de caballos, es lo único viviente que se puede captar en este sector; ¿de quién podrán ser esos animales si por aquí no hay pobladores?. Fíjese usted Julio".

El naturalista ocupa el lugar de observación y enfoca para su óptica el punto de mira. Tras unos momentos saca su conclusión de hombre concedor de la zona: "Esos animales deben ser los que abandona el famoso Ascencio Brunel"

-¿Ah sí?. ¿Y quién es Brunel?

-Le cuento –dice Julio Koslowsky. Y le cuenta.

*

1910

Como en todo el país, en aquel pueblo del noroeste patagónico se festeja la fiesta del Centenario.

Un programa variado y entretenido convoca a pobladores y paisanaje comarcano.

El sol de mayo asomaba con toques de clarines, izamiento de banderas, canciones de bronce que evocaban antiguas epopeyas y daban vivas en honor al cumple siglo patrio. A su vez, en la escuela de adobe, elegidos alumnos declaman monótonos versos argentinos de corceles y victorias.

Hasta el filo del mediodía se escucharán los discursos que hacen revivir el fulgor de la joven identidad nacional, vacuna y triguera.

Todo esto será antes; porque a las inflamadas arengas acerca del pasado compartido y del común y venturoso porvenir, seguirán las cálidas manifestaciones de la cultura culinaria nacional; la oratoria será el prefacio al rito argentino que se entusiasma y se pone a punto ante el aroma de dorados asados clavados en asadores; ante bandejas de empanadas atacadas con patriótico entusiasmo y ante el locro que en las ollas rápidamente toca fondo, comida adecuada para éstas fiestas y éste tiempo que siempre se presenta con telúrico frescor nacional.

Será una patriótica alegría de estómagos y corazones matizada con la cueruda y sobada bota, masajeadas, buscada y ofrecida a las bocas abiertas, deseantes del líquido bermellón, pasada de mano en mano, de boca en boca para aliviar el alimento y retemplar el ánimo de tanta intemperie patagónica.

Luego, cuando sólo quedaba en el terreno la perrería solazándose en un crujir de huesos de novillo, de chivitos y de yegua, de alguna picana de avestruz o un asadito de chulengo; algunos concurrentes, ya medio baleados de aperitivos y vino en bota, desaparecían en busca de la siesta reponedora de energías para las horas que quedaban del día, que, no siendo pocas, apuntaban a ser movidas.

Otros, mientras tanto, perseguirán la suerte o simplemente diversión, jugándose entero a las patas de un parejero en las cuadreras, o mostrando habilidades en la sortija como en el cinchón.

Hay carreras de embolsados para la juventud; juegos de bochas, de taba y de tejo para los veteranos que apuestan fuerte y sin proscripciones, en esa mezcla fraterna que brinda la fiesta de todos, donde conviven, sólo por este día, las distintas condiciones sociales y donde los habituales formalismos quedan de lado.

Tiempo de fiesta que democratiza a ricos y pobres, plebeyos y encumbrados, siendo todos, por unas horas, igualmente ciudadanos.

Ambientan la tarde, el mate amargo con el dulce y un amable aroma de pastelitos con los que las patronas lucen su arte culinario.

Así fue como las horas festivas de ese día pasaron sin notarse. Y cuando el sol del veinticinco disimuladamente se fue alejando; boliches y lugares marginales irán recibiendo celebrantes que ocuparán hasta el último rincón de esos refugios.

Sobre los tapetes se encenderán los juegos de mesa. Se jugó, y fuerte, al monte, a la treinta y una, al punto y al truco; y en esos campos del azar, porotos, fósforos o garbanzos contabilizaban tantos que simulaban ganancias y pérdidas en efectivo.

Se multiplicarán con tenacidad las apuestas, regadas de ginebra, de caña seca o dulce, de alguna grapa, del infaltable tinto o blanco y que solidarias damas acompañarán con alguna copita de menta o de anís. Y a medida que se acercaba la hora, más intenso se hacía el rumor del bailongo programado en el galpón que está detrás de la capilla.

Y así fue que llegó la noche del celebrado día del año diez.

Y a la luz de velones, candiles y lámparas a kerosene, la música irá ganando el ambiente. Ya se escuchan las cordeonas y guitarras desgranando rancheras y cuecas, habaneras, polcas y jotas; aires bailados sobre pisos polvorientos y enjuagados con regaderas, tachitos o jarros de lata preparados para la ocasión.

En cierto momento y en alguna parte se escuchó un caótico murmullo de voces, y una voz femenina que gritaba: "Ay, pero si es mi Pancho, sepárenlo por favor". Y después: "Traigan algo para parar la sangre". Y otras voces en tono indiferente, menos apremiante comentando: "Qué se le va a ser, son de mala bebida, toman un poquito y se pierden".

En uno de esos lugares celebrantes, un payador improvisa en décimas la leyenda, tal vez la historia de un gaucho oriental, un criollo perseguido cuyo delito mayor fuera probar la lengua de caballos ajenos encontrados en su vagar.

Canta el bardo sureño en versos redomones, un romance de gesta patagónica. Versifica fugas fabulosas que humillan a policías, a colonos y a tehuelches. Rima asimismo tantas muertes y resurrecciones como escapadas que suma el matrero. Dice de dramas definitivos portagonizados por otros tantos y desconocidos verdugos que oficiarán de justicieros.

En la rueda criolla que escucha con devota atención y silencio hay un gaucho de indefinida y curtida edad: viste respetable traje negro, el oscuro poncho pampa doblado sobre el hombro izquierdo; luce en la solapa, como todos, la escarapela patria, níveo pañuelo al cuello, bombacha gris oscura y lucientes botas de media caña acordeonadas. Y este hombre ya maduro, al escuchar las hazañas en romance de su vida, baja el ala del sombrero para ocultar a los presentes, silenciosos lagrimones que asoman pudorosos de sus ojos cansados de escudriñar horizontes. Horizontes de valles de mesetas y cordilleras, líneas intangibles y azules que se alejan, se alejan y se alejan; como en fuga se alejaba él, en un tiempo, de la gente.

A.U./ octubre 2002

LA CIUDAD DE NEUQUÉN Y LA NOSTALGIA DE LA NATURALEZA

Por Agustina Paz Frontera

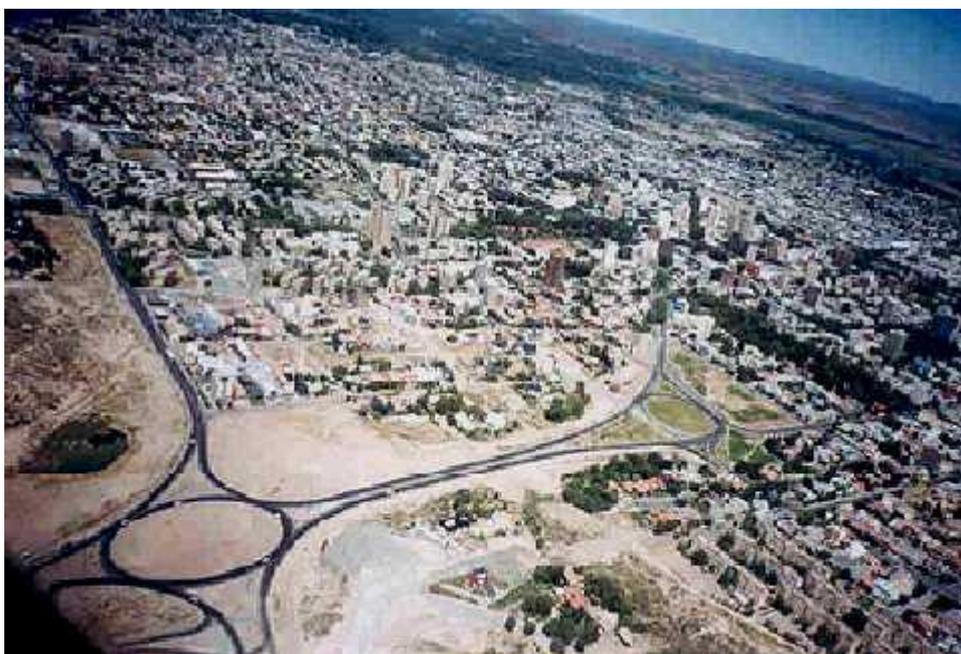


Imagen aérea de la ciudad de Neuquén, en la Patagonia Argentina.

Neuquén es una de las grandes ciudades de la Patagonia Argentina. Capital de la provincia del mismo nombre, se levanta junto al Río Limay. La naturaleza y su relación con el pasado indígena tuvo que ser sojuzgada para que la civilización se impusiera. La ciudad se alza entonces sobre un territorio extraño, ajeno. Sobre un suelo que no parece propio. Se vive en "una tierra apropiada y no propia", como afirma Agustina Paz Frontera, autora de este ensayo que aquí presentamos. Ella también asegura que la ciudad de Neuquén, la "negación del contacto con lo natural, mitológico y sagrado del espacio genera su propio contrario: una fuerza o necesidad imperiosa de ese contacto".

Una ciudad patagónica es así metáfora de la urbe moderna que vive escindida del paisaje y lo natural, pero con un subterráneo anhelo de superar ese conflicto e instaurar alguna forma, aunque sea ilusoria, de reconciliación con la tierra.

E.I

LA CIUDAD DE NEUQUÉN Y LA NOSTALGIA DE LA NATURALEZA

Por Agustina Paz Frontera

Avanzamos cegados por la senda que permiten los eucalipus de los bulevares. Trepamos, naranjas, la extensión de una barda que al vivirla ya es otra; con nueva arcilla, nuevos yuyos. Y montados en la ira del nombre ciudadano llegamos hasta el cruce de los cauces, hasta el punto donde la geografía grita el éxtasis de unir varias latitudes al expresarse en el agua.

Neuquén no es una ciudad-paisaje como comúnmente se cree que son todas las áreas patagónicas. No es una extensión donde podamos echarnos a apreciar la naturaleza como la obra de arte de un dios creador y un gobierno decorador. Pero hay una sensación que se expresa en cada paseante o en cada habitante y nos hace pensar que hay puntos clave, símbolos para el espíritu, que nos demandan una cadencia especial. Es como si toda la ciudad se construyera sobre estos puntos naturales y cualquier atentado a ellos repercutiese en el movimiento, la apariencia, de todo el entramado urbano y los seres que lo recorren.

En Neuquén hay una larga Avenida (aproximadamente de 60 cuadras) que une el Río Limay con "las bardas", que son medianas formaciones de tierra arcillosa, muy áridas y con escasa vegetación. El río y las bardas son los extremos, la naturaleza que le da sentido, que sostiene la calle y su recorrerla.

Neuquén crece en una Patagonia que para ser incorporada a la República debió ser primeramente limpiada de indígenas. Las redes ferroviarias se extendían llevando consigo la garra aspiradora de barbarie pero también la ilusión de hacer de esa tierra un lugar habitable humanamente (donde *humanamente* esta modalizado temporalmente).

Este vaciamiento contribuye a que el hombre neuquino tenga la impresión de estar viviendo en una tierra apropiada y no propia. De no poder enraizar en estas tierras y en este cielo que ya tan cantado y sentido fue.

Es necesario para fundamentar esta afirmación relevar aspectos históricos de los fundadores y la fundación de la ciudad siguiendo la idea de que la fundación de una ciudad habla del modo de habitar la existencia particular.

También haré eco de la importancia del nombre del lugar que se habita como formador de cierta predisposición hacia el espacio habitado. Se hace hincapié en la particularidad de esta ciudad que no tiene un unívoco significado de su nombre.

El modo en que se fundó y el nombre modelan cierta identidad neuquina que se expresa en el desapego o el contacto de extrema comunión solo con puntos simbólicos de la ciudad. Es interesante recalcar cómo ese punto de negación del contacto con lo natural, mitológico y sagrado del espacio genera su propio contrario: una fuerza o necesidad imperiosa de ese contacto. Se filtran las ganas más humanas de comunicarse con la presencia real que dió origen a este mundo.

Rastrear esta protesta, esta necesidad, en las voces de habitantes, poetas neuquinos.

Parto de la convicción de que en el contexto gestado desde la modernidad que desoye los anhelos internos de contacto irracional con la existencia es aún posible la reconstrucción de la comunión con la tierra, el cielo y el aire. Pero esto es solo dable ejecutando una conciencia de esta necesidad y de los impedimentos puntuales e históricos para satisfacerla.

FUNDAR CIUDADES, ESTILO DE EPOCA

"¿Un poema? -Ni mas ni menos, replicó con viveza, pero poema moderno, no de palabras dulces, sino de piedra y hierro..."⁽¹⁾

Previo a la invasión de América, con la que muchos dan por comenzada la Época Moderna, los traslados espaciales de los hombres eran considerados como un abandono, la traición a las fuerzas numinosas de su tierra madre. El hombre que viajaba sentía la culpabilidad de no percibir esas fuerzas y deber partir a buscarlas en otras apariencias "...tal hombre ya ha consumado su segunda expulsión del recinto de lo sacro, que consiste en quebrantar la raíz en su lugar originario que – en el misterio de su nacimiento- le fue concedida como una cifra de su destino"⁽²⁾

El hombre que viaja tiene la posibilidad de reanudar esos lazos sagrados que tuvo en su tierra-origen, ello es posible brindándole culto y ofrendas al cielo, la tierra, la naturaleza

que atraviesa la nueva geografía. Los ritos de fundación purgan la impiedad del abandono.

El modo en que es fundada una ciudad, el espíritu de los fundadores determinará la calidad de la existencia de la comunidad que allí se asienta. El espíritu general de los fundadores de las ciudades de América, Buenos Aires en particular, no quiso formar una comunidad sino que vino movido por intereses dorados que nada tienen que ver con cierta apertura del espíritu.

Neuquén sufre una suerte particular. En el discurso inaugural de la ciudad el por entonces Ministro del Interior Joaquín V. González alertaba: "Mérito insigne adquieren en la República los primeros pobladores de estas tierras patagónicas, no solo por haber impuesto en ellas con su posesión avanzada, bajo la bandera nacional, el sello de la propia soberanía, sino porque constituyen desde luego los orígenes venerables de las ciudades del porvenir..."⁽³⁾

Los primeros pobladores eran viajeros o expedicionarios que bien por abatares climáticos, deslumbramiento emocional o impedimentos económicos habían caído en una meseta que se hace palpable mayormente en la cualidad de su viento. La naturaleza vive en el aire que pule al desierto. El viento aplasta al hombre contra la tierra y lo mantiene extasiado contemplando (templándose con lo visto) la extensión que le da sentido, lo deja ser.

Esa potencia mágica que habita la Patagonia fue exaltada por otros hombres que primerísimamente habitaron la meseta pero que no se los llama pobladores: los Mapuches. Fueron ellos los primeros mediadores entre las fuerzas naturales de este espacio, los concedores de sus ciclos, de sus plantas, de su aire. Sin embargo, más allá de la armonía en que hasta el siglo XIX convivían viajeros e indígenas, las expediciones conquistadoras, el extendido ferroviario y la organización formal de la geografía política no tuvieron nunca en cuenta sus necesidades, conocimientos, ni el secreto que ellos ya poseían para comunicarse con lo sagrado de esas tierras.

Neuquén se funda sin expiar culpas y galantemente. Apostando a la potencialidad de una zona que debía convertirse en el conglomerado urbano de la Patagonia, un lugar de paso de privilegio, la usina eléctrica del valle, el nido administrativo...

Angel Edelman, legendario neuquino, bosqueja una historia del Neuquén y en su libro ya citado indica que la ciudad fue gestada por tres espíritus selectos, que ponían en las funciones de gobierno el idealismo creador de sus almas de poetas. Los tres, en coincidencia de románticos, eran cultores fervorosos de las musas. Joaquín V. González, Ministro del Interior; Carlos Bouquet Roldán, Gobernador; y Eduardo Talero, Secretario de la Gobernación. "tuvo Neuquén desde sus comienzos valores humanos que no desmerecían en el conjunto rector de cualquier comunidad civilizada"⁽⁴⁾

Es extraño pero ocurre que los valores que algunos propugnan desde su discurso no sean coherentes con las acciones que desencadena. ¿Es posible que un trío de vates y rapsodas románticos se movilizase buscando conformar un núcleo de hombres "civilizados"?

Los fundadores de la ciudad del Neuquén se asentaron en una tierra que tomaron prestada al viento. En primer lugar hubo una villa junto al Río Limay. Luego asentamientos rodeando la estación de tren "Neuquén", y finalmente, con la decisión de trasladar la capital provincial desde Chos Malal a esta zona, se funda institucionalmente la ciudad en 1904.

Los Románticos fundadores eran conscientes de esa falta de contacto con lo numinoso de esas tierras, esa falta de fundamento mitológico y ritual para su relación con ese espacio. Conscientes de la gestación improvisada y no paulatina de esa comunidad. Y buscaron entonces afirmar una tradición, dar cualidades primeras donde asentar y empezar a construir la existencia común. En este sentido dan a la naturaleza un significado fundante: "Neuquén tiene su tradición en la grandeza de sus montañas(...)la rudeza de sus vientos(...)Nuestro terruño posee su tradición, plasmada con las luchas, pasiones, amarguras y desencantos de aquellos primeros hombres que lo habitaron, verdaderos constructores de su acervo económico, cultural y político..." Estas son palabras extraídas de la comunicación epistolar entre Juan Carlos Chaneton, periodista, también fundador, y Angel Edelman.⁽⁵⁾

Es en 1881 y 1883 que la campaña del Ministro de Guerra Julio A. Roca, comenzada en 1879, se completa en Neuquén al mando del bravo General Conrado E. Villegas. En 1884, una vez pacificados los ámbitos del otrora extenso dominio aborigen y resguardado en

la casi totalidad por los fortines de la ocupación militar, se procedió a la organización institucional de los territorios nacionales. Se nombra como primer gobernador del Neuquén a Manuel J. Olascoaga, secretario del General Roca en la expedición al desierto y autor del diario de la misma. Olascoaga en una carta dirigida al Ministro del Interior hace patente las primeras intenciones de la expansión territorial y del asentamiento en puntos clave, el móvil era la apropiación de tierras, establecer una distribución que facilitara la aparición de una clase dirigente nacional, dominante definida, asociada a los altos mandos Militares. "...tengo el honor de dirigirme a ustedes proponiendo la subdivisión del territorio que considero mas apropiada para facilitar la mejor administración y el mas rápido desarrollo de la poblacion".⁽⁶⁾

El 12 de septiembre de 1904 arriva a Neuquén Joaquín González en nombre del presidente Roca y esa misma tarde, junto al gobernador B. Roldan y El secretario Dr. Talero, se colocó la piedra fundamental de la pirámide recordatoria de la fundación y se sirvió un almuerzo de carácter campestre, junto al puente, con un día sumamente ventoso. La comitiva ministerial partió en tren ese día, evidenciando el tratamiento meramente protocolar de la instancia fundadora, que desoye el origen ritual del acto fundador, antaño garante de la protección y comunicación perpetua con dios.

Es el ejército expedicionario el que trae el progreso civilizador moderno a la zona. Ejército al que se le adjudica cierto heroísmo por el sacrificio físico puesto al servicio de la misión patriótica de impregnar todo con los primeros basamentos de la civilidad y el progreso...pero poco se recalca lo que se ha lastimado y violado en esta empresa. La dignidad indígena, la completitud del hombre que se comunica hondamente con su existencia material y espiritual fueron trocadas por telégrafos y redes de regadío, por vías camineras surgidas sobre las rastrilladas de la tropa de línea, por posibilidades productivas, por educación para la vida civilizada.

El espíritu poético de quienes llamaron "poema" a la urbanización, y bautizaron "ciudad de los Cesares" a la villa industrial se cruza con la vocación de progreso racionalizador, con el ansia de porvenir civilizado y éxito económico.

La fundación de Neuquén, su devenir histórico como ciudad construida sobre pilares endebles espiritualizados solo con palabras bellas, fruto quizás del estilo de la época, es el paradigma del Romanticismo que oculta su rostro mas oscuro, su innegable ser ilustrado.

La ausencia de un origen que involucre a la naturaleza humana hace muchas veces imposible enraizar en esta ciudad, generar pertenencia en un espacio que nace cerrado en sí mismo a razón de la primera intención de crear en él únicamente un centro burocrático administrativo, que "usa" a su naturaleza circundante y que evita a la necesaria "comunidad".

NOMBRAR EL ESPACIO

Si bien la argumentación me ha llevado a colocar en los Mapuches la propiedad primera y legítima de la extensión del norte patagónico donde se construiría la ciudad de Neuquén es válido plantear una idea que cuestiona aún también esta aplicación de la lógica del poseer en relación a la amplitud del espacio, que no solo comprende materia como la fauna, flora, el suelo y los accidentes topográficos, sino también al aire y ciertos ánimos, como ases lumínicos que dan contorno y existencia a lo palpable. De modo que existe una dimensión del espacio que no es adjudicable a ningún ser sino que es poderosa en sí misma, digo: la relación con el espacio y sus fuerzas oscuras es siempre dialéctica e histórica.

Los Mapuches también intentaban explicar lo que los rodeaba, contarlo, revivir su causa. Como pueblo ágrafo mantenían una constante tradición de relatos orales. Los mitos sobre los ciclos naturales, los elementos de la naturaleza simbolizando cualidades humanas o figuras mitológicas se reiteran y expanden. Los aspectos más directamente ligados a las vicisitudes de la existencia humana reclaman una explicación mítica de mayor insistencia.

Los Mapuches eran dueños de una identidad muy fuerte, basada en una mentalidad individualista que se traducía en su organización política (un sistema democrático que no los sometía a un cacique), su destreza los trasladó desde Chile para pasar a dominar a todos los pueblos que vivían en estrecho contacto con ellos, como los Pehuenches de Neuquén. Comenzaron a penetrar pacíficamente en la Patagonia en el siglo XVIII y a principios del XIX enfrentamientos con Tehuelches concretaron la dominación de la

zona. Luego sufren la Conquista del Desierto: la aniquilación física y cultural, la condena a la marginación y pérdida de creencias tradicionales y del dominio de la propia lengua. Tanto para los Mapuches como para los Tehuelches era riesgoso contar sus relatos a extraños, se creía que atraía sobre sí la desgracia por haber confiado algo que debía permanecer secreto. El lenguaje que nombra es la conexión secreta con el origen de lo nombrado.

En un relato mitológico popular ⁽⁷⁾ dos mujeres comentan sobre su calidad de madres luchadoras, son pájaras y se las nombra a una *Carupotro Quesquesen*, donde ambos términos son sinónimos y designan a un pájaro neuquino que se le atribuye la virtud de anunciar la primavera, cuando nacen los pichones; y la otra *Rére*, quien cobija y aconseja a su amiga, es el nombre de un gran y ágil pájaro carpintero que habita toda la zona surcordillerana. Se expresa entonces un homenaje a la mujer mapuche, quien es sumamente trabajadora y se despliega en contacto con las fuentes naturales para cuidar a su familia, animales y hogar. Se habla de la madre, Ñuque, por analogía a las aves vigorosas.

La educación oficial de Neuquén enseña que Neuquén es una palabra mapuche que significa audaz en honor al río caudaloso y a la fortaleza del pueblo Mapuche. En la violación que significó la conquista del desierto y por la creciente hibridación por contacto con otros pueblos, el Mapuche fue olvidando el *significado* y el *significante*, así como las simbolizaciones que se abrían de sus palabras.

Neuquén es un término sorprendente. El habitante neuquino lo cobija en su piel. El misterio es divertido, desde chico es risueño advertir cada vez la magia de leerlo de un lado y del otro del mismo modo. Los Mapuches eran un pueblo sin escritura y al deber trasladar la oralidad al lenguaje escrito y aggiornarlo al español se ha perdido parte del origen de su existencia.

Neuquén fue escrito como Naghan, Nagquén, Nauquén, Necún, Nudquén y mas formas que mantienen similaridad en sus semas esenciales. Las acepciones hablan de una posible derivación de naghan, bajar; o Nauquén, cosa baja que tiene declive el terreno. Aplicada al Río sería: Río cuyo cauce tiene mucha caída. También se lo relaciona con brazo o medir a brazadas: Nevacán. Nedquén: atrevido, audaz, arrogante. O tal vez Neuquén de Nehuen, fuerza; quen, tiene.⁽⁸⁾

Gregorio Alvarez a la par que expone estas posibilidades cita en el mismo libro la resolución del Congreso del Area Araucana Argentina que "después de un estudio largo, profundo, no vacila (y lamenta tener que decir) que no sabe el significado de la palabra Neuquén, casi sí, asegurar que es palabra Araucana".⁽⁹⁾

La primera noticia que tenemos sobre el nombre es la que consigna el misionero alemán Bernardo de Havestadt que en su libro impreso en 1777 relata su paso por la actual Neuquén y escribe el nombre del río: primero Ñudquén, y luego Nudquén.

Es raro que el aborigen recurra, para dar nombre a un río, a atributos de orden moral o espiritual; la regla que se evidencia es la de resaltar las características como, para el Río Neuquén, la fuerza de la corriente.

Según testimonios de indígenas se ve entre 1752 y 1788 aparecer una modificación documentaria en el sentido de Neuquén, palabra que ha logrado existir hasta hoy.

En los primeros tiempos de la provincia, cuando todavía prevalecía en ella la población chilena y mendocina, pues no había llegado sino en mínima escala la corriente venida desde Buenos Aires, siempre se dijo Neuquén. Con la llegada del ferrocarril en 1902 los ferroviarios acentuaron la primera e: Néuquen.

Gregorio Alvarez concluye que el vocablo es un topónimo, una denominación geográfica. Es una palabra de origen araucano o mapuche compuesta por dos términos: Nehuen: fuerza; y quén: tener. El río ha dado su nombre a la provincia De Neuquén porque, en la Ley Nacional que creó los Territorios Nacionales, se especificó que éstos debían llevar el nombre del río que los surcara, de ahí su verdadera designación de provincia Del Neuquén y no de Neuquén.

La provincia es del río. Esta característica refuerza la idea de la naturaleza (el río) que se alza sobre los hombres, que también ella sale en su búsqueda. ¿Qué consecuencias podrá tener en el habitante actual de Neuquén el hecho de que el nombre de su ciudad designe al río que le da origen? ¿Cómo repercute que no este esclarecido aún ni el significado ni la verdadera raíz de la palabra?

El hecho de que sea un accidente geográfico, un elemento natural, el que da nombre a la Provincia, y también a la ciudad, que también cobija al río, genera en el habitante cierta

sensación de avasallamiento con respecto a las fuerzas naturales, sensación reforzada por estar la ciudad asentada en un "hueco", en un valle, y por la inminencia de sus vientos.

La ausencia de un significado unívoco y la profusión de posturas acerca del origen del nombres es otro elemento que mantiene "pujante" al ciudadano neuquino, que lo mantiene a la par del misterio, que lo coloca en un lugar de desconocimiento del origen pero le da la certeza de que este existe. Que hay algo que se nombra en el nombre.

Fantaseo hayan sido los indígenas quienes no han querido develar el misterio. Fantaseo nunca lo hagan.

POESÍA. ASIR LA TOTALIDAD

He venido insistiendo: Hay una realidad otra, una fuerza natural concreta, que se nombra. Una naturaleza previa al hombre, que a su vez lo engloba. Y esa naturaleza tiene un sentido que le da comienzo. Un "algo" detrás o sobre ella que la ha originado, es ese "algo" lo que se convoca al nombrar las cosas del mundo, y se lo homenajea al armonizar con sus creaciones, al fusionarse con lo natural.

La ausencia de un unívoco significado de término Neuquén garantiza continúe en vilo el enigma y llama a la comprensión del sentido, que ya de por sí jamás se develará pero que es humano bosquejar. Las voces poéticas en su afán de decir cada vez más cualificadamente rozan el sentido primero, el contacto con Dios. "Es un acto de aguda respuesta que hace sensible el sentido"(10).

El acto estético es siempre una crítica al mundo, una declaración del punto de cruce entre lo "real" observado y la profusión imaginaria. Una protesta contra el estaticismo. Afirma que las cosas podrían ser (han sido, serán) diferentes.

El artista patagónico que en cada figura o forma llama a la naturaleza que lo absorbe ilumina la duda acerca de la importancia que se le otorga a la naturaleza por fuera de la obra.

En el orden pictórico una investigación sobre la influencia del medio ambiente en pintores neuquinos brinda una aclaración: "la influencia sociológica y el condicionamiento cultural pueden alterar el criterio cualitativo de las motivaciones pictóricas, pero se constató también la existencia de percepciones individuales independientes..."⁽¹⁰⁾. Es decir que mas allá de la marcada tendencia a llamar a lo autóctono, a revivir los orígenes y la armonía perdida, hay una puja íntima por concretar esos anhelos no reducible a cierto "estilo de época" (o de región).

Aquí privilegiaremos al poema. Citaré una poesía de Lili Muñoz que creo representativa.

Las Bardas

He preñado las bardas esta tarde.
Se han henchido de dulzura los botones,
fueron creciendo soles diminutos,
gotearon leches por los tallos ásperos
y el perfume zumbón
cubrió las latas.

He preñado el desierto de amarillo.
Rozamos los espejos con las yemas
Y en los huecos rugosos de la greda
Hicimos el amor
Sobre melosas.

Ocres de basural y villerío
Naif de resolana,
Horizontes de miel,
Moscas azules,
La tierra gruesa parió la primavera
Ojos de sed de estrellas,
Piel curtida.

He preñado las bardas en agosto.
Cara al sol

Sentí tu sombra ausente
Arremezar mi sombra. ⁽¹¹⁾

Las bardas son símbolo en Neuquén y ésta poeta caracteriza en su fusión con ellas un modo de experimentarlas. Las bardas son preñables en el presente basural para hacerlas madre nuevamente. Para revivir la idea de que ellas actualizan la matriz, son lo preexistente.

La naturaleza es lo que ha quedado. Es aquello detrás del shopping que han alzado en las bardas.

El pensamiento del moderno urbano coextiende la sensación generada por el contacto con lo natural a una sensación de pureza, de Dios: Ricardo Fonseca es representativo en este sentido en su poema Paisaje:

En este pueblo de chacras y de ediles;
De ajustados horarios comerciales, habría que hacer sitio a la ventura
Para nunca apagarnos totalmente.
Miren que vivir tan programados
Y andar poniendo sello en todas partes,
Y no seguir al viento hasta otoño
Y repartir mas risa por la barda.

Qué manera de ser municipales
Y no abrirle una hendidura a la locura
Por donde transpirar más libremente
Y volver a los cantos del trabajo.

Yo me alegro del alegre borracho
Que cruza por el barrio en la alta noche
Y hace a un lado a los santos a puteadas
Y conversa con dios directamente. ⁽¹²⁾

En la Patagonia, sobreviviendo a la profusión demográfica, a la industrialización y *shoppinización* el habitante busca un anclaje de su identidad en la naturaleza avasallante. Los viajeros ya habían vivido la magia de estos parajes "le endilgaron desalentadoras definiciones como la de Darwin "tierra maldita", o la de Antonio de Córdoba "esta parte es la mas despreciable y desdichada del Orba", pero también sentidas impresiones como las de Ramón Lista: "en estas latitudes todo excita a la emoción, unas veces la triste aridez de las planicies, otras el aspecto caótico de las montañas ⁽¹³⁾ .

La magia patagónica, la naturaleza que se cuele dentro ("tengo tan dentro mi valle/que puedes confiar sin miedo: /para tu sed angustiada/traeré el cántaro fresco"⁽¹⁴⁾) parece no haber discriminado esquemas perceptivos y su galería de personajes alineó a una extravagante tipología compuesta por aventureros inescrupulosos, devotos colonos, buscadores de quimeras, fugitivos de distintas partes del mundo, entre ellos pistoleros del Far West, inmigraciones ansiosas de un ámbito mas tolerante de sus costumbres. También personaje como el francés Orllie Antoine De Tounesns quien se habría autoproclamado Rey de Araucanía o Patagonia; y ni que hablar de nazis y Ted Turner. La Patagonia llama, abraza, retiene, y transforma.

"Viajar a la Patagonia por lo que imagino, es como ir hasta el límite de un concepto, como llegar al fin de las cosas (...) una región de exilio, un lugar de desterritorialización" según palabras del pensador francés Jean Baudrillard ⁽¹⁵⁾ .

¿Es, entonces, Neuquén el límite entre lo pasajero y lo eterno, el punto donde el destierro del viajero, del Mapuche, del inmigrante es subyugado a la eterna naturaleza que le sale al encuentro? ¿Es posible que cierta voluntad de la naturaleza quiera atraernos hacia ella? ¿Y que nosotros nos resistamos impresionados por su bravéz? ¿Y que solo le demos lugar en sectores de la ciudad, en poemas y en leyendas sin permitirnos templarnos con ella, interpretarla en acción?

CONCLUSION

He intentado bosquejar la relación dialéctica e histórica de dominante- dominado en la que se inscribe el espíritu del habitante neuquino con su medio natural. Las características de la fundación hablan de un hombre moderno que avasalla a la

naturaleza. La línea indígena Mapuche, como desde el término que nombra a la ciudad, permite a la naturaleza colarse en el hombre dándole la materia para su lengua y sus relatos. Aquí es la naturaleza el agente poderoso.

La naturaleza es un poder. La Patagonia es donde termina el mundo que vuelve a nacer. Es de la naturaleza más humana responder corporal y espiritualmente a las fuerzas del espacio que hablan el idioma del origen ¿Qué ha ocurrido para que en particular el neuquino no pueda gozar de esa comunicación, qué no puedan decir- yo soy neuquino? A sucedido la negligencia del conquistador, la aventurada fe en el progreso, la resignación Mapuche, la tecnología del desapego, el desprestigio de los mitos. Pero el ansia humana está intacta, los poetas lo han dicho y lo sabe el paseante que bebe del río y se pierde en las bardas.

Solo generando consciencia de esa necesidad sublimada históricamente es posible restablecer el vínculo. ¿Es posible que ante la angustia que le causa al cuerpo estar insensible frente al mundo, los otros y si mismos continúe construyéndose en este sentido?.

Propongo tímidamente comenzar el cambio. Las principales calles de Neuquén llevan nombres de Generales y Coroneles de la expedición al desierto que limpió de magia y proyectó una urbe culpógena ¿Es necesario que siga llamándose Conrado Villegas el mas importante teatro de la ciudad?

Este es un cambio realizable político institucionalmente. En el mismo sentido de conformación de consciencia histórica pos a una libre interpretación de los hechos (no solo la historia de los vencedores) creo necesaria cambiar la orientación del tratamiento de las culturas indígenas argentinas. Son colocados unos junto a otros Onas con Tehuelches, Charruas y Aymará homogeneizando sus rasgos y recluyéndolos a un museo, no provocando mas que una prisión en el pasado y la acentuación de su categoría de "otro" que los mas progresistas reivindican con bolsitos tejidos en telar Mapuche. Propongo liberarnos de la estilización de lo indígena y valorar a cada pueblo por su íntima y secreta forma de existencia y expresión.

La tercer propuesta incluye, como la anterior, una apuesta por la inteligencia del hombre común (no ya utópicamente la de los políticos). En esta gran ciudad vivimos en el mismo espacio y solo nos separan vidrios y concreto, no tenemos acceso a la naturaleza mas que en el balcón, en el parque y en enero (mas alguna mascota ocasional), si somos todos también seres naturales: abramos las ventanas y contemplémonos sin pudores, quitemos las cortinas para dejar ser a los cuerpos. Sobrepongámonos de la alienación, usemos la cercanía para evitar la autodestrucción. (*)

(*) Fuente: Trabajo realizado por Agustina Paz Frontera en el contexto de la materia Principales Corrientes del Pensamiento Contemporáneo de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires en el año 2002.

Citas:

¹ Carlos Bouquet Roldan, citado por Angel Edelman, Primera Historia del Neuquén. ed. Plus ultra (Bs. As, 1991).

² Hector Murena: El Rito más Primitivo, Material de Cátedra PCPC 2002.

³ Angel Edelman: Primera historia del Neuquén, ed. Plus ultra (Bs. As, 1991).

⁴ idem.

⁵ idem p.14.

⁶ Idem.

⁷ Véase León Benarós, Leyendas argentinas, Ed. Atlántida. Bs. As, 1984. pp. 103-106.

⁸ Véase Alvarez, Gregorio, Neuquén: Historia, Geografía y Toponimia. Editado por Congreso Nacional. Bs. As., 1983. p.108.

⁹ Idem, p.109.

¹⁰ J. Steiner, Presencias reales, Material de Cátedra Casullo, ficha de prácticos, UBA 2002, p.19.

¹¹ Universidad del Comahue, Influencia del medio ambiente en la expresión pictórica neuquina. Fondo Editorial Neuquino, 1991, p.45.

¹² Lilí Muñoz en Voces a mano, poesía neuquina. Neuquen, 1997, pp. 54-55.

¹³ idem, pp.103-104.

¹⁴ Roberto Hosne, Barridos por el viento, Editorial Planeta, Buenos Aires, 1997, p.8.

¹⁵ Irma Cuña, "A tu sed", en Voces a mano, p.10.

¹⁶ Barridos por el viento. Op.cit., pp.281-282.

Bibliografía:

- Héctor Murena: El Rito más Primitivo, Material de Cátedra PCPC 2002.
- Angel Edelman: "Primera historia del Neuquén", ed. Plus ultra (Bs. As, 1991).
- León Benarós, "Leyendas argentinas", Ed. Atlántida., Bs. As, 1984.
- Alvarez, Gregorio, Neuquén: Historia, Geografía y Toponimia. Editado por Congreso Nacional. Bs. As., 1983.
- Universidad del Comahue, Influencia del medio ambiente en la expresión pictórica neuquina. Fondo Editorial Neuquino, 1991.
- Autores Varios, Voces a mano, poesía neuquina. Neuquen, 1997.
- Roberto Hosne, Barridos por el viento. Editorial Planeta, Buenos Aires, 1997

EL CACIQUE ORKEKE



Imagen de un grupo de tehuelches luego de su captura. El segundo de la derecha, es el cacique Orkeke.

Algunos seres dejan su marca en el viento. Viento patagónico en este caso. Y alientos lejanos se unen a veces, como el George Chaworth Musters y un grupo de tehuelches. En 1869 Musters llegó a la Isla Pavón, en el Río San Cruz, Patagonia Argentina, donde tenía su factoría el legendario y valiente comandante Luis Piedra Buena. Allí se unió a una tribu tehuelche. Durante diez meses recorrió con los indios patagónicos 2700 kilómetros entre la desembocadura del Río San Cruz y Carmen de Patagones, a orillas del Río Negro. Uno de los integrantes de la tribu con la que convivió el explorador inglés era el cacique Orkeke. En numerosas ocasiones, en un relato de su viaje que nos dejó Musters, el jefe tehuelche emerge con visos de hombre sabio, rebotante de bondad y generosidad.

Y Orkeke era un ser libre. Hasta que, en 1883, cerca de Puerto Deseado, fue capturado junto con otros miembros de su tribu y llevado a Buenos Aires, donde concurrió a

banquetes, teatros, y al zoológico; e incluso se reunió con el presidente Roca, el mismo de la aniquiladora campaña del Desierto. A los pocos meses murió en un hospital militar. Nunca más podría ver el estepario horizonte patagónico y la veloz gracia de los guanacos.

En este momento de Textos sobre Patagonia en Temakel, mediante un artículo de Héctor Pérez Morando publicado en el Diario de Río Negro, recordamos al viejo y digno cacique tehuelche.

E.I

La obra aludida en presentación donde Musters narra la personalidad y muchas acciones del cacique Orkeke y cuya lectura recomendamos es:
George Chaworth Musters, Vida entre los patagones, Buenos Aires, Editorial Elefante blanco.

ORKEKE, EL CACIQUE AMIGO

Por Héctor Pérez Morando

Historia del cacique tehuelche Orkeke, quien figuró en la importante publicación inglesa de Musters de 1871. La Patagonia fue su principal ámbito y Piedra Buena, Lista y Moyano lo consideraron amigo.

"Mucho me impresionó el porte grave y solemne de éste (Orkeke). Ante su estatura de seis pies cabales y su proporcionada musculatura, nadie habría sospechado que el hombre había cumplido ya sus 60 años; y, cuando saltaba sobre su caballo en pelo o dirigía la caza, desplegaba una agilidad y una resistencia iguales a la de cualquier otro más joven. Su abundante cabello negro estaba levemente veteado de gris, y sus ojos brillantes e inteligentes, su nariz aguileña y sus labios delgados y firmes eran muy diferentes de lo que, según la idea corriente, son las facciones patagónicas; una frente achatada afeaba un poco la expresión de su rostro, que sin embargo, era seria y meditativa, y a veces notablemente intelectual". Lo dijo el naturalista y explorador inglés Musters en su publicación de 1871, luego de haberlo acompañado en gran parte de su largo viaje de Punta Arenas (Chile) a Carmen de Patagones. Y agregó que era "particularmente limpio en sus ropas y aseado en sus costumbres". El marino inglés pone un marco muy favorable al cuadro descriptivo del cacique, rematándolo con que "su conducta para conmigo fue irreprochable". Musters estuvo dos meses con Orkeke en Pavón, atalaya y centro de operaciones de Piedra Buena (Orkeke tenía su toldería en el valle del río Chico). Y desde allí, Musters con Orkeke y también Casimiro continúan su extenso viaje, que incluyó visita a Sayhueque -el "Gobernador de las Manzanas"- y la hoy Línea Sur rionegrina.

El pacífico cacique luego del viaje con Musters conoció a otros viajeros y entre ellos al inglés Julius Beerbohm, que en su libro de 1879 "dejó un excelente retrato, que coincide con el de Musters" y Orkeke recordaba perfectamente haber visitado siendo niño San Julián, donde estaban todavía los colonos españoles de Viedma, al decir de Teodoro Caillet Bois (1945).

Otro periodista e historiador afirmaría que "Orkeke era de pura estirpe tehuelche. Los exploradores patagónicos lo habían ungido caballero por su amplitud hospitalaria, su disposición servicial y su inquietud comprensiva, reconociéndole señorío en la vasta heredad", (Lenzi, 1962). Y en verdad, hasta el presente, el hurgar en esta parte de la historia patagónica no ha presentado algún hecho que empañara esas opiniones, salvo que Lista -a pesar de considerarlo gran colaborador y amigo- lo inyectara en algún escrito como afecto al alcohol ¡vaya novedad entre los nativos! y algo pendenciero. Eran mujeres y hombres libres y la atadura blanca no podía ser asumida así nomás. Y en esto buena culpa tuvieron los bolicheros y mercachifles expoliadores: yerba, azúcar y aguardiente por pieles y plumas.

Por 1883 el gobierno nacional continuaba con el propósito de seguir avanzando sobre araucanos o mapuches transcordilleranos, pacíficos tehuelches nativos y la mezcla de etnias que se producía desde hacía años. Sayhueque, sus caciques y capitanejos optando por resistir alargaban la llamada campaña al desierto y por eso el magnífico transporte "Villarino", afectado a viajes por las costas patagónicas y comandado por

Federico Spurr, llega a Puerto Deseado el 18 de julio de 1883. En Patagones habían embarcado el gobernador de la Patagonia cnel. Lorenzo Vintter, tte. cnel. Lino Oris de Roa, mayor Miguel Linares, dos oficiales y 31 soldados del 7.º de Caballería. Misión militar: complementar la acción cordillerana de otros uniformados con Palacios a la cabeza. Se informan de que la toldería de Orkeke está a quince leguas en la "Lomada de los indios". El tehuelche Gencho los conduce, sirve de guía. La consigna es "capturar la tribu y sin hacerle el menor daño". Roa comanda el grupo y se produce la encerrona. Siete toldos, 55 tehuelches, 87 galgos, 98 caballos, 4 vacas y 3 terneros. Orkeke, su mujer Hadd, la hija Méká y 54 hijos del desierto con niños se entregaron mansamente y fueron embarcados en el "Villarino". Adiós a los guanacos, avestruces, al agua y al aire puro. Adiós al silencio, a las matas y al mar patagónico. Orkeke no volvería a estar con ellos. La nave eludió las escalas en Patagones y Bahía Blanca. Después, hasta el gobierno asumió el tremendo error de aquel injusto apresamiento de los pacíficos tolderos de Orkeke: "una mala interpretación de sus órdenes", se dijo. El Riachuelo los recibió y fueron alojados en el cuartel de Retiro. Enterados, Lista y Moyano de inmediato se preocuparon por sus amigos del sur, trataron por todos los medios de aliviarles la ingrata situación y de hacer gestiones para que volvieran a sus tierras. El presidente Roca recibió a Orkeke y le obsequió cigarros habanos y 500 pesos, más la promesa de regreso a Santa Cruz. Tuvieron clima favorable de los porteños y del periodismo, sin abandono de la curiosidad que despertaban. "La Prensa" en su edición 4.119 del 31/7/1883 opinaba: "cómo creer que deliberadamente haya mandado asaltar y saquear una tribu amiga y mansa que jamás ha hostilizado al ejército, y que por el contrario, ha fraternizado honradamente con las poblaciones cristianas plantadas en las soledades de la Patagonia. ¿Cómo justificar ese acto cruel e ilegítima persecución a hombres que nunca nos hicieron daño?"

Moreno se hallaba en Mendoza y Piedra Buena -ambos buenos amigos- muy enfermo fallecería el 10 de agosto de aquel año. No cabe duda de que los atendieron muy bien, distinto a los mapuches presos. Orkeke pasea en coche por Buenos Aires. Lo acompañan Lista, doctor Escudero y Horat visitando los "principales edificios públicos y el parque 3 de Febrero". También el jardín zoológico, donde lo asombra un avestruz africano, mucho más chico que su patagónico, que le entregaba alimento y piel. "Orkeke se convierte en prisionero con honores de huésped y concurrente obligado a cuanto espectáculo público se ofrezca". La Sociedad Científica Argentina, que presidía Lista, le ofrece -con lleno de público- la zarzuela "Mefistófeles" en el teatro de la Alegría y Orkeke con su mujer e hija ocupan el palco central con varios de sus seleccionados tehuelches. El público se lleva un chasco con el comportamiento y la vestimenta: "sencillos hombres de campo; visten saco, bombachas o chiripá y ponchos de paño negro (compartidos con vincha roja y botas de cuero crudo). Las mujeres, bata sin mangas, pollera y pañuelos de variados colores". Reciben muchos regalos, suben al escenario y hablan muy favorablemente Lista y el profesor de la UBA Juan María Larsen. Muy aplaudidos. En tranway especial regresan a Retiro. A los pocos días la misma sociedad le ofrece banquete en el Café París con la presencia de Durán, ministro plenipotenciario de España, Larsen, explorador del Chaco Juan C. Cominges, marino Eduardo Lan, Miguel Cano, Francisco de Ibarra, Esteban Rodríguez, Juan S. Bauzá y Lista. Hubo brindis, discursos y hasta una poesía y cuando le toca el turno, Orkeke "habla con parquedad, no obstante su facilidad de palabra (sabía castellano) limitándose a manifestar a su manera que es amigo de los cristianos, que no pelea para no exponerse a morir y muriendo todo concluye".

En el circo Humberto 1.º su empresario Rafetto le dedica una función de honor. Moyano le ofrece regresar por tierra pero Orkeke no acepta "sería inevitable el encuentro con los indios araucanos del Neuquén en cuyas manos perecerían sin remedio" (Deodat, 1937). Y llega el final. El aire, la humedad y otros factores de la ciudad del Plata se manifiestan en bronquitis. Internado en el hospital militar, ocupa la cama 39. Su rebeldía le hace rehusar tratamientos y medicamentos. No pueden contenerlo. Abandona la cama y busca otro aire en los patios y no el del encierro. No tiene las hierbas curativas ni puede usar los métodos nativos para espantar al Espíritu Malo. El invierno porteño con sus calamidades enfermizas le estaba jugando una mala pasada y se fue agravando hasta la

pulmonía doble. El 12 de setiembre de 1883, a las 8.40 expira "como una luz que se apaga de súbito". (La Nación).

"Tu hacienda, tu autoridad,
la patria donde naciste,
todo, Orkeke, lo perdiste,
incluso la libertad" (Juan C. Cominges). (*)

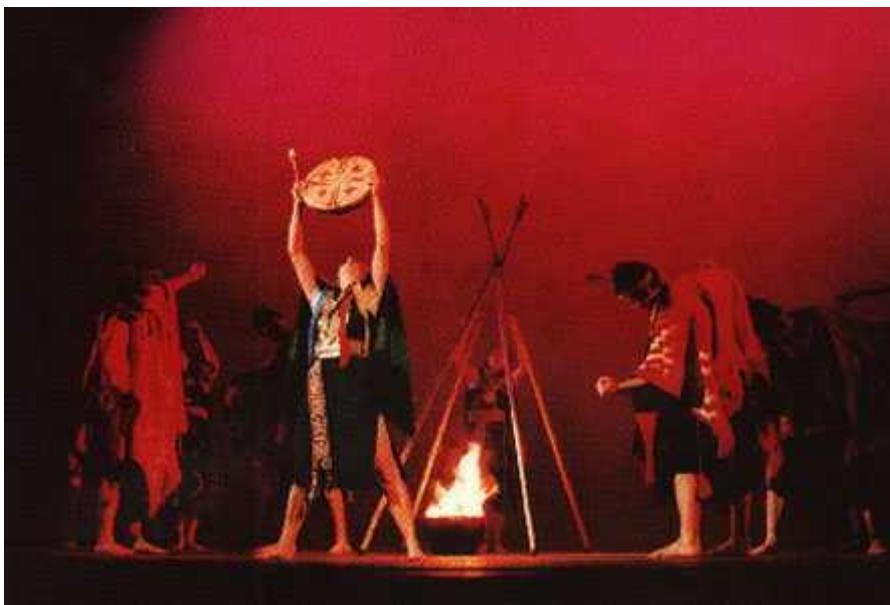
(*) Fuente: Héctor Pérez Morando, "Orkeke, el cacique amigo", editado en Diario de Río Negro el sábado 12 de julio de 2003.

Bibliografía principal: Deodat, L. S. M. La captura, 1937. Musters, G. C. Vida, 1871. Larrain, N. Viajes, 1883. Lista, R. La Patagonia, 1879. Pérez Morando, H. Musters, 1998. Lista, R. Los indios, 1894. Bernal, I. y Sánchez P. M., Los Tehuelches, 2001. Revista Argentina Austral, varios. Manfort, A. Moyano, 1979. Escalada, F. El complejo, 1949 y otro

LA ESTRUCTURA DEL MUNDO SEGÚN LOS MAPUCHES

Por maestro Don Aukanaw

(en "La ciencia secreta de los mapuches")



Representación teatral de un ritual mapuche difundido por la Universidad de Chile (foto en página web de dicha universidad)

Como todos los pueblos, los mapuches crearon una cosmovisión, una imagen de la totalidad de lo real. Así aún hoy, la "gente de la tierra" se relaciona con un universo preñado de sentido y sacralidad. Su interpretación mítica de la existencia nace en sus tierras ancestrales, en los suelos de Patagonia. Aquí un texto de el maestro Don Aukanaw, perteneciente a una obra mayor, "La ciencia secreta de los mapuches".

LA ESTRUCTURA DEL MUNDO SEGÚN LOS MAPUCHES

Por Maestro Don Aukanaw

Los mapuche tienen una concepción heroica de la vida y de la inmortalidad, bastante similar a la de los pueblos celtas y germanos. Esta concepción es aristocrática, pues está reservada a los jefes políticos religiosos (soberanos o iniciados). Así, el destino del alma de los fallecidos es el siguiente:

1º) Los héroes: Los guerreros muertos en combate, los ülmen (aristócratas y jefes), los miembros de la clase sacerdotal (en cualquiera de sus jerarquías), los fulminados por el rayo, etc., ascienden a los cielos y allí moran, manifestándose generalmente en las cimas de las montañas y, especialmente, en los volcanes. Para coadyuvar a tal ascensión se los solía enterrar a los ülmen en lugares sagrados, como lo alto de las montañas (sitios

más cercanos al cielo), en los pillan-lelfün (ámbito territorial de Nguillatun) o se cremaban para que el fuego los elevara rápidamente trasmutados en humo. Desde los cielos estos difuntos, transformados en divinidades menores, idénticas a los héroes griegos o germanos, velan por el bienestar de la raza y particularmente por sus poblados (lof). En los cielos combaten a los héroes españoles y con los soldados argentinos. Los antiguos germanos tenían igual concepto con sus ein heriars, guerreros que vivían en el Walhalla y repetían sus combates terrenos. Los héroes en mapuche se llaman pillan (que no deben confundirse con el poderoso Wenu Pillan, aspecto kratofánico por excelencia de la Divinidad, que los comanda).

Los pillan, como toda kratofanía, son ambivalentes. Su ira puede dañar a un mapuche del mismo modo que dañan a los winka (no-mapuche). Castigan a los traidores a la raza y a los conversos al cristianismo lanzando sus flechas mágicas productoras de enfermedades sobre los ganados y sobre los hombres.

Están siempre presentes en todas las batallas de los mapuche que preservan la religión y la tradición y los ayudan a destruir al enemigo con la colaboración de los ngen, que activan fenómenos geológicos y meteorológicos demoledores para el winka invasor.

El general Kalfükura es un gran pillan que vela por los suyos. Se dice que dentro de poco ha de venir a reunirse con ellos, lo que lo hace merecedor de atenciones sacras.

2°) Los niños: Los que mueren prematuramente tienen un lugar especial en los inframundos y allí aguardan el momento propicio para completar en este mundo el ciclo vital interrumpido.

3°) Las mujeres de los héroes: Ellas siguen el camino de sus compañeros cuando aceptan una muerte heroica y se inmolan en la tumba de su hombre, mueren en el campo de batalla (cumpliendo funciones de apoyo) o son buscadas por el héroe en los inframundos de donde las saca y las lleva a los cielos.

4°) El común: Los que mueren de viejos o a causa del wekufü. Al igual que los cobardes van a parar a alguno de los inframundos, donde llevan una existencia a la inversa de la terrestre: si robaron, serán robados; si calumniaron, serán calumniados.

5°) Variantes: Algunos héroes que no murieron en el campo de batalla, aunque sí en forma heroica (cargada de fuerza), suelen tomar como morada el lugar donde se trasmutaron en héroes, ocupando algún objeto propio de este sitio (una roca, por ejemplo). Estos pillan dispensan ayuda a los transeúntes y castigan a los malintencionados. Su veneración se suele confundir, por ser formalmente análoga, con la tributada a los Ngen. Las apachetas les suelen ser características y son mediadores (werken) con divinidades como la Ñuke Mapu (Madre Tierra).

Estas cinco tipologías suelen tener algunas variaciones en distintas parcialidades mapuche.

Los mapuche suelen disentir en el número de pisos o mapu de que consta el Cosmos. La más ortodoxa de las versiones es la de 4 superiores y 4 inferiores. Todas las otras son sólo distintos puntos de vista que no contradicen tal esquema. Los hay que cuentan 3 (1 cielo, la Mapu, 1 inframundo); los que cuentan 5 (4 cielos y la Mapu); los que 6 (los 4 cielos, la Mapu, y el inframundo como una unidad); los que 7 (4 cielos, la Mapu y 3 inframundos); los que 8 (los 4 cielos y 4 infiernos, dejando tácita la Mapu; los que 9 (la totalidad del conjunto). Esta discrepancia de puntos de vista particulares suele ser muy común en todas las tradiciones arcaicas. Dice al respecto Guenón: "es común a todas las doctrinas tradicionales la división en tres mundos, pero adquiere formas diversas. En la India misma no hay dos que coincidan externamente, aunque no se contradigan. Estas

formas diversas son resultantes de diferentes puntos de vista".

El viaje del alma mapuche

Las almas de los muertos comunes siempre van al Oeste, lugar donde el sol pasa al inframundo a través de una abertura o puerta (konweantü). Es la entrada o puerta del sol. Las almas deben recorrer un camino horizontal hacia el Oeste, y una vez llegadas a esta boca o puerta inician su viaje descendente hacia el inframundo (Figs. 1 y 2). Cuando el sentido de este fenómeno se perdió, junto con el valor del Sol como psicopompo (conductor de almas), recién entonces se comenzó a atribuir el valor de la entrada occidental a objetos concretos y se ubicó en lugar de ella al mismo inframundo.

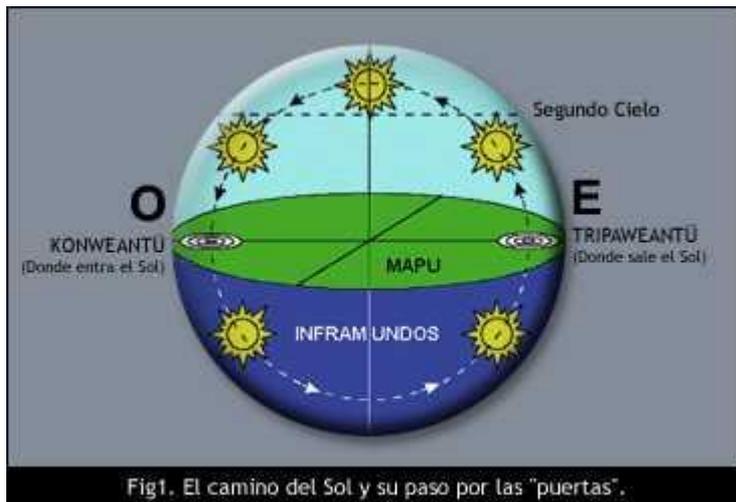


Fig1. El camino del Sol y su paso por las "puertas".

Los mapuche orientales ubican la morada de las almas en la cordillera o del otro lado de la misma; los occidentales en las zonas costeras; los de la costa del Pacífico en islas occidentales (como por ejemplo la isla Mocha); los de la isla Mocha en regiones allende el mar. Esta isla es análoga a aquella de la tradición celta llamada Ouesant.

La cordillera y sus cumbres son espacios sagrados, moradas donde se manifiestan los pillan. Estos seres involucran en el concepto mapuche a los Wenu Mapu Ülmen y a los Wenu Mapu Kona (ciertos seres celestiales) así como a los héroes. Esta circunstancia, que reviste a la cordillera de un carácter sagrado a la vez que funerario, sirvió para aumentar la perplejidad de los mapuche cisandinos; estos últimos ya habían antes confundido los siguientes elementos entre sí: inframundo-entrada occidental-cordillera. A esa confusión sumarán las valencias exclusivas de la cordillera, fusionando la morada de los héroes (sita en la cordillera, y por lo tanto al Oeste) con el inframundo y la entrada occidental.

El resultado de este proceso es tener localizados en la cordillera, sita en el Oeste, tanto la morada de los héroes como al inframundo con sus wekufü. Con el tiempo se llegará a confundir los pillan con los wekufü (a lo que ayudará la ambivalencia de ambos seres) o a considerar la cordillera y sus volcanes como lugares infernales, en tanto que, en realidad, son lo contrario. Más aumenta esta confusión entre los mapuche neuquinos o rionegrinos que emigraron hacia la costa del Pacífico, huyendo de la guerra del general Roca, conservando su sistema de valores. Allí precisamente es donde el sistema de referencia cosmológico comenzaría a generar las inconsecuencias que hoy día son detectables. Súmese a todo lo anterior la influencia de los misioneros que endosaban a los pillan la categoría de diablos y se verá reforzada la errónea idea de que el infierno está en la cordillera. Algunos mapuche orientales emigrados al otro lado de la cordillera han desplazado los Andes a la isla Mocha o a algún lugar ignoto allende los mares.



Es importante consignar que para el mapuche cisandino surge un problema que no existe para el transandino: el cruce de la cordillera. El alma del cisandino debe subir a la cima de los volcanes en donde hay tendido un puente peligroso que se debe atravesar, pasado el cual con éxito deberán seguir hasta el Pacífico y de allí hasta la "puerta del sol", donde el barquero infernal los conducirá a través del primer río de los avernos hasta la tierra firme del primer inframundo.

Los mapuche transandinos aparentemente no necesitan la ascensión andina, pero en algunos casos se dice que sí (¿resabio de cuando los mapuche vivían al este de la cordillera?). El caer del puente peligroso así como el no pagar el peaje al barquero infernal tienen las mismas consecuencias: transformarse en un alma en pena (alue), y estar en consecuencia a merced de los magos negros (kalku), y de los wekufü malignos (wedakewekufü). Esto suele acontecerles a quienes no se les hicieron las ceremonias fúnebres correspondientes.

OBSERVACIONES

Es de capital importancia para la comprensión de lo expuesto tener en consideración los siguientes puntos:

- 1) La concepción del Cosmos como una esfera dividida en planos horizontales es sólo un simbolismo espacial de lo que en realidad es la manifestación del Ser Universal.
- 2) Los distintos planos son un simbolismo, dentro del espacial, de nivel (una transposición analógica en diferentes niveles) de las múltiples modalidades de aquella manifestación.
- 3) El Cosmos se manifiesta entre dos polos (no manifiestos) uno esencial y otro substancial, entiéndanse estos dos términos en estricto sentido etimológico. En la India se denominan Purusha y Prakriti, en China Tien y Ti, en el judaísmo Chokmah y Binah, en el cristianismo el Santo Espíritu y la Virgen, etc. Precisamente entre esos dos polos se extenderán los distintos niveles horizontales cuyo número es indefinido, pero en la mayor parte de las tradiciones a los efectos representativos sólo se consideran fundamentalmente tres: dos polares y uno ecuatorial. Las variaciones numéricas asignadas por las diversas culturas responden sólo a puntos de vista diferentes, sin que ello implique una contradicción entre ellas.
- 4) Vale decir que cada uno de los planos horizontales -denominados mundos, cielos, infiernos, planos, esferas, orbes, círculos, etc., no son otra cosa que el dominio en el que se desarrolla un grado o estado de la Existencia Universal o Manifestación cósmica. En todas las tradiciones los "lugares" simbolizan esencialmente estados.
- 5) Desde el punto de vista microcósmico la esfera es el ser manifestado y los mundos son cada uno de los múltiples estados de manifestación de ese ser.
- 6) La Mapu es el mundo o nivel del hombre, es el dominio ocupado por el estado individual humano de la Existencia Universal. Por consiguiente la Mapu engloba no sólo

al planeta Tierra sino a otros mundos corpóreos y extracorpóreos, a todo lo que los occidentales modernos consideran la realidad: los espacios siderales, galaxias, planetas, etc., más otros aspectos no-ordinarios. Por eso, si fuese efectiva la posibilidad de vida en otros planetas, aquellos seres que ocupen el mismo grado jerárquico que el Hombre serán necesariamente humanos, pero extraterrenos, concordando plenamente en sus analogías funcionales y sin importar las diferencias morfológicas.

7) Se toma el estado humano de la Existencia Universal, o Mapu, como punto de referencia, siendo los "cielos" los estados superiores a él, en tanto que los inframundos corresponden a los que le son inferiores.

8) En una representación gráfica correcta la distancia entre los indefinidos niveles cósmicos es infinitesimal. Cada uno de los planos horizontales intersecciona perpendicularmente el segmento de la recta axial en cada uno de los puntos que la componen. El grosor de cada mundo deberá ser representado por el espesor de un segmento de recta, es decir, del mismo ancho de un punto geométrico.

9) Los cielos y los inframundos corresponden en su totalidad a la Realidad No Ordinaria y la Mapu abarca toda la Realidad Ordinaria así como aspectos No Ordinarios. Por eso, pretender hallar la entrada a los inframundos en la Realidad Ordinaria es un disparate (y a pesar de ello muchos lo intentan -en otro orden de cosas- respecto de Agartha, la tierra de los inmortales o, la de los bienaventurados, la Tierra pura de Platón, las montañas Merú y Montsalvat, o el mapuche monte Trengtreg, incluso el Paraíso Terrenal bíblico). Lo que no obsta a que estos lugares, o sus moradores, se manifiesten circunstancial y brevemente en la Realidad Ordinaria, hecho que en lengua mapuche se denomina perimontu o perimol, según el carácter positivo o negativo de tal manifestación.

10) Cada uno de los niveles horizontales es en sí mismo análogo a todo el Cosmos, cada uno es una Imago Mundi o microcosmos; en esos pequeños cosmos hallamos también niveles análogos y correspondientes a los del gran Cosmos, y así sucesivamente. El conjunto será algo así como esas imágenes catópticas producidas por la reflexión de un objeto situado entre dos espejos cuyos planos reflectantes se hallan enfrentados, y que lo reproducen indefinidamente. O como esas cajas chinas dentro de las cuales siempre se encuentra otra similar pero más pequeña que, a su vez, contiene otra aún más pequeña, y así sucesivamente. Por eso debe explicarse a qué sistema se refiere un término determinado, cosa que pocas veces se hace, y ello engendra no pocas confusiones o da lugar a las contradicciones o incoherencias que encuentran los investigadores donde no las hay.

Lo más habitual es la confusión que hacen entre el Cosmos y el mundo terrestre, cooperando al desconcierto. Un ejemplo bien claro de es lo siguiente. Los astros y planetas se hallan para el mapuche sitios en el segundo cielo (de arriba abajo). Si esto es tomado literalmente, estos cuerpos celestes se hallarían entonces fuera de la "dimensión" (término que usan, impropriamente, algunos medios de divulgación científica) en que vivimos, es decir, fuera de la materia, del tiempo y del espacio, hecho que la simple observación refutaría. O planteado desde otra perspectiva, "si los astros son parte de la Realidad Ordinaria ¿por qué se los asigna al segundo cielo, que pertenece a la Realidad No Ordinaria?". Esto es fácil de entender si se tiene en cuenta que los astros, como toda cosa, tienen sus aspectos de realidad Ordinario y No Ordinario. El aspecto material u ordinario lo constituyen los planetas visibles y tiene su ubicación en el microcosmos terrestre ocupando su segundo cielo, en tanto que sus aspectos No Ordinarios ocuparán el segundo cielo del Cosmos propiamente dicho. Esta concepción no es ajena al judeocristianismo, puesto que los siete planetas clásicos tienen por realidad No Ordinaria a los siete Arcángeles. Cada planeta en esa tradición tiene un cuerpo, un alma (anima mundi), un espíritu o inteligencia y un demonio. El Sol que penetra a los inframundos y desempeña funciones como psicopompo es el aspecto No Ordinario del astro visible. El alma de Sol, por ejemplo, se llama antü ñi am. (*)

(*) Fuente: Maestro Don Aukanaw, "La estructura del mundo según los mapuches", texto perteneciente a "La ciencia secreta de los mapuche", previamente editado en web www.geocities.com/aukanawel.

EL ECO DE LA LETRA
Una genealogía patagónica
Por Ángel Uranga



Imagen de Los Altares, en la Patagonia Argentina, la geografía sobre cuyo sentido profundo se interroga el ensayo de Ángel Uranga que presentamos a continuación. (Foto Darío Granato).

El texto que presentamos a continuación es, sin ninguna duda, una excelente aporte a un espacio aún no debidamente pensado: la significación profunda del sentido de lo patagónico. Ángel Uranga, talentoso escritor chubutense (del que hemos editado ya, en esta sección y en la Biblioteca Virtual de Temakel, algunos de sus valiosos escritos), manifiesta aquí, en su "El eco de la letra", su brillantez como ensayista. Su ensayo se despliega en dos movimientos: uno creativo; otro inquisitivo y conjetural. Lo creativo emerge a través de una modalidad poco atendida en la actualidad por el trabajo intelectual y la escritura literaria: la asociación de diversas fuentes, de diversos perfiles, para comprender una temática. Mediante inspiradas relaciones, Uranga vincula a grandes pensadores europeos, con libros de viajeros u obras sobre historia o leyendas indígenas patagónicas. En segundo término, el movimiento inquisitivo-conjetural se asocia con la tesis fundamental de la elaborada y meditada propuesta de Uranga: "La Patagonia es una invención literaria, una creación de la LETRA".

La primera parte de este notable ensayo, que merece la atención de todo lector interesado en la relación entre cultura y geografía patagónicas (o en el vínculo entre pensamiento y tierra en general) fue escrito por Ángel Uranga, en Comodoro Rivadavia, en la provincia patagónica de Chubut, en abril 2001; la segunda parte, en julio del 2002.

Esteban Ierardo

Para comunicación con el autor: jauranga2002@yahoo.com.ar

EL ECO DE LA LETRA
Una genealogía patagónica
Por Ángel Uranga

"¿Cuál es el poder de la ficción?. Hay una red de ficciones que constituyen el fundamento mismo de la sociedad"

Ricardo Piglia: "Crítica y Ficción"

"Cuéntanos cómo es el Sur; qué hace allí la gente; por qué viven allí; por qué siguen viviendo."

William Faulkner: "Absalón Absalón"

PRIMERA PARTE

I ENTRADA

Parto de la siguiente premisa que dice:

La Patagonia es una invención literaria, una creación de la LETRA.

En algún momento, que la historia señala puntual, alguien, un portugués para más certeza capitán de una expedición española, nombra a los habitantes naturales de esta punta continental de PATAGONES, mientras un veneciano toma nota y apunta en su Diario el suceso. A partir de entonces una leyenda comenzó a rodar por todo el mundo con esa expedición que fuera la primera en circunnavegar el planeta.

¿Cómo fue gestándose el imaginario patagónico?, ¿qué buscaba la civilización invasora además de oro, a partir de qué ideas, de qué quimeras se lanza sobre el país austral?. Preguntas que nos hacemos por el origen y por querer saber cómo llegamos a ser lo que somos y estar donde estamos. Preguntas que crecen desde las dudas, que nos sitúan en un ámbito histórico signado por la incertidumbre global. Son preguntas pertinentes como las que hace un personaje de Faulkner citado en el epígrafe, son las que todo el mundo realiza en todo el mundo cuando alguien va a vivir o vive en una región dura sobre la cual se fabricaron innumerables historias, lugar imaginado de maravillas o de castigo, de soledad y padecimientos, como Ultima Thule de la esperanza o campo de la desesperación.

Patagonia, insisto, es una invención de la letra, el interminable relato de una ilusión de cinco siglos. Como en la fenomenología hegeliana -donde la conciencia universal se manifiesta en distintas y contradictorias figuras categoriales- sospecho, dentro de esta imagen del pensamiento, que la conciencia o imaginario patagónico tendría sus figuras que la traducen, que la explican o interpretan; tales formas serían:

lo imaginario a partir de la letra de la escritura, como oculta y tal vez inaceptable genealogía;

el espacio en su doble acepción de ámbito territorial y cuerpo individual (el aquí y ahora del acontecimiento) sobre los que actúa una voluntad que expresaría la tensión antagónica a todo condicionamiento físico y cultural;

el viaje y sus reverberaciones anímicas, sociales, políticas, culturales;

la experiencia del viaje convertida en letra y;

Repetición del viaje, de la experiencia y Diferencia de la letra repitiendo lo Mismo sin hacer lo mismo, aquello que gesta el eco de la letra.

II DEL IMAGINARIO

Este breve ensayo trata del imaginario, ahora bien, no sería ocioso preguntarnos a qué denominamos imaginario.

Según Castoriadis -a quien en esto seguimos-: "Lo imaginario es, primordialmente, creación de significaciones y creación de imágenes o figuras que son su soporte".(1) Es decir, imágenes y figuras que adquieren o se les da un sentido determinado de acuerdo con cierta representación del mundo y la sociedad y afín a específicos intereses concretos que mueven a los seres humanos.

El imaginario es una imagen, una realidad transparente y sin lugar, un magma de significaciones fluyentes, una fuerza incorpórea que determina, que impulsa o paraliza, hace pensar y entrar en conflictos, amar o escribir, comer o vestirnos de determinada forma, en suma, provoca hacer cosas de cierta o determinada manera.

El imaginario social resulta del anónimo obrar colectivo, una producción de subjetividades que posibilita enmarcar lo real caótico de la existencia.

El imaginario social es un discurso de poder condicionante de valores sociales; resulta de ello un instituyente cultural organizador de gustos, percepciones, conductas e ideas.

Lo imaginario da forma a valores que rigen lo social, fragua la identidad colectiva y establece horizontes de sentido.

Dicho de otro modo, el imaginario social es una inmaterialidad, un "cuerpo sin órganos" que produce efectos de realidad y, por ende, crea y recrea realidad(es).

Al juego de proyecciones de representaciones, de impresiones y de imágenes con que construimos el mundo lo denominamos realidad, y a lo real le conferimos nombre de apariencias que, con el tiempo, con el uso que hacemos del lenguaje, aquellas adquieren estatus de real predominando así en la construcción de la realidad socio histórica. Sin embargo, esto que parece un autoengaño o inconciencia es, en realidad, la exacta

dimensión de la naturaleza cultural que consiste en: imaginar, crear, construir otra realidad a partir de lo dado, y tal construcción, si bien es social también está conformada por la creación subjetiva de productores individuales de subjetividades.

Si bien el imaginario que consume la sociedad en un determinada época es construcción del colectivo social, el mismo está con-formado por la creación de los productores individuales de subjetividades.

Los productores individuales de subjetividades dan el relieve, el tono o matiz, incluso el sentido al imaginario social, son voces oraculares de epifanías, creadores de verdades para compartir el goce, ampliar el sabor de la vida o jugar con los posibles.

III GENEALOGÍA PATAGÓNICA

El presente ensayo resulta una búsqueda, la pesquisa de una genealogía (2) del país del Sur, el rastreo de una génesis, su deriva y seguimiento por insospechados derroteros, el albur también de encontrar una nueva Ciudad de los Césares, es decir, un viaje hacia la ilusión sabiendo que es ilusión, fábula y sueño y como tal, resulta siendo otra aventura más que insiste en relatar la otra; la gran aventura que significó provocar la gestación de Patagonia.

La razón oculta de la región está en su nombre, su nombre que está en el origen. (Mejor dicho en el comienzo, ya que el origen implica lo Mismo desde lo dado, aquello igual a sí, intemporal, meta histórico e indiferenciado).

El nombre que es inicio, y en el nombre como inicio está toda su historia.

El nombre, materia incorpórea que determina formas de pensar y de vivir, un núcleo significativo, el susurro tenaz, lo más parecido a un eco constante, impalpable, que se resiste a entrar en el olvido, oculto en los pliegues de un territorio de inconmensurables silencios secretos.

(El significativo es el material con que elaboramos la realidad, la serie o las series de proposiciones en futuro imperfecto de cómo sería o podría ser la realidad, enunciados que guían la acción y la institucionalización de proyectos ordenadores de los acontecimientos).

El nombrar y la letra, aquella que testimonia, que oculta tanto como des-vela, (aletheia) en el sentido griego de verdad.

El espejo de la letra en sus juegos de miradas, permite captar el momento de nuestra aparición sin coartadas ni leyendas rosa, el espejo derrite las máscaras y los maquillajes, socava el monumento de las solemnidades, ilumina los oscuros y vergonzantes orígenes. Metáfora de la realidad, describe la dimensión real de lo que fue, señala el lugar de la verdad, la verdad que está en la palabra (Lacán).

Del espejo escapan sigilosos los textos no explícitos que el fantasma especular revela; de esa luna surgen enmascarados por el lenguaje, los deseos y los miedos, los intereses más o menos materiales y el historial personal de los sujetos.

La letra, tanto como escritura individual o sistema simbólico institucional, nace de conductas y experiencias; la letra proyecta y construye el prestigio, diagrama un sistema de representación creando nuevos imaginarios. Esto sería la otra aventura, la de la letra, la escritura efectuada por los pioneros.

Lo afirmado al comienzo: *la Patagonia es una creación de la escritura*, podría parecer una "boutade", una ocurrencia de escritor, sin embargo, generaciones de viandantes blanquearon con sus huesos las latitudes del Mundus Novus en busca de Eldorado, ese delirio, esa candente ilusión fraguada desde el deseo.

Lo que hoy parece crónica de un sueño fue causa eficiente y movilizadora de hiperbólicas aventuras hispánicas. No olvidemos que toda América se proyecta en la mentalidad del conquistador como un inmensurable espejismo, una suerte de cuento arábigo emergiendo de las reverberaciones del desierto, una visión edénica entrevista en los claros de la selva, sospechada en las islas de un delta o en el imprevisto valle oculto entre montañas.

Será "la perpetua ausencia de una ciudad imaginaria" (Irma Cuña) la que obsesiona al conquistador; Trapalanda o Linlin, Ciudad de los Césares o Elelén, ocuparán por siglo los sueños diurnos (3)

Obnubilado por sus quimeras, el conquistador no vivirá su inmanente realidad, todo él será desbordante trascendencia; deformando lo que percibe, imagina una geografía, un mundo y sobre ese mapa irreal se lanza a desfacer sus propios entuertos con los sesos calcinados por Amadices, Esplandianes y Palmerines, dragones, santos y cruzados.

Aquellos místicos de ambición fueron elaborando la cartografía mitológica de sus deseos. (4)

CAPITULO PRIMERO

LA LETRA

LA GÉNESIS OCULTA

En busca del paso interoceánico, la expedición de Hernando de Magallanes recala en la bahía de San Julián para pasar el invierno y efectuar trabajos de reparación en las naves. Es abril de 1520. Meses después, hacia junio y según el cronista de la flota, Antonio Pigafetta, un hombre de gran estatura y de figura imponente se presenta ejecutando extrañas danzas:

Transcurrieron dos meses antes de que avistásemos a ninguno de los habitantes del país. Un día en que menos lo esperábamos se nos presentó un hombre de estatura gigantesca.

Así describirá el veneciano Pigafetta al primer hombre austral que vieran ojos europeos; y continúa:

Estaba en la playa casi desnudo cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza. El comandante envió a tierra a uno de los marineros con orden de que hiciese las mismas demostraciones en señal de amistad y de paz: lo que fue tan bien comprendido que el gigante se dejó tranquilamente conducir a una pequeña isla a que había abordado el comandante. Al vernos, manifestó mucha admiración, y levantando un dedo hacia lo alto, quería sin duda significarnos que pensaba que habíamos descendido del cielo.

Este hombre era tan alto que con la cabeza apenas le llegábamos a la cintura. Era bien formado, con el rostro ancho y teñido de rojo, con los ojos circudados de amarillo, y con dos manchas en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos eran escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su vestido, o mejor, su capa, era de pieles cosidas entre sí, de un animal que abunda en el país, según tuvimos ocasión de verlo después. Este animal tiene la cabeza y las orejas de mula, el cuerpo de camello, las piernas de ciervo y la cola de caballo, cuyo relincho imita. Tenía también una especie de calzado hecho de la misma piel. Llevaba en la mano izquierda un arco corto y macizo, cuya cuerda, un poco más gruesa que la de un laúd, había sido fabricada de una tripa del mismo animal; y en la otra mano, flechas de caña, cortas, en uno de cuyos extremos tenían plumas, como las que nosotros usamos, y en el otro, en lugar de hierro, la punta de una piedra de chispa, matizada de blanco y negro. De la misma especie de pedernal fabrican utensilios cortantes para trabajar la madera.

Más adelante el cronista agrega: *El Capitán general –por Magallanes- dio a este pueblo el nombre de PATAGONES.*(5)

El aborigen de la costa atlántica austral fue designado a partir de Magallanes con el nombre de "patagón", cuya etimología se creyó referida al tamaño descomunal de sus pies. Sin embargo, ni en castellano ni en portugués, menos aún en italiano el aumentativo de patagón, "patudo", es el adecuado.

Luego, los historiadores de Indias –López de Gomara y Fernández de Oviedo-, echarán a rodar la leyenda y forjarán un mito: salvajes, gigantes, caníbales, incubos endriagos tal vez, en el intento de explicar aquello que nunca vieron.

Los "patagones" serán gigantes, es decir, seres deformes de grandes pies, una suerte de monstruos, pese a que los verdaderos nativos de esta región mostraron una conducta pacífica y hospitalaria con los extranjeros, sin haber tenido sin embargo, reciprocidad en el trato.

Si bien el mismo Pigafetta imprime en su mapa las palabras "Regione Patagonia". en múltiples cartas del siglo XVI nuestra región será denominada indistintamente como "Tierra de los Gigantes", "Tierra de los Patagones", o "Costa de los Patagones". "Recién será –puntualiza Ma. Rosa Lidia- en el siglo XVIII que se agrega el sufijo de lugar-ia por el que queda creado el topónimo PATAGONIA" (6)

LA ETIMOLOGÍA

Sin embargo, el origen del topónimo que la etimología popular consagró no surge respecto a la talla de los primitivos habitantes del austro, tiene en cambio una génesis tan oculta como invisible, tan inverosímil como desfavorable.

Las palabras *patagón* / *patagones* proviene de la letra, de la letra de la literatura.

Debemos a la investigadora María Rosa Lidia de Malkiel la restitución de la verdadera etimología oscurecida por el prejuicio y el lugar común, señalándola en los libros de caballería tan consumidos por descubridores y conquistadores hispánicos del siglo XVI; tal la novela "*Primaleón*", perteneciente al ciclo de los "Palmerines" con ediciones de 1512 a 1588.

La interpretación por ser tan insólita como valiente fue objetada en un intento de refutación por parte de Leoncio Deodat forzando el término "patagonia" como equivalente a "Tierra de indios pobres, de escaso valer". Igualmente se pretendió un origen quechua de la palabra, dando por supuesto que Magallanes dominara ese idioma americano.

En suma: respecto a la etimología de patagonia-patagón-patagones, resulta el topónimo dado a los habitantes de la región austral atlántica por el marino portugués al servicio de España, Hernando de Magallanes.

El étimo "*patagón*" proviene del monstruoso personaje homónimo del "*Primaleón* o Segundo Libro de Palmerín de Olivia", o también; "*Libro Segundo del emperador Palmerín*", edición de 1512 en Salamanca. (7)

Obra perteneciente a las muy leídas novelas de caballería andante las que, casi un siglo después, supo liquidar con fino sarcasmo el genio de Cervantes. Tales lecturas eran, según Lidia "muy familiares" a los hombres del siglo XVI, afirmación corroborada por el hispanista Leonard Irving en "*Los libros del Conquistador*" (8) donde efectúa una detallada estadística de la literatura leída por la generación de descubridores y conquistadores, al igual que los libros que viajaban a las Indias.

Los libros de caballería fueron ampliamente leídos por todos los públicos; del ventero al rey, marinos aventureros, reformadores religiosos o hambrientos buscadores de oro y poder.

Según Menéndez y Pelayo, "*Palmerín de Olivia* carece de originalidad, y no es más que un calco de *Amadís...*", sin embargo, "a pesar de su nulidad, gustó tanto que tuvo inmediatamente un libro segundo" en 1516 (9)

NOMBRAR ES DOMINAR

Patagonia, y todo lo que el nombre connotó, tuvo un categórico origen ficcional, producto de la impresión, del asombro y del recelo hacia el Otro desconocido y diferente y cuya denominación resultará peyorativa, propia del etnocentrismo del europeo en su imposibilidad de pensar al Otro, al que visualiza como amenaza y subestima en la relación, dado que Patagón es *desemejado*, es salvaje, bárbaro, come carne cruda, que viste con pieles de animales, que se aparea con éstos, que habla un lenguaje incomprensible.

Si nominar es ejecutar un acto de posesión, de dominio, nombrar entonces es dominar. Dominación viene siempre acompañada de subestimación y desprecio. Es así, con violencia, como entra la Patagonia, gente y geografía a la historia mundial de occidente. Pero habrá más, la realidad copiará a la ficción. La historia novelesca, me refiero al "*Primaleón*" dice:

Y este Patagón dizen que lo engendró vn animal que ay en aquellas montañas, que es el más desemejado que ay en el mundo, salvo que tiene mucho entendimiento y es muy amigo de las mugeres. E dizen que ouo que auer con vna de aquellas patagonas, que así las llamamos nosotros por saluajes, e que aquel animal engendró en ella aquel fijo; y esto tiénenlo por muy cierto, según salió desemejado, que tiene la cara como de can, e las orejas tan grandes que le llegan fasta los hombros, y los dientes muy agudos e grandes, que le salen fuera de la boca retuertos, e los pies de manera de cieruo. (...)

E como él (Primaleón) ouo muerto los leones, fue sobre el Gran Patagón, e cuando lo vido así, tan desemejado e cosa tan estraña de mirar, tomóle en voluntad de lo lleuar preso, e si él lo pudiesse lleuar en sus naos, que le sería grande honra, porque su señora Grindona lo viesse. (...)

-Ora vos dexad de esso –dixo Primaleón-, e ruégovos que vamos de aquí e lleuemos a Patagón biuo, preso, porque todos lo vean. (...) E como llegaron a la mar entraron en vna varca e subieron en la nao adonde estaua Patagón preso, en cadenas, en vna cámara. (...) E tenía la cara tan espantosa que ponía pavor a quien lo miraua, e no parecía sino el mesmo diablo, que parecía que por los ojos echaua fuego, e tan disforme estaua que no ay hombre que vos lo pudiesse contar e gimiendo muy fieramente de verse así preso. (10)

Y siguiendo a la novela como a un libreto, los expedicionarios harán lo suyo con los naturales australes. Excitados por la lectura, y tomando ésta de referencia en sus conductas, secuestrarán con engaños a los Aoni-kenk, los engrillarán y, al fin, dada la rara cordialidad de los intrusos los dejarán morir.

"Magallanes mostró empeño en quedarse con los dos más jóvenes de aquellos salvajes. Para conseguirlo empleó la astucia más bien que la fuerza; el recurrir a ella habría costado la vida a más de uno de nosotros. Regaló a todos cuchillos, espejos, cascabeles, cuentecillas de vidrio; tantas cosas, que tenían las manos llenas. Enseñóles después unos anillos de hierro (que no eran otra cosa que grillos), y, viendo cuánto les gustaban, se los ofreció también; pero tenían las manos tan ocupadas, que o podían tomarlos, observado lo cual por el Capitán general, les hizo entender que se los dejaran poner en los pies, y con ellos se marcharían, a lo que accedieron por señas. Entonces nuestra gente les puso los anillos, y pasaron la clavija de cierre, que remacharon con presteza. Mostráronse recelosos durante la operación, manifestándolo así; pero el Capitán general los tranquilizó. Apercebidos, no obstante, del engaño, se pusieron furiosos: bufaban, daban tremendos alaridos e invocaban a Setebos, o sea al demonio, en su ayuda.

(11)

Por supuesto que el "dios" del salvaje no puede ser mas que un "demonio". De esta forma se escribirá la primera página civilizadora que otros repetirán obsesionados.

MIRAR LA COSA

¿Por qué Magallanes –según Pigafetta- al ver por vez primera al nativo de estas costas exclama "¡Patagón!" y no, por ejemplo, "Palmerín", o "Amadís", u otro héroe de las novelas de caballería en lugar de mencionar a un ser grotesco a un anti héroe?

Queda claro que desde el comienzo existirá una mirada discriminadora que subestima y cosifica al otro diferente, una óptica y un verbo que ajeniza la Diferencia.

Este mirar de afuera consistirá, en sí mismo, un acto de protección de la identidad del invasor frente a la diferencia, y, consecuentemente, de violento dominio sobre esa diferencia que previamente fuera naturalizada, es decir, puesta en el mismo orden de las categorías naturales primarias.

El hombre americano, para la mirada invasora, estará más cerca de ser una variedad de la zoología que de la especie humana. Para la episteme europea, el ser americano resultará naturaleza antes que cultura.

El Otro, en tanto absoluta alteridad, es esa Cosa de la cual todo se ignora y a la que hay que someter a la mirada racional, es decir, divisoria, parcial, analítica.

Es obvio que la imagen que los europeos –a partir del siglo XVI- tienen de sí mismos será de evidente superioridad frente a los nuevos pueblos y culturas descubiertas y sobre los que se lanzan con la furia que el hambre de botín inspira.

Esta violencia habíase puesto en marcha en el Caribe (palabra cuyo étimo caníbal, es a ojos vistas un término despectivo) en las islas de Cuba y Santo Domingo y que pronto se extendería a México y al Perú cuyos habitantes sufrirán siglos de esclavitud tras el despojo y la destrucción de sus culturas.

EL OTRO COMO PRÓJIMO

Sin embargo habrá también otra visión y un trato comprensivo e incluso de admiración hacia el nativo. Está claro que los primeros que comprendieron y aceptaron al descubierto hombre de América como parte de las razas humanas en tanto el "semejante" y el "prójimo" de las Escrituras, fueron misioneros comprometidos con la causa del indígena, me refiero a un Metolina, a un Vasco de Quiroga, a Las Casas, o Sahagún, entre otros; pero en ellos, en tanto cristianos, primó la piedad y la compasión, que son formas subliminales de la subestimación antes que de la igualdad fraternal y libre.

Antonio de Viedma, tal vez influenciado por la concepción roussoniana del "buen salvaje" apunta en su Diario:

Generalmente tienen estos indios índole muy dulce e inocente... Y refiriéndose a la mujeres tehuelches: Para andar a caballo y para montar guardan suma honestidad, no permitiendo que se les vea parte alguna de su cuerpo.(...) Las mujeres no son tan altas pero lo bastante con proporción a su sexo.

Todos son de buenos semblantes, y entre la mugeres las hay muy bien parecidas y blancas, aunque curtidas por el viento y del sol como ellos. No se encuentra hombre ni mujer flaco, antes todos son gruesos con proporción a su estatura: lo que, y usar ropas del cuello a los pies, habrá contribuido a que algunos viageros los tengan por gigantes. (12)

Dado que se menciona a los "gigantes", leamos lo que escribió otro testigo el misionero Teófilo Schmid :

Muchos creen aún que los Patagones son verdaderamente gigantes de seis a ocho pies de altura y a menudo se me ha preguntado si eso es verdad. Pues bien; se ha exagerado a este respecto, aunque puede considerárseles altos, teniendo en cuenta que la estatura media de los hombres oscila alrededor de 5pies 9 1/2 pulgadas, en medidas inglesas. Caille, el cacique, mide unos 6 pies 2 pulgadas; Watchy era algo más alto todavía. Las mujeres son, por lo general, bajas; la mayoría no excede de 5 pies y una o dos pulgadas, aunque algunas son verdaderamente altas, llegando a 5 pies y 8 pulgadas (13)

A mitad del siglo XIX, Charles G. Musters escribirá:

No merecen (los tehuelches) seguramente los epítetos de salvajes feroces, salteadores del desierto, etc. Son hijos de la naturaleza, bondadosos, de buen carácter, impulsivos, que cobran grandes simpatías o antipatías, que llegan a ser amigos seguros o no menos seguros enemigos

Poca inmoralidad observé en los indios cuando estaban en sus desiertos nativos; pero en las colonias, una vez que la embriaguez los degrada (14) . De esta manera testimoniaba el viajero la corrupción que gestaba en sus cuerpos la civilización blanca.

Hacia la misma época el misionero anglicano Stirling escribía:

...mi impresión está lejos de ser pesimista, pues veo que se trata de una gente con muchos rasgos de carácter por demás favorables, es una raza magnífica, bárbara y supersticiosa por cierto, pero sin hábitos crueles. (15)

También el pastor galés Abraham Matthews tendrá palabras de agradecimiento a los nativos:

Pero cuando llegó el cacique indio Francisco...con sus perros y caballos veloces, y su habilidad para la caza, recibimos mucha carne a cambio de pan y otras cosas.

Adiestró, además, a los jóvenes en el manejo de los díscolos caballos y vacas, proporcionándoles el lazo y las bolas. Recibimos también instrucciones útiles en la práctica de cazar animales silvestres, y en consecuencia varios de nuestros jóvenes llegaron pronto a ser hábiles cazadores.(16)

CAPITULO SEGUNDO

EL CUERPO

El imaginario patagónico, esa intangible como contundente realidad, se ha ido construyéndose en torno a mapas superpuestos y elaborados en el tiempo por un sinnúmero de transeúntes, quienes explicitaron en la escritura un espacio para la imaginación y la leyenda. Estos escritos serán semillas que abonarán tanto el porvenir como la utopía.

Los inquietos pioneros que con tenacidad y asombro leyeron este espacio, y que en el idioma de sus cuerpos compusieron esos mapas, generaron una toponimia e invencionaron una historia, un simulacro de origen.

(Un simulacro, porque el Origen pertenece al tiempo intemporal de lo sagrado, el de los dioses y de la naturaleza; el Origen sin origen, que es la Vida y sus infinitas criaturas y con ellas el hombre: Tchon, Tehuelche, Mapuche, en suma, los Antiguos, gente originaria del austro, Pueblos del Sur).

EL DESIERTO EN EL ESQUEMA CORPORAL ARGENTINO

Dos miradas o formas de ver lo Mismo hubo en la conformación del imaginario austral. Una dualidad de imágenes cargadas de intencionalidad para representar y describir una "terra incógnita", entendida o captada como "desierto", "fin del mundo" y también y desde la otra óptica, como el paradójico lugar de la "utopía", de la "última esperanza", "región-del-futuro", en tanto lugar del porvenir donde el progreso y la modernidad tomarían cuerpo.

El desierto como lugar a civilizar, tras la liquidación de la población nativa siguiendo cánones de la pragmática nación usamericana. El desierto es el territorio donde es imposible la vida, lugar del pasado a conquistar para construir el porvenir sobre la ruina

y degradación de los cuerpos. Todo acontecimiento fundador es un evento que tiene lugar en el cuerpo; el de las personas y, por extensión, el de los pueblos.

Primero fueron nautas descubridores, luego piratas y corsarios, tras ellos, colonizadores y evangelizadores; espada y cruz, la cruz como espada, poniendo de relieve el sino de la historia que es violencia y es dominio.

Hasta bien entrado el siglo XIX este país sur figuraba en las cartas como "Terra incógnita", "Tierra de indios", parte "Inexplorada" o bien, "País no conocido". Es el desierto que hace decir a Sarmiento que el mal de la Argentina es su extensión.

Finalmente se asentará el estado capitalista, pragmático y utilitario, y el desierto será el que percibe Leandro Alem:

...esa especie de fantasma, lo que se temía, el desierto inaccesible, el desierto impenetrable para nosotros y que era recorrido por esa gavilla de bandoleros que se llevaban nuestra hacienda, que saqueaban las poblaciones, que hacían cautivos y que volvían a internarse en ese mismo desierto en donde se creía que no podíamos penetrar". Y entraron.

Tierra de fronteras o directamente "la frontera", límite de la civilización con la barbarie. Continente en disputa, tierra de nadie, mundo hostil y baldío, el cual, por ocuparlo el "salvaje", pertenece más al mundo natural que a la cultura, y por ello, territorio desocupado. Después, la civilización del rémington, la viruela y el alcohol expropiará la tierra al nativo para convertirla en terrenos de especulación bursátil. El ministro Julio A. Roca fue claro al respecto cuando en su mensaje al Congreso expresa entre otras humanitarias ideas:

...someter cuanto antes, por la razón o por la fuerza, a un puñado de salvajes que destruyen nuestra principal riqueza y nos impiden ocupar definitivamente, en nombre de la ley del progreso y de nuestra propia seguridad, los territorios más ricos y fértiles de la República (...) extirpar el mal de raíz y destruir esos nidos de bandoleros que incuba y mantiene el desierto. (17)

El Informe Oficial de la Campaña al Desierto dejará expreso:

"...los indios eran unos ensobrecidos dueños de la campaña, impunes en su destrucción y robo; dictando condiciones, atreviéndose a ofrecer batallas campales; ricos en caballos, campos y audacia, burlando la vigilancia y riéndose de la persecución... (El avance de Roca) los dejó temblando, fugitivos, errantes por estériles campañas, desalojados de sus mejores invernadas, escarmentados en sus desesperadas tentativas de invasión, sin monta ni víveres... (En la época de Alsina) se hablaba de que todo se podría cambiar entre 10 o 20 años, pero un solo hombre afirmaba que bastaba un año a lo sumo (para terminar con esta situación). Lo probó, realizándolo.(...)

Se trataba de conquistar un área de 15,000 leguas cuadradas, ocupadas cuando menos por unas 15.000 almas, pues pasa de 14,000 el número de muertos y prisioneros que ha reportado la campaña. Se trataba de conquistarlas en el sentido mas lato de la expresión.

Era necesario conquistar real y eficazmente esas leguas, limpiarlas de indios de un modo tan absoluto, (e) incuestionable...destinado a vivificar las empresas de ganadería y agricultura...

Se ganó así un territorio que es otra Argentina en extensión. (...) En un año se hizo lo que no se pudo realizar en 300 años" (18)

Pasada la tormenta del genocidio, un testigo irreprochable podrá decir:

Mi pesimismo estaba en la verdad: treinta y cuatro años han transcurrido desde que el cacique Nancucheo desapareció defendiendo el suelo en que nació, desde que con medios violentos, innecesarios, quedó destruida una raza viril y utilizable y desde esa fecha, aún cuando ya hay en la región florecientes pueblos y la cruza en parte el riel, estorban su progreso concesiones de tierras otorgadas a granel a potentados de la Bolsa, una vez que la frontera avanzó lo que hace que decenas de leguas estén en poder de un solo afortunado, el que espera que las valore el vecino."¿Para qué sirven aquellas tierras?", era la frase consagrada que escuché a no pocos de los que tenían en sus manos la fortuna y aún la suerte de la patria...(19)

El explorador y luego gobernador del Territorio de Santa Cruz, Ramón Lista a su vez escribirá:

"¡Pobres tehuelches! Cuán felices no seríais de nuevo, si al despertar una mañana, alguien os dijese que los hombres blancos se habían marchado para no volver jamás.

¡Ah! sí, lo que os falta, lo que echáis de menos, lo que entristece vuestro espíritu es la libertad perdida, la libertad antigua en medio de los campos desiertos, sin el fantasma de la civilización invasora." (20)

Pero hubo otros "desiertos".

El desierto bíblico de los galeses, éxodo del pueblo elegido y generosidad de la tierra prometida; visión inquebrantable y tenaz de los peregrinos fundadores del oasis chubutense.

Estará también el desierto de los que expulsa el sistema de mercado, el desierto de los desclasados, los excluidos, fugitivos sociales, desertores, proscriptos, apátridas del mercantilismo como Cruz y Fierro:

Yo sé que allá los caciques / Amparan a los cristianos, /Y que los tratan de "hermanos"/ Cuando se van por su gusto /A qué andar pasando sustos... /Alcemos el poncho y vamos.

El desierto, el soñado espacio de vida feliz incontaminado de civilización. Sueño dorado de los orígenes adánicos, de la existencia primigenia fundadora de linajes más libres y puros. Horizontes de huidas liberadoras, tierra prometida donde hombre y naturaleza se reconcilian.

Al fin, el desierto como región de la Utopía ("La invisible ciudad que se pisa"), lugar del no lugar, dado que toda utopía es una construcción compensadora del fracaso de la realidad institucionalizada, la metáfora de un conflicto cuya resolución proyectamos hacia delante en un borroso lugar, por eso es una ilusión, espejismo de nuestros deseos, proyección fantásmica de nuestras carencias.

DIFERENCIA EN LA REPETICIÓN:

La repetición es la razón de ser de la literatura.

"Escribir para no morir, como decía Blanchot" –repite Foucault, agregando más adelante: "Los dioses envían las desdichas a los mortales para que las cuenten; pero los mortales las cuentan para que las desdichas nunca lleguen a su fin, y que su cumplimiento se sustraiga en la lejanía de las palabras, allí donde éstas que no quieren callarse, cesarán al fin" (21)

La naturaleza de la literatura consiste en repetirse a sí misma. Una cadena ininterrumpida para huir de la muerte, o del olvido, que consiste en la forma que adquiere la muerte en la escritura; lo expone y bien expresa la bella y joven Scherezada en sus interminables historias entrelazadas noche a noche para postergar su final.

La literatura es ese lenguaje que se produce y reproduce a sí mismo hasta gestar su propia, exclusiva, singular realidad virtual.

La literatura crea su propio espacio de representación, se autorreferencia como doble de sí; figura ante el espejo, manifiesta su realidad-lenguaje como su única realidad y verdad.

El lenguaje y la obra, los personajes y sus avatares se transfieren, se ocultan, se mimetizan, y en ese lenguaje interminable vive la literatura.

"El enojo de Aquiles y los rigores de la vuelta de Ulises no son temas universales; en esa limitación, la posteridad fundó una esperanza. Imponer a otras fábulas, invocación por invocación, batalla por batalla, máquina sobrenatural por máquina sobrenatural, el curso y la configuración de la Iliada, fue el máximo propósito de los poetas, durante veinte siglos". Escribe Jorge Luis Borges en "Flaubert y su destino ejemplar". Y en nota a pie de página agrega:

"Sigamos las variaciones de un rasgo homérico, a lo largo del tiempo. Helena de Troya, en la Iliada, teje un tapiz, y lo que teje son batallas y desventuras de la guerra de Troya. En la Eneida, el héroe, prófugo de la guerra de Troya, arriba a Cartago y ve figuradas en un templo escenas de esa guerra y, entre tantas imágenes de guerreros, también la suya"(22).

Y ya que estamos en los clásicos, ya Homero se cita a sí en la *Odisea*, donde efectúa un pliegue en su relato, y autopresenta en el Canto VII donde el astuto Ulises escucha de un aedo su propia aventura, y cubre con un manto su rostro para que los presentes no vean que llora.

También el ingenioso caballero Cervantes presenta al arrebatado Alonso Quijano comentado cómo otros, Alonso de Avellaneda, no ya cita, sino arrebatada, copia, imita y plagia sus andanzas, a tal punto que en el Prólogo al Lector de la Segunda Parte, debe decir:

¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote, digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona!"(23)

Volviendo a los nuestros: estos diálogos en el tiempo, estos engarces, éstas continuidades, conexiones y contaminaciones no son ninguna novedad en nuestra literatura.

En Estanislao del Campo encontramos trenzando una continuidad de filiación política y estética con su predecesor y lejano maestro: Hilario Ascasubi, por tal razón llamará a su personaje "*Anastasio el Pollo*", pues considera a "*Aniceto el Gallo*" de Ascasubi su modelo poético.

A su vez, Ricardo Güiraldes llamará a su famosa creación "*Don Segundo Sombra*", dado que el paradigma de la literatura gauchesca será "*El Gaucho Martín Fierro*"; el primero, si no en el tiempo, en la valoración y en la formación del Canon literario nacional; mientras que don Segundo sólo una sombra de Fierro será.

LA EXPERIENCIA DEL CUERPO Y DE LA LETRA.

La existencia como incesante oleaje de repetición(es) y diferencia(s). La repetición engendra la diferencia, la repetición que está en la vida como una ley natural, y permanente mecanismo sobre el que funciona lo vital. Repetir para aprender a sobrevivir, repetir para adaptarse, para dominar. El músico repitiendo los tonos y los ritmos genera la melodía y provoca la danza; el poeta repitiendo las viejas palabras, crea otro lenguaje, es decir, gesta la diferencia en lo mismo. La repetición produce la infinita multiplicidad de la diferencia.

Una escritura, una literatura del sur, una deriva de voces, un eco, un murmullo que insiste en el acontecimiento primero e imborrable. ¿Repetición de lo Mismo? Mas bien repetición en la diferencia, porque la repetición diferente de lo Mismo ya no es lo mismo, resulta otra cosa, un acontecer de pura experiencia, una voluntad por diferenciarse de lo céntrico, del modelo; singularidad de ser-y-estar-siendo-aquí-y-ahora.

Aquello que se repite es el lugar, la aventura del viaje, la emoción del camino y el goce de la escritura como cauce comunicativo, testimonial, catárquico y, por supuesto; el placer de leer el camino andado.

La escritura patagónica se compone de un juego de paráfrasis, de comentarios e interpretaciones intertextuales que se retroalimentan ad infinitum en una duplicación temática que son señales, huellas, caminos para poder guiarnos y transitar con cierta comodidad por laberintos silenciosos, en edades sin nombre bajo el misterio de lo oculto.

Pero, ¿quién o quiénes repiten esos ecos? ¿quiénes continúan con el derrame incontenible de experiencias y testimonios?

¿Quiénes? Los que marcaron caminos en la esperanza, los que siguiendo picadas, veredas, viejas sendas tehuelches, fatigaron entradas con sus cuerpos; viajeros sobre sus pies y viajeros ecuestres, remontando ríos (como el salmón) hacia sus nacientes, recreando para otros, para los que vendrán, esos mundos soberbios, inhóspitos o placenteros. Fueron unos pocos, anónimos o nombrados quienes hicieron claros en la topografía, abrieron huecos en el tiempo por donde se filtrarán otros saberes para descubrir pasados vírgenes.

Descubrieron para todos un mundo elocuente de silencios, de horizontes severos en los límites de cielos luminosos; hallaron y hollaron paisajes insólitos, como agazapados, en espera de la presencia forastera (no aquella del nativo que fuera emanación de la Tierra) para mostrarse como vasta interrogación, como enigma a revelar. Ellos, los pioneros, elaboraron la epopeya del asombro y del trabajo, de la ambición y el lucro, dejando señales claras de su paso en el espacio y en el tiempo vivido, para volver a ser recorridas insistentemente por generaciones que repiten y, en un incontenible murmullo, diagraman nuevas formas y posibilidades de vida. Es a ellos que debemos la idea de patagonia; por lo menos hasta que sean los propios patagónicos –sus habitantes– quienes se conviertan en voceros del vivir aquí.

Siempre habrá alguien que inicie lo que será repetido:

En el fondo de esta enseada que forman las sierras, hay dos piedras como dos torres, la una más alta que la otra, cuyas puntas muy agudas exceden a todas las sierras vecinas en altura, sin nieve en ellas, y les llaman los indios Chaltel. Por el N son estas

sierras muy tendidas en forma de meseta como de E á O, con varias cañadas á trechos que por cada una de ellas baja un arroyo caudaloso, y manifiestan serlo mucho mas. Por el S y O de la laguna, forman su costa las mismas sierras sin meseta ni salida alguna, llenas de un tegido de picachos cubierto todo de nieve, y dicen los indios que aquella parte es intransitable, y que jamás han visto pasar ni para allá ni para acá alma viviente, ni creer que se halle aquí fiera alguna, y es formada de la nieve, y por un costado de esta rambla bajaba mucho agua que entraba en la laguna, del mismo modo que cuanta de toda la sierra produce la nieve derritiéndose: con lo que sin duda tiene mucho fondo la laguna, y lo informa así su color semejante al del mar, sin embargo de que los arroyos todos le entran de un color blanquecino gredoso.

Diario de Antonio de Viedma. Día 21 noviembre de 1782 (24)

Repetición y diferencia:

...En el fondo sólo distinguimos una pequeña cadena de cerros; el horizonte, sobre ellos, está toldado de nubes plomizas y oculta las Cordilleras pero, en un momento que se hace un claro entre los vapores agolpados, vemos el negro cono del volcán y una ligera columna de humo que se eleva de su cráter.

Los tehuelches me han mencionado varias veces, y con terror supersticioso, esta "montaña humeante". Es el Chalten que vomita humo y cenizas y que hace temblar la tierra; sirve de morada a infinidad de poderosos espíritus, que agitan las entrañas del cerro y que son los mismos que hacen tronar el témpano que se desmorona en el lago.(...) grandioso espectáculo debe presenciar el salvaje, al pie del Chalten, cuando en la noche del fuego brota del centro del agua congelada en las altas montañas e ilumina como gigantes faros con sus rojizos resplandores las blancas nieves de los Andes y las azules aguas del lago, mientras la densa columna de negro humo oculta las brillantes estrellas del sur.

Este volcán es la montaña más elevada de las que se ven en estas inmediaciones y creo que su cono activo es uno de los más atrevidos del globo; su cráter, situado a una altura que calculo a la vista de 7.000 pies, no guarda la nieve, y su color negro, igual al del pico más agudo, situado en su costado oeste, se destaca sombrío de la nieve de la base. Viedma cita en su diario esta montaña, al decir que hay dos piedras como torres que los indios llaman Chaltel, pero no dice que sea un volcán. (...)

Francisco Moreno: marzo, 2 de 1877 (25)

Diferencia en la repetición:

Frecuentemente iba hasta un punto que dominaba el Río de las Vueltas, y desde allí tenía la más maravillosa de las visiones. El amanecer sobre el cerro Fitz-Roy constituye un cuadro como para cautivar al exigente artista. Los picos de la montaña se perfilan nítidos en la luz del alba, en contraste con la profunda sombra del bosque a su pie; luego, de repente, los primeros rayos del sol levante parecían jugar sobre la cimas, como luces de San Telmo en los masteleros de un barco. Después era imponente verlos extenderse hacia abajo, hasta revelar en púrpura la totalidad del cono del Fitz-Roy, como si le hubiera tocado la vara dorada del mago; el valle entero se inundaba de luz, y centenares de metros más abajo serpenteaba el Río de las Vueltas, deshaciéndose en cantidad de arroyuelos, como hilos de plata en gigantesco estuche verde. Mi pluma no alcanza a describir su hermosura, por más que haya hecho hace años una pobre tentativa, intitulada Ven a nuestras bellas montañas. A veces me quedaba horas hipnotizado en mi contemplación, mientras los siervos pastaban apaciblemente en mi derredor, y no podía menos de inclinarme reverente meditando sobre la frase: "Gracias, mi Dios; sé que estás aquí, junto a mí"

Andreas Madsen (26)

CAPITULO TERCERO

EL VIAJE

Patagonia comienza con un viaje. Todo viaje es una historia que a su vez contiene otras. Viajar es recorrer territorio; se viaja sobre el mismo suelo que otros en otros tiempos lo hicieron.

Lo inmediato y primero en todo andar es el cansancio y es el asombro, el latido al límite de ritmos sensoriales, el encuentro insólito con horizontes ignotos, una experiencia nómada de un cuerpo viandante sobre el cuerpo territorio.

Viaja quien transita un lugar, un espacio. Viajero es todo aquel que no es del lugar que atraviesa.

El tehuelche no era viajero sino nómada, el recorría las necesidades de su propia escasez; tenía sus aikes, los paraderos donde se estacionaba; y ese estar siendo en distintos lugares y de acuerdo a las estaciones será su hogar.

El nómada fue Hijo dilecto de la Tierra Madre, Fue tierra que anda, y en tal sentido el verdadero y único Señor del Aike. Tehuelche, "gente bravía" en la apreciación de los bravos araucanos.

En cambio, para el viajero moderno el territorio que transita le resulta extraño y ajeno, es un extranjero, un extraño cuya única preocupación es cruzar vertiginoso y urbano las largas extensiones patagónicas.

Viaje y escritura. Andar y escribir lo andado. El camino como vivencia y absorción de un mundo desconocido, la participación del cuerpo en las distancias, en la dinámica y en la estática de las cosas. La experiencia errabunda elabora un corpus literario escribiente y lector a la vez.

El lenguaje es una materia que naufraga en la inmanente empiria, la letra consiste en la imposibilidad de describir la intensidad de la experiencia, a su vez, el cuerpo en su lenguaje carnal habla de lo inefable haciendo balbucear la escritura.

La letra de los viajes comienza a inscribirse primariamente en la fisiología del andante. Con y a partir del cuerpo, compondrá sus páginas memoriosas.

En los viajeros escritores, el verbo se corporaliza para resucitar en el lector como verbo encarnado, es decir, en placer del texto, en emoción del relato.

El relato expedicionario habla de un recorrido por el cuerpo del territorio. En el propio cuerpo del viajero, el imaginario se vuelve real, y en el lector, el viaje real transcrito vuélvese todo imaginación, provocando la fusión del deseo con la letra y de la letra con el placer.

El viaje como topos de la literatura y desdoblamiento de la experiencia en cuerpo y letra. Para George Gadamer, lo esencial de la experiencia es que no puede agotarse en lo que se dice de ésta ni con lo que puede captarse de su significado.

La experiencia del viaje es inenarrable, viseral, pertenece al campo de lo emotivo.

La experiencia, y el relato de esa experiencia, son dos realidades distintas que buscan la mezcla sin lograrlo. Son prácticas irreductibles unas de otras.

Partir, iniciar el camino es comenzar la escritura que crece con el propio viaje y que, al regreso, se convierte en literatura memoriosa, testimonio de un peregrinar por el ignoto territorio telúrico y el subjetivo del viajero. Todo viaje es una gestación de obra, y la experiencia resulta la cantera de donde la escritura extrae sus materiales.

El viaje como género narrativo ha sido creador de mitos. Los viajeros -también los nómades- nombran por vez primera aquello que siempre estuvo y que la palabra desoculta, saca de su silencio, del ensimismamiento milenario, y esa toponimia que nace del asombro, marca referencias y establece límites. La mirada primera siempre es descubridora, sea del extranjero o sea del niño, el que descubre por vez primera su mundo.

Quien viaja, puesto a narrar atestigua lo extraordinario y sorprendente; espía el lado fantástico de lo habitual. Para el pionero el camino consiste en dejar que el azar y lo imprevisto se imponga con su presencia de danza embriagante, afronta el suspenso de la incertidumbre como un juego, abierto al peligro, oscila en depresiones y euforias, ganándolas, se deja ganar por las distancias.

El viaje será el evento que lo cambia todo; cambiará a quien lo lleve a cabo y a los que reciben noticias del errante. Habrá un antes y un después del viaje pionero.

LOS VIAJES

El viaje como experiencia se ramifica en múltiples sentidos, habría así un viaje de aprendizaje y un viaje identitario, un viaje colonial de apropiación y conquista, el viaje del ocio y el metafísico. Una deriva de caminos y discímiles modos del caminar.

Viaje de aprendizaje, camino hacia la fuente de un conocimiento inmediato, in situ de la cosa buscada; es el viaje paradigmático de Félix de Azara, de Alejandro Humboldt, de D'Orbigny, Darwin, o Hans Steffen entre otras avanzadas, que generan el descubrimiento de una realidad y convocan a su emulación.

El viaje identitario como búsqueda de lo que es y de lo que no se es, en el cual la emergencia del Otro puede surgir como amenaza o como obstáculo impenetrable.

El viaje identitario conduce al devenir otro del viajero, aunque también de los nativos que hospedan o acompañan al trashumante; Musters guiado por la gente de Casimiro Biguá.

Hay encuentros y desencuentros, como el ya legendario entre Moreno y Sayhueque, conflictos y armonías, devenires que fusionan identidades y crean nuevas.

El viaje colonial es, de hecho, negación del Otro diferente. Fue el que impulsaron conquistadores, colonizadores, militares y catequistas.

En Patagonia, una variante colonial fue la mezcla de narcisismo y vagabundeo estético de la aristócrata Florence Dixi o del charlatán Chadwic.

El Viaje metafísico no puede ser proyectado ni preparado como se prepara la mochila porque en cualquier recodo del camino el viajero se enfrenta de improviso con su nada.

El viaje metafísico es el sendero donde tiene lugar el evento de la nada: la nada de sentido y de cualquier fundamento y que el vacío de la meseta, la abrumadora presencia de la soledad revela al hombre el silencio de sentido que lo rodea y atraviesa. Será toparse con ese espacio de silencios blancos de significados donde abundan todos los significados, esos aike's sin tiempo; será encontrarse sin más con el infinito, la eternidad a boca de jarro y la percepción de la propia infinitud.

La nada geográfica convoca la nada filosófica y, si se sale indemne de ese vacío podrá retornarse más pleno, más fuerte, más convencido de la inmanencia y relatividad de las cosas.

Más allá de los objetivos de toda empresa, lo que llena de sentido su aventura es la misma errancia, caminar el camino.

El espacio recorrido resulta la matriz generadora de vivencias y percepciones, cuerpo terrenal vivido, gozado, sufrido y deseado por la carnalidad del significante. Mundos entrañables donde el emparejamiento y fusión de lo externo con la internalidad se exteriorizaran en la escritura.

...Y LOS VIAJEROS.

Viajeros de todo tipo y condición. Viajeros en todas direcciones cubriendo de nombres las bancos espacios de la *terra nullis* del mapa patagón. Viajeros que repiten con sus pasos las inéditas sendas recorridas por el Tehuel. Viajeros que dejan su experiencia trashumante en la letra, la que proyectan sombras que confieren relieve a la escritura: son las sombras de aquellos viajeros involuntarios, de quienes, si algo se sabe de su paso, será por boca o letra de otros. De alguno de esos andariegos de pampas y cordilleras tenemos noticias, pero; ¿y qué de aquellos de los que nunca sabremos?. Sombras adivinadas, sueño pesadillezco, personajes dramáticos sin nombre y sin autor. Borrosas epopeyas del anonimato, historias desconocidas que intuimos, sospechamos y necesitamos para construir nuestra propia y austral memoria. Desconocidas historias, tan ciertas y tan reales que han quedado ancladas en el paisaje como una hebra de lana en una mata espinosa.

Hay una larga como penosa lista peregrina; resulta de los primeros patagoniantes, sombras nómades cruzando el tiempo, buscando desgarrar el olvido como punto de destino.

La Historia recuerda algunos nombres. Dígase y téngase por ejemplo:

El capitán Juan Rodríguez Serrano, que naufragara con su tripulación en la nave "Santiago" de la flota descubridora de Magallanes. Primeros nautas terrestres no patagónicos que recorren la costa atlántica de Puerto Santa Cruz a Puerto San Julián.

El misionero Nicolás Mascardi, que a fines del siglo XVI sale de Chile, llega al Nahuel Huapi. Las crónicas cuentan que accede a los lagos Munster y Colhué Huapi, a Puerto Deseado y: ¿llega al Estrecho de Magallanes?

Hilario Tapary, indio guaraní quien, de San Julián, emprende viaje hasta Santa María de los Buenos Ayres en 1753.

En 1883; de la tribu del cacique Orkeke, la hermana mayor de éste, Walampa, es dejada abandonada por las fuerzas del ejército argentino al deportar a toda la tribu tehuelche que será embarcada en el vapor "Villarino". La anciana Walampa con 80 años camino 400 kilómetros de Puerto Deseado a Puerto Santa Cruz.

1937. Guillermo Isidoro Larregui, "el vasco de la carretilla" viaja, de Paso Ibáñez, hoy Comandante Luis Piedra Buena, a la Capital Federal.

Una infinita miriada de pasos recorre en cualquier dirección de la rosa de los vientos la tierra sureña. De los nombrados tenemos noticias, tenemos la letra. ¿Y de los otros? ¿Quiénes?.

AL PIE DE LA LETRA

Dijimos que en el inicio de la Patagonia asomaba el topónimo basado en la letra de la literatura. Pero aquí no termina la historia de nuestra invención ficcional.

En el siglo XVIII habrá una lectura inquieta de una escritura práctica: los lectores serán burócratas iluministas de Carlos III, la letra pertenecerá a la obra del jesuita Tomás Falkner, "*Descripción de la Patagonia y de sus partes contiguas de la América del Sur*", fechada en 1774 y cuyas sugerencias a los poderes de ocupar estas heredades alarma a tal punto a la corte del rey español que éste decide establecer poblaciones y a su orden se erige en enero de 1778 el *Fuerte San José* en Península Valdés, a cargo de Juan de la Piedra. Un año después, el fuerte *El Carmen* bajo la responsabilidad de Francisco de Viedma; y en diciembre de 1780, *Floridablanca*, en San Julián, por el hermano de aquel, don Antonio de Viedma.

El texto de Falkner que pondrá en alerta roja a las autoridades españolas decía:

Si alguna nación intentara poblar este país podría ocasionar un perpetuo sobresalto a los españoles por razón de que aquí se podrían enviar navíos al Sur y destruir en el todos sus puertos antes que tal cosa se supiese en España, ni aún en Buenos Aires...

La alarma está claramente expresada en la Real Orden del 24 de marzo de 1778:

Con el fin de que los ingleses o sus colonos insurgentes no piensen establecerse en la Bahía de San Julián o sobre la misma costa para la pesca de Ballenas en aquellos mares a que se han dedicado con mucho empeño, ha resuelto S.M. que se den órdenes reservadas y bien precisas al Virrey de Buenos Aires y también al Intendente de la Rl. Hazienda, previniéndoles que de común acuerdo y con toda la posible prontitud disponga hacer un formal Establecimiento y Población de dha. Bahía de San Julián(...)
(27)

Dos meses después, en las "Instrucciones" del Conde de Floridablanca, aparecen nuevos fantasmas que recorren América, son los de la emancipación de las trece colonias norteamericanas producida en agosto de 1776:

Desesperanzados los Yngleses de recobrar las vastas posesiones que ven subtraídas de su dominio en América Septentrional, con tanto menoscabo de su marina y comercio, y consiguientemente de su extensivo poder, les es ya indispensable pensar en hacer alguna adquisición en América Meridional, la que le sirva al mismo tiempo de empleo y fomento a sus pesquerías, navegación mercantil y fuerzas navales y prometa a la Potencia Británica para lo necesario alguna indemnización de la gran pérdida que ha padecido.(...) Se sabe que han levantado planos y hecho varios reconocimientos, lo que debe excitar nuestra vigilancia y nuestras precauciones (...)

Dos son los parages principales a donde desde luego debemos dirigir nuestro conato para ocuparnos inmediatamente y formar con ellos alguna población: Bahía Sin fondo y Bahía San Julián...y enviar socorros a fin de que no se malogren por la falta de auxilios, ni se repita el lamentable suceso de Puerto de la Hambre poblado por Pedro Sarmiento de Gamboa. (28)

Con esto dejamos plenamente aclarado –lo aclaran los documentos reales- que fue la letra y la lectura de la letra disparadores de hechos prácticos que llevaron a movilizar cuantiosos medios materiales y personales que diera lugar a la creación de las primeras poblaciones blancas en Patagonia.

OTRAS LECTURAS

Juan Manuel de Rosas leerá el Informe de 1781 del piloto Basilio Villarino sobre la navegabilidad del Río Negro, y con seguridad la obra del sabio Félix de Azara, "*Viajes por la América Meridional*"(1808). Sobre ésta y otras informaciones como Informes y Memoriales, extenderá la frontera de la Confederación Argentina hasta Choele Choele. Estamos en 1833 y el naturalista Charles Darwin visita al caudillo bonaerense en el campamento de éste. El hecho no es para nada intrascendente, sea para la ciencia, sea para futuros viajeros científicos.

Francisco Moreno, sigue en la letra y en los pasos a don Antonio de Viedma, al capitán Fitz Roy, a Darwin, al misionero Teófilo Schmid, a Guillermo Cox o al piloto Basilio

Villarino pero ajustando lo visto y escrito por estos predecesores y corrigiéndolos de ser necesario; de esta manera, el lago que Viedma en 1782 define como laguna y que descubre para los ojos europeos, es redescubierto por los ojos argentinos del teniente Valentín Freiberg en 1871, y definitivamente agregado al inconcluso mapa patagónico como "lago Argentino" en la denominación del naturalista Francisco Moreno, y llamando "Lago Viedma" a la otra cuenta lacustre hallada más al norte, y en homenaje a aquel, subsanando además el error del español que creyó que el mencionado lago era fuente del río Santa Cruz.

Repetición de lecturas que conforman una cadena de diferencias: Agustín del Castillo lee y corrige a Moyano y a Lista y éste a su vez a Moyano y a Moreno.

Luis Jorge Fontana, primer gobernador del Territorio del Chubut sigue a los galeses, continúa a Moreno y a Musters en una atenta persecución de páginas y horizontes.(30)

A su vez, Francisco Pietrobelli se detiene en Fitz Roy:

Pensé que el único remedio era una salida más directa al mar, salida que estimaba podría hallar en Rada Tilly, geográficamente más cercana y en condiciones favorables para el fondeo de pequeños vapores, dato que había conocido leyendo el libro "Derrotero", del famoso capitán Fitz Roy. (30)

(Sabido es que el famoso capitán del Beagle era admirador y estudioso del excepcional piloto Pedro Sarmiento de Gamboa).

Una interminable cadena de interpretaciones y persecuciones, lecturas apasionadas de textos previamente redactados por los pies y el asombro.

Letras pata-agónicas, ahora sí de etimología pedestre. Letras provenientes del cansancio y del frío, del hambre, los pozos de soledad, de las penurias del camino. Escritos como botellas al mar. Flechas lanzadas al tiempo, a probables y anónimos lectores. Las huellas de esos escritos y esas lecturas es lo que hoy denominamos PATAGONIA.

CAPITULO CUARTO

ESCRIBIR Y SEDUCIR

LA NOVELA DE UN PAÍS

Hacia la segunda mitad del siglo positivista, la escritura con temática patagónica adquiere otro tono, no muy distinto a la precedente si bien más pragmática y perentoria, como quitándose el lastre colonial, como si quisiera ponerse al ritmo del tiempo histórico que la modernidad acelera sin esperar. Pareciera que la velada advertencia de Falkner –de ocupar el sur baldío- volvierase a tener en consideración dada su actualidad en el proyecto nacional.

Los integrantes de la llamada "generación del ochenta" se expresarán en un lenguaje optimista con perspectivas de futuro, empeñados por ensanchar los horizontes territoriales, y darle un formato definitivo al estado nacional. (31)

Lo efectuado por tal generación fue un acto de tensión vital tan grande que desbordó toda praxis y toda imaginación geopolítica de los argentinos educados para un país miniatura, portuario, de pampa húmeda.

Moreno, Moyano, Fontana, Lista, Olascoaga, Castillo, Ameghino, Onelli entre otros, cubrirán con actos posesorios las vacías páginas de las cartas geográficas, aventarán el impenetrable silencio de los vastísimos espacios con relatos de sus propias o ajenas andanzas donde abundan empeños, incertidumbres, éxtasis, peligros, audacia y coraje de precursores.

Textos que brotando de suelos recorridos, circularán de la imagen a la mano que escribe para descifrar en la escritura aquello marcado por el camino; insólitas y hondas vivencias, sensaciones fuertes, inolvidables, intensidades hipnóticas de cielos implacables donde un paisaje estalla.

Escritura corporal de pioneros donde se trasluce la admiración y la singularidad vivida, en sus tiempos gramaticales, en la tensión que el relato crea y donde no faltarán protagonistas principales y secundarios; escritos borroneados sobre un escenario severo e inmovible. Será la novela del poder en expansión, escrita y protagonizada por generaciones de héroes y antihéroes, fideles y traidores, criollos, gringos, onas, tehuelches y mapuches, un escrito polifónico de autor sin nombre.

Pero el relato escrito sólo puede ser individual, la literatura es un trabajo y un placer solitario. Novela autobiográfica aunque trate la etnología, la geografía o la historia, escritura donde lo público y lo privado se confunden se complementan o arriban a la contradicción.

Visualizada desde lo literario, la Historia patagónica adquiere otro sentido y otro interés. En última instancia, toda historia no es sino una selección de acontecimientos y de nombres que personifican esos acontecimientos. La Historia la hicieron personajes pirandelianos en busca de autor, pero al escribirla quien anduvo, imprimirá en ella su historial personal; seres individuales narrando en la letra de sus cuerpos el texto dictado por el poder estatal.

EL PLACER DEL TEXTO

El proceso cronológico y circular de la formación del imaginario patagónico sería el siguiente: experiencia-escritura-lectura. A este primer momento le sigue un movimiento reverso de: lectura-experiencia-escritura.

El viaje (circular) se cierra con la experiencia de la lectura que los lectores tenemos de quienes hicieron efectivo el viaje invitándonos a repetir la experiencia.

Hay lecturas germinales, creadoras, lectores mejor dotados que los escritores leídos. Lectores quijotescos que toman por ciertas las primigenias narraciones del país austral. Lecturas grávidas e inquietas: Musters declara haber leído "con delicia" la obra de Darwin y de igual forma la narración del capitán Fitz Roy; textos de compatriotas que según confesión lo impulsaron a llevar a cabo sus ansias de recorrer este Sur.

Sabemos que lectura y vida son cara y ceca de la existencia. En estos raros lectores, lo leído requiere, busca, necesita ser vivido. Esas emociones que el placer de la lectura provoca, exigen ser repetidas, ser otra vez sensiblemente incorporadas, volverse nuevamente cuerpo, latido, imágenes, una suerte de "amor fati" nietzscheano; son lecturas desencadenantes del Deseo.

Los exploradores del siglo XIX no leerán a Falkner, a Darwin, a Villarino por el simple placer erudito, serán en cambio lectores excesivos, abstraídos y atraídos por la acción. Sus lecturas confirman un estado de espíritu aventurero de curiosidad científica en un trasfondo romántico. Con tales lecturas construirán mapas, cartas orientadoras, derroteros para no naufragar –como tantos ignaros-en el desierto.

Ya en el viaje estos peregrinos lectores harán a su vez una impensada doble lectura en la que les va su suerte: leerán la referencia bibliográfica e interpretarán –la otra lectura- en el terreno. Producirán así correcciones o confirmaciones, variaciones sobre el terreno-cuerpo del país. (Moreno siguiendo la ruta marcada por Viedma y Fitz Roy al remontar el río Santa Cruz).

Sin embargo, de poco valdrían tales guías sin el apoyo irremplazable de los habitantes autóctonos, de los tehuelches amigos. Sin ellos, Musters no hubiera podido efectuar su increíble itinerario longitudinal; tampoco Moreno hubiera accedido a los ocultos y maravillosos lugares, ni los peregrinos del "Mimosa" echar raíces en el Chubut.

Lecturas cartográficas, lecturas salvavidas. Cartografías de la aventura individual y discursos del poder estatal.

LA SEDUCCIÓN DE LA LETRA

Escrito bajo el silencio mineral que enmarca y aísla el murmullo de las cosas y de los seres que acompañaron ese momento, quienes como mudos testigos quedarán grabados en los signos que intentan captar esos instantes. Escrito en la libreta de apuntes y ahora leído y escuchado por aquellos inocentes por vivir en adánica ignorancia de la letra, ignorantes del fenómeno cultural letrado, de ese universo denominado libro, escritura, lectura, magia hinóptica que trae el huinka.

Francisco Moreno lee a los tehuelches que acompañaron a Musters párrafos de "At home with the Patagonians" (posiblemente lo habrá hecho en inglés, idioma que entendían) donde ellos, analfabetos oyentes de un lector que les lee aquello que efectivamente hicieron en el pasado.

Del libro surge esa nueva recreación de la vida vivida, esa correspondencia llamada verdad. En ese descifrar de caracteres se hace presente y actualiza el pasado convivido y que ahora, el "Tapayo"(así nombrarán familiarmente los indios al Perito) vuelve a hacer presente y actual.

Los oyentes, libres aún, han sido ya capturados por la literatura, ahora son signos, letras, fantasmas que emergen al abrirse la caja que dicen "libro". También ellos están cazados, enredados en esos juegos de magia. Convertidos en historia escrita, se los ha capturado y disecado, han dejado de ser la letra del mundo para pertenecer al mundo de

la letra, han sido transferidos a una cultura que calcula, clasifica, fija y separa, Ellos, que son parte inescindible del mundo.

Siendo todavía, ya son leyenda, pasado, sólo posible de ser convocado por la magia de lo escrito. Sus vidas han quedado suspendidas en esas páginas. Aún no los capturó la fotografía (no tardará mucho), pero ya están congelados, cristalizados en la narración.

Ellos tal vez intuyan que en esos signos que hipnotiza estará, paradojas de la historia, su olvido sangriento, la resurrección y el retorno.

Los blancos les harán conocer el espejo donde se verán reflejados, pero "el moreno" les acerca otro espejo hecho de palabras que refleja aquello que no está, lo real invisible, una nueva memoria, un eco absurdo surgiendo de la nada, una suerte de recuerdo prefabricado y convocado a voluntad.

Para los guenena kuna que atentos escuchan el relato de Musters por boca del Perito, la realidad se ha vuelto ficción, sólo que, ahora, para nosotros, la ficción son ellos y la realidad es Moreno leyendo; pero también somos nosotros leyendo a Moreno que lee a Musters a los guenena kuna.

Nada más plácido, relativamente, que la sonrisa de la buena india cuando le muestro las ilustraciones del libro de Musters y le refiero lo que dice de sus amigos los tehuelches. La muerte del valiente Castro, en las alturas del río Chico, las penalidades del invierno, la caza de toros salvajes y tantos otros cuadros de la vida nómada en esas regiones trazados por la pluma del explorador inglés aunque abreviados por mí, son fielmente reducidas por María a sus compañeros que no comprenden el español. Ella ha conocido a Musters y lo recuerda perfectamente; me dice: "Musters mucho frío tenía; muy bueno pobre Musters".

Las penalidades que este valiente marino sufrió, y que aumentan el valor de su excelente relato del viaje, fueron más tarde materia de largas conversaciones. (32)

EN LA DERIVA DE LA LECTURA

El novel lector, y me refiero a aquel que primerizo se acerca a un libro de viajes ignorante del país que el autor recorre, de la dirección de sus ríos, de los parajes con sus relieves, los quiebres, cimas, y cuevas, escarpas y sendas, amplitudes pampas y valles estrechos, país con su bicherío, su clima, y la toponimia que nombra las cosas de ese mundo ignorado. Ese lector se internará en una narración de ficción aunque lo que lea se designe de científico. Sabrá tal vez, como el autor, a dónde va, pero, igual a aquel, será absorbido por la incertidumbre y el desconcierto ya que para este lector, los nombres, su grafía y su fonética resultan no ya familiares sino literalmente incomprensibles.

Confirmando lo que decimos, podríamos citar al respecto algunos nombres de la topografía que anota Musters en su viaje:

Oshir, Mowaiish, Eletueto, Eke, Yolk, Henno, Geylum, entre otros.

¿Podría ubicar el lector patagónico poco versado en geografía histórica a qué paraje se refirió el viajero inglés? Y sin embargo ese andar a tientas, ese vagar en un espacio desconocido y en un tiempo perdido es, justamente, lo que apasiona y gusta de tales relatos.

A veces, el viajero se apiada del lector:

"Para facilitar al lector la comprensión de nuestra ruta divagante y la disposición intrincada de estas montañas y ríos, el croquis que ofrecemos puede ser de utilidad; éste no pretende ser exacto, pero proporciona una idea de la región atravesada y de nuestros movimientos entre Henno y Teckel". (33) En la grafía toponímica actual serían Genoa y Tecka.

El azar y lo imprevisto como parte de la magia del camino.

Así describe Moreno los momentos en que llega al lago Argentino:

Nada puede expresar mi entusiasmo en estos momentos que el caballo asciende y desciende jadeando la cadena de médanos, agujoneado por la espuela, hasta caer extenuado en un pozo o embudo formado por el remolino de viento entre la arena movediza. El ruido es mucho más sensible pues parece que detrás del médano choca el agua; ya se oye el ruido del cascajo que rueda a su impulso; trepo la oleada de arena y encuentro al grandioso lago que ostenta toda su grandeza hacia el oeste. Es un espectáculo impagable y comprendo que no merece siquiera mención lo que hemos trabajado para presenciarlo; todo lo olvido ante él.

Las aguas azul-verdosas penacheadas por las corrientes vienen ondulando a desparramarse sobre estas playas. Moviéndose a la distancia se ve un cristalino témpano que balancea, fantástico, su blanco castillo en las profundas aguas del centro que minan su base, mientras que el sol radiante derrite manchones de nieve nueva sobre la elevada cumbre de "Castle Hill", inmensa fortaleza geológica destruida por las inclemencias y el tiempo. De un chubasco renegrido que se cierne sobre los canales del pacífico, se destacan blancos y azules picos, otros tantos jirones del manto patrio que se divisa en el horizonte.

... Es deber mío ir a anunciar a los compañeros la buena nueva, y arrancándome a la contemplación que me absorbe desde el médano árido, ante el espléndido panorama que se desarrolla frente a mí, me alejo no sin haber antes penetrado a caballo en el agua, mojándome todo lo posible; pueril satisfacción de un deseo largo tiempo arraigado. (34) Instantes similares serán vividos por Luis Jorge Fontana al encontrarse por vez primera con el lago que hoy lleva su nombre:

Nunca habíamos tenido tanto deseo de ver el más allá.

Llegó un momento en que no pude dominar la impaciencia porque los minutos me parecían horas, y picando espuelas me lancé a la carrera, siguiéndome todos, con igual entusiasmo.(...) El corazón me decía en sus continuos latidos que subiendo a la cúspide nos hallaríamos en presencia de algo sorprendente. (...) Así fue, en efecto, porque momentos después dominando las alturas, salió inmediato y espontáneo de nuestros labios un grito de suprema admiración.

Lo que así fascinaba nuestro espíritu era la presencia de un lago de muchas leguas de extensión con sus aguas verdes y tan agitadas como las del mar, en los momentos de borrasca. Las olas venían con su murmullo turbulento, coronadas de blanquecina espuma a estrellarse contra las piedras esparcidas en la playa, salpicando las orillas, después del choque, con lluvia fugaz de hilos cristalinos y chispeantes. (35)

La vuelta sobre sus pasos de los Rifleros:

Día 9. miércoles. Partimos a las 9 1/2^a.m. y desandamos nuestro camino de noviembre; llegamos al río Sacamata a las 3p.m.. Deduciendo las vueltas, calculo que hemos recorrido unas cinco leguas con rumbo E.N.E. , de aquí por dos leguas fuimos hacia el S.O. y acampamos a las 5p.m. (36)

El ánimo exaltado de los Rifleros ante el Valle Encantado su Cwm Hyfryd que hace cantar a John Davies el soldado, lo que no había ocurrido desde la salida de Rawson, o sea, a un mes y medio de la partida.

Son manifestaciones de lo nuevo y de lo insólito, del azar que busca sin saber todo peregrino y que la lectura también errabunda y primeriza nos deja.

LA MALDITA CONQUISTA

La escritura es una forma de la ética, letra de una conducta y de una valoración implícita en toda relación. La conciencia social y ética nunca estuvo aletargada ni oscurecida pese al natural optimismo y a la impetuosa voluntad con que imprimieron a sus aventuras exploradores y colonizadores. Pero esas voces críticas que denunciaron los malos tratos infligidos a la población autóctona en la conquista del desierto, no fueron muchas ni suficiente para ser tenidas en cuenta por los poderes decidores, pese a la autoridad y prestigio de un Lucio Mansilla, del Perito Moreno, o de los misioneros de las órdenes religiosas que hicieron eco del despojo y el dolor de los pueblos nativos.

Del carácter pacífico de los hombres del sur, dará cuenta un testigo objetivo:

"...acaso sean los patagones, de todas las naciones salvajes, las menos inclinadas a atacar o engañar a los extranjeros." (37)

Todas estas voces de tolerancia fueron tapadas por la euforia terrateniente enardecida en la cresta del avasallante progreso liberal.

Tras el holocausto de la población del Tehuel y el inicuo despojo de la tierra repartida entre la oligarquía, cundió el desaliento y muchos de quienes participaron en la ampliación del territorio patrio sintieron totalmente defraudados.

Esto escribirá un testigo irreprochable; el Comandante Prado:

¡Pobres y buenos milicos!

Habían conquistado veinte mil leguas de territorio, y más tarde, cuando esa inmensa riqueza hubo pasado a manos del especulador que la adquirió sin mayor esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron –siquiera en el estercolero del hospital- rincón

mezquino en qué exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo.

Al verse después despilfarrado, en muchos casos, la tierra pública, marchanteada en concesiones fabulosas de treinta y más leguas; al ver la garra de favoritos audaces clavada hasta las entrañas del país, y al ver cómo la codicia les dilatava las fauces y les provocaba babeos innobles de lujurioso apetito, daban ganas de maldecir la gloriosa conquista, lamentando que todo aquel desierto no se hallase aún en manos de Reuque o de Saihueque. (38)

También Francisco Moreno, el Perito, tendrá palabras amargas ante la suerte corrida por sus amigos tehuelches:

Mi pesimismo estaba en la verdad; treinta y cuatro años han transcurrido desde que el cacique Ñancuqueo desapareció defendiendo el suelo en que nació, desde que con medios violentes, innecesarios, quedó destruida una raza viril y utilizable, y desde esa fecha, aun cuando ya hay en la región florecientes pueblos y la cruza en parte el riel, estorban su progreso concesiones de tierras otorgadas, a granel, a potentados de la Bolsa, una vez que la frontera avanzó, lo que hace que decenas de leguas estén en poder de un solo afortunado, el que espera que las valore el vecino. "Para qué sirven aquellas tierras?", era la frase consagrada que escuché a no pocos de los que tenían en sus manos la fortuna y aún la suerte de la patria. (...)

Está aún por escribirse la verdadera historia, desprovista de pasión y cálculo, que establezca lo que haya de cierto respecto a las luchas contra el titulado salvaje, (...) pero durante esa lucha se realizaron matanzas inútiles de seres que creyéndose dueños de la tierra, la defendían de la civilización invasora. (39)

En 1898 un escritor testigo del holocausto del Hombre Sur se compadecía:

"Sin embargo, esos indios, y especialmente los onas, no merecen suerte tan cruel.

Por su inteligencia, por sus condiciones de carácter, por su mansedumbre, eran acreedores a los beneficios de la civilización, y debió tratarse de conquistarlos poco a poco para ella. No ha sido así...Se ha hecho todo lo contrario, y se les ha cazado como a fieras, en nombre de los más altos principios de la humanidad" (40).

Pero hay una página testimonial que quedó en el silencio de la privacidad, un impresionante documento de lo efectuado por las fuerzas expedicionarias contra el nativo patagón, en ésta, su autor, John Daniel Evans describe no sin pudor y con el corazón compungido un verdadero campo de exterminio donde muere un amigo chehuache kenk:

Los indios tehuelches durante el verano se instalaban en los valles de la cordillera con sus toldos y su ganado, entrado el otoño levantaban campamento y se situaban cerca de Glyn Du a la vera del río Chubut, es aquí donde frecuento al Hermano del Desierto que tantas destrezas me enseñó y en especial recuerdo a mi amigo hijo de una de las mujeres de Wisel. Al principio no lo reconocí pero al verlo correr a lo largo del alambre con insistencia gritando Bara Bara (pan en galés), me detuve cuando lo ubiqué. Era mi amigo de la infancia, mi Hermano del Desierto, que tanto pan habíamos compartido. Este hecho llenó de angustia y pena mi corazón, me sentía inútil, sentía que no podía hacer nada para aliviar su hambre, su falta de libertad, su exilio, el destierro eterno luego de haber sido el dueño y señor de las extensiones patagónicas y estar reducidos en este pequeño predio. Para poder verlo y teniendo la esperanza de sacarlo le pagué al guarda 50 centavos que mi madre me prestó para comprarme un poncho, el guarda se quedó con el dinero y no me lo entregó, si pude darle algunos alimentos que no solucionaría la cuestión. Tiempo más tarde regresé por él, con dinero suficiente dispuesto a sacarlo por cualquier precio, y llevarlo a casa, pero no me pudo esperar, murió de pena al poco tiempo de mi paso por Valcheta. (41)

CAPITULO QUINTO

EL INCESANTE MURMULLO

"Ese murmullo sin término que se llama literatura"

Michel Foucault

DE LA LIBRETA DE APUNTES

La verdad es que se miraba muchas veces con recelosa curiosidad el hecho de que tomara notas, y se hacían averiguaciones para determinar sobre qué podía realmente escribirse en ese lugar, porque aunque la inteligencia tehuelche puede comprender que

se escriban cartas a amigos o funcionarios, no concibe absolutamente que se lleve un diario; y si algún indio "ignorante" hubiera sospechado que se le iba a poner en letras de molde, no habría sido difícil que en vez de esperar la ocasión de destrozar al libro, se hubiese anticipado a todos los críticos destrozando al autor mismo. (42)

La escritura errabunda es final del viaje físico y comienzo del vagar de la memoria.

Se puede no escribir después de viajar, pero todo camino se abre a la posibilidad de la escritura. Tras la peregrinación se vuelve a la libreta de apuntes, se hurga en el recuerdo y en el campo literario en busca de herramientas idóneas para rescatar los momentos fuertes y transmitir las vivencias y pensamientos que aquellos lugares y el transcurrir evocaban.

Intentará captar el puro acontecer, el inefable momento de asombro, buscará la expresión correcta, la oración armónica, la pausa justa que se detiene en un incidente, en la anécdota, trabajará en el armado del suspenso, la tensión narrativa, en la estructura general, en el montaje del texto. Cada rasgo trazado en cada frase vuelve a revivir el momento de intemperie con sus horizontes inalcanzables, el secreto silencio de las cosas, los dolores físicos, la desesperanza, el impacto emocional ante nuevas como insólitas e inesperadas situaciones y sus sensaciones.

A veces, la escritura es contemporánea al viaje, y otras busca en la cantera de la memoria y en la libreta de apuntes como diario guía del camino.

"Como escribir en el tildo era casi imposible por la curiosidad de las criaturas, que se apiñaban a mi alrededor para hacerme preguntas, por lo general llevaba el cuaderno de apuntes a mi retiro..." (43)

Es así como surge una escritura inclasificable que recorre oblicuamente los saberes y las prácticas: del esbozo biográfico y la antropología al apunte geológico o etnográfico, contará historias que le cuentan, hará geografía descriptiva, zoología y botánica, incurrirá en la paleontología; es una escritura que se interna en terrenos sociológicos, en proyectos económicos y políticos, filosofará en soledad y, a veces, entre líneas, aflorará la confesión íntima bosquejando la psicología.

Pero el viaje sólo terminará cuando se acabe de escribir la última página de la catarsis y se transforme en desahogo, cura y descanso.

El viaje como travesía de la escritura que viene a contarnos cómo nos formamos en tanto país sur, y cómo el mismo reviste el carácter de una genealogía: son los gestos fundadores a partir del nombre y de la letra del nombre.

LA LETRA Y EL DESEO: Los tópicos.

Al final, como al comienzo, la letra es inicio y es permanencia. La letra que siendo solo un murmullo, un viento que permanece. Será, al fin, lo único que permanezca. *"Lo que queda lo instauran los poetas"*, sentenciaba Hölderlin.

La literatura es un murmullo que no pretende convertirse en discurso de verdad porque su naturaleza es ficcional, pero que deberíamos tener en cuenta por lo que dice sobre nuestra verdadera realidad. Porque hay un eco de la letra tributario del poder de la escritura. Y si no, ¿sobre que poder se ha fundamentado el mundo occidental?

Una literatura, un rumor continuo, fluir imaginario que capitaliza vertientes o tradiciones; la que viene o vuelve de la Tierra y la que llega de la Letra. De ambas procedencias se irá edificando este inconcluso murmullo, este decir polifónico que podríamos denominar con cierta largueza, "literatura patagónica".

Y una vez más la imagen del cuerpo, del corpus literario como experiencia que construye un corpus imaginario sobre el que vamos armando nuestra visión de la realidad que consiste en existir en Patagonia.

Experiencia particular y experiencia colectiva e histórica. Cuerpos encarnados en la Mapu del Tehuel, país que se escribe con el lenguaje de los cuerpos.

La palabra, que es, por sobre todo, cuerpo.

La experiencia, un acontecimiento opaco, tan mudo como significativo, un magma de percepciones, de intensidades psicósomáticas donde la letra, que no sustituye a la vida pero la complementa como simulacro, pretende rescatar con su lenguaje la gramática de la experiencia.

Letra y Deseo. Gramática del Deseo. La letra como lugar del deseo. Todo deseo es de una ausencia, de un vacío, una carencia en tanto deseo de otro. El deseo se expresa como metonimia, se oculta o florece en ella, la letra a su vez es simulacro de lo ausente que nombra. La letra hace emerger el deseo en la sustitución, la letra que es metáfora.

Territorio y cuerpo propio o territorio interior, un cuerpo a cuerpo que el lenguaje comenta y un lugar (un aike) donde me hundo y me pierdo. Hundirse y perderse en el aike y en las palabras para que otra vez retornen, nuevas y antiguas, como una mañana, recién pronunciadas y descubiertas.

Escribir, dijimos, es repetir un eco que la propia letra ha generado, un eco de sí misma. Escritura como trazo, marca, huella, moldes narrativos por la que transitará la literatura de este país austral.

Escribir en Patagonia, una suerte de persecución donde se busca y provoca un lenguaje que, estando en las cosas, sin embargo se fuga, obligandoles fatalmente a volver a trazar el signo, la marca, la huella de la escritura como repetición para testimoniar la proeza, pero cada vez como corte, como nuevo comenzar lo antiguo, el viejo ininterrumpido murmullo literario. Reescritura de relectura. Lo mismo diferente, repetición en la diferencia. Un círculo de placentera condena en el goce de escribir y en el placer de leer

Placer y goce para el otro sin el otro, narcisismo puro, puro erotismo y afirmación individual para goce del otro.

La literatura como engranaje de repeticiones, cadena de combinaciones infinitas, de la gramática, del léxico y de los temas, y donde, a veces los escenarios y siempre los actores cambian pero el eco de lo vivido permanece como acontecimiento, aquello inasible e indecible que en un tiempo fue para volver a ser repetido, para nunca acabar ni morir, para no morir, porque siempre se está diciendo de nuevo, cada vez que un texto patagónico es leído.

FRONTERAS

Pero hay un topos y una situación que caracteriza diríamos absolutamente la literatura patagónica y es la que conlleva la idea de margen, de frontera, la cual, amén de recrear la jurisdicción territorial, el cuerpo del estado nacional, configura un borde cultural en la percepción tanto del espacio como de la herencia recibida.

Decimos frontera, parte final, borde o margen desde donde se observa e interpreta la otra parte, el centro, percibiéndoselo como imposición y por ello como exterioridad.

(Frontera es un concepto abarcativo y lábil de lo práctico y de lo imaginativo ya expuesto por el autor en breves ensayos tales como: "*Desde la Diferencia*", "*Ni Política ni Poética*" y "*Escritos al Margen*").

Todo Patagonia, en tanto realidad geográfica es frontera del país político como del país cultural; sólo que este Sur trasciende los estrechos marcos estadales para convertirse –península austral bioceánica que se ensancha hacia el norte- en inicio

de una perspectiva novedosa y singular del mundo. Subrayo "inicio" como comienzo y no "fin", tampoco "confín" como creía el pensamiento exógeno y logocéntrico.

Desde la escritura propiamente dicha, desde los bordes literarios sin una tradición fuerte que la someta a su leyes, la escritura patagónica se gesta y configura en ese delta proliferante de temáticas y géneros disímiles por provenir de la multiplicidad de enfoques e intenciones y objetivos de quines escriben. Una escritura nómada se pierde en el tiempo y en los pliegues de las pre-ocupaciones. De esa extraterritorialidad literaria, de ese recorrido oblicuo por todas las temáticas saca la literatura patagónica su interés y personalidad.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

LA CANCIÓN DE LA TIERRA

Sin embargo, antes que la Letra y su Eco, antes que suene y se imponga la escritura, mucho antes, en un infinito tiempo anterior, es decir, en una impensable edad, permaneció el silencio. Nombre al silencio originario, protector y guardián de la palabra, cuna, placenta, silencio madre.

Y del callar antropológico, atento, respetuoso y perplejo, emergerá un día el verbo nombrando el asombro de la vida.

La Palabra no nace para nombrar lo obvio, tampoco para rumorear la cháchara, ni se forma del desperdicio cotidiano; es, en cambio, cifra de la condición humana, brota de los abismos de su inmanencia mágica y chamánica como un nombrar agradecido de la donación y pasa a ser ritual, para comentar y representar el espectáculo del mundo, en el tiempo en que Tierra-Hombre-Cielo eran Uno y uno era Todo.

Si el silencio es el ámbito de la materia, el lenguaje articulado resulta el intento de traducir el mundo prelógico de las cosas y de los cuerpos. El lenguaje, en tanto verbo encarnado, surge como materia hablante en el grito, la onomatopeya y ejecuta un increíble y milagroso salto en la impenetrabilidad de los tiempos.

DEL MITO

De la percepción holística del mundo antiguo, del animismo naturalista nacerán los mitos, creadores y organizadores de la existencia de los hombres.

El mito es el núcleo auroral de donde crece y se desarrolla la palabra, el ámbito imaginario en el que se despliega la idea caótica que el Antiguo tenía de sí y de su entorno.

El mito es un relato en torno al origen, sea del hombre, del mundo o de los dioses; así es como existen mitos etiológicos, cosmológicos o teogónicos. Un mito es la narración de un acontecimiento arquetípico y ejemplificador realizado por seres extraordinarios: dioses o héroes, donde igualmente coexisten seres fabulosos y en un tiempo primigenio que será considerado como "tiempo sagrado" (Mircea Eliade). El mito tiene una realidad sagrada porque trata de realidades permanentes e inalterables de la condición humana, como la muerte, el amor, el nacimiento, el dolor, el alimento, la reproducción, el trabajo

El relato mítico nunca fue un mero cuento, una seductora historia fantasiosa; se trata en cambio de una energética anímica que la comunidad revive como realidad actual, creando lazos muy fuertes de identidad y unión. De tal manera, los mitos no son sólo patrimonio de culturas "primitivas" son, sin duda, parte dinámica de la realidad humana.

Los mitos apuntan a establecer y construir una identidad. Son certezas de un pasado común y de un destino o futuro también común, compartido. En virtud de ello, la celebración del mito asegura una pertenencia, un lugar común de solidaridades y arraigo.

Debemos entender el mito como potencia cultural imaginativa, movilizadora y aglutinante de una comunidad.

Como mensaje, el mito se transmite y funciona en la oralidad. Oralidad y escritura son relatos irreductibles. En la oralidad está el encuentro, la reunión, la voz y su timbre; los gestos, las pausas, los ritmos, los silencios y los tonos acompañando y enfatizando la coloratura del relato.

"Memoria, transmisión oral, tradición: tales son las condiciones de existencia y supervivencia del mito", escribe el antropólogo Jean Pierre Vernant.

Cada relato es una nueva y distinta manera de decir lo ya dicho. Taumaturgia del orador, magia retórica que subyuga al auditorio haciéndolo partícipe de lo narrado. Podríamos asegurar que cada relato oral es una inédita interpretación de lo conocido.

DEL MITO AL LOGOS

Por su parte, la escritura es hija del *logos*, la racionalidad que separa y analiza el caos atractivo, sensual, englobante del mito. La escritura es la estática de la narración que en la oralidad es variación e improvisación.

El mito, en la oralidad aparece como una realidad que se vive y revive en la cita por el rito o la ceremonia celebratoria; mientras que el mito en el *logos* o discurso, es una realidad que se describe y se interpreta descarnadamente, sin el compromiso vital que la oralidad reclama.

Mithos o narración, *logos* o discurso tienen estructuras y significados distintos, por eso, mientras la escritura parte de una idea, la narración oral nace del subsuelo firme e indubitable de las creencias; surge de vivencias transmitidas vívidamente. La lengua escrita necesita de mediaciones: alfabeto, gramática, análisis y, finalmente, del libro.

DE MITOS Y LEYENDAS DEL TEHUEL

El mundo del mito es el de la magia y de la participación sin mediaciones del Chónek con la naturaleza en un mundo indiferenciado.

Eran -los Tehuelches- sin identidad ni diferencia, dado que ambas figuras psicológicas son producto de un desarraigo, de una extrañeza existencial de parte del sujeto. Este fenómeno es un hecho histórico, producto del hombre urbano y de la sociedad dividida en clases.

En cambio Ellos -los Antiguos- eran el mundo y el mundo era Ellos, por eso se decían Chónek (Ramón Lista escribe *Tzchon*, a su vez, T.Schmid escribe *Tsoneca* o *Zson*); es

decir, el Hombre, concibiéndose centro de l mundo y rodeado de loas demás parcialidades que componían el Todo que, al pertenecer al mismo, les pertenecía. No es que fueran "dueños", concepto de propiedad que no conocían, sino que eran Parte inescindible del Todo.

Si la oralidad es la matriz del relato y de la escritura, el silencio es el hogar protector de la palabra, de la palabra que no quiere manchar con su sonido la inocencia de las cosas y de los seres. Bien podríamos encontrar en el silencio como escenario preservador de La Lengua y del silencio cósmico, una implícita poética del vacío, del éxtasis ante el misterio, del no nombrar por el oír, de la escucha atenta y del cuidado.

Bien ha escrito Manuel Molina que los tehuelches eran reacios a contar sus mitos: "son celosísimos en su permanente custodia, de modo que no debe llegar nada a oídos de los indiscretos so penas gravísimas, inclusive la muerte". Y cita la experiencia de Papón, informante de Lista, apodado por sus paisanos de *Sherpe* o zorrino, por haber sido éste animalito quien informara a los gigantes enemigos del héroe Elal dónde se encontraba éste. Por haber violado la confidencia, el dios-héroe lo castigó a llevar su hediondez. (44)

LA PALABRA COMO ACTO

Entonces, la palabra agradecida, incontaminada aún, se revierte en canto y en danza. Aquí el cuerpo necesita hablar, expresarse, y al danzar, dice en tono menor el léxico terrestre, lo dice en el Choique Purrún al son del Cultrun

Es cierto, en el principio fue la voz, el canto de la Tierra, gutural, oscura, quejumbrosa, sorprendida. La voz acompañando la danza, evocativa y ritual. Era la piel del mundo la que danzaba y entonaba la invocación

Una oralidad creadora de mitos y de leyendas. Voz contando el nacimiento de la Tierra y de sus Hijos.

Del acto a la palabra. Los Antiguos del Sur tuvieron en alta estima la palabra. La retórica en los mapuches y araucanos era signo de prestigio y honor. Si el primogénito de un cacique no sabía arengar y persuadir a su gente, era excluido de la sucesión paterna. *"El Nguempín, "dueño de la palabra", desempeñaba funciones sacerdotales en las rogativas, pero también las de orador y poeta. Era el archivo oral de los hechos de la raza".* (45)

La palabra como acto. De hace más de cien siglos, un arborescente coro de manos nos hablan en el río Pinturas, en el Bajo Walicho, en Güer Aike, en El Manzanito, en Vaca Mala, en Arroyo Lechuza, en el Lago Puelo, en la Punta del Lago Viedma, en el Lago Strobel y Cañadón Sandoval, en Cerro del Indio, en Los Toldos y en tantos recónditos lugares patagónicos donde exorcizaban sus miedos y convocaban el Deseo. Casimiro Biguá decía a Musters que las pictografías eran obra de un espíritu de la noche. Para nosotros, de la noche de los tiempos y de la memoria del Tchon.

Pictografías rituales, grafismos arcaicos convocando el alimento y el vestido, llamando al calor. Pinturas rupestres, rogativas ancestrales de los Antiguos, padres de los Tehuelches. Epifanías de la vida y del arte. Gestos, colores y formas que vehiculizaron un significado holístico que se nos escurre.

LA VOZ DE LA TIERRA

La voz y la danza. Y cuando canta el hombre, suena el cultrún, sístole y diástole de la inmensidad y del tiempo. Geografía y cultura, geografía de una cultura.

Voz del cultrún sonando a corazón oculto, lento, candencioso y grave, monótono, sordo, opaco; sonido que emana del cuero del animal. La mano soleada y terrosa que insiste sobre el parche pardo y tenso en el cual hay pintado en negro, líneas que se cruzan en las cuatro direcciones del país y en cuyos extremos y sin salirse de la circunferencia cultrunera que simboliza la Mapu o el mismo Cosmos, se diversifican las líneas formando un delta, una trilogía que tal vez sea la misma Pata de Avestruz que brilla en el negro cielo austral.

Es, sin duda, la voz de la Tierra la que se escucha. La mano terrosa del nativo percutiendo cueros. Cuero con piel en un piel a piel de la Vida. Cuerpo sobre cuerpo, coito primordial y sagrado sonando sin disonancia que gesta con su canto y las sagradas trutruacas y pifülcas un clímax ritual en el choique pürun o loncomeo, simulando el andar de los seres terrestres, el movimiento ligero del avestruz, el gracioso del tero, el sonido subterráneo del tucu tucu, el vuelo del águila, hijos todos del viento y de la Tierra. (46)

"La orquesta consistía en un tambor hecho de un pedazo de cuero estirado sobre una vasija y de una especie de instrumento de viento formado con un fémur de guanaco agujereado, que se coloca en la boca y se toca con los dedos o con un arco corto de crin de caballo. Cuando todo estuvo listo, y mientras varias de las viejas cantaban en su estilo melodioso, la banda empezó, y cuatro indios embozados en frazadas de tal modo que sólo se les veía los ojos, y con la cabeza adornada de plumas de avestruz, entraron marchando en el círculo y se pusieron a dar vueltas lentamente alrededor del fuego, al compás de la música. Después de dos o tres paseos, el tiempo empezó a acelerarse gradualmente hasta que los hombres tomaron una especie de trote; y, como a la quinta vuelta, bailando rápidamente, siempre a compás de la música, arrojaron sus mantas y aparecieron acicalados de pintura blanca con la que se habían pintado todo el cuerpo y provistos de un cinturón de campanillas atravesado desde el hombro hasta la cadera, que sonaba acompañando sus danzas. Los cuatro primeros eran los jefes Casimiro, Orkeke, Crime y Camilo, que, después de bailar con grandes gesticulaciones, tratando de no pisar el fuego e inclinando grotescamente a uno y otro lado sus emplumadas cabezas, a los sonos del tambor, se retiraron por breve tiempo a descansar, para volver a aparecer luego y bailar una danza diferente. Cuando ésta hubo concluido, se presentaron otros cuatro, y así sucesivamente hasta que no quedó uno que no se hubiera divertido, inclusive los muchachos.(...) El baile estaba estrictamente limitado a los hombres; a las mujeres sólo se les permitía mirar". (47)

Siempre, entonces, mucho antes de la letra, estará la voz; a raíz de ello, la voz testimonia la prehistoria de la escritura. Entonces, antes que la Historia (la Historia es tal por ser memoria escrita. La Historia es escritura del pasado), están los mitos; el epos que hace recordar, cantar y bailar a los hombres para tejer lazos comunes de solidaridad y pertenencia.

Reunirse, cantar, bailar para difundir acerca de sus orígenes y de sus héroes; en especial de Elal, el que enseñó al Tchon a cazar y a protegerse de los helados vientos, de la tétrica y blanca nieve; a recoger los frutos de la Nuque Mapu (Madre Tierra).

Hubo un tiempo primordial, en que Tchon y Mapu eran una sola gran comunidad. Sin embargo, la llegada de otros hombres destinados a dominar, quebrará de manera irreparable esa religación, el flujo de comuniones que componía la cultura holística del Tehuel.

Cuando la invasora civilización del Libro choca con las culturas de la Tierra, provocará la destrucción de éstas, sustituyéndolas por un sistema espiritualista, culposo, negador y mutilador del cuerpo y, por extensión, de la misma naturaleza, reconvirtiendo por la fuerza a los sobrevivientes a la nueva e implacable fe. Será el Espíritu abatiéndose sobre la carne; el espíritu descarnado sobre la piel de la Tierra, la absoluta, soberbia, unitaria trascendencia aplastando el dragón de la inmanencia y la multiplicidad.

Al descubrir la civilización letrada la fantástica oralidad de los pueblos de Abya Yala (48), traducen el imaginario autóctono a su lenguaje escrito, contaminando y desnaturalizando a aquel con su lógica analítica y su filosofía dualista.

Con buen criterio ha escrito William M. Hughes: *"...una dificultad para conocer su idioma y su modo original de pensar fue que estaban habituados al castellano, el que necesariamente había impresionado y en cierto modo modificado su memoria primitiva de pensar y debido a ello también a su idioma"* (49)

Toda tradición que de los antiguos pueblos autóctonos hoy consumimos: ¿hasta qué punto no es mas que la imagen deslucida y anémica del canto y del asombro primigenio?. Y lo que nos queda, ¿hasta qué punto nos queda el sonido ya sin furia del nativo, el grito quejumbroso del vencido en lugar del festivo del cazador certero e impiadoso?.

Dada la derrota, la humillación y la muerte; la dignidad de la raza vencida se refugiará en un hondo mutismo para preservar La Lengua de cualquier contaminación y su falso empleo. Hemos mencionado la situación de Papón informante de Lista.

"Hay -dice un estudioso-, entre los aborígenes, un hermetismo tradicional que ha sido motivado y mantenido por la actitud de algunos blancos desaprensivos, que se han burlado de las características con que las ceremonias son presentadas. Solamente los muy amigos del indígena, entre los que me cuento, logran ser invitados a acercarse a las mismas. (50)

Cuando la voz de la Tierra calló, se escuchó el silencio del oprimido.

Una lengua utilitaria e impúdica silencia la otra lengua, y esa lengua, la humillada y crucificada, intentará su resurrección en los antropólogos, etnólogos y lingüistas del siglo XX y, posteriormente, en los poetas y músicos seducidos por la sintaxis y modulaciones guturales y telúricas perdidas. Y otra vez, el eterno retorno de la letra, y con ella de la lengua, y con ella de la Palabra, que sólo podrá ser la de los trabajos y los días del hombre sin atributos. Es y será la palabra poética.

UN MUNDO SIN DIOS

En virtud del fuerte impacto de aculturación sufrido por estos pueblos y la consecuente influencia en su propio imaginario de las interpretaciones y sentidos elaborados por la civilización de la cruz –por honesto y sincero que fuera el investigador-, nada de lo que hoy conocemos como leyendas, relatos, supersticiones y mitos de la cultura de los pueblos autóctonos del sur, podría ser tomado como elemento primigenio, como directa narración nativa pura e incontaminada.

Por lo tanto; ¿deberíamos creer a Ramón Lista, primer y honesto recopilador del folclore patagónico cuando habla de la "religión" de los Tzonecas?.

Mas que de pensamiento o concepción religiosa (una religión, al igual que un Estado, supone una sociedad jerarquizada, supone división y lucha de clases, supone, en suma, una comunidad dividida por intereses económicos y sociales privados), deberíamos hablar de pensamiento mágico y mítico que son los embriones de toda argumentación religiosa. Además, siempre se lee las costumbres del Otro diferente desde la perspectiva, los valores y paradigmas del invasor dominante. Se busca, para un fenómeno ideológico con un nivel de evolución poco desarrollado, similitudes con religiones muy desarrolladas en la especulación metafísica y en la complejidad y refinamiento estético de sus ritos.

Es cierto que Ramón Lista (1894) no fue el único ni el primero que se interesó por las creencias de los antiguos patagones, D'Orbigny, Schmid, Hutizcke, Bridge, estuvieron antes que el argentino, sin embargo, quien tuvo el interés etnológico por transmitir el corpus de creencias de los Tzonecas –como él escribía- fue un primer como tardío interés, ya que, cuando el investigador actúa, el genocidio contra el habitante autóctono de Patagonia se había consumado.

Si todo dogma religioso es cristalización de lo sagrado que impone una distancia alienante de orden, de obediencia y disciplina; que prescribe el crimen y el castigo, lo bueno, lo malo, el pecado o la salvación. Si todo dogma es un discurso de dominio y de poder; el Antiguo no tenía ni dogmas ni religión, como bien lo expusieron viajeros dignos de confianza. Al no tener religión, no impusieron condiciones a sus semejantes, dado que toda religión es un juicio más que sobre la divinidad, sobre la moral humana arropada de preceptos metafísicos. Sí, en cambio, sufrieron el dominio cuando les llegó ese inaudito Dios adusto, único, absoluto, autoritario y retórico; escrito y nombrado. Con él les llegó la Muerte, también única, autoritaria y violenta, a imagen y semejanza de ese ser inaccesible e inimaginable.

Decía que aquellos estudiosos viajeros que de alguna manera intimaron con los patagones: Viedma, Schmid, Musters, Fitz Roy y otros, coinciden en admitir que el hombre del Sur no adoraba divinidades, no rendían tributo a ningún panteón de seres mitológicos, ni se complicaban en ritos que convocasen a aquellos.

"Su religión viene á ser solamente una especie de creencia en dos potencias: la una benigna que solo gobierna el cielo, independiente y sin poderío en la tierra y sus habitantes, de la cual hacen muy poco caso; y la otra á un tiempo benigna y rigorosa, la cual gobierna la tierra, dirige, castiga y premia á sus habitantes, y á esta adoran bajo cualquiera figura que fabrican , ó que se hayan hallado en las playas, procedidas de algunos navíos náufragos; como son mascarones de proa, ó figuras de las aletas de popa, y estas son las que estiman y prefieren para sus cultos por suponerlas aparecidas. A esta deidad dan por nombre Camalásque, que equivale á "poderoso y valiente". Escribe en 1783 Antonio de Viedma para referirse a los aborígenes de territorio de Santa Cruz.

A su vez, el misionero Theófilo Schmid anota en su diario de 1861:

"Salí esta tarde, con Casimiro, para visitar a un anciano ciego. Allí supe que entre los patagones existe la creencia en un Ser Supremo, al que llaman "Hela" (Helal, anota Milciades Vignati) y está casado con la hija del sol. Parece, sin embargo, que tal creencia sólo es compartida por algunos, pues la mayoría no se preocupa por cosas invisibles.

No consigo descubrir entre ellos un solo acto que pueda asimilarse a un verdadero culto, a excepción, quizá de una costumbre, observada por unos pocos, de golpearse la coronilla con las manos cuando el fuego chisporroteaba ruidosamente; dicen, entonces, que el Dios está hablando".

(51)

"Estos indios –dice Fitz Roy refiriéndose a los fueguinos- no están ciertamente exentos de ideas sobre una existencia espiritual y sobre presencias benéficas y malignas, pero jamás presencié ni oí acto alguno de carácter decididamente religioso, ni menos pude convencerme de que tuvieran idea alguna de la inmortalidad del alma". (52)

Y para no cansar con citas termino remitiéndome a Gregorio Alvarez quien se remite a Juan Benigar ("La religión araucana"):

"La desesperante vaguedad de la idea de Günechén (Dios o Ser Supremo) permítame suponer que se trata de una designación moderna, forjada bajo la influencia del cristianismo. No se ha fijado la concepción que representa, simplemente porque carece de función imprescindible en el lenguaje religioso de los indios". (53)

Las creencias del tehuel están ligadas a principios cósmicos y a entidades funcionales ante que a entidades abstractas. Tanto Elal aquí en el Sur, como Viracocha entre los incas o Quetzacoalt con los mexicas, son divinidades de la vida, dioses solares al igual que Dionisos o Mitra, siempre renacidos para dar al hombre sus destrezas y su sabiduría. No se los podría concebir como seres sufrientes, ni amargos, ni rogantes, tampoco predicaron la culpa que humilla al ser. Son, en cambio, seres trágicos y devinientes para afirmar a los hombres del cuidado, de la cura que se deben a sí mismos, de la propia construcción que debe hacer el mortal de sí en tanto ser inmanente, ser-de-la-Tierra, su único e insustituible hogar, su aike (o kaike), su paradero; el ic et nunc donde desplegará las propias habilidades demiúrgicas.

No sólo la ausencia de un imaginario religioso tal como el hombre moderno lo concibe, también al tehuelche se le perdía en la bruma de los tiempos sus propias tradiciones.

Leamos lo que escribe un testigo irrefutable:

"Casimiro me informó que en el tiempo antiguo los viejos acostumbraban cantar las tradiciones de la tribu y también una especie de plegaria. Es muy de sentir que esta costumbre hay caído en desuso. Varias veces traté de obtener informaciones sobre sus antepasados, pero todos mis esfuerzos fueron infructuosos. Cuando les preguntaba cómo habían viajado sus tribus antes que se introdujeran caballos en el país no podían concebir que ese estado de cosas hubiera existido alguna vez" (id.Musters).

CAPITULO SEGUNDO

LA NOVELA DEL ESTADO NACIONAL

"El Estado construye ficciones... una serie de narraciones para ocultar la violencia de los cuerpos"

Ricardo Piglia

A partir del siglo XIX, la literatura científica y pseudo científica, con su voz imperturbable y neutra, terminará por fabricar la novela del país positivista, terrateniente y especulador. A su vez, la literatura propiamente dicha (pero habrá que esperar un avanzado siglo XX para su aparición), nos comentará del país que no fue. La literatura, para desarmar y desmontar el relato encubridor del poder.

La novela del Estado es la letra del poder y de su representación; por su parte, el relato (¿hasta qué punto es *relato* y no también *novela*?) de la sociedad civil lo será acerca de la constitución de su identidad en el espacio ganado por el Estado en su expansión geopolítica.

Nadie duda de la posición hegemónica del discurso estatal sobre los particulares y el colectivo social, el que ha dado lugar a la construcción de la llamada "identidad nacional". De tal forma, el memorando estatal se ha convertido en Historia, al sobreponerse y hacer acallar las memorias particulares, al ejercer el dominio sobre el colectivo e imponer su propio discurso como único discurso de verdad.

Confirmada la integración de la región patagónica a la nación argentina, la escritura científica, en todas sus ramas, se desbordará a lo largo y ancho del territorio recientemente conquistado. Es el momento del dominio total y por ello se hará necesario e imprescindible obtener la mayor cantidad de datos a los efectos de saber con qué tipo de territorio hay que contar para desplegar las políticas del estado capitalista y

terratente o industrializador; dos enfoques económicos contrapuestos y en tensión manifestados en la primera presidencia de Roca.

Claro exponente de lo que afirmamos es el "Informe oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (1881)" documento donde figuran como colaboradores del avance de las fuerzas: Adolfo Doering, Carlos Berg y Eduardo Holmberg. Lectura del espacio efectuada por el pragmatismo utilitario de la generación del ochenta.

Son discursos de verdad y voluntad los que constituyen los informes: diarios de viaje, memoriales, historia, etnografía, antropología, topografía, zoología, geografía, una rigurosa episteme sólo posible cuando aquello sobre lo que se escribe o estudia es objeto, "cosa", materia muerta. Ciencia de la tierra, taxinomia de la vida, de las plantas, de los cuerpos y gramática del poder que opera y disecciona sobre elementos estáticos, secos y muertos, conformando discursos necrológicos propios de la cultura occidental colonialista.

SOCIEDAD Y ESTADO

Los exploradores argentinos, en especial aquellos de la Generación del Ochenta, quienes, obedeciendo a la pragmática política gobernante y ejecutando órdenes y disposiciones, orientaciones y leyes; ejecutarán el texto de la acción conquistadora y colonizadora. Acción que engarza los eslabones de una cadena de acciones enfocadas en el viajar, explorar, clasificar, informar o destruir, que predispone a ejecutar una letra (órdenes, disposiciones, reglamentos, leyes), sobre el cuerpo objetivo territorial y el cuerpo subjetivo del nativo.

En este indispensable rittornello de lo escrito a lo actual y de lo actual a lo escrito, comprobaremos cómo irá formándose el cuerpo imaginario argentino sobre Patagonia y el imaginario patagónico propiamente dicho sobre sí mismo.

Viajeros y exploradores entonces; si bien los argentinos fueron los últimos en aparecer en la escena patagónica para declamar la soberanía, quienes lo precedieron siempre serán extranjeros.

Ellos, los viajeros, genéricamente hablando, fueron quienes, con o sin programa oficial, imprimieron con sus cuerpos la novela del país austral

En la letra de los exploradores y andariegos de distintos signos e intenciones, hay, primero, un "discurso de la acción", de doble interpretación: el de la acción propiamente dicha, es decir; el relato del viaje, el que efectúa el cuerpo del viajero, relato de la subjetividad que elabora una experiencia; y relato de la acción del discurso, de los textos describiendo aquella subjetividad expresada en la experiencia de la escritura. Y un segundo discurso, compuesto uno, por los "representantes" del expansionista Estado Nacional, y otro, el que produce la sociedad civil.

Hay un momento excepcional en la historia del Sur que describe lo que acabo de expresar.

En la expedición de 1885 llevada a cabo por la Compañía de Rifleros del Chubut se escribirán dos relatos: el público u oficial, y el privado. El primero efectuado por el primer Gobernador del Chubut, Luis Jorge Fontana, y un segundo que expondrá John Murray Thomas(entre otros) comandante de la expedición aludida.

Dos textos que son los respectivos "*Diarios*" de la expedición.

El viaje exploratorio tiene dos versiones, dos miradas sobre lo mismo. Hay sí una misma intención: testimoniar el acontecimiento y además una voluntad, un mismo ímpetu, una comunidad de ideales matizados desde las respectivas subjetividades, intereses y expectativas individuales.

Tenemos entonces: un proyecto político estatal y un proyecto de la sociedad civil. Un programa vertical y otro de la propia comunidad movilizándose en pos de sus específicos intereses. Este movimiento de auto organización como fue el caso de los galeses del Chubut, no armonizaba del todo con los intereses del Estado Nacional, por restarle a éste capacidad de decidir sobre los particulares, quedando todo el protagonismo librado a manos de los colonos.

Tenemos aquí definitivamente expuestos dos modelos políticos: por una parte, la autoridad única, el poder unificado y centralizado elaborado por el roquismo; por otro, el sistema democrático mutualista y cooperativo.

De hecho, el sistema de organización social de los galeses del Chubut revela un alto grado de participación democrática, que el estado nacional argentino, de estructura

verticalista y tendencia conservadora en lo social, no estaba dispuesto a aceptar, si bien admitía a regañadientes.

Dos ideas y dos proyectos de país: el de la legalidad estatal expropiadora, y el de los pioneros fundadores de la sociedad libre, de los hombres asociados en torno a un objetivo participado. Ambos proyectos son imágenes de un capitalismo progresivo y en ascenso.

La expedición de la Compañía de los Rifleros del Chubut nos muestra dispares perspectivas en su momento complementarias pero que acabarán siendo, con el correr del tiempo, antagónicas.

Hemos señalado un marco histórico generacional que en ese momento establece una identidad común entre ambos intereses y sus acciones, una solidaridad equidistante entre lo estatal y lo particular, una voluntad por expandirse y fortalecerse tanto como Estado, como fundacional.

HACIA UNA LITERATURA PATAGÓNICA

Hay una pregunta que no precisa ser contestada sino debatida, una pregunta que surge como consecuencia lógica de "el eco de la letra", de nuestra propia genealogía.

Insisto en lo ya expuesto. Este país-sur no se construyó a partir de lo que se vio, sino de lo que se creyó ver, No se hizo a partir de lo vivido sino de lo imaginado. La realidad patagónica se realizó desde lo que se dijo y se escribió como repetición interminable, a partir de la letra, no de la sangre, y, como "la letra con sangre entra", la realidad construida, impuesta y legalizada será aquella que gritarán los textos. Letra ordenadora que supo anular el argumento tenaz de todo pre-texto, la porfía de lo pre-dicable; y sabido es que toda civilización se erige sobre los despojos y la represión de los cuerpos. Mencionamos la escritura de viajeros y exploradores y sus lecturas contaminadas por el virus de la razón práctica y utilitaria. Lecturas de lecturas, escritos y reescritos sobre los que se dibujará el palimpsesto patagónico; círculo de la letra que se completa como espiral interminable que llega a hoy y nos atraviesa de inquietud de viajar y de lectura nómada y peregrina. Andar para escribir, para releer para volver a partir, Escribir para andar y así, interminablemente, ellos antes, nosotros ahora y los que nos seguirán repitiendo como un rito la voluntad de descifran el mismo lugar y el tiempo distinto que nos toca en suerte.

Habrás así, primeras generaciones de diarios, crónicas, relaciones, informes, memorias, anales, historias, comentarios, genealogías, efemérides, clasificaciones, cartografías, que pasan a nuevos informes, memorias, diarios, descripciones, minuciosas taxinomias que revelan un orden racional y acotado, las que a su vez se vuelcan en diarios de viaje, artículos periodísticos, en biografías y crónicas y, sólo después, en una narrativa ficcional que tratará de integrar lo que el discurso formal, obligado y científico no supo o no pudo incluir. En suma, una escritura identificada con un macro proyecto de carácter "nacional"

Sin embargo, encontramos en la literatura decimonónica, atisbos de la vida no dicha que, de cualquier manera, aflora tenaz como la hierba en el muro.

Tras las asombradas páginas de taxinomias y enumeraciones de viajeros científicos, el periodismo de fines y comienzos de siglo XX, se lanza rampante a describir deslumbrado los inéditos paisajes que lo hipnotizan, atreviéndose, ya más suelto (recordemos que se vive el pleno florecimiento del modernismo en las letras) a bosquejar tipos psicológicos: Roberto Payró en "*La Australia Argentina*" y José Álvarez (Fray Mocho) "*En el Mar Austral*"; especialmente éste último se detiene en los personajes olvidados del perdido sur: loberos, buscadores de oro, peones de campo, marineros, gente y aventureros de toda ralea habitando y sufriendo los rigores de los infinitos espacios conquistados para el Estado argentino.

Tanto Payró como Álvarez no escatiman críticas a las injustas condiciones en que deben vivir y desenvolver sus vidas los pobladores ...

Pese al asomo crítico, estos escritores "porteños" que escriben entre dos siglos, continúan la tradición del visitante foráneo que mira estas latitudes de paso, con la mirada del conquistador o del turista, aún no es la letra rumiada por el propio poblador patagónico, que lleva la carga de su experiencia de días y años, del que ha vivido el ciclo de sus estaciones, los trabajos, los duelos del amor, las púas de la muerte el desborde de infidelidades y desprecios, de complicidades, olvidos y fracasos con un fondo de paisajes tan majestuosos como impiadosos.

Esta escritura recién la encontraremos en Andrea Madsen, Emilio Ferro, Ascencio Abeijón, y, por supuesto, en los galeses Lewis Jones, Abraham Matthews, John Daniel Evans, entre otros, y de los que fueron no hace mucho apareciendo sus recuerdos y memorias. Estos cronistas escriben en la tierra fronteriza de la literatura, donde ésta aún no termina de ser historia apologética pero aún no es tampoco ficción propiamente dicha; una escritura donde la literatura aún, todavía, no es literatura.

Las narraciones de los viajeros irán perfilando el ciclo novelesco de los orígenes y una genealogía identitaria sin clarines ni pasos redoblados, sin gestos barrocos, ni infalibles estadistas ni frases célebres ni banderas desplegadas. Aquí, en este país sur, su hubo retórica y lo hiperbólico estará en los hechos y, por sobre todo, en la acción silenciosa del anonimato.

Como hemos expresado, hubo una ficción originaria, un período de narraciones que se encargan de metamorfosearse en mitos: el bárbaro primitivo, el cavernícola, el patagón. Seres de un submundo que hay que civilizar o hacer desaparecer ya que se trataría de un bestiario inclasificable que ocupan el "desierto", molestando a la explotación y a la colonización.

De la ficción narrativa elaborada a partir de lo imaginado, y no sólo en la letra sino también en las narraciones orales que dieron fuerza y color al relato originario, emanará una praxis coherente con aquella; praxis política-económica dinamizada a partir de una suerte de consigna bíblica: la "tierra prometida" a la que hay que conquistar y... depredar.

Entonces: sobre el Deseo del dominador se irá construyendo el imaginario sureño.

Primero será un Deseo utópico y salvacionista; pasado aquel, el Deseo se volvió deseo explotador, extractivo; y sin embargo, la idea, la imagen de Patagonia "reserva", "patio trasero" de la semicolonias argentina, perdura aún hoy, siglo veintiuno; aún nos hallamos en el territorio ideológico que se vanagloria de los exotismos del país trasero y que nos recuerda aquella ridícula frase de una madama de un salón de París, citada –por supuesto en francés- por el general Mansilla: "Cómo será de hermoso con sus plumas".

¿HAY UNA LITERATURA PATAGÓNICA?

"Lo más importante...no es saber cuándo la literatura brasileña se convierte en brasileña sino cuándo alcanza a ser una literatura" Antonio Cândido.

Si sustituimos la palabra "brasileña" del crítico por "patagónica", nos ahorraría muchas y tediosas explicaciones.

Pero valgan dos o tres ideas al respecto dado que: ¿qué es lo que se pregunta cuando nos preguntamos si una literatura es argentina, del noroeste, de la Mesopotamia, de Uruguay o de España?. Es decir; ¿qué interés tiene esa pregunta? ¿definir una identidad "nacional"?, ¿la lengua de un pueblo? o simplemente expresar desde un topos, fatalmente geográfico, una idiosincrasia, sin querer expresar una idiosincrasia?

Está claro, y la historia de la literatura mundial ha dado inúmeros ejemplos de ello, que el origen nacional de un autor es indiferente a la definición "nacional" o regional de una literatura. Lautremont reviste en la historia de la literatura francesa habiendo nacido en Montevideo. El escritor polaco Joseph Conrad figura en la literatura inglesa de la misma manera que el rumano Ionesco en el teatro francés. ¿Debería acaso figurar Augusto Guinnar en la literatura francesa o John Burne en la norteamericana? ¿"Los hijos del Capitán Grant", y "El faro del fin del mundo", deberían considerarse novelas patagónicas? . Cortázar escribe en París novelas y cuentos argentinos. Guillermo Enrique Hudson, escribe en un impecable inglés –según Borges- páginas insustituibles para una antología literaria patagónica. Y Witold Gombrowitz, ¿no es un escritor argentino?.

Rodolfo Walsh nació en Choele Choel; ¿hay acaso alguna imagen, una metáfora en sus cuentos que se detenga en su lugar natal?; pero Osvaldo Soriano, que nació y vivió su juventud en este país austral, no podría faltar en nuestra literatura.

Aparecida la literatura de ficción, ya en pleno siglo XX, sea novela, cuento, recatada poesía, géneros que se ocuparán en resaltarán los valores humanos y la capacidad del nuevo habitante patagón producto de la colonización. Me refiero a los pioneros, gente humilde convertida en héroes por la ficción.

Compensación y apología evidencian por contraste la ausencia de un pensamiento crítico, ausencia y déficit de una ficción crítica.

En suma, lo que ha estado ausente ha sido el arte de narrar, ya que una obra literaria es tal, cuando, además de tener en cuenta como presupuesto de su expresión a un lector, desarrolla un estilo y se presenta a la vez, o tal vez por esas mismas condiciones, en obra de lenguaje, es decir: cuando es el lenguaje el principal sujeto de la escritura.

Mencionábamos la primera literatura patagónica: crónicas, recuerdos, memorias, diarios, los cuales, si bien es literatura en un sentido genérico, resultan textos marginales al género literario propiamente dicho, y que, algunas páginas alcanzarían hasta buena literatura.

Literatura del margen cultural, letras de límites, trazos periféricos tatuados sobre el sacrificio de los cuerpos. Escritos fuera del círculo aúlico y propagandístico de la cultura nacional, de su gran producción de su distribución y consumo. En definitiva, literatura subalterna y subestimada, alejada de cualquier canon, cuando no directamente omitida y definitivamente olvidada.

A partir de la década de los setenta –del siglo XX– en Patagonia accedemos a aquello que J. Lacán definió como "*la verdad tiene estructura de ficción*".

Sin embargo, habría antecedentes de esta ficción verdad o ficción crítica que reclamamos de la literatura propiamente dicha como signo de madurez. En "*Lago Argentino*" de José Goyanarte (1946) o en los cuentos de "*Setenta veces siete*" de Dalmiro Saenz (1957) y también en David Viñas con "*Los Dueños de la tierra*" (1959); podemos encontrarnos con la descripción de un mundo que poco y nada tiene que ver con la novela del Estado ni con la autoapologética memoriosa del pionero y sus crónicas.

Creo que la experiencia estética del boom latinoamericano de los años 60/70, permitió un viraje en la manera de escribir y de pensar la literatura y de practicar el oficio de escribir. El conocimiento de los autores de ese movimiento literario y la problemática estética correspondiente, pero además, después de la corriente lingüística y de los enfoques teóricos del estructuralismo, ya no es posible ser ingenuo en literatura.

Lo que aún resuena aquí, es el Eco de la Tierra. Un rumor recreado en leyendas en cuentos y narraciones. Todo un corpus imaginativo que constituye hoy por hoy el sustrato de la literatura de la poesía y del arte que se produce en Patagonia.

Así es cómo devienen en el país austral dos tradiciones: la de la Letra, iniciada por los viajeros, y la de la Tierra, inmemorial y calladamente sonora. Ambas, sufrieron variaciones con el transcurrir del tiempo humano. La que llegó del agua se asimiló al paisaje inefable del vasto sur, la variedad infinita de sus ciclos. Por su parte, el imaginario oral primero, escrito luego, el que viene del fondo de los tiempos, ha dejado la impronta del choque y su aculturación. Sobre esa doble raíz se escribe hoy en la región.

Tales resultan los suelos y subsuelos de nuestro escribir. Aunque otras son las circunstancias y los tiempos, como otras son las personas que elaboran el imaginario austral, otros son los bardos y el canto de nuestra tribu nombrando lo mismo.

SALIDA

Dejaría aquí concluido este ensayo que por alguna razón o intención he definido como primera parte, la cual de hecho está convocando a su continuación.

La idea primaria, la que fuera enunciada al comienzo: *Patagonia como invención de la letra*, provocó distintos tópicos literarios señalados en el viaje, la experiencia del mismo, la escritura del y sobre el cuerpo (cuerpo de la geo y cuerpo psicosomático) recorrido como repetición y simultáneamente como diferencia; que en la letra de los viajeros, la repetición no es mera copia ni imitación sino un nombrar otro desde otro lugar y otro tiempo. Son tópicos o imágenes que el espejo de la letra reflejaría.

El viaje y su escritura pero igualmente, la escritura como provocación, como camino hacia el imaginario patagón. Una letra que deja huellas ramificadas y abiertas a las más variadas preocupaciones del conocimiento y la acción, del ser y del saber. Escritos atravesando problemáticas heterogéneas, cruces de fronteras temáticas, mezcla de géneros componen el mosaico de la percepción y concepción del Sur, asomándose en cada uno de los relatos el hecho literario en sí mismo, la elección de metáforas adecuadas, la construcción oracional, la ruptura de la línea del relato por digresiones, explicaciones, definiciones, y también, el relato dentro del relato de leyendas, mitos, anecdótico, la presentación y desenvolvimiento de personajes que, para gloria de nuestro imaginario, fueron de carne y hueso.

Una escritura de la Diferencia y desde ella, una escritura otra, incomparable, que bien podría valer como *introducción a las letras del país del Sur*.

En suma, he señalado por lo menos tres momentos (quizá debería decir) tres lecturas de otros tantos escritos que dieron nombre, imagen y realidad a este vasto territorio austral. Escrituras de lecturas y experiencias, las que a partir de tales se piensa la Patagonia, se la concibe, se la habita, se la explota.

Estos escritos fundadores fueron (entre otros):

Viaje en torno al globo de Antonio Pigafetta, fechado en Venecia en 1536 que dará el nombre al País.

Descripción de la Patagonia de Tomas Falkner escrito en 1774 lectura que provocará la colonización.

Vida entre los patagones de George Chaworth Musters fechado en Londres en 1871. Sobre sus páginas los argentinos iniciarán definitivamente la total exploración del territorio.

Es cierto que en medio habrán otros itinerarios escritos no menos importantes como los de Viedma, Fitz Roy, Charles Darwin, o Pedro de Angelis (54), Th.Schmid, entre otros pero en el presente ensayo sólo intenté demostrar con unos pocos ejemplos el origen literario de nuestro imaginario

Comodoro Rivadavia 2001

I N D I C E

Primera Parte

I. Entrada. II Del imaginario. III Genealogía patagónica.

Capítulo Primero: La Letra

La génesis oculta. La etimología. Nombrar es dominar. Mirar la Cosa El Otro como prójimo

Capítulo Segundo: El Cuerpo

El desierto en el esquema corporal argentino. Diferencia y Repetición La experiencia del cuerpo y de la letra

Capítulo Tercero: El Viaje

Los Viajes. Los viajeros. Al pie de la letra. Otras lecturas

Capítulo Cuarto: Escribir y seducir

La novela del un país. El placer del texto. La seducción de la letra En la deriva de la lectura. La maldita conquista

Capítulo Quinto: El incesante murmullo

De la libreta de apuntes. La Letra y el Deseo. Fronteras.

Segunda Parte

Capítulo Primero: La Canción de la Tierra

Del mito. Del mito al logos. De mitos y leyendas del Tehuel. La palabra como acto. La voz de la Tierra. Un mundo sin Dios.

Capítulo Segundo: La novela del Estado Nacional

Sociedad y Estado. Hacia una literatura patagónica. ¿Hay una literatura patagónica? Salida.

NOTAS

1 CASTORIADIS, Cornelius: *La Institución Imaginaria de la Sociedad*. Vol. 2

El imaginario social y la institución. Tusquets Editores Bs.As.1993.

2 "Hacer la genealogía de los valores, de la moral, del ascetismo, del conocimiento, no será por tanto partir a la búsqueda de su "origen", minusvalorando como inaccesibles todos los episodios de la historia; será por el contrario ocuparse de las meticulosidades y en los azares de los comienzos; prestar una escrupulosa atención a su derrisoria malevolencia; prestarse a verlas surgir quitadas las máscaras, con el rostro del otro no tener pudor para ir a buscarlas allí donde están-"revolviendo los bajos fondos"...El genealogista necesita de la historia para con conjurar la quimera del origen un poco como el buen filósofo tiene necesidad del médico para conjurar la sombra del alma.(...) el genealogista parte a la búsqueda del comienzo...innombrable que dejan esa sospecha de color, esta marca casi borrada que no sabría engañar a un ojo un poco histórico."

Michael FOUCAULT: "Microfísica del Poder". Ed. La Piqueta. 1992

3 GANDIA, Enrique de: *La Ciudad de los Césares* (Separata de Anales del Museo

- de la Patagonia. Tomo I) 1945. v.a.: KOESSLER-ILG, Berta: Tradiciones Araucanas Tomo I Universidad Nacional de la Plata. 1962.
- 4 "Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles;" CERVANTES SAAVEDRA: El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Capítulo I.
- 5 PIGAFETTA, Antonio: Primer viaje en torno al globo. Espasa Calpe 1943.
- 6 La tesis de Lidia fue expuesta en 1952, en la Hispanic Review de la Universidad de Pennsylvania, Filadelfia, titulada: "Para la toponimia argentina: Patagonia" La misma si bien muy sintetizada será difundida en la revista Argentina Austral en el número 263 pp.14/15 año 1953 y con posterioridad, en: "El cuento popular" Losada 1976.
- 7 GONZALEZ, Javier Roberto: Patagonia-Patagones: Orígenes novelescos del nombre Subsecretaría de Cultura Provincia del Chubut 1999 v. a.: Gonzalo Porto Bompiani: Diccionario Literario T. VI p.644 Montaner y Simón.1959.
- 8 LEONARD, Irving: Los Libros del Conquistador. F.C.E. 1953
- 9 MENÉNDEZ Y PELAYO: Marcelino: Orígenes de la Novela. Tomo I cap.V Emecé 1945 Buenos Aires.
- 10 GONZALEZ, Javier R.: id .Por no existir en castellano una versión actualizada de la obra en cuestión he seguido el excelente trabajo de exégesis de este autor.
- 11 PIGAFETTA, A. : Id.
- 12 VIEDMA, Antonio de: Diario de Antonio de Viedma. Municipalidad de Puerto San Julián 1980.
- 13 PRIEGUE, Celia Nancy: La Información etnográfica de los Patagones del siglo XVIII. Buenos Aires 1971.
- 14 MUSTERS, George Chaworth: Vida entre los Patagones. pp.219-222 El Elefante Blanco. Bs.As.2000
- 15 SCHMID, Teófilo: Misionando por Patagonia Austral.1858-1865 Usos y costumbres de los indios patagones. A.N.H. 1964.
- 16 MATTHEWS, Abraham: Crónica de la Colonia Galesa de la Patagonia. p.35 Ed. Asociación San David. El Regional. Trelew 1975
- 17 MARTINEZ SARASOLA, Carlos: Nuestros Paisanos los Indios. Cap.V p.276 Emecé Bs.As.1996.
- 18 INFORME Oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia) realizada en los meses de abril, mayo y junio 1879 bajo las órdenes del General D.Julio A.Roca. Bs.As.1881.
- 19 MORENO, Francisco P.: Reminiscencias 1906-1919 Colección Identidad Nacional Secretaría de Cultura Nación c/Ed.Devenir: Buenos Aires 1994
- 20 LISTA, Ramón: Los indios Tehuelches. Una raza que desaparece. Confluencia 1998.
- 21 FOUCAULT, Michel: De lenguaje y literatura. Piadós 1996
- 22 BORGES, J.L.: Obras Completas Tomo I. Emecé 1996.
- 23 CERVANTES SAAVEDRA: El Quijote.Tomo II. El Ateneo.
- 24 VIEDMA, Antonio de: Diario de Antonio de Viedma. Municipalidad de Puerto de San Julián 1980.
- 25 MORENO, Fco. P.:Viaje a la Patagonia Austral 1876-1877 (Marzo,2 de 1877) Ed. Solar BsAs. 1972.
- 26 MADSEN, Andreas: La Patagonia Vieja. pp.40-41 Ed. Galerna Bs.As. 1975
- 27/28 VIEDMA, Antonio de: Id.
- 29 MOYANO, Carlos María: Viajes de Exploración a la Patagonia 1877-1890 LISTA, Ramón: Mis Exploraciones y descubrimientos en la Patagonia CASTILLO, Santiago del: Exploración de Santa Cruz y Costas del Pacífico.
- 30 PIETROBELLI, Francisco: Primeras Exploraciones y Colonizaciones de la Patagonia Central. Asoc.Italiana de Comodoro Rivadavia 1971
- 31 "El gobierno quería ver con sus ojos", dice con acierto el biógrafo de Moyano, Juan Hilarión LENZI en "Carlos María Moyano. Marino, explorador y gobernante". Bs As 1962
- 32/33 MUSTERS,G.Ch.:Id. REY BALMACEDA, Raúl: Geografía histórica de la Patagonia 1870-1960 Ediciones Cervantes 1976 Bs. As.
- 34 MORENO, Francisco: Viaje a la Patagonia Austral.
- 35 FONTANA, Luis Jorge: Viaje de exploración en la Patagonia Austral 1886 p.94 Ed. Marymar Bs.As. 1976

- 36 THOMAS, John Murray: Diario de viaje de la expedición de los Rifleros. *Camwy* noviembre 1985. Publicación del Museo Histórico Regional de Gaiman.
- 37 FITZ ROY, Robert: Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S. M. "Adventure" y "Beagle", en los años 1826 a 1836; exploración de costas meridionales de la América del Sud y viaje de circunnavegación de la "Beagle". Londres 1839.
- 38 PRADO, Comandante: La Guerra al Malón (1907) pg.127 EUDEBA. 1960
- 39 MORENO, Fco.: Reminiscencias. Del mismo autor: "Reconocimiento de la región Andina. Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquen, Río Negro, Chubut y Santa Cruz." Museo de La Plata 1897.
- 40 PAYRO, Roberto: La Australia Argentina.
- 41 EVANS, Clery A.: John David Evans, "El Molinero". Una historia entre Gales y la Colonia 16 de Octubre. 3ra edición. Rawson 1999.
- 42/43 MUSTERS, G.Ch.: id.
- 44 LISTA, R.: Id. LLARAS SAMATIER: Primer ramillete de Fábulas y Sagas patagónicas. RUNA. Vol III. 1950.
- 45 ALVAREZ, Gregorio: El Tronco de Oro. Corregidor. 1994
- 46 CASAMIQUELA, Rodolfo: En pos del Gualicho. Eudeba/Fdo.Ed.Rionegrino 1988
- 47 MUSTERS. Id.
- 48 ABYA YALA: nombre dado por los pueblos Kunas de Panamá a la Tierra y significa "Tierra Fecunda" o "Tierra Virgen en plena madurez". El Consejo Mundial de Pueblos Aborígenes, adoptó este nombre en 1977 para Referirse a nuestro Continente.
- 49 HUGUES, William: A orillas del río Chubut en la Patagonia. 1967
- 50 ALVAREZ, G.: Id.
- 51 SCHMID, T.: Id.
- 52 FITZ ROY, R.: Id.
- 53 ALVAREZ, G. Id.
- 54 DARWIN, Charles: Viaje de un naturalista alrededor del mundo. Londres 1839.
- ANGELIS, Pedro de. Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. 1836-37

"EL COMPLEJO TEHUELCHÉ" DE FEDERICO ESCALADA

Por Ángel Uranga



Un indio tehuelche

En 1949, el médico Federico Escalada publicó, bajo los auspicios del Instituto Superior de Estudios Patagónicos (histórico antecedente de la actual Universidad Nacional de la Patagonia), la obra de antropología y etnología más importante de la Patagonia Central: "El Complejo Tehuelche". Ángel Uranga analiza aquí el legado de una esencial obra en el estudio de de los tehuelches, los ancestrales habitantes de la vastedad patagónica.

A CINCUENTA AÑOS DE "EL COMPLEJO TEHUELCHES" DE FEDERICO ESCALADA

Por Ángel Uranga

¿Cuántas cosas más dice un texto aparte de lo que dice?

De una lectura transversal, ni lineal ni departamental de obras testigo como la de Federico Escalada, surgen encrucijadas de significados que pueden echar luz sobre un presente que se interroga por la identidad.

Es cierto también que autores de textos claves (en todos los órdenes) no siempre han sido conscientes de las implicaciones hermenéuticas que los lectores futuros darían a su obra, pero también es cierto que tales escritos revalidan su solidez significativa cuando siguen mandando mensajes en el tiempo. Esos textos son los que al fin denominamos clásicos.

DESCRIBIENDO LA DIFERENCIA

¿Cuánto más estrecha sería nuestra memoria colectiva sin "El Complejo Tehuelche?"

La obra de Escalada es un enfoque comprensivo hacia la Diferencia, y hacer resaltar la diferencia en una cultura cuyos fundamentos se inscriben en el principio metafísico de identidad, es socavar el monopolio del significador global. A partir de tales textos todo un pasado censurado por los valores de la cultura hegemónica comienza a hacérsenos consciente.

Al hurgar en el pasado Escalada ahonda en el amplio mapa de nuestra diferencia respecto de la identidad homogénea. Fue un acto emancipador de la ignorancia hacia nosotros mismos.

Con obras como la que nos ocupa, nuestra conciencia histórica se desplaza milenios hacia las raíces, en un recupero de orígenes incorruptos, cuando no existía pecado original alguno, cuando el mundo no era mundo disociado, cuando esto era Tierra sin Mal. Nuestra imaginación sospecha una cultura originaria como simbiosis y religación con el mundo; cultura como origen, cuando "Cielo, Tierra, Dioses y Mortales" (Heidegger) palpitaban el unísono acorde de las diferencias.

Insisto en aquello de cultura en tanto cultivo de la relación hombre-mundo y construcción de una realidad humana. Elaboración de signos no fundados en la mera racionalidad técnica y de dominio que terminaron por destruir el mundo, cultura como ecosistema donde imperaba un pensamiento mitopoético basado en lo analógico y en una concepción del tiempo cíclico.

Sistemas de vida inmersos en el continuum espacio temporal y en la percepción holística del orden vital al que someten dioses, hombres y naturaleza.

LA PESADILLA DE LA HISTORIA

Si la desaparición de una especie natural es una pérdida irreparable que sucede en la biósfera que la fecunda diversidad ha elaborado trabajosamente, toda desaparición de una comunidad humana resulta una catástrofe en el esquema cultural al romperse el equilibrio hombre-naturaleza y la necesaria multiplicidad y heterogeneidad que cada pueblo revela respecto a la comunidad humana en general.

La historia es esa pesadilla donde los hombres producen y reproducen vencedores y vencidos, dejando la confusa trama de glorias y cenizas, de luces y sombras, y así, por alguien que produce heridas otros hay que se empeñan en realizar suturas. Tendríamos entonces, contrastando con las sombras de Cortés la preocupación antropológica de Bernardino de Sahagún o la utopía de Vasco de Quiroga; frente a los oscuros abismos de los Pizarros, la obra vindicadora del Inca Garcilaso. Aquí, la contraparte de Winter será Francisco Moreno, el Perito.

En la larga duración de la historia, todo vencedor por el odio obtiene siempre una victoria pírrica, si es que lo rechazado era bueno para la experiencia general. En toda derrota de lo valioso queda latente un murmullo de posibilidades truncas, de utopías que esperan la ocasión para volver a salir a luz y exponer su verdad; cuando esto sucede, cuando alguien levanta la lápida del monopolio de la palabra, las voces reencarnadas nos dicen mensajes que hoy, tras un largo ciclo de destrucción intentamos balbucear para no consumirnos en nuestros propios errores.

INTRUSOS Y DEPREDADORES

Aunque los habitantes primigenios de nuestra región-país supieron de los europeos a comienzos del siglo XVI, cuando los hombres de Magallanes secuestran un par de nativos "gigantes", según Pigafetta cronista de la expedición, denominándolos "patagones" e iniciando en este doble acto –robo y definición- la relación colonial; a pesar de las entradas de Valdivia, los intentos de misionar de Mascardi y Cía., y de las "visitas" de viajeros ingleses: Falkner, Musters, Darwin, y esporádicas como fallidas intenciones de habitar la región por parte de los españoles; no será hasta las últimas décadas del siglo pasado en que los nativos "patagones" conocerán en su real dimensión –trágica, depredadora, colonial-, la calaña de los intrusos civilizados.



Arriba dos indios del pueblo tehuelche; abajo, derecha, dos niñas tehuelches.

SIN LA LENGUA DE LA TIERRA

Cuando el Otro se instaló, dejó al hombre de la tierra sin la Tierra y sin la Palabra.

La Palabra es la cuna del hombre, el manantial de donde emana la significación y el sentido.

Perder la Tierra y la Palabra es sufrir la mutilación de la propia alma. Rescatar entonces una lengua –parte de la labor de Escalada- fue liberar una realidad oculta, poniendo en relieve aquella imagen del mundo opacada por el significador despótico.

Cuando hablan los sobrevivientes –Agustina Quilcamal de Manquel en el texto en cuestión-, la vida invisible por el tiempo y los miedos vuelve a hacerse visible, la ausencia, presencia, y el pasado censurado se convierte en historia consciente.

Ellos, los Antiguos, hablaron para que nosotros tengamos memoria y aprendamos con ella a convivir no solo con el prójimo –difícil de por sí también con la naturaleza. (Cuando Ellos vivían, la Madre Tierra aún no era mundo).

El tránsito de lo crudo a lo cosido en ciertas sociedades, o del desnudo al vestido en otras, señalan –según Levi Strauss- el salto de la naturaleza a la cultura. Sin embargo, la pérdida de la Palabra (como estructura que organiza y como sentido que confiere fundamento y valor a una comunidad) indica la pérdida de la condición humana.

No hay identidad si no hay Palabra, aquella con la que se habla al prójimo, a las cosas, a los demás seres, a los dioses. No hay identidad si la Palabra sólo pertenece al Otro.

EL HOLOCAUSTO PATAGON

El etnocidio que significó la Conquista del Desierto, queda expuesto en el despoblamiento del "desierto". Sólo en la isla grande de Tierra del Fuego y en el espacio de una década (entre los siglos XIX y XX) el 90% de los Onas (Yámanas, Alacalufes, Selkman) desapareció, rémington, alcohol y viruela mediante.

El tehuelche era pacífico y colaborador del cristiano, sobradas pruebas dieron los grandes caciques aoni-kenk, Orkeke y Casimiro. Pese a la reconocida benevolencia, su ingreso compulsivo a la civilización significó su inapelable aniquilamiento. En los viejos libros de historia y en el imaginario argentino, la presencia patagónica comienza como una campaña de exterminio, cuando el reluciente estado nacional extendía su soberanía sobre el ominoso silencio de una raza para provecho de terratenientes y súbditos de SMB.

EN BUSCA DE UN MUNDO PERDIDO

El recuerdo perdido permanece oculto en tanto siga siendo rechazado, censurado, desplazado, omitido, reprimido; pero en cuanto se lo recupera y asume como parte constitutiva de nuestro historial, el recuerdo expulsado comienza a ser parte enriquecedora de la experiencia colectiva.

El texto de Escalada efectúa un buceo arqueológico en la cultura condenada. La inmersión en este complejo cultural será un jalón más en el autoconocimiento y valoración de sí mismos por parte de los pueblos originarios tras el vasallaje civilizador.

A partir de "El Complejo Tehuelche" sabremos que hubo una parcialidad nativa denominada *Chehuache kénk* "Bastaría este descubrimiento –escribe Milciades Vignati, prologista de la primera edición- para que el nombre de Escalada quede para siempre ligado al del conocimiento etnográfico de esos lugares y este doble prodigio ha sido logrado con el estudio de un puñado de personas en trance de extinción absoluta, subsanando la lamentable omisión de quienes los trataron por centenares".

Hoy por hoy, resulta habitual leer en los libros que hojean los estudiantes la toponimia dada por los primeros pobladores o el gentilicio de las parcialidades nómades que ocuparon estos vastos espacios.

A modo de resumen, recordemos que el núcleo de la obra distribuye en dos grandes áreas el hábitat de nuestros Antiguos:

Tehuelches insulares (Onas) donde individualiza a los Selknam y los Man(e)kenk, en la denominación del autor; y,

Tehuelches de tierra firme, Aóni-kénk, distribuídos, aproximadamente desde la Patagonia central al Estrecho;

los *Chehuache kénk* ocupando la franja oriental cordillerana y precordillerana desde los lagos Buenos Aires y Fontana al complejo lacustre del Nahuel Huapí; y los *Guenena kene*, recorriendo toda la subregión del norte del Chubut a Sierras de la Ventana y sur de Mendoza, mapa ampliado por Rodolfo Casamiquela (1969).

En cuanto al gentilicio "chehuache kénk": "Chehuache parece ser nombre geográfico, aplicado a la región precordillerana donde habitaban...(y) Kénk equivale a "gente". (El Complejo Tehuelche, p.78.)

TERRITORIO Y ESCRITURA



Escuchó y anotó sus modulaciones, tomó infinitos apuntes, se ajustó al decir sentencioso, a las pausas y a los silencios largos como los horizontes. Reconstruyó así la sintaxis vital de nuestros paisanos y contagiándose de ese ritmo rescató un léxico oculto, el lenguaje invisible de los sumergidos, y en un esfuerzo de intelectual de límites culturales, la pérdida se volvió rescate, el olvido memoración. El recuerdo oral se transmutó en historia escrita. Cumplió el cometido de testimoniar aquello que no debía ser ignorado.

Había nacido en Juárez, provincia de Buenos Aires en 1909. Se recibió de médico en 1936 y en la década del cuarenta llega a esta región. Recorrerá los interminables caminos de la entonces Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia mientras cumplía su profesión por los pagos de Alto Río Senguerr y Río Mayo.

En 1949 publica, bajo los auspicios del Instituto Superior de Estudios Patagónicos (histórico antecedente de la actual Universidad Nacional de la Patagonia), la obra de antropología y etnología más importante de la Patagonia Central: "El Complejo Tehuelche". Tiene sólo treinta años.

En 1951 escribe para la edición especial "Cincuentenario de Comodoro Rivadavia" del diario "El Rivadavia" una suerte de síntesis de su obra: "Contribución a la prehistoria y a la protohistoria de la Patagonia Central".

Para el Instituto Superior de Estudios Patagónicos elabora dos opúsculos: "Algunos problemas relativos a límite norte del Complejo Tehuelche" y "Bosquejo biográfico de don Julio Germán Koslowsky".

Su labor teórica se inscribe en una rigurosa y feliz tradición intelectual marcada por nombres como Félix de Augusta, Thomas Harrigton, Lehman Nitsche, Félix Outes, Milciades Vignati, Canals Frau, Martín Gusinde, Llaras Samatier, José Imbeloni; labor continuada por Gregorio Alvarez, Berta Koessler-Ilg, Manuel Molina, Wilhem Moesbach, E. Erize, Rodolfo Casamiquela, entre tantos estudiosos y apasionados por nuestra geografía natural y humana.

Federico Escalada murió en agosto de 1959.

OTRA LECTURA DE "EL COMPLEJO TEHUELCHÉ"

¿Qué leemos hoy en "EL Complejo Tehuelche?"

Daré –si es válido- mi propia versión de la lectura de esta obra insustituible para la comprensión de nuestro devenir como comunidad de cultura.

Siempre, de toda gran obra –y esta lo es a medida que nos alejamos del momento de su producción- hay múltiples sentidos que emanan de sus incontables lecturas. Cada una de ellas da una nueva versión a lo que dice el texto. Todo lector atento es también coautor de lo escrito.

Confieso que escribí "Ampliando nuestra memoria" sin que nadie me lo solicite, surgió espontáneamente tal vez por la conjunción de un proyecto intelectual personal y la ocasión del cincuentenario de la primera edición de su obra mayor y el cuadragésimo aniversario del fallecimiento de su autor. Nunca escribo sobre lo que no me interesa. En mi caso, hay lecturas que me impulsan a elaborar otros textos que no son más que la confesión de mis dudas, de mis interrogantes tanto como de mis ignorancias.

Ha sido el placer del texto lo que hizo que mi goce se convirtiese en escritura, en otra voz sobre lo mismo, teniendo en cuenta que si no hay escritura sin deseo tampoco habrá lectura con placer. Digo escritura y señalo el medio y la forma de salir de lo conocido y acceder al misterio, a lo acallado, a lo reprimido también. En suma, siempre escribimos sobre lo escrito. Nuestra cultura resulta un vasto como interminable palimpsesto donde tratamos de imprimir nuestro destino comunitario sustantivándolo con términos como, identidad, proyecto, políticas, y otros.

Podemos leer "EL Complejo Tehuelche" desde distintos lugares: como relato de una búsqueda de raíces étnicas, como narración fenomenológica de voces y gestos ocultos y perdidos; como camino genealógico, como relato ficcional de una -hoy- inexistente realidad.

Tenemos entonces el texto de Escalada de 1949 (hay que retener esta fecha porque en ese mismo año Levi-Strauss publica sus "Estructuras elementales del parentesco") donde se rescata una tradición oral, tenemos por otro lado, el deseo de una lectura que busca la trama rizomática del imaginario patagónico.

Hay por lo tanto, un encuentro de intenciones y de deseos. ¿Qué pudo guiar a Escalada a escribir su Complejo?. Como lector casi me resulta secundario saberlo, dado que lo

que me acercó al autor y creó el estímulo de escribir fue su acto de rescate, el redescubrir aquello enterrado por el gesto soberbio del civilizador, el hecho hermenéutico de recupero y sutura de la escisión en nuestra Memoria. Una escritura, insisto, que acabó por condensar y materializar aquello que sólo viento era: voces recuperadas del territorio del olvido, casi la nada. En suma, una obra de verdad o acerca de la verdad histórica donde queda expuesta, sin afán ni intención de denuncia, la violencia sobre los cuerpos y sobre una cultura por parte del estado nacional.

Sin duda hay una tradición que nos viene de los barcos, con Pigafetta a la vanguardia; es la voz y la letra del Otro que se impone con la legalidad del dueño del verbo. Pero también hay una tradición que nos llega de la Tierra Madre, tradición que intelectuales como Federico Escalada han intentado rescatar.

Elaborar una tradición –pienso en Echeverría, en Sarmiento, en Hernández- es territorializar nuestra imagen y bosquejar el mapa de esa proyección. Construir una tradición resulta configurar un corpus significativo propio, sustrayéndole al otro hegemónico la capacidad y la facultad de significar por nosotros.

Como ayer Escalada, también nosotros escribimos en el borde de una cultura, que al pertenecer al sur somos frontera, margen, límite de un imaginar, un fin y un comienzo. Escalada escribía en los márgenes de un discurrir cultural donde todo lo nativo era lo otro subestimado, el rostro borroso de la barbarie, el lado oscuro, primitivo e irracional de nuestro ser colectivo.

Ahora recogemos el tesoro que una labor de rescate nos dejó. Hoy estamos inventando una tradición. Se trata de invencionar sobre nuestro aike, en torno a, y desde este cuerpo-territorio, reconstruyendo una nueva perspectiva del mundo. Se trata de rescatar nuestra memoria telúrica en momentos en que el ciclón de la globalización técnica tiende a desarraigarnos y marginarnos del goce de la vida.

Se podrá aducir que Escalada buscaba una identidad. Prefiero decir que lo que se busca –ayer y hoy- es una procedencia, una continuidad del nosotros con el ayer y con el aike; tiempo y lugar de la presencia y el testimonio, el intento por elaborar una genealogía de nuestra estar-siendo.

Federico Escalada, arqueólogo de nuestro etnos, se hunde en la memoria de una raza degradada y humillada, sumergido en el subsuelo social, cuando emerge lo hace impregnado de la humildad de los pobres y sublevado de voluntad de cambio, de deseos de hacer escuchar esas voces y el porqué de sus silencios.

Hay en "El Complejo Tehuelche" un acto literario y un hecho social, una ciencia y una conciencia solidaria, un develamiento y una experiencia de afirmación. ¿Qué más podemos pedir? (*)

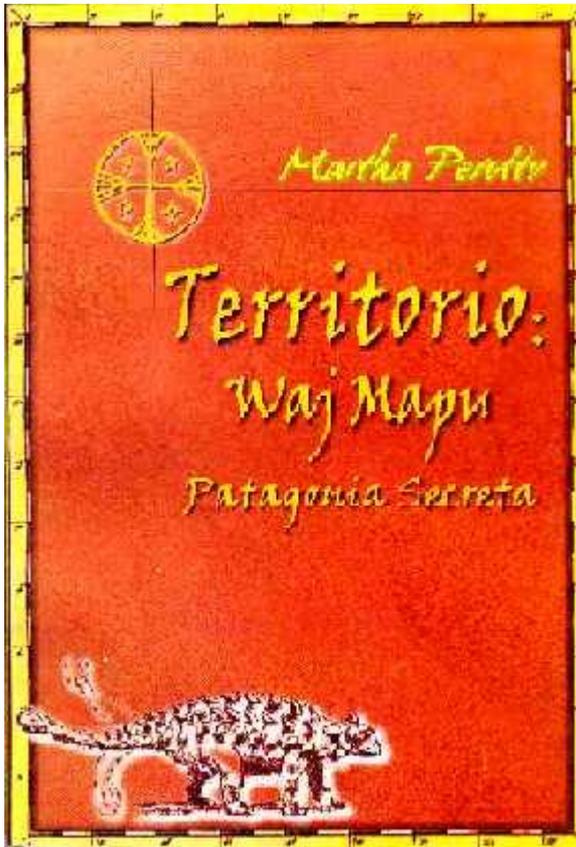


Federico Escalada

(*) Fuente: Ángel Uranga, "Ampliando nuestra memoria. A cincuenta años de la primera edición de "El complejo tehuelche" de Federico Escalada, 1999, Comodoro Rivadavia.

TERRITORIO: *Waj Mapu. Patagonia secreta*

Por Martha Perotto



Tapa de la obra de Martha Perotto inspirada en la geografía y la realidad cultural de la Patagonia.

La geografía patagónica, como otros paisajes del rico planeta azul, es capaz de inspirar brisas creadoras y vislumbres hondos de la existencia. Para traducir los mensajes de la tierra en historias, símbolos y señales, es necesaria la mediación de un ojo sensible, de una pluma esmerada. Este es el caso de la narrativa de Martha Perotto, escritora que reside en El Bolsón hace más de veinte años. Perotto nació en Buenos, y, en su bello hogar patagónico, ejerce actualmente la docencia en Lengua y Literatura. Ha editado obras como *Cuentos para un invierno largo*, y *De un castillo en Patagonia*. Aquí, Perotto respira en su última obra *Territorios. Waj mapu. Patagonia secreta*, una novela atravesada por la búsqueda de un paleontólogo en el norte de Neuquén. La pasión por el hallazgo de las arcaicas osamentas de dinosaurios se convierte en persecución de una veta visceral del vivir. Así, en el capítulo seis de *Territorio...* (que presentamos aquí), Germán, el paleontólogo, manifiesta: "... los paleontólogos vivimos, como todos los científicos, en una eterna pregunta. Y si la contestamos encontramos otra nueva. Buscamos el pasado remoto. En el fondo queremos reconstruir la historia de la vida." En el siguiente capítulo, Juan, un niño mapuche, se eleva en sueños, en ensoñaciones de ternuras y cristales, donde Batman o Superman, que gestan sus hazañas en sus amadas historietas, son inspiración para un sueño heroico, un sueño de liberación de un pueblo que, lentamente, se desvanece entre las susurrantes garras del viento patagónico.

Esteban Ierardo

Para comunicación con Martha Perotto: lferrero@elbolson.com

TERRITORIO: *Waj Mapu. Patagonia secreta*

Por Martha Perotto

CAPITULO

6

La mañana estaba fría y el sol apenas se insinuaba al iluminar las puntas de los cerros, al oeste. Por el este, un halo nimbaba las formas, más oscuras que nunca, al contrastar con el resplandor que crecía detrás. Una capa finísima de blanca helada velaba los matorrales y las zarzas. Desde el volante, Germán divisó cuatro caballos y dos jinetes. Dos o tres perros

se da poco la exposición de capas del jurásico. “La Patagonia es un Parque cretácico”
solían decir en el museo.
- No se preocupe, están cerca.
- ¿Qué quiere decir?
- Nada especial. Por acá cerca hay muchos lugares como los que usted marcó en su mapa.
A Germán le extrañó el tono. Le dio la impresión de que el hombre sabía de lo que estaba hablando.
- ¿Me puede guiar a uno de esos puntos que considera interesantes?
- Usted manda.
Enfilaron hacia un macizo lleno de quiebras y Germán se entusiasmó con lo que veía. Ese punto no lo había marcado Osvaldo en el mapa. Se agachó junto a una depresión, y en lo que parecía ser pedregullo arrastrado por los ríos encontró, y señaló a sus acompañantes, la presencia de unos dientes entre los guijarros. Los fósiles eran minúsculos restos de contemporáneos de los dinosaurios, del tamaño de un roedor actual. Marcó el sitio y treparon por las paredes de un barranco. Unas protuberancias ocre imperceptibles para el ojo no experto, dispuestas en semicírculo, le indicaron un esqueleto. No era ninguna cosa extraordinaria, probablemente un dinosaurio pico de pato, pero por lo que podía apreciarse se hallaba en excelente estado de conservación.
A Juan no le alcanzaban los ojos para contemplar el hallazgo, su primer encuentro con fósiles.
- Donde hay uno, es probable que haya más.
Regresaron al campamento base, en la cantera.
- Se lo ve contento.
- No es para menos. No pensaba tener éxito tan pronto.
- ¿Va a trabajar solo?
- Tengo dos ayudantes que van a llegar en cuanto esté instalado el campamento.
- Ajá. Yo vuelvo a las casas mañana.
- Sí, lo tengo presente. Acá, con Juan, nos vamos a arreglar muy bien. Por ahí regresamos antes de lo que pensábamos, porque, por un lado, me gusta este lugar para el campamento y por el otro, ya se dio, y muy cerca, el primer hallazgo. Mis compañeros pueden empezar a trabajar.
Al rato agregó:
- Igual sólo será un día más de exploración. Después tendremos que regresar ya con el vehículo y los elementos para instalarnos.
- Juan puede quedarse acá con los caballos el tiempo que haga falta.
Germán miró alrededor el fantasmal paisaje y si bien supo que Juan podía hacerlo, le pareció inhumano dejarlo en esa soledad. Se lo veía más pequeño junto a las paredes blancas.
- No. Que vuelva a la escuela. A mí me llevarán unos días los preparativos. Cuando esté listo todo, ahí sí voy a necesitarlo.
Se distendieron luego de los arreglos. Germán le pagó a Andalicio según lo acordado.
- Al muchacho páguele después lo suyo. Él se lo va a ganar - agregó cuando Germán quiso adelantarle el salario de Juan.
Junto al fuego, Juan trabajaba una madera con el cuchillo, le daba la forma de un ave.
- ¿De dónde sacaste la madera?
- La encontré cuando buscaba leña.
- ¿Qué madera es?, no hay árboles por acá.
- Es incienso, al quemarlo perfuma. - echa unas ramas al fuego.
- Es buen perfume...
- Y sirve para tallar.
- Sos habilidoso con las manos. Te vas a entender con Elena.
- ¿Quién es Elena? - preguntó el muchacho, que empezaba a entrar en confianza.
- Es una artista, una ceramista de las buenas que me va a ayudar a proteger los huesos que encontremos.
- ¿Y por qué tiene que ser una artista?
- Buena pregunta. Porque lo que vamos a encontrar puede tener partes muy delicadas. Vamos a limpiar los huesos hasta donde se pueda sin destruirlos y a cortar la roca alrededor para su transporte. Tenemos que recubrirlos primero con un material blando,

luego con yeso... y hasta ponerles algún armazón protector a las partes más frágiles. Después, en el museo de la universidad van a terminar de limpiarlos y acomodarlos. Seguramente habrá que reconstruir algunas partes que se hubiesen dañado o que

hubieran

desaparecido por el tiempo y la intemperie. Y ahí viene el trabajo del artista.

- ¿Y cómo saben la forma de lo que falta?

- Si es un animal conocido, por la comparación con otros ejemplares que se conserven más enteros, y si no, uno se imagina cómo serían las partes que faltan. Los huesos tienen las marcas de los puntos en los que se insertaban los músculos. Una artista como Elena, que además conoce de dinosaurios, puede acercarse mucho en la reconstrucción del aspecto de los animales. Más si se ayuda con una computadora.

- ¿Cómo saben que no se equivocaron?

- Los modelos reconstruidos siempre son hipótesis, es decir...

- Graciela nos enseñó lo que significa esa palabra.

- ¡Bravo! Los modelos son aproximaciones a la realidad, nuevos hallazgos confirman o no esas hipótesis. ¿Entendiste?

- Creo que sí... ¿Para quién buscan esos huesos? ¿Le pagan bien?

- Sí, me pagan. Pero los paleontólogos vivimos, como todos los científicos, en una eterna pregunta. Y si la contestamos encontramos otra nueva.

Buscamos el pasado remoto. En el fondo queremos reconstruir la historia de la vida.

- ¿Y se conoce mucho?

- Cada vez más. Lo que descubre uno se suma a lo que descubre el otro... Las otras ciencias, la técnica moderna contribuyen también. Les robamos entre todos los secretos a este viejo planeta.

- ¿Cómo sabía que esas piedritas eran dientes?

Germán miró el cielo; la luna, redonda y clara, dominaba.

- Intuición... y suerte.

- ¿Es como buscar oro?

- Parecido.

CAPITULO

7

“Entonces Supermán, antes de que la kriptonita le haga efecto, logra desviar el asteroide que iba a chocar contra la Tierra y que había provocado tumultos y disturbios en multitudes enloquecidas por el miedo. El planeta vuelve a la calma. Pocas horas después, Clark Kent es el encargado de redactar la noticia para su periódico. FIN.”

Juan, sentado en el umbral del correo, cierra la revista de historietas y se queda un rato soñando con su héroe. Después se levanta, entra al modesto edificio y tendiéndole la revista al jefe de correos le dice:

- Ya la terminé, ¿no tiene otra?

- Sí, pero por hoy ya leíste bastante. ¿Qué te parece si te la presto la semana que viene, cuando regresés al pueblo?

Juan se queda pensando.

- Es que no sé si podré venir. Hay mucho trabajo.

- Juan, Juan, sos el único que consigue sacarme las revistas para leerlas en casa.

- Yo se las voy a cuidar.

- Sí, ya sé. Pero son el esfuerzo de toda mi infancia. Es una colección única, esas revistas no se consiguen más... - rezonga mientras le alarga los ejemplares.

- Yo se las voy a cuidar -. Las aprieta contra el pecho pero no se va.

El jefe de correos tiene dos pasiones: las viejas revistas mejicanas de Supermán y Batman y las estampillas. Esas dos posesiones lo transforman en un personaje para Juan.

- Y ahora, ¿qué más querés?

- Cuando regrese para devolvérselas, ¿me deja ver las estampillas?

- Bueno, bueno. Ahí está tu papá que te busca.

El niño pone las revistas en una bolsita y descubre entre ellas un chupetín. Le sonrío mientras monta a la grupa del caballo de Andalicio y saludando con la

golosina en alto, se alejan hacia su hogar. Desde la punta del cerrito al que ha subido con dificultad, Juan puede observar el

horizonte, que, por la variedad del relieve, jamás es una línea recta. Ha dejado su caballo en la base, antes de iniciar la ascensión. No está muy lejos del paraje donde él vive. Le encanta subir a lo alto para ver lo más lejos posible. Al rato, la mirada que se perdía a la distancia, en el espacio, se aleja también en el tiempo y se deja ganar por el ensueño.

Ve avanzar la larga hilera de caballos cargados; es una tribu que se desplaza por la inmensidad. Según él, son pehuenches, los hombres recolectores del piñón, fruto del pehuén (araucaria) a los que pertenece su propia comunidad.

Él sabe cómo era la vida en otro tiempo. Sabe que era simple y repetida como todas las cosas habituales, cargada de tareas diarias que aseguraban la subsistencia. Envidia el sentimiento de libertad que debía darle al hombre de esos tiempos el poder cambiar su lugar de residencia, el seguir el camino de la caza, el encontrarse con otros grupos humanos para el trueque o para concertar alianzas matrimoniales fuera del grupo familiar.

Muchas veces, mientras tejía, la abuela contaba hechos de la vida pasada, de la propia y de la de sus mayores, en historias que mantenían viva la memoria. Si bien el hecho de tener al piñón como medio de subsistencia, había hecho de los suyos un pueblo asentado, había ocasiones en las que se movilizaban. Podría ser, también, que en su fértil imaginación se le mezclaran un poco los tehuelches, nómades por excelencia, con sus más

afincados ancestros; de todos modos, a él le gustaba imaginarlos así:

Hay una larga fila de animales con carga, guiados por las mujeres, los niños más grandes y los ancianos. Aguzando la vista, distingue un grupo de hombres que avanza veloz y que trae, atravesados sobre la montura, un guanaco y unos choiques (ñandúes).

Llegados al valle que está a sus pies, los ve armar el campamento con una economía de medios que sólo da la experiencia de la vida nómade. Muy poca cerámica, porque se rompe. Nada de mobiliario, porque sería peso inútil.

Los palos que ayudan en el transporte son los mismos que se usarán para armar los toldos o cumplirán otras funciones, como por ejemplo, con las puntas aguzadas, la de desenterrar los tubérculos y raíces que complementan su alimentación.

En el lugar elegido hay un arroyo y los miembros del grupo se acercan a beber antes de armar la toldería. Juan se descuida por un momento siguiendo, a lo lejos, el derivar de una manada de guanacos y cuando vuelve a fijar la vista en la gente, observa que los toldos ya han sido levantados. Ahora, las mujeres limpian las presas traídas por los hombres y se disponen a cocinarlas en los fogones cercanos.

Mientras tanto, los niños exploran el lugar en bandadas recolectoras de leña y comida y registran todo lo aprovechable. Los hombres descansan después de la cacería sin intentar la más mínima ayuda al trabajo considerado propio de las mujeres.

Juan sigue en sus ensueños a esa tribu imaginaria desde hace mucho tiempo y se ha identificado con un adolescente que lleva los cabellos largos y sueltos al viento y que monta un caballo inquieto y hermoso. Lo nombra «Pequeño guerrero» y lo busca entre los otros para saber cómo actúa en cada circunstancia.

Algún día, sueña Juan, él va a realizar una hazaña que pondrá de nuevo a su pueblo en el lugar protagónico que ha perdido.

A veces, en estas ensoñaciones se entremezclan los superhéroes de las historietas que lee con avidez. Entonces, él es Supermán luchando contra un puma o abriendo paso al agua en las acequias con un golpe de puño. Otras veces es el hombre de acero el que empuja las manadas de guanacos hasta donde él, caracterizado como el pequeño guerrero de la comunidad nómade, espera con su caballo y las boleadoras. A veces le presta éstas a Supermán quien las dispara hasta que se pierden de vista o dan contra la punta de un

cerro al que dejan mocho, como los otros, las mesetas, según dice Graciela cuando explica Geografía.

Después de conocer a Germán, los dinosaurios comienzan a tener lugar en sus sueños y se entrecruzan con los superhéroes o con el pequeño guerrero.

- Maestra, usted le da importancia a las cosas nuestras, hay otros que no, que las desprecian, ¿por qué?

- Se creen superiores.

- ¿Está mal que me gusten las historietas?, no son de mi cultura.

- Hay cosas buenas y malas en todas las culturas. Te pueden gustar cosas de otros pueblos sin despreciar lo tuyo.

- A mí me gusta Supermán.
- El de los superpoderes...
- Lo puede todo... y ayuda a la gente.
- También la kriptonita lo hace débil.
- Sí, pero hay poca y es difícil de conseguir... por eso a los malos les cuesta debilitarlo.
- A veces pienso que soy Supermán y hago canales para riego, carreteras.
- No se necesita ser Supermán para hacer esas cosas, con el esfuerzo de todos...
- Pero, acá nadie hace nada.
- No, No podés decir eso.
- No, digo que nadie hace nada tan grande.
- Por ahí, cuando vos seas hombre podrás hacer cosas parecidas para tu pueblo.
- Es lindo soñarlo. (*)

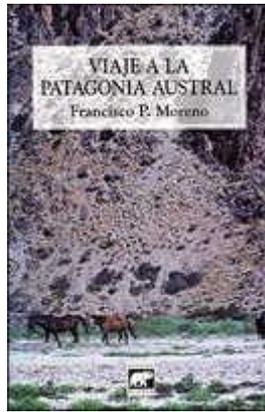
(*) Fuente: Martha Perotto, Territorio: Waj Mapu. *Patagonia secreta*, julio del 2004, pp. 43-55; editado por la imprenta en el marco del trabajo del Grupo de Amigos del Libro.

VIAJEROS DE LA PATAGONIA: FRANCISCO MORENO



Francisco Pascasio Moreno (1852-1919): la nobleza y el coraje explorador. El Perito Moreno, como popularmente se lo conoce, murió pobre y olvidado. Pero el destino esbozó después un ademán justiciero: hoy por hoy se lo recuerda como quizá el gran explorador de la Patagonia Argentina. Arriba, su perfil henchido de seguridad y dignidad, su mirada enfilada hacia una elevada meta, pareciera observar el célebre glaciar que hoy inmortaliza su nombre. En 1875, Francisco Moreno fue el primer argentino en arribar al hermoso lago Nahuel Huapi al remontar las aguas del Río Negro; en 1879 remonta las aguas del Río Santa Cruz para alcanzar luego las alturas de la cordillera andina. Durante sus exploraciones, su amor por la paleontología lo impelió a encontrar numerosos restos fósiles. Muchos de esos remotos vestigios compondrían la colección del Museo de Ciencias Naturales de la Plata, que el dirigió desde su fundación en 1886. En 1902, Francisco Moreno fue nombrado perito en el conflicto limítrofe suscitado entre la República Argentina y Chile. En 1903 le donó a la nación argentina las hectáreas que hoy componen El Parque Nacional Nahuel Huapi, cerca de Bariloche. En 1912 realiza su último viaje a su amada Patagonia para acompañar al presidente norteamericano Theodor Roosevelt.

En Francisco Moreno confluyen, en rara armonía, el ímpetu por la exploración, una erudita formación científica y un espíritu poético, tal como se manifiesta en su arrobamiento ante la estrellada y límpida noche austral patagónica. Y también brillo en él una actitud comprensiva y abierta hacia los pueblos indígenas, los ancestrales pobladores de las vastedades patagónicas. Su máximo testimonio como viajero pionero



es su Viaje a la Patagonia Austral (portada a la izquierda), obra que, en su versión castellana puede ser leída hoy a través de la reciente reedición realizada por la editorial argentina Elefante Blanco.

En este momento de Viajeros y exploradores de Temakel, presentaremos un completo artículo que recrea las principales expediciones y descubrimientos del Perito Moreno en la Patagonia, y otros aspectos de su vida como hombre público. Este texto procede de www.oni.escuelas.edu.ar valioso sitio de contenidos culturales que invitamos a visitar.

E.I

Los primeros pasos del joven explorador Francisco Pascasio Moreno, quien sería un temerario explorador, científico y pionero de la Patagonia, nació el 31 de mayo de 1852 en la Capital Federal. Sus padres fueron Francisco Facundo Moreno y Juana Thwaites quienes lo bautizaron el 29 de octubre. Su hermana mayor recibió el nombre de Juana y sus tres hermanos menores fueron llamados Josué, Eduardo y Maruja. Su padre tuvo una enorme influencia sobre él al enseñarle las letras y su amor a la naturaleza, cosa que definiría el rumbo de su vida. Su patriotismo nace en sus primeros años de vida. Estuvo muy enfermo durante la guerra del Paraguay y veía a su madre, que junto con parientes y amigas, hacían "hilas", y vendas para los heridos, oyendo además los comentarios sobre las familias enlutadas y los actos heroicos realizados por nuestras tropas. Todo esto, fue trabajando en su mente, alimentada después por los motivos de guerra, que leía con avidez y su mayor emoción, fue el ver pasar por la calle Florida, al son de marchas militares, los restos del sexto de línea, frente a los curiosos que los miraban con indiferencia. Fue tal el impacto que esto causó en él que toma la resolución de servir a su patria a la medida de sus fuerzas. En 1863 ingresó al colegio San José de los Padres Bayoneses donde estuvo pupilo tres años. Durante el tiempo que estuvo internado no se destacó como alumno estudioso. Continuó sus estudios en el colegio Catedral del Norte. Entró allí debido a la amistad que su padre mantenía con Sarmiento. Como el colegio no enseñaba Ciencias Naturales, Francisco Facundo Moreno, su padre, lo llevaba al río y a Palermo a juntar elementos, los cuales serían los primeros objetos de su propio museo. Su padre les regala a los tres hermanos el mirador de su casa en agosto de 1866 para allí instalar el primer museo. Durante su juventud, Francisco P. Moreno entabló una amistad con Germán Burmaister, naturalista, médico y escritor prusiano. El 27 de Diciembre de 1867 muere la madre, Juana Thwaites, víctima de cólera, enfermedad que padecía hacía bastante tiempo y se había agudizado en los últimos dos meses. En el año 1868 sus hermanos se desvinculan del museo familiar, quedando éste a su cargo. Los distintos objetos que allí se exhibían, algunos de gran importancia geológica, fueron repartidos equitativamente. En el mismo año fueron recibidas las primeras donaciones por parte de Mariquita Sánchez de Thomson. Ya en 1870 la familia se muda a la quinta de parque Patricios. Allí pudieron gozar de mayores comodidades y Francisco Pascasio realizar sus estudios en mayor tranquilidad. En ese mismo año escucha hablar por primera vez de Luis Piedrabuena y se ve totalmente anonadado por la emblemática precisión y certeza de su labor en la materia. Llegando a 1871 comienza la expansión de la amenaza de la fiebre amarilla. Se mudan a la estancia de León Gándara, esposo de Francisca, la hermana de Francisco Facundo Moreno. Ese mismo año Francisco Pascasio Moreno realiza las primeras exploraciones entre los lagos Chascomús y Vitel. Los peones le habían hablado sobre osamentos llamados "Luces Malas", lo que lo llevó a conjeturar que esas fosforescencias podrían indicar un yacimiento fosilífero. Allí dedican dos días a la clasificación de todos los huesos. En 1872 ingresa a la compañía de seguros "La

Estrella" (que había sido fundado por su padre) pero se da cuenta de que no era su verdadera vocación. Su padre lo entiende y lo apoya en su profundo y esencial discernimiento regalándole un edificio de 200 m² para su propio museo (fundado a los veinte años de edad).
"Gobernar es poblar" F. P. Moreno

Comienzo de su lucha: 1º viaje a la Patagonia

El 28 de Julio del mismo año, por iniciativa de Estanislao S. Zeballos, se fundó la Sociedad Científica Argentina. En la primera junta directiva figuraba Moreno junto a otros estudiantes dispuestos a salvar el país. Eran hijos de las llamadas "buenas familias" pero no ignoraban lo que sucedía en los conventillos o en la dilatada Tierra Adentro. En 1873 su padre Francisco Facundo se casa con Fanny Gowlan de Rubio, prima hermana de su madre, con la que tendría dos hijos: Daniel y Rosario, quien moriría a temprana edad. Es por esta razón que Moreno decide vivir solo y abandonar el hogar paterno. El mismo año recibe el llamado del presidente Sarmiento, quien lo consulta sobre ciencia. Luego de esa charla decide realizar su primer viaje a la Patagonia. Con tan solo 21 años llega a Carmen de Patagones en busca de fósiles. Para comprender lo que ello significaba basta recordar que en esa época el interior de la Patagonia era virtualmente desconocido. En ese entonces no existían caminos, el ferrocarril solamente llegaba hasta las Flores, y esas enormes distancias debían ser cubiertas a caballo.

Se dirige al cementerio indígena. En su viaje iniciático a la Patagonia adquiere el hábito de escritura portátil en busca de la posibilidad de enviar sus observaciones a Europa. Vuelto a Buenos Aires, en 1874 asiste al congreso de arqueología y antropología prehistórica en Estocolmo. El antropólogo francés Paul Broca publica un trabajo de Moreno llamado "Civilización Anterior a la Actual". El museo Moreno adquiere una gran importancia. "Otra Argentina más allá de las aulas, de las universidades y los salones de la alta sociedad" F. P. Moreno

2º viaje al sur

En 1874 se embarca en el "Bergatín Rosales" de la Armada a Santa Cruz con el objetivo de explorar las tierras donde se habían establecido los chilenos. El barco llega hasta la desembocadura del río Santa Cruz. Junto con Carlos Bergatín y el guardiamarina Carlos María Moyano, se internan en Santa Cruz y Río Negro, donde encuentran una tribu aborigen que mantenía viejas costumbres de un tiempo remoto, con vestigios de una vida anterior a la llegada del hombre blanco. Moreno hizo acopio de una gran cantidad de objetos de habitantes primitivos. En diciembre llega a su fin la expedición luego de 5 meses. Vuelven a Buenos Aires debido a una revolución que al llegar ya había sido sofocada. Viaja a Entre Ríos para comparar la formación terciaria de las barrancas del Paraná con la de las Patagonia. Francisco Pascasio Moreno no sólo intenta explorar la Patagonia sino, también, integrarla al país que está ajeno a su existencia "Hay una sola patria para el mapuche y para el blanco. Una sola patria, a pesar de todo..."

3º expedición: Visita a las tierras del Cacique Sayhueque

Ya en el año 1875 luego de un arduo trabajo logra persuadir a la Sociedad Científica Argentina para que le dé el dinero necesario para su nueva expedición a la Patagonia. Su objetivo era cruzar los Andes por el Nahuel Huapi y llegar a Chile en un camino inverso al de Guillermo Cox. Buscaba un paso entre el Nahuel huapi y Valdivia para unir el Atlántico con el Pacífico. Para hacerlo debía encontrar al Cacique Saihueque quien era el dueño del paso a Chile. En el recorrido bordeó el río Limay, pasó por las barrancas de Chacón Geyú, cruzó el Cumlefen, en la Pampa rosada y la región Manzanageyú o País de las Manzanas. Al llegar a la Collón Curá y Neumuco, envió un mensaje al cacique quien lo invitó a su territorio. Francisco Pascasio Moreno es recibido por un coro de mujeres y se presenta frente a Sayhueque, quien demuestra ser muy sabio. El joven explorador no sólo traspuso una frontera geográfica sino también la de una cultura inexplorada. Moreno gozó de la hospitalidad de Sayhueque, quien se consideraba señor de la tierra y cacique principal de toda la Patagonia. Se presenta al consejo de los viejos jefes para explicar los motivos por los que deseaba ir a Chile. Aduce que sólo de sea conocer lo que hay allí pero los caciques pensaban que Francisco Pascasio tenía la intención de ocupar su territorio. Tenían arraigada la idea de que todo cristiano engañaba y mataba a todos los que los ayudaban. En un momento de la discusión,

Yanyarique, el cacique de las nueve mujeres, lo acusó de mentiroso y lo desafió a que midieran sus fuerzas. Francisco Pascasio dejó de lado el temor y se enfrentó al cacique, quien no pudo arrancar del caballo al joven explorador. Aunque realizó grandes esfuerzos le negaron pasar a Chile por el camino de la cordillera. No obstante, Moreno no desistió en su empeño de explorar el territorio. Era necesario, en sus palabras "Conocer esos territorios hasta sus últimos rincones y convencer con pruebas irrecusables a los incrédulos y a los apáticos, del gran factor que para nuestra grandeza sería la Patagonia apreciada en su justo valor". Es por ello que se hizo amigo del cacique Nancochenque, quien lo invitó a sus toldos. Recorrió los bosques de Pehuen y descubrió la fitarroya patagónica. Luego Moreno retornó a Calefú a los toldos de Sayhueque para que este autorizara el paso al Nahuel Huapi. El 22 de enero de 1876 se convierte a los 23 años en el primer blanco que llega al Gran Lago desde el Atlántico. Aunque está conmovido por la belleza del paisaje, no olvida tomar posesión simbólica del lugar, haciendo reflejar en las aguas del Nahuel Huapi los colores de nuestra bandera. Desea afirmar en ese territorio la soberanía de nuestro país. Luego de unos días emprende su vuelta. Al llegar a Chichinal se entera que pronto habría un malón. Por ello el regreso se convierte en una desesperada carrera contra la muerte ante la inminencia de una invasión indígena, y llega a Buenos Aires tres días antes de que se produjera el malón que costó cientos de vidas y centenares de miles de cabezas de ganado. No repuesto aún de esta experiencia Moreno viaja a Catamarca y Santiago del Estero. "Mar interno, hijo del manto patrio que cubre la cordillera en la inmensa soledad, la Naturaleza que te hizo no te dio nombre; la voluntad humana te llamará desde hoy Lago Argentino." Francisco P. Moreno

4º expedición: Bajo el mando de Don Luis Piedrabuena

Su objetivo principal era mostrar a los políticos el valor económico y estratégico de la Patagonia. Por ello decide alcanzar las nacientes de Río Sta. Cruz, para averiguar, según dice, "La verdadera situación de la cordillera y confirmar los derechos argentinos a las tierras magallánicas ubicadas al Oriente de los Andes". Con el apoyo de Estanislao Zeballos y del presidente Avellaneda en octubre de 1876 se embarca, junto con Carlos Berg, en la goleta "Sta. Cruz" que se encontraba al mando de ese otro gran patriota que fue Don Luis Piedrabuena. Este fue un precursor en la defensa de los derechos argentinos en la zona austral. Para Moreno la Patagonia se convertiría en un objeto fundamental de su accionar. La goleta tomó rumbo al Chubut. Iba en busca del río de ese nombre, que desemboca en el Atlántico y al que había llegado en 1833 el teniente Wickman, de la expedición de Fitz Roy. Francisco Pascasio Moreno llega a Carmen de Patagones, lugar mayormente habitado por galeses. Por esos días llegan a aquel pueblo unos indios que negociaban plumas de Avestruz. Traían noticias de un blanco muy poderoso, más fuerte que Namuncurá. Aquellos indios habían estado en los toldos de Sayhueque, donde oyeron las hazañas del "huinca muy toro", amigo del cacique. Sin duda, era Moreno: un cristiano que visitaba a los indios y que tenía permiso para juntar bichos y yuyos. Luego la goleta "Santa Cruz" zarpó hacia la isla Pavón, el territorio del Capitán Piedrabuena. Era allí, precisamente, donde el navegante enarboló por primera vez la bandera argentina ante un grupo de indios. Moreno recorre la región con el subteniente Carlos Moyano y es allí donde celebran la Navidad y el Año Nuevo. El 15 de enero de 1877 parte en busca de las nacientes del río Santa Cruz junto con Moyano y otros cinco hombres más. "Las nacientes del río Santa Cruz – escribió Moreno- son un problema aún no resuelto completamente, y creo que a nadie con más derecho que a los argentinos, dueño de ellas, corresponde recuperarlas". Casi un mes después, el 13 de febrero de 1877, Francisco Pascasio Moreno llega a las nacientes del río Santa Cruz, meta que no pudieron alcanzar Fitz Roy y Darwin. En su primer amanecer ante el enorme lago, el 15 de febrero, lo bautiza como Lago Argentino. Ve la magnificencia casi lujuriosa del paisaje, pero ve más allá todavía: un futuro en que "las velas de los buques se reflejen en tus aguas como hoy lo hacen los gigantescos témpanos y dentro de un rato la vela de mi bote". Al bautizarlo Lago Argentino, se anticipa el reconocimiento de "los humildes soldados que en este momento pronuncian el nombre de la Patria bautizándose con tus propias aguas".

El 18 de febrero en una frágil embarcación llega al glaciar que hoy lleva su nombre. Luego de navegar el Lago Argentino, Moreno se dirige al norte. Descubre el lago que denomina "San Martín", bautiza a la montaña humeante del volcán Chaltén como cerro

Fitz Roy y a otro cerro lo llama Moyano, en alusión a su amigo e intrépido compañero de aventura. Da nombre al río que une a los lagos Viedma y Argentino como río Leona, debido al ataque de un puma hambriento que pone en peligro la vida de Moreno y del cual se defiende con un poncho arrollado en un brazo y una brújula. El trayecto entre Lago Argentino y la desembocadura del río Santa Cruz toma, a favor de la corriente, solo 23 horas. De allí Moreno se dirige a caballo a Punta Arenas, desde donde se traslada en barco a Montevideo y Buenos Aires, a donde llega el 8 de mayo de 1877, cuando no había cumplido aún 25 años de edad. Con 25 años, ya es considerado un notable científico. Dona al gobierno de la Provincia de Buenos Aires su museo, el cual se incorpora al patrimonio público el 17 de octubre de 1877 con el nombre de Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires. Es nombrado Primer Director de este lugar. Lo creó no para que fuera solo un archivo y una exposición escueta de cementerio y de cosas inorgánicas, sino un centro de irradiación de estudios de toda clase.

5º viaje: Campaña al desierto - Prisionero de Sayhueque

En 1879 es nombrado jefe de la Comisión exploradora de los Territorios del Sur por el Gobierno Nacional presidido por Avellaneda. Entre otros mandatos, debía estudiar lugares posibles para la colonización, recorrer la costa entre los ríos Negro y deseado, localizar los yacimientos de nitrato y estudiar los aspectos geológicos del trayecto con vistas a la futura construcción de una línea férrea que uniera al Atlántico con el Pacífico a través de la Patagonia. Le otorgaron un barco "El vigilante" para realizar una expedición al Sur. El 18 de febrero de 1874 comienza la conquista del Desierto. Sale la primera división desde Azul al frente de Julio Argentino Roca, ministro de guerra. Lo secunda el Coronel Villegas. Ellos junto con 6000 hombres se desplazan hasta las márgenes de los ríos Negro y Neuquén. Sus objetivos eran terminar con la dominación indígena y, a la vez, afirmar la soberanía sobre Chile. Francisco Pascasio Moreno al mismo tiempo se dirigía hacia el sur junto con una tripulación que no respetaba sus ideales. Discutía con sus compañeros de viaje ya que éstos estaban entusiasmados con una guerra que él consideraba injusta. Moreno, que había vivido con los indios, se sentía culpable por pertenecer, inevitablemente, al bando enemigo. Años más tarde, al recordar esa guerra, escribió: "Tengo la seguridad de que bien en esa ocasión pudo evitarse el sacrificio de miles de vida; por supuesto muchos más de indios que de cristianos... Durante esa lucha se realizaron matanzas inútiles de seres que, creyéndose dueños de la tierra, la defendían de la civilización invasora." Ahora estaba otra vez en tierra de indios. Navega el río Negro aguas arriba en un tramo de 450 kilómetros, hace relevar la costa del Golfo San Matías, levantar la carta del puerto de San Antonio y efectuar perforaciones en busca de agua potable. Finalmente emprende viaje a caballo hacia la cordillera, siguiendo a la inversa el trayecto efectuado por Musters en 1870. Pasa por el Bajo del Gualicho y Valcheta, visita al cacique Sinchel, llega a Maquinchao, recorre el valle de Cholila, El Maitén, y la pampa donde hoy se halla Esquel, y por último llega a la toldería de sus amigos Inacayal y Foyel, en Tecka. Luego de recorrer la región y sobrevivir a un intento de asesinato por envenenamiento, en el que no tiene tanta fortuna su acompañante Hernández, Moreno sigue viaje hacia el norte, al país de las Manzanas, y vuelve a recorrer el Nahuel Huapi donde bautiza el cerro López en honor a Vicente López y Planes, autor del Himno nacional, y el lago Gutiérrez en memoria de uno de los hombres que diera inspiración a su infancia: Juan María Gutiérrez. Mientras Moreno está dedicado a su objetivo, que es hallar el paso de Vuriloche que comunica con Chile, es rodeado por los indios y llevado a la toldería de Sayhueque y sus capitanejos. Luego de tres días Moreno es condenado a muerte. Se le arrancará el corazón y se lo clavará en una caña para ahuyentar a los malos espíritus. Pero el cumplimiento de la sentencia es demorado por Sayhueque, y Moreno y sus dos acompañantes logran alcanzar, en una oscura noche, el río Collon Curá, y en una balsa precaria que "Si un indio mata a un blanco es un salvaje, y si un blanco mata un indio es civilización" construyen con unas ramas de sauce se lanzan a las aguas. Navegando de noche y escondiéndose durante el día bajan por el Collon Curá y el río Limay hasta las proximidades del Neuquén. Fueron seis días terribles. Finalmente el séptimo día llegan a la confluencia del Limay con el Neuquén. En esa increíble huida Moreno, junto con su vida y la de sus compañeros, salvó su diario y la bandera argentina. El 11 de mayo de 1880 llega Moreno, que todavía no había cumplido 28 años de edad, a la Estación Central de Buenos Aires, siendo

bajado del tren en camilla, pues sus piernas están llastadas y se halla debilitado por la fiebre. Con este viaje concluyó una etapa en la vida de Moreno. Finalizaron las exploraciones realizadas sobre la base casi exclusiva de su esfuerzo personal.

Museo de la Plata: creación y obras en él.

En 1881 la "Société de Géographis de París", lo nombra miembro y socio corresponsal, y le otorga la medalla de oro. En la Argentina, el Ministerio de Relaciones Exteriores le encarga realizar un mapa de la Patagonia y un informe sobre los límites con Chile. El hombre que regresaba de Europa, que pudo iniciar una vida académica sin sobresaltos, se metía de lleno en un conflicto que demandaría no sólo inteligencia, sino enormes esfuerzos. En 1882 proyecta el futuro museo, viaja por la cordillera y se lo nombra oficial de la Academia de Instrucción Pública y Bellas artes. Vuelve a la Argentina y se produce en 1882 la fundación de la ciudad de la Plata que determinó la cesión del Museo Público de Buenos Aires al Gobierno Nacional. En 1883 la Academia de Francia le otorga las Palmas Académicas y lo designa Oficial de esa institución. Un año después, la Sociedad Arqueológica de Chile lo nombra miembro correspondiente. Moreno dona 2000 volúmenes de su biblioteca al Museo de La Plata. En 1885 se casa con María Ana Varela. En 12 años de matrimonio tienen siete hijos. El año de su casamiento es también el de la inauguración del Museo de la Plata. Moreno, que tiene entonces 32 años, es designado director de la nueva institución. Buscaba con las exhibiciones del museo ejemplificar, no sólo la evolución de la naturaleza de acuerdo a las últimas teorías científicas, sino también las posibilidades que las riquezas naturales ofrecen al espíritu práctico y emprendedor. En los 20 años en que Moreno se desempeñó como director del Museo, entre 1885 y 1905, la institución alcanzó proyección nacional e internacional. Francisco Pascasio se rodeó de un conjunto de técnicos y especialistas sobresalientes, con quienes realizó exploraciones de diferentes regiones del país. La obra realizada quedó documentada en las publicaciones del Museo, que comenzaron a imprimirse a partir de 1890. Así entre 1893 y 1895 el personal del Museo, recorrió, en las palabras de Moreno, "desde las heladas regiones de la Puna... hasta el Dpto. de san Rafael en la provincia de Mendoza, estudiando la geografía, la mineralogía y la geología... en las altas cumbres y en los vastos llanos y relevando por primera vez la fisonomía exacta de la orografía andina, hasta entonces desconocida", siendo de lamentar que esos estudios no se hubieran realizado antes "para haber evitado no pocos trastornos en el trazado de las fronteras internacionales".

Moreno: perito argentino

A partir de 1896 Moreno se desempeñó simultáneamente como perito argentino en las cuestiones limítrofes con Chile, cargo que había rechazado en 1888 por considerar que no tenía méritos suficientes como para actuar al mismo nivel que Diego Barros Arena, perito por Chile. Desde ese momento, Moreno orientó las actividades del Museo hacia la defensa de los intereses argentinos. Hasta entonces los problemas fronterizos de la Argentina no encontraban soluciones adecuadas. El último arbitraje frente a Brasil había sido francamente desfavorable. Terminado este conflicto, surgía el de Chile, que no sólo reclamaba parte de la Patagonia, sino también por la demarcación fronteriza de Catamarca y la Punta de Atacama. En lo único que parecían ponerse de acuerdo chilenos y argentinos era la reafirmación de la soberanía argentina sobre el Atlántico y de Chile sobre el Pacífico. "A partir de ese acuerdo podemos negociar", decía Moreno. Se trataba de trazar una línea divisoria en las altas cumbres, observando el curso de los ríos hacia el Atlántico y el Pacífico. Pero había que discutir sobre el terreno, no en especulaciones teóricas. Las funciones de Perito Argentino en la cuestión limítrofe con Chile llevaron a Moreno, durante las postrimerías del siglo XIX, a efectuar numerosos viajes a Santiago de Chile. En 1897 a lomo de mula, Moreno, su esposa y sus cuatro hijos acompañados por el Doctor Clemente Oneli, cruzan la cordillera de los Andes rumbo a Chile. El mismo año, muere en Chile su esposa, María Ana Varela, a los 29 años, víctima de la fiebre tifoidea. Es a ella a quien la Sociedad Chilena rinde con hidalguía sentido homenaje. Pero quedan en la mente de Moreno las palabras pronunciadas por ella un mes antes de morir, cuando ya se encontraba gravemente enferma: "No abandones nuestra causa... sigue adelante y lucha hasta vencer. Con tu triunfo evitaremos la guerra." Así entre 1897 y 1898 Moreno viaja repetidamente entre Argentina y Chile, sienta las bases para el encuentro que los presidentes Roca y Errázuriz mantienen el 15 de febrero de 1899 en el

Estrecho de Magallanes, y en pocos años reúne abundante información que significó el descubrimiento de numerosos lagos, varios ríos, canales, islas, cerros y cordones montañosos, que eran hasta ese entonces totalmente desconocidos. La teoría de Moreno de que el límite con Chile debía ajustarse a la línea de las altas cumbres fue sustentada por un detallado estudio en el terreno a lo largo de toda la región limítrofe, estudio que no pudo ser igualado por los expertos chilenos. Moreno recurrió a todos los medios imaginables para lograr su objetivo. Así contó con el testimonio de sus amigos los indios de Nahuel pan, y de los colonos galeses para retener la región de la Colonia 16 de octubre, y de un antiguo colaborador del Museo, Germán Koslowky, para que el valle de los Huemules, en las cabeceras del río Aisén quedase también en territorio argentino. En 1898 recibe una nueva distinción. Es nombrado por la "Geological Society of London" como miembro honorario correspondiente, y la Academia Americana de Política y Ciencias Sociales de Filadelfia lo designa miembro extranjero. En 1899 se trasladó a Londres, junto a sus hijos, como asesor geógrafo del representante argentino. Desde allí escribe al presidente Roca: "Necesitamos hacer conocer el país en todo sentido. No tenemos aún el puesto que nos corresponde como nación americana y es un deber nuestro tratar de conseguirlo. Una vez que nos conozcan, seremos mucho más apreciados." El mismo año de su viaje a Londres la Sociedad Geográfica Comercial de París le otorga la medalla Creveaux. En 1900 Moreno regresa a la Argentina. Sir Thomas Holdich, el arbitro inglés, viaja en el mismo barco que Moreno y sus hijos, excepto el mayor, Francisco, que con 15 años de edad decide quedarse en la capital británica estudiando pintura. Durante el viaje, Moreno conversó largamente con el arbitro inglés y trató de conocer su opinión acerca del conflicto. Muy diplomático, Mister Holdich eludió una respuesta. Sin embargo en una ocasión, mientras ambos miraban el mar, acodados en la borda, Sir Thomas dijo "que todo cuanto gane el pie argentino al oeste de la división continental se deberá enteramente a usted". En 1901 acompaña al Comisionado del Tribunal Arbitral, coronel Sir Thomas Holdich, en el reconocimiento que se realiza desde el Lago Lácar hasta el seno de la Ultima Esperanza. En abril de 1902 se dirigió a Esquel con el objetivo de convencer a los galeses de la zona que permanecieran fieles al país que les dio abrigo. Exactamente el 30 de abril de aquel año, Francisco Pascasio logró que los galeses de la zona se pronunciaran a favor de nuestro país, manifestándose conformes con estar "bajo la bandera argentina". La preocupación central de Moreno en aquel tiempo era poder terminar con éxito las gestiones para solucionar el conflicto limítrofe con Chile. Durante todo el mes de abril no hizo otra cosa que dedicarse a ese asunto. En mayo regresó a Londres junto al arbitro inglés. El 28 de mayo, en Santiago de Chile, los dos países en conflicto firmaron un pacto de limitación de armamentos y aceptaron el arbitraje inglés. El arbitro era su Majestad Británica Eduardo VII. Y su representante inmediato ante los dos países del sur, Sir Thomas Holdich. Vuelve Moreno a Inglaterra y regresa con Holdich en 1902 para participar de los trabajos de fijación de los hitos limítrofes de acuerdo con el laudo arbitral firmado en ese año por Eduardo VII de Inglaterra. Esta ciclópea labor significó que en ese laudo arbitral el país retuviera 42.000 kilómetros cuadrados de territorio, y como dijera Thomas Holdich, a Moreno se debe todo lo que la Argentina obtuvo al oeste de la divisoria de aguas continentales. Esta defensa territorial de Moreno no se agota sin embargo en sí misma. Decía Moreno "si es cuestión de honra nacional defender la integridad del suelo nativo, también debe ser cuestión de honor nacional darle a este suelo todo su valor, con lo que se evita tener que defender su integridad". Y agrega "nunca he podido comprender como una nación viril que se dice dueña de extensísimas zonas, desde el trópico hasta el polo antártico, no se empeña en estudiarlas, para utilizarlas, que es lo que justificará su dominio sobre ellas".

Reconocimientos

En 1903 sufre una terrible pérdida. El 26 de enero muere su hijo Florencio de tan solo 9 años. Utilizó el trabajo como método de ocupación y en unos meses recuperó su entusiasmo. Ese mismo año el Congreso Nacional premia la labor de Moreno como perito y los trabajos que durante muchos años ha prestado gratuitamente a la Nación, otorgándole tierras en el territorio del Neuquén o al sur del río Negro. Moreno ubica esas tierras en el extremo oeste del lago Nahuel Huapi y las dona a su vez a la Nación con el fin de que sean conservadas como parque natural. De esta manera el 6 de noviembre de 1903 la Argentina se convirtió en el tercer país del mundo, después de Estados Unidos y

Canadá, en poseer un Parque Nacional. Pero no contento con ello Moreno escribe al ministro chileno Vergara pidiéndole que su gobierno haga una reserva similar en las tierras chilenas ubicadas al oeste del Nahuel Huapi. Esta actitud de Moreno pone de relieve uno de sus aspectos menos conocidos: sus atributos de educador, de civilizador, y su amor a la humanidad.

Dedicación a los niños e inicio en la política

En 1906, luego de retirado del Museo de la Plata, Francisco Pascasio se instaló con sus hijos en la Quinta de Parque Patricios. Abrió las puertas de la quinta Moreno para que los chicos de la "quema" puedan comer de los frutales allí existentes. Y luego, viendo la desnutrición que los aqueja, a habilitar una gran cocina en la que se llegan a servir 200 comidas diarias. Después agrega una aula, y así nacen las "escuelas Patrias" que finalmente pone bajo el amparo del Patronato de la infancia y propulsa desde su cargo de vicepresidente del Consejo Nacional de Educación. En 1910 Moreno es propuesto como candidato y elegido diputado nacional, por sus convecinos de la parroquia o distrito de San Cristóbal. Como diputado nacional Moreno presidió la Comisión de Territorios nacionales, y en ese carácter recorrió el Chaco y Formosa. Propuso la creación del Servicio Científico Nacional y de los Parques y Jardines Nacionales y apoyó el establecimiento de ferrocarriles en la Patagonia. Moreno renunció a su banca de representante del pueblo para aceptar su designación como vocal del Consejo Nacional de Educación, por considerar que éticamente no podía desempeñar ambos cargos simultáneamente, y por preferir "continuar dedicando el tiempo que me resta de vida a contribuir a hacer de los niños de hoy... ciudadanos que sirvan eficientemente... a la Nación Argentina, siendo innegable que la fuerza y la grandeza de su mañana dependen de la escuela de hoy." Su acción en pro de la educación no solamente se limitó a las Escuelas Patrias. Creó además las guarderías infantiles en los barrios obreros, modificó los planes de estudios de las escuelas nocturnas para adultos dándoles una orientación vocacional y técnica, y creó, en fin, el escalafón para los maestros.

La inmortalidad

Su último viaje a la Patagonia lo realiza en 1912, siete años antes de su muerte, cuando acompaña a Teodoro Roosevelt, por pedido especial de éste, a la región de Nahuel Huapi. Francisco Pascasio Moreno murió en la madrugada del 22 de noviembre de 1919. En el país su muerte pasa inadvertida. Pero en el exterior numerosos países e instituciones le rinden homenaje, pues Moreno es un verdadero exponente de las mejores virtudes de la raza, al margen de su condición de argentino. En 1944 sus restos fueron trasladados a Bariloche, cubiertos con la bandera argentina y los ponchos de Sayhueque, Catriel y Pincén, y depositados en la isla Centinela, convirtiendo el imponente escenario de sus mayores glorias en digno monumento a su grandeza. Nada le hubiera satisfecho más que descansar en las tierras por las que luchara sin desmayo en vida y sin esperar ningún beneficio personal. Moreno fue un autodidacta, humanista, civilizador, explorador, geógrafo, antropólogo, etnógrafo, paleontólogo, historiador, sociólogo, diplomático, legislador, educador y escritor y poeta de la naturaleza, y por encima de todo un ser humano que luchó hasta el final de su vida por los ideales de su juventud. Moreno ha sido considerado héroe civil de nuestro país. Esto es especialmente destacable en una Nación donde la mayor parte de los hombres ilustres de la historia han sido militares o han actuado como tales, y donde los civiles más nombrados han participado en mayor o menor medida de las luchas políticas de su tiempo, luchas que en muchos casos se han proyectado hasta la actualidad. La vida de Francisco Pascasio Moreno fue una lucha continua. En las tolderías, en los parlamentos indios, en las expediciones por tierra y mar, en el cautiverio, Moreno mostró su coraje y su enorme comprensión por la condición humana. Fue él, el explorador, el pionero, el científico que se arriesgó a borrar los límites entre civilización y barbarie. (*)

EL PADRE DE AGOSTINI Y LA PATAGONIA

Foto 1



A comienzos del siglo XX, Patagonia era todavía una geografía rebosante de misterios, y de una antigüedad no alteradas por ninguna huella humana. Un saleciano, el padre Agostini, fue empapado por la ola de un destino que lo llevó a descubrir y explorar por primera vez numerosos sitios de la altiva cordillera andino-patagónica. Agostini orporizó la figura de una vida que expandió los resplandores del asombro humano al contemplar, describir y vivir las formas arcaicas y mágicas de la Patagonia.

Para adentrarnos en su obra y legado presentamos aquí un resumen de un trabajo perteneciente a Cuadernos patagónicos en la página www.tecpetrol.com.

EL PADRE DE AGOSTINI Y LA PATAGONIA

"¿De Agostini? Lo recuerdo muy bien todavía. Había venido a nuestro instituto para hablarles a los niños acerca de sus exploraciones. Era un hombre alto, delgado, pero la cosa que recuerdo con mayor nitidez era su mirada, siempre en movimiento. Parecía que las cuatro paredes que delimitaban el aula lo hiciesen sentir en una ratonera, y tal vez era exactamente así. Habitado a los grandes espacios, al sentido de ilimitada y salvaje libertad de las tierras magallánicas, él debía sentirse efectivamente incómodo y quizá con el pensamiento se perdía en los extensos bosques, entre los montes y los hielos de la Patagonia".

Diríase que es suficiente este brevísimo testimonio de monseñor Gandini, párroco de Seregno y alpinista también él, para hacer una primera presentación del último gran explorador de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. Padre Alberto María De Agostini: un misionero salesiano que como ninguno ha sabido fusionar la obra de caridad cristiana con aquella, aparentemente opuesta, del explorador. En esta monografía nos ocuparemos, pues, de uno de los mayores exploradores patagónicos, de sus obras, de sus fotografías documentales y de su montañismo, pero también tendremos la manera de conocer al hombre De Agostini. Y tal vez sea por cierto ésta la empresa más ardua, por cuanto se conoce bien poco de su vida privada.

TIERRAS MAGALLÁNICAS: LA PRIMERA EXPLORACIÓN DE DE AGOSTINI

Inmediatamente después del descubrimiento del continente americano, cuando se comprendió que no se trataba de las Indias Orientales sino de una tierra completamente nueva, se iniciaron los viajes de exploración con el propósito de hallar un paso que permitiese superar el obstáculo y penetrar en el Océano Pacífico. El honor de este descubrimiento corresponde al portugués Fernando de Magallanes, quien, habiendo partido de la península ibérica en setiembre de 1519, se internó en el estrecho que después tomaría su nombre el 10 de noviembre de 1520. Magallanes prosiguió el viaje y entró en el Océano Pacífico, alcanzó las Indias Orientales y perdió la vida en las Filipinas, en un encuentro con las tribus indígenas. La "Victoria" fue la única de las cinco naves que retornó a su punto de partida, el 7 de noviembre de 1522. Era la primera embarcación que había circunnavegado el globo, pero retornaba con tan solo dieciocho sobrevivientes a bordo.

Los años sucesivos vieron aumentar cada vez más la importancia del Estrecho de Magallanes, que fue pronto aprovechado también por Francis Drake, el corsario inglés, para tomar por sorpresa a las colonias españolas del Pacífico. A esta incursión España respondió intentando fundar dos colonias que controlaran el paso, pero por desgracia la iniciativa tuvo corta vida y todos sus habitantes perecieron en el lapso de pocos años. No obstante esta infortunada iniciativa, tanto Inglaterra como España procuraron obtener el mayor número de informaciones topográficas y oceanográficas con el fin de mejorar su presencia en aquellas latitudes. Entre 1826 y 1834 el Almirantazgo Británico organizó el primer gran relevamiento de los mares de la América Latina y de la Tierra del Fuego. La empresa fue capitaneada por Philip Parker King y por Fitz Roy sobre las naves "Beagle" y "Adventure". En 1831 se unió a la expedición el célebre naturalista Charles Darwin, quien con Fitz Roy remontó el Río Santa Cruz casi hasta el Lago Argentino. El imponente trabajo de los ingleses

iniciaba la era de la colonización y de un más profundo conocimiento de esas tierras. Bien pocos habían sido hasta entonces los viajes a las zonas no costeras, que permanecían, en la práctica, desconocidas. Constituyen excepción las exploraciones del misionero italiano Nicolás Mascardi y, más tarde, la de Tomás Falkner, quien durante veinte años realizó diversos viajes por el interior. Ulteriores conocimientos de la región cordillerana y de la pampa provinieron del trabajo de otros estudiosos, como Antonio Viedma y Alberto Malaspina, seguidos, a fines del ochocientos, por los argentinos Piedrabuena y Moyano, cuyo aporte al conocimiento de la Patagonia es, sin duda, uno de los mayores en sentido absoluto. Después de Moyano y otros pocos, la historia de las exploraciones de las tierras magallánicas nos toca de cerca porque, a partir de 1910, es también la del padre Alberto María De Agostini. Alberto María De Agostini nació en Pollone, pequeño pueblo de Piamonte, en las cercanías de Biella, el 2 de noviembre de 1883. Fue ciertamente la feliz ubicación de la región natal, al pie de los Alpes, y la vecindad de Biella, cuna del alpinismo italiano, las que influyeron, desde la juventud, en el ánimo y las preferencias de De Agostini. La pasión por la montaña, por los grandes espacios y las zonas inexploradas creció con él, y ya sobre los Alpes supo destacarse como experto alpinista que acompañaba, junto a la acción, la investigación, los escritos y la documentación fotográfica. En 1909, a los veintiséis años, consagrado sacerdote en la orden salesiana, abandonó inmediatamente Italia y partió como misionero hacia una de las regiones menos conocidas y más inhóspitas del globo: la Tierra del Fuego. ¿Qué era lo que lo impulsaba hacia allá? Ciertamente, la vocación sacerdotal y las exigencias de su orden, pero también, sin duda, ese espíritu de exploración en el cual apenas se ha mencionado la influencia de su hermano Juan, fundador del Instituto Geográfico que lleva su apellido. Ya Don Bosco, fundador de la orden de los salesianos, hablaba de aquellas lejanas tierras con conocimientos superiores a los comunes. En sueños había tenido la visión de las riquezas y bellezas naturales aún ocultas en las regiones interiores de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. En la obra de exploración de De Agostini podemos entrever por cierto también una voluntad permanente que tendía al propósito de demostrar en forma cabal que el sueño de Don Bosco era verídico, lo que, ante la magnitud del material reunido puede considerarse logrado. Fue con estos antecedentes que inició una de las más completas obras misioneras que se conozcan: el eclesiástico se conjugó con el antropólogo, con el fotógrafo, con el geólogo, con el etnólogo y con el montañista, y todos estos aspectos, actuando como fuerzas conjuntas, permitieron a De Agostini alcanzar aquella estatura humana y espiritual que todos le reconocen. El joven sacerdote llegó a Punta Arenas en 1910 y halló a sus hermanos de orden empeñados en la tentativa de sustraer de la declinación y de la destrucción a los últimos núcleos de los indios fueguinos. Desde varios años atrás esa obra era llevada adelante con tesón por el prefecto apostólico de los territorios magallánicos, monseñor José Fagnano. Con gran habilidad diplomática, Fagnano logró obtener el apoyo de las más importantes familias de colonos, los Menéndez y los Braun, pero la situación era ya comprometida y se precipitaría muy pronto. La introducción de la cría de ganado desencadenó la caza del indio y dio definitivamente el golpe de gracia a la cultura indígena. Los salesianos se empeñaron esforzadamente en preservar de la invasión de la cultura occidental a los indios, agrupándolos en misiones adecuadamente construidas, pero la empresa no era fácil, dado que se debía también mantener una buena convivencia con los colonos y con los ricos propietarios que habitaban en los grandes centros.

En este cuadro De Agostini inició su obra, enseñando en las misiones y en los centros salesianos. Tan solo en el tiempo libre se dedicaba a las exploraciones que lo hicieron tan famoso. No obstante, ese escaso tiempo fue suficiente para permitirle documentar de manera completa todos los territorios magallánicos.

ÚLTIMA ESPERANZA Y MONTE MAYO

Desde los años 1912 a 1915, el padre Agostini exploró la cordillera Darwin en Tierra del Fuego. Allí se encontró con el monte Sarmiento que le deparó una profunda impresión. Y entre 1916 y 1917 las exploraciones de De Agostini tuvieron como campo de acción la Patagonia y, precisamente, los grupos del Balmaceda y del Paine. El primer macizo surge al fondo de la bahía Última Esperanza, unos setenta kilómetros al nordeste de Puerto Natales. Alrededor de las laderas de la montaña De Agostini realizó algunos

relevamientos para mejor definir la orografía. Bastante más laboriosa e interesante fue la exploración del macizo del Paine, situado un poco más al norte del Balmaceda.

Foto

2



De las descripciones conservadas es fácil comprender que ese grupo montañoso suscitó en el misionero una muy fuerte impresión, ya sea por la majestuosidad de las cimas como por la belleza del ambiente natural. En la región Última Esperanza, De Agostini veía (y no se equivocaba) un rincón del paraíso terrestre que había quedado oculto, durante años, a los ojos humanos. Varias veces efectuó excursiones por la zona, dejándonos una admirable descripción en sus libros y acompañándola de espléndidas fotografías.

A propósito del Paine se expresa así: *"El lugar es de los más salvajes y grandiosos. Selvas, lagos, ríos, cascadas, constituyen el pedestal de este fantástico castillo torreado, con murallones gigantescos, acorazado de hielos, sobrepasado por agujas de terrible aspecto que tanta seducción ofrecen al denuedo de los montañistas."*

En 1929 De Agostini efectuó la exploración del último extremo de territorio aún desconocido de la cadena, la cuenca terminal del Paine, que, por su forma perfectamente circular, fue confundida por Moyano, quien la entrevió a la distancia, con el cráter de un volcán extinguido. Del mismo año es la travesía de la Sierra de Los Baguales, macizo basáltico que separa el Paine del Lago Argentino. El grupo montañoso, aislado y salvaje, reservaba nuevas e inusitadas vistas al explorador, quien, en sólo siete horas de caballo, llegó de la estancia "Los Leones" a la estancia "Anita", sobre las orillas del Lago Argentino.

Concluida esta campaña, el salesiano proyectó su interés más al norte, sobre el mismo Lago Argentino y hacia los glaciares que allí se precipitan alimentándose en el corazón de la Cordillera. La región estaba prácticamente inexplorada, y eran desconocidos el paisaje y la orografía interna. Entre diciembre de 1930 y enero de 1932 De Agostini colmó estas lagunas geográficas visitando los fiordos Mayo y Spegazzini. Como siempre, su primera preocupación fue procurar alcanzar alguna cima que pudiese ser punto panorámico para los relevamientos. Con los guías Croux y Bron y con el doctor Egidio Feruglio, el padre De Agostini se dirigió primeramente al glaciar interno y después intentó la ascensión de la imponente pirámide del Monte Mayo. Favorecidos por un poco común período de buen tiempo, los cuatro lograron escalarlo y alcanzaron sin problemas los 2430 metros de la cima, de la cual podían dominar el fiordo y las tierras que se extienden lejos del mar. Era el 14 de enero de 1931, y desde la cima De Agostini tuvo una vista completa del territorio que lo circundaba. *"Un panorama estupendo, indescriptible por la profunda vastedad del horizonte y por la sublime grandiosidad de los centenares de cumbres... son las primeras miradas humanas que contemplan estas soledades de hielo entre arrebatos de alegría y atónito recogimiento... La mirada se dirige ávida a través de aquella inmensa extensión de nieves, de hielo y de cumbres, que la cristalina transparencia de la atmósfera y la fulgurante luz del sol tornan aún más nítida, y procuro escrutar sus secretos."*

Bastan estas palabras para aclarar las ideas acerca de qué tipo de explorador fue De Agostini: un científico riguroso, pero también y sobre todo un hombre sediento de conocimientos, impulsado por un fuerte deseo romántico hacia las soledades y lo desconocido, y además, un hombre de fe siempre pronto para asombrarse ante las maravillas de la creación.

LA TRAVESÍA DEL HIELO CONTINENTAL Y EL FITZ ROY

Foto 3



También de 1931 es la primera travesía del Hielo Continental y de la Cordillera Patagónica Austral, cumplida asimismo con los tres compañeros que lo habían seguido en la ascensión al Monte Mayo. La empresa fue llevada a cabo entre el 24 de enero y el 13 de febrero. Bastante laboriosa fue, sobre todo, la travesía del inmenso glaciar Upsala, uno de los más extensos de la Cordillera. Más allá de la impresionante avenida helada, en las laderas del Monte Cono, los exploradores hallaron un oasis de verdura hasta con algunas hayas enanas, perdidas entre las morenas y los hielos. *"Es un pequeño oasis verdegueante y florido entre la aridez de los glaciares y de las rocas, en una espléndida posición para establecer nuestro campamento."* Prosiguiendo la travesía, el grupo entró en un glaciar desconocido, que fue bautizado "Bertacchi". Luego fue descubierta una inmensa altiplanicie, que tomó el nombre de Meseta Italia. Los cuatro alcanzaron finalmente la cima virgen del Monte Torino, de donde contemplaron el subyacente fiordo Falcón y la costa del Pacífico. Si bien no concluida en todos sus objetivos, bien se puede decir que la travesía se cumplió, y el retorno se llevó a cabo por el camino de ida. Esta realización es una de las piedras miliare de la historia de las exploraciones patagónicas, y solo muchos años más tarde será repetida y completada enteramente (1955-56) expedición de la Royal Geographic Society; H.W. Tilman y el chileno Jorge Quinteros, desde el fiordo Calvo hasta el Lago Argentino). Con metódica progresión, siempre en busca de nuevos horizontes, de 1932 a 1935 el padre De Agostini visitó otras veces el macizo del Fitz Roy, seguramente el grupo montañoso más complejo e imponente de toda la Cordillera. En sucesivas campañas de exploración se adentró en los valles que, de las laderas de las montañas principales, confluyen en el Río de las Vueltas. Huésped de la estancia "Masden", pasó Navidad al pie de la Cordillera, escuchando las narraciones de su anfitrión, quien recordaba los tiempos en que esos lugares eran aislados y salvajes. Y así fue como decidió establecerse allí.

Encontramos, en este breve período de descanso, a un De Agostini hombre de Dios. Por otra parte, cuando se detenía en las estancias, el salesiano abandonaba siempre los hábitos del explorador y retomaba los del sacerdote, celebrando misas, consagrando matrimonios, administrando los sacramentos o también pronunciando tan sólo palabras de consejo o confortando los espíritus. Pero el llamado de la naturaleza salvaje y de la investigación estaban siempre presentes y los reposos no hacían más que dar a esos impulsos mayor vigor. Terminadas sus funciones como sacerdote, De Agostini volvía a ser hombre de aventura.

Ya en 1931 había podido admirar de cerca la elegante pirámide del Fitz Roy y había recibido una vivísima impresión. *"Pero la atracción más imponente la constituye el Monte Fitz Roy ... Es el señor de toda esta vasta región montañosa, es otro Cervino, algo más modesto en cuanto a elevación pero no menos terrible por la verticalidad de sus paredes y la majestuosidad de su cúspide. El Fitz Roy es sin duda una de las montañas más bellas e imponentes de la Cordillera Patagónica..."*

En aquella primera expedición de ensayo, De Agostini efectuó el reconocimiento del valle del Río Fitz Roy y penetró hasta el círculo terminal, encerrado entre las muy audaces agujas del Cerro Torre, (*"que se yergue imponente al oeste, ostentando su grácil cima, altísima, coronada por un penacho de hielo, y sus formidables paredes de granito..."*) y la impresionante muralla noroeste del Fitz Roy. Durante el segundo viaje a la región, el padre salesiano se adentró en el amplio valle del Río de las Vueltas, todavía entonces desconocido en su parte superior. Obviamente, tampoco eran conocidos los valles tributarios, aun cuando algún occidental los hubiese visto. En 1909 había penetrado en esos territorios un aventurero alemán en busca de fabulosos tesoros de las minas. Ese hombre se estableció definitivamente en la región,

en un valle cuyo topónimo recuerda su sobrenombre: en efecto, él era conocido como Milodón, por haber sido el descubridor de la célebre gruta del Milodonte, en la región de Última Esperanza. El hombre llevó en aquellos lugares una vida solitaria que duró de 1913 a 1931, año de su muerte. Su verdadero nombre era Alberto Conrad y su cadáver fue hallado en su barraca con sus supuestos tesoros: algunos cristales de cuarzo.

Foto

4



En aquellos años se hablaba también de otra leyenda viviente, un individuo que podríamos describir como una mezcla de Robin Hood, Billy the Kid y Robinson Crusoe. Se trataba de un bandido uruguayo, Asencio Brunel, ladrón de caballos y de rebaños, terror de los indios tehuelches y de los primeros estancieros. Vestido de pieles de puma, Asencio dominó, como señor indiscutido, la región, y cumplió gestas casi legendarias, para terminar muerto por algunos colonos en un tiroteo digno de las mejores películas del Oeste. Retornemos, pues, al protagonista de nuestra monografía, el cual proseguía sin pausas el reconocimiento de las montañas. Bastante provechosa fue la expedición al valle del Río Eléctrico en busca de una completa visión y conocimiento de las vertientes septentrionales del Fitz Roy. Formaba parte del grupo también el guía alpino Carrel, de la región de Aosta. El campamento de base fue instalado en el valle, cerca de un gigantesco peñasco errático que desde ese día, en memoria del sacerdote explorador, es conocido como Piedra del Fraile. Construida una cabaña de troncos, a causa del mal tiempo el grupo fue obligado a permanecer inactivo durante cerca de un mes. Al término de la forzada espera, el retorno del buen tiempo permitió recorrer la parte superior del valle del Río Eléctrico, asomarse al Hielo Continental y de allí dirigirse a la ladera noroeste de la Gorra Blanca. En el curso de la excursión, fue localizada y descrita una nueva cadena montañosa al norte del Cerro Torre, que fue llamada Cordón Guillermo Marconi. Se pudo además establecer la posición geográfica de los glaciares tributarios del lago San Martín.

Y, luego, durante buena parte de 1937, el padre Agostini se entregó a la exploración del lago San Martín y del Monte San Lorenzo.

DE AGOSTINI AMBIENTALISTA Y LA ASCENSIÓN AL SAN LORENZO

Junto a los muy precisos informes de viaje, a las descripciones de valles y sistemas montañosos que otorgan a menudo a las narraciones de De Agostini una atmósfera más bien monótona y fría, se agregan a veces consideraciones de carácter ambiental que testimonian, por el contrario, el amor por la naturaleza del gran explorador. Hallamos en ellas una constante preocupación del autor respecto de la progresiva invasión de los valles por parte de los colonos, invasión que conducía a inevitables perturbaciones del equilibrio ecológico.

Podemos hallar descripciones en este sentido cuando, por ejemplo, con gran tristeza describe las grandes y súbitas destrucciones forestales de Última Esperanza. *"Cuando llegó allá don Orosimbo, inmensas zonas boscosas jamás holladas por ser humano alguno cubrían esta vasta región premontañosa, pero en pocos años, por causas fortuitas o intencionales, fueron destruidas por colosales incendios, que duraron semanas y meses enteros, favorecidos por la extraordinaria fuerza y continuidad de los vientos. Esta es la suerte que ahora les ha correspondido a todos los bosques precordilleranos de la Patagonia en su vertiente oriental"*. Otros fragmentos relativos al ambiente nos describen, por otra parte, algunas especies de animales en vías de extinción, como por ejemplo el huemul o ciervo de la Cordillera. *"El huemul (Hippocamelus bisulcus, Mol) es todavía numeroso en los valles cordilleranos, pero, a medida que estos se van poblando, desaparece rápidamente. Sus principales enemigos son el león y el hombre. El primero lo caza para saciar el hambre; el segundo, por diversión o por razones aún menos justificables, aprovechando de su extrema timidez y docilidad"*.



Con esta pequeña digresión hemos llegado a la última exploración de De Agostini: el viaje a los valles del Río Baker y del Río Chacabuco. El salesiano alcanzó así los límites septentrionales de la Cordillera. De esta experiencia nos deja en sus libros más impresiones sobre la gente y sobre sus condiciones de vida que notas geográficas. Puntualiza las graves carencias respecto de caminos, cosa que llevaba a los colonos a un grave aislamiento y permitía que los bandidos se enseñorearan de la región. Uno de los colonos, conocido por De Agostini, quien tuvo ocasión de ser su huésped, le contó de un individuo que le robaba y mataba su ganado. El colono fue asesinado por ese mismo bandolero poco después de la partida del misionero.

Entre las notas de este último viaje, muy característica es también la descripción de Vilches, extraño tipo de colono que vivía en un mísero tugurio. *"No llegábamos en verdad a comprender cómo este singular ermitaño, con tanta madera del bosque a su disposición y con tanto tiempo disponible, no se había construido una habitación más confortable en un clima tan tempestuoso y frío, pero, por lo que parecía, el buen hombre estaba plenamente satisfecho y contento, sin demostrar ningún deseo de procurarse otras cosas fuera de las que poseía"*. En el corazón de De Agostini, ya sexagenario, permanecía empero el deseo de alcanzar la cima del monte San Lorenzo, cuya ascensión podía también simbolizar el digno coronamiento de un trabajo de treinta años en la Cordillera.

El momento propicio se presentó en la primavera de 1943. A causa de la situación bélica mundial, le fue imposible llamar a la Argentina a los guías alpinos italianos de los cuales siempre se había valido. Con todo, en el Club Andino de Bariloche encontró dos compañeros que parecían ser más que adecuados para la empresa: el guía suizo Alexander Hemmi y Heriberto Schmoll. Favorecidos por una serie de nuevas carreteras, los tres llegaron rápidamente a las laderas de la montaña, pero luego perdieron un tiempo precioso a la espera de 500 kilogramos de materiales para la expedición. Una vez resuelto el problema, gracias a un casi increíble período de tiempo espléndido (quince días) el grupo logró instalar un campamento de avanzada en la cota de los 2320 metros, sobre el glaciar del San Lorenzo. El día 3 de diciembre, un primer asalto a la cima fue frustrado por el mal tiempo. Los tres se detuvieron en la cota de los 2925 metros y de allí descendieron hasta el campamento base, en el valle del Río del Salto. Hasta el día 14 el tiempo se mantuvo malo, impidiendo cualquier actividad, pero el alba del día siguiente despuntó grávida de promesas y el grupo decidió partir. Habiendo alcanzado el campamento de avanzada, un breve empeoramiento obligó a los escaladores a una pausa forzada, y sólo el 17 pudieron partir hacia la cima gracias a un inesperado mejoramiento del tiempo. Toda la ascensión se desarrolló entre dificultades técnicas, nieve y hielo, y con la preocupación de que el tiempo, ya inseguro, pudiese llegar a ser de nuevo malo e impidiese alcanzar la meta. *"...Nuestra mirada se dirige con ansiedad hacia las cadenas de montañas que se yerguen en el horizonte como para asegurarnos que continuarán los indicios de buen tiempo"*. Una espesa niebla acompañó el trecho final de la expedición, manteniendo a los escaladores en un constante estado de tensión y expectativa que se relajó tan solo en la cima. *"Han transcurrido tres horas desde que emprendimos la ascensión de esta pared de hielo (vertiente noroeste) y Hemmi, que avanza cautamente, me pregunta con frecuencia: ¿En qué punto estamos?"*. Llegados a una altura cercana a la cima, la niebla se disipó por un instante, dejando entrever la cumbre principal. *"...Aparece frente a nosotros hacia el sur, en toda su grandeza y majestad, la cúspide excelsa del San Lorenzo. Un estremecimiento de alegría invade nuestro espíritu, mientras en coro exclamamos: ¡la cima! ¡la cima!"*. Hacia las 16:30: *"Hemmi se interna en una canaleta de hielo... Avanzamos con mucha cautela, uno por vez, con toda la cuerda tendida sobre el inseguro trayecto, porque una caída representaría un salto vertical de 2400 metros. En pocos minutos alcanzamos la*

inmaculada cumbre. Son las 17:30... Extraigo de la mochila una estatuilla de María Auxiliadora y, después de haberla asegurado a un asta preparada a propósito, la clavo profundamente en la nieve. La Virgen Santísima, desde esta cumbre dominante que constituye el confín entre la Argentina y Chile, velará por la paz de las naciones hermanas y por la prosperidad y el triunfo de la obra salesiana en la Patagonia. Schmoll, entre tanto, ha atado a un asta la bandera argentina y el gallardete del Club Andino de Bariloche... Agregó una banderita tricolor italiana... las dos banderas flamean gallardas sobre la cima augusta... y la noble enseña argentina parece fundir sus colores blanco y celeste en una admirable armonía con la candidez de las nieves y el azul del cielo. Festejamos nuestra victoria bebiendo una copita de coñac...". La noticia de la ascensión fue recibida con incredulidad y se difundió por doquiera en la pampa. Durante una etapa del viaje de retorno, De Agostini tuvo ocasión de escuchar el juicio que un gaucho formulaba sobre la increíble empresa, presumiendo ante los allí presentes: *"A mí no me la cuentan (decía): yo he visto de cerca la cima del San Lorenzo: es terrible. Si no la han enlazado, no es posible que la hayan escalado"*.

DE AGOSTINI, AVIADOR, ESCRITOR Y FOTÓGRAFO

Foto 6



EN 1937, el padre Agostini sobrevuela parte de la cordillera en el monoplano "Saturno", en un vuelo que duró cuatro horas. Ahora ya seguro que el sueño de San Juan Bosco, en el cual el santo vió las riquezas y las posibilidades aún no aprovechadas de las tierras magallánicas, influyó no poco en la actividad de De Agostini. Su misión en la Patagonia no consistía sólo en ser pastor de almas: a ello debía sumarse la actividad de exploración, actividad encaminada también a confirmar con datos tangibles el sueño de Don Bosco. Evidentemente, para hacer esto se necesitaba ser un apasionado de la aventura, alpinista, fotógrafo, aviador, escritor. Sin lugar a dudas, estas características se hallaban reunidas en el padre De Agostini. Tenía por coetáneos a numerosos alpinistas-fotógrafos de aquella que se podría considerar la "escuela de Biella", que tuvo sus máximos representantes en Vittorio Sella y en los hermanos Piacenza. Y ya antes de partir para América del Sud había manifestado dotes no comunes de fotógrafo, participando en algunos concursos de temas paisajísticos en Italia, habiendo obtenido también un primer premio. Si bien muy inclinado hacia la fotografía artística, que caracterizó también parte de sus primeras realizaciones americanas (con las cuales participó en concursos fotográficos en Río de Janeiro, Santiago, Valparaíso y Concepción), el salesiano debió renunciar a esta inclinación para dedicarse a la fotografía meramente documental. No fue por cierto una elección difícil, y de cualquier modo era necesaria por cuanto la documentación de tierras y montañas desconocidas ocupaba, por su importancia, el primer puesto. El tiempo físico y meteorológico no permitían, por cierto, entregarse a elaboraciones extravagantes y laboriosas: lo más importante era reunir la mayor cantidad posible de datos, sobre todo desde el punto de vista fotográfico. De Agostini cumplió en efecto plenamente esta tarea, considerando que sus libros y las fotografías que los ilustran son aún hoy un precioso cofre de informaciones sobre las tierras magallánicas. Junto al voluminoso trabajo fotográfico debemos recordar también dos filmaciones, Tierras Magallánicas y Tierra del Fuego, difundidas tanto en América Latina como en Europa. Si fotografías y documentales fueron tal vez el instrumento más importante usado por el explorador nacido en Pollone, no debemos con todo olvidar la inmensa obra literaria que se agrega a ellos. Veintidós son los libros y las guías, aun turísticas ("Guía Turística de Magallanes y Canales Fueguinos" y "Guía Turística de los Lagos Argentinos y Tierra del Fuego"), escritos entre 1924 y 1960, ya sea en italiano o en castellano. Ciertamente los más conocidos son "Ande Patagoniche - viaggi di esplorazione nella Cordigliera

Patagonica australe", de 1949, "Trent'anni nella Terra del Fuoco", publicado en 1955, y "Sfingi di ghiaccio" ("Esfinges de hielo"), de 1958. Además de los libros existe una increíble cantidad de artículos y ensayos aparecidos en diarios y revistas en Italia, la Argentina y Chile.

En todos estos escritos, la parte de la geografía y las ciencias naturales ocupa un lugar preponderante, hasta el punto de hacerlos parecer por momentos monótonos y tediosos. No obstante, de una más atenta lectura es a menudo posible captar la dimensión humana del autor, su sed de espacios desconocidos, su búsqueda de un mundo todavía incontaminado y primordial, donde la divinidad fuese todavía bien perceptible y mostrase sin velos sus rostros. La obra escrita, como la fotográfica, constituye un importante testimonio tendiente por entero a mejorar y difundir el conocimiento de las regiones magallánicas, pero en ambas se encuentra algo más, que sin duda las torna más ricas y completas. Este algo es la constante voluntad de confirmar a aquel sueño de Don Bosco que vio: *"...en las vísceras de las montañas, en las profundidades de las llanuras. Tenía en vista las riquezas incomparables de estas regiones, que un día serían descubiertas..."*

EL PROBLEMA DE LOS INDIOS

En muchos textos de De Agostini hallamos un espacio especial dedicado a estudios etnográficos y a consideraciones sobre las condiciones de las tribus indígenas que iban gradualmente desapareciendo bajo el acoso de la civilización blanca. Evidentemente, el salesiano tomaba muy a pecho el problema; él, por lo demás, como muchos de sus hermanos de orden, se hallaba casi impotente frente a la progresiva declinación de esas gentes. En su peregrinar tuvo ocasión de familiarizarse con los representantes de todas las etnias: los onas, los yamanas y los alacalufes de la Tierra del Fuego; los tehuelches y los araucanos de la Patagonia. También en este caso De Agostini se muestra muy capacitado para describir y nos deja precisas apuntes sobre las características antropomórficas de las diversas tribus, sobre sus tradiciones y usos, sobre sus creencias religiosas y vínculos sociales. La obra del misionero reviste en este sentido enorme importancia, pues permite conocer una realidad hoy desaparecida.

Foto

7



La precaria situación de los indígenas y las continuas persecuciones de que eran objeto fueron gran motivo de congoja para el sacerdote, quien por decirlo así se hallaba entre dos estados de ánimo diversos. Por un lado, como hombre de caridad, debía mirar por las poblaciones indígenas: era preciso deber suyo protegerlas y procurar integrarlas de manera lo menos traumática posible en la nueva situación social que estaba imponiéndose. Por otra parte, empero, De Agostini se daba perfecta cuenta de ser él mismo, junto con la civilización blanca, un perturbador de los equilibrios seculares derivados de un milagroso acuerdo entre hombre y naturaleza. No obstante, no podía tampoco olvidar a sus fieles, los colonos, los mineros y todos los que habían llegado a aquellas tierras en busca de fortuna. No obstante ello, muy a menudo De Agostini denunció abiertamente los delitos que los estancieros cometían contra los indios y llegó hasta a acusar en un libro suyo a Manuel Senoret, gobernador de Punta Arenas, Este había deportado tribus enteras, empujándolas hacia Punta Arenas con el pretexto de *"sustraerlas de la miseria y asegurarles el alimento y el vestido de que carecían. La responsabilidad de estas guerras de exterminio contra los onas recae en gran parte sobre el gobernador Senoret... Para proteger los intereses de algunos... y también para oponerse a los misioneros salesianos que él habría querido expulsar de la isla de Dawson, de la cual codicia los*

bosques y los pastos, favoreció la más indigna de las persecuciones. Expuestos casi desnudos por las calles de la ciudad, los indios fueron distribuidos entre cuantos los requerían (remate de indios) sin tener en cuenta los antecedentes de tales solicitantes...".

Este no es sino el episodio más significativo de la lucha de De Agostini en favor de los indios, lucha verdaderamente difícil y perdida de antemano. En sus escritos todavía leemos: *"Los pastores, en gran parte anglosajones, eran quienes veían en los indígenas el mayor impedimento para la propagación de sus rebaños, y de allí la caza sin piedad a que se los sometía como si fuesen animales feroces. El inglés Sam Jslop se vanagloriaba hasta de usar correas fabricadas con la piel de los indígenas, que obtenía de las espaldas de estos infelices. Otro terrible perseguidor de onas fue el escocés Mac Lennan, administrador de la estancia 'Primera Argentina'... Para gloriarse de sus nefandos exterminios, equiparaba el número de sus víctimas con el de los whiskies que había bebido, y que no debían de ser pocos porque se hallaba en perenne estado de embriaguez. Dado que los indígenas, para así mitigar el hambre, se cebaban sin repugnancia en los animales que encontraban muertos por el campo, los pastores envenenaban grandes trozos de carne con estricnina para triunfar más fácilmente en su inicua campaña".*

Concluamos este capítulo también con algunas consideraciones de De Agostini a propósito del problema indígena. *"También aquí, como en el Lejano Oeste, como en la Pampa y en el Chaco, la suerte de los indígenas estaba inexorablemente marcada; también aquí, la idéntica historia de todas las colonizaciones... En este triste y rápido declinar de la raza fueguina les correspondió a los misioneros salesianos la noble aunque ingrata tarea de defender al indígena contra el blanco, al débil contra el pionero audaz e inteligente, ávido de lucro, al cual sonreía una fácil e inmensa fortuna en la conquista de esas tierras, hasta entonces dominio absoluto de los onas... Ya no escucharán más las selvas vírgenes, en la quietud profunda de una noche lunar, las antiguas leyendas del héroe Kuanip, hijo de la montaña roja, y de su infortunada esposa, la graciosa Oklta, transformada en murciélago. El kolyot (forastero), venido de regiones lejanas, sediento de riquezas y dueño de armas mortíferas, ha cumplido con rapidez su obra nefasta, destruyendo para siempre la felicidad secular de esta raza primitiva, que desde hacía siglos vivía solitaria e inocua en la más singular región de la tierra".*

Foto

8



No obstante su avanzada edad, De Agostini continuó trabajando activamente, reordenando sus estudios y pensando siempre en las tierras patagónicas. Le había quedado el deseo insatisfecho de conquistar la cima del Sarmiento, pero también esto debía ser alcanzado por su tesonera voluntad: fue De Agostini, ya viejo, quien guió la expedición italiana que en 1956-57 conquistó la cima con Clemente Maffei y Carlo Maun, grupo que después escaló el Monte Italia. Vuelto a Italia, donde a menudo solía pasar los meses que en la Patagonia eran menos buenos, el padre De Agostini murió el 25 de diciembre 1960 en la Casa Matriz de los Salesianos de Turín.

Fotos: 1: El padre De Agostini con un chamán ona; 2: las Torres del Paine; 3: el Fitz Roy; 4: los hielos continentales; 5: el cerro San Lorenzo; 6: el Padre De Agostini junto al avión con el que sobrevoló parte de la cordillera patagónica; 7: el brujo Selknam Minkiol, informante de Martín Gusinde; 8: dos hombres, pequeños, respecto a la altura e imponencia del cerro San Valentín y de la propia naturaleza.

RECORRIDOS POR LAS SELVAS PATAGÓNICAS NEUQUINAS



En este momento de Viajeros y exploradores de Temakel nos adentraremos en un viaje por la zona de los lagos Neuquinos. Un recorrido que se internará en el viajero; desplazándolo del centro y volviéndolo al lugar que le toca entre la vida natural. Un lugar en el que la geografía invade y desborda al viajero que llega después de haber cubierto más de trescientos kilómetros de estepa casi desértica. Un viaje desde la ciudad de Neuquén hasta los pies de la cordillera que alberga una variedad vegetal y animal donde se destacan las araucarias, cuya presencia es perceptible kilómetros antes, al asomar gigantes, acariciando el cielo. El mismo cielo que vuelan aguiluchos, águilas y cóndores en busca de presas menores que el puma, el felino paciente que mora también por estos pagos. Por allá, al pie de las montañas y a orillas de los lagos, la ciudad pasa a formar el fragmento borroneado de un mal sueño. Allí, la atmósfera vuelve a palpitar y el latido anterior puede volver a sentirse.

RELATO

Después de catorce horas de colectivo, a unos 1147 kilómetros de Buenos Aires, llegamos a Neuquén. El mediodía devolvía a los neuquinos, al calor de sus hogares, y a eso de las dos de la tarde la ciudad se vació. La quietud y el silencio sólo eran alterados por los latigazos del viento. Después de andar la ciudad, unos bancos que descansaban bajo la glorieta en el boulevard de la calle central nos invitaron al descanso hasta la hora de partida. En una Combi, recorrimos los 322 kilómetros hacia el oeste, hasta el pueblo de Aluminé (del mapuche: olla brillante), una localidad bautizada por los mapuches abrigada por uno de los tantos valles de la cordillera. Desde allí, diversos caminos se abren hacia los lagos de origen glaciar del norte del Parque Nacional Lanín. El atardecer se desplegó por la ruta 22. Mientras dormitaba Juan, amigo y compañero de viaje, mi vista rodó por la estepa cubierta de arbustos enanos que brillaban como borbotones de algodón bajo la luz de un sol remolón. Pasamos Zapala y tomamos la ruta 46. A pocos kilómetros, sobre nuestra derecha, el chofer nos señaló el Parque Nacional Laguna Blanca: 11.250 hectáreas protegidas que albergan el área de nidificación más importante de la Patagonia con más de cien especies de aves e incluye una de las mayores poblaciones de cisnes de cuello negro del país. Despedimos la camioneta 16 kilómetros antes de llegar a Aluminé, en el parador Rahue, a 30 del lago Quillén. La noche era fría y entramos en la única construcción de la zona: una cálida cabañita donde un guía turístico nos convidó unos mates revitalizadores mientras nos recomendaba el mejor lugar para la carpa, donde dormimos a rienda suelta. El Quillén en vista. Entrado el

día, desayunamos con el guía mientras nos daba información sobre los senderos ocultos de la zona. Remontamos el ripio de la ruta 46, paralelo al río Quillén, que conduce al lago homónimo. Luego de una hora a paso cargado, por las inmensas mochilas, una sombra golpeó la tierra. Estábamos fuera de estado y el calor del sol y los veinte kilos que llevábamos en la espalda nos aplastaban. “Che, che, ¿eso no es...?” “¡Sí, un cóndor!”, gritó Juan. La potencia de semejantes alas terminadas en dedos, nos propinó energías para seguir. Dos horas después, el primer vehículo que nos pasó (una “Volkswagen Saveiro”), afortunadamente, nos levantó. Tras cuarenta minutos



de zigzagueos, subidas, bajadas y traqueteo sobre un terreno infértil, nos dejó a dos kilómetros del lago. Desde el área de acampe, los 24 kilómetros cuadrados de agua abrazan como un anillo de cristal, al centro azul marino del lago. Recorrimos la playa de canto rodado y degustando el último bocado de la cena... a la bolsa. Al día siguiente, desarmamos el campamento bajo un sol radiante y caminamos 5 kilómetros hasta el camping Pudú-Pudú; menos turístico que el anterior, también a orillas del Quillén, vimos cuando el sol huía tímidamente mientras el agua se plateaba e imprimía nuevos tonos al pico del volcán Lanín: la pared montañosa iba incendiándose con el caer de la tarde y proyectaba un intenso contraste con la vegetación abundante del valle. Cautivos por el espectáculo, sin noción del tiempo, la noche cayó.

Hacia el lago Hui Hui Con una viandita en la espalda, salimos hacia el lago a media mañana por un sendero liviano que en sólo 6 kilómetros pasó de la estepa árida, a bosques con galerías de cañas y vegetación selvática. De pronto unas densas nubes oscurecieron el camino. La garúa se hizo lluvia que devino en chaparrón. Empapados, seguimos camino. ¡Qué maravilla! Las infinitas gamas de verde fosforecieron con el barniz de lluvia. Los pájaros salieron de sus nidos y convocaron con sus gritos al sol, que entibió nuestro cuerpo aterido. Los cerros rocosos del valle destellaron: los altos nevados, algunos cubiertos de pinos y otros descampados por los incendios que dejaron su rastro infernal en centenares de troncos retorcidos y semi carbonizados. Llegamos a un mirador que expone por entero al lago Hui Hui, cuya isla en el centro emerge como un monstruo mitológico de sus entrañas. Después del almuerzo, escapando del sol, nos sumergimos en el vientre del lago. Bajo el agua translúcida, se colaba la luz en una miríada de rayos luminosos, pelos lumínicos que rozaban las rocas adormecidas en su profundidad. Cuando el sol empezó a caer, regresamos al campamento. El pico del Lanín estaba blanco y dos estrías finas de roca negra lo estilizaban. La lluvia del valle, había sido nevada en su cumbre. Después de un caliente guiso de lentejas, Morfeo nos convocó. Aventuras en tierra de mapuches



El nuevo día nos levantó y cual caracoles, con todo a nuestras espaldas, desandamos hasta el camping Quillén. Desde ahí, teníamos dos opciones para llegar al lago Rucachoroi (del mapuche: “casa de loros”): volver por el ripio hasta Aluminé y de allí, 24 km más hasta el destino; o recorrer diez horas de senda que escala el cordón montañoso entre ambos lagos. El Guardaparque nos describió el terreno e hizo lo imposible para disuadirnos: “...1200 metros de desnivel... mal señalizada... pumas sueltos.” Una buena opción era alquilar unos caballos y hacerlo con algún baqueano experimentado. Y como entonces no había forma de contactar a ninguno, para mí el desafío estaba planteado y la encaré a pie. Juan, más sensato, se inclinó por lo seguro y se fue en camioneta. La cara roja

Tendría que haber leído con atención el permiso que me hizo firmar el Guardaparque antes de salir: “La A.P.N. no se responsabilizará por percances, contingencias o fallecimientos que pudieran...” Contingencias pasaron, a montones. Anduve tres kilómetros por una huella hasta una estancia mapuche que descansaba al pie del cerro que debía trasponer. Las primeras horas de caminata corrieron entre liebres y conejos salvajes de color marrón, gris, blanco y veteado que acolchonaban el terreno como almohadoncitos animados. En la estancia, los primeros en salir a mi encuentro fueron los perros y gracias a sus ladridos, desde el fondo de la casita, salió un hombre moreno y rasgos aindiados que farfulló en un dialecto incomprensible mientras señalaba hacia algún lado con el dedo. Afortunadamente, un baqueano me acompañó a caballo hasta la entrada al sendero correcto. Comencé el ascenso que estaba indicado con marcas amarillas cada unos metros. A medida que avanzaba, las marcas se iban distanciando más. El bosque quedó atrás y me interné en un cañaveral que me desorientó totalmente. La senda estaba cruzada por un montón de picadas que había abierto el ganado, las ovejas y las cabras. Los caminos eran innumerables y yo estaba dentro de un cañaveral, perdido. Todos los caminos terminaban cerrándose. Si quería abrirme paso entre las cañas por la fuerza, me lastimaría todo. Después de muchos intentos, agotado por los tábanos que no se cansaban de rondarme, encontré un túnel en medio de las cañas. Parado no pasaba y en cuatro patas me metí en él. El miedo cubría ahora mi cuerpo agotado y se me ocurrió imaginar que podría estar yendo hacia un cubil de pumas, (felinos de los que el guardaparque me había precavido). Transpirado y tembloroso sentí, de pronto, un alivio generalizado en la musculatura mientras de mis poros brotaba una pelambre dorada. Comenzaba a andar con más sutileza. Ya no sentía las horquillas de las cañas en las palmas de las manos ni incrustándoseme en las rodillas. El miedo desapareció y vi todo de otra forma, con otras formas desde unos ojos que captaban casi todo el entorno. Empecé a escuchar más precisos los ruidos, el fluir del viento por encima, el movimiento, mis pasos acolchonados y hasta creo que sentí el parpadeo de una lagartija que huía de un zarpazo. Su ligero movimiento dejó suspenso en el aire un aroma indescriptible, y tras ese, una multitud de olores comenzó a guiarme. No sé cuánto habré andado así, pero de golpe, había salido del cañaveral. Me quise erguir y tropecé, carecía de equilibrio. Me quedé sentado mientras el mundo volvía a hacerme hombre cuando vi otra chapita pintada de amarillo y volví a suspirar. Un poco más calmo, nuevamente por el sendero, mis piernas volvieron a responder.

Llegó el mediodía y sólo me quedaban unos besitos de agua en la



cantimplora. Desde la roca descubierta vi enrojecida otra de las caras del Lanín y una vista panorámica estupenda. Mis piernas temblaban por el esfuerzo y no podía parar porque no bien lo hacía, un millón de hormigas trepaban por mis borceguíes enloquecidas. Me propuse una meta, si para las dos de la tarde no llegaba a la cima, regresaría. Se hicieron las tres y luego de andar una hora por rocas sueltas, asediado por la sed y el cansancio, llegué a ver del otro lado. Esperaba el vergel, el húmedo valle, y nada: montañas rocosas. No había dudas, había errado el camino. Empezó a llover, me perdí, tuve que nadar para cruzar un río, pero a las 20.00 volví al puesto de Guardaparque que había dejado trece horas antes. Preocupado por Juan que debía estar esperando nervioso en el Rucachoroi, me moví lo más rápido que pude. Pedí que avisaran por radio al otro Guardaparque para que mi compañero se despreocupara. Finalmente, el azar, “el que mejor hace las cosas”, por intrincados caminos -primero a dedo hasta Aluminé y desde ahí en remis por la ruta 18- me dejó en Rucachoroi a las tres de la mañana. Con un sentido abrazo de mi amigo y un “Pensé que te había pasado algo”, despedimos el día. El sol despuntó y nos levantamos bajo enormes araucarias, fuentes de vital energía para los antiguos pobladores indígenas. Estos gigantes verdes sostienen en sus copas unos frutos parecidos a ananás gigantes que dentro contienen decenas de piñones, un alimento nutritivo y rico en aceite que, cocidos, constituían la base de la alimentación para los mapuches en los inviernos fríos. Las ramas gruesas trizaban al sol y el viento trisaba cuando las recorría. El nuevo ambiente natural nos llevó por un camino que bordea al lago



Rucachoroi hasta la imperdible Laguna Verde, a unos siete kilómetros del campamento, sobre una de las colinas del valle. El chillido del viento entre las araucarias fue quedando atrás y, a medio camino, nos detuvimos para sacar unas fotografías. El silencio volvió a dominar el ambiente y unos pasos más adelante escuchamos el campanileo de las pequeñas hojas plateadas de un álamo que reverberaban con el aliento. La paz era total. Seguimos por la margen izquierda del lago

hasta un descampado al que llega repiqueteando el arroyo Calfiquitra, que baja encajonado por una de las laderas. Ahí sale la senda de ascenso tan bien señalizada como empinada. Sin embargo, entre la promiscua vegetación, de tanto en tanto, un tronco milenario, de entre dos y más metros de diámetro, sirve para recuperar el aliento. Sin darnos cuenta, llegamos a la laguna después de pasar un bosque de cipreses, alerces y robles. Es de altura y realmente le hace honor al nombre: verde de ver. Está protegida del viento por delgadas araucarias que convierten la superficie acuosa en espejo de lo que la rodea. A la vuelta, la vista se amplía desde distintos puntos panorámicos que muestran al Lago Rucachoroi en su esplendor, y el dibujo que el arroyo Calfiquitra traza al bajar por la ladera de la derecha. Cerca de la zona, se encuentra una de las últimas reservas de Mapuches.

No son muy sociables pero pasean con sus yuntas de bueyes que usan para trasladar leña y aportan al lugar, su tierra, un halo más de misterio. En compañía de manadas de caballos, ágiles cabras, majadas de ovejas y chivos saltarines, se deambula inmerso en el ambiente agreste. El camino de las cascadas.

Volvimos a Aluminé. De ahí hacia el norte por el ripio de la 23 que desemboca en el camino al Ñorquinco. En total, 55 kilómetros recomendables para hacer de día y provistos con una bolsa de caramelos para ir repartiendo a los mapuchitos que van al colegio por el costado de la ruta tierrosa con sus guardapolvos immaculados. A dedo llegamos al “Eco camping” que tiene una casita de té y recepción construida íntegra y artesanalmente en madera. ¡Duchita templada! Pizza casera en ambiente tibio, alfajorcito recién horneado y sueño placentero. Al día siguiente, el dueño del camping nos marcó, carta mediante, los senderos más interesantes de la zona. Muchos pasan por estancias privadas y se los puede recorrer con permiso del dueño. Pasamos una vieja casona luego de una hora y media de caminata y seguimos, a campo traviesa, hasta una meseta cortada a cuchillo; una roca en forma de trapecio que en su interior, como un volcán en miniatura, recela una laguna. Llegó el día y nosotros a un camping menos poblado que el anterior, a la vera del río Pulmarí. El amabilísimo guardaparque nos indicó una caminata ineludible: como quien dice en el patio de su casa, tiene una cascada de 10 metros de caída que forma una cueva con la roca. Por un costado se entra sin salpicaduras y a través de la melena de agua se puede ver al lago Ñorquinco recortado por la vegetación. Bordeando la senda llegamos a un frambuesal silvestre. Pequeños rubíes rezumantes de jugo y dulzor. Dos horas más adelante, el camino concluye en un puesto de gendarmería. Ahí, el guardia nos rumbeó hacia la siguiente cascada. En minutos, llegamos a la trenza de agua que, corriendo entre las rocas del otro lado del valle, cae desde lo alto. La pendiente es empinada para descender y preferimos gozar de lejos su espumoso porrazo sobre el río Coloco. Los últimos días de viaje los pasamos en una playa de mullido pasto sobre una de las innumerables vueltas del Pulmarí. Un lugar especial para nadar. El lecho del río dormita bajo cinco metros de una corriente calma. El sol y el clima cálido nos sumergió en el origen de la vida, el agua. Así, vueltos a nacer, nos despedimos de aquella selva patagónica de valles, riscos y alturas para volver a la ciudad de cemento amnésico.

Fotografías (de arriba hacia abajo): 1: El Lago Verde; 2: Cielo y árbol de madera y cielo y árbol de agua; 3: Cueva tras la cascada; 4: Flores abrazadas por la madera antigua; 5: El sereno sueño del Lago Neuquén. (Todas las fotografías pertenecen a Andrés Manrique).